

MEDITACIONES

SEGUNDA EDICIÓN

IV

Tiempo ordinario
(Semanas XXI a XXXIV)

ROMA, 1989

319.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

—Necesidad de la dirección espiritual.

—Debemos colaborar en nuestra propia formación.

—Modo concreto de esta cooperación.

DIOS ha llamado a todos los hombres a participar de su propia vida: por las virtudes teologales, en la tierra; con la visión beatífica, en el Cielo. Pero la senda que conduce al fin no está exenta de dificultades. *Esforzaos para entrar por la puerta angosta, porque muchos, os digo, intentarán entrar y no podrán*¹. Es posible desanimarse, perder el buen rumbo, dar cabida al desaliento, ser engañados por las argucias del diablo; y el deseo inicial de llegar a puerto, puede ser infructuoso, si el alma no tiene quien la dirija en su camino. *Los que no son gobernados por otros —dice la Escritura—, caen como las hojas, pues en la abundancia del consejo está la salvación*².

Contemplad la fuerza de la sentencia —comenta un antiguo Padre de la Iglesia—. Contemplad qué nos enseña la divina Escritura. Nos pone en guardia y amonesta para que no nos instruyamos a nosotros mismos, para que no nos tengamos por sabios, para que no nos persuadamos de que podemos gobernar-

(1) Ev. (C) (Luc. XIII, 24).

(2) Prov. XI, 14.

nos solos. Además del auxilio de Dios, necesitamos la ayuda de otras personas. Nadie es más miserable, nadie es más fácilmente vencido que el que no tiene un director que le gobierne en el camino hacia Dios. Dice en efecto la Escritura: "los que no son gobernados por otros, caen como hojas" (Prov. XI, 14). La hoja, al principio, está llena de fuerza, llena de vida y es deleitable; pero no mucho después, se seca y languidece, y cayendo es despreciada y pisoteada³.

Nadie, sin una especial ayuda de Dios, puede ordinariamente guiarse a sí mismo; le faltaría objetividad y le sobraría apasionamiento. Nadie puede ir solo en la lucha por alcanzar la santidad, porque *¡ay del que está solo, que cuando cae no tiene quien le levante!**. En cambio, *de igual modo que una nave que tiene un buen timonel, llega sin peligro a puerto, con la ayuda de Dios, así también el alma que tiene un buen pastor alcanza fácilmente el Cielo, aunque antes haya cometido muchos errores⁵.*

En Casa contamos con todos los medios precisos para llegar a la meta sin descaminarnos. *Es necesario que conozcamos bien esos medios y que los usemos con perseverancia (...). Todos nosotros, por el hecho de pertenecer al Opus Dei, tenemos el derecho y el deber de recibir la dirección espiritual que la Obra nos da, y del modo como nos la da (...), para poder adquirir y*

mejorar así nuestro espíritu peculiar y darlo a otros con eficacia⁶.

En el Opus Dei no nos faltarán los medios, los cuidados necesarios para llegar a la santidad. Por eso, hemos de considerar como dirigido a cada uno de nosotros lo que San Pablo escribía a los fieles de Corinto: *doy continuamente gracias a mi Dios por vosotros, a causa de la gracia de Dios que os ha sido concedida en Cristo Jesús, porque en El fuisteis enriquecidos en todo: en toda palabra y en toda ciencia, de modo que el testimonio de Cristo se ha confirmado en vosotros, y así no carecéis de ningún don, mientras esperáis la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo; El os confirmará hasta el final, para que seáis hallados irrepreensibles el día del Señor Nuestro Jesucristo⁷.*

LA DIRECCIÓN que se nos da en Casa supone un conjunto de cuidados y de atenciones con los que contamos para ser santos. Es una tarea positiva, que fomenta nuestras posibilidades y da alas al propio valer. Esos cuidados *son medios de formación y transformación⁸*, porque nos llevarán —si sabemos corresponder decididamente— *a transformarnos nosotros mismos y a transformar, a divinizar nuestras oc-*

(3) San Doroteo, *Doctrinae* 5, 1.

(4) *Eccles.* IV, 10.

(5) San Juan Climaco, *Scala paradisi* 26.

íé) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIIM953, n. 35.

(7) I *Cor.* I, 4-8.

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 47.

dones: a hacer que nosotros mismos seamos *Opus Dei*, y que sean *Opus Dei* todos nuestros trabajos y afanes: obra de Dios, grata y aceptable para el Señor⁹. Tanto cuidado ponen los Directores en estas tareas, tanta delicadeza, que forman uno a uno, a los miembros de la Obra, como se trabajan, una a una, las joyas preciosas; con mucho mayor empeño, porque se trata de algo de mayor valor que las joyas preciosas, puesto que el objeto de esta formación es preparar buenos instrumentos para el servicio de Dios¹⁰.

Hay que colaborar decididamente en esta tarea, poniendo lo mejor de nuestras energías para adquirir la forma pulida que el Señor espera de nosotros. Es necesario, en primer lugar, contribuir a nuestra propia formación, ser conscientes de que necesitamos esa ayuda: en la Confidencia, en el Círculo Breve, en todos los medios de formación. Hay que poner empeño para estar bien dispuestos, para obedecer con alegría y prontitud. No es suficiente una buena disposición genérica, es preciso colaborar dócilmente. *Madera de santo*. —Eso dicen de algunas gentes: que tienen madera de santos. —Aparte de que los santos no han sido de madera, tener madera no basta.

Se precisa mucha obediencia al Director y mucha docilidad a la gracia. —Porque, si no se deja a la gracia de Dios y al Director que hagan su obra, jamás

aparecerá la escultura, imagen de Jesús, en que se convierte el hombre santo.

Y la "madera de santo", de que venimos hablando, no pasará de ser un leño informe, sin labrar, para el fuego... ¡para un buen fuego si era buena madera!¹¹.

EL SEÑOR ha dispuesto que la orientación que precisamos en nuestro caminar por los senderos de la tierra, nos llegue, de modo ordinario, por los canales de la dirección espiritual que nos ofrece la Obra. Misión nuestra es contribuir a que esta dirección dé buenos frutos. Por eso, nos insistía nuestro Padre, *debemos facilitar, a quienes tengan la misión de formarnos, el conocimiento de todas nuestras circunstancias personales, no podemos tener miedo de que sepan cómo somos. Al contrario: nos ha de dar alegría hacer que nuestra alma sea transparente*¹². El modo concreto de colaborar será diverso de acuerdo con la naturaleza de cada medio de formación: la Confidencia, llena de sinceridad y de sencillez; la corrección fraterna, hecha o recibida con humildad y sentido sobrenatural; las tertulias, los Círculos de Estudios y las conferencias, los cursos de retiro...¹³. Acudir con la ilusión de la primera vez a los Cursos anuales, y a las clases de formación doctrinal-religiosa o del

(11) *Camino*, n. 56.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24-11-1931, n. 41.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 47.

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 77.

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 40.

espíritu de la Obra, o a los Círculos Breves. *Si aprendéis bien lo que os enseñan, si procuráis aprovechar el tiempo de los Cursos anuales y los demás medios de formación que os proporciona la Obra* —comentaba nuestro Padre—, *acabaréis teniendo la doctrina de un teólogo. Y hay obligación grave de poner los medios para adquirir esta doctrina*¹⁴. Y para eso, renovar nuestra ilusión humana y sobrenatural cuantas veces sea preciso, llevar con frecuencia a la oración estos temas, y encendernos en deseos de servir mejor a Dios. *Suele decir gráficamente nuestro Fundador que no podemos ser como esos trenes parados, en los que están separados la máquina tractora y los vagones. En la Obra todos hemos de ir adelante, arrastrados por la fidelidad a la gracia divina, sin constituir un peso para el Director, que no debe llevarnos a remolque*¹⁵.

*Amemos la dirección espiritual —que es para nosotros un derecho y un deber— que nos da el Opus Dei, y no pongamos obstáculos*¹⁶. Sólo así seremos de verdad *Opus Dei*, y cada uno de nosotros podrá decir: *bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca*¹⁷, porque gozaremos de El por los siglos de los siglos, en compañía de la Virgen y de los Santos.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 90.

(15) *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 115.

(16) De nuestro Padre, *Cana*, 28-11-1955, n. 29.

(17) Ps. R. (B) (PJ. XXXIII, 2).

320.

LUNES

—Nuestra vida es sencilla, ordinaria.

—Sencillez en la vida interior.

—Naturalidad en el trato con quienes nos rodean.

JESUCRISTO continúa adocrinando a las multitudes. Ahora se ve obligado a prevenir a sus discípulos frente a la hipocresía de los fariseos, que predicaban los preceptos de la Ley de Moisés pero no los cumplen. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el Reino de los Cielos a los hombres! Porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que entrarían*¹.

En la Obra se nos inculca una actitud de sinceridad y sencillez, de aborrecimiento de la hipocresía, porque *el espíritu del Opus Dei es simple, cándido y genuino. Se fundamenta en la Sagrada Escritura, inspirada por Dios, que es infinitamente sencillo y que dice de sí mismo que es el Dios verdadero* (cfr. Ierem. X, 10), *que es veraz* (cfr. Rom. III, 4), *que es la Verdad misma* (cfr. Ioann. XIV, 6)².

Nuestra dedicación a Dios ha de tener la naturalidad y la sencillez propias de un alma que se ha entregado sin condiciones al cumplimiento de la Vo-

(1) Ev. (Matth. XXIII, 13).

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 11-11-1940, n. 1.

luntad divina. Nos encontramos en medio del mundo, ejercitando una profesión, no por táctica, sino porque nos corresponde; porque nuestra vocación es una llamada a buscar la plenitud de la vida cristiana en el propio estado, en el ejercicio de la profesión o del oficio que teníamos antes de ser de la Obra. No necesitamos meternos en el mundo, porque nunca hemos salido de él; allí nos llamó Dios y en ese lugar nos ha dejado. *El hombre que tiene fe y ejerce una profesión intelectual, técnica o manual, es y se siente unido a los demás, igual a los demás, con los mismos derechos y obligaciones, con el mismo deseo de mejorar, con el mismo afán de enfrentarse con los problemas comunes y de encontrarles solución.*

El católico, asumiendo todo eso, sabrá hacer de su vida diaria un testimonio de fe, de esperanza y de caridad; testimonio sencillo, normal, sin necesidad de manifestaciones aparatosas, poniendo de relieve —con la coherencia de su vida— la constante presencia de la Iglesia en el mundo, ya que todos los católicos son ellos mismos Iglesia, pues son miembros con pleno derecho del único Pueblo de Dios³.

Alegra saborear este sentido hondo de naturalidad en la vida de la primitiva cristiandad. *Los cristianos* —escribía un autor de los primeros siglos— *no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni*

habitan en ciudades exclusivamente suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás⁴. Así es de sencilla nuestra vida. Tiene lo raro de no ser raros. Vivimos de un modo coherente, sin rebuscamiento en el trato. Lo que somos y pensamos queda patente a los ojos de todos.

HEMOS de comportarnos con naturalidad, en primer lugar, en lo que se refiere a nuestra vida interior. Nos dirigimos al Señor como niños, sin fingimiento. *Dios no se fija en lo que se fija el hombre, pues el hombre mira a la apariencia externa, mas Yavé mira el corazón⁵.* Consideramos la mirada de nuestro Padre Dios, y es para nosotros una llamada a la sinceridad, como un reclamo que nos lleva a ser sencillos en su presencia. *¿Qué habría en mí oculto para ti, Señor, ante cuyos ojos están patentes las profundidades de la conciencia humana, aunque no quiera confesarte?⁶* Huimos de los formalismos en el trato con Dios. Es cierto que hay una *urbanidad de la piedad⁷*, especialmente en la vida litúrgica; pero el respeto y la delicadeza no son nunca frío convencionalismo, falta de autenticidad. Cumplimos las prácticas de piedad y lo hacemos metiendo el cora-

(4) *Epístola ad Diognetum* 5, 1-2.

(5) *I Sam.* XVI, 7.

(6) *San Agustín, Confesiones* 10, 2, 2.

(7) *Cfr. Camino*, n. 541.

(3) *£5 Cristo que pasa*, n. 53.

zón en ellas. *Por eso, escribía nuestro Padre, no me gusta emplear la palabra observancia, para referirnos al buen cumplimiento de nuestros deberes de piedad. Ya conocéis mi criterio, en relación con las devociones privadas: si son largas, deben prohibirse; y, si son cortas —pocas y constantes—, hay que saber dejarlas algún día, con libertad de espíritu, para que nunca las sintamos como una obligación y, al omitirlas, nos enredemos en escrúpulos.*

Todo lo embrollado me repugna: me gusta el orden, la claridad, el agua clara y el aire libre. El espíritu de la Obra nos lleva, como de la mano, a esa sencillez interior⁸.

Soy poco aficionado a las solemnidades; tenemos una vida poco solemne, pero coherente⁹, decía a veces nuestro Fundador. Y nos aconsejaba esta sencillez en el trato con el Señor: asoma muchas veces la cabeza al oratorio, para decirle a Jesús: ...me abandono en tus brazos.

—Deja a sus pies lo que tienes: ¡tus miserias!

—De este modo, a pesar de la turbamulta de cosas que llevas detrás de ti, nunca me perderás la paz¹⁰. En la lucha ascética hemos de reconocernos así, como en realidad somos. Hay que aceptar las personales limitaciones, y comprender que Dios las abarca con su mirada, y cuenta con ellas. Y esto no debe inquie-

(8) De nuestro Padre, *Carla*, 29-IX-1957, nn. 70-71.

(9) De nuestro Padre, *Tertulia*, diciembre 1959.

(10) *Forja*, n. 306.

tarnos: nos llevará humildemente a cifrar toda la fuerza en el brazo de Dios.

NO OCULTAMOS nuestra vinculación a la Obra, que tan claramente aparece en el apostolado continuo que desarrollamos con ocasión del ejercicio de nuestra profesión. Las personas que conviven con nosotros —nuestros parientes, nuestros amigos y compañeros— suelen conocer, entre tantas otras cosas de nuestra vida personal, que pertenecemos al Opus Dei. Y les hablamos de la Obra con respeto y delicadeza. *Lo mismo que en nuestras casas, en nuestras familias, hay ciertas cosas sin importancia que no comunicamos a los extraños —y en esto seguimos el consejo de los Proverbios (XXV, 9): secretum extraneo ne reveles, no manifestéis el secreto a los extraños— porque, siendo para nosotros muy queridas, para los demás iban a ser motivo de risas y burlas; aquí también, en esta casa de todos nosotros, hay cosas sin importancia, muy edificantes ordinariamente, que serían tomadas a broma por quienes no pertenecen a nuestra Familia.*

Más. Suelo preguntarles —explicaba nuestro Fundador—: ¿a que no sabéis cómo me llamo de cuarto apellido? ¿Es que lo oculto? ¿Es que hay misterio? ¿Hay algo deshonesto? No. Es que no tiene interés ninguno deciros cuál sea mi cuarto apellido. Sin embargo, si me lo preguntara alguno de vosotros, como

*sois de mi familia, sois de la Obra, al momento habría de contestaros: me llamo Blanc. Pero, si me preguntara otra persona, es seguro que no tendrá respuesta, o —a lo más— se encontrará con esta interrogación: ¿y a usted qué le importa?*¹¹.

*Tampoco llevamos un cartel en la espalda que diga: somos buenos cristianos o queremos serlo*¹². Sería una pueril carencia de pudor pregonar a los cuatro vientos la intimidad de la propia conciencia. Sería una falta de naturalidad —porque no responde a la realidad secular de nuestra vocación— dirigirnos a los demás, o que los demás nos traten bajo un título distinto del que nos corresponde por nuestra situación en el mundo, en la sociedad. La vocación no nos caracteriza frente a los demás; dice sólo relación a Dios y a la Obra.

Esta naturalidad nos hace vivir con coherencia, sin doblez, ni en la actitud ni en las palabras. Nunca ocultamos la realidad de nuestra vocación ni nuestra fe cristiana, pero tampoco hacemos de la fe o de la vocación un distintivo para la vida social. *Precisamente por nuestro laicismo* —repetía nuestro Padre—, *habéis de tener la valentía, que en ocasiones no será poca, dadas las circunstancias de los tiempos, de hacer presente —tangible, diré mejor— vuestra fe: que vean vuestras obras buenas y el motivo de vuestras*

obras, aun cuando venga a veces la crítica y la contradicción de unos y de otros a morder, porque nunca faltan quienes confunden la jicara con la jácara.

*Confesad vuestra fe sin alardes de pietismo, simplemente cumpliendo vuestro deber de católicos y de trabajadores*¹³.

*Vivid la vida cristiana con naturalidad. Reflejad a Cristo como un espejo normal, que no desfigura, que no hace una caricatura. Si tú eres normal como ese espejo, reflejarás la vida de Cristo y la darás a los demás*¹⁴. Así fue la vida de la Virgen: natural, sencilla, reflejo fiel de la de Jesús. De Ella aprendemos a seguir al Señor con su misma sencillez y naturalidad.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, nn. 183-184.

(12) De nuestro Padre, *Obras* VI-64, p. 9.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 13.

(14) De nuestro Padre, n. 67.

321.

MARTES

—Ser conscientes de la responsabilidad que implica la vocación.

—Para ser instrumentos fieles, necesitamos cuidar la vida interior.

—La oración confiada, con el necesario esfuerzo, llena de paz nuestra vida interior.

ESTAD firmes y conservad las tradiciones que aprendisteis o por palabra o por carta nuestra. Y el mismo Señor nuestro Jesucristo, y Dios y Padre nuestro, que nos ha amado y nos ha dado la consolación eterna y la buena esperanza en la gracia, consuele vuestros corazones y los confirme en toda obra y palabra buena¹. Así escribe San Pablo a los de Tesalónica, en la primera lectura de la Misa de hoy.

También nosotros sentimos la responsabilidad de responder con plena fidelidad a todo lo que de Dios hemos recibido. Con su encarnación, con su muerte y su resurrección gloriosa, el Señor nos ha abierto las puertas de la vida de la gracia, infinitamente superior a la de la naturaleza. La generosidad divina nos llena de confianza para superar *lo que de*

(1) L. I (II) (II Thes. II, 15-17).

mortalidad hay en nosotros² y corresponder a las nuevas gracias que nos concede.

Dentro de los designios de su voluntad salvífica³, Dios, por su misericordia, bendice especialmente con sus dones a algunas almas, llamadas a ser instrumentos de corredención por nuevos títulos. Porque, como dice el Señor, *no me habéis elegido vosotros a mí, sino que Yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca* *. Y, a esas almas fieles a la llamada, Dios las cuida con especial atención y preferencia, sin que le sea ajeno nada de lo que les sucede. Cristo mismo es el Buen Pastor que afirma: *Yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna; no perecerán jamás y nadie las arrebatará de mi mano⁵.*

Tengamos, pues, una gran confianza en que el Señor no dejará de poner nada de su parte para llevar a cabo el plan que decidió para nosotros desde antes de que naciésemos, desde antes de la creación del mundo'. Pero sin olvidar que ese desvelo divino por cada uno de nosotros es un acicate nuevo a nuestra correspondencia leal. Porque también nos dice el Señor que *a todo el que se le ha dado mucho, mucho se le exigirá, y al que le encomendaron mucho, mucho le pedirán⁷.*

(2) II Cor. V, 4.

(3) Cfr. I Tim. II, 4.

(4) Ioann. XV, 16.

(5) Ioann. X, 27-28.

(6) Cfr. Ephes. I, 4.

(7) Luc. XII, 48.

HIJOS míos —nos decía nuestro Padre en 1973—, en esta última temporada he puesto especial empeño en haceros considerar a todos vosotros, y a mí mismo, que no sólo somos del Opus Dei, no sólo tenemos el espíritu, la sustancia de la Obra; sino que estamos en el Opus Dei, significando ese estar que el Señor quiere darnos su gracia hasta la perseverancia final.

Yo estoy, hijos, en el Opus Dei de tal manera que no puedo concebir mi vida fuera de esta familia; con tanta firmeza, que rechazo cualquier tentación, cualquier insinuación que pudiese aun mínimamente aflojar mi entrega. Desde que el Señor me llamó al Opus Dei he procurado —debo hacerlo— estar sujeto como un tornillo que tiene una buena tuerca y contratuerca. Esto no son palabras, sino una imagen que refleja perfectamente mi situación.

Pero, sin vida interior, hijas e hijos míos, ni somos ni estamos en el Opus Dei. Por eso hemos de procurar fomentar el trato filial con la Madre de Dios y Madre nuestra, con San José, Patrono de la vida interior y Patrono nuestro, que tan cerca está de nosotros. Porque, con él, vamos a María, la más perfecta de las criaturas. Y por María y José, llegamos a Jesús.

Es necesario —indispensable— tenerlos presentes en todo momento; contemplar el paso de Jesús por la tierra, el caminar de María y de José; buscarlos, para poner nuestros pies sobre las huellas que ellos dejaron. No es tan difícil, hijos, perseverar en la voluntad eficaz de meternos en ese trato íntimo con la trinidad de la tierra.

Quizá alguno de vosotros habrá experimentado que cuesta. Es verdad; algunos días, alguna temporada. Si no costase, no tendría mérito alguno. Pero, al mismo tiempo que sabemos que hay que poner esfuerzo, también podemos decir que no es tan dificultoso, porque la lucha crea un hábito, una virtud, que facilita los sucesivos actos de piedad. Además, al practicar nuestras Normas y Costumbres, según el espíritu de filiación divina tan propio de nuestra ascética, casi sin darnos cuenta vivimos una a una todas las escenas de la vida de Jesús, las pocas que conocemos de la vida de María, y las poquísimas que de San José narran los Evangelios. Por eso el peligro más grande para perder la vida interior sería descorazonarse, porque quizá un día y otro no se nos ocurre nada, no sabemos qué decir, y no procuramos vivir con María y José.

Hay que ser Opus Dei; hay que estar en el Opus Dei; hay que vivir el Opus Dei. Descuidar las prácticas de piedad que son normales en la vida de un miembro de la Obra; no dar la debida importancia a los ratos de meditación, y a esa oración continua durante el día, que es la presencia de Dios; dejar languidecer los latidos del corazón, perder el pulso de la mortificación, enfriar la vibración apostólica; dejarse llevar tontamente por la pereza: todo eso acabaría por hacer nuestra vida abandonada, sin esfuerzo, como sin finalidad ^a.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 3-X-1973.

EL ESPÍRITU del Opus Dei nos lleva a lo extraordinario en lo ordinario; nos empuja a buscar constantemente ese trato con la trinidad de la tierra, que nos encamina a la Trinidad del Cielo; en una palabra, nos hace tener vida de amor.

Si no fuera de esta manera, nuestro estar en el Opus Dei no tendría sentido. Hemos de vigilar para no convertirnos en burócratas, incapaces de amar, de mantener una conversación cariñosa que no puede —no debe— manifestarse en voz alta. O amamos a Dios así, buscando un trato constante con El, o nos volveremos de verdad siervos inútiles.

*¿Dependen tantas cosas de nosotros! ¿Que ponemos la cabeza? No lo dudo. ¿Que*nos sentimos capaces de cometer todas las maldades? Estoy convencido. ¿Que aborrecemos el pecado mortal? Sí, pero a la aversión al pecado grave hay que añadir el horror al pecado venial deliberado.*

No entiendo que a un hijo mío le sea indiferente presentarse delante de Dios tiznado de arriba abajo, sabiendo que el amor purifica. Para eso está la contrición, la Comunión, la confesión, la charla fraterna, y tantos medios de reparar.

Nos será fácil ante cualquier cosa —y fijaos que digo ante cualquier cosa, porque el Amor lo hace todo grande— articular un grito que salga del alma; un grito que ya no se oye en la tierra, pero que sube hasta el Cielo. Con eso, ya nos unimos a la Madre de Dios y a su Esposo, San José. Y ahondaremos en la necesidad

de ir por Jesús al Padre, y con el Padre y el Hijo al Espíritu Santo. ¡Ya está toda la familia!

Después, hijos, cuidaréis las ocupaciones naturales de cada uno, y esos sentimientos humanos que no tenemos por qué ahogar: el cariño a la familia de sangre —queredla mucho—; los amigos; los que no lo son tanto; los que están enfrente: enfrente de Cristo, porque no pueden estar enfrente del Opus Dei. Nosotros nos ponemos al lado de ellos al tratar a la Trinidad del Cielo y a la trinidad de la tierra.

Hijos míos, ¿qué medios debemos poner nosotros, para ser verdaderamente eficaces? Tener de verdad vida interior, aunque alguna vez parezca una comedia. Hemos de hacer el juglar delante de Dios, como aquel frailecico de la leyenda medieval. Mientras veía a sus hermanos de religión llenos de cualidades y virtudes, él no sabía hacer otra cosa que los saltos mortales y cabriolas con que antes se había ganado la vida. Una noche se fue a la iglesia, se quitó el hábito de religioso, y mostró debajo el traje colorido de juglar. Y repitió sus saltos, y sus juegos: ¡Señor, por ti! Y cuando llevaba muchos años divirtiéndolo al Señor con aquella oración increíble, el abad le descubrió. Pero no le dijo nada: comprendió que aquel hombre oraba como sabía.

Hijos míos, no dejemos nunca la oración constante. Vosotros sois jóvenes, y no os despertaréis con frecuencia por la noche. Pero si os sucediera, una jaculatoria corriendo: ¡Dulce Corazón de Jesús, sed mi amor! ¡Dul-

ce Corazón de María, sed mi salvación! *Lo que os dé la gana; pero decid algo afectuoso.*

Hijas e hijos míos, os aconsejo que renovéis muchas veces el propósito concreto de evitar que nos suceda lo que es camino de perdición de muchas almas: abandonar la oración, dejar de ser contemplativos. Vivid en presencia de Dios, como podáis. ¡A fuerza de fuerza, si el Señor no nos da otra cosa! Habremos hecho todo lo que esté en nuestras manos, y no dejará El de escucharnos⁹.

Santa María hará eficaz nuestra oración si, en la lucha diaria, procuramos buscar constantemente su ayuda. *Ella te alcanzará —¡te lo aseguro!— la fuerza para hacer, de tu ocupación, un diálogo amoroso con Dios¹⁰.*

(9) De nuestro Padre, Meditación, 3X1973.

(10) *Surco*, n. 531.

322.

MIÉRCOLES

—Convertir el trabajo en oración.

—El trabajo, fuente de purificación interior.

—Sin trabajo, no sería posible santificarse según el espíritu del Opus Dei.

TODOS los fieles —recuerda el Concilio Vaticano II—, *cualesquiera que sea su estado y su condición están llamados por Dios, cada uno en su camino, a la perfección de la santidad, por la que el mismo Padre es perfecto*¹. Y a nosotros, como cristianos corrientes, *nos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios, tratando y ordenando según Dios los asuntos temporales*².

Vivimos en el mundo, con una ocupación profesional, y es ahí donde el Señor nos ha llamado, y donde nos ha dejado para que nos santifiquemos, para encontrarle al realizar con sentido sobrenatural y con amor esa labor: *trabajad por obtener* —dice el Señor— *no el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna*³. Y San Agustín comenta: *como fin de todos nuestros trabajos y eterna perfección de las alegrías, se nos promete la contemplación*⁴.

(1) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11.

(2) *Ibid.*, n. 31.

(3) *Ioann.* VI, 27.

(4) San Agustín, *De Trinitate* 1, 8, 17.

Todos los hombres están llamados a esta contemplación amorosa, que *será perfecta en la vida futura, cuando veamos a Dios "cara a cara"* (I Cor. XIII, 12) y nos haga, con esta visión, perfectamente bienaventurados. Pero ahora, aunque imperfectamente — "a través de espejo y en enigma" (I Cor. XIII, 12)— nos compete la contemplación de la verdad divina, por la que se nos da como un adelanto de la bienaventuranza, que se inicia aquí y alcanzará su perfección en la vida futura \

Ese inicio de la bienaventuranza eterna, que es la contemplación, debe reflejarse en nuestra vida entera. *El espíritu de la Obra nos quiere contemplativos en el trabajo y en el descanso, en la calle y en la vida de familia.*

En todas las ocupaciones, en cualquier actividad, se nos levanta el alma hasta Dios —con todo su corazón alabó al Señor; y amó a Dios, su Hacedor (Eccli. XLVII, 10)—, *manteniendo un coloquio, una conversación amorosa con nuestro Padre Celestial y con la Virgen Santísima, nuestra Madre*⁶.

Si trabajamos enteramente para el Señor, le tendremos presente en nuestro corazón. Y el trabajo será ejercicio de amor, cumplimiento amoroso de la voluntad de Dios, que es nuestro Padre. *Te dejarás absorber por la actividad* —decía nuestro Funda-

ra Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 180, a. 4 c.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 29-VII-1965, n. 1.

dor— *sólo para divinizarla, porque con nuestro espíritu lo terreno se hace divino, lo temporal se hace eterno. Nosotros miramos al cielo, aunque la tierra, salida de las manos de Dios, es bonita y la amamos. No somos mundanos pero hemos de amar el mundo, queremos estar en él. Ni separamos tampoco la contemplación de la acción: contemplo, porque trabajo; y trabajo, porque contemplo. De este modo nuestra vida interior infunde así en nuestra tarea fuerzas nuevas: la hace más perfecta, más noble, más digna, más amable. No nos aleja de nuestras ocupaciones temporales, sino que nos lleva a vivirlas mejor*¹. Y si alguna vez nos sentimos sin fuerzas, incapaces de realizar ese trabajo con el amor y la perfección humana que la fe nos pide, recurrimos enseguida al Señor: *inclina tu oído, Señor, escúchame, salva a tu siervo que confía en ti. Ten piedad de mí, que a ti estoy llamando todo el día*⁸.

PARA facilitar la acción de la gracia en el alma, necesitamos purificar nuestra voluntad y nuestras potencias. Hace falta convertirse a Dios, dar muerte al hombre viejo. Si no, dificultamos la recepción de la luz y el amor del Señor.

La dedicación que el trabajo supone, cuando se realiza con perfección, para cumplir la Voluntad de

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 2-XI-1964.

(8) *Ant. ad Intr.* (Ps. LXXXV, 1-3).

Dios, hace que nos olvidemos de nosotros mismos, que sirvamos a los demás; se convierte en un espléndido medio de purificación interior, que nos ayuda a quitar los obstáculos de la sensualidad y de la soberbia. *Cuando nuestra mente se ocupa de las cosas temporales, como para encontrar allí su fin, se queda rebajada a ellas; pero cuando se ocupa en orden a la bienaventuranza, lejos de rebajarse a ellas, las eleva*⁹. En el trabajo se enreca la voluntad, aprendemos a rectificar la intención. *Debemos, para eso, hacer nuestra la actitud de Cristo Señor Nuestro, que no tuvo más anhelo que cumplir la voluntad de su Padre: meus cibus est, ut faciam voluntatem eius qui misit me, ut perficiam opus eius (Ioann. IV, 34), mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado, para dar así cumplimiento a su obra*¹⁰.

El trabajo será también fuente de mortificación, de fortaleza y perseverancia en todas las virtudes. *Porque el mejor espíritu de sacrificio es la perseverancia en la ilusión del trabajo comenzado*¹¹. Y así, comenta nuestro Padre, *no perseveramos en el trabajo porque tengamos ganas, sino porque hay que hacerlo; y entonces lo hacemos con ganas y con alegría. Sobre todo, hemos de continuar la tarea profesional con ilusión, aunque se acabe la ilusión en el trabajo comenzado: es frecuente celebrar la colocación de las pri-*

(9) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 83, a. 6 ad 3.
 (10) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 26.
 (11) De nuestro Padre, n. 50.

*meras piedras, a mí me gusta celebrar las últimas*¹².

La dimensión apostólica del trabajo —el sentido apostólico que por su propia naturaleza le corresponde dentro de las actividades humanas—, será otro motivo que nos lleve a ejecutarlo con amor de Dios, con deseos de ganar almas. Así, dice nuestro Padre, *cuando comprendas ese ideal de trabajo fraterno por Cristo, te sentirás más grande, más firme, y todo lo feliz que se puede ser en este mundo, que tantos se empeñan en hacer destartalado y amargo, porque andan exclusivamente tras de su yo*¹³.

ES VOLUNTAD de Dios que trabajemos. Sabemos muy bien que *nuestro trabajo profesional es la materia que hemos de santificar, la que nos santifica y la que hemos de emplear para santificar a los demás*¹⁴. De tal modo que, sin el ejercicio de una labor profesional intensa no podríamos alcanzar la santidad a la que estamos llamados por nuestra vocación. *Si uno viene a la Obra y no trabaja, si no remedia esa inclinación a la holganza, a los dos días está en la calle*¹⁵.

El ejemplo de San Pablo es elocuente: en medio de las múltiples ocupaciones de su tarea de Após-

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 25.

(13) *Surco*, n. 528.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XIM941, n. 128.

(15) De nuestro Padre, *Crónica* 111-65, p. 11.

tol, no descuida el trabajar con sus propias manos, para ganarse el sustento; y así puede decir a los cristianos de Tesalónica: *recordad, hermanos, nuestros trabajos y fatigas; que, trabajando de noche y de día por no ser gravoso a nadie, predicamos entre vosotros el Evangelio de Dios*¹⁶. Y en un documento de la primitiva cristiandad se recoge también la necesidad del trabajo: si alguien quiere establecerse entre vosotros, que tenga un oficio, que trabaje y así se alimente. Y si no tiene oficio, proveed conforme a vuestra prudencia, de modo que no haya entre vosotros ningún cristiano ocioso. Caso de que no quiera hacerlo así, es un traficante de Cristo. Estad alerta contra los tales¹⁷.

Trabaja, ha escrito nuestro Padre. —Cuando tengas la preocupación de una labor profesional, mejorará la vida de tu alma¹⁸. Una preocupación y una responsabilidad que se traducirá en la solicitud también por los más pequeños detalles. *El amor os llevará a cuidar delicadamente las cosas pequeñas, y eso no es cuadricular la vida. Estaréis en los detalles, con el vigor del hábito ya formado —de la virtud cristiana— y, a la vez, con la espontaneidad jugosa de lo que está vivo, de quien busca ocasiones inéditas de manifestar que cree y ama*¹⁹.

(16) L. I (I) (I Thes. II, 9).

(17) Didaché XII, 3-5.

(18) Camino, n. 343.

(19) De nuestro Padre, Carla, 29-VII-1965, n. 62.

Para adelantar en nuestro camino, hay que ser cada vez más laborioso, hay que aprovechar mejor el tiempo y realizar mejor el trabajo. *Trabajemos, y trabajemos mucho y bien, sin olvidar que nuestra mejor arma es la oración. Por eso, no me canso de repetir que hemos de ser almas contemplativas en medio del mundo, que procuran convertir su trabajo en oración*²⁰.

Cuando de este modo nos esforzamos por vivir la unión con Dios, llega un momento en que es imposible establecer una diferencia entre trabajo y contemplación: no se puede decir hasta aquí se reza, y hasta aquí se trabaja. Se continúa siempre rezando, contemplando en la presencia de Dios. Siendo hombres de acción en apariencia, vamos a parar a donde fueron a parar los místicos más altos: volé tan alto, tan alto, / que le di a la caza alcance, hasta el corazón de Dios. Pierde si quieres ganar. / Baja si quiere subir. / Sufre si quieres gozar. / Muere si quieres vivir²¹.

Por eso pedimos al Señor una vida larga, llena de trabajo, humano y divino, hasta acabar agotados, exprimidos, sin poder dar más porque nos hemos gastado del todo, en un sacrificio completo, en un holocausto. Tenemos el ejemplo del Señor y de la Virgen Santísima: una vida de trabajo sin brillo humano, pero con eficacia redentora.

(20) Surco, n. 497.

(21) De nuestro Padre, Tertulia, 30-X-1964,

323.

JUEVES

- Necesidad del estudio intenso, con rectitud de intención.
- El conocimiento de la teología es necesario para el apostolado.
- Buena preparación profesional para hacer apostolado.

GRACIAS doy siempre a mi Dios por la gracia que os ha sido dada en Jesucristo, porque de todo sois ricos a causa de El, en toda palabra y en toda ciencia ¹. Todas las semanas, en el examen del Círculo, nos preguntamos sobre la conducta que hemos observado en la actividad cultural, indispensable para el cumplimiento de nuestro fin, en el estudio y en el aprovechamiento del tiempo.

Necesitamos esa riqueza en la palabra y en la ciencia de que habla San Pablo, para llegar a la cabeza y al corazón de los hombres. *Estudio, trabajo* —dice nuestro Padre—: *deberes ineludibles en todo cristiano; medios para defendernos de los enemigos de la Iglesia y para atraer —con nuestro prestigio profesional— a tantas otras almas que, siendo buenas, luchan aisladamente. Son arma fundamentalísima para quien quiera ser apóstol en medio del mundo* ².

(1) *L. I ai*) (I Cor. I, 4-5).

(2) *Surco*, n. 483.

Nuestro Fundador nos ha señalado que *siempre la ciencia, el estudio, será indispensable para formar a los nuestros y para desarrollar el apostolado que Jesús nos pide* ³. Y nos propuso el estudio como un medio fundamental de selección para la gente que desea participar en los medios de formación de la labor de San Rafael: *nuestra casa no es un sitio de recreo —no tenemos, ni tendremos, ni un mal billar—, sino un lugar desagradable, donde se le pregunta con frecuencia si hace oración, etc.; si es bueno con sus padres...; y si estudia, porque estudiar es obligación grave* ⁴.

Como Jesucristo, hemos de crecer *en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y delante de los hombres* ⁵. Gracia y sabiduría unidas, *porque —escribe San Bernardo— el mundo, con su sabiduría, no le conoció. Y con esto no hablo con poca estima de la ciencia, ni reprendo a los doctos, ni mucho menos les digo que no adquieran letras. Al contrario: reconozco cuánto han servido y sirven a la Iglesia sus letrados, sea refutando a los contrarios, sea instruyendo a los sencillos. Leo en la Escritura: "por haber desechado la ciencia, yo te desearé para que no ejerzas mi sacerdocio" (Osee IV, 6). Y también: "los que hayan sido sabios brillarán como luz del firmamento y como estrellas por toda la eternidad, por haber enseñado a muchos la justicia" (Dan. XII, 3). Pero también he leído*

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934, n. 66.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, n. 87.

(5) *Luc.* II, 52.

do: "la ciencia infla" (I Cor. VIII, 1). Y en otro lugar: "quien adquiere ciencia, adquiere trabajo" (Eccles. I, 18). Ya ves que hay dos clases de ciencia: una que infla y otra que da trabajo (...). Y no dudo que prefieres la que da trabajo a la que infla⁶.

Es necesario estudiar... Pero no es suficiente.

¿Qué se conseguirá —pregunta nuestro Padre— de quien se mata por alimentar su egoísmo, o del que no persigue otro objetivo que el de asegurarse la tranquilidad, para dentro de unos años?

Hay que estudiar..., para ganar el mundo y conquistarlo para Dios. Entonces, elevaremos el plano de nuestro esfuerzo, procurando que la labor realizada se convierta en encuentro con el Señor, y sirva de base a los demás, a los que seguirán nuestro camino...

—De este modo, el estudio será oración⁷.

NUESTRO Fundador nos ha hecho sentir la necesidad de conocer bien a Dios, de tener una sólida formación doctrinal religiosa, para poder llevar una conducta moral recta. El gran enemigo de Dios es la ignorancia, que se da, no sólo en personas poco instruidas, sino también entre quienes tienen fama de sabios en las ciencias humanas: en investigación científica, en historia, en economía, en derecho, etc.

(6) San Bernardo, *In Canticum canonicorum sermo* 36, 2.

(7) Surco, n. 526.

Llegan, a veces, a padecer esa ignorancia incluso los hombres de más prestigio en su profesión; y hasta los que alcanzan puestos de gobierno en países que tienen una antigua tradición cristiana⁸.

Es indispensable cierto conocimiento de la teología para poder desarrollar una actividad recta en cualquier campo de las realizaciones humanas. Esta ciencia sobre Dios, en cuanto causa y fin de todas las cosas, debe informar incluso las actividades que parecen tener poca conexión con la búsqueda de la santidad; también lo que el Señor ha dejado a la libre opinión de los hombres, porque *las cosas divinas, que son en sí mismas necesarias y eternas, son también regla de lo contingente⁹*; pues toda nuestra vida y nuestros actos tienen una dimensión moral, una repercusión en el apostolado y en la vida interior.

Por esta razón, en Casa —junto a los estudios profesionales de cada uno—, hacemos también estudios de filosofía, de Teología dogmática, de Moral, de Sagrada Escritura, de Patrología, de Derecho y de Historia de la Iglesia, de Sagrada Liturgia, etc., de manera que más fácilmente podamos elevar al orden sobrenatural los conocimientos humanos, y convertirlos en instrumento de apostolado¹⁰.

Es ésta una tarea que nunca se puede dar por concluida. *Tenéis que asimilar bien el espíritu de la*

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1951, n. 7.

(9) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 45, a. 3 ad 2.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1951, n. 11.

*Obra. Y luego estudiar todo lo que hay que estudiar dentro de Casa, porque es necesario que tengáis ese conocimiento doctrinal para servir a Dios. Tened mucho cariño a la formación interna*¹¹. Ese cariño se manifiesta en seguir estudiando y en repasar, para que los conocimientos adquiridos nunca queden anquilosados; para que estén a flor de piel, vivificando la labor de dar doctrina. Nuestro Fundador descendía a modos muy concretos: *procurad dedicar un rato al día —aunque sólo sea unos minutos— al estudio de la ciencia eclesiástica, repasando una y otra vez los tratados clásicos, dando más solidez a los principios. Incluso, por una temporada al año, todos mis hijos pueden hacer la lectura espiritual con un tratado de teología, alternando con otro libro de carácter ascético*¹².

CONSIDERAD —escribía San Juan Crisóstomo— *a cuántas ciudades, pueblos y naciones os quiere enviar como maestros*¹³. Para la acción apostólica, necesitamos —junto a la ciencia de Dios— la ciencia humana. *Se trata de hacernos presentes —con la ciencia de Dios y por medio de las ciencias humanas, del trabajo profesional de cada uno— en todas las actividades de los hombres, allí donde haya un alma que salvar*¹⁴.

(11) De nuestro Padre.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 15.

(13) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 15, 6.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIII-1953, n. 8.

En la tarea de difundir la doctrina cristiana, la propia preparación profesional —aparte del valor que por sí misma le corresponde— tiene una importancia fundamental, porque nuestro apostolado se desarrolla en todos los ambientes del trabajo humano. En la *Obra hay sitio para todos: para intelectuales, para empleados, para obreros, para campesinos: para todos aquellos —hombres y mujeres— que, en las circunstancias ordinarias de su vida, se esfuerzan en adquirir la santidad. Y todos, cada uno a su modo, necesitan tener ciencia: es decir, el conocimiento de lo que constituye su profesión u oficio, para hacer dignamente la faena habitual de cada día*¹⁵.

El valor apostólico de la preparación profesional debe ser un poderoso incentivo que nos mueva a no descuidarla nunca, a mejorarla constantemente. Hay que seguir estudiando, cuando ya se ha terminado la carrera o los años dedicados a la cualificación profesional, para estar al día en las nuevas técnicas, en los nuevos procedimientos. *Si cumplís bien vuestros deberes profesionales* —escribió nuestro Padre—, *trabajando y estudiando —todos, también los que os dedicáis a oficios manuales, cada uno según sus circunstancias—, conseguiréis la doctrina, la sabiduría que necesitáis para alcanzar vuestro fin*¹⁶: haremos un profundo y eficaz apostolado con nuestros compañeros de profesión, con nuestros colegas. *Al recorrer*

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1950, n. 16.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1951, n. 31.

juntos el camino de la vida profesional y civil, se da ocasión a una profunda labor apostólica, de modo que también esas personas, como los discípulos de Emaús, puedan después decir: nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas? (Luc. XXIV, 32). ¿No es verdad que se abrasaba nuestro corazón, cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba la Escritura? "

Pedimos a la Virgen que esta ilusión nuestra se haga realidad en nuestro trabajo diario. Ella, que es *Spes Nostra, Sedes Sapientiae*, Nuestra Esperanza y el Asiento de la Sabiduría, hará que tengamos la ciencia que necesitamos para nosotros y para otras almas.

(17) De nuestro Padre, *Cana*, 15-VIIM953, n. 11.

324.

VIERNES

—La santidad es empresa para toda la vida.

—Correspondencia, sin poner límites a la acción de la gracia.

—Mantener vivo el primer fervor, la ilusión de la primera hora.

ESTA es la voluntad de Dios, vuestra santificación ¹. Así anuncia San Pablo a los fieles de Tesalónica la grandeza de la vocación cristiana que habían recibido. La santificación personal es para todos una obligación, que para nosotros quedó como resellada por la vocación a la Obra, a la que nos comprometemos —con un *compromiso de amor*—² a ser fieles a lo largo de nuestra existencia. Por eso, la fidelidad en la Obra exige un empeño constante y amoroso, equivale a perseverar en un esfuerzo sin tregua por la santidad. Desde *hace casi treinta años* —decía nuestro Padre en 1957—, *ha puesto Dios en mi corazón el ansia de hacer comprender a personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio, esta doctrina: que la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, que el Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección cristiana* ².

(1) *L. 1* (I) (I *Theos.* IV, 3).

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 148.

Hay que luchar, rectificar cada día un poco, proponerse metas concretas y accesibles. *Esfuézate y sé hombre. Sé fiel a Yavé tu Dios, marchando por sus caminos, guardando sus mandamientos, sus leyes y sus preceptos (...), para que seas afortunado en lo que hicieres y donde quiera que vayas; de manera que cumpla Dios su palabra*³. Es esto lo que nos pide el Señor: esfuerzo, disposición de mejorar. No importan los errores cuando tenemos y ejercitamos la buena voluntad de recomenzar una y otra vez. *La lucha ascética no es algo negativo ni, por tanto, odioso, sino afirmación alegre. Es un deporte.*

*El buen deportista no lucha para alcanzar una sola victoria, y al primer intento. Se prepara, se entrena durante mucho tiempo, con confianza y serenidad: prueba una y otra vez y, aunque al principio no triunfe, insiste tenazmente, hasta superar el obstáculo*⁴.

El Señor nos pide simplemente que manifestemos nuestro amor mediante el esfuerzo diario por cumplir nuestras obligaciones, el pequeño deber de cada instante. *La santidad no consiste en hacer cosas cada día más difíciles, sino en hacerlas cada vez con más amor*⁵.

Si amamos, sentiremos en cada momento la necesidad imperiosa de hacer lo que debemos, derribando las barreras de la comodidad; será sencillo

(3) IReg. II, 2-4.

(4) Forjá, n. 169.

(5) De nuestro Padre, Crónica IV-66, p. 6.

rectificar, y tendremos hambres de entrega, de trabajar, de no escatimar ningún esfuerzo, ningún sacrificio. ¡Bien vale la pena ser generosos, llenarnos de afán de darnos, aun cuando sepamos que siempre nos quedaremos cortos en el amor! Sabemos que en esa lucha diaria agradamos al Señor, y eso ha de bastarnos para no concedernos tregua, para empezar un día y otro.

"IN MEDIO virtus..." —En el medio está la virtud, dice la sabia sentencia, para apartarnos de los extremismos. —Pero no vayas a caer en la equivocación de convertir ese consejo en eufemismo para encubrir tu comodidad, cuquería, tibieza, frescura, falta de ideales, adocenamiento.

*Medita aquellas palabras de la Escritura Santa: "¡ojalá fueras frío, o caliente! Mas por cuanto eres tibio y no frío, ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca"*⁶.

Nos encontramos en el camino que conduce a la santidad. Esto es mucho, pero no basta. La plenitud de la vida cristiana exige un continuo empeño por ser mejores; sólo así seremos fieles. Porque, como dice San Bernardo, *no merece el nombre de bueno quien no desea y aspira a ser mejor; y desde que uno no desea y aspira a ello, deja de ser bueno*⁷.

(6) Surco, n. 541.

(7) San Bernardo, *Epístola* 91.

No podemos conformarnos con lo que ya tenemos. *"Dando al olvido lo que ya queda atrás —escribía San Pablo— me lanzo en persecución de lo que tengo delante, corro hacia la meta, hacia el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús. Y cuantos somos perfectos esto mismo sentimos; y si en algo sentís de otra manera, Dios os hará ver lo que os digo" (Philip. III, 13-15). A fin, pues, de que Dios nos lo haga ver, no nos detengamos en aquello a lo que hubiéramos llegado; por el contrario, eso ha de servirnos para andar más.*

Veis que somos caminantes y decís: ¿qué es andar? Lo diré muy brevemente: andar es progresar. Y os digo progresar para que no vayáis a entenderlo mal y os volváis perezosos. Avanzad siempre, hermanos míos. Examinaos cada día sinceramente, sin vanagloria, sin autocomplacense, porque nadie hay dentro de ti que te obligue a sonrojarte o a jactarte. Examínate y no te contentes con lo que eres, si quieres llegar a lo que todavía no eres. Porque en cuanto te complaces de ti mismo, allí te detuviste. Si dices: ¡basta!, estás perdido⁸.

El amor es generoso, se da sin tasa. Si pusiéramos límites a la entrega, habríamos desnaturalizado el amor, la caridad, que es la esencia y el vínculo de la perfección; habríamos errado el camino. La santidad no es una opción que se nos ofrece, sino un categórico mandato divino. Desoírlo supondría el frac-

(8) San Agustín, *Sermo* 169.

so sobrenatural y humano de nuestra vida. *Medítalo despacio: es muy poco lo que se me pide, para lo mucho que se me da⁹.*

AL PRINCIPIO, cuando el alma empieza a dar sus primeros pasos por el camino de la vida interior, el fervor del entusiasmo presta alas de juventud para sobrepasar la tentación del cálculo, de la cicatería. Mas ese fuego primerizo se aquieta después, y es preciso, para que la brasa no se apague, que lo supla la madurez de la virtud, el afán más sereno, pero no menos apasionado, de entregarse hasta el extremo.

Hay que estar prevenidos para evitar la comodidad de adormecer el deseo de ser santos, sustituyéndolo por el frío cálculo del mínimo indispensable. Nuestro Padre nos ponía sobreaviso: *cuando tu egoísmo te aparta del común afán por el bienestar sano y santo de los hombres, cuando te haces calculador y no te conmueves ante las miserias materiales o morales de tus prójimos, me obligas a echarte en cara algo muy fuerte, para que reacciones: si no sientes la bendita fraternidad con tus hermanos los hombres, y vives al margen de la gran familia cristiana, eres un pobre inclusero¹⁰.*

La prueba de nuestro amor, de nuestra decisión firme e irrevocable de ser santos, surge cuando la

(9) *Surco*, n. 5.

(10) *Surco*, n. 16.

monotonía de los días iguales quisiera entibiar las decisiones de la voluntad y envolver en la niebla de la indiferencia los mejores esfuerzos. El mérito y el heroísmo se encuentran en reavivar cada día, con fuego de amor, la ilusión de los primeros pasos, bajo el peso del camino, bajo la fatiga de mil jornadas iguales. ¡Las mismas cosas día tras día, año tras año, y así hasta la muerte! Aquí está la verdadera fidelidad, la verdadera obra del amor: no es heroico ser fieles de vez en cuando, o por temporadas, sino a lo largo de toda la vida, manteniendo encendido el primer fervor.

No sirve un mero estar, un conservar pasivamente el rumbo, un puro soportar las dificultades de los días iguales. El espíritu de la Obra exige hacer las mismas cosas cada día con ánimo ilusionado, con espíritu siempre joven. Y perseverar es seguir adelante con garbo y alegría, con disposición deportiva, sacando fuerzas de la misma flaqueza. Voluntariedad actual cada día, sostenida en todo instante a lo largo de las ocasiones habituales: cumplimiento de las Normas, horas de trabajo, vida en familia... Y en este sucederse de acciones y de circunstancias semejantes, la tensión enamorada del deber cotidiano. Hacer *de la prosa diaria, endecasílabos, verso heroico*ⁿ, siempre inédito, por la novedad que le da el amor.

(11) De nuestro Padre.

*Desde que le dijiste "sí" —escribió nuestro Padre—, el tiempo va cambiando el color del horizonte —cada día, más bello—, que brilla más amplio y luminoso. Pero has de continuar diciendo "sí"*¹².

Nuestra Señora sonríe con gozo, cuando ve ese esfuerzo renovado, el corazón joven con la ilusión de los comienzos, fortalecido por la experiencia.

(12) *Surco*, n. 32.

325.

SÁBADO

- Responsabilidad y amor en las tareas internas.
- Sentido profesional en esos trabajos.
- Alcance apostólico de esas labores.

UN HOMBRE, al marcharse de su tierra, llamó a sus servidores, y les entregó sus bienes. A uno le dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno sólo: a cada uno según su capacidad; y se marchó K Muchas veces, la parábola de los talentos ha sido objeto de nuestra meditación. Volvemos hoy a tomarla como punto de arranque de nuestra charla con el Señor.

Sabemos bien que el fruto que Dios pide de los talentos que nos ha entregado se resume en una sola cosa: cumplir acabadamente su Voluntad. En buena parte, esa Voluntad divina se nos manifiesta en los deberes de nuestro propio estado, del oficio o profesión que desempeñábamos ya antes de recibir la vocación. Pero puede ocurrir que el Señor nos pida el abandono temporal de esas actividades, para ocuparnos de otros trabajos que se necesitan también en la Obra: las tareas internas, que son como el cimiento en donde encuentra su apoyo la entera labor apostólica del Opus Dei. Mientras la desempeñamos, esa

(1) *Ev. (Malth. XXV, 14-15).*

nueva labor es para nosotros el talento que nos ha confiado el Señor, para que lo hagamos rendir.

Se puede aplicar a los que desempeñan trabajos internos lo que escribió nuestro Padre: es *preciso que seamos como el cañamazo, que no se ve, para que los demás brillen con el bordado del oro y de las sedas finas de sus virtudes, sabiendo ponernos en un rincón, a fin de que vuestros hermanos luzcan con su trabajo profesional santificado, en su estado y en el mundo, de modo que podáis decir: pro eis ego sanctifico meipsum, ut sint et ipsi sanctificati in veritate* floann. XVII, 19); *por amor de ellos me santifico a mí mismo, para que sean ellos santificados en la verdad*².

Debemos tener en el corazón esa visión de conjunto, porque *somos miembros unos de otros*³; y aunque la tarea que se nos confía fuese en apariencia muy pequeña, no por eso sería menos importante. *Los elementos más diminutos de nuestro organismo son útiles y necesarios a todo el cuerpo, y todos cooperan y se someten en favor de la salud del cuerpo entero*⁴.

Los trabajos internos, hasta los más humildes y escondidos, son de capital importancia en la Obra. Son raíz que sustenta, savia que vivifica, directriz que da unidad a toda la labor de nuestros hermanos.

(2) De nuestro Padre, *Carla*, 8-VIII-1956, n. 8.

(3) *Ephes. IV, 25.*

(4) San Clemente Romano, *Epístola ad Corinthios* 37, 1.

En esa tarea —tan grata a los ojos de Dios— se encarna de una manera peculiar nuestro espíritu, porque es trabajo que no brilla humanamente, y servicio directísimo a la Obra, a nuestros hermanos, a todas las almas.

Hemos de estar siempre dispuestos a aceptar con alegría cualquier tarea que nos encomienden los Directores. *En las cuestiones profesionales* —ha escrito nuestro Padre— *somos libérrimos en cuanto al pensamiento y al criterio; pero en un momento determinado, por las necesidades de la labor, podéis hacer falta en otro lado: ¡qué alegría os habrá de dar, entonces, echarlo todo a rodar, para ocuparos de una cosa aparentemente pequeña, para atender a unos leprosos!*⁵.

Disponibilidad completa de nuestros talentos, aptitudes, aficiones: *que sedáis como esos grandes brillantes, que se quedan donde los colocan* —cualquiera que sea el puesto—, *sin protestar, sin soberbia*⁶.

LA VOCACIÓN profesional es algo que se va concretando a lo largo de la vida: no pocas veces el que empezó unos estudios, descubre luego que está mejor dotado para otras tareas, y se dedica a ellas; o acaba especializándose en un campo distinto del que previo al principio; o encuentra, ya en pleno ejercicio de la

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 9.

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 9.

*profesión que eligió, un nuevo trabajo que le permite mejorar la posición social de los suyos, o contribuir más eficazmente al bien de la colectividad; o se ve obligado, por razones de salud, a cambiar de ambiente y de ocupación*⁷.

Esas mismas exigencias, que pueden presentarse en nuestro camino, llevan a algunos *a renunciar gustosamente, por algún tiempo, al ejercicio humilde o brillante de su propia profesión, para servir a toda la Obra desde las labores internas, actividades que realizan siempre con la conciencia clara de lo que realmente son: labor profesional, que exige una específica y cuidadosa capacitación y que es totalmente imprescindible y eficazísima*⁸.

Nuestro Padre insistió siempre en que cuando a alguien se le encomienda una tarea interna determinada, esta ocupación se convierte para el interesado en *su trabajo profesional. Aunque sea preciso abandonar la abogacía, la medicina, la arquitectura, o cualquiera que fuera el trabajo intelectual o manual que vinierais ejerciendo, no quedáis sin labor profesional: la función de gobierno o de formación se habrá convertido para vosotros en un quehacer profesional*⁹. Hemos de acoger, por tanto, estos trabajos con afán de aprender, y utilizar las experiencias de quienes nos han precedido para adquirir la

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 33.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 9.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 37.

necesaria competencia profesional y mejorar el modo mismo de llevar la labor; cuidar la seriedad del trabajo, evitando las improvisaciones; aplicar los mismos criterios de dedicación —intensidad, puntualidad, primacía sobre otras actividades— propios de una tarea profesional, de modo que no los tengamos como una ocupación marginal, sino como una auténtica profesión en la que debemos santificarnos.

Para realizar con fruto nuestro nuevo trabajo, es bueno conservar *la mentalidad propia de ingenieros, de médicos, de historiadores, de campesinos, de obreros, de empleados, de lo que sea en cada caso (...).*

*No olvidéis tampoco —enseña nuestro Padre— que esa mentalidad, junto con los conocimientos y experiencias que hayáis adquirido en vuestros anteriores trabajos, os ayudará a realizar la labor interna que se os haya encomendado, incluso con más eficacia*¹⁰.

¡BENDITA perseverancia la del borrico de noria! —Siempre al mismo paso. Siempre las mismas vueltas. —Un día y otro: todos iguales.

Sin eso, no habría madurez en los frutos, ni lozanía en el huerto, ni tendría aromas el jardín". Así se comprende la entraña apostólica de las tareas inter-

(10) De nuestro Padre, *Cana*, 15-X-1948, n. 39.

(11) *Camino*, n. 998.

ñas que, aunque a primera vista puedan parecer poco eficaces, están en la base, son el fundamento de todo lo demás.

Nuestro Padre denominaba al trabajo de la Administración de nuestros Centros *apostolado de apostolados*, y lo comprendemos bien, porque sin esa silenciosa labor *sería menos eficaz, y en muchas ocasiones imposible, nuestro trabajo, en servicio de la Iglesia y de las almas*¹². Gracias a ese trabajo es posible la vida en familia, que tanto contribuye a hacer amable la santidad. No cabe pensar en los hogares nuestros sin esa presencia, que pasa inadvertida, pero que es tan eficaz, también en el apostolado. Porque las personas a quienes tratamos se ven atraídas por el cuidado, por el amor de Dios que se ha puesto en las cosas. *La Administración es el oficio más sobrenatural, es facilitar toda la labor apostólica*¹³.

Y algo similar sucede con todas las tareas internas de la Obra. A veces podría parecer que se realiza un trabajo burocrático, con poco aliciente humano o sobrenatural. Y no es así: nuestro Fundador nos enseñó a considerar el carácter *directamente apostólico* de todas esas tareas. Sin ellas no sería posible el desarrollo de las demás labores.

Apreciamos esa eficacia apostólica en el Evangelio. La ayuda de María Magdalena, de José de Arima-

(12) De nuestro Padre, *Crónica* 1-62, p. 9.

(13) De nuestro Padre, *Crónica* 1-62, p. 8.

tea, de Lázaro y de otras personas^M, cuyos nombres no conocemos, facilitó el trabajo redentor de Cristo. De ese modo gastó su vida en la tierra la Virgen Santa María: se ocupaba de Jesús y de José. Su ejemplo nos ayudará a valorar en su justa medida ese trabajo escondido, que vivifica toda la labor de la Obra extendida por el mundo entero.

(14) Cfr. *Luc.* VIII, 3.

326.

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

—Aspirar a ser el último, buscar el último puesto con sincera humildad.

—Trabajar sin aparecer, como el borrico de noria.

—Para ser humilde, hay que buscar ocasiones de servir a los demás.

ENTRÓ Jesús a comer en casa de un fariseo. *Y al notar cómo iban eligiendo los primeros puestos, proponía a los invitados una parábola, diciéndoles: cuando seas invitado por alguien a una boda, no te sientes en el primer puesto...'*

En varias ocasiones el Señor se sirvió de aquella costumbre social de los convites, tan extendida, para proponer enseñanzas: el anfitrión, que no admite a su mesa más que a personas de alto rango²; los convidados descorteses que se excusan de corresponder a la invitación recibida³... Ahora, partiendo del hecho que acaba de observar, va a hablarnos de humildad.

Jesús no reprocha directamente a los comensales su avidez por acaparar los primeros puestos, sino que, con delicadeza, les propone una escena simbóli-

(1) Ev. (C) (*Luc.* XIV, 7-8).

(2) Cfr. *Ibid.*, 12-14.

(3) Cfr. *Luc.* XIV, 15-24.

ca, una parábola. Cuando el almuerzo está a punto de comenzar, penetra en la sala un personaje importante, que puede permitirse la libertad de llegar a la hora en punto y hasta con un poco de retraso. El anfitrión sale a su encuentro con una sonrisa, y le acompaña al puesto de honor, a su derecha. No es tiempo ya de que todos los comensales se muevan de lugar. Y el que, de propia iniciativa, había ocupado el primer puesto, se ve obligado a situarse el último: *el que se ensalza, será humillado*⁴.

El Señor nos recuerda así la necesidad de estar en nuestro sitio, de evitar que la vanidad nos ofusque y nos lleve a ambicionar puestos de preeminencia, pues cualesquiera que sean nuestros trabajos, encargos o talentos personales, sin humildad no haríamos más que estorbar. Sin esta condición, no es posible ser eficaces. Una persona con inmejorables dotes humanas, si se sale de su sitio, anula su posible eficacia y disminuye la de los demás. La que es humilde, en cambio, aunque humanamente hablando no sea una lumbrera, sabe estar en su papel, y en cualquier lugar en que se le coloque es eficaz. Conoce sus limitaciones y sus posibilidades, sabe *hacer y desaparecer*. Sus buenas cualidades son siempre ayuda mayor o menor, pero nunca estorbo. Y, sobre todo, ante Dios *no hay trabajos grandes ni pequeños: todos son grandes, si se hacen por Amor. Los trabajos*

(4) Ev. (C) (Luc. XIV, 11).

*aparentemente pequeños se engrandecen a través del prisma de nuestra vocación de servicio*⁵.

Para lograr esta virtud, tenemos que grabar en nuestro corazón lo que nuestro Padre nos dice: *tu aspiración será: con tus hermanos, el último*⁶, teniendo en cuenta que todos tendemos a valorarnos en más de lo que somos. *Si te conocieras* —escribe nuestro Fundador—, *te gozarías en el desprecio, y lloraría tu corazón ante la exaltación y la alabanza*⁷. Por eso, afirma un Padre de la Iglesia que *la primera humildad es que pienses que tus hermanos son mejores que tú, y que en todas las cosas te preceden*⁸. Con esta actitud, nunca se malograrán nuestros talentos. Y al final, el Señor mismo nos dirá: *amigo, sube más arriba*⁹.

EL QUE es verdaderamente humilde *se alegra de ser tenido en poco por los demás, porque ve confirmado en esa baja reputación lo que él piensa de sí mismo*¹⁰. No se considera necesitado de muchas atenciones. No gusta de exhibirse. No pide derechos. Está en su puesto como una pieza que cumple su función en el conjunto, sin hacerse notar. En la Obra, cada uno tiene que ser ese instrumento fuerte

(5) De nuestro Padre, n. 49.

(6) Camino, n. 365.

(7) Camino, n. 595.

(8) San Doroteo, *Doctrinae* 2, 6.

(9) Ev. (C) (Luc. XIV, 10).

(10) San Gregorio Magno, *Dialogus* 1, 1, 5.

que no reclama especiales cuidados para trabajar: una de esas piezas que son útiles siempre, con frío o calor, con un ambiente adecuado o sin él. Y esto lo lograremos si no pensamos en nosotros mismos.

Nuestro Padre nos proponía el ejemplo del borrico de noria. *No sé a vosotros* —nos decía—; *pero a mí no me humilla reconocerme, a los ojos del Señor, como un jumento*. Ut iumentum factus sum apud te (Ps. LXXII, 23), *como un borriquito estoy delante de Ti*, et ego semper tecum, *pero Tú estás siempre conmigo*. *Esto es la presencia de Dios*. Tenuisti manum dexteram meam. *Yo acostumbro a decirle: me has tomado por el ronزال, et in voluntad tua deduxisti me, y me has hecho cumplir tu voluntad, es decir, me has hecho ser fiel a mi vocación*. Et cum gloria suscepisti me, *y después me darás un abrazo bien fuerte*¹¹.

La figura del borrico, alabada en la Sagrada Escritura, constituye un símbolo elocuente para nosotros. *Les tengo mucho cariño a los borricos y me gusta que, por lo menos, consideréis que son como un cochecito de carne y hueso, que exige muy poco. Poca gasolina necesita un burro, ¿no os parece? Un poquito de paja. Se conforma con cualquier cosa*¹². Así nosotros. De este modo nos veremos libres del deseo de aparecer importantes a los ojos de los demás, y seremos instrumentos idóneos, que desempeñan bien su fun-

(11) De nuestro Padre, Crónica, 1975, p. 1596.

(12) De nuestro Padre, Crónica, 1975, p. 1588.

ción, porque son humildes. Nos daremos cuenta de que una sola cosa importa: servir a Dios, a la Iglesia, haciendo el Opus Dei sobre la tierra. Lo nuestro es desaparecer detrás de la tarea que desempeñamos, cosa razonable porque lo que vale en esa tarea es el hecho de ser *operado Dei*, obra de Dios.

Nuestro esfuerzo es divinamente eficaz si sabemos trabajar y pasar inadvertidos, como un borriquito que tira del carro con fidelidad y perseverancia, siempre dócil a las indicaciones de su amo: guiados por Dios, sujetos por el suave yugo del Señor, que hace ligera la carga, seguro el camino. Así las cosas más ordinarias se llenan de color, de significación y de valor insospechados. *¡Bendita perseverancia la del borrico de noria! —Siempre el mismo paso. Siempre las mismas vueltas. —Un día y otro: todos iguales.*

*Sin eso, no habría madurez en los frutos, ni lozanía en el huerto, ni tendría aromas el jardín*¹³.

El amor de Dios, con el olvido de nosotros mismos, hará grande y eficaz lo que en sí mismo quizá era pequeño y aparentemente inútil, pero en realidad fecundo.

TAMBIÉN en la Misa de hoy, leemos esta otra lección de humildad y de sabiduría, tomada del libro

(13) *Camino*, n. 998.

del Eclesiástico: *hijo, cumple tus obras con mansedumbre y serás amado más que la gloria de los hombres. Cuanto mayor seas, humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios*^M.

*La santidad en la Obra no consiste en ser grandes o pequeños. Consiste en saber hacer que nuestra vida no se apague en el terreno sobrenatural, en que nos dejemos quemar hasta la última brizna, sirviendo a Dios en el último asiento, o en el primero: donde nos llame el Señor. Y al final, todos seremos iguales, porque nos habremos quemado del todo, con el mismo espíritu, cum odore suavitatis. Los que eran grandes, dando lo que tenían; y los pequeños, lo mismo. El que tiene mucho da mucho, porque se le exige mucho; y el que tiene poco, da poco, porque se le exige menos. Pero a uno y otro se le pide todo*¹⁵.

Buen ejemplo nos dio el mismo Jesucristo en la Última Cena, cuando, una vez más, mostró con las obras lo que había enseñado con las palabras. *Mirad que Jesucristo nos ha besado los pies cuando los besó a los primeros doce. Y El es quien es, y nosotros somos lo que somos: pobres criaturas.*

Si somos fieles, si somos humildes, seremos limpios, mortificados, obedientes; seremos eficaces, en todo el mundo: cuanto más humildes, más eficaces. No hemos venido a mandar, sino a obedecer. Venimos a

(14) *L. I* (Cj) (Eccli. III, 19-20).

(15) De nuestro Padre, Crónica VII-64, p. 59.

servir, como Jesús, que non venit ministran, sed ministrare (Matth. XX, 28)¹⁶.

Y para servir, servir", clamaba nuestro Padre: *¡mi orgullo es servir!*¹⁷. Como Jesús en la Última Cena, no nos detendremos ni ante los trabajos más molestos. Estaremos dispuestos a pasar por encima de las dificultades, para evitarlas a los demás. El último sitio no debe ser una imposición soportada, sino el fruto de una actitud interior de abnegación, de renuncia, de santidad. Hay que buscar la ocasión de servir a los demás, pensando en lo que necesitan, en el modo en que podremos serles útiles: ésa ha de ser nuestra ambición, como consecuencia de habernos identificado con Jesucristo.

*Una actividad —la que sea, aunque humanamente parezca muy importante—, para nosotros no será sino un medio de servir al Señor y de servir a los hombres: ésa es la verdadera importancia que tiene*¹⁹. Nuestra jornada tiene que estar centrada en los demás, no en nosotros mismos, de modo que podamos decir cada noche en el examen: *Dios mío, ¡si no he pensado en mí, por hacer la vida agradable a los demás!*

A ocuparnos seriamente no sólo con las manos, sino con la cabeza y el corazón. Si yo estuviera viviendo con la Virgen, con San José, con Jesús, ¿cómo haría es-

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 33.

(17) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nota 34.

(18) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 14.

(19) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 161.

*tas cosas por ellos? Lo mismo las cosas intelectuales, y las cosas más altas del espíritu, que las cosas más altas de la tierra, que tenemos necesariamente que cumplir. Todo por Amor. Este es el camino de la santidad, de la felicidad*²⁰.

Este fue el camino que recorrió Nuestra Señora: "*Quia respexit humilitatem ancillae suae*" —porque vio la bajeza de su esclava...

—¡Cada día me persuado más de que la humildad auténtica es la base sobrenatural de todas las virtudes!

Habla con Nuestra Señora, para que Ella nos adiestre a caminar por esa senda²¹.

(20) De nuestro Padre, Noticias IV-61, p. 22.

(21) *Surco*, n. 289.

327.

LUNES

—Somos corredentores con Jesucristo.

—Ser cristiano es vivir unido a la Santa Cruz.

—Abnegación: no buscarnos a nosotros mismos.

EN EL Evangelio de la Misa de hoy, San Lucas nos narra la primera visita de Jesús a Nazaret, después de comenzar su ministerio público. El Señor ha pasado varios meses en Judea, y regresa ahora, dispuesto a anunciar la buena nueva también a sus paisanos. *Llegó a Nazaret, donde se había criado, y según su costumbre entró en la sinagoga el sábado* ¹.

Terminan los rezos y sigue la lectura de un pasaje de los libros sagrados. Jesús *se levantó para leer. Entonces le entregaron el libro del profeta Isaías y, abriendo el libro, encontró el lugar donde estaba escrito: el Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado para anunciar la redención a los cautivos y devolver la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, y para promulgar el año de gracia del Señor.*

Y enrollando el libro se lo devolvió al ministro, y se sentó. Todos en la sinagoga tenían fijos en El los

(1) Ev. (Luc. IV, 16).

*ojos. Y comenzó a decirles: hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír*².

Al Señor le duelen las almas, se siente urgido a hablarles. Más aún, está dispuesto a dar su vida por cada una de aquellas personas, pues para eso ha venido a la tierra. *Con su pasión —escribe Santo Tomás—, nos libró Cristo causalmente de todos nuestros pecados, es decir, instituyendo una causa de nuestra liberación, en virtud de la cual pudieran ser perdonados cualesquiera pecados, cuando quiera que hayan sido cometidos, sean pasados, presentes o futuros; como si un médico prepara una medicina con la que pueden curarse todas las enfermedades*³.

La Iglesia hace presente a lo largo del tiempo los frutos de la muerte de Cristo en la Cruz, y —a través de todos los sacramentos, pero especialmente de la Eucaristía— nos pone en comunión con su Pasión. Pero el Señor ha querido, además, que nos unamos a su misión redentora, y nos ha llamado a ser correductores. Esta unión, para ser eficaz, requiere el sacrificio personal de cada uno. Así, *en ese cuerpo místico, en el Opus Dei, vosotros y yo, con el cumplimiento gustoso del deber —aunque cueste—, con ese vencimiento, con esa sonrisa que a veces es mortificación, logramos abundantemente la gracia del Señor para otras almas* *.

(2) *Ibid.*, 16-21.

(3) Santo Tomás, S. Th. III, q. 49, a. 1 ad 3.

(4) De nuestro Padre, Crónica IX-66, p. 9.

*HERMANOS —nos dice San Pablo—, ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia*⁵.

Para corredimir con Jesucristo, el cristiano ha de unirse al Señor en la Cruz, sin rehuir el sacrificio que pueda aparecer en su vida. Como escribió nuestro Padre, *ser cristiano no es título de mera satisfacción personal: tiene nombre —sustancia— de misión* (...).

Ser cristiano no es algo accidental, es una divina realidad que se inserta en las entrañas de nuestra vida, dándonos una visión limpia y una voluntad decidida para actuar como quiere Dios. Se aprende así que el peregrinaje del cristiano en el mundo ha de convertirse en un continuo servicio prestado de modos muy diversos, según las circunstancias personales, pero siempre por amor a Dios y al prójimo. Ser cristiano es actuar sin pensar en las pequeñas metas del prestigio o de la ambición, ni en finalidades que pueden parecer más nobles, como la filantropía o la compasión ante las desgracias ajenas: es discurrir hacia el término último y radical del amor que Jesucristo ha manifestado al morir por nosotros.

Se dan, a veces, algunas actitudes, que son producto de no saber penetrar en ese misterio de Jesús. Por ejemplo, la mentalidad de quienes ven el cristianismo como

(5) *Colos.* I, 24.

un conjunto de prácticas o actos de piedad, sin percibir su relación con las situaciones de la vida corriente, con la urgencia de atender a las necesidades de los demás y de esforzarse por remediar las injusticias.

Diría que quien tiene esa mentalidad no ha comprendido todavía lo que significa que el Hijo de Dios se haya encarnado, que haya tomado cuerpo, alma y voz de hombre, que haya participado en nuestro destino hasta experimentar el desgarramiento supremo de la muerte. Quizá, sin querer, algunas personas consideran a Cristo como un extraño en el ambiente de los hombres.

Otros —en cambio— tienden a imaginar que, para poder ser humanos, hay que poner en sordina algunos aspectos centrales del dogma cristiano, y actúan como si la vida de oración, el trato continuo con Dios, constituyeran una huida ante las propias responsabilidades y un abandono del mundo. Olvidan que, precisamente Jesús, nos ha dado a conocer hasta qué extremo deben llevarse el amor y el servicio. Sólo si procuramos comprender el arcano del amor de Dios, de ese amor que llega hasta la muerte, seremos capaces de entregarnos totalmente a los demás, sin dejarnos vencer por la dificultad o por la indiferencia⁶.

El camino para ser corredentores con Cristo pasa por la Cruz. Si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; con tal de que

(6) *Es Cristo que pasa*, n. 98.

padezcamos con El, para ser con El también glorificados⁷. No hay otro camino. Cristo, que es el heredero principal, llega a la herencia de la gloria por la pasión. "¿No era necesario que Cristo padeciese para entrar en su gloria?" (Luc. XXIV, 26). Y nosotros no debemos alcanzar esa misma herencia de un modo más fácil. Es necesario que lleguemos también a aquella herencia mediante los padecimientos⁸.

EL VERDADERO apostolado exige renuncia personal, holocausto propio. *Como Cristo enviado por el Padre es la fuente y origen de todo el apostolado de la Iglesia, es patente que toda la fecundidad del apostolado depende de la unión vital con Cristo (...), recordando la palabra del Señor: "si alguien quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Matth. XVI, 24) *

Hemos de ser corredentores. La redención se está haciendo (...). La tierra está a oscuras: ¡y hace veinte siglos que vino la luz al mundo, para iluminar a todo hombre!¹⁰. Redención que exige renuncia, porque contra Cristo están nuestra voluntad y nuestro entendimiento, oscurecidos muchas veces por nuestras pasiones, y la actuación diabólica, que se vence con la oración y la mortificación¹¹.

(7) *Rom. VIII, 17.*

(8) Santo Tomás, *Super epístola ad Romanos lectura* 8, 3.

(9) Concilio Vaticano II, *decr. Apostolicam actuositatem*, n. 4.

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 239.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 239.

El verdadero apóstol ha de saber morir a sí mismo, porque le mueve el amor: *nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos*¹². Quien no sabe de sacrificio no sabe tampoco de amor. *Con esta perspectiva, convenceos de que si de veras deseamos seguir de cerca al Señor y prestar un servicio auténtico a Dios y a la humanidad entera, hemos de estar seriamente desprendidos de nosotros mismos: de los dones de la inteligencia, de la salud, de la honra, de las ambiciones nobles, de los triunfos, de los éxitos.*

*Me refiero también —porque hasta ahí debe llegar tu decisión— a esas ilusiones limpias, con las que buscamos exclusivamente dar toda la gloria a Dios y alabarle, ajustando nuestra voluntad a esta norma clara y precisa: Señor, quiero esto o aquello sólo si a Ti te agrada, porque si no, a mí, ¿para qué me interesa? Aestamos así un golpe mortal al egoísmo y a la vanidad, que serpean en todas las conciencias; de paso que alcanzamos la verdadera paz en nuestras almas, con un desasimiento que acaba en la posesión de Dios, cada vez más íntima y más intensa*¹³.

El amor cautiva, el amor induce suave y dulcemente a la abnegación más completa; y esa entrega limpia, purifica, clarifica el alma, la diviniza. *Corazones generosos, con desprendimiento verdadero, pide el Señor. Lo conseguiremos, si soltamos con entereza*

(12) *Ioann.* XV, 13.

(13) *Amigos de Dios*, n. 114.

las amarras o los hilos sutiles que nos atan a nuestro yo. No os oculto que esta determinación exige una lucha constante, un saltar por encima del propio entendimiento y de la propia voluntad, una renuncia —en pocas palabras— más ardua que el abandono de los bienes materiales más codiciados”.

Santa María es Corredentora por un título especial y de un modo eminentísimo, y por eso participó como nadie en la Pasión y en la Muerte de Jesucristo, como Madre de salvación para todas las almas. *Admira la reciedumbre de Santa María: al pie de la Cruz, con el mayor dolor humano —no hay dolor como su dolor—, llena de fortaleza.*

—Y pídele de esa reciedumbre, para que sepas estar también junto a la Cruz¹⁵. La consecuencia será ésta: *vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo: solamente así serás apóstol*¹⁶.

(14) *Amigos de Dios*, n. 115.

(15) *Camino*, n. 508.

(16) *Camino*, n. 929.

328.

MARTES

- Vida de piedad: consecuencia de nuestra filiación divina.
- Características de esa vida de piedad.
- Piedad y doctrina.

¿COMO hacer oración? —se preguntaba una vez nuestro Padre—. *Me atrevo a asegurar, sin temor a equivocarme, que hay muchas, infinitas maneras de orar, podría decir. Pero yo quisiera para todos nosotros la auténtica oración de los hijos de Dios, no la palabrería de los hipócritas, que han de escuchar de Jesús: no todo el que repite: ¡Señor!, ¡Señor!, entrará en el reino de los cielos (Matth. VII, 21.)* \

Tratar a Dios como Padre, con la espontaneidad de los hijos que no conocen doblez, es la primera indicación que Jesús nos da sobre el modo de hacer oración: *vosotros, pues, orad así: Padre nuestro, que estás en los cielos*². Y comenta Teodoreto: *al ofrecer nuestra oración escondida al Señor, se nos ha mandado que lo llamásemos Padre, y decimos: "Padre nuestro, que estás en los cielos". Y añade además "Abba", mostrando así la confianza de los que le llaman de este modo; pues los niños tratan a sus padres con ma-*

(1) *Amigos de Dios*, n. 243.

(2) *Matth.* VI, 9.

*yor libertad, al no tener todavía un discernimiento completo, y utilizan a menudo esta palabra*³.

Dios quiere que le tratemos con entera confianza, como hijos pequeños suyos. La conciencia de esa filiación divina es *el fundamento de la vida espiritual de los miembros del Opus Dei*⁴. Toda nuestra piedad se alimenta de este hecho: somos hijos de Dios. Nuestras relaciones con el Señor, no sólo en la oración personal, sino también en la liturgia, están penetradas de esa intimidad filial. Nuestra piedad es siempre la de hijos pequeños que tratan con su Padre Dios.

Pedimos al Señor, en la oración colecta de la Misa de esta semana: *infunde en nuestros corazones el amor de tu Nombre, para que, haciendo más religiosa nuestra vida, aumentes el bien en nosotros*⁵. Le rogamos que acreciente en nosotros esa virtud —la religión—, por la que damos a Dios gloria, honor, alabanza, reverencia. Y para eso nos proponemos avivar el sentido de nuestra filiación divina, pues *por excelencia se llama piedad al culto de Dios, como por excelencia se llama a Dios Padre nuestro*⁶. Si nos sabemos hijos, seremos piadosos. Y tributaremos a Dios ese reconocimiento, porque el trato del hijo con su padre está lleno de respeto y de veneración y, a la vez, de amor.

(3) Teodoreto, *inter epístolas Sancti Pauli*, In Romanos 8, 15.

(4) *Catecismo*, 5ª ed., n. 62.

(5) *Orat.*

(6) Santo Tomás, S. Th. IMI, q. 101, a. 3, ad 2.

Hay mil maneras de orar, os digo de nuevo. Los hijos de Dios no necesitan un método, cuadrículado y artificial, para dirigirse a su Padre. El amor es inventivo, industrial; si amamos, sabremos descubrir caminos personales, íntimos, que nos lleven a este diálogo continuo con el Señor⁷. Si tratamos a Dios como Padre, tendremos un deseo ardiente y sincero, tierno y profundo a la vez de imitar a Jesucristo como hermanos suyos, hijos de Dios Padre, y de estar siempre en la presencia de Dios; filiación que lleva a vivir vida de fe en la Providencia, y que facilita la entrega serena y alegre a la divina Voluntad⁸.

TODAS las virtudes deben florecer en la vida de quienes nos hemos entregado a Dios en su Obra. Nuestro Padre insistía especialmente en algunas, como la caridad, la sinceridad, la laboriosidad, la humildad personal y colectiva, la lealtad, la alegría que es parte integrante de nuestro camino... Y como soporte de estas virtudes, de todo el edificio espiritual, se nos pide una piedad honda y sincera. *Para hacer los cimientos de un edificio, a veces hay que ahondar mucho, llegar a una gran profundidad, hacer grandes soportes de hierro y hundirlos hasta que se apoyen sobre roca. Pero no hay necesidad de eso si se encuentra enseguida terreno firme. Para nosotros la roca es ésta:*

(7) *Amigos de Dios*, n. 255.

(8) *Catecismo*, 5ª ed., n. 62.

piedad, filiación divina, abandono en las manos de Dios⁹.

Piedad sólida y práctica, que consiste en la prontitud de la voluntad para cumplir las Normas, para hacer con particular alegría lo que atañe más directamente al servicio de Dios. La piedad hace estar siempre disponibles para el cumplimiento fiel y amoroso de la voluntad de Dios: las cosas no cuestan, y si cuestan, todo se supera con la fuerza del amor. Si hay piedad, salimos encendidos de la oración, con propósitos firmes y concretos para el resto de la jornada. *La devoción* —dice Santo Tomás— *no es otra cosa que una voluntad pronta para entregarse a lo que pertenece al servicio de Dios¹⁰.*

La verdadera piedad no es una actitud pasajera, sino estable; ni un sentimiento superficial, sino verdadera virtud, fuerza espiritual arraigada en el alma. *No se ha de entender aquella piedad superficial y externa que, si bien gusta y halaga al alma, no la nutre ni la mueve a la santidad, sino aquella otra sólida piedad que, dejando de lado los sentimentalismos, se basa en los principios de la más segura doctrina y en el propósito firme de la voluntad¹¹.*

Con insistente frecuencia nos preguntaba nuestro Padre: *¿sois piadosos, hijos míos? Tenemos que vi-*

(9) De nuestro Padre, *Carla*, 24-11-1931, n. 7.

(10) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 82, a. 1, c.

(11) *Pío XI*, *Litt. ene. Ad catholici sacerdotii*, 20X11-1935.

*vir vida de piedad; sin piedad no podemos hacer nada. Hay que estar muy unidos al Señor. Que tengáis vida de piedad*¹². Una piedad así rejuvenece continuamente la vida interior y la entrega.

Días de silencio y de gracia intensa... Oración cara a cara con Dios...

He roto en acción de gracias, al contemplar a aquellas personas, graves por los años y por la experiencia, que se abren a los toques divinos y responden como niños, ilusionadas ante la posibilidad de convertir aún su vida en algo útil..., que borre todos sus descamios y todos sus olvidos.

*—Recordando aquella escena, te he encarecido: no descuides tu lucha en la vida de piedad*¹³.

*LOS RASGOS que completan la fisonomía espiritual de los miembros del Opus Dei son: una piedad doctrinal, alimentada con el estudio de la religión y con ejercicios personales de oración, mortificación y penitencia; una tierna devoción a la Virgen María, a San José, a los Santos Angeles Custodios, a nuestros Patronos y a nuestros santos Intercesores, a la Iglesia y al Papa*¹⁴.

Piedad y doctrina. La piedad sin la doctrina haría nuestra vida interior superficial, externa, senti-

(12) De nuestro Padre, Crónica VII-59, p. 21.

(13) *Surco*, n. 179.

(14) *Catecismo*. 5ª ed., n. 63.

mental, expuesta a las más ingenuas tentaciones. La doctrina sin piedad nos tornaría rígidos, envarados, incomprensivos, soberbios. Por eso nos hacen falta las dos al mismo tiempo: doctrina para alimentar la piedad; piedad para vivificar la doctrina, para hacerla vida de nuestra vida.

*Dios nos llamó: vocación divina para ser santos. Y ¿qué haremos para ser santos? Ser piadosos, y adquirir la doctrina necesaria para conocer bien a Jesucristo, y así amarle. Para conocer bien las cosas de Dios: piedad de niños y doctrina de teólogos; y veréis cómo vamos bien*¹⁵.

Con nuestra vocación en medio del mundo, ocupados en actividades seculares, nos hace falta una sólida formación doctrinal religiosa, porque *las cosas divinas, que son en sí mismas necesarias y eternas, son también regla de lo contingente*¹⁶. Las verdades inmutables de la fe y de la moral cristiana se proyectan sobre todas las circunstancias de la vida, poseen una virtualidad de extensión inagotable, han de informar nuestra conducta diaria, dando medida divina a las cosas, ordenándolas al fin para el que han sido creadas. Pero esto exige una continua atención, una reflexión constante, un deseo —en definitiva— de mejorar el conocimiento de Dios y de cuanto a Dios se refiere. Nuestro Padre nos previene: *una*

(15) De nuestro Padre.

(16) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 45, a. 1, ad 2.

persona terrible: el ignorante y, a la vez, trabajador infatigable.

*Cuídame, aunque te caigas de viejo, el afán de formarte más*¹⁷. Debemos tener afán de aprovechar todos los medios de formación doctrinal que la Obra pone a nuestro alcance; sólo así llegaremos a ser almas de criterio.

Del mismo modo, siempre podemos tener más vida espiritual, vivir mejor las Normas y las virtudes según nuestro espíritu, profundizar más en el sentido de nuestra filiación divina, ser más sencillos interiormente, adquirir más visión sobrenatural en el trabajo... La capacidad de ser más piadosos y más doctos carece de límites. Jamás podremos pensar: *¡ya estoy formado!, porque aunque vivamos ochenta años, siempre hemos de recibir más formación, para mejorar la que tengamos*¹⁸.

Acudamos a la Virgen, modelo de piedad, y trono de la sabiduría. *Sed sinceramente piadosos —con una profunda devoción a la Santísima Virgen—, y tendréis asegurada en buena parte la rectitud de vuestra doctrina.* Bonus homo de bono thesauro proferi bona, et malus homo de malo thesauro profert mala (Matth. XII, 35): *del fondo —del tesoro bueno— de un corazón enamorado de Dios, salen palabras de luz.* La piedad es útil para todo (I Tim. IV, 8)¹⁹.

(17) Surco, n. 538.

(18) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 160.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 16.

329.

MIÉRCOLES

—La obra de la Redención se cumplió con el Sacrificio de Cristo.

—La mortificación es condición previa para toda labor apostólica.

—El apostolado exige continuos vencimientos, que ayudan a formar un hábito de mortificación.

AL PONERSE el sol, todos los que tenían enfermos con diversas dolencias, los traían a El. Y El, poniendo las manos sobre cada uno, los curaba. De muchos salían demonios, gritando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Y El, increpándoles, no les dejaba hablar, porque sabían que El era el Cristo.

*Cuando se hizo de día, salió hacia un lugar solitario, y la multitud le buscaba, llegaron hasta El, y lo detenían para que no se apartara de ellos. Pero El les dijo: es necesario que Yo anuncie también a otras ciudades el Evangelio del Reino de Dios, porque para esto he sido enviado. E iba predicando por las sinagogas de Judea *

Enteramente dedicado al servicio de las almas, el Señor no tiene un momento de descanso. Su vida

(1) Ev. (Luc. IV, 40-44).

es vida de renuncia y de sacrificio, y así llevó a cabo la obra redentora. No sólo en la Cruz —que es el culmen de esa entrega divina—, sino a lo largo de todo su caminar terreno, en la perfecta identificación con la voluntad de su Padre, con un extremado deseo de salvar a todos.

Este fuego, este deseo de cumplir el decreto salvador de Dios Padre, llena toda la vida de Cristo, desde su mismo nacimiento en Belén. A lo largo de los tres años que con El convivieron los discípulos, le oyen repetir incansablemente que su alimento es hacer la voluntad de Aquel que le envía (cfr. Ioann. IV, 34). Hasta que, a media tarde del primer Viernes Santo, se concluyó su inmólación. Inclinando la cabeza, entregó su espíritu floann. XIX, 30). Con estas palabras nos describe el apóstol San Juan la muerte de Cristo: Jesús, bajo el peso de la Cruz con todas las culpas de los hombres, muere por la fuerza y por la vileza de nuestros pecados².

La Redención obrada por Cristo es suficiente y sobreabundante, pero el Señor quiere que los cristianos continuemos su misión, y nos envía *para evangelizar a los pobres, para anunciar la redención a los cautivos*³. Cuenta también con nuestro sacrificio para llevarla a cabo. *Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros* —escribía San Pablo—, y com-

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 95.
ii) *Allel. (Luc. IV, 18)*.

pleto en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia".

En el cuerpo de Cristo, que crece incesantemente desde la Cruz del Redentor, precisamente el sufrimiento, penetrado por el espíritu del Sacrificio de Cristo, es el mediador insustituible y autor de los bienes indispensables para la salvación del mundo. El sufrimiento, más que cualquier otra cosa, es el que abre el camino a la gracia que transforma las almas. El sufrimiento, más que todo lo demás, hace presente en la historia de la humanidad la fuerza de la Redención⁵.

Sin esta unión con la Cruz de Cristo, no podríamos hacer apostolado. Nuestras palabras no moverían el corazón de nadie, porque toda la gracia de la salvación mana de la Cruz del Señor. En cambio, cualquier acto de abnegación, unido a los sufrimientos de Cristo, es ya apostolado, corredención. Por eso nos ha dejado escrito nuestro Padre: *si con sacrificio siembras Amor, también recogerás Amor*⁶.

CON SACRIFICIO continuaron los Apóstoles la misión de Cristo. Habían aprendido bien la lección del Maestro: *si el grano de trigo no muere al caer en*

(4) *Cotos*, I, 24.

(5) *Juan Pablo II, Litt. apost. Salvifici doloris*, 11-11-1984, n. 27.

(6) *Forja*, n. 299.

tierra, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto⁷. Dieron su vida por las almas, siguiendo los pasos del Señor, y Dios bendijo su apostolado llenándolo de eficacia. Se dieron día tras día: *todo* —escribe San Pablo— *lo sufro por los elegidos, para que también ellos obtengan la salvación que está en Cristo Jesús*⁸.

Cristo nos manda imperativamente a pregonar de un extremo a otro de la tierra su llamada universal a la santidad. Pero nos ha dicho: *si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame*⁹. Y el sentido de esta exhortación —comenta San Jerónimo— *es éste: no es cosa cómoda ni de tranquilidad confesar a Dios. El que cree en mí tiene que derramar su sangre (...). Sabiendo esto, pues, neguémonos a nosotros mismos, no sólo en el tiempo de la tribulación y cuando sea menester sufrir el martirio; sino en toda nuestra conducta, obra, pensamiento y palabra, neguemos lo que antes fuimos y comportémonos como renacidos en Cristo. El Señor fue crucificado para que también nosotros, que creemos en El y hemos muerto al pecado, nos crucifiquemos con El y digamos lo que nos enseñó San Pablo: "con Cristo estoy crucificado"* fGalat. //, 19)¹⁰.

(7) Ioann. XII, 24.

(8) II Tim. II, 10.

(9) Luc. IX, 23.

(10) San Jerónimo, *Epístola* 121, 3.

El amor a Dios nos invita a llevar a pulso la cruz, a sentir también sobre nosotros el peso de la humanidad entera, y a cumplir, en las circunstancias propias del estado y del trabajo de cada uno, los designios, claros y amorosos a la vez, de la voluntad del Padre ".

Por la mortificación, nos vaciamos de nosotros mismos y somos capaces de vivir para las almas. Por la mortificación, nos purificamos haciéndonos más aptos para tratar a Dios, para ser dóciles a la gracia, para servir sobrenaturalmente a las almas. Con la mortificación podremos expiar por los pecados de los demás, y atraer hacia ellos, de algún modo, la gracia de la fe, de la conversión o de la entrega, pues la mortificación *encomienda las peticiones, confirma nuestros ruegos: abre los oídos de Cristo, nuestro Dios, y atrae su clemencia*¹².

NO LO debemos olvidar: en todas las actividades humanas, tiene que haber hombres y mujeres con la Cruz de Cristo en sus vidas y en sus obras,alzada, visible, reparadora; símbolo de la paz, de la alegría; símbolo de la Redención, de la unidad del género humano, del amor que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, la Trinidad Beatísima ha tenido y sigue teniendo a la humanidad ".

(11) *É5 Cristo que pasa*, n. 97.

(12) *Tertuliano, De patientia* 13.

(13) *Surco*, n. 985.

La mortificación es necesaria *preparación para todo apostolado y para la perfecta ejecución de cada apostolado*¹⁴. Y no sólo como una disposición genérica, sino también en cuanto la labor de almas, si se hace como el Señor quiere, exige un continuo sacrificio. En el trato con la gente, muchas veces hay que vencer respetos humanos y defectos de carácter; superar la timidez y la precipitación, enemigos no pequeños del apostolado hondo; saber pasar por encima de los gustos e intereses personales: como decía San Pablo, *me he hecho todo para todos, para ganarlos a todos*¹⁵; y es necesaria, también, una gran constancia, que implica renuncia y sacrificio; y después hay que dar ejemplo, privarse voluntariamente de la comodidad y del bienestar que no se compaginan con la vida de personas que se han entregado totalmente al servicio de Dios; y sobre todo, trabajar, trabajar mucho, con orden y con intensidad. *Vosotros y yo, con el cumplimiento gustoso del deber —aunque cueste—, con ese vencimiento, con esa sonrisa que a veces es mortificación, logramos abundantemente la gracia del Señor para otras almas*¹⁶.

¿Procuras tomar ya tus resoluciones de propósitos sinceros? Pídele al Señor que te ayude a fastidiarte por amor suyo; a poner en todo, con naturalidad, el aroma purificador de la mortificación; a gastarte en su servi-

(14) De nuestro Padre.

(15) I Cor. IX, 22 (Vg).

(16) De nuestro Padre, Crónica, IX-66, p. 9.

ció sin espectáculo, silenciosamente, como se consume la lamparilla que parpadea junto al Tabernáculo."

Como la mortificación es costosa y contraria a nuestras inclinaciones, pidamos la intercesión de nuestra Madre, para que nos ayude a seguir a Cristo hasta la Cruz, comprendiendo que a más sacrificio corresponde siempre más fruto; a mayor abnegación, una fecundidad y una alegría más grandes. Y así no regatearemos nada a Jesús, por amor a las almas que nos ha encomendado.

(17) *Amigos de Dios*. n. 138.

330.

JUEVES

—Cristo ha subido a nuestra barca, como subió a la de Pedro, para hacernos pescadores de hombres.

—En la barca de Cristo hay que vivir entregados.

—Vivir el *relictis omnibus* todos los días.

CUANDO haces oración, mi hijo —no me refiero ahora a esa oración continuada, que abarca el día entero, sino a los dos ratos que dedicamos exclusivamente a tratar con Dios, bien recogidos de todo lo exterior—, cuando empiezas esa meditación, frecuentemente —dependerá de muchas circunstancias— te representas la escena o el misterio que desees contemplar; después aplicas el entendimiento, y buscas enseguida un diálogo lleno de afectos de amor y de dolor, de acciones de gracias y de deseos de mejora. Por ese camino debes llegar a una oración de quietud, en la que es el Señor quien habla, y tú has de escuchar lo que Dios te diga. ¡Cómo se notan entonces esas mociones interiores y esas reconvenciones, que llenan de ardor el alma!

Para facilitar la oración, conviene materializar hasta lo más espiritual, acudir a la parábola: la enseñanza es divina. La doctrina ha de llegar a nuestra inteligencia y a nuestro corazón, por los sentidos: ahora

no te extrañará que yo sea tan aficionado a hablarlos de barcas y de mares¹.

En aquel tiempo —leemos en el Evangelio de hoy— estaba Jesús junto al lago de Genesaret, y las gentes se agolpaban en torno suyo, deseando oír la palabra de Dios. Y vio Jesús dos barcas a la orilla del lago, cuyos pescadores habían bajado, y estaban lavando las redes. Subió Jesús a una, que era de Simón, y le pidió la desviase un poco de la orilla; se sentó dentro y predicaba desde la barca al numeroso gentío².

Ascendens autem in unam navim, quae erat Simonis... (Luc. V, 3). Se mete en la barca de Pedro. ¡Mira!: empieza pidiéndole aquella barca vieja y termina pidiéndole todas sus energías, toda su vida. ¿No ha hecho así también contigo?³. Muchas veces nos ha comentado nuestro Padre esta escena del Evangelio. Hoy vamos a hacer nuestra oración personal guiados por sus palabras.

¡Con qué naturalidad se mete Jesús en la barca de cada uno de nosotros!: para complicarnos la vida, dirían por ahí. A vosotros y a mí se nos ha metido en el alma, para complicarnos la vida delicadamente, maravillosamente, amorosamente (...).

Tu barca no vale. A no ser que no sea tuya, que se la des a Jesucristo. Con tu barca vas al naufragio. Dé-

(1) De nuestro Padre, Meditación *Vivir para la gloria de Dios*, 21-XI-1954.

(2) Ev. (Luc. V, 1-3).

(3) De nuestro Padre, Meditación, 25-VI-1958.

jalo todo, todo: tus pensamientos personales, tus pequeñas locuras de imaginación, tus ambiciones humanas que no te llevan a Cristo, tu soberbia, esas ilusiones mundanas... Esa es tu barca, que se va a pique, a no ser que se la des a Dios. Y entonces, si damos a Dios la barca, si Jesús se siente amo de la barca...

*A veces parece que no está, que no cuida de ella; pero (...) Jesús va sobre las olas, caminando a través de la tempestad, y se mete en la barca nuestra, que es la suya, y cede la fuerza del viento inmediatamente. Si nos damos, se nos da. Hay que darse, hay que entregarse (...). Vamos a darnos de verdad, a decirle con hechos a Jesús que nuestra barca es la suya *.*

HIJOS, hemos subido a la barca de Pedro con Cristo, a esta barca de la Iglesia, que tiene una apariencia frágil y desvencijada, pero que ninguna tormenta puede hacer naufragar. Y en la barca de Pedro, tú y yo hemos de pensar despacio, despacio: Señor, ¿a qué he venido yo a esta barca?

Esta pregunta tiene un contenido particular para ti, desde el momento en que has subido a la barca, a esta barca del Opus Dei, porque te dio la gana, que a mí me parece la más sobrenatural de las razones. Te amo, Señor, porque me da la gana de amarte: este pobre corazón podría haberlo entregado a una criatura...

(4) De nuestro Padre, Meditación, 19-111-1960.

¡y no! ¡Lo pongo entero, joven, vibrante, noble, limpio, a tus pies, porque me da la gana!

Con el corazón, también le diste a Jesús tu libertad, y tu fin personal ha pasado a ser algo muy secundario. Puedes moverte con libertad dentro de la barca, con la libertad de los hijos de Dios (cfr. Rom. VIII, 21) que están en la Verdad (cfr. Ioann. VIII, 32), cumpliendo la Voluntad divina (cfr. Matth. VII, 21). Pero no puedes olvidar que has de permanecer siempre dentro de los límites de la barca. Y esto porque te dio la gana. Repito lo que os decía ayer o anteayer: si te sales de la barca, caerás entre las olas del mar, irás a la muerte, perecerás anegado en el océano, y dejarás de estar con Cristo, perdiendo esta compañía que voluntariamente aceptaste, cuando El te la ofreció.

Piensa, hijo mío, qué grato es a Dios nuestro Señor el incienso que se quema en su honor. Piensa en lo poco que valen las cosas de la tierra, que apenas comienzan y ya se acaban. Piensa que todos los hombres somos nada: pulvis es, et in pulverem reverteris (Feria IV Cinerum, Ant.); volveremos a ser como el polvo del camino. Pero lo extraordinario es que, a pesar de eso, no vivimos para la tierra, ni para nuestra honra, sino para la honra de Dios, para la gloria de Dios, para el servicio de Dios. ¡Esto es lo que nos mueve!

Por lo tanto, si tu soberbia te susurra: aquí pasas inadvertido, con tus talentos extraordinarios..., aquí no vas a dar todo el fruto que podrías..., que te vas a ma- lograr, a agotar inútilmente... Tú, que has subido a la

*barca de la Obra porque te dio la gana, porque inequívocamente te llamó Dios —nadie puede venir a Mí, si el Padre que me envió no lo atrae (Ioann. VI, 44)—, has de corresponder a esa gracia quemándote, haciendo que nuestro sacrificio gustoso, nuestra entrega sea una ofrenda: ¡un holocausto!*⁵.

HIJO mío, ya te has persuadido, con esta parábola, de que si quieres tener vida, y vida eterna, y honor eterno; si quieres la felicidad eterna, no puedes salir de la barca, y debes prescindir en muchos casos de tu fin personal. Yo no tengo otro fin que el corporativo: la obediencia. ¡Qué hermoso es obedecer!

Pero sigamos con la parábola. Ya estamos en esta barca vieja, que lleva veinte siglos navegando sin hundirse; en esta barca de la entrega, de la dedicación al servicio de Dios. Y en esta barca, pobre, humilde, te acuerdas de que tú tienes un avión, que puedes manejar perfectamente, y piensas: ¡qué lejos puedo llegar! ¡Pues, vete, vete a un portaviones, que aquí tu avión no hace falta! Tened esto muy claro: nuestra perseverancia es fruto de nuestra libertad, de nuestra entrega, de nuestro amor, y exige una dedicación completa. Dentro de la barca no se puede hacer lo que nos venga en gana. Si toda la carga que está en sus bodegas se amontona en un mismo punto, la barca se hunde; si

(5) De nuestro Padre, Meditación *Vivir para la gloria de Dios*, 21X1-1954.

todos los marineros abandonan su quehacer concreto, la pobre barquichuela se pierde. Es necesaria la obediencia, y las personas y las cosas deben estar donde se dispone que estén.

*Hijo mío, convéncete de ahora para siempre, convéncete de que salir de la barca es la muerte. Y de que, para estar en la barca, se necesita rendir el juicio. Es necesaria una honda labor de humildad: entregarse, quemarse, hacerse holocausto*⁶.

*El desenlace de este episodio evangélico es bien conocido: después de la pesca milagrosa, Pedro y sus compañeros, dejando todas las cosas, marchan definitivamente en pos de Jesús. Y nuestro Padre nos pregunta: ¿lo has dejado todo, hijo mío? Mira a Pedro y Andrés: no tenían más que su barca vieja, sus redes rotas... Pero todo lo dejaron, todo. Tú, en tu corazón, ¿lo has dejado todo?, ¿está limpio tu corazón?, ¿está limpio nuestro corazón, puro nuestro corazón? ¿Has cortado del todo: relictis ómnibus (Luc. V, 11)? Pues, si no, aún estás a tiempo...*⁷.

Siempre estamos a tiempo de cortar los hilos que nos impidan seguir con presteza, sin estorbos, a Cristo. ¡Hay que quemarlo todo, todo! Y no una sola vez, sino muchas, de una manera o de otra. Algunos parece que se quedan en el ómnibus, y hay que pegarle fuego a eso: ¡todo!, ¡todo!, ¡todo! Al corazón, en primer lugar. Cuando se entrega de verdad, cuando la do-

(6) De nuestro Padre, Meditación *Vivir para la gloria de Dios*, 21X1-1954.

(7) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1956.

nación es plena, ¡plena!, y se dice al Señor que tome posesión de él, entonces el cariño que nace es santo siempre: amamos a todas las almas, y de una manera particular a esta familia nuestra sobrenatural, pasando por ese filtro ardiente que es el Corazón abierto de Cristo, y el Corazón dulce e inmaculado de María Santísima⁸.

A la Virgen María acudimos, como siempre, para dar fin a este rato de oración. Y le pedimos que nuestra entrega a Dios, en esta barca de la Obra, sea siempre así: completa, sin una quiebra, sin condiciones.

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 638.

331.

VIERNES

—Necesidad del espíritu de examen.

—Obstáculos que se oponen.

—El examen no debe llevar al desánimo, sino a la confianza en nuestro Padre Dios.

EN LA primera lectura de la Misa, recordamos aquellas palabras de San Pablo: *en cuanto a mí, poco me importa ser juzgado por vosotros o por un tribunal humano. Ni siquiera yo mismo me juzgo. Pues, aunque en nada me remuerde la conciencia, no por eso quedo justificado. Mi juez es el Señor. Por tanto, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor: El iluminará lo oculto de las tinieblas y pondrá de manifiesto las intenciones de los corazones; entonces cada uno recibirá de parte de Dios la alabanza debida¹.*

Lleno de confianza en el Señor, no deja el Apóstol de examinar su conciencia, puestos los ojos en Aquel que le ha de juzgar: *no sea que habiendo predicado a otros, sea yo reprobado².* Y a reproducir en nosotros la actitud de San Pablo tiende esta pregunta de nuestro Fundador: *¿no brilla en tu alma el de-*

(1) L. I (II) (I Cor. IV, 3-5).

(2) I Cor. IX, 27.

*seo de que tu Padre-Dios se ponga contento cuando te tenga que juzgar?*³.

La búsqueda de la santidad exige rectificar, en-derezar cada día un poco nuestros pasos hacia la meta, con deseos de una continua conversión. Esa disposición permanente de mejora requiere espíritu de examen, afán de conocerse y de subsanar los propios errores: *ante todo, concóctete a ti mismo. Ciertamente, nada hay más difícil, nada más laborioso y trabajoso; pero cuando te hayas conocido a ti mismo, entonces podrás conocer a Dios y tornar con ánimo a las criaturas*".

El examen es consecuencia lógica del deseo de servir a Dios, de agradecerle; algo que la Iglesia viene recomendando a sus hijos desde los primeros tiempos: *probet autem seipsum homo* (I Cor. XI, 28), *exámínese a sí mismo el hombre*, decía el Apóstol a los de Corinto. Y aun los hombres honestos paganos han examinado también su espíritu. La última castañera que vende su mercancía modesta junto al Tevere, cuenta el dinero que ha sacado al acabar la jornada, y lo que le han costado las castañas, y el tiempo que ha empleado en venderlas. Ya es hora de decir la verdad: el examen lo han hecho siempre todas las criaturas, que han tenido discernimiento e interés, por cosas de Dios o por cosas de la tierra⁵.

(3) Camino, n. 746.

(4) San Nilo, Epístola 3, 314.

(5) De nuestro Padre, Carta, 29-IX-1957, n. 71.

El espíritu de examen debe ser penetrante, sincero. Sólo así corregiremos la honda tendencia que sentimos todos a la autoexaltación, que nos aparta del camino, y podremos unirnos efectivamente al Señor, rectificando la ruta cuantas veces fuera preciso. *¿En qué piensas desde que tienes todos esos compromisos?*, nos pregunta nuestro Padre. *¿En ti o en la gloria de Dios? ¿En ti o en los demás? ¿En ti, en tus cosas, en tus pequeneces, en tus miserias, en tus detalles de soberbia, en tus cosas de sensualidad? ¿En qué piensas habitualmente? Medítalo, y luego deja que el corazón actúe en la voluntad y en el entendimiento*⁶.

*HIJO MIÓ, ¿cómo vas?, ¿qué tal te preparas para un examen rígido, con una petición de gracias al Señor, para que tú le conozcas a El, y te conozcas a ti mismo, y de esta manera puedas convertirte de nuevo?*⁷. Hemos de pedir al Señor el espíritu de examen, una disposición estable avivada por la gracia, para ver en cada momento cómo somos y cómo obramos. Es difícil, porque se oponen muchos obstáculos al conocimiento propio: en primer lugar, el demonio —enemigo de nuestra santidad—, que desde siempre concentra su labor y su esfuerzo en no dejarnos examinar el corazón, porque no ignora los beneficios que

(6) De nuestro Padre, Meditación *¿Que se vea que eres Túl*, I-IV-1962.

(7) De nuestro Padre, Meditación, 2-III-1952.

*obtiene el alma con sus exámenes cotidianos*⁸. Contra él nos previene San Pedro: *velad, porque vuestro enemigo el diablo anda girando como león rugiente en torno vuestro, buscando a quién devorar*⁹.

La pereza es otro enemigo. Precisamente, una de las primeras manifestaciones de pereza es el descuido en el examen de conciencia. *Pasé junto al campo del perezoso y junto a la viña del insensato* —se lee en la Sagrada Escritura—, *y todo eran cardos y ortigas que habían cubierto su haz, y su cerca estaba destruida*¹⁰.

Para facilitar el espíritu de examen y para que no caigamos en la tibieza, tenemos previstos en el plan de vida los exámenes de conciencia. Y su aprovechamiento exige empeño, esfuerzo personal, deseos de mejorar. Nuestro Padre nos previene: *hay un enemigo pequeño, tonto, pero eficaz, que es el poco empeño en examinarse. Los exámenes de conciencia están puestos dentro de nuestras Normas con una razón de eficacia* ".

El modo de hacer el examen de conciencia lo determinamos personalmente en la charla fraterna, porque ha de responder a las necesidades de cada alma en cada momento. Pero siempre habrá de ser exigente. En sus apuntes espirituales, dejó anota-

(8) Hesiquio, *De temperantia el virtute* 1, 30.

(9) 1 Petr. V, 8.

(10) Prov. XXIV, 30.

(11) De nuestro Padre, Meditación, 4-IIM960.

do nuestro Fundador un ejemplo concreto: *y se me ocurre que es un buen modo de hacer el examen de conciencia el siguiente, que apuntaré brevísimamente:*

Oración: *¿Cómo estuve en la oración? ¿Cumplí, durante el día, los propósitos? ¿He tenido presencia de Dios? ¿Anduve con el debido recogimiento?, etc.*

Expiación: *¿Cómo recibí, en este día, las contradicciones venidas de la mano de Dios?, ¿las que me proporcionaron, con su carácter, mis compañeros?, ¿las de mi misma miseria? ¿Supe ofrecer al Señor, como expiación, el mismo dolor, que siento, de haberlo ofendido ¡tantas veces!?, ¿le ofrecí la vergüenza de mis interiores sonrojos y humillaciones, al considerar lo poco que adelanto en el camino de las virtudes?*

Acción: *¿Actué siempre, durante el día, como lo hubiera hecho el Señor? ¿en tal obra? ¿y en tal? ¿y en tal otra?...*

*Este examen es compatible con cualquier otro sistema, que se siga, p.e., con el empleado por aquellos que miran, hora por hora del día, cómo anduvieron; o también con el de aquellos otros que examinan sus obligaciones con Dios, con el prójimo y consigo mismo: este triple punto puede considerarse en la oración, en la expiación y en la acción. Y así con cualquier otro modo de llevar el examen de conciencia*¹².

(12) De nuestro Padre, 28-VII-1930.

EL ESPÍRITU de examen lleva a una atención habitual para luchar mejor, para descubrir las faltas cometidas y así poderlas remediar; pero de ninguna manera debe ser motivo de inquietud ver los errores continuos, pues Dios, como Padre infinitamente bueno, sigue enviándonos su gracia con paciencia inmensurable.

*Es éste el camino del cristiano. Resulta necesario invocar sin descanso, con una fe recia y humilde: ¡Señor!, no te fíes de mí. Yo sí que me fío de Ti. Y al barruntar en nuestra alma el amor, la compasión, la ternura con que Cristo Jesús nos mira, porque El no nos abandona, comprenderemos en toda su hondura las palabras del Apóstol: virtus in infirmitate perficitur (II Cor. XII, 9); con fe en el Señor, a pesar de nuestras miserias —mejor, con nuestras miserias—, seremos fieles a nuestro Padre Dios; brillará el poder divino, sosteniéndonos en medio de nuestra flaqueza*¹³.

La humildad, que se traduce en paciencia con nosotros mismos, es otra consecuencia de nuestra filiación divina. Nunca el examen puede llevar al desaliento. El desánimo viene cuando se cargan las tintas, cuando no se puntualiza con objetividad. Hay que saber discernir las diversas facetas de la vida interior una por una, sin generalizar, reconociendo lo que se ha hecho bien, lo que se ha hecho mal y lo que podía haberse hecho mejor. Nuestro Padre insis-

(13) *Amigos de Dios*, n. 194.

te en este punto: *como un buen médico no dice, al ver un paciente, que todo en él está podrido, os pido por amor a Jesucristo que tengáis confianza*¹⁴.

Al puntualizar, el verdadero espíritu de examen —que es algo muy opuesto a los escrúpulos— impide que tengamos una visión pesimista de nuestra vida, porque aísla los focos de infección, sabe dar a cada cosa su importancia. *Hay que ver, hijos míos, el aspecto positivo de las cosas. Lo que parece más tremendo en la vida, no es tan negro, no es tan oscuro. Si puntualizáis, no llegaréis a conclusiones pesimistas*¹⁵.

Acudamos confiados al Señor para que nos haga ecuánimes, serenos ante nuestros errores. Si se lo pedimos con humilde sinceridad, nos escuchará: *mírame, Señor, y ten compasión de mí; porque estoy solo y pobre. Mira mi bajeza y mis trabajos, y perdona todos mis pecados*¹⁶. Por muy grandes que nuestras faltas nos parezcan, pueden arreglarse con un acto de contrición y con un propósito concreto de mejora.

La Santísima Virgen nos alcanzará el verdadero espíritu de examen, para descubrir modos nuevos de luchar mejor y de recomenzar cada día. *María, Madre nuestra, auxilium christianorum, refugium peccatorum: intercede ante tu Hijo, para que nos envíe el Es-*

(14) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1931, n. 14.

(15) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1931, n. 14.

(16) Ps. XXIV, 16-18.

píritu Santo, que despierte en nuestros corazones la decisión de caminar con paso firme y seguro, haciendo sonar en lo más hondo de nuestra alma la llamada que llenó de paz el martirio de uno de los primeros cristianos: veni ad Patrem (San Ignacio de Antioquía, Epístola ad Romanos, 7, 2), ven, vuelve a tu Padre que te espera".

(17) *Es Cristo que pasa*, n. 66.

332.

SÁBADO

—Somos hijos de la oración y de la mortificación de nuestro Padre.

—La filiación a nuestro Fundador pasa a través de la filiación al Padre.

—Deber de ayudar al Padre con nuestra oración y con nuestra mortificación.

AUNQUE tengáis diez mil pedagogos en Cristo —escribía San Pablo a los de Corinto—, *no tenéis muchos padres, porque yo os engendré en Cristo por medio del Evangelio*¹. Como el Apóstol, nuestro Padre nos decía que éramos hijos de su oración y de su mortificación, porque nos había comunicado el mismo espíritu que de Dios había recibido. Y gracias a su fidelidad, ahora tenemos un rico patrimonio espiritual, un hogar para nuestras almas, fundado sobre roca; una vida interior que se alimenta de la riqueza del espíritu del Opus Dei.

Nos unen a nuestro Fundador lazos más fuertes que los de la sangre, pues no sólo ha hecho posible —con su fidelidad a las mociones divinas— que cada uno de nosotros recibiéramos la vocación al Opus Dei, sino que realmente nos ha engendrado a esta nueva vida espiritual que nos encamina al Cielo. *Hi-*

(1) *L. I (II) (I Cor, IV, 15).*

*jos míos, yo os he engendrado como las madres, con dolor como las madres*².

Con ocasión de su sesenta y seis cumpleaños, predicaba en una homilía: *algunos de los que están aquí recordarán lo que yo decía a los hijos míos —pocos entonces— que había a mi alrededor, previendo este extenderse de la Obra de polo a polo, esta expansión, este formar una gran familia...*

*Les decía: hijos míos, no pongáis mi nombre sobre la losa cuando tengáis que enterrar este pobre cuerpo mortal. ¿Y qué ponemos?, me respondían. Poned: et genuit filios et filias; engendró hijos e hijas, como los Patriarcas. Y no era soñar. ¿No veis cómo los sueños se han hecho realidad? La Obra es hoy una familia sin límites de raza, de lengua, de nación*³.

A la vez que agrandaba su Obra, el Señor iba dilatando el corazón de nuestro Fundador, de modo que era verdadero Padre siempre con todos. *No puedo —escribía en 1945— dejar de levantar el alma agradecida al Señor, de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra (Ephes. III, 15-16), por haberme dado esta paternidad espiritual, que, con su gracia, he asumido con la plena conciencia de estar sobre la tierra sólo para realizarla. Por eso, os quiero con corazón de padre y de madre.*

Hace años, cuando en la Obra éramos menos, temí alguna vez que, al crecer el número de mis hijos, no

(2) De nuestro Padre, Crónica XII-61, p. 7.

(3) De nuestro Padre, Homilía, 9-I-1968.

*sería posible querer a todos con aquel mismo cariño intenso —sobrenatural y humano—, pero os aseguro que el Señor ha dilatado mi corazón y que puedo dirigirme a vosotros con aquellas palabras del Apóstol: os nostrum patet ad vos... cor nostrum dilatatum est (II Cor. VI, 11); el amor hace que mi boca se abra francamente, y que se haga grande mi corazón: porque os quiero, a cada uno de vosotros, como si fueseis mi único hijo. Dios es testigo de cómo os amo a todos en las entrañas de Cristo Jesús (Philip. I, 8) **

*QUIERO deciros algo especialmente sobre el Padre. Cuando yo muera, hijos míos, al Padre, sea quien sea, amadle mucho, mucho, aunque se os pasen por la cabeza pensamientos de que no es suficientemente santo o inteligente, o mil ideas más que se os pueden ocurrir y que habréis de desechar inmediatamente, porque son malas. ¡Amadle mucho, hijos míos! Besad donde pise, no dejéis esa pequeña mortificación diaria y de rezar con amor la oración por el que hace cabeza. ¡Amadlo mucho, hijos míos, que es muy duro llevar esto encima!*⁵.

Dios Nuestro Señor, que ha querido que la Obra sea una familia, desea que la filiación a nuestro Fundador se continúe en cada momento a través de la filiación al Padre. Precisamente uno de los mayores milagros que ha obrado el Señor en su Opus Dei es la ma-

(4) De nuestro Padre, Carta, 6-V-1945, n. 23.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 12-IV-1954.

ravillosa continuidad que vivimos, en unión estrechísima con el Padre. *¡Oh Yavé, Dios mío!, has multiplicado tus maravillas y tus designios en favor nuestro* ⁶.

Cuando en esa bendita Roma —nos decía una vez nuestro Padre— *me cuentan de alguna institución que, al morir el Fundador o la Fundadora —el Opus Dei no ha tenido Fundadora: yo soy Fundador y Fundadora, aunque sin fundamento—, sufre una especie de terremoto..., os aseguro que en la Obra no habrá ningún terremoto. Tengo certeza* ⁷. Ahora damos gracias a Dios, que con tanta abundancia ha derrochado su gracia para hacer cumplida realidad aquella certeza de nuestro Fundador.

Es todo gracia de Dios. Permaneciendo muy unidos al Padre, lo estamos a nuestro Padre y a Dios Nuestro Señor. Para nosotros no hay otro camino, porque sin esa filiación propia de la Obra no viviríamos como Dios quiere la filiación divina. El Padre realiza su misión en estrecha unión con nuestro Padre, que continúa gobernando la Obra desde el Cielo. La voz de nuestro Fundador nos llega principalmente a través de nuestro Prelado. Somos hijos también de la oración y de la mortificación del Padre. Somos la razón de su vida. El Padre nos lleva en el corazón, a todos y a cada uno; nos da el alimento espiritual para nuestras almas; guía nuestros pasos como Buen Pastor, con desvelo paterno y materno, advirtiéndono

(6) Ps. XXXIX, 6.

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 28-IX-1973.

nos de los peligros, congregándonos en unidad de corazones con sus constantes llamadas a la responsabilidad y a la santidad personales.

Con qué alegría y reconocimiento al Señor leemos, al cabo de los años, estas frases de nuestro Padre: *¡con el que venga detrás de mí, poneos todos como una pina a su lado!* ⁸. *Hijos míos, os quiero —no me importa decirlo, porque no exagero— más que vuestros padres. Y estoy seguro que en el corazón de los que me sucedan, encontraréis este mismo cariño —iba a decir que más aunque me parece imposible—, porque tendrán muy metido dentro del alma este espíritu tan de familia que informa la Obra entera* ⁹.

CERCA está Yavé de cuantos le invocan, de todos los que le invocan con verdad. Satisface los deseos de los que le temen, oye sus clamores y los salva ¹⁰. Todos los días, desde todos los rincones de la tierra, sube al Cielo un clamor incesante por la persona y las intenciones del Padre. Fe nos pide Dios. Y aviva nuestra fe con la constante manifestación de su cercanía, pues le vemos realizar portentos a través de la oración por nuestro Prelado. Rezamos constantemente por la persona y por las intenciones del Padre. El que encomienda sus intenciones es un buen hijo, si-

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1975, p. 1462.

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1975, p. 1462.

(10) Ps. R. (II) (Ps. CXLIV, 18-19).

que el camino que Dios nos ha señalado, eleva una petición grata a Jesucristo, que ha asegurado: *todo cuanto pidáis en la oración creed que ya lo recibisteis y se os concederá*".

Son bastantes los momentos de nuestra jornada en los que pedimos por el Padre. En la Santa Misa. En las Preces. Y en tantas otras ocasiones que el amor filial sabe descubrir, en correspondencia a sus desvelos por nosotros. Oración por oración. Amor por amor. Lo hacemos con gozo, con cariño de hijos. Que nuestra oración sea asidua, muy frecuente, porque pedir por el Padre es pedir también por la Obra entera y por todas sus labores. Y el Señor nos colmará de gracias, veremos realizadas nuestras ansias de extender el Opus Dei sobre la tierra *antes, más, mejor* de lo que nunca hubiéramos soñado.

De manera particular encomendamos las intenciones de la Misa del Padre. *Así, al celebrar la Santa Misa* —comentaba nuestro Fundador—, *además de ser Cristo y de saberme rodeado de Angeles, me sabré también coreado por el clamor de la oración de todos mis hijos, y tendré fuerza para urgir al Señor: exaudí orationem meam, et clamor meus ad te veniat!* (Ps. Cl, 2)¹².

Junto a la oración, la mortificación. *Si algo os cuesta* —nos dijo nuestro Fundador—, *ofrecedlo por mí para que sea bueno y fiel. ¡Cuántas cosas ofrezco yo*

(11) Marc. XI, 24.

(12) De nuestro Padre, n. 109.

*durante el día por vosotros!*¹³. Lo mismo pude decir ahora el Padre: su sacrificado desvelo por nosotros merece nuestro vencimiento constante en las cosas pequeñas: *pequeñas obras de maravilla delante de Dios*". Pensemos si cada jornada, al llegar la hora del examen, podemos presentar a Dios una medida apretada y generosa de mortificación por el Padre. *Veréis qué suave* —exclamaba nuestro Fundador—, *qué fácil se hace lo que iba a resultar desagradable, si os viene el pensamiento: vamos a ofrecerlo por las intenciones del Padre. En lugar de enfadaros, os saldrá una sonrisa. Quizá haréis primero un gesto de disgusto, pero la sonrisa llega, llena de paz y de alegría. Y el Señor, mientras tanto, nos irá uniendo con unión de intenciones y de afectos, porque hay unión de oración y de sacrificio*¹⁵.

Seguros de la ayuda de Nuestra Señora, le pedimos que nos enseñe a olvidarnos de nosotros mismos y de nuestras cosas, para acordarnos del Padre; que sepamos mostrar con obras, día a día, nuestro amor filial. Para que así el Señor siga bendiciendo a la Obra con la bendición que derramaba sobre los patriarcas: *Yo te llenaré de bendiciones, tu posteridad será tan numerosa como las estrellas del cielo, como las arenas de la orilla del mar*¹⁶.

(13) De nuestro Padre, Noticias X-1960, p. 20.

(14) De nuestro Padre, Crónica XII-61, p. 14.

(15) De nuestro Padre, Tertulia, 31-XII-1974.

(16) Genes. XXII, 17.

333.

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

—Cristo no sólo hizo cosas buenas, sino que las hizo todas bien, acabadas.

—Responsabilidad de trabajar con perfección humana.

—De la perfección del trabajo depende nuestra santidad.

*ENTRE las muchas alabanzas que dijeron de Jesús los que contemplaron su vida, hay una que en cierto modo comprende todas. Me refiero a aquella exclamación, cuajada de acentos de asombro y de entusiasmo, que espontáneamente repetía la multitud al presenciar atónita sus milagros: bene omnia fecit (Marc. VII, 37), todo lo ha hecho admirablemente bien: los grandes prodigios, y las cosas menudas, cotidianas, que a nadie deslumbra- ron, pero que Cristo realizó con la plenitud de quien es perfectus Deus, perfectus homo (Símbolo Quicumquej, perfectus Dios y hombre perfecto *

Es la escena que contemplamos hoy en el Evangelio. El Señor ha regresado a Galilea, después de un largo viaje, y enseguida le presentan a un sordomudo para que lo cure. Jesús lo toma aparte y, tocando su lengua y sus oídos, le dice: *effetha*, que significa: *ábrete*. Al instante se le abrieron sus oídos, quedó suelta la atadura de su lengua y hablaba correcta-

(1) *Amigos de Dios*, n. 56.

*mente*². Y la gente que supo del prodigio, maravillada, pregonó la fama de Jesús.

El Señor no sólo hizo cosas buenas, sino que las hizo todas bien: las supo terminar en los últimos detalles. Y había de ser así, porque *para que haya virtud hay que atender a dos cosas: a lo que se hace y al modo de hacerlo*³. Para que nuestro trabajo sea agradable al Señor, es preciso —entre otras condiciones— que esté realizado con perfección.

Por vocación divina estamos dedicados a Dios para llevarle todas las actividades humanas nobles, y a los hombres que viven a nuestro lado. Y si hiciéramos el trabajo de mala manera, con descuido, el Señor no lo querría; *porque para que sea aceptable, la víctima ha de ser sin defecto (...). No ofreceréis nada defectuoso, pues no sería aceptable*⁴. Dios no se conforma con un trabajo mediocre, como tampoco nos conformamos los hombres con un servicio hecho a medias: eso indicaría que hay mala gana, languidez en el amor, poca generosidad.

Toda la vida del Señor me enamora. Tengo, además, una debilidad particular por sus treinta años de existencia oculta en Belén, en Egipto y en Nazaret. Ese tiempo —largo—, del que apenas se habla en el Evangelio, aparece desprovisto de significado propio a los ojos de quien lo considera con superficialidad. Y, sin

(2) *Ev. (B) Marc. VII, 34-35.*

(3) Santo Tomás, *Quodl. 4, a. 19.*

(4) *Levit. XXII, 19-20.*

*embargo, siempre he sostenido que ese silencio sobre la biografía del Maestro es bien elocuente, y encierra lecciones de maravilla para los cristianos. Fueron años intensos de trabajo y de oración, en los que Jesucristo llevó una vida corriente —como la nuestra, si quere—, divina y humana a la vez; en aquel sencillo e ignorado taller de artesano, como después ante la muchedumbre, todo lo cumplió a la perfección*⁵.

La contemplación de la vida oculta del Señor nos ayudará a imitarle también en ese hacer bien todas las cosas: podemos figurarnos que estamos en Nazaret, en el taller, trabajando con José, junto a Jesús y a María. Y la tarea diaria se llenará de nuevo entusiasmo, de nuevas perspectivas. *Nos quiere el Señor extendidos de polo a polo, presentes en todas las encrucijadas del mundo. Si exaltatus fuero a térra, omnia traham ad meipsum floann. XII, 32), cuando sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí. Cristo con su Encarnación, con su trabajo profesional ordinario en Nazareth, con su entrega plena al cumplimiento de la labor mesiánica, con su muerte en la Cruz, es centro de la creación, Rey de todo lo creado.*

Que entreguemos plenamente nuestras vidas al Señor Dios Nuestro, trabajando con perfección, cada uno en su tarea profesional y en su estado, sin olvidar que debemos tener una sola aspiración, en todas nuestras obras: poner a Cristo en la cumbre de todas las activi-

(5) Amigos de Dios, n. 56.

*dades de los hombres, y así contribuiremos a que la luz y la vida de Jesucristo sean gracia, paz y amor para la humanidad entera*⁶.

LA EXIGENCIA divina y humana de un trabajo bien hecho nos lleva, en primer término, a ser responsables en la formación profesional. Hay que aprovechar el tiempo: el mejoramiento constante en esa preparación siempre es necesario.

Nuestro trabajo es un trabajo en medio del mundo, y un trabajo profesional. Por eso, al recordaros la necesidad de trabajar, he de recordaros al mismo tiempo la necesidad de trabajar bien. No se trata sólo de llenar las horas, sino de trabajar con competencia técnica y profesional.

*El trabajo no puede ser nunca para vosotros un juego, que no se toma en serio; ni tampoco cosa de dilettanti o de aficionados. Qué me importa a mí, que me digan de uno de mis hijos que es, por ejemplo, un mal maestro y un buen hijo mío: si no es un buen maestro ¿de qué me sirve? Porque, en realidad, no es un buen hijo mío, si no ha puesto los medios para mejorar en su profesión. Hemos de trabajar como el mejor de los colegas. Y si puede ser, mejor que el mejor. Un hombre sin ilusión profesional no me sirve *

(6) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948, n. 41.

(7) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948, n. 15.

Al recordar la importancia de nuestro trabajo diario debemos examinarnos, mirar despacio la mentalidad y el modo con que trabajamos, sin miedo a excedernos. *En la vida social, todos trabajan, sean o no jefes de familia: no sólo están en su labor las horas razonables, las que tienen todos, sino que muchos de ellos, llevados por su pasión, o por la necesidad de obtener mayores beneficios, dedican más tiempo todavía al ejercicio de su profesión*⁸.

Si así trabajan tantas personas —muchas veces sin conocer al Señor—, ¿qué deberemos hacer nosotros? Hemos de realizar un trabajo serio, y dedicarle todas nuestras energías, toda nuestra capacidad, empujándonos con lo mejor que tenemos y somos. Un trabajo así no admite chapuzas, rincones sin terminar. No cabe desertar del trabajo, ni disminuir conscientemente su rendimiento. El esfuerzo ha de sostenerse —hora tras hora— a un ritmo intenso, que se traduzca en eficacia de resultados. Si por ahí se trabaja dura y constantemente, a todas horas, *nosotros* —decía nuestro Padre— *no podemos hacer menos. Sería una vergüenza. Y no sería modo de santificarse ni de santificar*⁹.

Trabajo intenso aunque, naturalmente, cueste esfuerzo y se advierta la fatiga. Es el momento de ofrecer al Señor el cansancio y de pedirle ayuda, de

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 13.

(9) De nuestro Padre, *Meditación*, 4-III-1963.

renovar la ilusión apostólica, de no descuidar los detalles. Si no viviéramos así, *parecería* —nos ha explicado nuestro Fundador— *como si la familia sobrenatural tuviese menos categoría que esa familia que se podría haber creado con la sangre. Sería falta de sentido de responsabilidad, falta de peso, sería no querer ser santos, no quererse disponer para ser buenos instrumentos, para servir a Dios*¹⁰.

*POR EL gran valor humano y social que tiene el trabajo, pero principalmente por su acción instrumental en la economía de la Redención, obligación nuestra es adquirir —y en grado eminente— la debida preparación profesional*¹¹.

Un buen trabajo requiere una cualificación profesional bien desarrollada. Hemos sido llamados a santificarnos en la profesión y *el trabajo es, para nosotros* —os lo escribiré tantas veces—, *el eje, alrededor del que ha de girar todo nuestro empeño por alcanzar la perfección cristiana: de forma que, al buscar la perfección sobrenatural, necesariamente hemos de intentar trabajar con perfección humana, cada uno en la propia labor profesional. Por eso, no nos pueden entender los que no quieren luchar para no ser chapuceros*¹².

Esta perfección del trabajo humano es parte de

(10) De nuestro Padre, *Meditación*, 4-III-1963.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 14-III-1950, n. 17.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 13.

nuestra misión. *Hijas e hijos míos, el trabajo —la profesión o el oficio que sea— es fuente de santidad. Si vivimos de este modo nuestra tarea humana, lograremos la perfección cristiana y, a la vez, santificaremos ese trabajo y santificaremos a los demás.*

*Debemos, para eso, hacer nuestra la actitud de Cristo Señor Nuestro, que no tuvo más anhelo que cumplir la voluntad de su Padre: meus cibus est, ut faciam voluntatem eius qui misit me, ut perficiam opus eius floann. IV, 34), mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado, para dar así cumplimiento a su obra*¹³.

La exigencia de santificar la tarea profesional nos lleva a cumplirla en la presencia de Dios. *Realizad pues vuestro trabajo* —nos dice nuestro Padre— *sabiendo que Dios lo contempla: laborem manuum mearum respexit Deus (Genes. XXXI, 42). Ha de ser la nuestra, por tanto, tarea santa y digna de El: no sólo acabada hasta el detalle, sino llevada a cabo con rectitud moral, con hombría de bien, con nobleza, con lealtad, con justicia. De ese modo vuestro trabajo profesional no sólo será recto y santo, sino que, también por este título, será oración.*

Lo diré con palabras de un escritor antiguo, de un Padre de la Iglesia: os enseñaré un medio para alabar a Dios todo el día: siempre que hagáis una cosa, hacedla bien y habréis alabado a Dios. Cuando cantáis

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 26.

un himno, alabáis a Dios; pero ¿hace acaso algo tu lengua, si el corazón no alaba a la vez? ¿Habéis acabado de cantar el himno, y vais a comer? Guardaos de todo exceso, y habréis alabado a Dios. ¿Vais a dormir? No os alcéis para hacer el mal, y habréis alabado a Dios. ¿Tratáis un negocio? No defraudéis a nadie, y habréis alabado a Dios. ¿Cultiváis vuestro campo? No hagáis nunca querellas, y habréis alabado a Dios. La bondad de vuestras acciones es para vosotros un modo de alabar a Dios todo el día (*San Agustín, Enarr. in Ps. XXXIV 2, 16*)".

Nuestra Madre la Virgen nos enseñará a realizar cada día un trabajo más responsable y más intenso para cumplir la Voluntad de Dios. *Madre buena, Santa María, enséñanos a oír en lo hondo del corazón, como un reproche cariñoso tuyo, siempre que sea menester, que el tiempo no es nuestro, porque es del Padre del Cielo*¹⁵.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 26.

(15) *De nuestro Padre*, n. 282.

334.

LUNES

- Vida interior, para iniciar cualquier labor apostólica.
- Vida interior, para sostener la tarea a pesar de las dificultades.
- Vida interior, para coronar la acción apostólica.

LA SEMILLA de la gracia, que Dios ha puesto en nuestra alma con el Bautismo, es como un injerto de vida divina, llamado a crecer. Esta divinización del alma, ese vivir en un orden superior, sobrenatural, no es merecimiento del hombre; excede absolutamente sus fuerzas naturales. La vida interior tiene su principio en la gracia, que va acompañada de las virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo, y que recibimos por la misericordia de Dios. Y sólo por ellas podemos realizar acciones dignas de la vida eterna.

Entre todas las virtudes, *mantened sobre todo la caridad* —escribe San Pablo—, *que es el vínculo de la perfección*¹; porque la caridad en cierto modo reúne a todas, las vivifica, las hace meritorias, ordena sus actos. Crecer en vida sobrenatural es, en definitiva, crecer en caridad, en amor a Dios. Y así, con la oración y la mortificación, nos disponemos a recibir

(1) *Colos.* III, 14.

la gracia y a desarrollar la vida divina en nosotros. De esa vitalidad sobrenatural serán fruto las obras. *Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción*².

Recuerda el Concilio Vaticano II que *el precepto de la caridad (...) urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su reino, y la vida eterna para todos los hombres: que conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo (cfr Ioann. XVII, 13)*³. Ese celo apostólico, manifestación exacta de la caridad, nace en el alma como consecuencia de la vida interior. Por eso escribió nuestro Padre: *es preciso que seas "hombre de Dios", hombre de vida interior, hombre de oración y de sacrificio. —Tu apostolado debe ser una superabundancia de tu vida "para adentro"**.

Jesús mismo nos ha dado ejemplo admirable de este modo de proceder: habiendo venido al mundo para traer la Buena Nueva, vive treinta años de vida ordinaria, de trabajo y oración, antes de lanzarse a predicar. *De la vida oculta de Jesucristo has de sacar esta otra consecuencia: no tener prisa..., ¡teniéndola!*

*Es decir, antes que nada está la vida interior; lo demás, el apostolado, todo apostolado, es un corolario*⁵.

(2) *Camino*, n. 82.

(3) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam aclusitalem*, n. 3.

(4) *Camino*, n. 961.

(5) *Forja*, n. 708.

Nuestro Fundador quiso grabar a fuego en nuestra mente que *el fundamento de toda nuestra labor está en una intensa vida interior, en que seamos todos eficaz y realmente contemplativos. Por eso, el primero de nuestros deberes es no sólo fomentar y sostener, sino mejorar continuamente nuestra vida interior y la de los demás: deber especialmente grave para quienes tienen en la Obra funciones de gobierno y formación. Tened muy en cuenta que sin vida interior no hay verdadero proselitismo ni obras fecundas: haciéndose la labor precaria e incluso ficticia*⁶.

NO ES la nuestra una empresa humana, sino sobrenatural, y con medios sobrenaturales ha de salir adelante. De nuestro apostolado, debe decirse lo que San Pablo afirmaba del suyo: *no vine a anunciaros el misterio de Dios con sublime elocuencia o sabiduría, pues no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado (...). Mi mensaje, y mi predicación, no se han basado en palabras persuasivas de sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y del poder*⁷.

De nuevo, vida interior, porque nadie da lo que no tiene, y no podríamos anunciar a Cristo con eficacia sobrenatural si de Cristo no tuviéramos llena el

(6) De nuestro Padre, 11-II-1967.

(7) I Cor. II, 1-5.

alma con todas sus potencias. Vida interior, también, para saltar —con la fuerza del amor— todos los obstáculos. No faltarán, en efecto, las dificultades de orden material, de tiempo, de medios...; habrá que afrontar la carencia de instrumentos o de dotes humanas, no desanimarse cuando los frutos tardan en llegar. ¿Y cómo es posible todo eso, sin un recio amor de Dios, sin una creciente caridad, sin una vida interior sólida y pujante?

Cuando falta esa vida sobrenatural, el afán apostólico no brota espontáneamente del alma: son sólo las circunstancias externas las que recuerdan, y en cierto modo *obligan*, a hacer apostolado. Las indicaciones de los Directores no se presentan ya como una ayuda práctica que facilita y orienta la labor. Resultan más bien como un estímulo externo que, ajeno a los propios gustos y deseos, recuerda molestos deberes de conciencia.

En esas circunstancias, si no se reacciona a tiempo, trabajando por avivar la propia vida interior, la situación tiende a empeorar. Porque al no encontrar gusto en la labor apostólica, ni sentido al sacrificio que comporta, se descuida la oración, se rehuye el trato con Dios y se pierde también el espíritu de examen que movería a propósitos decididos. El apostolado y las prácticas de piedad se vuelven pesados y se comienza a descuidar aún más los deberes espirituales. Se produce un círculo vicioso, porque si el corazón, que ha sido creado para la felicidad, sólo

encuentra disgusto en la vida espiritual, buscará otras compensaciones, tal vez lícitas en sí mismas, pero desviadas. Y de ese apagar su sed en la vida natural, nacerá un mayor disgusto por los bienes del espíritu, que resultan cada vez más costosos y anti-páticos. Poco a poco, el corazón puede llegar a verse tentado por las cosas más bajas, al tiempo que se agrandan las dificultades que, en circunstancias normales, se superan con sencillez.

Bien nos previno nuestro Padre contra ese precario equilibrio. *Soñaba una vez un conocido mío —nunca le acabo de conocer— que andaba en un avión a mucha altura, pero no dentro, sino sobre las alas: y padecía terriblemente. Nuestro Señor le daba a entender que así van por las alturas del apostolado las almas que no tienen vida interior, con el peligro constante de venirse abajo, sufriendo, inseguras*⁸. Si pasáramos alguna vez por esa situación, habría que acudir enseguida a la oración y a la mortificación, que de ordinario no consistirá en imponerse grandes penitencias, sino en la purificación constante y eficaz para cortar los lazos que atan a lo que no es de Dios.

El remedio de los remedios es la piedad. Ejercítate, hijo mío, en la presencia de Dios puntualizando tu lucha para caminar cerca de El durante el día entero. Que se os pueda preguntar en cualquier momento: y tú, ¿cuántos actos de amor de Dios has hecho hoy,

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 58.

*cuántos actos de desagravio, cuántas jaculatorias a la Santísima Virgen? Es preciso rezar más. Esto hemos de concluir. Quizá rezamos todavía poco, y el Señor espera de nosotros una oración más intensa por su Iglesia. Una oración más intensa entraña una vida espiritual más recia, que exige una continua reforma del corazón: la conversión permanente. Piensa esto, y saca tus conclusiones*⁹.

*SUCEDE algunas veces —dice San Ambrosio— que hay una actividad exuberante y una interioridad endeble, como cuando uno ha recibido el sacramento salvador del Bautismo, pero no se aplica a conocer los preceptos de las distintas virtudes. Y suele ocurrir entonces que, por el descuido de la vida interior, se pierde el fruto de la acción*¹⁰.

Sin vida interior no es posible llevar una labor como lo exige el espíritu de la Obra, porque *nos ocupamos, sólo y exclusivamente, de una tarea espiritual. La alternativa es indudable: o secundamos el ímpetu del Espíritu Santo, que nos lleva a servir al Señor con alegría —con espíritu filial— o nos arrastrará el espíritu propio, nuestra soberbia: y entonces fácilmente quedaremos a merced del diablo, porque sólo el Espíritu divino posee la fuerza definitiva para arrojar lejos a Satanás. Meditad, por tanto, en la importancia de en-*

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 14-IM974, n. 15.

(10) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 1, 9.

trar por caminos de oración, que así se recorren las sendas de docilidad a la graciaⁿ. E insiste nuestro Padre: *todo el designio del diablo, me atrevo a asegurar, está centrado en disuadir a los hombres de perseverar en la oración, porque la oración es el modo de introducirse en la amistad con Dios*¹², y fuera de esa amistad con Dios, todo apostolado es ficción condenada a la esterilidad. *¿Acaso se cosechan uvas de los espinos o higos de las zarzas?*¹³.

Algún fruto podría haber, porque a fin de cuentas somos instrumentos en las manos de Dios, y *del mismo modo que las medicinas corporales que utilizan los hombres no aprovechan sino a quienes Dios da la salud (...), de un modo análogo, la ayuda de las enseñanzas humanas aprovecha al alma cuando el que obra para que aproveche es Dios, que podría dar al hombre el Evangelio sin los hombres y sin mediación de hombre*¹⁴. Pero generalmente Dios dispone que *con nuestras oraciones se obtenga lo que ha dispuesto*¹⁵, *para que nos demos cuenta de que en eso hay que recurrir al auxilio divino*¹⁶. Y así, el fruto apostólico depende normalmente de la vida interior del que lo realiza. En cambio, con grandes dotes humanas y buenos instrumentos de apostolado, pero

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1974, n. 16.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1974, n. 16.

(13) *Matth.* VII, 16.

(14) San Agustín, *De doctrina christiana* 4, 16, 33.

(15) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 83, a. 2, ad 2.

(16) *ibid.*, ad 1.

sin vida de oración, la eficacia sería nula; podría haber frutos aparentes, pero poco duraderos.

Oración, pues, para reconocer que sin el Señor nada podemos, y para identificar nuestra voluntad con la de Dios. *No se haga mi voluntad, sino la tuya* ", debemos orar con Cristo Redentor. Mortificación para cortar todos los lazos que atan el alma a las criaturas, que agotan sus energías y la dejan ciega para las cosas de Dios. *Si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto*¹⁷. Cuanta más vida interior haya, mayores serán los frutos de apostolado. *Los medios para sostener y mejorar esa vida interior, que es fundamento y raíz de nuestra eficacia, los conocéis bien: nuestras Normas y Costumbres, el cumplimiento delicado y constante de nuestras Normas de vida. Meditad y haced meditar esto que os digo, y sacad las consecuencias prácticas necesarias para vuestra vida personal y para vuestra labor de gobierno y formación*¹⁹.

Pidamos a Nuestra Señora que nos alcance de Dios esa vida interior —oración y sacrificio— que es condición para la eficacia de nuestra labor de almas.

(17) *Luc.* XXII, 42.

(18) *Ioann.* XII, 24.

(19) De nuestro Padre, 11-11-1967.

335.

MARTES

—Los Apóstoles eran hombres con defectos, pero dejaron obrar a la gracia.

—Humildad para ver que toda la eficacia viene de Dios.

—Estar muy unidos al Señor por la correspondencia a la gracia y la obediencia.

EN AQUELLOS días, el Señor *salió al monte a orar, y pasó toda la noche en oración a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y eligió a doce de entre ellos, a los que denominó Apóstoles* K

La escena de la vocación de los Doce Apóstoles, que leemos en el Evangelio de la Misa de hoy, nos invita a considerar una vez más nuestra vocación apostólica. *Vamos a meditarla despacio, rogando a esos santos testigos del Señor que sepamos seguir a Cristo como ellos lo hicieron*².

Muchos defectos tenían los primeros Doce, cuando los llamó el Señor; pero supieron limarlos poco a poco, con su correspondencia a la gracia. En una de sus homilías, nuestro Padre nos invita a considerar este hecho para que también nosotros nos animemos a pelear contra nuestros defectos.

(1) Ev. (Luc. VI, 12-13).

(2) *£5 Cristo que pasa*, n. 2.

Aquellos primeros apóstoles —a los que tengo gran devoción y cariño— eran, según los criterios humanos, poca cosa. En cuanto a posición social, con excepción de Mateo, que seguramente se ganaba bien la vida y que dejó todo cuando Jesús se lo pidió, eran pescadores: vivían al día, bregando de noche, para poder lograr el sustento.

*Pero la posición social es lo de menos. No eran cultos, ni siquiera muy inteligentes, al menos en lo que se refiere a las realidades sobrenaturales. Incluso los ejemplos y las comparaciones más sencillas les resultaban incomprensibles, y acudían al Maestro: Domine, edissere nobis **parabolam** (Matth. XIII, 36), Señor, explícanos la parábola. Cuando Jesús, con una imagen, alude al fermento de los fariseos, entienden que les está recriminando por no haber comprado pan (cfr. Matth. XVI, 6-7).*

Pobres, ignorantes. Y ni siquiera sencillos, llanos. Dentro de su limitación, eran ambiciosos. Muchas veces discuten sobre quién sería el mayor, cuando —según su mentalidad— Cristo instaurase en la tierra el reino definitivo de Israel. Discuten y se acaloran durante ese momento sublime, en el que Jesús está a punto de inmolarse por la humanidad: en la intimidad del Cenáculo (cfr. Luc. XXII, 24-27).

Fe, poca. El mismo Jesucristo lo dice (cfr. Matth. XIV, 31; XVI, 8; XVII, 17; XXI, 21). Han visto resucitar muertos, curar toda clase de enfermedades, multiplicar el pan y los peces, calmar tempestades, echar

demonios. *San Pedro, escogido como cabeza, es el único que sabe responder prontamente: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Matth. XVI, 16). Pero es una fe que él interpreta a su manera (...).*

Aquellos hombres de poca fe, ¿sobresalían quizá en el amor a Cristo? Sin duda lo amaban, al menos de palabra. A veces se dejan arrebatar por el entusiasmo: vamos y muramos con El (Ioann. XI, 16). Pero a la hora de la verdad huirán todos, menos Juan, que de veras amaba con obras. Sólo este adolescente, el más joven de los apóstoles, permanece junto a la Cruz. Los demás no sentían ese amor tan fuerte como la muerte (cfr. Cant. VIII, 6).

Estos eran los Discípulos elegidos por el Señor; así los escoge Cristo; así aparecían antes de que, llenos del Espíritu Santo, se convirtieran en columnas de la Iglesia (cfr. Galat II, 9). Son hombres corrientes, con defectos, con debilidades, con la palabra más larga que las obras. Y, sin embargo, Jesús los llama para hacer de ellos pescadores de hombres (cfr. Matth. IV, 19), corredores, administradores de la gracia de Dios³.

YO OS he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca⁴. También a nosotros nos ha llamado Jesucris-

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 2.

(4) *Allel. (Ioann. XV, 16).*

to a su Obra, conociendo perfectamente nuestros defectos. Sin gran dificultad podríamos encontrar en nuestra familia, entre nuestros amigos y compañeros, por no referirme al inmenso panorama del mundo, tantas otras personas más dignas que nosotros para recibir la llamada de Cristo. Más sencillos, más sabios, más influyentes, más importantes, más agradecidos, más generosos.

Yo, al pensar en estos puntos, me avergüenzo. Pero me doy cuenta también de que nuestra lógica humana no sirve para explicar las realidades de la gracia. Dios suele buscar instrumentos flacos, para que aparezca con clara evidencia que la obra es suya⁵.

¡Qué seguridad tan grande, saber que es Dios, y no nuestra flaqueza, lo que permite llevar a cabo la labor de almas! Esto exige mucha humildad, para no poner nunca obstáculos a la acción de la gracia. Porque en la base de la vocación están el conocimiento de nuestra miseria, la conciencia de que las luces que iluminan el alma —la fe—, el amor con el que amamos —la caridad— y el deseo por el que nos sostenemos —la esperanza—, son dones gratuitos de Dios. Por eso, no crecer en humildad significa perder de vista el objetivo de la elección divina: ut essemus sancti, la santidad personal.

Ahora, desde esa humildad, podemos comprender toda la maravilla de la llamada divina. La mano de

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 3.

*Cristo nos ha cogido de un trigal: el sembrador aprieta en su mano llagada el puñado de trigo. La sangre de Cristo baña la simiente, la empapa. Luego, el Señor echa al aire ese trigo, para que muriendo, sea vida y, hundiéndose en la tierra, sea capaz de multiplicarse en espigas de oro*⁶.

De nuestra parte hace falta responsabilidad, porque no somos instrumentos inertes, sin vida, sino seres inteligentes y libres, que deben poner la inteligencia, la voluntad y el corazón: *los instrumentos no pueden estar mohosos*⁷. Hemos de tener afán de formarnos, de estar preparados, pero sin olvidar que en nuestra labor sobrenatural el fundamento es la acción de Dios omnipotente. Esta consideración debe llenarnos de confianza, sobre todo cuando nos sintamos incapaces de llevar a cabo una labor o de superar unas dificultades.

Ver los propios defectos es una gracia del Señor; nos da una dimensión más profunda de la necesidad de ser dóciles en manos de Dios. Y *como queremos ser buenos instrumentos, cuanto más pequeños y miserables nos sintamos con verdadera humildad, todo lo que nos falte lo pondrá Nuestro Señor*⁸. Convencidos de que la luz y el calor que atrae a las almas procede de lo que, en medio de nuestros errores personales, logramos reflejar del espíritu que el Señor ha dado a

(6) *£5 Cristo que pasa*, n. 3.

(7) *Camino*, n. 486.

(8) De nuestro Padre, *Cana*, 24-111-1931, n. 26.

la Obra, hemos de trabajar, a pesar de nuestros defectos y de nuestros errores, tratando de irlos venciendo poco a poco con nuestra lucha interior⁹.

*PRESTA oídos a las palabras de mi boca*¹⁰, nos dice el Señor. Porque a veces queremos actuar por nuestra cuenta, sin reconocer que todo el poder y el obrar viene de Dios. Hemos de estar muy unidos al Señor para ser eficaces. Y eso requiere, de nuevo, humildad. *Sin humildad no podemos jamás servir eficazmente, porque no sentiremos la necesidad de abandonarnos confiadamente a la acción de la gracia, no tendremos el impulso continuo de acudir a Dios como a nuestra única fuerza. Y no alcanzaremos del Señor los favores que nos tiene reservados*¹¹.

Hay que estar unidos al Señor, tratarle en la Eucaristía, acudir a la oración. Con la gracia, Dios *está metido en el centro de tu alma y de la mía. Y está para algo: para que tengamos más sal y para que adquiramos mucha luz y mucha gracia, y sepamos repartir esos dones de Dios, cada uno desde su puesto. ¿Y cómo podremos repartir esos dones de Dios? (...). Con humildad, con piedad y con unión. ¿Os acordáis de la vid y los sarmientos? ¡Qué fecundidad la del sarmiento unido a la vid! ¡Qué racimos generosos! ¡Y qué*

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 18.

(10) *Ps. LXXVII*, 1.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 90.

*esterilidad la del sarmiento separado, que se seca y pierde la vida!; y si ya tenía racimos, se los comen los gusanos*¹².

Unión con Cristo, también por la obediencia. ¿Cómo podríamos ser buenos instrumentos, si nos sustrajésemos a lo que es voluntad expresa de Dios? *Obedeced, como en manos del artista obedece un instrumento —que no se para a considerar por qué hace esto o lo otro—, seguros de que nunca se os mandará cosa que no sea buena y para toda la gloria de Dios*¹³, poniendo en la ejecución de lo que se nos confía todas las fuerzas de la inteligencia y de la voluntad. Y los que hacen cabeza son *quienes con más fidelidad necesitan vivir la virtud santa de la obediencia: porque, en primer lugar, han de identificarse con sus Directores inmediatos; y además, han de acomodarse siempre al espíritu y a las normas de la Obra*¹⁴. Toda la inteligencia y la iniciativa puesta para ser buenos instrumentos, tiene su razón de ser y se justifica en la medida en que queremos cumplir la Voluntad de Dios.

Y para eso, *humildad, hijos míos*, insiste nuestro Padre. *Contad con las bendiciones de Dios, con vuestros deseos, con vuestros planes de trabajo, con vuestras dificultades, pero no olvidéis que entre esas dificultades tenéis que poner siempre vuestra falta de san-*

(12) De nuestro Padre, Meditación, 20-1-1967.

(13) *Camino*, n. 617.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 35.

*idad personal y la mía. Seremos buenos instrumentos, si somos cada día mejores*¹⁵.

Unidos así a Cristo, por la lucha ascética y la obediencia, apoyados en nuestra humildad, que es apoyarse en Dios, llevaremos adelante la labor que se nos haya encomendado, a pesar de nuestros errores. Más aún, porque tenemos errores y defectos, y vemos nuestra insuficiencia y la necesidad de acudir al Señor, seremos buenos instrumentos en sus manos. Seremos apóstoles.

Pongamos los ojos en la Virgen María. Ella, que se reconoció poca cosa, cooperó de tal modo con Dios que fue *llena de gracia*¹⁶, y de sus manos reciben todos la gracia de la salvación.

(15) De nuestro Padre, Meditación, 20-1-1967.

(16) *Luc.* I, 28.

336.

MIÉRCOLES

- Vivir la santa pureza es una tarea positiva, de amor.
- La modestia y la templanza, necesarias para la pureza.
- Una vida de trabajo intenso ayuda a vivir la pureza.

*SI HABÉIS resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; gustad las cosas de arriba, no las de la tierra*¹. San Pablo nos invita a poner nuestro corazón en el Cielo, donde el Señor reina glorioso, y a desprendernos de las cosas terrenas. Esto lleva consigo, entre otras muchas cosas, la necesidad de vivir la castidad, virtud que nuestro Padre nos enseñó a considerar siempre de una manera positiva: *porque la pureza es consecuencia del amor, con el que hemos entregado al Señor el alma y el cuerpo, las potencias y los sentidos*².

Sólo el amor nos mueve a entregar la vida entera al Señor, y a dedicarnos completamente al apostolado en nuestro trabajo. Y sólo el amor de Dios es capaz de conservar la pureza de corazón que nos es indispensable para esa vida de servicio. *No se trata de una renuncia, sino de una afirmación gozosa, de*

*una entrega libre y alegre. Tu castidad —insiste nuestro Padre— no se puede limitar a evitar la caída, la ocasión..., no puede ser de ninguna manera una negación fría y matemática. ¿Te has dado cuenta de que la castidad es una virtud y, como tal, debe crecer y perfeccionarse? No te basta, pues, ser continente —según tu estado— sino casto, con virtud heroica. Es una afirmación, un acto positivo, que ha de responder a la petición divina: praebe, fili mi, cor tuum mihi et oculi tui vias meas custodiant; dame, hijo mío, tu corazón, y pon tus ojos en mis caminos (Prov. XXIII, 26)*³.

Sabemos que hay lucha en nuestro mismo cuerpo —decía San Agustín—; *nuestra vida es un combate, y el combate un peligro; y nosotros no podemos vencer sino por favor de quien nos ama (...). ¿Quieres que tu carne obedezca a tu alma? Sirva tu alma a Dios. Para gobernar, debes dejarte gobernar**. Gran parte de esa lucha positiva que nuestro Fundador nos ha enseñado a vivir en materia de pureza, debe partir de esta realidad.

*La santa pureza la da Dios cuando se pide con humildad*⁵, escribió nuestro Padre. Y la humildad descansa sobre el fundamento de la verdad: la verdad de nuestra condición humana, flaca e inclinada al mal, pero redimida por el Señor. *Nosotros iremos adelante, con la gracia de Dios, no como ángeles —que*

(1) *L. I (I) (Cotos. III, 1-2).*

(2) *De nuestro Padre, Instrucción, 8-XII-1941, n. 75.*

(3) *De nuestro Padre, Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 122.*

(4) *San Agustín, Sermo 128, 5.*

(5) *Camino, n. 118.*

eso sería un desorden, porque los ángeles tienen otra naturaleza—, sino como hombres limpios, fuertes, ¡normales!: lo que hacen tantos en la tierra por un hogar, lo que hicieron nuestros padres con una vida de cristiana fidelidad, hagámoslo nosotros por el Amor de los amores. Amad mucho, por tanto, la santa pureza, invocad a Nuestra Madre del Amor Hermoso, Santa María, y perseveraremos —alegres y sobrenaturalmente fecundos— en este Camino divino de nuestra Obra.

Si alguna vez sentís que está en peligro esa gracia que Dios nos ha hecho, no os debéis extrañar, porque —ya os lo he dicho— somos de barro: habemus autem thesaurum istum in vasis fictilibus (II Cor. IV, 7): una vasija de barro para llevar un tesoro divino. No te hablo para ahora: te hablo por si acaso, alguna vez, sientes que tu corazón vacila. Para entonces te pido, desde este momento, una fidelidad que se manifieste en el aprovechamiento del tiempo y en dominar la soberbia, en tu decisión de obedecer abnegadamente, en tu empeño por sujetar la imaginación: en tantos detalles pequeños, pero eficaces, que salvaguardan y a la vez manifiestan la calidad de tu entregamiento⁶.

SI HEMOS dado nuestro corazón al Señor, ha de haber lucha, lucha de amor, para que el amor de Dios crezca en nuestra alma. ¿Y cómo plantear esta

(6) De nuestro Padre, Carra, 24-111-1931, n. 45.

batalla que dirige el amor? Lejos de los muros de la fortaleza, en las defensas: *el pudor y la modestia son hermanos pequeños de la pureza*⁷. Hemos de cuidar esas virtudes, que son su salvaguarda. Tener controlados los sentidos, ser prudentes. Así la lucha es humilde, y el Señor nos alcanzará la victoria.

La templanza ayuda también a obtener la necesaria fuerza para mantenernos limpios, fieles. Templanza en las comidas: la mortificación habitual que nos mantiene despiertos y avisados, porque *la gula es la vanguardia de la impureza*⁸, y el enemigo puede conseguir pequeños éxitos introduciéndose furtivamente en este campo. Templanza también en las conversaciones, que han de tener, hasta en la forma, el tono de Cristo: *toda impureza o avaricia ni se nombre entre vosotros, como conviene a los santos; ni palabras torpes, ni conversaciones vanas o tonterías, que no convienen*⁹, escribe San Pablo. Y nuestro Fundador concreta: *nunca hables, ni para lamentarte, de cosas o sucesos impuros. —Mira que es materia más pegajosa que la pez. —Cambia de conversación, y, si no es posible, sigúela, hablando de la necesidad y hermosura de la santa pureza, virtud de hombres que saben lo que vale su alma*¹⁰.

No podemos dialogar con la tentación. A veces, la falta de decisión para cortar puede significar una

(7) Camino, n. 128.

(8) Camino, n. 126.

(9) Ephes. V, 3-4.

(10) Camino, n. 131.

búsqueda mezquina de fáciles compensaciones, y eso ya sería un enfriamiento en el amor. *Mortificad, pues, lo que hay de terreno en vuestros miembros: la fornicación, la impureza, las pasiones, la concupiscencia mala (...), y lejos de vosotros la palabra deshonesta*".

Con esa pelea positiva, hablando siempre de amor a Dios, mostramos que la castidad es posible, y que es fuente de alegría. *Hace falta una cruzada de virilidad y de pureza que contrarreste y anule la labor salvaje de quienes creen que el hombre es una bestia.*

—Y esa cruzada es obra vuestra".

Ha de ser una lucha serena, constante, en todos los frentes, porque en todos se desarrolla esa propaganda rastrera que tantas energías espirituales apaga. Con el testimonio de nuestra vida limpia, llevaremos muchas almas a Dios. *Vivamos delicadamente la castidad —cada uno en su estado: solteros, casados, viudos, sacerdotes—, que hace a los hombres recios y señores de sí mismos, les da optimismo, alegría y fortaleza; les acerca a Jesucristo, Nuestro Señor, y a nuestra Madre Santa María; y es condición indispensable para nuestro servicio a la Iglesia y a las almas*¹³.

HAY ADEMÁS un medio que ayuda a vivir la castidad, ya recomendado por los Santos Padres, y

(11) L. / (I) (Cotos, III, 5.8).

(12) Camino, n. 121.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 66.

que siempre se nos recuerda en la Obra: el trabajo. El trabajo serio y constante, vivido con espíritu de sacrificio, es un medio de defensa eficaz. *Todos los pecados —me has dicho— parece que están esperando el primer rato de ocio. ¡El ocio mismo ya debe ser un pecado!*

—*El que se entrega a trabajar por Cristo no ha de tener un momento libre, porque el descanso no es no hacer nada: es distraemos en actividades que exigen menos esfuerzo*¹⁴.

Ciertamente, nuestro deber de trabajar tiene razones más altas. No trabajamos para distraernos, para alejar a los sentidos del peligro de impureza, sino por vocación divina: porque buscamos la santidad precisamente en y por medio del trabajo profesional. En la calidad y rectitud de nuestra tarea está comprometida la vocación entera. Por eso nuestro Padre pone en guardia a sus hijos contra una *dificultad*, que es el peligro del aburguesamiento, en la vida profesional o en la vida espiritual; el peligro de sentirse solterones, egoístas, hombres sin amor. *Tened siempre presente que es el Amor —el Amor de los amores— el motivo de nuestro celibato: no somos por tanto solterones, porque el solterón es una desgraciada criatura que nada sabe de amor.*

Si alguno cayera en el lazo de esta tentación, acudid en su ayuda prontamente; porque —si no desecha

(14) Camino, n. 357.

ese pensamiento—, *saldrá fuera de la barca, se marchará fuera del camino, fuera de nuestro hogar: perderá la vocación*¹⁵.

Si alguna vez notamos que en nosotros mismos o en nuestros hermanos se apaga la ilusión profesional, debemos examinarnos, hacer la corrección oportuna. Es mucho lo que está en juego. Porque ese trabajo es exigencia de nuestro amor al Señor; y si falta el amor, se pone en peligro la pureza, se llega al descamino.

En la Obra tenemos también un medio seguro y eficaz: la sinceridad. Esta virtud siempre estaba en boca de nuestro Fundador: *si sois sinceros, seréis fieles; y vale la pena*¹⁶.

La Virgen María, *Mater pulchrae dilectionis*, nos dará la humildad, la reciedumbre, la sinceridad, para ser siempre fieles al compromiso de amor que hemos adquirido con su Hijo. *Tienes que decirle a la Virgen, ahora mismo, en la soledad acompañada de tu corazón, hablando sin hacer ruido de palabras: Madre mía, este pobre corazón mío se rebela algunas veces... Si tú me ayudas... Y te ayudará para que lo guardes puro y sigas por donde Dios te haya llamado: la Virgen te llevará a cumplir la voluntad de Dios*¹⁷.



*Adoración de los pastores.
Cerámica en la Iglesia prelaticia
de Santa María de la Paz.*

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 84.

(16) De nuestro Padre, n. 246.

(17) De nuestro Padre, *Tertulia*, 29-III-1970.

337.

JUEVES

- Para nuestra vida interior, necesitamos tener doctrina.
- La doctrina debe llevarnos a la vida de piedad.
- Doctrina y piedad, necesarias para el apostolado.

*HIJAS e hijos míos (...), entregarse a Dios, quiere decir en primer término conocer a Dios. De ahí la necesidad de la formación filosófica y teológica y del trato con Nuestro Señor¹. El que trata a Dios y le ama, se siente movido a conocerle cada vez más; no se contenta con un conocimiento superficial, sino que busca penetrar profundamente en todo lo que se refiere a El. *Muy inútil es la piedad*, escribe San Gregorio, *Sí falta la discreción de la ciencia*². Una vida interior sin la oportuna doctrina, sin el combustible del saber de Dios, no puede ser auténtica. Sería, a lo más, una apariencia de hoguera, pronta a apagarse apenas se presente alguna aridez del sentimiento, apenas comiencen las dificultades.*

Desde que llegamos a la Obra, nos insistieron en la necesidad de adquirir doctrina. *Sin una adecuada formación, nada podemos hacer. La santidad y el apostolado: éstos son los fines que nos proponemos corporativamente. Y para lograr estos fines, necesitamos*

(1) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XIM941, n. 25.

(2) San Gregorio Magno, *Moralia* 1, 32.

*formación. Para nuestra santidad, doctrina. Para el apostolado, doctrina. Y para la doctrina, tiempo, en lugar oportuno, con los medios oportunos. No esperamos unas iluminaciones de Dios, que no tiene por qué darnos, cuando nos da unos medios humanos concretos: el estudio, el trabajo*³.

Piedad. *Piedad ilustrada*, insiste nuestro Padre: *a eso van los Cursos de Formación, lo mismo que las clases de Apologética, que se vienen dando y han de darse siempre en nuestras casas*⁴. Necesitamos saber lo que es de fe, para defenderlo sin transigencias, y lo que, en cambio, es simple opinión, más o menos fundada. Necesitamos, en una palabra, ser personas de criterio: *la lealtad exige hambre de formación, porque —movido por un amor sincero— no deseas correr el riesgo de difundir o defender, por ignorancia, criterios y posturas que están muy lejos de concordar con la verdad*⁵.

Si hemos sabido asimilar esta doctrina, por medio del estudio, tendremos la capacidad para enjuiciar las opiniones y corrientes de pensamiento, las teorías culturales y los hechos de la vida pública y social con mentalidad cristiana. Lo que leemos todos los días, las noticias, las opiniones que recogemos en la calle, si tenemos sentido sobrenatural, nos move-

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 67.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, n. 246.

(5) *Surco*, n. 346.

rán a la oración, a la acción de gracias, al desagravio, a la urgencia en el apostolado.

¡No me dejéis los libros!, insiste nuestro Padre. *Con piedad de niños y doctrina de teólogos*⁶. *Aprovechadme los medios que se os dan. Poned una preocupación especial por cumplir muy bien las Normas. Escuchad en clase con empeño y tomad vuestras notas, para después leerlas en algún momento oportuno. Tened más devoción cada día a Nuestro Señor en el Sagrario y a la Santísima Virgen*⁷.

NADA es la ciencia —escribe San Gregorio—, *si no tiene la utilidad de la piedad*⁸. Todo lo que estudiamos tiene que traducirse en vida interior. *Tenemos que vivir vida de piedad; sin piedad no podremos hacer nada. Hay que estar muy unidos al Señor*⁹. Para esto necesitamos la ayuda del Espíritu Santo, pues *el Hijo, siendo Verbo, nos entregó la doctrina; pero el Espíritu Santo nos hace capaces de entenderla*¹⁰, y de incorporarla a nuestra vida.

Hay una ciencia —escribe nuestro Padre— *a la que sólo se llega con santidad: y hay almas oscuras, ignoradas, profundamente humildes, sacrificadas, santas, con un sentido sobrenatural maravilloso: Yo te glorifico, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque*

(6) De nuestro Padre, *Crónica* VII-1956, p. 23.

(7) De nuestro Padre, *Noticias* VII-55, p. 10.

(8) San Gregorio Magno, *Moralia* I, 32.

(9) De nuestro Padre, *Crónica* VII-59, p. 21.

(10) Santo Tomás, *Super Evangelium Sancti Iohannis lectura* 14, 26.

has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeñuelos (Matth. XI, 25). *Un sentido sobrenatural que no raramente falta en las disquisiciones hinchadas de presuntos sabios: evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum, dicentes enim se esse sapientes stulti facti sunt (Rom. I, 21 y 22); disparataron en sus pensamientos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas; y, mientras se jactaban de ser sabios, pararon en ser necios.*

Estoy persuadido —y tengo experiencias concretas— de que esas almas sencillas son poderosas delante de Dios, y obran con sus oraciones prodigios apostólicos que pasan inadvertidos a los hombresⁿ. Comprendemos muy bien lo que nuestro Fundador nos decía, después de hablarnos de la necesidad de adquirir doctrina: yo, por mi parte, quisiera además tener la fe candida de la última viejecita, que suspira de amor en un rincón de una iglesiaⁿ.

Hay que estudiar la teología con amor a Dios. A nuestro Padre le dolía que se tratara a Dios *sin piedad, sin cariño, como objeto de simple curiosidad, como mercancía de bajo precioⁿ*. Y nos enseñaba que *la verdad es siempre, en cierto modo, algo sagrado: don de Dios, luz divina que nos encamina hacia Aquél que es la Luz por esencia. Y esto sucede especialmente*

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 42.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 157.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 24.

cuando la verdad se considera en el orden sobrenatural: hay pues que tratarla con respeto, con amor^H.

Tenemos que grabar muy dentro del corazón, para resistir a cualquier tentación de superficialidad, que *la ciencia hincha pero la caridad es la que edificaⁿ*, como enseña San Pablo en una de las lecturas de la Misa de hoy; y que la piedad es fruto de la caridad. *Más aún: estamos persuadidos de que esa verdad divina, que llevamos, nos trasciende: que nuestras palabras resultan insuficientes para expresar toda su riqueza, que es incluso posible que no la entendamos con plenitud y que hagamos el papel de quien transmite un mensaje que él mismo no comprende del todo¹⁶. Por tanto; ¡vida de piedad, hijos míos! Habéis de llevar la semilla de la doctrina con la semilla de la piedadⁿ.*

NADIE después de encender una antorcha la tapa con una vasija, ni la mete debajo de la cama, sino que la pone sobre un candelero, para que dé luz (Luc. VIH, 16). *Hijo mío, tú eres sal, luz y levadura, y no puedes dejar de llevar esa luz hasta el último rincón de la sociedad¹⁸.*

Te hablé de la necesidad de que tengas doctrina, buena doctrina, para meter la verdad, la luz, el bien,

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 24.

(15) *L. I (II)* (I Cor. VIII, 1).

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 25.

(17) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 70.

(18) De nuestro Padre, *Crónica* XII-64, p. 60.

*el amor a la libertad, el sentido responsable de la vida, en todas las clases de la sociedad y así sembrar la paz y la alegría; porque todos los apostolados del Opus Dei se reducen a uno solo: dar doctrina, luz. Donde hay un alma del Opus Dei, hay una brasa encendida que prende fuego, da luz y calor, en una actividad inadvertida, pero siempre fecunda*¹⁹.

*Nadie después de encender una antorcha la tapa con una vasija*²⁰. ¿Qué es lo que puede oscurecer esa luz, lo que puede impedir su brillo? La falta de piedad, la falta de vida interior. Por eso nos decía nuestro Padre: *sacaréis la eficacia sobrenatural del trato con Cristo, alimentado en la vida interior, de modo que podáis decir: y mi modo de hablar, mi predicación, no fue con palabras persuasivas de humano saber, pero sí con los efectos sensibles del espíritu y de la virtud (I Cor. II, 4) »*.

Sin vida interior, sin piedad, de nada valen las palabras persuasivas. San Agustín aconseja, a quien quiera comunicar esa luz de Dios, que *al hablar haga cuanto esté de su parte para que se le escuche inteligentemente, con gusto y docilidad. Pero no dude de que si logra algo, y en la medida que lo logra, es más por la piedad de sus oraciones que por sus dotes oratorias. Por tanto, orando por aquellos a quienes ha de hablar, sea antes varón de oración que de peroración*.

(19) De nuestro Padre, Crónica XII-64, pp. 61-62.

(20) Luc. VIII, 16.

(21) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1965, n. 48.

*Y cuando se acerque el momento de hablar, antes de comenzar a decir palabras, eleve a Dios su alma sedienta, para derramar lo que bebió y exhalar de lo que se llenó*²².

*Hemos de andar por la vida como apóstoles, con luz de Dios, con sal de Dios. Con naturalidad, pero con tal vida interior, con tal espíritu del Opus Dei, que alumbremos, que evitemos la corrupción y las sombras que hay alrededor*²³. No basta conocer las verdades reveladas: hay que meditarlas en la oración y aplicarlas a la vida cotidiana. Así moveremos a los demás con el ejemplo de una palabra viva, que está presente en nuestro mismo actuar, que atrae, que convence.

*"Sancta María, Sedes Sapientiae" —Santa María, Asiento de la Sabiduría. —Invoca con frecuencia de este modo a Nuestra Madre, para que Ella llene a sus hijos, en su estudio, en su trabajo, en su convivencia, de la Verdad que Cristo nos ha traído*²⁴.

(22) San Agustín, *De doctrina christiana* 4, 15, 32.

(23) De nuestro Padre, Meditación, 3-XH-1961.

(24) *Surco*, n. 607.

338.

VIERNES

—Es necesario sujetar el cuerpo a servidumbre.

—La mortificación del cuerpo, participación en la Cruz de Cristo.

—Generosidad en la mortificación corporal. Las mortificaciones extraordinarias.

CASTIGO mi cuerpo y lo someto a servidumbre —decía San Pablo—, *no sea que, habiendo predicado a otros, sea yo reprobado* ¹.

Todo nuestro ser —también el cuerpo— está entregado al servicio de Dios; pero a veces se resiste a cumplir su papel de instrumento, y —para que no se rebele— hay que tenerlo sujeto. Formado del barro de la tierra, con la triste herencia del pecado, tiende a vivir una vida animal, cuyo paradero es la muerte: *si vivís según la carne, moriréis; si con el espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis* ².

El bautismo inicia en el alma la vida de la gracia, y nos incorpora a la Iglesia; pero hay algo en nosotros que continúa gravitando hacia abajo. *Aun cuando vivo ya en el cuerpo de Cristo* —dice San Agustín—, *sin embargo, llevo un cuerpo pecador: exígele, mortifícalo, y eso será un buen sacrificio*

(1) *L. I (II) (I Cor. IX, 27)*.

(2) *Rom. VIII, 13*.

que ofrecer a Dios ³. Es menester tenerlo a raya, para que no sea un estorbo, sino un siervo que se esfuerce en el servicio del Señor. *Di a tu cuerpo: prefiero tener un esclavo a serlo tuyo* ⁴. Hemos de tratarlo como a un enemigo que a la vez fuera nuestro hermano ⁵: tenerlo sujeto, dominarlo con la mortificación y, al mismo tiempo, cuidar su salud para que rinda.

Nunca se ha reducido la vida cristiana a un entramado agobiante de obligaciones, que deja el alma sometida a una tensión exasperada; se amolda a las circunstancias individuales como el guante a la mano, y pide que en el ejercicio de nuestras tareas habituales, en las grandes y en las pequeñas, con la oración y la mortificación, no perdamos jamás el punto de mira sobrenatural. Pensad que Dios ama apasionadamente a sus criaturas, y ¿cómo trabajará el burro si no se le da de comer, ni dispone de un tiempo para restaurar las fuerzas, o si se quebranta su vigor con excesivos palos? Tu cuerpo es como un borrico —un borrico fue el trono de Dios en Jerusalén— que te lleva a lomos por las veredas divinas de la tierra: hay que dominarlo para que no se aparte de las sendas de Dios, y animarle para que su trote sea todo lo alegre y brioso que cabe esperar de un jumento ⁶.

(3) San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 50.

(4) *Camino*, n. 214.

(5) *Camino*, n. 202.

(6) *Amigos de Dios*, n. 137.

LA MORTIFICACIÓN corporal no es un fin, es un medio. Pero medio necesario: hay que llevar *siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Porque nosotros, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal*⁷. La mortificación es una necesidad para los que quieran vivir en Dios: *los que son de Jesucristo, han crucificado su carne con sus pasiones y sus concupiscencias*⁸.

Recuerdo ahora (...) —predicaba nuestro Padre— *aquel sueño de un escritor del siglo de oro castellano. Delante de él se abren dos caminos. Uno se presenta ancho y carretero, fácil, pródigo en ventas y mesones y en otros lugares amenos y regalados. Por allí avanzan las gentes a caballo o en carrozas, entre músicas y risas —carcajadas locas—; se contempla una muchedumbre embriagada en un deleite aparente, efímero, porque ese derrotero acaba en un precipicio sin fondo. Es la senda de los mundanos, de los eternos aburguesados: ostentan una alegría que en realidad no tienen; buscan insaciablemente toda clase de comodidades y de placeres...; les horroriza el dolor, la renuncia, el sacrificio. No quieren saber nada de la Cruz de Cristo, piensan que es cosa de chiflados. Pero son ellos los de-*

(7) II Cor. IV, 10-11.

(8) Galat. V, 24.

mentes: esclavos de la envidia, de la gula, de la sensualidad, terminan pasándolo peor, y tarde se dan cuenta de que han malbaratado, por una bagatela insípida, su felicidad terrena y eterna. Nos lo advierte el Señor: quien quisiere salvar su vida, la perderá; más quien perdiere su vida por amor a mí, la encontrará. Porque ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (Matth. XVI, 25-26).

*Por dirección distinta, discurre en ese sueño otro sendero: tan estrecho y empinado, que no es posible recorrerlo a lomo de caballería. Todos los que lo emprenden, adelantan por su propio pie, quizá en zigzag, con rostro sereno, pisando abrojos y sorteando peñascos. En determinados puntos, dejan a jirones sus vestidos, y aun su carne. Pero al final, les espera un vergel, la felicidad para siempre, el Cielo. Es el camino de las almas santas que se humillan, que por amor a Jesucristo se sacrifican gustosamente por los demás; la ruta de los que no temen ir cuesta arriba, cargando amorosamente con su cruz, por mucho que pese, porque conocen que, si el peso les hunde, podrán alzar-se y continuar la ascensión: Cristo es la fuerza de estos caminantes*⁹.

Para vivir con Cristo hay que morir con Él. La Cruz también en nuestra carne. Podremos vencer nuestra resistencia y despertar una vez más nuestra afirmación de seguir de cerca al Señor, contemplan-

(9) Amigos de Dios, n. 130.

do de nuevo lo que Jesús padeció por nosotros en su Pasión y Muerte. *Amo tanto a Cristo en la Cruz, que cada crucifijo es como un reproche cariñoso de mi Dios: ...Yo sufriendo, y tú... cobarde. Yo amándote, y tú olvidándome. Yo pidiéndote, y tú... negándome. Yo, aquí, con gesto de Sacerdote Eterno, padeciendo todo lo que cabe por amor tuyo... y tú te quejas ante la menor incompreensión, ante la humillación más pequeña...*¹⁰.

EN NUESTRO plan de vida se incluyen determinadas mortificaciones corporales, para vivirlas con espíritu de expiación y afán corredentor. Vamos a preguntarnos ahora, en la presencia de Dios: ¿vivimos esas mortificaciones corporales, con la gracia de Dios, deportivamente, con alegría? Es San Pablo el que nos dice: *¿no sabéis que los que corren en el estadio, todos, sin duda, corren, pero uno solo recibe el premio? Corred de tal modo que lo alcancéis. Todo el que toma parte en el certamen atlético se abstiene de todo; y ellos para alcanzar una corona corruptible; nosotros, en cambio, una incorruptible*¹¹.

Además de estas mortificaciones ya establecidas, en ocasiones el espíritu de penitencia nos llevará a sugerir otras mortificaciones: *con permiso de tu Director siempre, porque es él quien debe moderarlas;*

(10) *Vía Crucis*, XI estación, punto 2.

(11) *L. / (H) (1 Cor. IX, 24-25)*.

*pero moderarlas no quiere decir siempre disminuirlas, sino también aumentarlas si lo cree conveniente*¹². Pero, ¿cuándo? *En esas temporadas —¡qué bien se notan!— en que Dios nos pide más*¹³: porque nos quiere más purificados, porque la Iglesia nos invita a una mayor penitencia, o por motivos apostólicos, porque hay que encomendar una intención especial, porque esperamos una nueva vocación...

Participando generosamente del dolor del Señor en su Pasión y Muerte de Cruz, participaremos también en la gloria de su Resurrección, y facilitaremos a muchas almas el camino del Cielo. Por eso, *hemos de hacer vida nuestra la vida y la muerte de Cristo. Morir por la mortificación y la penitencia, para que Cristo viva en nosotros por el Amor. Y seguir entonces los pasos de Cristo, con afán de corredimir a todas las almas*¹⁴.

Jamás nos faltará la presencia confortadora de Santa María, Madre de Cristo Jesús y Madre nuestra.

(12) De nuestro Padre, Meditación, 13-IV-1954.

(13) De nuestro Padre, Meditación, 13-IV-1954.

(14) *Vía Crucis*, XIV estación.

339.

SÁBADO

- Reconocer nuestros pecados veniales con humildad.
- Confiar en Dios y desconfiar de nosotros mismos.
- Los pecados se curan con la medicina de la contrición y de la penitencia.

EN LA primera Epístola de San Pablo a Timoteo, el Apóstol deja escapar de lo profundo de su alma esta exclamación sincera: *es verdad cierta, y digna de todo acatamiento, que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los que yo soy el primero* >. Y comenta San Juan Crisóstomo: *no dijo "era"; sino: "soy". Ante Dios estaban perdonados los pecados, pero ante Pablo persistía su recuerdo. Lo que Dios había anulado, él mismo lo divulgaba*².

Este reconocimiento humilde y sencillo de su condición de pecador, por parte de quien el Señor mismo llamó *vaso de elección*³, nos lleva a considerar la realidad del pecado en nuestra vida. *San Pablo se sabe el último de los apóstoles, pero siente también el mandato de evangelizar. Como tú y como yo* —escribe nuestro Padre—. *Tú sabrás cómo eres. De mi te puedo decir que soy una pobre cosa, un pecador que*

(1) L. I (I) (I Tim. I, 15).

(2) San Juan Crisóstomo, *Sermo Non esse ad gratianrconc*, 4.

(3) Act. IX, 13.

*ama a Jesucristo. Por gracia de Dios no le ofendemos más, pero me siento capaz de cometer todas las vilezas que haya cometido cualquier otro hombre*⁴.

Es un hecho innegable: *si dijéramos que no tenemos pecados, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros*⁵. El pecado venial, ofensa verdadera a Dios, aunque leve, está presente en nuestra vida: omisiones en el campo de la caridad, resistencias más o menos claras a la gracia, soberbia, sensualidad, apegamientos al propio yo, detalles de pereza... Tantas ataduras, quizá pequeñas, pero que impiden o retrasan nuestra unión con Dios, porque suponen ingratitud y desobediencia a Dios Padre, que nos creó y adoptó como hijos suyos; indiferencia hacia Dios Hijo, que nos ha rescatado al precio de su Sangre; remora a la acción de Dios Espíritu Santo, que desea vivir en nuestras almas.

*El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas, y el malo de su mal tesoro saca cosas malas*⁶; y en nuestro corazón, junto a innegables luces de Dios, habita también la oscura sombra del pecado. Por eso insiste nuestro Padre: *¡lijòs míos: no os avergüence ser miserables; no os acobardéis porque tengáis en el corazón el fomes peccati, la materia propia para que se cebe el fuego del pecado.*

(4) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1931, n. 30.

(5) I Ioann. I, 8.

(6) Ev. (Luc. VI, 45).

*No os asustéis, porque el justo cae siete veces, y otras tantas se levanta (Prov. XXIV, 16). En nuestra pelea espiritual no faltarán fracasos. Pero ante nuestras equivocaciones, ante el error, debemos reaccionar inmediatamente, haciendo un acto de contrición, que vendrá a nuestro corazón y a nuestros labios con la prontitud con que acude la sangre a la herida, combatiendo con eficacia el cuerpo extraño, el germen de infección*⁷.

EN UN mundo en el que casi se ha olvidado la realidad de la ofensa a Dios, debemos procurar —como escribió nuestro Padre— *mantener vivo el sentido del pecado y de la reparación generosa, frente a los falsos optimismos de quienes, enemigos de la cruz de Cristo (Philip. III, 18), todo lo cifran en el progreso y en las energías humanas.*

*Cometen éstos el gran pecado de olvidar el pecado, que algunos incluso piensan haber ya quitado de en medio*⁸.

Hace falta ser ciegos, para no descubrir el pecado en la propia vida y en el mundo que nos rodea. Porque *cada uno de nosotros es como aquel gigante de la Sagrada Escritura: la cabeza de la estatua era de oro puro; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus caderas, de bronce; sus piernas, de hierro, y sus pies, parte de hierro, parte de barro (Dan. II, 32-33).*

(7) De nuestro Padre, *Cana*, 24-111-1931, n. 11.

(8) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1959, n. 19.

No olvidemos nunca esta debilidad del fundamento humano, y así seremos prudentes —humildes— y no sucederá lo que acaeció a aquella estatua colosal: que una piedra desprendida, no lanzada por mano, hirió a la estatua en los pies de hierro y barro, destrozándola. Entonces el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro se desmenuzaron juntamente y fueron como polvo de las eras en verano: se los llevó el viento, sin que de ellos quedara traza alguna (Dan. II, 34-35).

*Oíd, mis hijos, lo que el Espíritu Santo nos dice por San Pablo: el que piensa estar firme, mire no caiga. No habéis tenido sino tentaciones humanas, ordinarias; pero fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros (/ Cor. X, 12-13)*⁹.

Es mucho lo que Dios ha hecho por nosotros: llamarnos a la vida, hacernos hijos suyos y miembros de la Iglesia, darnos la vocación a la Obra, y con ella la felicidad, si somos fieles. Y cuanto mayor es el cariño, más sensible se vuelve el alma a las indelicadezas, al desamor. Por eso, la persona verdaderamente enamorada de Dios cuida mucho la lucha contra el pecado venial deliberado, al que llega a aborrecer profundamente. Sabe muy bien que, si no comete pecados mortales, esto se debe a la ayuda divina. *Tú, que dices que no has cometido muchos pecados, ¿por*

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 2.

*qué no los hiciste? ¿Qué providencia te gobernaba? (...). Este cometió muchos pecados y se hizo gran deudor; el otro cometió pocos por haberle llevado Dios de la mano. Si uno le atribuye la remisión de los pecados cometidos, atribuyale también el otro no haberlos cometido*¹⁰.

La confianza en Dios y no en las propias fuerzas, concretada en una decidida lucha contra el pecado venial deliberado, constituye la mejor manera de evitar los pecados graves. *No se romperán tus pies de barro* —escribe nuestro Fundador—, *porque conoces su inconsistencia y serás prudente, porque sabes bien que sólo Dios puede decir: ¿quién de vosotros me puede acusar de pecado? floann. VIII, 46).*

*Cuando llega la noche y hago el examen y echo las cuentas y saco la suma, la suma es: pauper servus et humilis! Digo muchas veces: cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias! (Ps. L, 19). No lo digo con humildad de garabato. Si el Señor ve que nos consideramos sinceramente siervos pobres e inútiles, que tenemos el corazón contrito y humillado, no nos despreciará, nos unirá a El, a la riqueza y al poder grande de su Corazón amabilísimo. Y tendremos el endiosamiento bueno: el endiosamiento de quien sabe que nada tiene de bueno, que no sea de Dios; que él, de sí mismo, nada es, nada puede, nada tiene*¹¹.

(10) San Agustín, *Sermo* 99, 6.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 29.

*NO TENGÁIS en poco vuestros pecados leves y menudos, no formen un montón y os aplasten, predica San Agustín. Mira cómo en las naves el agua del mar se filtra por las rendijas del casco; y poco a poco llena las bodegas, y si no se la saca, sumerge el barco (...). Las culpas leves, sin las que no puede pasarse la vida del hombre, van entrando insensiblemente por las rendijas de la flaqueza humana y llenan las bodegas. Imitad a los navegantes: sus manos no cesan hasta secar el hondón del barco; no cesen tampoco las vuestras de obrar el bien. Sin embargo, a pesar de todo, volverá a llenarse otra vez el fondo de la nave, porque persisten las rendijas de la flaqueza humana; y de nuevo será necesario achicar el agua*¹².

Esa es nuestra tarea: aborrecer las faltas veniales, luchar sin tregua. Así, las derrotas, cuando llegaren, serán en cosas pequeñas, en la periferia, nunca en un punto trascendental. Será una pequeña falta de amor, que se remedia con un nuevo acto de amor y con una nueva entrega. Es la lucha en cosas pequeñas, y el Cielo sonríe cuando hay una de esas caídas, si continuamos luchando¹³.

El Señor espera que acudamos a El, para curarnos, para darnos cada día más fuerzas. Nos espera de modo particular en el Sacramento de la Penitencia y en los continuos actos de contrición. *Es preciso*

(12) San Agustín, *Sermo* 16, 7.

(13) De nuestro Padre, *Crónica* XII-64, pp. 9-10.

volver a Dios, cuanto antes; volver, volver siempre. Yo vuelvo muchas veces al día, y alguna semana incluso me confieso dos veces; a veces una, otras veces tres, siempre que lo necesito para mi tranquilidad. No soy beato ni escrupuloso, pero sé lo que viene bien a mi alma.

*Ahora, en muchos sitios, personas sin piedad y sin doctrina aconsejan a la gente que no se confiese. Atacan el Santo Sacramento de la Penitencia de la manera más brutal. Pretenden hacer una comedia: unas palabritas, todos juntos, y después la absolución. ¡No, hijos! ¡Amad la confesión auricular! Y no de los pecados graves solamente, sino también la confesión de nuestros pecados leves, y aun de las faltas. Los sacramentos confieren la gracia ex opere operato —por la propia virtud del sacramento—, y también ex opere operantis, según las disposiciones de quien los recibe. La confesión, además de resucitar el alma y limpiarla de las miserias que haya cometido —de pensamiento, de deseo, de palabra, de obra—, produce un aumento de la gracia, nos robustece, nos proporciona más armas para alcanzar esa victoria interna, personal*¹⁴.

Santa María es la imagen perfecta de lo que ha de ser la unión de nuestro querer con el de Dios. Ella nos ayudará a huir del pecado venial y a sacar impulso aun de las mismas caídas. Lo ha dejado escrito nuestro Padre con imagen clara: *entierro con la*

(14) De nuestro Padre, Meditación *El talento de hablar*, abril de 1972.

penitencia, en el hoyo profundo que abra tu humildad, tus negligencias, ofensas y pecados. —Así entierro el labrador, al pie del árbol que los produjo, frutos podridos, ramillas secas y hojas caducas. —Y lo que era estéril, mejor, lo que era perjudicial, contribuye eficazmente a una nueva fecundidad.

*Aprende a sacar, de las caídas, impulso: de la muerte, vida*¹⁵.

(15) *Camino*, n. 211.

340.

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

- Hemos de vivir la caridad en todas las circunstancias.
- Una manifestación del amor fraterno: saber perdonar.
- Motivos para perdonar siempre a todos, y frutos de esa caridad.

NOS QUIERE hablar hoy el Señor de perdón, de amor a los que nos ofenden, y nos propone la parábola de aquel hombre que, queriendo echar cuentas con sus siervos, llamó a uno que le debía una ingente suma de dinero ¹.

Las circunstancias de aquel siervo de la parábola, deudor de diez mil talentos (cfr. Matth. XVIII, 24) —comenta nuestro Padre—, reflejan bien nuestra situación delante de Dios: tampoco nosotros contamos con qué pagar la deuda inmensa que hemos contraído por tantas bondades divinas, y que hemos acrecentado al son de nuestros personales pecados. Aunque luchemos denodadamente, no lograremos devolver con equidad lo mucho que el Señor nos ha perdonado. Pero, a la impotencia de la justicia humana, suple con creces la misericordia divina. El sí se puede dar por satisfecho, y remitirnos la deuda, simplemente porque es bueno e infinita su misericordia (Ps. CV, 1) ².

(1) Cfr. Ev. (A) (Matth. XVIII, 23-24).

(2) *Amigos de Dios*, n. 168.

Esta es la primera enseñanza del Evangelio de hoy. Hemos sido creados por Dios y elevados gratuitamente al orden sobrenatural, sin ningún merecimiento de nuestra parte. Y, con la vocación a la Obra, el Señor ha querido demostrarnos aún más su cariño. Pero *amor con amor se paga*. Y el amor a Dios se manifiesta en el amor al prójimo. *Tenemos nosotros especialmente, por tanto, un gran programa de acción: propagar, defender y vivir la verdad con caridad.*

Con una caridad alegre, dulce y recia, humana y sobrenatural; caridad afectuosa, que sepa acoger a todos con una sonrisa habitual; que sepa comprender las ideas y los sentimientos de los demás, a quienes debe atraer para que colaboren ³.

Quiere Dios que, en medio del mundo, seamos sembradores de caridad, transmisores de la verdad con amor, corredores con Cristo en un apostolado de amistad y confianza. El mandato divino del amor es universal, no tiene excepciones ni fronteras. *Para todas las otras buenas obras puede siempre alegarse alguna excusa; mas para amar nadie puede excusarse. Me puedes decir: no puedo ayunar, pero no puedes decirme: no puedo amar*.*

En el trato diario con las almas, en el trabajo profesional, en las relaciones sociales, en la convi-

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 77.

(4) San Jerónimo, *In Evangelium Matthaei commentarium* 1, 5, 44.

vencía en general, es inevitable que se produzcan algunos roces. Es también posible que alguien nos ofenda, que se porte con nosotros de modo poco noble, que nos perjudique. Pero es preciso disculpar, también a quienes no nos hacen bien. *¿Qué razón tienes, en realidad, para no amar?* —pregunta San Juan Crisóstomo—. *¿Que el otro respondió a tus favores con injurias? ¿Que quiso derramar tu sangre en agradecimiento de tus beneficios? Pero si amas por Cristo, éstas son razones que te han de mover a amar aún más. Porque lo que destruye las amistades del mundo, eso es lo que afianza la caridad de Cristo. ¿Cómo? Primero, porque ese ingrato es para ti causa de un premio mayor. Segundo, porque ése precisamente necesita de más ayuda y de más intenso cuidado*⁵.

Mal llevaríamos a la práctica el mandato de amar a nuestros enemigos, de orar por los que nos persiguen y calumnian, si a la menor ofensa se enfriase nuestra caridad. Hemos de pedir luz al Señor en el examen, para ver cómo son nuestras reacciones ante las molestias, grandes o pequeñas, que la convivencia diaria lleva consigo.

TE QUEJAS —ha escrito nuestro Padre— *de que no es comprensivo...* —Yo tengo la certeza de que

(5) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 60, 3.

*hace lo posible por entenderte. Pero tú, ¿cuándo te esforzarás un poquito por comprenderle?*⁶.

El siervo de la parábola no tenía con qué pagar a su señor, y cuando éste le mandó castigar, *el servidor, echándose a sus pies, le suplicaba: ten paciencia conmigo y te pagaré todo. El señor, compadecido de aquel siervo, lo mandó soltar y le perdonó la deuda*⁷. También a nosotros, comenta San Juan Crisóstomo, *se nos pedirá cuenta de los mandamientos que se nos han dado, y, por más que hagamos, no tendremos con qué pagar. Por eso Dios nos ha dado un camino llano y fácil para pagar, un medio sencillo con que saldar toda nuestra deuda: no guardar nunca rencor contra nuestro prójimo*⁸.

Sigamos considerando la enseñanza de Jesús. *La parábola —lo recordáis bien— termina con una segunda parte, que es como el contrapunto de la precedente. Aquel siervo, al que acaban de condonar un caudal enorme, no se apiada de un compañero, que le adeudaba apenas cien denarios. Es ahí donde se pone de manifiesto la mezquindad de su corazón. Estrictamente hablando, nadie le negará el derecho a exigir lo que es suyo; sin embargo, algo se rebela en nosotros y nos sugiere que esa actitud intolerante se aparta de la verdadera justicia: no es justo que quien, tan sólo un momento antes, ha recibido un trato misericordioso de fa-*

(6) *Surco*, n. 759.

(7) *Ev. (A) (Matth. XVIII, 26-27)*.

(8) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 61, 3.

vor y de comprensión, no reaccione al menos con un poco de paciencia hacia su deudor⁹.

El señor, al conocer la maldad que se ocultaba en el corazón de su siervo, lo mandó castigar. *Del mismo modo* —concluye Jesucristo la parábola— *hará con vosotros mi Padre Celestial, si cada uno no perdona de corazón a su hermano*¹⁰.

Dos cosas quiere el Señor de nosotros: que consideremos nuestros propios pecados y que perdonemos los de nuestro prójimo (...), pues aquel que considera sus propios pecados estará más pronto al perdón de su compañero. Y no perdonar sólo de boca, sino de corazón (...). Esforcémonos, pues, por no querer mal a nadie, para que Dios nos ame. Así, aun cuando le debemos diez mil talentos, se compadecerá de nosotros y nos perdonará ".

Habéis de tener preocupación —nos decía nuestro Padre— *por todas las almas, comprendiéndolas, con un interés lleno de buena voluntad. Y también preocupación por vuestras propias almas, pero de otro modo. Porque, si la caridad con los demás ha de estar —os he dicho— llena de comprensión, de disculpa, con nosotros mismos tiene que ser severa, rígida. No puedo tratar con falta de misericordia a nadie: y si uno parece que no es digno de esa misericordia, he de pensar que yo tampoco la merezco. No merezco ser cristiano, ni*

(9) *Amigos de Dios*, n. 168.

(10) Ev. (A) (*Matth.* XVIII, 35).

(11) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 61, 5.

*ser sacerdote, ni ser hijo de Dios en su Obra. ¿Lo comprendéis?*¹².

PERDONA nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden " , pedimos todos los días en la Santa Misa. Dios nos ha perdonado mucho: no tenemos derecho a guardar rencor a nadie. Hay que disculpar siempre. Jesucristo nos dio ejemplo, y nos sigue pidiendo que si alguien nos hierre en una mejilla, le ofrezcamos la otra.

Cuando te veas como eres —escribía nuestro Padre—, *ha de parecerte natural que te desprecien*^{1*}. ¿Quiénes somos, para sentirnos ofendidos? ¿No será que muchas veces resultamos demasiado susceptibles? Y aun cuando alguna vez haya una ofensa real, ¿no es verdad que nosotros hemos ofendido mucho más al Señor? Por eso, aconseja nuestro Padre, *esfuérzate, si es preciso, en perdonar siempre a quienes te ofendan, desde el primer instante, ya que, por grande que sea el perjuicio o la ofensa que te hagan, más te ha perdonado Dios a ti*¹⁵. Un perdón que ha de ser profundo, sincero, de corazón. No como quien hace un favor, porque no sería entonces sobrenatural.

Hay que estar siempre vigilantes para evitar cualquier asomo de falta de caridad, externa o inter-

in) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 151.

(13) *Matth.* VI, 12.

(14) *Camino*, n. 593.

(15) *Camino*, n. 452.

na. Las pequeneces diarias no pueden ser motivo para que —por soberbia o por superficialidad— disminuya nuestra alegría en el trato con las personas que nos rodean. Es preciso vigilar, porque no se trata de una actitud simplemente natural. Es cariño, elegancia, sentido común, y sobre todo caridad de Cristo, amor de Dios.

Siempre salimos ganando, porque los frutos de esa manifestación de amor son grandes: imitamos a Jesús, que desde la Cruz imploró perdón a su Padre por los que le crucificaban, por nosotros, que fuimos la causa de su muerte. Nos hace saborear el amor de Cristo, el amor de amistad, que no busca la propia ventaja. Y consigue que Dios perdone tantas deudas nuestras, tantas infidelidades, tantos pecados. *Nada nos asemeja tanto a Dios como estar dispuestos al perdón*¹⁶. En ocasiones, una circunstancia de este tipo podrá servirnos para repetir actos de desagravio por nuestras faltas y por las de quienes ofenden al Señor. *Te duelen las faltas de caridad del prójimo para ti. ¿Cuánto dolerán a Dios tus faltas de caridad —de Amor— para El?*¹⁷.

Y siempre debemos vivir la caridad, para hacer más asequible a las almas el camino de su santificación, para llevarlas a Dios, para que participen de la

(16) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 19, 7.

(17) *Camino*, n. 441,

alegría y de la paz de Cristo: frutos también apostólicos del amor que perdona.

Que nuestra Madre Santa María nos enseñe a estar siempre dispuestos a comprender, a disculpar, a perdonar a todo el mundo. También así seremos, como deseaba nuestro Padre, *sembradores de paz y de alegría*.

341.

LUNES

—En la Misa se renueva la obra de nuestra redención.

—En el Santo Sacrificio ofrecemos a Dios todas las cosas y todo nuestro ser.

—La Santa Misa, centro y raíz de la vida interior.

YO RECIBÍ del Señor —leemos en la primera lectura de la Misa de hoy, con palabras de San Pablo— *lo que también os transmití: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan y dando gracias, lo partió y dijo: esto es mi cuerpo, que se da por vosotros*¹.

Todas las mañanas, al hacer la oración, nos preparamos más intensamente para recibir al Señor, después de haber participado con todo el amor de que somos capaces en el Santo Sacrificio del Altar. Y eso porque, como dice nuestro Padre, *vivir la Santa Misa es permanecer en oración continua; convencernos de que, para cada uno de nosotros, es éste un encuentro personal con Dios: adoramos, alabamos, pedimos, damos gracias, reparamos por nuestros pecados, nos purificamos, nos sentimos una sola cosa en Cristo con todos los cristianos.*

Quizá, a veces, nos hemos preguntado cómo podemos corresponder a tanto amor de Dios; quizá hemos

(1) L. I (II) (I Cor. 11, 23-24).

*deseado ver expuesto claramente un programa de vida cristiana. La solución es fácil, y está al alcance de todos los fieles: participar amorosamente en la Santa Misa, aprender en la Misa a tratar a Dios, porque en este Sacrificio se encierra todo lo que el Señor quiere de nosotros*².

En la Misa, el Sacerdote principal es Cristo. Y también El es la Víctima. *Al verlo expuesto ante ti* —nos dice San Juan Crisóstomo—, *has de decirte a ti mismo: por este Cuerpo no soy ya tierra y ceniza, no soy ya cautivo, sino libre; por él espero el cielo y todos sus bienes: la vida eterna, la suerte de los ángeles, el trato familiar con Cristo; a este Cuerpo atravesado con clavos, herido con azotes, no se lo llevó la muerte: hasta el sol, al ver este Cuerpo crucificado, desvió sus rayos; por él se rasgó entonces el velo, se rompieron las piedras, y tembló toda la tierra; éste es aquel Cuerpo que fue ensangrentado, herido por la lanza, y que hizo brotar para todo el mundo las fuentes de la salvación: una de sangre y otra de agua. ¿Quieres más argumentos para conocer la fuerza de ese Cuerpo?*³.

Algo muy grande sucede en la Misa, en cada una de las Misas que se celebran sobre la tierra, y hemos de esforzarnos por unirnos al sacrificio redentor de Cristo. *Sed agradecidos, aconseja San Pablo*⁴. Y la

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 88.

(3) San Juan Crisóstomo, *In Epistolam I ad Corinthios homiliae* 24, 4.

(4) *Colos.* III, 15.

*mejor guarda del beneficio es que nos acordemos de él, que lo tengamos en la memoria, y que siempre demos gracias. Por eso justamente los misterios tremendos, llenos de la gracia de la salvación, que celebramos en la Misa, reciben el nombre de Eucaristía, es decir, de acción de gracias, pues son el memorial de muchos beneficios de Dios, nos ponen delante la manifestación más grande de su Providencia y nos disponen a dar, en todo momento, gracias a Dios*⁵.

SI EL Hijo de Dios se hizo hombre y murió en una cruz, fue para que todos los hombres seamos una sola cosa con El y con el Padre (cfr. Ioann. XVII, 22). Todos, por tanto, estamos llamados a formar parte de esta divina unidad. Con alma sacerdotal, haciendo de la Santa Misa el centro de nuestra vida interior, buscamos nosotros estar con Jesús, entre Dios y los hombres.

*Nuestra unión con Cristo nos da conciencia de ser con El corredores del mundo, para contribuir a que todas las almas puedan participar de los frutos de su Pasión, y conocer y seguir el camino de salvación que lleva al Padre*⁶.

Nuestra vida de trabajo en medio del mundo forma parte de esa misión de corredimir a la que el mismo Cristo nos ha llamado. Ninguna actividad hu-

*mana noble, ninguna realidad de la tierra está al margen de los planes redentores de Dios. Trabaja siempre, y en todo —aconseja nuestro Padre—, con sacrificio, para poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades de los hombres *

*Con alma sacerdotal, hemos de hacer de las realidades de la tierra una ofrenda al Creador, un sacrificio que será aceptable a Dios si está unido al Sacrificio de su Hijo, alimentando en nuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo*⁸. *El Salvador del mundo tomó en sus manos el pan, sacado de las cosas de la creación, dio gracias y dijo: "esto es mi Cuerpo" (Matth. XXVI, 26). E igual hizo con el cáliz, que es también parte de la creación, destinada a que la usásemos, declarando que era su sangre. Y así nos enseñó cuál es el sacrificio de la Nueva Alianza; y la Iglesia ha recibido este sacrificio, que nos han transmitido los Apóstoles, y lo ofrece en el mundo entero a Dios (...). Debemos llevar nuestro ofrecimiento a Dios con las primicias de la creación, que son suyas. El Señor debe encontrarnos agradecidos a El con la pureza de nuestra doctrina, con la sinceridad de nuestra fe, con la firmeza de nuestra esperanza, con el fervor de nuestra caridad. Sólo la Iglesia entrega esta ofrenda pura al Creador. La toma de la creación y se la presenta, dándole gracias (...). Ofrecemos a Dios lo que le per-*

(5) San Juan Crisóstomo, *In Matthaum homiliae* 25, 3.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 11.

(7) *Forja*, n. 685.

(8) *Philip*. II, 5.

*tenece: pan y vino tomados de la creación y que se han transformado en su Verbo*⁹.

Así demostraremos a los demás hombres, que viven y trabajan en medio de las realidades del mundo, el significado de la oración sacerdotal de Jesucristo: Pater sánete, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi... Non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos a malo. De mundo non sunt, sicut et ego non sum de mundo floann. XVII, 11, 15 y 16); Padre santo, protege en tu nombre a éstos que me has confiado... No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal; ellos no son del mundo, como tampoco soy yo del mundo.

*Hijos de mi alma, todas éstas son ideas que van viniendo a mi mente —como os sucederá también a vosotros— cuando, considerando la magnitud de nuestra tarea apostólica en medio de las actividades humanas, procuro retener en mi memoria, unidas a las escenas de la muerte —del triunfo, de la victoria— de Jesús en la Cruz, aquellas palabras suyas: et ego, si exaltatus fuero a térra, omnia traham ad meipsum floann. XII, 32); cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré a mí*¹⁰.

EN LA Santa Misa se resume la historia de nuestra salvación, la vida y la muerte redentora de Cristo, nuestra vida de hijos de Dios, llamados a santifi-

(9) San Ireneo, *Adversus haereses* 4 y 5; 2 y 3.

(10) De nuestro Padre, *Carta*. 11-111-1940, nn. 11-12.

carnos en el trabajo. Cada día ha de ser mayor la ilusión con que nos preparamos para oírla: con un recogimiento bien vivido por la noche, con una oración encendida, durante todo el día, que sea diálogo con Jesús y con Dios Padre y con el Espíritu Santo. Y después, a lo largo de la jornada, ofrecemos el trabajo de nuevo, recordando esa ofrenda que hicimos por la mañana y renovamos en la Misa. Este trabajo, santificado por la unión con Jesucristo, ofrecido al Padre en comunión con el Sacrificio de Cristo, será verdaderamente corredentor, trabajo que santifica y que en cierto modo continúa la obra de la creación y la reconcilia con el Creador.

Con un trabajo así santificado alabamos a Dios, y le damos gracias, y le pedimos ayuda, y le desagraviamos. De ese modo, la Misa se convierte en *el centro y la raíz de nuestra vida interior, de modo que toda la jornada es un continuo acto de culto, prolongación de una Misa y preparación para la siguiente, que se va desbordando en jaculatorias, Visitas al Santísimo, ofrecimiento del trabajo...*¹¹.

De este modo, al vivir con las mismas disposiciones que tuvo Cristo en la Cruz, *siempre nos saciamos con el Cuerpo del Salvador, siempre participamos de la Sangre del Cordero, siempre tendremos ceñidos los lomos de nuestra alma con la castidad y con la modestia, siempre tendremos los pies preparados para predi-*

(11) De nuestro Padre, *Meditación*, 14-IV-1960.

car el Evangelio. Así, siempre estamos con los báculos en las manos, y descansamos apoyados en la vara que brotó de la raíz de Jesé, siempre somos liberados de Egipto, siempre buscamos no vivir según el espíritu del mundo, siempre seguimos el camino hacia Dios, siempre celebramos las fiestas de la pascua; y el Evangelio quiere que nosotros hagamos todo esto, no una sola vez al año, sino todos los días y siempre¹².

De la Misa sacamos energía divina para la lucha contra nuestros defectos, y para la labor apostólica. Por eso, *una característica muy importante del varón apostólico es amar la Misa¹³*. Del amor que pongamos al asistir, y los sacerdotes al celebrarla, depende la santidad de nuestra vida entera. *Es necesario que cuando celebremos el sacrificio —decía San Gregorio Magno— nos inmolemos nosotros mismos a Dios, llenos el corazón de dolor, porque los que celebramos los misterios de la pasión del Señor, debemos imitar lo que hacemos. Y la hostia que ofrecemos a Dios será en verdad buena para nosotros, cuando nosotros mismos nos hagamos una oblación. Nos tenemos que esforzar para que, después del tiempo dedicado a la oración y a la Misa (...), con la ayuda de Dios, guardemos el alma con la misma fuerza y el mismo vigor¹⁴.*

A esto se dirige todo el empeño que ponemos durante el día en buscar al Señor, en cumplir las

(12) Eusebio de Cesárea, *De sollemnitate Pascha* I.

(13) *Camino*, n. 528.

(14) San Gregorio Magno, *Dialogus* 4, 59.

Normas, en hacer el trabajo en presencia de Dios, en tratar apostólicamente a nuestros amigos y compañeros.

Nuestra Señora nos enseña a tratar a Jesús, a reconocerle y a encontrarle en las diversas circunstancias del día y, de modo especial, en ese instante supremo —el tiempo se une con la eternidad— del Santo Sacrificio de la Misa¹⁵.

(15) *Es Cristo que pasa*, n. 94.

342.

MARTES

- Unidad y catolicidad de la Iglesia.
- La labor de la Obra es servicio a la Iglesia.
- Responsabilidad personal en esta tarea.

*ASI como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aun siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque todos nosotros, tanto judíos como griegos, tanto siervos como libres, fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu*¹.

La Iglesia —Cuerpo Místico de Cristo— posee unidad de doctrina, de medios de santificación, de jerarquía, y tiene la propiedad de extenderse universalmente, de llegar a todos los hombres. Gentes de todas las razas y naciones viven una misma fe, reciben los mismos sacramentos y se someten a una misma cabeza. Esta propiedad y nota distintiva de la Iglesia, por la que es capaz de unir armónicamente en su seno a gentes diversísimas, a la humanidad entera, es lo que se llama catolicidad.

Así lo ha querido Dios. *Jesucristo instituye una sola Iglesia, su Iglesia; por eso la Esposa de Cristo es*

(1) *id.* / (II) (I Cor. XII, 12-13).

Una y Católica: universal, para todos los hombres.

Desde hace siglos la Iglesia está extendida por todo el mundo; y cuenta con personas de todas las razas y condiciones sociales. Pero la catolicidad de la Iglesia no depende de la extensión geográfica, aunque esto sea un signo visible y un motivo de credibilidad. La Iglesia era Católica ya en Pentecostés; nace Católica del Corazón llagado de Jesús, como un fuego que el Espíritu Santo inflama.

En el siglo II, los cristianos definían Católica a la Iglesia, para distinguirla de las sectas que, utilizando el nombre de Cristo, traicionaban en algún punto su doctrina. La llamamos Católica, escribe San Cirilo, no sólo porque se halla difundida por todo el orbe de la tierra, de uno a otro confín, sino porque de modo universal y sin defecto enseña todos los dogmas que deben conocer los hombres, de lo visible y de lo invisible, de lo celestial y de lo terreno. También porque somete al recto culto a toda clase de hombres, gobernantes y ciudadanos, doctos e ignorantes. Y, finalmente, porque cura y sana todo género de pecados, sean del alma o del cuerpo, poseyendo además —con cualquier nombre que se le designe— todas las formas de virtud, en hechos y en palabras y en cualquier especie de dones espirituales (San Cirilo, Catecheses, 18, 23).

La catolicidad de la Iglesia tampoco depende de que los no católicos la aclamen y la consideren; ni guarda relación con el hecho de que, en asuntos no espirituales, las opiniones de algunas personas, dotadas de autoridad

en la Iglesia, sean consideradas —y a veces instrumentalizadas— por medios de opinión pública de corrientes afines a su pensamiento. Sucederá con frecuencia que la parte de verdad que se defiende en cualquier ideología humana, encuentre en la enseñanza perenne de la Iglesia un eco o un fundamento; y eso es, en cierta medida, una señal de la divinidad de la Revelación que ese Magisterio custodia. Pero la Esposa de Cristo es Católica aun cuando sea deliberadamente ignorada por muchos, e incluso ultrajada y perseguida, como ocurre hoy por desgracia en tantos lugares (...).

*Pedid conmigo ahora a Dios Nuestro Señor que los católicos no olvidemos nunca estas verdades, y que nos decidamos a ponerlas en práctica. La Iglesia Católica no precisa el visto bueno de los hombres, porque es obra de Dios*².

*CON CUANTA alegría, hijas e hijos queridísimos, vemos resplandecer en la Iglesia Santa de Jesucristo esas dos notas, en íntima armonía, que son signo de su origen divino: la unidad y la catolicidad. La inmensa variedad de hombres, de razas, de pueblos, de culturas, aparece —sin perder sus nobles características peculiares— en unidad de gracia, de doctrina y de régimen supremo*³.

(2) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(3) De nuestro Padre, *Carla*, 15-VIII-1953, n. 1.

*La Iglesia, con la perennidad de lo universalmente válido, tiene la juventud de todo lo que vive y se desarrolla. La verdad revelada, inmutable, se ve explicitada con oportunos desarrollos doctrinales en la exposición de las riquezas del Depositum Fidei \ y es cada vez mejor estudiada. El Reino de Dios sigue extendiéndose y congrega en su seno a nuevas gentes. ¡Qué admirable es el Espíritu Santo, qué inmensos y poderosos son sus dones!, predicaba San Cirilo al pueblo de Jerusalén. Pensad un poco en la cantidad de almas que existen. Y El actúa en cada una de manera apropiada. Está presente en medio de vosotros y ve la disposición de cada uno, conoce vuestros pensamientos y vuestra conciencia, todo lo que decimos y pensamos. Esto que os digo es muy grande, pero es aún poco. Considerad, vosotros que estáis iluminados por su luz, cuántos cristianos hay*⁵ en el mundo entero.

Por voluntad divina, en frase de Pablo VI, la Obra ha nacido en este tiempo nuestro como expresión pujante de la perenne juventud de la Iglesia. Colocados por la voluntad de Dios al timón de la nave de Pedro —seguía escribiendo el Romano Pontífice a nuestro Padre— (...), consideramos con paterna satisfacción cuánto el *Opus Dei* ha realizado y realiza por el Reino de Dios; el deseo de hacer el bien, que lo guía; el amor encendido a la Iglesia y a su Cabeza vi-

(4) *Conversaciones*, n. 1.

(5) San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses* 10, 22.

sible, que lo distingue; el celo ardiente por las almas, que lo empuja hacia los arduos y difíciles caminos del apostolado de presencia y de testimonio en todos los sectores de la vida contemporánea⁶.

El Opus Dei —ha escrito nuestro Padre— *constituye un hecho nuevo en la historia eclesiástica, siendo a la vez viejo como el mismo Evangelio*⁷. Y siendo un camino con características propias dentro de la Iglesia, por su entraña universal forma a los cristianos con un profundo sentido de lo católico. Nuestro espíritu específico, al señalar como materia propia de santificación una situación humana general —el trabajo—, puede ser vivido por personas de toda raza, edad y condición: casados y solteros, sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos. La realidad universal de nuestro espíritu nos permite y nos mueve a trabajar en todos los ambientes. *Bien podemos nosotros decir sin jactancia que*, con la Obra de Dios, se han abierto de modo vocacional los caminos divinos de la tierra⁸.

SABER que nuestra vocación personal tiene entraña y alcance universal, como la misma Iglesia de la que formamos parte, ha de llevarnos a un mayor sentido de responsabilidad. *Todo cristiano, por ser*

(6) Pablo VI, *Chirografo* a nuestro Padre, 1-X-1964.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 1.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIII-1953, n. 12.

miembro de la Iglesia, debe sentirse devorado por el celo de la casa de Dios. ¿Y quién es el que siente ese celo?, pregunta San Agustín. *El que, a la vista de cualquier desorden, se esfuerza por corregirlo; el que desea la conversión de los pecadores y no se permite un momento de paz hasta verlos convertidos; y si no logra volverlos mejores, al menos, lo soporta y sufre por amor de Dios*⁹.

La primera manifestación de que se ama y defiende la unidad y catolicidad de la Iglesia es la que nos señala nuestro Padre: *católicos nos mostraremos por los frutos de santidad que demos, porque la santidad no admite fronteras ni es patrimonio de ningún particularismo humano. Católicos nos mostraremos si rezamos, si procuramos dirigirnos a Dios de continuo, si nos esforzamos siempre y en todo por ser justos —en el más amplio alcance del término justicia, utilizado en estos tiempos no raramente con un matiz materialista y erróneo—, si amamos y defendemos la libertad personal de los demás hombres*¹⁰.

Como San Pablo, hemos de sentir *preocupación por todas las Iglesias*". Sin conformarnos con el círculo de nuestro campo inmediato de acción apostólica, sabremos hacernos eco de las preocupaciones expresadas por el Papa, y rezar habitualmente por su persona y sus intenciones. *Nosotros hemos de en-*

(9) San Agustín, *In Iohannis Evangelium tractatus* 10, 9.

(10) De nuestro Padre, *Homilía Lealtad a la Iglesia*, 4-VM972.

(11) II Cor. XI, 28.

*tender la catolicidad como real y verdadera universalidad, donde cabe todo lo humano noble, donde la romanidad —la unión filial y sumisa al Romano Pontífice, en su triple y suprema potestad: de orden, de jurisdicción y de magisterio— es precisamente la garantía del respeto a la legítima variedad, a la libertad en todo lo que es opinable*¹².

En nuestro deseo de hacer accesible a todos la doctrina católica, tendremos siempre presente que la fe es una y la misma para todos. Si su contenido se disgregara en creencias objetivamente diversas, dejaría de ser la fe una y católica. Algo análogo ocurre con el espíritu de la Obra, dentro de la doctrina y de la ley de la Iglesia. Hemos de transmitirlo en toda su integridad, como lo hemos recibido; de lo contrario, traicionaríamos la misión que Dios nos ha confiado. Por eso, nos enseñó siempre nuestro Padre que *en la fidelidad a nuestro Derecho particular y al espíritu que Dios me ha dado, tiene la Obra la garantía de su vigencia perenne y la razón de su fecundidad*¹³.

Y con la unidad de espíritu —un pequeño denominador común—, hemos de defender la variedad de numerador, que es —en la Iglesia y en la Obra— amplísimo. El espíritu del Opus Dei nos lleva a vivir el pluralismo, como manifestación de buen espíritu, y

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 21.

(13) De nuestro Padre.

a defender la legítima libertad de todos los católicos. Si lo particular —ideologías, costumbres, opiniones, grupos nacionales— intenta conformar y subordinar lo que es universal, acaba por disgregarlo. Por eso, entre otras manifestaciones, *evitaremos siempre que se disminuya el carácter universal de nuestra Obra con apelativos locales o nacionales: no podrían ser gratas a Dios esas denominaciones, que empequeñecerían lo que ha nacido ecuménico, católico* ¹⁴.

Viviendo y enseñando este espíritu nuestro, amamos a la Iglesia; velamos por su unidad y catolicidad, como lo hace desde el Cielo, con su intercesión poderosa, Aquella que es *Mater Ecclesiae*, Madre de la Iglesia y de cada uno de sus miembros.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VI-1960, n. 7.

343.

MIÉRCOLES

—Necesidad de formar el carácter.

—La fortaleza de carácter es necesaria para asentar la vida interior.

—Con la lucha ascética madura también nuestra personalidad.

¿A QUIEN diré que son semejantes los hombres de esta generación? ¿A quién se parecen? Son semejantes a los niños sentados en la plaza y que se gritan unos a otros aquello que dice: hemos sonado la flauta y no habéis danzado, hemos cantado lamentaciones y no habéis llorado¹.

El Señor sigue aplicando su pedagogía divina, para hacernos entender cómo ha de ser el amor que de nosotros espera. La alusión sencilla a una canción popular o a un juego infantil de entonces, le sirve para reprocharnos la resistencia a reconocer la sinrazón de nuestras excusas, la debilidad injustificada de nuestra respuesta a los requerimientos de su gracia. Porque *el apóstol no debe quedarse en el rasero de una criatura mediocre. Dios le llama para que actúe como portador de humanidad y transmisor de una novedad eterna. —Por eso, el apóstol ne-*

(1) Ev. (Luc. VII, 31-32).

cesita ser un alma largamente, pacientemente, heroicamente formada².

Nuestro camino en la tierra exige una lucha continua, sin treguas ni pactos con el enemigo de nuestra alma. Y para mantener esa batalla ininterrumpida necesitamos la gracia de Dios, y una fortaleza probada que no se quiebre con las contradicciones del camino. *En esta peregrinación en que consiste ahora nuestra vida no puede dejar de haber tentaciones, porque nuestro mejoramiento se realiza a través de la tentación, y nadie se conoce a sí mismo si no es tentado; nadie puede ser coronado si no hubiese vencido, y no puede vencer si no hubiese luchado, y no puede luchar si no hubiese tenido tentaciones ni enemigo³.*

Sin lucha no habría victoria y, consiguientemente, tampoco habría paz, porque *no se puede llegar al triunfo, a la paz, si falta la lealtad y la decisión de vencer en el combate* *. La paz sobrenatural es fruto sabroso de la gracia, pero es también necesaria la correspondencia humana, y esto supone como base una personalidad madura, recia, bien desarrollada.

No digas: "es mi genio así... son cosas de mi carácter". Son cosas de tu falta de carácter⁵. Nadie nace con el carácter formado, porque esta cualidad se mo-

ra Surco, n. 419.

(3) San Agustín, *Enarraciones in Psalmos* 60, 3.

(4) Surco, n. 852.

(5) Camino, n. 4.

déla a lo largo de la vida con la repetición constante de actos determinados, fomentando las buenas disposiciones, recortando con esfuerzo lo que no va. Y, junto a estos medios humanos, un confiado abandono en la Voluntad de Dios, que es nuestro Padre Todopoderoso. *Iré al monte de la gracia y a los collados de la misericordia* —decía San Bernardo—, *cuyos tesoros sé muy bien que están depositados en Cristo. Iré al que está lleno de gracia y de verdad, para recibir de su plenitud o más bien para ser recibido en aquella plenitud, a fin de poder salir un día a su encuentro, en compañía de los demás miembros, después de haber alcanzado la medida de la edad de la plenitud de Cristo, puesto que ninguno sube al Cielo sino el que descendió del Cielo (...). Así podemos respirar nosotros y de ningún modo desesperar, mientras permanecemos en la tierra; podemos mirar confiadamente al Cielo y recibir las preciosas dádivas y perfectos dones del Padre de las luces, del Padre de los espíritus, del Padre de las misericordias*⁶.

Con las dificultades y las tentaciones cuenta el Señor para enriquecer nuestro carácter, cuando el alma no se desalienta y lucha con fortaleza, apoyándose en Dios. *La tentación* —nos dice nuestro Padre— *se vence con oración y con mortificación*: cuando ellos me afligían, yo me vestí de saco, sometiendo al ayuno mi alma, y repetía en mi pecho las plegarias (Ps.

(6) San Bernardo, *In festivitate Sancti Martini sermo* 4.

XXXIV, 13) (...). *Sed fuertes, recios, enteros, incommovibles ante los falsos atractivos de la infidelidad*⁷. Para no rendirse y seguir luchando, no es preciso ser insensible al dolor y al cansancio; basta tener un motivo suficiente para corresponder a la gracia: amar, creer y esperar.

*ESTA es la diferencia entre nosotros y los que no conocen a Dios: éstos, en la adversidad se quejan y murmuran; a nosotros, las cosas adversas no nos apartan de la virtud, sino que nos afianzan en ella*⁸. El fundamento de esa reciedumbre no puede ser otro que la gracia de Dios, que se apoya en la virtud humana correspondiente, en un carácter entero, en una voluntad fuerte que no se deja arrastrar por fluctuaciones ni altibajos. Nada que valga la pena se alcanza sólo con la fuerza del primer impulso, con el primer entusiasmo. *¿Para qué valen unas plantas que a los comienzos florecen y poco después se marchitan? No; el Señor exige de los suyos una resistencia constante*⁹: perseguir el objetivo con fortaleza, pacientemente, poniendo los medios que sean necesarios para alcanzarlo.

*Voluntad. —Energía. —Ejemplo. —Lo que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos...*¹⁰.

(7) De nuestro Padre. *Carta*, 24-111-1931, n. 21.

(8) San Cipriano, *De mortalitate* 13.

(9) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 33, 5.

(10) *Camino*, n. 11.

Sin capacidad de decisión no se puede ir muy lejos ni en la vida interior, ni en la actividad apostólica, ni en la vida profesional. Nos lo ha recordado nuestro Padre muchas veces: *"Pida que nunca quiera detenerme en lo fácil"* —*Ya lo he pedido. Ahora falta que te empeñes en cumplir ese hermoso propósito*".

Es preciso que adquiramos esa fortaleza de carácter, esa reciedumbre, *porque no es nuestra lucha contra la sangre o la carne, sino contra los principados, las potestades, las dominaciones de este mundo de tinieblas, y contra los espíritus malos que están en los aires*¹². Necesitamos cultivar una audacia serena, una energía flexible e inteligente. *En efecto* —comenta San Juan Crisóstomo—, *nos ha dado Dios la inteligencia para que desterremos la ignorancia, para que nos formemos un recto juicio de las cosas y para que, armados con ella como de un escudo y de una luz contra las tribulaciones y contradicciones de la vida, nos mantengamos siempre firmes*¹³. Solamente así nuestro amor a Dios y a las almas tendrá un valor efectivo, sin perderse en ensueños y veleidades.

Necesitamos también esa reciedumbre para rectificar cuantas veces sea preciso, para saber afrontar el riesgo —pequeño o grande— que entraña todo avance. *Para andar hay que tener un pie en el aire, no se puede andar con los dos pies pegados al suelo.*

(11) *Camino*, n. 39.

(12) *Ephes.* VI, 12.

(13) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 20, 4.

*En toda empresa humana siempre hay una posibilidad de fracaso, de que salga mal; pero si os quedarais con los dos pies en el suelo nunca haríais nada*¹⁴. Corresponiendo a la gracia seremos, cada vez más, buenos instrumentos en las manos de Dios. Así, no entorpeceremos la labor por indecisión, por pereza, ni frenaremos —siquiera inconscientemente— el apostolado, las orientaciones de los Directores. *Templa tu voluntad, viriliza tu voluntad: que sea, con la gracia de Dios, como un espolón de acero.*

*Sólo teniendo una fuerte voluntad sabrás no tenerla para obedecer*¹⁵.

ESA personalidad armónica y rica que necesitamos para servir eficazmente al Señor, supone un conjunto de virtudes que la prudencia debe coordinar y encauzar, y que el amor debe impulsar y sostener, esforzándose por superar las deficiencias del propio temperamento.

Jesucristo es el espejo en que nos miramos. El verdadero cristiano es *el hombre sobrenatural, que piensa, que juzga u obra de modo constante y en coherencia con la recta razón iluminada por la luz sobrenatural de los ejemplos y de la doctrina de Cristo, el verdadero y completo hombre de carácter*(...). Pues

(14) De nuestro Padre, *Crónica* IX-55, p. 75.

(15) *Camino*, n. 615.

*no es cualquier coherencia y cualquier tenacidad de conducta, según principios subjetivos, lo que constituye el verdadero carácter, sino solamente la constancia de seguir los principios eternos de la justicia*¹⁶.

*El Señor necesita almas recias y audaces, que no pacten con la mediocridad y penetren con paso seguro en todos los ambientes*¹⁷. Pero eso no es flor de un día; exige lucha constante, entrenarse con constancia. Hemos de esforzarnos sin cansancio por ser sillares fuertes que aguanten el peso del edificio. Pero un sillar exige una determinada forma, unos límites definidos, y para llegar a tenerlos ha de recibir uno y otro golpe, sin quejarse, sin darse por satisfecho o pensar que no hace falta más. *De las mismas piedras puede el Señor sacar hijos de Abraham... Pero hemos de procurar que la piedra no sea deleznable. De un pedrejón sólido, aunque sea informe, puede labrarse más fácilmente un sillar estupendo*¹⁸. Sólo estaremos dispuestos si insistimos día a día en este detalle de fortaleza, y en aquel otro de generosidad o templanza... *La gente blandengue, la que se queja de mil pequeneces ridículas, es la que no sabe sacrificarse en esas minucias diarias por Jesús..., y mucho menos por los demás.*

¡Qué vergüenza si tu comportamiento —¡tan duro,

(16) Pío XI, Litt. ene. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929.

(17) *Surco*, n. 416.

(18) *Surco*, n. 418.

*tan exigente con los otros!— adolece de esa blandenguería en tu quehacer cotidiano!*¹⁹.

Con el continuo ejercicio que supone cuidar las cosas pequeñas, iremos formando un verdadero carácter, que sea instrumento dócil a la gracia divina, para hacer el Opus Dei. *Si tú quieres..., llevarás la palabra de Dios, bendita mil y mil veces, que no puede faltar. Si eres generoso..., si correspondes, con tu santificación personal, obtendrás la de los demás: el reinado de Cristo: que "omnes cum Petro ad Iesum per Mariam"*²⁰.

(19) *Surco*, n. 779.

(20) *Camino*, n. 833.

344.

JUEVES

—Las manifestaciones de arrepentimiento atraen la misericordia de Dios.

—El Señor espera que le tratemos con cariño, a pesar de nuestros pecados.

—Delicadeza en la vida de piedad y en el trato con la Sagrada Eucaristía.

CONTINÚA Jesús su peregrinar por Galilea. Ahora se detiene en un pueblo formado por unas pocas casas de paredes de adobe. La noticia de su llegada corre de boca en boca, y Simón, *uno de los fariseos, le rogaba que comiera con él; y entrando en casa del fariseo se sentó a la mesa*¹.

Jesús traspasa el umbral, y dan comienzo los preparativos inmediatos para el convite. Los invitados se quitan las sandalias y se recuestan. Las puertas de la casa, al modo oriental, quedan abiertas y una multitud de curiosos se agolpa fuera. *Y he aquí que había en la ciudad una mujer pecadora que, al enterarse de que estaba sentado a la mesa en casa del fariseo, llevó un vaso de alabastro con perfume, se puso detrás a sus pies llorando y comenzó a bañarlos con*

(1) Ev. (Luc. VII, 36).

*SMS lágrimas, los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los ungía con el perfume*².

Un movimiento de sorpresa e indignación se dibuja en el rostro de los convidados. ¿Cómo se atreve una pecadora pública a entrar en casa de un fariseo? Simón se siente avergonzado, pero le exaspera sobre todo ver que Jesús no hace nada por poner fin a esa situación. No atreviéndose a manifestar su reproche abiertamente, *decía para sí: si éste fuera profeta, sabría con certeza quién y qué clase de mujer es la que le toca: que es una pecadora*³.

Al Señor, que penetra en la intimidad de los corazones, no le pasan ocultos estos pensamientos y toma ocasión de ellos para iluminar a todos con su palabra. *Jesús habla* —nos enseña nuestro Padre— *porque ve en el ambiente la necesidad de dar doctrina, de intentar corregir aquellas mentalidades retorcidas: Simón, habeo tibi aliquid dicere* (cfr. Luc. VII, 36-50); *Simón, tengo que decirte una cosa* *.

Mientras se desarrolla el diálogo con Simón, la mujer llora a los pies de Jesús. Quizás ha oído hablar de que el Maestro ha perdonado a un paralítico en Cafarnaúm, librándole de su enfermedad y de sus pecados; tal vez la expresión acogedora del Señor ha estremecido su alma. Su gesto —prueba de fe y contrición verdaderas— va a servir de cauce a la abun-

(2) *Ibid.*, 37-38.

(3) *Ibid.*, 39.

(4) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1965, n. 12.

dancia de la misericordia divina. El Señor no mira ya sus muchos pecados, sino su amor grande, sus lágrimas de arrepentimiento y de contrición.

Entonces —continúa el relato evangélico— le dijo a ella: tus pecados quedan perdonados. Y los convidados comenzaron a decir entre sí: ¿quién es éste que hasta perdona los pecados? El dijo a la mujer: tu fe te ha salvado; vete en paz⁵.

El efecto de la contrición es la paz interior, la alegría serena. *¡Qué paz me dan estas consideraciones! ¡Qué paz nos debe dar saber que nos perdona siempre el Señor, que nos ama tanto, que conoce tanto de las flaquezas humanas, que sabe de qué barro tan vil estamos hechos!⁶.*

DESDE que Jesús entra en casa de Simón el fariseo, los acontecimientos se suceden con rapidez. En sus palabras a la mujer pecadora, ha mostrado el Señor la amplitud de su misericordia. Los comensales se sienten confusos y asombrados; quizá por eso no reparan en que el anfitrión ha descuidado las tradicionales costumbres de la hospitalidad.

A Jesucristo, en cambio, no ha pasado inadvertido el olvido de Simón. En sus palabras hay un matiz de queja, de reproche delicado, por esa fría

actitud de quien le ha invitado a comer. Tras haber narrado una breve parábola, *vuelto hacia la mujer, dijo a Simón: ¿ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies; ella en cambio ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el beso; pero ella, desde que entré no ha dejado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con óleo; ella en cambio ha ungido mis pies con perfume⁷.*

Hijos míos, ¿veis?, exclamaba nuestro Padre. Hay como un acento de tristeza en las palabras de Cristo: entré en tu casa y no me has dado agua con que lavar mis pies (Luc. VII, 44)... El Señor, que cuando se trata de padecer por la salvación de las almas no pone límites a sus sufrimientos, echa de menos en casa de Simón esas manifestaciones de cariño, esa cortesía en el trato, esa delicadeza: y se lo reprocha. Y a ti, mi hijo, y a mí, ¿no tiene que reprocharnos nada?⁸.

Es hora de hacer examen: *cuando una persona extraña nos mira con indiferencia, no nos importa demasiado; pero si es un ser querido quien nos trata así, con desafecto, ¡cómo nos duele su comportamiento! Y a Jesús, ¿no van a dolerle tus negligencias, tus precipitaciones, tus descuidos, tus indelicadezas...?⁹.*

Toda la falta de cortesía de Simón es remediada por esta pobre mujer, a quien mueve el amor. Las lá-

(5) Ev. (Luc. VII, 48-50).

(6) De nuestro Padre, Crónica, 1970, p. 1210.

(7) Ev. (Luc. VII, 44-46).

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 58.

(9) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

grimas sinceras, y las obras que muestran el arrepentimiento, obtienen —por la infinita bondad de Dios— la remisión de sus pecados. Jesús, que no ha interrumpido aún su diálogo con Simón, acaba su enseñanza: *por eso te digo, le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Aquel a quien menos se perdona menos ama*¹⁰.

En nuestra vida, ante nuestras flaquezas, podemos aplicarnos esta lección del Evangelio, y pensar: *Jesucristo me ha perdonado toda la muchedumbre de mis pecados —¡cuánta generosidad!—, a pesar de mi ingratitud. Y si a esta mujer le fueron perdonados muchos pecados, porque amó mucho, a ti, hijo mío, y a mí, como también se nos ha perdonado mucho, nos queda una gran deuda de amor. ¡Jesús, hasta la locura y el heroísmo! Con tu gracia, Señor, aunque me sea preciso morir por Ti, yo no te abandonaré*¹¹.

AL SEÑOR le duele la desatención con que le han recibido en aquella casa. Realmente Simón ha hecho algo importante: le ha abierto de par en par las puertas de su hogar, le ha ofrecido un banquete quizás espléndido. Pero ha pasado por alto esos detalles tradicionales entre los judíos: el beso de la paz, señal de saludo y de bienvenida; el agua para los

(10) Ev. (Luc. VII, 47).

(11) De nuestro Padre, Crónica, 1970, p. 1209.

pies, cansados de la caminata y cubiertos por el polvo del camino; el ungüento de olorosas esencias, que refresca la cabeza del viajero y alivia el sudor de su frente.

No se detiene Jesús en la materialidad de esos detalles de cortesía, porque quiere descubrir a su anfitrión algo más profundo: que esos pequeños servicios son prueba de una urbanidad auténtica y delicada. Por el amor contrito que se manifiesta en esos detalles de delicadeza, el Señor perdona, a la mujer que llora a sus pies, todos sus pecados. *Jesucristo pasará por alto vuestras flaquezas* —ha escrito nuestro Padre a propósito del culto divino—, *por el cariño que habéis puesto al ocuparos de sus oratorios. El Señor está allí inerte como un niño, prisionero de Amor: Amor con amor se paga. ¡Tratádmelo siempre bien!*

*Las cosas santas han de tratarse santamente, y santos son, por su dedicación al servicio divino, todos los objetos de culto. No os acostumbréis, aunque pasen los años: habéis de mantener siempre ante esos objetos —que son especialmente del Señor— como una actitud de asombro, un respeto delicado*¹².

El Señor esperaba de Simón, y busca y espera de nosotros, un trato así. *Servid a Jesucristo con tal delicadeza, que el mismo servicio que le prestáis sea ya contemplación. En mi tierra, a un trato que no es pró-*

(12) De nuestro Padre, Carla, 29-VII-1965, n. 44.

digo en delicadezas, se le llama así: no andarse con contemplaciones ¹³.

Cristo aguarda esas delicadezas de nuestro amor, sobre todo en la vida de piedad. El, que ha querido quedarse siempre a nuestro lado, en el Tabernáculo, espera ese trato esmerado. *¿Habéis visto cómo se exceden las madres en el cuidado amoroso de sus hijos? Suelo decir que, cuando de verdad amamos a Dios, vivimos santamente sin darnos cuenta.*

Casi se puede afirmar que ya no hacen falta los propósitos: mi madre no hacía propósitos para tratarme bien, ¡y hay que ver qué detalles tenía! Si de verdad os dedicáis a Dios con amor, os excederéis siempre en su servicio, gustosamente: con ganas y sin ganas, lloviendo o con sol, en cualquier circunstancia, en todo momento sentiréis el impulso gustoso de servir más y mejor ¹⁴.

Se hace necesario buscar a Jesús en todo momento, y reconocerle —para tratarle bien, delicada y amorosamente— en tantas realidades que muestran su presencia a nuestro lado: *¿te unes a El en el trabajo? ¿Lo buscas, al pasar cerca del Sagrario? ¿Lo descubres en tus hermanos, lo mismo en la abnegación que cuando recibes una buena noticia?*

Amor con amor se paga. Yo le acompaño cuando vengo a visitarle, cuando le rondo con mi amor desde

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 29-VII-1965, n. 44.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 29-VII-1965, n. 62.

lejos y al pasarle cerca... No comprendo a los que se quedan indiferentes, y pienso que está cargada de sentido la piedad popular al representar, rodeando la custodia, una miríada de ángeles, que se tapan la cara con sus alas, porque se consideran indignos de estar en su presencia. Y le pido a la Virgen, Madre suya y mía, recibirle, tratarle, como Ella lo hizo: con pureza, con humildad, con amor ¹⁵.

(15) De nuestro Padre, *Crónica*, 1970, pp. 495-496.

345.

VIERNES

- Al utilizar medios humanos, hay que estar desprendidos.
- Confiar todas nuestras necesidades al Señor y, al mismo tiempo, buscar los medios necesarios para servirle.
- Responsabilidad de ser económicamente autosuficientes.

JESUCRISTO *recorría ciudades y aldeas predicando y anunciando la buena nueva del Reino de Dios; le acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido libradas de espíritus malignos y de enfermedades*¹. Y estas mujeres le asistían con sus bienes².

Nuestra vida se desarrolla en medio del mundo y también, como el Señor, tenemos que utilizar medios materiales, que son buenos por ser obra de Dios: *todas las cosas son vuestras (...): el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro*³. Pero hemos de vivir desprendidos de estos medios: nada debe apartarnos de nuestro fin, porque *todo es vuestro, mas vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios*⁴.

Con la ayuda del Señor, debemos vivir en el mundo sin ser mundanos, movernos con libertad entre los bienes de la tierra, con soltura, con señorío;

(1) Ev. (Luc. VIII, 1-2).

(2) *Ibid.*, 3.

(3) 1 Cor. III, 22.

(4) *Ibid.*, 22-23.

usarlos para servir a Dios y a las almas. Este desasimiento es sincero cuando sabemos aceptar con alegría sus consecuencias: *he aprendido* —decía San Pablo— *a contentarme con lo que tengo. Sé vivir en pobreza y sé vivir en abundancia; todo lo he probado y estoy ya hecho a todo, a tener hartura y a sufrir hambre, a tener abundancia y a padecer necesidad: todo lo puedo en Aquel que me conforta*⁵.

Hemos de amar el mundo —nos repetía nuestro Padre—, *porque es el ámbito de nuestra vida, porque es nuestro lugar de trabajo, porque es el campo de batalla* —hermosas batallas de amor y de paz—, *porque es donde nos hemos de santificar y hemos de santificar a los demás*.

Estar en el mundo y ser del mundo no quiere decir ser mundanos. Por eso, se nos pueden aplicar plenamente aquellas palabras de la oración sacerdotal de Jesús Señor Nuestro, que relata San Juan: no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Ellos no son del mundo, como Yo tampoco soy del mundo floann. XVII, 15 y 16)⁶.

El abandono en las manos de Dios, que hemos de vivir, nos impulsa a preocuparnos fundamentalmente de la santidad y del apostolado, de la extensión del Reino de Cristo. Para tener el corazón puesto en esas intenciones, necesitamos despegarlo

(5) Philip. IV, 11-13.

(6) De nuestro Padre, Carta. 19-IIM954, n. 5.

totalmente de los bienes de la tierra. Por eso es imprescindible que amemos la pobreza, amor que se manifestará en mil detalles de nuestra vida diaria: en huir de la comodidad excesiva, de la tendencia al mínimo esfuerzo; en elegir para uno mismo lo peor; en cuidar los instrumentos que empleamos; en entregar aquello a lo que nos sentimos apegados.

*NADIE puede extrañarse de que el Opus Dei necesite medios materiales para su labor. Como realiza su tarea sobrenatural de santificación entre hombres y para hombres, ha de usar también (...) un mínimo de medios materiales*⁷. Y nos aconsejaba nuestro Padre: *querría que pusierais un empeño muy grande en estar desprendidos plenamente de todas las cosas de la tierra, y que únicamente las manejarais en tanto en cuanto sean para el servicio de Dios, y la Obra os pida que las manejeis*⁸.

Si los medios que usamos están siempre enderezados a la gloria de Dios, sabremos utilizarlos con desprendimiento, y no nos quejaremos si alguna vez faltan. Su carencia —cuando el Señor lo quiere así— no restará eficacia a la labor; ni nos podrá quitar la alegría, porque *los seguidores de Cristo viven conten-*

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 35.

(8) De nuestro Padre, *Meditación*, 4-IV-1955.

*tos y alegres y se glorían de su pobreza más que los reyes de su diadema*⁹.

A lo largo de estos veintiséis años —hablaba nuestro Padre en la primavera de 1955— *en muchas ocasiones me he encontrado sin nada, en la carencia más absoluta y en la cerrazón más completa en el horizonte para encontrar nada, nada. Nos faltaba hasta lo más necesario. Pero ¡qué alegría!, porque buscando el reino de Dios y su justicia, sabíamos que lo demás se nos daría por añadidura. Poniendo los medios para que no falte, ¡que estén alegres mis hijos si alguna vez les falta algo!*¹⁰. Hemos de tener, por tanto, gran confianza en el Señor, paz y tranquilidad, pero sin perder el sentido de responsabilidad en lo económico. Decía nuestro Fundador: *porque vivimos nuestra vocación en el mundo, como ciudadanos corrientes, nuestra pobreza no es vivir de limosna; es el trabajo personal el que nos saca adelante en las necesidades materiales*¹¹.

En consecuencia, nuestro amor a la pobreza ha de manifestarse también en el empeño que ponemos por conseguir los medios necesarios para el apostolado. *Siempre, paralela a la labor apostólica, debe ir la empresa económica, por dos motivos: porque el apostolado debe mantenerse económicamente; y porque nuestras obras apostólicas son el ejercicio de una tarea profesional, de la que deben vivir los que la lle-*

(9) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 38, 4.

(10) De nuestro Padre, *Meditación*, 4-IV-1955.

(11) De nuestro Padre.

*van a cabo*¹². Esta actitud no está en contradicción con la absoluta confianza en Dios. Al contrario, es resultado del deseo de ejercitar las facultades que el Señor nos ha dado, de hacerlas rendir como El quiere: el trabajo es para nosotros camino hacia Dios. Además, no buscamos esos medios para nuestra comodidad o nuestros caprichos: todo lo queremos para Dios, para servirle mejor.

Ese trabajo intenso es también consecuencia de nuestra mentalidad laical, como hacen los que tienen una familia numerosa y pobre. No se concebiría un padre o una madre de familia responsables, que no dedicasen las energías precisas para sacar adelante económicamente a los suyos.

Desasimiento, confianza en Dios, no inquietarnos por la falta de medios..., todo eso exige el complemento de un trabajo rentable, que produzca lo que necesitamos para vivir y para el sostenimiento de las labores apostólicas.

EL DESPRENDIMIENTO de las cosas de la tierra es necesario en nuestro camino; para ser almas contemplativas y apostólicas, se requiere pureza de corazón, libertad interior, de manera que, en abundancia o en escasez de medios, nuestra confianza esté siempre firme en el Señor.

(12) Instrucción, 8-XIM941, nota 14.

Pero este espíritu, lejos de llevarnos a la despreocupación por las necesidades materiales de la Obra, nos estimula fuertemente a trabajar. *Los medios económicos, los medios materiales, hacen falta en todas las obras de celo*¹³, y hemos de sentir la responsabilidad de procurarlos con nuestro trabajo. *Cada uno de mis hijos tiene muy claro el criterio: lo primero y más importante es cumplir las Normas de vida, que son camino seguro de santidad; y al mismo tiempo —simultánea e inseparablemente— sostenerse, valerse por sí mismo en lo económico, y ayudar a sostener la casa en donde vive o el Centro al que pertenece*¹⁴.

Así podremos repetir lo que escribía San Pablo a los de Tesalónica: *ñeque gratis paneni manducavimus ab aliquo, sed in labore et in fatigatione nocte et die operantes, ne quem vestrum gravaremus. Nam, et cum essemus apud vos, hoc denuntiabamus vobis, quoniam, si quis non vult operari, nec manducet. No hemos comido el pan de balde a costa de otro, sino con laboriosidad y fatiga, trabajando de día y de noche, para ganar nuestro sustento, por no ser gravosos a nadie. Y así, estando entre vosotros, os ordenábamos esto: quien no quiere trabajar, que no còma* (II Thes. III, 8 y 10)¹⁵.

Si en algún momento nuestro trabajo no rinde lo suficiente económicamente, ponemos los medios para mejorarlo, o para buscar otro más rentable. Y los

(13) De nuestro Padre, Meditación, 7-IIM962.

(14) De nuestro Padre.

(15) De nuestro Padre, Instrucción, 8-XH-1941, n. 129.

que son estudiantes, procuran conseguir ayuda económica —que normalmente suele haber en todos los países—, y ganar dinero trabajando, en actividades compatibles con el estudio. *Tenemos cada uno de nosotros la mentalidad —y hacemos el esfuerzo intelectual y económico— de un buen padre de familia numerosa y pobre. Es fundamental, en el espíritu de la Obra, que sintamos la responsabilidad de la pobreza*¹⁶. Por eso, *sería un error —y un error grave, porque sus consecuencias también lo son— que, a alguno de mis hijos, se le permitiese hacerse gravoso a la Obra, con cualquiera de las formas del señoritismo. No hemos de ser señoritos, hemos de ser señores, con el señorío de los hijos de Dios. Conozco, hijos míos, vuestro buen espíritu. Sabéis muy bien que, en nuestra vida, lo divino y lo humano están muy íntimamente unidos —imitamos a Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre—, y lo mismo que el descuido de un simple detalle material bastaría para indicaros que hubo una falta de amor de Dios, también sabréis descubrir ese defecto en la raíz misma de algunos datos económicos deficitarios*¹⁷.

Pedimos al Señor y a su Madre bendita *tener el corazón libre, desasido de las cosas de la tierra*¹⁸; libertad que se manifiesta tanto en el desprendimiento al usar los medios materiales como en la responsabilidad al procurarlos, para servir a la labor de apostolado con tantas almas.

(16) De nuestro Padre, *Carla*, 29-IX-1957, n. 74.

(17) De nuestro Padre, *Carla*, 29-IX-1957, n. 74.

(18) *Vía Crucis*, X estación.

346.

SÁBADO

—Es preciso disponer la voluntad para que fructifique en nosotros la palabra de Dios.

—El fruto depende de nuestra respuesta generosa a las llamadas de Dios, mediante la oración y la lucha ascética.

—Luchar en cosas pequeñas, sin desanimarnos ante los fallos.

*REUNIÉNDOSE una gran muchedumbre que de todas las ciudades acudía a El, dijo esta parábola: salió el sembrador a sembrar su semilla*¹. Salió a sembrar a voleo: el campo labrado y los pedregales se llenaron de semilla. Con esta parábola —comenta San Juan Crisóstomo— *quiso declarar el Señor que El hablaba a todos con mucha generosidad. Porque así como el sembrador no distingue la tierra que va pisando con sus pies, sino que arroja natural e indistintamente su semilla, así el Señor no distingue tampoco al pobre del rico, al sabio del ignorante, al tibio del fervoroso, al valiente del cobarde*².

Sin atender a nuestras disposiciones ni a nuestros méritos, Jesús ha sembrado en nosotros la semilla de su palabra. Y quiere, en justa corresponden-

(1) Ev. {Luc. VIII, 4-5}.

(2) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 44, 3.

cia, que preparemos el alma para que esa siembra arraigue y dé frutos; que abramos en el corazón surcos de docilidad a la gracia; que la semilla divina no encuentre resistencias. Porque —continúa la parábola— *al sembrar, parte cayó junto al camino, y fue pisoteada y se la comieron las aves del cielo; parte cayó sobre el pedregal, y una vez nacida se secó por falta de humedad; parte cayó en medio de las espinas, y habiendo crecido junto con ella, las espinas la sofocaron* ³.

Son muchos los obstáculos que se oponen a esa siembra generosa del Sembrador divino. En primer lugar, dentro de nosotros mismos: *el fomes peccati* —nos advierte nuestro Padre— *es una realidad universal, pero una realidad tristísima, con la que es necesario luchar: y para luchar es necesario advertir el pecado como un mal —el único verdadero mal—, conocer la propia debilidad y no ponernos tontamente en ocasiones peligrosas* ⁴.

Cuando el labriego descubre los espinos, no se asombra de que crezcan juntamente con el buen trigo. El sembrador lo sabe y, por eso, algunas tareas de labranza se orientan a combatir las malas hierbas. Así debe obrar el que descubre en sí mismo la maleza de las malas inclinaciones. La pereza, la soberbia, la sensualidad, el egoísmo...: ésas son las zarzas y espinas

(3) Ev. (Lc. VIII, 5-7).

(4) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 787.

que hunden sus raíces en el alma y pueden sofocar la buena semilla, si no se las arranca.

Percibimos la voz de Dios en las indicaciones de los Directores y en el fondo del alma; voz que es a veces reprensión, y siempre estímulo, orientación. La oímos también en la doctrina, pero tenemos que hacerla fructificar: cada día con más correspondencia personal a la gracia. Esta lucha y el dolor sincero ante los pecados y faltas son el abono que hará crecer los frutos sobrenaturales, como nos repite nuestro Padre: *dile a tu Ángel Custodio —yo se lo digo al mío— que no quiera mirar nuestros errores, porque estamos dolidos, contritos. Que lleve al Señor esta buena voluntad que nace, en nuestro corazón, como un lirio que ha florecido en el estercolero* ⁵.

Este esfuerzo ascético, que ha de durar toda la vida, es lo que el Señor nos pide que hagamos, con la ayuda de su gracia: el resto —que la simiente germine y dé fruto— es obra suya.

EN TODAS partes cayó la semilla del sembrador, en todos los sitios fue igualmente abundante la lluvia y, sin embargo, sólo en la buena tierra —donde no hay piedras, ni espinos, ni veredas que hollen los pies distraídos del caminante— llegarán a granar las espigas.

(5) De nuestro Padre, Carta, 24-111-1931, n. 25.

Es una realidad que se repite en la vida interior: cada alma corresponde de modo diverso a los requerimientos de la gracia —abundante siempre para todos—, porque el Señor ha querido respetar la libertad humana, y en quien aparta con mayor presteza los obstáculos, serán más abundantes los frutos de santidad. *Sólo el hombre puede decirle a Dios: ¡no quiero! Por eso, para mí —escribe nuestro Padre—, la razón más sobrenatural es ésta: porque me da la gana, Señor. Tú me tiendes amorosamente tu mano, y yo, con tu gracia, me esfuerzo por cogerla porque me da la gana: ¡porque quiero!, ¡porque te amo!*

El Señor es tan bueno que dejó en libertad al hombre. Nos dio la capacidad espléndida de todas las virtudes, y también la triste capacidad —que es como el reverso de aquella perfección, por ser nosotros criaturas— de todos los defectos, de todas las aberraciones, de toda la pérdida de la libertad de hijos de Dios que El mismo nos ganó. Y contra el plan maravilloso de Dios, está el hombre pronus ad peccatum después de la primera caída, inclinado al mal⁶.

Junto a la decisión de desterrar lo que nos aparte del Señor, se requiere poner los medios para que el alma sea esa buena tierra. Es preciso ser pacien-

(6) De nuestro Padre, Meditación, 29-11-1964.

tes en el esfuerzo personal, en el empeño por corresponder efectivamente, con amor, al derroche del amor divino. *Esa es nuestra lucha: cada uno pone de su parte lo que puede, que lo demás lo hace Dios. Y éstas son nuestras armas: la oración y la guerra de cada uno consigo mismo. Si no, no haríamos nada. Si dejáramos de hacer oración, si no lucháramos, seríamos ineficaces⁷.*

La misericordia de Dios, que quiere que llevemos la semilla de su palabra a muchas almas, vendrá en amparo de nuestra debilidad. Si no cejamos en ese esfuerzo humilde y confiado, si no abandonamos la lucha ascética, acabaremos siendo contemplativos, almas que se alimentan de Dios. *La vida contemplativa es consecuencia lógica del espíritu de la Obra. Por eso, el que no coge este espíritu podrá vencer alguna batalla, pero la guerra la perderá. Al contrario, el que vive de este modo podrá perder alguna batalla, pero la guerra la ganará⁸.*

Mira —recuerda nuestro Padre— la gran diferencia que media entre el modo de obrar natural y el sobrenatural. El primero comienza bien, para acabar aflojando luego. El segundo comienza igualmente bien..., pero después se esfuerza por proseguir aún mejor⁹.

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 892.

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 893.

(9) *Surco*, n. 771.

BUENA voluntad pide el Señor; pero buena voluntad que sea efectiva, continua correspondencia a las mociones de la gracia. Así, el fruto llegará pronto, porque no es como el de los árboles, que necesita mucho tiempo, que está sometido a las leyes de las estaciones (...). Aquí basta con querer, e inmediatamente viene el fruto¹⁰.

Procuremos fomentar en el fondo del corazón —aconseja nuestro Padre— un deseo ardiente, un afán grande de alcanzar la santidad, aunque nos contemplemos llenos de miserias. No os asustéis; a medida que se avanza en la vida interior, se perciben con más claridad los defectos personales. Sucede que la ayuda de la gracia se transforma como en unos cristales de aumento, y aparecen con dimensiones gigantescas hasta la mota de polvo más minúscula, el granito de arena casi imperceptible, porque el alma adquiere la finura divina, e incluso la sombra más pequeña molesta a la conciencia, que sólo gusta de la limpieza de Dios. Díselo ahora, desde el fondo de tu corazón: Señor, de verdad quiero ser santo, dé verdad quiero ser un digno discípulo tuyo y seguirte sin condiciones. Y enseguida has de proponerte la intención de renovar a diario los grandes ideales que te animan en estos momentos.

¡Jesús, si los que nos reunimos en tu Amor fuéramos perseverantes! ¡Si lográsemos traducir en obras esos anhelos que Tú mismo despiertas en nuestras al-

(10) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 44, 4.

mas! Preguntaos con mucha frecuencia: yo, ¿para qué estoy en la tierra? Y así procuraréis el perfecto acabamiento —lleno de caridad— de las tareas que emprendáis cada jornada y el cuidado de las cosas pequeñas. Nos fijaremos en el ejemplo de los santos: personas como nosotros, de carne y hueso, con flaquezas y debilidades, que supieron vencer y vencerse por amor de Dios; consideraremos su conducta y —como las abejas, que destilan de cada flor el néctar más precioso— aprovecharemos de sus luchas ”.

La correspondencia que el Señor nos pide —¡cuánta insistencia la de nuestro Padre, para que no lo olvidemos nunca!—, está hecha de actos pequeños. Nuestro amor a Dios se demuestra en cosas menudas, que parece que no tienen importancia y tienen la importancia del amor.

La santidad que se exige a los hijos de Dios en el Opus Dei es una santidad determinada, concreta, que se manifiesta en hechos diarios constantemente. No es una enteleguía. Es una realidad precisa divina y humana. Para adquirir esa santidad, te bastará cumplir nuestras Normas de vida con amor, vivir nuestras Costumbres con amor, amar la Cruz de Jesucristo, ponerte junto a tu Madre del Cielo con amor¹².

(11) *Amigos de Dios*, n. 20.

(12) De nuestro Padre, *Noticias* 11-55, p. 16.

347.

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

—Responsabilidad de aprovechar bien el tiempo.

—Gastarse con generosidad en el servicio del Señor y de las almas.

—Examen sincero para mejorar en el aprovechamiento del tiempo.

El Reino de los Cielos es semejante a un amo que salió al amanecer a contratar obreros para su viña¹. Ha madrugado, y al clarear el día, el dueño del campo se encamina a la plaza. Las calles están aún desiertas, y parece que sólo los gallos esperan la inminente salida del sol. Aquel hombre necesita obreros que trabajen desde la primera hora, porque rinden más, porque la vendimia es abundante. En la plaza sólo aguardan contadas personas. Un saludo, pocas palabras, y el trato se concerta. Luego se dirigen hacia la viña.

Dos horas más tarde el pueblo está en ajetreo continuo. La plaza se halla concurrida, y apenas es posible distinguir a un grupo de hombres que esperan ser contratados. Otra vez se acerca el dueño de la viña, porque el trabajo apremia; y los contrata. Pero tampoco con éstos se da abasto. Hay tanta necesidad de brazos, que el amo se ve obligado a regresar a la hora de sexta, y a la de nona, y a la undécima —a las cinco de la tarde— para contratar más obreros.

(1) Év. (A) (Matth. XX, 1).

Es tan grande la viña de la Iglesia, que hay trabajo siempre: hay que podar las vides, abonar, luchar contra las plagas, vendimiar, pisar la uva en el lagar... *No nos debe sobrar el tiempo, ni un segundo: y no exagero*, insiste nuestro Padre. *Trabajo hay; el mundo es grande y son millones de almas que no han oído aún con claridad la doctrina de Cristo. Me dirijo a cada uno de vosotros. Si te sobra tiempo, recapacita un poco: es muy posible que vivas metido en la tibieza; o que, sobrenaturalmente hablando, seas un tullido. No te mueves, estás parado, estéril, sin desarrollar todo el bien que deberías comunicar a los que se encuentran a tu lado, en tu ambiente, en tu trabajo, en tu familia².*

Hacer rendir el tiempo, exprimir los minutos de vida que el Señor nos concede, cumpliendo a fondo los designios de Dios para nuestra existencia. Esta es la primera enseñanza que nos propone el Evangelio de la Misa de hoy. Y sobre ese punto ha de girar nuestro examen, no de vez en cuando, sino de forma habitual, diaria. El fruto sobrenatural de nuestra vida va íntimamente unido a la responsabilidad generosa con que gastemos, día a día, hora a hora, ese tesoro del tiempo que Dios nos da.

CUANDO ya caía la tarde, dijo el amo de la viña O- su administrador: llama a los obreros y dales el jor-

(2) Amigos de Dios, n. 42.

*nal, empezando por los últimos hasta llegar a los primeros*³.

Al recibir su salario, los trabajadores de la primera hora *murmuraban contra el amo diciendo: a éstos últimos que han trabajado sólo una hora los has equiparado a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor**. Esta reacción permite suponer que durante la jornada pensaron demasiado en sí mismos, en sus derechos, en sus esfuerzos, y por eso no se sintieron después satisfactoriamente recompensados. Trabajaron con cálculo; y más tarde quedaron desilusionados, y hablaban del día y del calor, como de una pesada carga que habían tenido que soportar. Estaban pesarosos por haber trabajado tanto. Les faltó generosidad y les sobró egoísmo.

*La mayor parte de los que tienen problemas personales, comentaba nuestro Padre, los tienen por el egoísmo de pensar en sí mismos. ¡Darse, darse, darse! Darse a los demás, servir a los demás por amor de Dios: éste es el camino*⁵. *Y es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de alegría*⁶.

Hemos de comprender, cada vez con más hondura, que el mejor uso que podemos hacer de nuestra vida es excedernos en el cumplimiento del deber, en el servicio a Dios y a las almas, sin llevar la cuenta

(3) Ev. (A) (Matth. XX, 8).

(4) *Ibid.*, 11-12.

(5) De nuestro Padre, Crónica 111-62, p. 12.

(6) De nuestro Padre, Crónica 111-62, p. 14.

de lo que el Señor nos va pidiendo, sin añorar cosas dejadas, sin buscar compensaciones. Poder trabajar por el Señor es un grandísimo don de Dios, por el que le hemos de estar eternamente agradecidos.

Es tan grande la misericordia divina que, sin mérito ninguno por nuestra parte, nos ha confiado una parte escogida de su viña, donde trabajar por las almas, y nos ha prometido el Cielo. Entre lo que nosotros podemos ofrecerle y los beneficios que de El hemos recibido, que continuamente estamos recibiendo y que recibiremos, no hay paridad. *El hombre nunca puede amar a Dios tanto como El debe ser amado*¹. Siempre será poco lo que hagamos: por eso, *al ocuparse en su trabajo los hijos de Dios en su Opus Dei, procuran no sólo cumplir sino amar, que es siempre excederse gustosamente en el deber y en el sacrificio*⁸.

Cuando se ha aceptado trabajar en la viña del Señor, es preciso estar en ella y gastarse con alegría, desviviéndose para que la uva surja en racimos llenos. Y cuando se acaba la propia tarea —si se acaba—, ahí está la faena de los demás, esperando la ayuda de un brazo experto. *Alter alterius onera portate et sic adimplebitis legem Christi* (Galat VI, 2); *lle vad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Ratos perdidos., que te sobra tiempo... ¡si hay tantos hermanos tuyos sobrecargados de traba-*

(7) Santo Tomás, *S. Th.* q. 6, a. 4 c.

(8) De nuestro Padre, n. 53.

jo! Con delicadeza, con finura, con la sonrisa en los labios, ayúdales de tal manera que ni siquiera lo noten, que ni te puedan dar las gracias, porque la discreción ha cubierto la caridad⁹.

El Señor bendecirá este trabajo, la labor de los que *redimentes tempus*, aprovechando el tiempo, que no es oro, sino gloria, sepan sacrificarse gustosamente en esa viña de Dios.

EN UNA de sus homilías, nuestro Padre comenta esta parábola de los jornaleros de la viña, junto con la de las vírgenes prudentes y la de los talentos, y nos invita a pensar *valientemente en nuestra vida*. *¿Por qué no encontramos a veces esos minutos, para terminar amorosamente el trabajo que nos atañe y que es el medio de nuestra santificación? ¿Por qué descuidamos las obligaciones familiares? ¿Por qué se mete la precipitación en el momento de rezar, de asistir al Santo Sacrificio de la Misa? ¿Por qué nos faltan la serenidad y la calma, para cumplir los deberes del propio estado, y nos entretenemos sin ninguna prisa en ir detrás de los caprichos personales? Me podéis responder: son pequeneces. Sí, verdaderamente: pero esas pequeneces son el aceite, nuestro aceite, que mantiene viva la llama y encendida la luz (...).*

Cuando el cristiano mata su tiempo en la tierra, se coloca en peligro de matar su Cielo: cuando por egoísmo

se retrae, se esconde, se despreocupa. El que ama a Dios, no sólo entrega lo que tiene, lo que es, al servicio de Cristo: se da él mismo. No ve —con mirada rastrera— su yo en la salud, en el nombre, en la carrera.

Mío, mío, mío..., *piensan, dicen y hacen muchos. ¡Qué cosa más molesta! Comenta San Jerónimo que verdaderamente, lo que está escrito: "para buscar excusas a los pecados" (Ps. CXL, 4), se realiza en esta gente que, al pecado de soberbia, añade la pereza y la negligencia (San Jerónimo, Commentarium in Matthaeum, 4, 25).*

Es la soberbia la que conjuga continuamente ese mío, mío, mío... Un vicio que convierte al hombre en criatura estéril, que anula las ansias de trabajar por Dios, que le lleva a desaprovechar el tiempo. No pierdas tu eficacia, aniquila en cambio tu egoísmo. ¿Tu vida para ti? Tu vida para Dios, para el bien de todos los hombres, por amor al Señor. ¡Desentierra ese talento! Hazlo productivo: y saborearás la alegría de que, en este negocio sobrenatural, no importa que el resultado no sea en la tierra una maravilla que los hombres puedan admirar. Lo esencial es entregar todo lo que somos y poseemos¹⁰.

El Señor nos ha regalado la vida, los sentidos, las potencias, gracias sin cuento: y no tenemos derecho a olvidar que somos un obrero, entre tantos, en esta hacienda, en la que El nos ha colocado, para colaborar

(9) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

(10) Amigos de Dios, nn. 41, 46-47.

en la tarea de llevar el alimento a los demás. Este es nuestro sitio: dentro de estos límites; aquí hemos de gastarnos diariamente con El, ayudándole en su labor redentora (cfr. Col. 1, 24).

Dejadme que insista: ¿tu tiempo para ti? ¿Tu tiempo para Dios! Puede ser que, por la misericordia del Señor, ese egoísmo no haya entrado en tu alma de momento. Te hablo, por si alguna vez sientes que tu corazón vacila en la fe de Cristo. Entonces te pido —te pide Dios— fidelidad en tu empeño, dominar la soberbia, sujetar la imaginación, no permitirme la ligereza de irte lejos, no desertar.

Les sobraba toda la jornada, a aquellos jornaleros que estaban en medio de la plaza; quería matar las horas, el que escondió el talento en el suelo; se va a otra parte, el que debía ocuparse de la viña. Todos coinciden en una insensibilidad, ante la gran tarea que a cada uno de los cristianos ha sido encomendada por el Maestro: la de considerarnos y la de portarnos como instrumentos suyos, para corredimir con El; la de consumir nuestra vida entera, en ese sacrificio gozoso de entregarnos por el bien de las almas".

Al terminar la oración de hoy, ponemos en manos de nuestra Madre el propósito de expresar en el servicio de su Hijo los días de vida que nos queden, sin reservarnos nada.

(11) *Amigos de Dios*, n. 49.

348.

LUNES

- Necesitamos la luz de la doctrina para hacer apostolado.
- El prestigio profesional es el candelero sobre el que hemos de poner la luz de Cristo.
- Rectitud de intención en el trabajo.

LA TARDE declinaba, y la reunión comenzó a disolverse. El Señor había hablado largo tiempo de semillas, de pedregales y de la tierra buena que da el ciento por uno. Por eso, en el suave oscurecerse de los caminos, mientras la gente marchaba a sus aldeas, las últimas palabras de Jesús cobraron un significado preciso: *nadie que ha encendido una lámpara, la oculta con una vasija o la pone debajo de la cama, sino que la coloca sobre un candelero para que los que entran vean la luz*'.

La nueva enseñanza del Señor evoca la figura del dueño de una casa que, al caer la noche, ha encendido su lámpara llena de aceite, y la coloca encima de la mesa. Fuera, la oscuridad lo llena todo. Pero él puede tomar su luz, y con ella caminar sin miedo, salir y alumbrar también a los peregrinos, a los extranjeros que han venido a la ciudad y vagan perdidos en las calles desconocidas.

(1) *Ev. (Luc. VIII. 16).*

*Hijo mío, comentaba nuestro Padre, tú eres sal, luz y levadura, y no puedes dejar de llevar esa luz hasta el último rincón de la sociedad. Pero, para que la llama de la doctrina brille con eficacia, es preciso en primer lugar que te formes bien profesionalmente, que estudies para ser docto. Docto entre los de tu clase y categoría: labriego, obrero, médico, diplomático... La doctrina es necesaria a todos*².

Había aderezado tan bien su lámpara, la había limpiado y llenado con aceite de tan buena calidad, que su luz llegaba hasta los últimos rincones de la habitación. *Te hablé de la necesidad de que tengas doctrina, buena doctrina, para meter la verdad, la luz, el bien, el amor a la libertad, el sentido responsable de la vida, en todas las clases de la sociedad y así sembrar la paz y la alegría; porque todos los apostolados del Opus Dei se reducen a uno solo: dar doctrina, luz. Donde hay un alma del Opus Dei, hay una brasa encendida que prende fuego, da luz y calor, en una actividad inadvertida, pero siempre fecunda.*

*Hemos de andar por la vida como apóstoles, con la luz de Dios, con sal de Dios. Sin miedo, con naturalidad, pero con tal vida interior, con tal espíritu del Opus Dei, que alumbramos, que evitemos la corrupción y los sombras que hay alrededor, que llevemos como fruto la serenidad y la eficacia*³.

(2) De nuestro Padre, Crónica XII-64, p. 61.

(3) De nuestro Padre, Crónica XII-64, pp. 61-62.

HEMOS de llevar la luz de Cristo a las gentes que nos rodean. No de un modo aparatoso, con llamativas luces de bengala, sino con la naturalidad propia de nuestra vocación. Este es el mensaje que nos ha transmitido nuestro Fundador. *Os repito con San Juan: videte qualem caritatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus* (I Ioann. III, 1). *Nos llamamos y somos hijos de Dios; hermanos, por eso, del Verbo hecho carne* (cfr. Ioann. I, 14), *de Jesucristo, de Aquel de quien fue dicho: in ipso vita erat, et vita erat lux hominum* (Ioann. I, 4), *en El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.*

Hijos de la luz, hermanos de la luz: eso somos. Portadores de la única llama capaz de iluminar los caminos terrenos de las almas, del único fulgor, en el que nunca podrán darse oscuridades, penumbras ni sombras (cfr. Ioann. I, 5).

Et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt (Ibidj; *y e^{sta} luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido. El Señor sigue derramando esplendores sobre los hombres, una luminosidad que es vida y calor de misericordia, porque El es caridad, amor* (cfr. I Ioann. IV, 8); *y se sirve de nosotros como antorchas, para que esas luces iluminen las almas y sean para todos fuente de vida, después de haber alumbrado y llenado la nuestra del fuego de las ilustraciones divinas* (cfr. Luc. XII, 49).

*Hijas e hijos míos, de nosotros depende en parte que muchas almas no permanezcan ya en tinieblas, sino que caminen por senderos que llevan hasta la vida eterna*⁴.

Es una responsabilidad propia de todos los que son hijos de Dios. *Esa plenitud de dones no se ha dado a los católicos para que disfruten egoístamente de ellos: ¿por ventura se enciende una luz para ponerla debajo del celemin, o debajo de la cama?, ¿no es más bien para ponerla sobre un candelero?* (Marc. IV, 21). *Todo católico tiene, hijas e hijos míos, obligación, y obligación grave, de hacer cuanto esté de su mano para lograr que todos los hombres participen de la palabra y de la gracia de Dios, de las que, indigna pero realmente, es depositario*⁵.

Los cristianos hemos de ser *luz del mundo*⁶; y además, a nosotros, la vocación a la Obra nos confiere —por un nuevo título— el deber de difundir la claridad de la doctrina salvífica a nuestro alrededor. Contamos para eso con un medio también específico: el trabajo profesional santificado y santificador, realizado con la mayor perfección humana de que seamos capaces. Ese es nuestro *candelero*, sobre el que ha de brillar la luz de Cristo. Por eso insistía nuestro Padre: *rezad y trabajad con sentido sobrenatural y con alegría, amorosamente fieles a vuestra vocación,*

(4) De nuestro Padre, *Carla*, 11-II-1940, n. 3.

(5) De nuestro Padre, *Carla*, 24-X-1965, n. 60.

(6) *Malth.* V, 14.

*esforzándoos por ser santos, que éste es el fundamento de toda eficacia apostólica. Estudiad con seriedad, adquirid una sólida y profunda preparación profesional, procurad mejorar cada día vuestra formación doctrinal. Tened la firme esperanza de que el Señor, que está empeñado en que se haga la Obra de Dios sobre la tierra, hará pronto realidad esos sueños que El mismo pone en nuestro corazón*⁷.

CON VUESTRA vida contemplativa, y con vuestro actuar recto y responsable —escribió nuestro Padre—, *lleváis a Cristo a todos los ámbitos donde se desarrolla la actividad humana: al laboratorio, a la fábrica, a la oficina, a la Universidad, al trabajo de la tierra, a la vida cívica. En todos los sitios debéis dar testimonio de la fe que, por don de Dios, habéis recibido*⁸.

Para realizar en nosotros este ideal, sirviéndonos del trabajo profesional ordinario, se requiere que lo llevemos a cabo con rectitud de intención. *Dios se ha querido servir de vosotros, de vuestra lucha por alcanzar la santidad e incluso de vuestros talentos humanos. Recordad siempre el mandato de Cristo: que brille vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Pa-*

(7) De nuestro Padre, *Carla*, 2-X-1939, n. 31.

(8) De nuestro Padre, *Carla*, 15-X-1948, n. 30.

dre que está en los cielos fMatth. V, 16). *Para El toda la gloria, todo el honor: soli Deo honor et gloria in saecula saeculorum (I Tim. I, 17), sólo a Dios hemos de dar el honor y la gloria, por los siglos sin fin*⁹.

No buscamos el brillo ni el éxito humano por sí mismos en nuestra tarea profesional, sino el modo más eficaz de servir al Señor. Por eso todos en la Obra amamos el lugar donde Dios nos colocó, y la misión que nos ha confiado; y los Numerarios están siempre dispuestos a dejar el trabajo más espectacular y floreciente, para ir a servir con alegría en cualquier tarea sin brillo humano, si eso conviene al bien del apostolado.

Rectitud de intención: hacerlo todo por Dios. Y entonces no habrá oposición entre la entrega humilde y la necesidad de adquirir el máximo prestigio profesional de que seamos capaces. Trabajar bien, terminando las tareas, dedicándoles el tiempo que haga falta; pero sólo por amor al Señor, para su gloria, para el bien de todos.

Debemos examinar con frecuencia si trabajamos con rectitud de intención y si rectificamos siempre que sea preciso. En caso contrario, todos nuestros esfuerzos serían sobrenaturalmente estériles. *Que todos, los jóvenes y los mayores —nos pide nuestro Padre—, consideren con frecuencia la intención con que realizan su trabajo, teniendo presente que son ma-*

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 24-IIIM930, n. 21.

*nifestaciones de falta de rectitud de intención: moverse por motivos humanos, no cuidar los detalles pequeños, desatender la vida de familia o los encargos apostólicos, no aprovechar su trabajo profesional —prestigioso o no—, para hacer una honda labor de apostolado*¹⁰.

Treinta años trabajó Jesucristo en un oficio aparentemente vulgar, sin ningún brillo humano. Y en su misma vida pública nos enseña a trabajar con sentido sobrenatural, a no atribuirnos los frutos de nuestro esfuerzo en servicio de Dios. Y hemos de imitarle. Así será nuestra vida una vida de entrega, de servicio, como la suya. *Que la vean vuestros padres, vuestros colegas, vuestros vecinos, vuestros amigos. No hagáis nada raro, que no es propio de nuestra vida. Vivid como los demás, sobrenaturalizando cada instante de la jornada. Que contemplen vuestra alegría en el mundo, y así —nos dice nuestro Padre— yo estaré orgulloso*¹¹.

También transcurrió así la vida de la Santísima Virgen. Y es la criatura que más glorificó a Dios en la tierra y más eficacia sobrenatural dio a su trabajo.

(10) De nuestro Padre, *Carta*. 15-X-1948, n. 19.

(11) De nuestro Padre, *Obras* XII-60, p. 23.

349.

MARTES

—El rezo y meditación del Salmo II nos lleva a profundizar en el sentido de la filiación divina.

—Rebeldía de los hombres que no quieren someterse a Dios.

—Nuestra condición de hijos de Dios debe llenarnos de responsabilidad apostólica.

TODOS los martes, luego de invocar cada uno a su Santo Ángel Custodio con el ruego de que le acompañe en su oración, besaré el rosario', en prueba de Amor a la Señora y para significar que es la oración nuestra arma más eficaz. Y seguidamente recitará el salmo número 2, en latín. Os aconsejo que (...) empleéis ese texto para vuestra meditación de la tarde del martes. Y entenderéis bien, después de orar, por qué es ése el clamor que hacemos resonar en la tierra y subir al cielo antes de empezar nuestras grandes batallas y siempre'.

Así escribía nuestro Padre en 1939. En aquellos momentos, nuestro Fundador se disponía a comenzar una nueva etapa en el trabajo apostólico que los tres años de guerra civil no habían interrumpido, y quería impulsar al puñado de hijos suyos que constituían la Obra a un apostolado audaz y sin fronteras,

(1) De nuestro Padre, *Cana Circular*, 24-111-1939.

animándoles a contar sobre todo con la gracia de Nuestro Padre Dios.

En efecto, la repetida consideración de este texto de la Escritura Santa debe conducirnos, entre otras cosas, a considerar el *cuidado de Dios con nosotros, dispuesto siempre a oírnos, pendiente en cada momento de la palabra del hombre*², precisamente porque nos ama como a hijos queridísimos.

La Trinidad Santísima dispuso en su Providencia amorosa que el Verbo se hiciera Hombre para redimir a la humanidad pecadora. Como fruto de su Encarnación, de su vida, de su muerte y de su resurrección, el Señor nos envió desde Dios Padre el don más precioso: el Espíritu Santo, que nos hace clamar *Abbal, Pater!*, que nos identifica con Cristo y nos hace hijos de Dios.

Todos los martes, al meditar el Salmo II, podemos contemplar la identificación nuestra con Cristo, y oír las palabras del Padre del Cielo: *Filius meus es tu; ego hodie genui te. Postula a me, et dabo tibi gentes hereditatem tuam et possessionem tuam terminos terrae*³. Y comenta San Juan Crisóstomo: *ya no se nos promete una tierra que mana leche y miel, ni una larga vida, ni muchedumbre de hijos, ni trigo, ni vino, ni rebaños mayores y menores, sino el Cielo y los bienes del Cielo: la filiación divina y la hermandad*

(2) *És Cristo que pasa*. n. 57.

(3) *Ps. II*, 7-8.

*con el Unigénito, y tener parte en su herencia, y ser juntamente con El glorificados y reinar con El*⁴.

*ASTITERUNT reges terrae, et principes conveniunt in unum adversus Dominum et adversus christum eius*⁵; se han rebelado contra Dios los poderosos de la tierra, contra el Señor y contra su Ungido se han confabulado. Las palabras inspiradas se cumplen una vez más en nuestros días. *Al considerar, en este siglo y en los que vendrán, el abandono de tantas almas, que no se acuerdan de que son de Dios, hijos de Dios; el triste modo de comportarse de tantos gobiernos, en tantas naciones; las heridas que tiene la Iglesia, en su Cuerpo Místico; las difamaciones y las calumnias que, por el amor de Dios, en no pocas ocasiones hay que sufrir; es la hora de meditar el salmo número dos, como lo hacemos cada martes*⁶.

*Dirumpamus vincula eorum et proiciamus a nobis iugum ipsorum*⁷; han querido los hombres —también los que gobiernan el mundo— arrojar de sí el yugo de la ley divina: *no ya de las normas morales objetivas —que de éstas casi ni se habla—, sino incluso del sentido moral común*⁸. Por todas partes se oye el mismo clamor: rompamos sus ataduras y sacudamos lejos de noso-

(4) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 16, 5.

(5) *Ps. II, 2.*

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 34.

(7) *Ps. II, 3.*

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 36.

*tros su yugo (Ps. II, 3). Rompen el yugo suave, arrojan de sí su carga, maravillosa carga de santidad y de justicia, de gracia, de amor y de paz. Rabian ante el amor, se ríen de la bondad inerme de un Dios que renuncia al uso de sus legiones de ángeles para defenderse (cfr. Ioann. XVIII, 36). Si el Señor admitiera la componenda, si sacrificase a unos pobres inocentes para satisfacer a una mayoría de culpables, aun podrían intentar un entendimiento con'El. Pero no es ésta la lógica de Dios. Nuestro Padre es verdaderamente padre, y está dispuesto a perdonar a miles de obradores del mal, con tal que haya sólo diez justos (cfr. Genes. XVIII, 32). Los que se mueven por el odio no pueden entender esta misericordia, y se refuerzan en su aparente impunidad terrena, aliméntándose de la injusticia*⁹.

Es bueno recordar esta realidad. Al considerar el mal que hay en el mundo, no podemos dejarnos llevar por el desaliento. *Hemos de ser optimistas, pero con un optimismo que nace de la fe en el poder de Dios —Dios no pierde batallas—, con un optimismo que no procede de la satisfacción humana, de una complacencia necia y presuntuosa*¹⁰.

EL QUE habita en los cielos se reirá de ellos, se burlará de ellos el Señor. Entonces les hablará en su

(9) *ES Cristo que pasa*, n. 185.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 123.

indignación y les llenará de terror con su ira (Ps. //, 4-5). *¡Qué legítima es la ira de Dios y qué justo su furor, qué grande también su clemencia!*

Yo he sido por El constituido Rey sobre Sión, su monte santo, para predicar su Ley. A mí me ha dicho el Señor: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy (Ps. //, 6-7). *La misericordia de Dios Padre nos ha dado como Rey a su Hijo. Cuando amenaza, se enternece; anuncia su ira y nos entrega su amor. Tú eres mi hijo: se dirige a Cristo y se dirige a ti y a mí, si nos decidimos a ser alter Christus, ipse Christus.*

Las palabras no pueden seguir al corazón, que se emociona ante la bondad de Dios. Nos dice: tú eres mi hijo. No un extraño, no un siervo benévolamente tratado, no un amigo, que ya sería mucho. ¡Hijo! Nos concede vía libre para que vivamos con El la piedad del hijo y, me atrevería a afirmar, también la desvergüenza del hijo de un Padre, que es incapaz de negarle nada.

¿Que hay muchos empeñados en comportarse con injusticia? Sí, pero el Señor insiste: pídemle, te dará las naciones en herencia, y extenderé tus dominios hasta los confines de la tierra. Los regirás con vara de hierro y como a vaso de alfarero los romperás (Ps. //, 8-9). Son promesas fuertes, y son de Dios: no podemos disimularlas. No en vano Cristo es Redentor del mundo, y reina, soberano, a la diestra del Padre. Es el terrible anuncio de lo que aguarda a cada uno, cuando la vida pase, porque pasa; y a todos, cuando la historia acabe, si el corazón se endurece en el mal y en la desesperanza.

Sin embargo Dios, que puede vencer siempre, prefiere convencer: ahora, reyes, gobernantes, entendedlo bien; dejaos instruir, los que juzgáis en la tierra. Servid al Señor con temor y ensalzarle con temblor. Abrazad la buena doctrina, no sea que al fin el Señor se enoje y perezcáis fuera del buen camino, pues se inflama de pronto su ira (Ps. //, 10-13) (...).

Es la obra de la salvación, el reinado de Cristo en las almas, la manifestación de la misericordia de Dios. ¡Venturosos los que a El se acogen! (Ps. //, 13). Tenemos derecho, los cristianos, a ensalzar la realeza de Cristo: porque, aunque abunde la injusticia, aunque muchos no deseen este reinado de amor, en la misma historia humana que es el escenario del mal, se va tejiendo la obra de la salvación eterna".

La meditación del Salmo II nos llena siempre de ánimos. *Quiero que os vayáis preparando —decía nuestro Padre— para la antigua lucha —que es milicia y servicio de la Iglesia Romana, Santa, Una, Católica y Apostólica—, rezando con espíritu de monje y de guerrero, que ésa es la vibración de nuestra llamada, el Salmo de la Realeza de Cristo (...).*

Hijos míos: os llamé en otra ocasión, con S. Pablo, "gaudium meum et corona mea —mi gozo y mi corona". Y ahora os digo también con el Apóstol: "haced cumplido mi gozo, sintiendo todos una misma cosa, teniendo una misma caridad, unos mismos sentimientos"

(11) *Es Cristo que pasa*, nn. 185-186.

(Philip. III, 2), *avivad vuestra fe en la misión sobrenatural que hemos recibido, redoblad vuestra confianza en Dios y en este pecador, que el Señor ha querido daros por Padre: y así venceremos en todas las peleas, cuando hayamos de luchar en el mundo, con el mundo "que se ha embravecido y, maquinando vanos proyectos, une a los poderes de la tierra contra el Señor y contra su Cristo" (Ps. II, 1 y 2) "*.

Madre nuestra, *Virgo potens*, ayúdanos a vencer en las batallas de amor y de paz, que estamos combatiendo para extender el reinado de tu Hijo.

(12) De nuestro Padre, *Carta Circular*, 24-111-1939.

350.

MIÉRCOLES

—Jesucristo nos enseña a hacer apostolado de amistad y de confidencia.

—Tener muchos amigos para acercarlos a Jesucristo.

—Debemos hacer apostolado en todas las circunstancias. Frutos proselitistas del empeño apostólico.

EN AQUEL tiempo, habiendo convocado Jesús a los doce (...), los envió a predicar el Reino de Dios K Fortalecidos por la gracia y las instrucciones del Maestro, salen los Apóstoles a difundir el Evangelio. Y la Iglesia continúa su misión hasta el fin de los tiempos.

Por cristianos, todos nosotros participamos en esa misión evangelizadora. Y como cristianos que han recibido la llamada divina en el Opus Dei nos sabemos especialmente investidos de ese deber, con unos modos apostólicos concretos que el Señor ha querido darnos.

Vos autem dixi amicos, quia omnia quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis floann. XV, 15); *os he llamado amigos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre. Aquí tenéis, hijas e hijos de mi alma, unas palabras de Jesucristo Señor Nuestro, que*

(1) Ev. [Luc. IX, 1-2].

*nos señalan el camino que hemos de seguir en nuestra labor apostólica. Dios nos ha llamado para llevar su doctrina a todos los rincones del mundo, para abrir los caminos divinos de la tierra, para hacer que conozcan a Jesucristo tantas inteligencias que nada saben de El, y —al querernos en su Obra— también nos ha dado un modo apostólico de trabajar, que nos mueve a la comprensión, a la disculpa, a la caridad delicada con todas las almas*².

Jesús es el Modelo. Reproducir en nosotros su vida es ser santos, ser eficaces. Y el mismo Cristo nos ha enseñado, con su ejemplo, a tener muchos amigos para hacerlos amigos suyos y salvarlos. Nuestro Padre nos ha enseñado a contemplar algunas escenas del Evangelio, mostrándonos *la hondura divina de nuestro apostolado de amistad y de confidencia*³.

Estaba un día Juan el Bautista cerca del Jordán con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dijo: *he aquí el Cordero de Dios*⁴. El Bautista indicó a Juan y a Andrés la presencia del Maestro. Y los dos discípulos, al oírle hablar así, siguieron a Jesús (...) y permanecieron aquel día con él⁵. Se hicieron amigos del Señor y comenzaron a hacer aposto-

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 1.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 17.

(4) *Ioann.* I, 35-36.

(5) *Ioann.* I, 37 y 39.

lado: Andrés llevará a Pedro, su hermano⁶; y Felipe —llamado después por Jesús—, encontrará un poco más adelante a su amigo Natanael⁷; y Juan seguramente llevará a su hermano Santiago ante el Señor.

En otra ocasión, Nicodemo se acercó a Jesús, de noche, en confidencia: Maestro —*dice aquel hombre, varón principal entre los judíos*— sabemos que has venido de Dios para enseñarnos; porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si no tiene a Dios consigo (*Ioann.* III, 2). *Jesús le responde, hijos míos, con una frase que aparentemente no tiene nada que ver con lo que dijo Nicodemo, pero que atrae su atención y le capta; provoca el diálogo de su interlocutor*: pues en verdad, en verdad te digo que quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios (*Ioann.* III, 3).

Así empezó la conversación, que ya sabéis; conocéis igualmente el resultado: a la hora del fracaso de la cruz, allí estará Nicodemo, para pedir valientemente a Pilatos el Cuerpo del Señor⁸.

HEMOS de tener muchos amigos. Más aún —escribe nuestro Padre—, *vamos positivamente a hacernos amigos, a ganarnos amigos para hacerlos amigos de Jesucristo. El Señor quiere servirse de nosotros —de nuestro trato con los hombres, de esta capacidad nuestra, que nos ha dado El, de querer y de hacernos*

(6) Cfr. *Ioann.* I, 41-42.

(7) Cfr. *Ioann.* I, 45.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 18.

*querer—, para seguir haciéndose El amigos en la tierra; como se sirvió de Juan el Bautista para encontrar al otro Juan, el que iba a ser el amigo predilecto*⁹.

Una condición imprescindible para realizar la labor apostólica es que la amistad sea honda: tener un auténtico interés por los problemas que afectan a nuestros amigos, trabajar codo con codo con nuestros compañeros, compartir sus actividades, gustos y aficiones, dedicarles tiempo, pasar por alto pequeños detalles molestos, que son inevitables en toda convivencia. *Habéis de procurar cultivar la amistad con vuestros colegas de profesión*, nos ha escrito nuestro Padre, *con las personas que por cualquier otro motivo hayáis de tratar*.

*Obraréis así, hijas e hijos míos, no ciertamente para usar la amistad como táctica de penetración social: eso haría perder a la amistad el valor intrínseco que tiene; sino como una exigencia —la primera, la más inmediata— de la fraternidad humana, que los cristianos tenemos obligación de fomentar entre los hombres, por diversos que sean unos de otros. Y al mismo tiempo, por amor a Dios; porque la amistad facilita la confianza; y hace así posible el apostolado de la doctrina, el acercamiento al Señor de esas almas, de esos amigos cuyo bien deseamos*¹⁰.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 75.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 54.

Cuando la amistad es verdadera, la confianza surge espontánea. ¡Es tan lógico abrir el alma a quien nos quiere bien y nos comprende! Nosotros queremos a nuestros amigos y, por tanto, les damos lo mejor que tenemos: Dios mismo. Por eso, en un alma que ama a Dios, la amistad culmina necesariamente en el apostolado. *¡Cuántas veces, si os comportáis como yo pienso que se comportan mis hijos, vuestros amigos os abrirán el corazón, os harán una pregunta confidencial! Será entonces la hora de realizar un gran apostolado. Acercarles a Dios con suavidad, con delicadeza, sin quitarles nunca la libertad. Si hay una amistad leal, noble y limpia, enseguida vendrá el apostolado, haréis una auténtica dirección espiritual con esos amigos vuestros y podréis llevarlos al Señor*.

*Hijos míos —insiste nuestro Fundador—, estad seguros de que somos omnipotentes si tenemos la caridad de Dios. Querríamos encender a todos en el amor divino, meterles en el Corazón de Jesucristo, teniendo nosotros cariño y comprensión para todas las almas. ¡Hay que rezar, hijos míos! ¡Hay que quererles! Nadie debe acercarse al Opus Dei y marcharse de vacío. Que sientan el atractivo de que se les estima, de que se les comprende, de que se busca lo mejor para ellos*¹¹.

(11) De nuestro Padre, en Cuadernos, 5, p. 131.

EN TODAS las circunstancias de su vida —en medio de la muchedumbre o en la soledad de un monte; en las orillas de un lago o por los campos de Palestina—, Jesucristo nos ha mostrado cómo debe ser nuestro apostolado personal. *Aún otro ejemplo más: aquel que el Señor nos da desde la Cruz, como para enseñarnos que el afán de almas, que nos mueve a tratar, a conversar, a dialogar con los hombres, ha de ponerse de mani-fierto hasta la muerte. Es la charla emocionante, conmo-vedora, que Cristo mantiene en lo alto del Gólgota con los dos ladrones que están crucificados con El.*

Esta vez no ha sido Jesús quien ha empezado la conversación, pero su presencia en el patíbulo y sus sufrimientos son más elocuentes que cualquier palabra. Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros (Luc. XXIII, 39), dijo blasfemando el mal ladrón. Y el bueno: ¡cómo!, ¿ni aun tú temes a Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros estamos justamente en el patíbulo, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero éste ningún mal ha hecho. Y dijo después a Jesús: Domine, memento mei; Señor, acuérdate de mí, cuando hayas llegado a tu reino (Luc. XXIII, 40-42). Hijos míos, la breve respuesta de Jesús, que interviene en la conversación entre los dos malhechores, fue la salvación para el que estaba arrepentido: en verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43) ¹².

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VIM933, n. 18.

Si vivimos nuestra dedicación apostólica como Jesucristo nos ha enseñado, como nuestro Padre nos indicó, surgirán vocaciones abundantes para la Obra en todos los ambientes. *Nuestro fin es procurar que haya en medio del mundo muchas almas dedicadas al servicio de Dios. Es hora de hacer recuento. ¿Cuántas vocaciones has traído tú?* ¹³. El proselitismo es la coronación lógica de la tarea apostólica, y exige dedicarse con más intensidad a aquellas personas que dan esperanzas de vocación: *si por ellos rezas, te sacrificas, cumples un plan de vida, haces bien el trabajo ordinario, el detalle pequeño de una sonrisa..., cumples el fin del Opus Dei. Así la gracia de Dios llegará hasta los últimos rincones, porque eres portador de Cristo, y lo debes llevar en tu corazón, en tu mente, en tu palabra y en tu ejemplo. Hijos míos, el proselitismo es un deber. Y hay que decir en la Confidencia: he hecho esto, he pensado lo otro, he rezado tanto, me he mortificado, he preparado esta visita. Y si tu hermano no te lo pregunta, debes decirlo lo mismo* ¹⁴.

Pidamos a Santa María, *Regina Apostolorum*, que nos empuje a tener muchos amigos, a ser apóstoles de nuestros compañeros, a traer muchas vocaciones a la Obra. *Bien puede decirse, hijos de mi alma, que el fruto mayor de la labor del Opus Dei es el que obtienen sus miembros personalmente, con el apos-*

(13) De nuestro Padre, *Crónica V-63*, p. 11.

(14) De nuestro Padre, *Crónica V-63*, p. 11.

tolado del ejemplo y de la amistad leal con sus compañeros de profesión: en la universidad o en la fábrica, en la oficina, en la mina o en el campo.

*Es un trabajo de irradiación, de ejemplo y de doctrina, constante, humilde, silencioso, pero efficacísimo, cuyos frutos difícilmente pueden reflejar las estadísticas*¹⁵.

(15) De nuestro Padre, *Carla*, 11-II-1940, n. 55.

351.

JUEVES

—La lectura del Evangelio nos ayuda a conocer cada día mejor al Señor.

—Conocer mejor a Jesús aumenta la facilidad para quererle.

—Enamorarse de la Humanidad Santísima de Cristo.

EL EVANGELIO de la Misa de hoy nos narra que, al oír hablar de los milagros de Cristo, Herodes se admiró, *porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos, otros que algún profeta de los antiguos había resucitado. Y dijo Herodes: a Juan lo he decapitado yo, ¿quién, pues, es éste del que oigo tales cosas? Y deseaba verlo*¹.

El deseo de Herodes nacía de mera curiosidad: deseaba ver al personaje de quien se contaban tantos prodigios. El afán nuestro de conocer al Señor, cada día más, nace en cambio del amor que le tenemos. *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso. Nosotros amamos a Nuestro Señor, y por eso queremos conocerle: de ahí vuestras meditaciones, vuestros rezos, vuestra lectura del Evangelio*².

La vida cristiana consiste en enamorarse de Jesucristo, en seguirle de cerca, en identificarse con

(1) *Ev. (Luc. IX, 7-9).*

(2) De nuestro Padre, *Crónica* 11-65, p. 9.

El. Jesús ha convivido y convive con nosotros. Podemos contemplar paso a paso su vida sobre la tierra: su nacimiento en Belén, su vida oculta, su predicación por toda Palestina, mientras curaba las heridas del alma y del cuerpo; su prueba de amor en la Cruz, y su Resurrección, y su Ascensión gloriosa a los cielos. Le vemos con los Apóstoles, cómo los elige y les inicia en los misterios del Reino de Dios. *Muchas veces —escribió nuestro Fundador— habéis sido conmigo espectadores asombrados —protagonistas— de esas escenas. Porque, desde el principio, os he enseñado, a vosotros que sois también apóstoles, elegidos con predilección por Jesús, a meteros en las páginas evangélicas y, a través de ellas, a convivir fraternalmente con los primeros Doce. Por eso, el modo de actuar del Señor con los Apóstoles, durante aquella etapa de formación, os es familiar, y se ha grabado en vuestras almas con la fuerza con que arraigan los recuerdos más íntimos, hasta constituir en nosotros una segunda naturaleza*³.

Tenemos que penetrar en el Evangelio: *las palabras del Señor son pocas, pero dicen mucho —comenta San Agustín—, y no se pueden valorar en número, sino por su peso, ni se han de tener en poco, sino desentrañarlas, por ser profundas*⁴. ¡Cuántas veces hemos recibido una luz nueva al contemplar un pasaje del Evangelio ya leído y meditado en muchas

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 2.

(4) San Agustín, *In Iohannis Evangelium tractatus* 37, 1.

otras ocasiones! Hemos de hacer la lectura del Evangelio con afán de aprender y de mejorar. Ha de ser la nuestra una lectura meditada, que influya en toda la jornada. A veces será una sola palabra, un solo gesto del Señor lo que nos ayude a tener más presencia de Dios durante el día. Porque, como decía nuestro Padre, *vivimos en la Obra tan dentro del Evangelio que, como San Juan, podría decir cada uno de nosotros que ha oído, que ha visto con sus ojos, que ha palpado con sus manos al Verbo de la Vida* (cfr. I Ioann. 1, 1)⁵.

MEDITAR el Evangelio es ponerse frente a Jesucristo, con ansia de imitarle; conformar nuestra vida a la suya, hacer nuestras sus palabras, reproducir en nosotros, con la ayuda de la gracia, los sentimientos que Cristo tuvo. *Esos minutos diarios de lectura del Nuevo Testamento, que te aconsejé —metiéndote y participando en el contenido de cada escena, como un protagonista más—, son para que encarnes, para que "cumplas" el Evangelio en tu vida..., y para "hacerlo cumplir"*⁶.

*Induimini Dominum Iesum Christum*⁷, revestios de Nuestro Señor Jesucristo, nos pide San Pablo; y comenta San Juan Crisóstomo: *decimos de los ami-*

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 3.

(6) *Surco*, n. 672.

(7) *Rom.* XIII, 14.

gos que éste se ha revestido de aquél, para significar un gran amor y un trato constante; porque el que se viste de algo se parece a aquello de que se viste. Aparezca pues Cristo siempre en nosotros⁸. Esa es la tarea de nuestra santificación, que no es algo negativo, que no tiene su centro en la necesaria lucha contra el pecado, sino que es un proceso que se inicia en esa primera identificación con Jesucristo por la gracia santificante, y se consuma con la configuración suprema y definitiva en la gloria del Cielo.

La vida sobrenatural, que germinó en el alma con la gracia del Espíritu Santo y que se robustece de continuo por el respirar sobrenatural de nuestras Normas, cincela en nosotros la imagen de Cristo, el semblante de los hijos de Dios: nos hace ser otros Cristos, *ipse Christus*. Y en esa tarea de identificarnos con el Señor, hemos de empeñarnos con todas nuestras fuerzas: *Cristo te ha dado el poder de ser como El según tus fuerzas. No te asustes de oír esto. Lo que debe espantarte es no ser como El*⁹.

Tenemos que amar lo que ama Cristo, y rechazar lo que El reprueba: reproducir su vida en nosotros. *Siguiendo el consejo paulino* —estote ergo imitatores Dei, gicut filii carissimi (Ephes. V, 1)—, *imitamos a Dios* (cfr. San Gregorio Niseno, De professione christianaA que es el único santo (cfr. Levit. XI,

(8) San Juan Crisóstomo, In Epistolam ad Romanos homilias 24, 4.

(9) San Juan Crisóstomo, In Matthaem homiliae 78, 4.

44; Marc. X, 18), como hijos carísimos, y tomamos por modelo a Jesucristo, que es la imagen de Dios invisible (cfr. Colos. I, 15)¹⁰.

La lectura y meditación del Santo Evangelio es un medio imprescindible para conocer mejor a Jesucristo, para imitarle, para enamorarnos más de El. Pero hemos de hacerla con afán de revivir su vida, sin permitir que entre en nosotros la rutina o el acostumbramiento. Nuestro Fundador nos da un consejo bien claro, rememorando la escena de Emaús: *"Quédate con nosotros, porque ha oscurecido..." Fue eficaz la oración de Cleofás y su compañero.*

—*¡Qué pena, si tú y yo no supiéramos "detener" a Jesús que pasa!, ¡qué dolor, si no le pedimos que se quede!"*.

TENÉIS que enamoraros de la Santísima Humanidad de Cristo", nos decía muchas veces nuestro Padre. Pero el amor surge del conocimiento y del trato confiado y personal: por eso tenemos que conocer la vida del Señor. En la meditación del Evangelio aprenderemos a enamorarnos de El, sabedores de que Jesús tiene una vida humana y un corazón de carne como el nuestro. *Se hizo hombre para que vayamos a El con mayor confianza. Perfectus Deus, Per-*

(10) De nuestro Padre, Carla, 2-II-1945, n. 9.

(11) Surco, n. 671.

(12) De nuestro Padre.

fectus Homo, *te has acomodado a las necesidades del pobre corazón humano*". Con la lectura del Evangelio, hemos de seguir de cerca al Señor: escuchar sus palabras, detenemos en aquel gesto suyo que nos conmueve. *Yo quisiera que, cerrando los ojos de la carne, contemplarais la vida de Cristo como en una película; que fuerais actores de su vida, estando con los Apóstoles y con las santas mujeres, más cerca de Jesús que San Juan. Si no, no va*¹⁴.

*Hijos míos, reconociendo nuestra poca cosa, hay que rozar a Cristo, hay que tratarlo de cerca, pegarse a El, sentir el palpar de su corazón*¹⁵. Y para eso hay que revivir las escenas del Evangelio: sentarse a los pies de Jesús, como hizo María de Betania; dejarse aleccionar por El; escuchar su doctrina sencilla y asequible a todos, que enciende y enamora. Hay que acompañarle por los caminos polvorientos de Palestina, sentir su cansancio cuando se detuvo junto al brocal del pozo de Sicar, conocer sus idas y venidas y, especialmente, estar cercano a El en la Cruz. *Amad a Cristo en la Cruz. Que no os sintáis ajenos a aquellas barbaridades que el Señor tuvo que sufrir. Tenéis que ser un personaje más, y dejar que el corazón se dilate. Veréis cómo os encontraréis más cerca de El, y veréis cómo os enamoráis*¹⁶.

(13) De nuestro Padre, Crónica I-66, p. 11.

(14) De nuestro Padre, Crónica VIII-60, p. 16.

(15) De nuestro Padre, Crónica XI-65, p. 49.

(16) De nuestro Padre.

Dios se hace hombre para redimirnos y para que, al contemplarle, nos llenemos de amor, y vivamos el ejemplo de su vida. El consejo de nuestro Padre es apremiante: *el único medio para conocer a Jesús: ¡tratarlo! En El, encontrarás siempre un Padre, un Amigo, un Consejero y un Colaborador para todas las actividades nobles de tu vida ordinaria...*

—Y, con el trato, se engendrará el Amor".

Como María Santísima, que *guardaba todas estas cosas en su corazón*¹⁷, queremos que el ejemplo de la vida del Señor nos acompañe siempre. Jesús, aquí estamos: *queremos tratarte, conocerte, amarte, imitarte; seguirte, en una palabra*¹⁹, porque *estar con Cristo es estar seguro. Poderse mirar en Cristo es poder ser cada día mejor. Tratar a Cristo es necesariamente amar a Cristo. Y amar a Cristo es asegurarse la felicidad*²⁰.

(17) Surco, n. 662.

(18) Luc. II, 51.

(19) De nuestro Padre, Meditación, 6-I-1956.

(20) De nuestro Padre, Meditación ¡Que se vea que eres Tú!, I-IV-1962.

352.

VIERNES

—Dios ha hecho todo bueno, somos los hombres quienes podemos introducir el mal en las cosas.

—Vivir delicadamente la santa pureza.

—Estar prevenidos por si, en plena madurez, apareciese algún momento de dificultad en la entrega.

TODAS las cosas hizo Dios buenas en su tiempo \ afirma el Eclesiastés. Y nuestro Padre escribe: *el mundo, hijos míos, las criaturas todas del Señor son buenas. Nos enseña la Sagrada Escritura que, concluida la obra maravillosa de la Creación, terminados el cielo y la tierra con su espléndido cortejo de seres* (cfr. Genes. //, 1), contempló Dios todo lo que había hecho y vio que todo era muy bueno (Genes. /, 31).

*Fue el pecado de Adán el que rompió esta divina armonía de la Creación*². Desde entonces, los hombres —seres libres con capacidad de pecar—, pueden afean lo que puro salió de las manos de Dios. Pero no es sólo el mundo lo que afean con el pecado. Se manchan sobre todo a sí mismos, profanando lo que es imagen y semejanza de Dios³, y —después de la restauración redentora de Cristo— lo que es miembro y parte del Cuerpo del Señor. ¿No sabéis

(1) *¿.* / (II) (Eccles. III, 11).

(2) *De nuestro Padre, Carla, 11-IIIM940, n. 2.*

(3) *Cfr. Genes. I, 26.*

*que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? (...), amonesta San Pablo. El que se une al Señor se hace un solo espíritu con El (...). ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis?*⁴.

Hay que vigilar porque *el mundo, el demonio y la carne son unos aventureros que, aprovechándose de la debilidad del salvaje que llevas dentro, quieren que, a cambio del pobre espejuelo de un placer —que nada vale—, les entregues el oro fino y las perlas y los brillantes y rubíes empapados en la sangre viva y redentora de tu Dios, que son el precio y el tesoro de tu eternidad*⁵.

Es preciso no dejarse engañar por esos *aventureros* —los enemigos de nuestra alma— que, con todos los medios a su alcance, tratan de quitar importancia a las pequeñas concesiones en este terreno, adornándolas de bonitos colores para que, aun advirtiéndolas, las tomemos por algo inofensivo e incluso bueno. Nuestro Fundador nos desveló su táctica: *el enemigo casi siempre procede así con las almas que le van a resistir: hipócritamente, suavemente: motivos... ¡espirituales!: no llamar la atención... —Y luego, cuando parece no haber remedio (lo hay), descaradamen-*

(4) *I Cor. VI, 15-19.*

(5) *Camino, n. 708.*

te..., por si logra una desesperación a lo Judas, sin arrepentimiento⁶.

Cuando nos sintamos con los pies de barro, hemos de acudir a Jesucristo y a su Madre bendita: *Señor, Tú has sido nuestro refugio de generación en generación⁷*, y pedir a Jesús al recibirle en la Comunión, con palabras de la Iglesia: *que tu auxilio acompañe siempre, Señor, a quienes alimentas con tu sacramento; para que, en tus misterios y en nuestra vida, recibamos los frutos de tu Redención⁸.*

RECONFORTAOS en el Señor y en la fuerza de su poder, revestidos de la armadura de Dios para que podáis resistir contra las insidias del diablo⁹. La virtud de la santa pureza, que nos hace familiares de Dios, y en cuanto la humana naturaleza lo permite, nos hace iguales a El¹⁰, exige de nosotros una fina y recia correspondencia al amor del Señor: exige lucha. La gracia divina no nos faltará nunca; pero quiere Dios que pongamos de nuestra parte lo que podamos. *Y te pregunto ahora*, nos dice nuestro Padre: *¿cómo afrontas esa pelea? Bien conoces que la lucha, si la mantienes desde el principio, ya está vencida. Apártate inmediatamente del peligro, en cuanto*

(6) Camino, n. 725.

(7) Ps. LXXXIX, 1.

(8) Oral, post Com.

(9) Ephes. VI, 10-11.

(10) San Juan Climaco, *Scala Paradisi* 15.

percibas los primeros chispazos de la pasión, y aun previamente. Habla además enseguida con quien dirija tu alma; mejor antes, si es posible, porque, si abris el corazón de par en par, no seréis derrotados. Un acto y otro forman un hábito, una inclinación, una facilidad. Por eso hay que batallar para alcanzar el hábito de la virtud, el hábito de la mortificación para no rechazar al Amor de los amores¹¹.

Para evitar de raíz las caídas hemos de estar atentos, no fiarnos de nosotros mismos, no dejar que tome cuerpo la hoguera de las pasiones. *No tengas la cobardía de ser "valiente": ¡huye!*¹², es el consejo de nuestro Padre. Hay que huir de las ocasiones, evitarlas, aunque parezcan pequeñísimas, insignificantes. Si no se corta a tiempo, después es mucho más difícil. Los querer a medias, vacilantes, son fuente de tibieza. Los querer a medias no son querer. Si, alguna vez, ciertas circunstancias de nuestra vida o de nuestra naturaleza humana —de por sí mudable— facilitasen al enemigo una brecha por donde poder turbarnos; si alguien, en alguna ocasión, sintiese nublada su visión sobrenatural y comenzase a creerse con motivos para no cortar tajantemente aquello que le impide una visión clara, deberá escuchar —como dichas para él— aquellas palabras de nuestro Fundador: *un querer sin querer es el tuyo,*

(11) Amigos de Dios, n. 182.

(12) Camino, n. 132.

mientras no quites decididamente la ocasión. —No te quieras engañar diciéndome que eres débil. Eres... cobarde, que no es lo mismo".

Hemos de poner en práctica las medidas de prudencia humana y sobrenatural, de delicadeza, de guarda de los sentidos, a la hora del trabajo profesional, en el descanso, en el trato social, en el deporte, que siempre se han vivido en la Obra. Y eso, sin tener miedo a chocar con el ambiente. Y cuando algo nos inquiete, acudir al Señor en la oración y a la charla fraterna, abrir bien el corazón, sabiendo que una cosa es sentir y otra consentir. Así descubriremos el obstáculo concreto que está siempre en la raíz de toda tentación y de toda caída, y pondremos el remedio oportuno.

QUIERO ahora preveniros —escribe nuestro Padre—, contra un conflicto psicológico. Hace años me decía un buen fraile, prudente y piadoso: no olvides que cuando llega la gente a los cuarenta años, los casados se quieren descasar; los frailes, hacerse curas; los médicos, abogados; los abogados, ingenieros; y todo así: es como una hecatombe espiritual.

Las cosas no suceden exactamente como decía aquel religioso o, al menos, no son una regla tan general. Pero deseo que mis hijos conozcan este posible

mal, y estén prevenidos, aunque pasen muy pocos por esta crisis. Si alguno de vuestros hermanos pasa por esta angustia, tendréis que ayudarle: rejuveneciendo y vigorizando su piedad, tratándole con especial cariño, dándole un quehacer agradable. Precisamente a los cuarenta años no será; pero puede ser a los cuarenta y cinco. Y habrá que procurar que haya una temporada de distensión: y no lo haremos con cuatro, sino con todos.

Siendo muy niños delante de Dios, no podemos estar infantilizados. A la Obra se viene con la edad conveniente para saber que tenemos los pies de barro, para saber que somos de carne y hueso. Sería ridículo darse cuenta en plena madurez de la vida: como una criatura de meses, que descubre asombrada sus propias manos y sus pies. Nosotros hemos venido a servir a Dios, conociendo toda nuestra poquedad y nuestra flaqueza, pero si nos hemos dado a Dios, el Amor nos impedirá ser infieles.

Por lo demás, ser desleales, agarrarse entonces a un amor de la tierra, estad seguros de que supondría el comienzo de una vida muy amarga, llena de tristeza, de vergüenza, de dolor. Hijos míos: afirmaos en este propósito de no vender jamás la primogenitura, de no cambiarla, al pasar los años, por un plato de lentejas. Sería una gran pena malbaratar así tantos años de amor sacrificado. Decid: he jurado guardar los decretos de tu justicia, y quiero cumplir mi juramento (Ps. CXVIII, 106).

Dios, que premia nuestra fidelidad y nos recuerda que omnia cooperantur in bonum, nos previene al mismo tiempo contra el peligro constante del envanecimiento, según aquellas palabras de San Agustín: a los que aman a Dios de este modo, todo contribuye para su mayor bien: absolutamente todas las cosas endereza Dios a su provecho, de suerte que aun a los que se desvían y extralimitan les hace progresar en la virtud, porque se vuelven más humanos y experimentados. Aprenden que en el mismo camino de la vida justa deben alborozarse con gozo y temblor, sin atribuirse presuntuosamente a sí mismos la seguridad con que caminan ni decirse en tiempo de la prosperidad: ya nunca caeremos (San Agustín, De corrept. et grat. 9, 24)''.

Acabamos hoy nuestra oración rogando a Cristo *que nos conceda la gracia de vivir esa afirmación gozosa de la virtud cristiana de la castidad.*

Se lo pedimos por intercesión de Santa María, que es la pureza inmaculada. Acudimos a Ella —tota pulchra!—, con un consejo que yo daba, ya hace muchos años, a los que se sentían intranquilos en su lucha diaria para ser humildes, limpios, sinceros, alegres, generosos. Todos los pecados de tu vida parece como si se pusieran de pie. No desconfíes. Por el contrario, llama a tu Madre Santa María, con fe y abandono de niño. Ella traerá el sosiego a tu alma (Consideraciones espirituales, p. 53)¹⁵.

(14) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1931, nn. 22-23.

(15) *Amigos de Dios*, n. 189.

353.

SÁBADO

—La vida es corta para crecer en santidad y en obras de amor.

—Necesidad de aprovechar cada instante para servir a Dios.

—Vivir el *hodie*, *nunc*.

EL TIEMPO que Dios nos da para santificarnos no es ilimitado. Tiene una medida para cada uno, que sólo el Señor conoce, y por eso hemos de aprovecharlo bien mientras permanezcamos en la tierra. Es la enseñanza que nos brinda una de las lecturas de la Misa de hoy: *alégrate, joven, en tu mocedad, disfruta de los bienes de tu vida en los días de tu juventud y sigue las inclinaciones de tu corazón y lo que agrada a tus ojos, pero sábetelo que por todas estas cosas te traerá Dios a juicio. Por tanto, aparta la ira de tu corazón y aleja la malicia de tu carne, porque la mocedad y el deleite son cosas vanas. Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes de que venga el tiempo de la aflicción¹, el tiempo de rendir cuentas a Dios de toda nuestra vida.*

El Señor tiene derecho —y cada uno de nosotros obligación— a que "en todo instante" le glorifiquemos. Luego, si desperdiciamos el tiempo, robamos gloria a

(1) L. I (II) (Eccles. XI, 9-10).

Dios². Por eso, nuestro Padre nos ha espolcado en muchas ocasiones a este aprovechamiento del tiempo que el Señor nos entrega: *te consta que la labor es urgente, y que un minuto concedido a la comodidad supone un tiempo sustraído a la gloria de Dios*. —¿A qué esperas, pues, para aprovechar a conciencia todos los instantes?

Además, *te aconsejo que consideres si esos minutos que te sobran, a lo largo de la jornada —¡bien sumados, resultan horas!—, no obedecen a tu desorden o a tu poltronería*³.

Mucho hemos recibido del Señor, y Jesucristo espera mucho de nosotros. Hay millones de personas —naciones enteras—, que aún no conocen al Señor, y miles de cristianos que parecen haber olvidado a Cristo. Para llegar a todos tenemos que hacer *lo imposible..., porque lo posible lo hace cualquiera*". Hemos de mirar hacia delante, hacia lo que falta por hacer. *No podemos perder el tiempo, que es corto: es preciso que nos empeñemos de veras en esa tarea de nuestra santificación personal y de nuestro trabajo apostólico, que nos ha encomendado el Señor: hay que gastarlo fielmente, lealmente, administrar bien —con sentido de responsabilidad— los talentos que hemos recibido, para sacar adelante la Obra de Dios*⁵.

(2) Surco, n. 508.

(3) Surco, n. 509.

(4) Forja, n. 216.

(5) De nuestro Padre, Carla, 24-111-1931, n. 43.

*REDIMIR el tiempo*⁶, es saber aprovecharlo, porque el de ahora es tiempo de redención, tiempo de purificación, tiempo de ganar almas. *Os recuerdo de nuevo*, insiste nuestro Padre, *que nos queda poco tiempo*: tempus breve est (7 Cor. VII, 29), *porque es breve la vida sobre la tierra, y que, teniendo aquellos medios, no necesitamos más que buena voluntad para aprovechar las ocasiones que Dios nos ha concedido. Desde que Nuestro Señor vino a este mundo, se inició la era favorable, el día de la salvación (II Cor. VI, 2), para nosotros y para todos. Que Nuestro Padre Dios no deba dirigirnos el reproche que ya manifestó por boca de Jeremías: en el cielo, la cigüeña conoce su estación; la tórtola, la golondrina y la grulla conocen los plazos de sus migraciones: pero mi pueblo ignora voluntariamente los juicios de Yavé flerem. VIII, 7)*⁷.

El tiempo pasado jamás volverá. Es irrepetible. Cada día que transcurrimos sobre la tierra, cada minuto, tiene sentido en el plan redentor divino. El tiempo no es *nuestro, sino de Dios*⁸, y el Señor pide que cada momento de nuestra vida rinda fruto, el fruto que El espera, para el que nos concede su gracia. *No le valió a la higuera —narra el evangelista— no ser tiempo de higos, cuando el Señor los fue a buscar en ella.*

(6) Ephes. V, 15.

(7) Amigos de Dios, n. 52.

(8) De nuestro Padre, Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 113.

—Y estéril quedó para siempre⁹.

Hay que cumplir el deber de cada instante. *No existen fechas malas o inoportunas: todos los días son buenos, para servir a Dios. Sólo surgen las malas jornadas cuando el hombre las malogra con su ausencia de fe, con su pereza, con su desidia que le inclina a no trabajar con Dios, por Dios. ¡Alabaré al Señor, en cualquier ocasión! fPs. XXXIII, 2). El tiempo es un tesoro que se va, que se escapa, que discurre por nuestras manos como el agua por las peñas altas. Ayer pasó, y el hoy está pasando. Mañana será pronto otro ayer. La duración de una vida es muy corta. Pero, ¡cuánto puede realizarse en este pequeño espacio, por amor de Dios!*

No nos servirá ninguna disculpa. El Señor se ha prodigado con nosotros: nos ha instruido pacientemente; nos ha explicado sus preceptos con parábolas, y nos ha insistido sin descanso. Como a Felipe, puede preguntarnos: hace años que estoy con vosotros, ¿y aún no me habéis conocido? (Ioann. XIV, 9). Ha llegado el momento de trabajar de verdad, de ocupar todos los instantes de la jornada, de soportar —gustosamente y con alegría— el peso del día y del calor (Matth. XX, 12)¹⁰.

El Señor nos espera en cada minuto del día: nos llama, nos pide fruto. *No nos cansemos de amar a*

(9) *Camino*, n. 354.

(10) *Amigos de Dios*, n. 52.

nuestro Dios: tenemos necesidad de aprovechar todos los segundos de nuestra pobre vida para servir a todas las criaturas, por amor a Nuestro Señor¹¹.

EL QUE anda observando el viento, no siembra nunca, y el que se fija en las nubes, jamás se pondrá a segar¹², dice la Sagrada Escritura. Es una invitación a cumplir el deber de cada instante, sin retrasarlo con la excusa de que se presentarán oportunidades mejores. Es fácil engañarse con proyectos y esperas, buscando aparentemente las circunstancias favorables. ¡Mañana!: alguna vez es prudencia; muchas veces es el adverbio de los vencidos¹³. ¿Qué hubiese sido de la labor de los doce Apóstoles si hubiesen aguardado, para empezar a predicar, a que se presentaran las circunstancias favorables? Les habría sorprendido la muerte, esperando siempre con las manos vacías.

A los cristianos, la fugacidad del caminar terreno debería incitarnos a aprovechar mejor el tiempo¹⁴. La brevedad del tiempo ha de ser acicate que nos dé nuevo impulso en nuestra vida de ahora, en las actividades que llevamos entre manos. De

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 24-IIM930. n. 19.

(12) *Eccles.* XI, 4.

(13) *Camino*, n. 251.

(14) *Amigos de Dios*, n. 39.

este modo viviremos con los pies en la tierra, sin olvidar que nuestro destino trasciende las cosas de aquí abajo.

Ministerium tuum imple, cumple con las cargas de tu oficio, decía el Apóstol a Timoteo (II, IV, 5) (...). Sed puntuales, sed pacientes; no os excuséis, con las mil razonadas sinrazones, que no os faltarán, para aflojar en el apostolado que se os encomienda.

*Practicad vosotros e inculcad en los jóvenes este convencimiento: en nuestro diccionario sobran dos palabras: mañana y después. ¡Hoy y ahora! No dejéis la labor para luego, y haced que no la dejen. Pronto llegaréis a comprender cómo, en igualdad de condiciones, y aun en inferioridad de condiciones de talento, cultura, etc., el que vence la pereza de modo habitual —hoy, ahora— es el que domina siempre. El retardar —mañana, después— estropea todo el apostolado*¹⁵.

Tanto cariño tenía nuestro Padre a este cumplimiento puntual del deber que mandó *hacer un repostero que recordara a los muchachos de San Rafael la obligación de aprovechar el tiempo. En el repostero, estas dos palabras: Hodie, nunc, que algunos chicos traducían libremente, pero con buena dosis de filosofía: ¡Hoy o nunca!*¹⁶.

Y añadía nuestro Padre: *no entendáis, por lo dicho, que hemos de precipitar la labor —sería un desor-*

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nn. 45-46.

(16) *Instrucción*, 9-1-1935, nota 85.

den— sino que hagamos cada cosa a su hora". Hacer cada cosa a su hora está tan lejos de retrasar el deber, por comodidad, como de guiarse por el impulso desordenado del momento.

Acudimos para acabar nuestra oración a Santa María, porque junto a Ella contemplamos muchas veces al día el valor del ahora y de la eternidad. Le diremos una vez más: *ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.*

(17) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, n. 47.

354.

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

—Amar la unidad de la Obra.

—La obediencia a los Directores es imprescindible para vivir esa unidad.

—Fidelidad a nuestro Derecho particular.

LA VOZ de San Pablo adquiere, en los textos litúrgicos de la Misa de hoy, tono suplicante: *hermanos, por el consuelo de vivir en Cristo y por el estímulo que brota de la caridad fraterna, por la comunión en el Espíritu y por las entrañas de misericordia, colmad mi gozo con vuestro mismo sentir, con vuestra misma caridad y concordia, y con vuestros mismos anhelos*¹. Es un grito sincero que escapa del alma del Apóstol, porque *nada hay más querido por Dios que la mutua unión, la mutua trabazón de unos con otros*².

Esta solicitud por la unidad se convierte para nosotros en *pasión dominante*; porque amamos a la Obra con toda el alma, y deseamos para ella el mayor bien posible. Queremos que sea siempre realidad en el Opus Dei la llamada que San Pablo dirige a todos los cristianos a *conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Siendo un solo Cuerpo y un*

(1) *L. II (A) (Philip. II, 1-2).*(2) San Juan Crisóstomo, *In Maltheum homiliae* 16, 8.

*solo Espíritu, así como habéis sido llamados a una sola esperanza, la de vuestra vocación*³. Esta realidad se manifiesta en la unidad moral, espiritual y jurídica de la Prelatura: la unidad de todos bajo una misma cabeza, formando un solo cuerpo. Esta es la Voluntad de Dios para la Obra. *Yo quisiera que os sintierais* —repetía nuestro Fundador— *como miembros de un solo cuerpo. Unum corpus multi sumus (I Cor. X, J 7). Todos, una sola cosa*⁴.

Unidad de las dos Secciones, en primer lugar. *En la Obra las dos Secciones son como dos borriquillos que tiran de un mismo carro, en la misma dirección. No son dos fuerzas contrarias*⁵. Son dos fuerzas paralelas, con idéntico espíritu e idéntica vocación, con un mismo principio y un mismo fin, bajo la dirección del Padre.

Unidad también de sacerdotes y laicos, pues todos tenemos y nos sentimos *con alma verdaderamente sacerdotal y con mentalidad plenamente laical (...). En la Obra todos formamos una sola clase: los sacerdotes no toleran que sus hermanos laicos les presten servicios innecesarios (...). Los laicos y los sacerdotes —repito— constituyen una sola clase y reciben la misma formación. Se puede verdaderamente considerar este hecho como una de las maravillas que Dios —por su gracia, por su providencia— ha realizado en nuestra Obra, cristali-*

(3) *Ephes. IV, 3-4.*

(4) De nuestro Padre.

(5) De nuestro Padre, Noticias V-60, p. 12.

*zándolo en nuestro Ius peculiare*⁶. Misión de los sacerdotes, por el servicio directo que prestan a toda la Obra, es la de *ser instrumentos de unidad, que aseguran el crecimiento paralelo de las dos Secciones*⁷.

Unidad, finalmente, de los diversos miembros entre sí, porque todos, sin excepción, por voluntad divina estamos llamados a vivir la unión *de unos con otros, y de todos con Cristo*⁸.

Muchos sufrimientos costó a nuestro Padre el mantenimiento de esta unidad; muchas contradicciones tuvo que superar, para realizarla tal y como el Señor la quería: *el camino de la unidad jurídica* —nos dijo— *lo he querido vencer por amor a Jesús, por amor a mi Madre la Iglesia Romana, por amor a mi Madre Guapa la Obra, por amor a mi salvación, por amor a mis hijos en el Opus Dei. Ahí os he dejado escrito, en el Cortile Vecchio, en un pedazo de mármol, que lo leerán durante siglos vuestros hermanos, el recuerdo... Pero el Opus Dei, firme, compacto y seguro, se fortalecía y dilataba. ¡Firmes! ¡Compactos! ¡Seguros!*⁹.

*CONVÉNCETE, hijo mío, de que desunirse es morir*¹⁰. La unidad es el secreto de nuestra eficacia y una de las más grandes bendiciones del Señor para su

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 28-11-1955, n. 10.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 43.

(8) De nuestro Padre, *Crónica* XI-59, p. 8.

(9) De nuestro Padre, *Meditación*, 16-IV-1954.

(10) De nuestro Padre, *Crónica* IX-58, p. 7.

Obra^u; nos da la vitalidad interna indispensable para servir a todas las almas sin excepción. Por eso es un deber vivirla: deber de justicia con el Padre y nuestros hermanos; deber de caridad con todas las almas.

Mantenemos personalmente la unidad cuando nos sabemos formando parte de este cuerpo, allí donde los Directores nos ponen, donde quiere Dios, siendo *como esos grandes brillantes, que se quedan donde les colocan* —cualquiera que sea su puesto— *sin protestar, sin soberbia*^u, sin ser nunca una pieza descajada, un eslabón fuera de sitio. *Para promover la unidad —que es garantía de eficacia— lo primero que hemos de exigir es que haya orden. Cada uno en su sitio, sin intromisiones, y cada uno responsable de su propia actuación. Nos da lo mismo ser mano que pie, que lengua, que corazón, porque todos estamos en todas partes de ese cuerpo, porque somos una sola cosa por la caridad de Cristo que nos une*¹³.

No pusimos condiciones al venir a la Obra. Nos entregamos del todo. Desde entonces, nuestra voluntad, nuestra inteligencia y todo nuestro ser tienen un solo fin: *hacer el Opus Dei en la tierra, siendo tú mismo Opus Dei*^M. Esta unidad de miras, unidad de sacrificio, fuerza de nuestra vida¹⁵, se refleja en la obe-

(11) De nuestro Padre, *Crónica* IX-55, p. 58.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 9.

(13) De nuestro Padre.

(14) De nuestro Padre, prólogo al *Catecismo*, 23-IV-1947.

(15) De nuestro Padre, *Crónica* V-55, p. 74.

diencia. Somos como el sarmiento de que habla el Señor en el Evangelio. *Un sarmiento que no está unido a la vid, en lugar de ser cosa viva, es palo seco que sólo sirve para el fuego, o para arrear a las bestias, cuando más, y para que lo pisotee todo el mundo. Hijos míos —nos pide nuestro Padre— ¡muy unidos a la cepa!, pegadicos a nuestra cepa, que es Jesucristo, por la obediencia rendida a los Directores*¹⁶.

Muchas otras manifestaciones prácticas tiene este amor a la unidad. Cada uno debe estar dispuesto a prescindir, siempre que sea conveniente, de aquellas cosas personales que —aun siendo legítimas— sean un obstáculo para la unidad que Dios quiere. Y esto, con gusto, con la alegría de contribuir al bien de todos. *Pedid al Señor Dios Nuestro —escribió nuestro Padre a sus hijos sacerdotes y a todos sus hijos— (...) que os enseñe a tratar a vuestros hermanos de tal modo que seáis vosotros los últimos, y ellos los primeros; que seáis vosotros la luz que se consume, la sal que se gasta; que gustosamente os fastidiéis vosotros, para que los demás sean felices: éste es el gran secreto de nuestra vida y la eficacia de nuestro apostolado*¹⁷: la garantía más segura de la unidad.

EL MEDIO más importante para vivir la unidad jurídica es la fidelidad plena a nuestro Derecho par-

(16) De nuestro Padre, Crónica VI-él, pp. 13-14.

(17) De nuestro Padre, Carta, 2-IM945, n. 32.

ticular. Todos debemos procurar que sus normas se cumplan, que orienten continuamente nuestra vida. Responsabilidad de todos es que nunca se introduzca en el Opus Dei ninguna costumbre o hábito contrario a nuestros Estatutos o a nuestro espíritu¹⁸. Así demostramos nuestro amor a esta Madre Guapa, la Obra. Y especialmente los Directores están obligados a fomentar su cumplimiento y a exigirlo con prudencia y eficacia, de modo que nunca nazca ninguna costumbre contraria o se dejen de cumplir algunos de esos preceptos¹⁹.

Nuestro Fundador pedía a todos, especialmente a los Directores, que tuviésemos mentalidad jurídica al tratar los asuntos de la Obra. No se trata de oponer el espíritu a la letra, sino de descubrir, con amor, el espíritu del Opus Dei encarnado en unas normas que son como su cuerpo, que deben ser por tanto amadas, y según las cuales debemos actuar. Así nunca existirá la anarquía de un espíritu sin norma, ni la sequedad de unas normas sin vida. Los dos extremos atentarían contra la unidad jurídica de la Obra, que es garantía de su eficacia.

La vitalidad de nuestro espíritu permite que —sin cambiar nada de lo que Dios mismo ha esculpido—, pueda ser muy variado el modo en que se expresa. Todos recibimos *los principios generales —las ideas ma-*

(18) Catecismo, 5ª ed., n. 322.

(19) Catecismo, 5ª ed., n. 322.

dres— y aquellas aplicaciones concretas que son oportunas en cada momento y que hay que transmitir, de forma que ningún miembro de este gran cuerpo que es la Obra se quede nunca lejos de la cabeza.

Porque lo mismo que permanece la identidad de la persona a lo largo de las diversas etapas del crecimiento: niñez, adolescencia, madurez...; así hay, en nuestro desarrollo, evolución: seríamos, si no, cosa muerta. Permanece incommovible el meollo, la esencia, el espíritu, pero evolucionan los modos de decir y de hacer, siempre viejos y nuevos, siempre santos^M.

Pedid al Señor conmigo, hijas e hijos queridísimos, que, a todos, por los méritos de su Madre que es Madre nuestra, nos haga instrumentos buenos y fieles²¹, exclamaba nuestro Padre. Pedid al Señor amar esta unidad de la Obra como El la quiso desde el primer momento²², para que los corazones de todos nosotros, como antes y ahora y luego, hasta siempre, sean un mismo corazón. Para que se hagan verdad las palabras de la Escritura: multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una (AdL IV, 32)ⁿ; la multitud de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma.

(20) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 56.

(21) De nuestro Padre, *Carta*, 2-IM945, n. 37.

(22) De nuestro Padre, *Noticias* V-60, p. 13.

(23) De n. st. «IL.T957TM Padre, ParabraS en k consagración del altar, el oratorio de Pentecostés.

355.

LUNES

—La sencillez es como la sal de la perfección.

—Sencillez con nuestros hermanos.

—Sencillez con los Directores y en la Confidencia.

*NUESTRA ascética es de sinceridad in simplicitate cordis et sinceritate Dei (II Cor. I, 12), con sencillez de corazón y sinceridad delante de Dios. El hecho espiritual y teológico de nuestra vocación secular tiende a la naturalidad, a que nos mostremos cada uno como realmente somos, a la unidad de vida, a la sencillez cristalina de conducta *

Desde el comienzo de nuestra vocación, hemos visto brillar la sencillez como un diamante en ese conjunto de virtudes que exige el espíritu de la Obra. Produce siempre un íntimo agrado encontrar un alma llana, sin pliegues, sencilla, que vive con autenticidad la doctrina que enseña. Resulta atrayente, por eso, la figura de Natanael, que mereció el elogio del Señor: *he aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez².*

El Señor nos pone en guardia contra los falsos profetas que vienen a vosotros disfrazados³, contra

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 19-III-1954, n. 26.

(2) *Ioann.* I, 47.

(3) *Matth.* VII, 15.

los que piensan de un modo y actúan de otro, contra la jactancia, la hipocresía y la mentira. La misma repulsión natural que todos esos vicios nos inspiran, muestra claramente el valor de la sencillez. Pero para ser verdaderamente sencillos, no basta evitar la hipocresía, el doble fondo. La sencillez es una actitud positiva, supone intención recta, firmeza y coherencia en la conducta, prudencia virtuosa, tan opuesta a la ingenuidad y a la simpleza como a la afectación. *Sed cautos como serpientes* —dice el Señor— *y sencillos como las palomas*⁴. Dos virtudes que deben ir unidas. Con la sencillez afirmamos la rectitud del amor a Dios y del servicio a las almas, que ha de prevalecer sobre nosotros mismos; con la prudencia superamos los vaivenes de las circunstancias del momento, sorteamos los obstáculos que salgan al paso.

*Sentid rectamente del Señor y buscadle con sencillez de corazón*⁵, advierte la Sagrada Escritura. La sencillez es un pilar importante del edificio sobrenatural de la santidad. Y nuestro Padre recomienda: *me has pedido una sugerencia para vencer en tus batallas diarias, y te he contestado: al abrir tu alma, cuenta en primer lugar lo que no querías que se supiera. Así el diablo resulta siempre vencido.*

¡Abre tu alma con claridad y sencillez, de par en

(4) *Malth.* X, 16.
(5) *Sap.* I, 1.

*par, para que entre —hasta el último rincón— el sol del Amor de Dios!*⁶.

*EN AQUEL tiempo, vino al pensamiento de los discípulos cuál de ellos sería el mayor. Pero Jesús, conociendo los pensamientos de su corazón, tomó un niño, y lo puso a su lado, y les dijo: todo aquel que acoge a este niño en mi nombre, me recibe a mí; y todo aquel que me recibe a mí recibe al que me ha enviado*⁷.

Procurar *comportarse como niños delante de Dios*⁸: a esto se reduce la lucha para progresar en la vida interior. Y manifestación clara de la infancia es la sencillez, la naturalidad. Es una actitud que nos lleva a presentarnos desarmados cara a Dios; a aparecer ante los demás tal como somos, sin comedias ni fingimientos.

Especialmente en el trato con nuestros hermanos hemos de huir del afán de aparentar, de cualquier postura recelosa. En el fondo de esa actitud se oculta la soberbia, el deseo de encubrir lo que nos humilla, lo que hiere nuestro amor propio. *Ese énfasis y ese engolamiento te sientan mal: se ve que son postizos. —Prueba, al menos, a no emplearlos ni con*

(6) *Forja*, n. 126.

(7) *Ev.* (¿MC. IX, 46-48).

(8) De nuestro Padre, *Carta*. 14-11-1974, n. 4.

*tu Dios, ni con tu director, ni con tus hermanos: y habrá, entre ellos y tú, una barrera menos*⁹.

La sencillez ha de traducirse de modo particular en nuestra vida de familia. Porque la conducta espontánea y abierta es un medio efficacísimo para hacer amable y verdaderamente cordial vuestro trato mutuo, y para facilitar el que os podáis ayudar siempre: también, cuando sea necesario, con la corrección fraterna¹⁰. Hemos de procurar ser transparentes, para que nos conozcan y nos ayuden a mejorar. Y enseñar a nuestros hermanos a ser también sencillos; respetar su libertad, procurando no ser nunca obstáculo en su modo natural y espontáneo de proceder.

Si nuestra familia conviene que sea variadísima y de hecho es tan variada, es necesario no sólo respetar, sino cultivar la personalidad propia de cada uno. Habréis de estar vigilantes para que nunca pueda crearse un ambiente —más o menos común—, que pueda retraer a alguno de exponer con tranquilidad —libremente— su modo de pensar en cuestiones opinables, por temor a que su parecer pueda interpretarse como mal espíritu.

Que haya siempre variedad, aire libre, entre nosotros y en nuestras casas, porque es fundamental para que pueda darse la confianza mutua, una comprensión sincera y una disciplina libremente aceptada. Con rigideces nada se consigue: se pierde la espontaneidad y

(9) *Camino*, n. 47.

(10) De nuestro Padre, *Carla*, 11-11-1940, n. 61.

la iniciativa y se da lugar a que surjan espíritus retorcidos: hombres que, por no formarse en la verdad, acababan yendo contra su conciencia con pecados, que podríamos llamar barrocos, complicados, poco naturales. Libertad, hijos míos, libertad, que es la clave de esa mentalidad laical que todos tenemos en el Opus Dei".

SEA, pues, vuestro modo de hablar: sí, sí; no, no. Lo que exceda de esto, viene del Maligno¹². Y por provenir del príncipe de la mentira, trae consigo —si no se combaté decididamente— consecuencias nefastas. "Abyssus, abyssum invocat..."¹³ —un abismo llama a otro abismo, te he recordado ya. Es la descripción exacta del modo de comportarse de los mentirosos, de los hipócritas, de los renegados, de los traidores: como están a disgusto con su propio modo de conducirse, ocultan a los demás sus trapacerías, para ir de mal en peor, creando un despeñadero entre ellos y el prójimo¹³.

Nuestra actitud ante los Directores ha de ser de sinceridad plena, que ante todo es claridad, transparencia, deseo de que nos conozcan completamente. Todo lo embrollado —escribe nuestro Padre— me repugna: me gusta el orden, la claridad, el agua clara y el aire libre. El espíritu de la Obra nos lleva, como de

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 55.

(12) *Matth.* V, 37.

(13) *Surco*, n. 338.

la mano, a esa sencillez interior. Por esa misma razón, nuestros exámenes de conciencia no son retorcidos ni largos. Puede ser que, en algún momento, alguno necesite hacer con detenimiento mayor el examen. Pero lo ordinario no es eso: basta muchas veces un acto de amor, de dolor de Amor".

La formación espiritual que nos da la Obra tiende a simplificar nuestra vida interior, a evitar que seamos retorcidos, enmarañados. *Nuestra ascética tiene la sencillez del Evangelio. La complicaríamos si fuéramos complicados, si dejásemos el corazón oscuro, si no fuese absoluta nuestra sinceridad*¹⁵. Sinceros con nosotros mismos, para serlo después en la Confidencia, manifestando con llaneza lo que nos pasa, las alegrías, las preocupaciones, los motivos de nuestra conducta.

La veracidad es un medio indispensable para alcanzar la sencillez. Sinceridad sin ambages ni circunloquios; *"sinceridad salvaje" en la dirección espiritual, con delicada educación...*, y *que esa sinceridad sea inmediata*¹⁶. Cuando nos conducimos de este modo, superando la tentación de no ser transparentes, se cumplen en nuestra alma aquellas palabras de nuestro Padre: *hoy, por vez primera, has tenido la sensación de que todo se hace más sencillo, de que se te "descomplica" todo: ves eliminados, por fin, proble-*

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 71.

(15) De nuestro Padre, *Crónica* XII-59, pp. 6-7.

(16) *Forja*, n. 127.

mas que te preocupaban. Y comprendes que estarán más y mejor resueltos, cuanto más te abandones en los brazos de tu Padre Dios.

*¿A qué esperas para conducirte siempre —jéste ha de ser el motivo de tu vivir!— como un hijo de Dios?*¹⁷.

De este modo seremos también sencillos en el trato con nuestro Padre Dios; tendremos un amor filial que no dejará sitio a los monólogos interiores —frecuente origen de complicaciones—, porque viviremos en continuo diálogo con el Señor. Y sabremos acudir a la Santísima Virgen, con piedad de hijos pequeños.

(17) *Forja*, n. 226.

356.

MARTES

—El alma verdaderamente apostólica comprende y disculpa las flaquezas de los demás.

—En el apostolado hemos de vivir la magnanimidad.

—La *santa intransigencia* con el error es inseparable de la *santa transigencia* con las personas.

SE ACERCABA el momento en que Jesucristo había de ofrecer su vida en el Calvario, para la redención de los hombres, y cuenta San Lucas que el Señor, en compañía de los Apóstoles, *decidió firmemente marchar hacia Jerusalén. Y envió por delante unos mensajeros, que entraron en un aldea de samaritanos para prepararle hospedaje, y no le acogieron, porque daba la impresión de ir a Jerusalén. Al ver esto, sus discípulos Santiago y Juan dijeron: Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma? Y volviéndose, les reprendió. Y se fueron a otra aldea*¹.

Una vez más, Jesucristo da a los Apóstoles una lección de mansedumbre, de transigencia santa con las personas, aunque se hallen en el error, de comprensión y de disculpa. Y escribe nuestro Fundador en una de sus Cartas: *el Señor ha querido para noso-*

(1) *Ev. (Luc. IX, 51-56).*

(ros ese espíritu, que es el suyo. ¿No veis su continuo afán por estar con la muchedumbre? ¿No os enamora contemplar cómo no rechaza a nadie? Para todos tiene una palabra, para todos abre sus labios dulcísimos; y les enseña, les adoctrina, les lleva nuevas de alegría y de esperanza, con ese hecho maravilloso, único, de un Dios que convive con los hombres².

En aquellos momentos, el celo de Santiago y de Juan era un celo amargo. Aún no comprendían —se lo haría entender más tarde el Espíritu Santo— que el alma verdaderamente apostólica sabe comprender las flaquezas ajenas, siguiendo el ejemplo del Maestro. Cristo quiere que todos los hombres se salven (*I Tim. II, 4*), *que nadie se pierda; y se apresura a dar su vida por todos, en un derroche de amor, que es holocausto perfecto. Jesús no quiere convencer por la fuerza y, estando junto a los hombres, entre los hombres, les mueve suavemente a seguirle, en busca de la verdadera paz y de la auténtica alegría.*

Nosotros, hijas e hijos míos, hemos de hacer lo mismo, porque nos empuja esa misma caridad de Cristo: *caritas Christi urget nos (II Cor. V, 14). Con la luz siempre nueva de la caridad, con un generoso amor a Dios y al prójimo, renovaremos, a la vista del ejemplo que nos dio el Maestro, nuestras ansias de comprender, de disculpar, de no sentirnos enemigos de nadie.*

Nuestra actitud —ante las almas— se resume así,

(2) De nuestro Padre, Carta, 16-VII-1933, n. 2.

*en esa expresión del Apóstol, que es casi un grito: caritas mea cum ómnibus vobis in Christo Iesu! (I Cor. XVI, 24): mi cariño para todos vosotros, en Cristo Jesús. Con la caridad, seréis sembradores de paz y de alegría en el mundo, amando y defendiendo la libertad personal de las almas, la libertad que Cristo respeta y nos ganó (cfr. Galat. IV, 31) *

LA OBRA de Dios ha nacido para extender por todo el mundo el mensaje de amor y de paz, que el Señor nos ha legado; para invitar a todos los hombres al respeto de los derechos de la persona. Así quiero que mis hijos se formen, y así sois.

A vuestra unidad de vida, debe corresponder una magnanimidad espontánea, renovada cada día, que ha de estar patente y se ha de manifestar en todas las cosas, de manera que —como fieles soldados de Cristo Jesús en el mundo— sepáis ofrecerlos en holocausto, diciendo de veras: con plena sinceridad, con alegría, me he entregado, Señor, con todo lo que tengo (I Par. XXIX, 17).

Esta ha de ser vuestra preparación, para el apostolado continuo que Jesús nos pide, como es continuo el latir del corazón. Hijos míos, el Señor nos ha llamado a su Obra en momentos, en los que se habla mucho de paz, y no hay paz: ni en las almas, ni en las institucio-

nes, ni en la vida social, ni entre los pueblos. Se habla continuamente de igualdad y de democracia, y hay castas: cerradas, impenetrables.

Nos ha llamado en un tiempo, en el que se clama por la comprensión, y la comprensión no se vive, a veces ni entre las personas que obran de buena fe y quieren practicar la caridad, porque la caridad, más que en dar, está en comprender.

Son momentos, en los que los fanáticos y los intransigentes —incapaces de admitir razones ajenas— se curan en salud, tachando de violentos y agresivos a los que son sus víctimas. Nos ha llamado, en fin, cuando se oye hablar mucho de unidad, y quizá sea difícil concebir que pueda darse mayor desunión, no ya entre los hombres en general, sino entre los mismos católicos.

*En esta atmósfera y en este ambiente hemos de dar el ejemplo, humilde y audaz al mismo tiempo, perseverante y sellado con el trabajo, de una vida cristiana, íntegra, laboriosa, llena de comprensión y de amor a todas las almas *.*

Es la enseñanza constante de Jesucristo. También en la Misa de hoy, la liturgia nos recuerda que el Hijo del hombre ha venido para servir, y dar su vida en redención por muchos ⁵.

Jesús acoge a todos, no rechaza a nadie. Su celo por las almas no es desabrido, sino afectuoso: es el

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, nn. 2-3.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, nn. 3-5.

(5) *Allel.* {*Marc.* X, 45}.

Buen Pastor que sale en busca de la oveja perdida para conducirla suavemente al aprisco. *Hijos míos* —escribe nuestro Padre—, *el celo por las almas ha de llevarnos a no sentirnos enemigos de nadie, a tener un corazón grande, universal, católico; a volar como las águilas, en alas del amor de Dios, sin encerrarnos en el gallinero de rencillas o de banderías mezquinas, que tantas veces esterilizan la acción de los que quieren trabajar por Cristo.*

*Es un celo tal —en una palabra— el que debemos tener, que nos llevará a darnos cuenta de que in Christo enim Iesu ñeque circumcisio aliquid valet ñeque praeputium, sed nova creatura (Galat. VI, 15), que —ante la posibilidad de hacer el bien— lo que verdaderamente cuentan son las almas*⁶.

EL ESPÍRITU que Dios ha querido para su Obra es ajeno tanto a la intolerancia con las personas como a la transigencia con el error. *No se me ocultan las dificultades que podréis encontrar. Es cierto —os lo hago notar siempre— que, en este mundo del que sois y en el que permanecéis, hay muchas cosas buenas, efectos de la inefable bondad de Dios. Pero los hombres han sembrado también cizaña, como en la parábola evangélica, y han propalado falsas doctrinas que envenenan las inteligencias y les hacen rebelarse, a veces rabiosamente,*

(6) De nuestro Padre, *Carla*, 16-VII-1933, n. 5.

contra Cristo y contra su Iglesia Santa.

Ante esa realidad, ¿cuál ha de ser la actitud de un hijo de Dios en su Obra? ¿Será acaso la de pedir al Señor, como los hijos del trueno, que baje fuego a la tierra y consuma a los pecadores? (cfr. Luc. IX, 54). ¿O tal vez lamentarse continuamente, como un ave de mal agüero o un profeta de desgracias?

Sabéis bien, hijas e hijos míos, que no es ésa nuestra actitud, porque el espíritu del Señor es otro: Filius hominis non venit animas perdere, sed salvare (Luc. IX, 56), y suelo traducir esa frase diciéndoos que hemos de ahogar el mal en abundancia de bien. Nuestra primera obligación es dar doctrina, queriendo a las almas.

La regla, para llevar a la práctica este espíritu, también la conocéis: la santa intransigencia con los errores, y la santa transigencia con las personas, que estén en el error. Es preciso, sin embargo, que enseñéis a muchas gentes a practicar esa doctrina, porque no es difícil encontrar quien confunda la intransigencia con la intemperancia, y la transigencia con la dejación de derechos o de verdades que no se pueden baratear.

*Los cristianos no poseemos —como si fuera algo humano o un patrimonio personal, del que cada uno dispone a su antojo— las verdades que Jesucristo nos ha legado y que la Iglesia custodia. Es Dios quien las posee, es la Iglesia quien las guarda, y no está en nuestras manos ceder, cortar, transigir en lo que no es nuestro*⁷.

(7) De nuestro Padre, *Carla*, 16-VII-1933, n. 6.

No transigimos en nada de lo que se refiere al depósito de la fe, confiado por Cristo a la Iglesia, sencillamente *porque es la verdad, y la verdad no tiene términos medios*⁸. Pero, *junto a la santa intransigencia* —escribe nuestro Fundador—, *el espíritu de la Obra de Dios os pide una constante transigencia, también santa. La fidelidad a la verdad, la coherencia doctrinal, la defensa de la fe no significan un espíritu triste, ni han de estar animadas por un deseo de aniquilar al que se equivoca.*

Quizá sea ése el modo de ser de algunos, pero no puede ser el nuestro. Nunca bendeciremos como aquel pobrecito loco que —aplicando a su modo las palabras de la Escritura— deseaba sobre sus enemigos ignis, et sulphur, et spiritus procellarum (cfr. Ps. X, 7); fuego y azufre, y vientos tempestuosos.

*No queremos la destrucción de nadie; la santa intransigencia no es intransigencia a secas, cerril y desabrida; ni es santa, si no va acompañada de la santa transigencia*⁹.

La Virgen Santísima comprende y disculpa como nadie las miserias de sus hijos; y nadie ha sido más fiel que Ella a la Voluntad de Dios. Pidámosle que, en nuestra vida y a nuestro alrededor, sepamos hacer una siembra abundante de comprensión con las personas y de lealtad a Dios.

(8) De nuestro Padre, *Carla*, 16-VIM933, n. 7.

(9) De nuestro Padre, *Carla*, 16-VII-1933, n. 8.

357.

MIÉRCOLES

—Descubrir las vocaciones para la Obra, que Dios ha suscitado desde la eternidad.

—Condiciones de la posible vocación a la Obra.

—Seguir fielmente las indicaciones recibidas.

HAY UN pasaje del Evangelio en el que aparece claramente que la buena disposición no basta para recibir la llamada de Dios. Lo recoge la Misa de hoy, cuando leemos que *mientras Jesús y sus discípulos iban de camino, uno le dijo: te seguiré a donde quiera que vayas* >. No hay duda de que aquel hombre estaba dispuesto a ir en pos de Jesucristo, pero eso sólo no era suficiente, y el Señor le hace ver que ha de estar en condiciones de darlo todo: *Jesús le dijo: las zorras tienen sus guaridas y los pájaros del cielo sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza*².

Es cierto que Dios ama a todos, que sobre todos derrama a raudales su misericordia. Pero sólo a algunos elige con vocación especial para seguirle más de cerca. Y entre esos, sin merecimiento alguno por nuestra parte, nos contamos los que hemos recibido la vocación al Opus Dei. *Somos, no lo olvidéis* —repe-

1) Ev. (Luc. IX, 57).

(2) *Ibid.*, 58.

tía nuestro Padre—, *como una brasa encendida: dondequiera que se la deje, si no se apaga —¡y qué pena si tu alma o la mía se apagasen!—, si no se apaga, tiene que quemar o, por lo menos, elevar la temperatura de lo que está a su alrededor*³.

A imitación de Jesucristo, sentimos preocupación apostólica por todas las almas: *por los paganos, para llevarles al bautismo; por los cristianos no católicos, para acercarlos a la unión; por los católicos, para que sean más fervorosos; y por todos, para que puedan encontrarse con Dios y convertir de esta manera su trabajo profesional, los deberes de su propio estado, en un motivo de perfección cristiana en el mundo, para alabar así al Señor*⁴.

Sentimos el gozo de haber sido elegidos por Dios como instrumentos de su voluntad salvífica universal; y a la vez comprendemos la necesidad de que otros muchos se dediquen a esa tarea divina de hacer el Opus Dei, para que la gracia de Dios llegue a todas las almas. Nuestra labor de proselitismo tiene un sentido universal.

No somos nosotros los que llamamos al Opus Dei a esas almas especialmente escogidas para trabajar por el Señor en su Obra. Dios mismo las elige desde toda la eternidad: *non vos me elegistis, sed ego elegi vos*⁵. Nuestra misión consiste en descubrir esas

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 3.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 3.

(5) *Ioann*, XV, 16.

vocaciones por medio de una labor de selección que es indispensable. Escribió nuestro Padre: *en todos los niveles de la sociedad, buscad especialmente —con la gracia de Dios— vocaciones a su Obra entre aquellas personas que, por su trabajo, se encuentran en centros vitales de la convivencia humana, en aquellas situaciones que constituyen, por decir así, nudos o lugares de encuentro e intersección de densas relaciones sociales.*

No me refiero sólo a los puestos rectores de una comunidad nacional o superior, desde los que —con espíritu de servicio— tanto bien se puede hacer, para lograr que la sociedad se estructure de acuerdo con las exigencias de Cristo, que son garantía de paz verdadera y de auténtico progreso social.

Me refiero también —porque interesan tanto o más— a aquellos puestos, profesiones u oficios que, en la esfera de las sociedades menores, son, por su naturaleza, medios de contacto con multitud de gentes, desde los que se puede formar cristianamente su opinión, influir en su mentalidad, despertar su conciencia, con ese constante afán por dar doctrina, que debe caracterizar a todos los hijos de Dios en su Obra^b.

AUNQUE siempre seremos pocos, en comparación con la muchedumbre que puebla la tierra, no

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959, n. 13.

podemos olvidar unas palabras de nuestro Padre: *tengo certeza de que la llamada —la llamada específica de que vengo hablando en esta carta—, es para muchos: porque en la Obra no hay clasismos, porque interesan todas las almas*⁷.

Labor nuestra es reconocer en quienes tratamos las señales de su posible vocación, las condiciones queridas por Dios para servirle en la Obra. Porque el Señor *a quienes elige para una misión, los prepara y dispone de suerte que sean idóneos para desempeñar la misión para la que fueron elegidos*^a.

Los que reciban esa llamada han de tener un carácter *sincero, recto, sociable (...), idóneo y apto para ejercer la acción y el apostolado individual: y han de ser también tenaces, dóciles, dispuestos a una profunda formación y transformación*⁹, anotó la Santa Sede en el documento de aprobación del Opus Dei. Mucho antes, nuestro Padre había escrito que *el tono humano de la Obra de Dios, su ambiente, es la aristocracia de la inteligencia —especialmente en los varones— y una extremada delicadeza en el trato mutuo*.

*Para esto, son indispensables circunstancias de virtud, talento, carácter y posición. Desde luego, la virtud suple siempre la falta de otras cualidades*¹⁰.

Pero *no os olvidéis* —reafirma nuestro Fundador en otro documento— *de que, al Opus Dei, pueden ve-*

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 12.

(8) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 27, a. 4 c.

(9) Decreto *Primum inter*, 16-VM950, p. 31.

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934, nn. 63-64.

*nir lo mismo los doctos y los sabios que los ignorantes. Dejadme que os haga sonreír, diciéndoos que sólo con sabios, que suelen estar en la luna, ni siquiera podríamos decir que éramos todo cabeza: bienvenidos sean los sabios a la Obra, pero nos conformamos con que la mayoría —todos los demás— sean doctos en su profesión o en su oficio*ⁿ.

El amor a Dios y a las almas movió a nuestro Padre a dejar constancia de este criterio de selección: no caben: los egoístas, ni los cobardes, ni los indiscretos, ni los pesimistas, ni los tibios, ni los tontos, ni los vagos, ni los tímidos, ni los frívolos. —Caben: los enfermos, predilectos de Dios, y todos los que tengan el corazón grande, aunque hayan sido mayores sus flaquezas¹².

Sería falta de caridad y de justicia llamar a la Obra a quien no reuniera condiciones, porque sólo los que son llamados por Dios podrán ser eficaces en el Opus Dei. *No quiero detenerme (...)*, escribió también nuestro Padre, *detallando la labor maravillosa de estos hombres modestos. Pero tampoco paso de aquí sin levantar mi corazón a Dios y a Santa María, invocando a los Santos Angeles Custodios nuestros, en petición de almas apostólicas, de hombres y de mujeres, ¡no sabios!, cultos, santos, discretos, obedientes y enérgicos, que son quienes sacarán adelante la Obra, como premio de su humildad*ⁿ.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 109.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934, n. 65.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934, n. 68.

*ENTONAD al Señor un cántico nuevo, porque ha obrado maravillas*¹⁴: Dios ha querido volcar su amor sobre las almas y *ha abierto todos los caminos divinos de la tierra a todos los hombres, porque ha hecho ver que todas las tareas nobles pueden ser ocasión de un encuentro con Dios, convirtiendo así los humanos que-haceres en trabajos divinos*¹⁵.

Si seguimos fielmente las instrucciones que ha dado nuestro Padre sobre la selección en la labor de proselitismo, nuestra pesca será más abundante y más eficaz la tarea que realizamos al servicio de la Iglesia. *Cuando, por boca de Jeremías, el Señor predice la futura liberación del pueblo hebreo que está en el exilio, y hace notar que, si antes les había sacado de Egipto, ahora sacará a sus siervos de terra Aquilonis et de cunctis terris flerem. XXIII, 8), pienso en que habrá muchas llamadas a la Obra de Dios, sin discriminación. El Señor los traerá de todas las clases sociales, de todos los talentos, de los que están arriba, de los que están abajo, y —como vuelve a decir Jeremías— de los que están en las entrañas de la tierra*¹⁶.

Por eso, os he dicho con frecuencia que interesa —interesa a Dios Nuestro Señor— que haya muchas vocaciones entre las gentes que son claves en los pueblos: personal de las corporaciones municipales —secretarios de ayuntamiento, concejales, etc.—, maestros,

(14) Ps. XCVII, 1.

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 1.

(16) De nuestro Padre, *Carla*, 9-11932, n. 13.

barberos, vendedores ambulantes, farmacéuticos, comadronas, carteros, mozos de restaurantes, sirvientas, voceadores de periódicos, dependientes de comercio, etc.

*Nuestra labor debe llegar hasta el último pueblo, porque el afán de amor y de paz, que nos mueve, empapará de espíritu cristiano todas las actividades del mundo, a través de este trabajo capilar, que cuida de informar cristianamente las células vivas que forman las comunidades superiores. No deberá haber ningún pueblo, donde no irradie nuestro espíritu algún Supernumerario. Y, según nuestro modo tradicional de hacer, ese hijo mío procurará enseguida pegar a otros su inquietud santa: y pronto habrá allí un grupo de hijos de Dios en su Obra, que se atenderá convenientemente —con los viajes y visitas que sean necesarios—, para que no se agoste, sino que se mantenga vibrante y activo*ⁿ.

*Vamos a dirigirnos al que tiene poder sobre todas las cosas, para concedernos infinitamente más de lo que pedimos o pensamos*¹⁸, rogándole que sepamos encontrar muchas personas con las condiciones precisas para servir al Señor en el Opus Dei. Se lo pedimos también a la Virgen, porque cada vocación es un regalo mañanao.

(17) De nuestro Padre, *Cana*, 9-1-1959, n. 13.

(18) Ephes. III, 20.

358.

JUEVES

—Universalidad de nuestro apostolado.

—Hemos de ir a todas las almas, y hacer de todas las circunstancias ocasión de apostolado.

—Importancia del apostolado *ad fidem*.

JESUCRISTO, que ha venido *para que todos los hombres sean salvos* \ quiere asociar a los hombres a su obra redentora. Durante los años de su ministerio público, llamó a los doce Apóstoles, y también designó el Señor a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de El a toda ciudad y lugar a dónde El había de ir².

Desde entonces, han pasado casi dos mil años. Y ¿es posible que lleve Cristo tantos años —veinte siglos— actuando en la tierra, y que el mundo esté así? ¿Es posible que aún haya gente que no conozca al Señor? Tenemos la culpa nosotros, que hemos sido llamados a ser corrededores, y a veces no correspondemos a esa voluntad de Dios. Porque, contra la voluntad divina de redimir el mundo, está Satanás —que existe, con sus espíritus inmundos—, y están nuestras malas pasiones y nuestra libertad, con la que tenemos la tremenda facultad de poder escoger la Muerte en vez de la Vida.

(1) 1 Tim. II, 4.

(2) Ev. (Luc. X. 1).

*Cristo, que subió a la Cruz con los brazos así, abiertos de par en par, con gesto de Sacerdote Eterno, quiere contar con nosotros, que no somos nada, para llevar a los hombres los frutos de la Redención*³.

Es una llamada imperiosa a mantener siempre vivo el afán apostólico. *No se nos puede ocultar que resta mucho por hacer. En cierta ocasión, contemplando quizá el suave movimiento de las espigas ya granadas, dijo Jesús a sus discípulos: la mies es mucha, pero los obreros son pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe trabajadores a su campo* (Matth. IX, 38). *Como entonces, ahora siguen faltando peones que quieran soportar el peso del día y del calor* (Matth. XX, 12)*.

De igual modo que envió a aquellos setenta y dos discípulos *a todas partes*, así el Señor nos envía a nosotros, ya que no venimos *a llenar una necesidad particular de un país o de un tiempo determinados, porque quiere Jesús su Obra desde el primer momento con entraña universal, católica* \ Y con esta amplitud de miras hemos de actuar, recordando las palabras del Señor: *haré de las gentes tu heredad, y te daré en posesión los confines de la tierra*⁶. No hay limitación geográfica, ni social, ni política, ni racial; *todo es vuestro, y vosotros de Cristo*⁷. Con to-

(3) De nuestro Padre, Tertulia, 13-IV-1968.

(4) £5 *Cristo que pasa*, n. 158.(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934, n. 15.

(6) Ps. II, 8.

(7) 1 Cor. III, 22-23.

da verdad podemos decir: *cristiano es mi nombre, católico mi apellido*⁸.

LA IGLESIA de Cristo está por encima de todas las diferencias humanas, y no excluye a nadie: *llama a sus ciudadanos de entre todas las gentes, y de todas las lenguas reúne su comunidad peregrina en la tierra; no se preocupa de lo que es distinto en las leyes, en las instituciones; no rescinde ni destruye ninguna de esas cosas, sino que las conserva y las continúa*⁹. Todo lo humano que no va contra Dios puede ser santificado, puede participar de la gloria que los hijos rinden a su Padre Dios.

Los profetas habían anunciado esa extensión sin límites del Reino de Dios. La venida del Espíritu Santo iba a tener consecuencias maravillosas: *atronó Dios desde los cielos, y el Altísimo hizo resonar su voz; y aparecieron las fuentes de las aguas*¹⁰. Esa voz llegará a todas las partes de la tierra: *desde el oriente hasta el ocaso es grande mi Nombre entre las gentes, y en todo lugar se ofrece a mi Nombre un sacrificio humeante y una oblación pura* ".

Mas esta extensión del Reino de Dios es responsabilidad personal de cada uno de los cristianos, y se concreta en una tarea bien definida. *Hijas e hijos*

(8) San Paciano, *Epístola* 1, 4.

(9) San Agustín, *De civitate Dei* 19, 17.

(10) Ps. XVII, 14, 16.

(11) *Malach.* I, 11.

míos: una advertencia importante. Mirad el ejemplo del Señor: no se limita a predicar a la muchedumbre, sino que se mete en la vida de aquellos con quienes se relaciona más de cerca: y lleva a Nicodemo a profundizar más en su conocimiento de la doctrina divina (cfr. Ioann. III, 1-21), y mueve a la mujer samaritana a cambiar de vida (cfr. Ioann. IV, 7-26), y enseña a Marta cómo obrar en su trabajo (cfr. Luc. X, 38-42).

*Vuestro empeño apostólico se ha de manifestar en la preocupación concreta y positiva por santificar a las personas singulares, que estén cerca de vosotros, por motivos de trabajo, de relaciones sociales, o por cualquier otra razón. Que nadie, que se acerque a vosotros, pueda decir después que no se sintió empujado a tratar más a Jesucristo, a amar más a Dios*¹¹.

No podemos permanecer pasivos. Nos ha dejado el Señor el mundo para que le llevemos, uno a uno, a tantos que aún no le conocen. Como hicieron aquellos primitivos cristianos, que escribían: *no dejamos de frecuentar el foro, el mercado, los baños, las tiendas, las oficinas, las hosterías y ferias; no dejamos de relacionarnos, de convivir con vosotros en este mundo. Con vosotros navegamos, vamos a la milicia, trabajamos la tierra y de su fruto hacemos comercio. Y vendemos al pueblo para vuestro uso los productos de nuestros quehaceres y fatigas*¹². En medio de esos quehaceres y actividades, se relacionaban con aque-

(12) De nuestro Padre, *Cana*, 15-X-1948, n. 31.

(13) Tertuliano, *Apologeticum* 42, 1-3.

lia inmensa multitud pagana. ¡Y qué afán tuvieron por mejorarlos, por acercarlos al calor de la fe! El mismo afán que debemos tener nosotros hoy, porque —como explicaba nuestro Padre— *queremos mucho a los que aman a Jesucristo, y queremos también mucho a los que no le aman. Pero éstos nos dan además mucha pena: por eso procuramos convivir con ellos afectuosamente, y tratarles y ayudarles: ahogar el mal en abundancia de bien*¹⁴.

HAY MUCHAS almas buenas en el mundo, que no conocen a Cristo; personas como el centurión Cornelio, gentil, aunque temeroso de Dios, cuya conversión narra San Lucas en los Hechos de los Apóstoles. Es un suceso importante, porque es el primer gentil que fue llamado a la Iglesia de Jesucristo; y este hecho hizo exclamar a Pedro: *en verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier pueblo le es agradable todo el que le teme y obra la justicia*¹⁵.

Lo había anunciado Jesucristo, cuando decía a los Apóstoles: *tengo otras ovejas que no son de este redil; a éstas también es necesario que las traiga, y oirán mi voz y formarán un solo rebaño, con un solo pastor*¹⁶. Para conseguirlo, trabajamos con especial empeño en el apostolado *ad fidem*.

(14) De nuestro Padre, n. 99.

(15) Acl. X, 34-35.

(16) Ioann. X, 16.

Nuestra Madre la Iglesia ha sentido siempre la urgencia de ir a todas las gentes, de predicar la verdad a aquellas almas que aún no la han oído. Y, en nuestro días, el Señor ha querido poner su Obra al servicio de este afán evangelizador de la Iglesia, colaborando —entre otros muchos modos— en la tarea de *crear el ambiente cristiano en esos grandes territorios de América, de Australia, de África, casi sin habitar*ⁿ.

Cada uno en su sitio, con los medios sobrenaturales —oración y mortificación—, con el trabajo, con el trato lleno de comprensión y de alegría, con el cumplimiento fiel de nuestros deberes, podemos desarrollar una eficacísima labor evangelizadora: fieles corrientes, simples ciudadanos, hacemos del trabajo profesional, de la situación social que sea, un instrumento apostólico, una apología sincera de la fe.

Oigamos a nuestro Padre: *puedo aseguraros* —escribe en una de sus homilías— *que, con un santo orgullo y sin falsos ecumenismos, me llené de gozo cuando en el pasado Concilio Vaticano II tomaba cuerpo con renovada intensidad esa preocupación por llevar la Verdad a los que andan apartados del único Camino, del de Jesús, pues me consume el hambre de que se salve la humanidad entera.*

Sí, fue muy grande mi alegría, también porque se veía confirmado nuevamente un apostolado tan prefe-

(17) De nuestro Padre, Obras XII-57, p. 10.

*rido por el Opus Dei, el apostolado ad fidem, que no rechaza a ninguna persona*¹⁸.

¡Cómo nos gusta poder trabajar y convivir con personas que no tienen la fe católica, o con católicos apartados de la fe! Y hacer que de ese trabajo surja la amistad personal, y después el cariño a la Obra y a la Iglesia entera, la colaboración en nuestros apostolados, y... ¡tantas veces!, esa gracia que les lleva a conocer y a amar a Jesucristo.

Hemos de amar especialmente el apostolado *ad fidem*, con ansia de extender a todos la eficacia redentora de la Cruz. *Pidamos a Jesucristo que el fruto de su Redención sea abundante: todavía más, más, ¡más abundante! ¡divinamente abundante! Y que, para esto, nos haga buenos hijos de su Madre bendita*¹⁹.

(18) *Amigos de Dios*, nn. 226-227.

(19) De nuestro Padre, Meditación, 4-II-1962.



Encuentro del Señor con la Santísima Virgen, camino del Calvario. Cerámica en la Iglesia prelaticia de Santa María de la Paz.

359.

VIERNES

- Nuestra obediencia debe ser inteligente.
- Obediencia rendida: evitar el juicio crítico.
- Confianza en los Directores.

NOS HA llamado el Señor para hacer una labor sobrenatural, una tarea que sobrepasa absolutamente las fuerzas humanas. Y si ya en una empresa de hombres, la disciplina es elemento fundamental de eficacia; si la organización y la distribución de actividades es requisito indispensable para obtener buenos resultados, cuando la empresa es divina, la obediencia es absolutamente necesaria. Lo ha dicho el Señor, y la Iglesia nos lo recuerda hoy en el Evangelio: *quien a vosotros oye, a mí me oye; quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia; y quien a mí me desprecia, desprecia al que me ha enviado* ¹.

Para conseguir nuestro fin, para la eficacia del apostolado, no contamos con medios simplemente humanos: los modos ascéticos y apostólicos propios de la Obra nos han venido de Dios, a través de nuestro Fundador. No son frutos de nuestro esfuerzo, ni de nuestra mayor o menor perspicacia, sino conse-

(1) Ev. (Luc. X, 16).

cuencia del espíritu del Opus Dei. De ahí la necesidad de la obediencia.

Pero no basta querer obedecer: hay que saber hacerlo. *¿Quieres obedecer cabalmente?... Pues escucha bien, para comprender el alcance y el espíritu de lo que te indican; y, si algo no entiendes, pregunta*².

Nuestra obediencia ha de ser inteligente; así nos lo enseñaron desde el principio. Al obedecer ponemos en acción todas nuestras facultades. Una obediencia inerte, de instrumento inanimado, que nada hace de su parte, no se comprende en una persona del Opus Dei, que se sabe plenamente responsable de la empresa que lleva entre manos. Los Directores cuentan con esta disposición nuestra y *ordinariamente no nos dirán, no nos concretarán el mandato hasta el último detalle. Nos señalarán lo que hay que hacer, y entonces cada uno, poniendo la cabeza y el corazón, y consultando cuando sea necesario, saca adelante lo que le han encomendado*³.

Para obedecer así, de modo inteligente, es necesario saber escuchar, hacerse cargo de los términos del mandato. *La mayor parte de las desobediencias provienen de no saber "escuchar" el mandato, que en el fondo es falta de humildad o de interés en servir*⁴. Y si no se entiende, hay que preguntar de nuevo, poner atención a lo que nos dicen. Incluso, si se diera

(2) *Surco*, n. 380.

(3) De nuestro Padre, Crónica XII-66, p. 12.

(4) *Surco*, n. 379.

el caso, *tenemos también obligación de exponer al Director aquellas cosas que juzgamos necesario que conozca, cuando nos parece que una indicación que nos señala presenta alguna faceta desconocida para él. Pero, si a pesar de eso, insiste, tenemos que obedecer, si no es ofensa de Dios. Y no nos equivocamos al hacerlo: Dios sacará de aquello todo el bien*⁵.

No tiene por fin la obediencia el simple sometimiento de nuestra razón, o el que ajustemos férreamente la voluntad a otra ajena, ni el humillarnos bajo la autoridad superior. La obediencia es fruto del amor al Señor, de querer cumplir su voluntad, que se nos manifiesta a través de los Directores.

OBEDIENCIA inteligente no significa poner en tela de juicio lo que nos mandan, sino tener el juicio abierto y todas las energías preparadas para realizar plenamente la tarea encomendada. No se trata, pues, de *buscar* inconvenientes. No ha de poder aplicarse nunca a nosotros aquella reprensión que escribió nuestro Padre: *hablas, criticas... Parece que sin ti nada se hace bien*.

—*No te enfades si te digo que te conduces como un déspota arrogante* \

La obediencia nos une al Señor, que vino a la tierra para hacer la voluntad de su Padre. Seguimos *el*

(5) De nuestro Padre, Crónica XII-66, pp. 12-13.

(6) *Surco*, n. 706.

*ejemplo de Cristo, que con su obediencia hasta la muerte abrió a todos los hombres el gozoso camino de la libertad de los hijos de Dios*⁷. Por tanto, hemos de obedecer rendidamente: *non mea voluntas, sed tua fiat*⁸.

El juicio crítico está tan lejos de la obediencia rendida, como de la obediencia inteligente. El espíritu crítico no es inteligente, porque olvida uno de los datos, el más importante: el motivo sobrenatural. Además, el espíritu crítico se opone a la intrepidez y a la audacia; incapacita para dar amplios vuelos al pensamiento, y hace ir por la vida con ánimo empequeñecido. Espíritu crítico es sinónimo de espíritu encogido, encarcelado, sin optimismo humano ni fe sobrenatural. La persona con espíritu crítico hace pasar todo por el tamiz de su punto de vista estrecho y parcial.

La obediencia, fruto de la fe, aumenta en nosotros el amor de Dios. *Al repudiar la arrogancia y engendrar la humildad se hace puerta y umbral de la caridad*⁹. Nos sabemos embarcados en una empresa divina, y comprendemos que a veces nuestras previsiones, nuestras conjeturas se quedan cortas. *Hoy, que el ambiente está lleno de desobediencia, de murmuración, de trapisonda, de enredo, hemos de amar la obediencia. Hijos míos, debéis obedecer a los Directores, y así, a través de los Directores obedecéis a este Padre vuestro. Y si no, no hacemos nada en el Opus Dei*¹⁰.

(7) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 37.

(8) *Luc.* XXII, 42.

(9) Diálogo de Fótica, *Capita cénium de perfectione spirituali* 41.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 24X11-1963.

Es falta de fe el espíritu crítico, falta de visión sobrenatural, fruto de la soberbia. Y *la soberbia, antes o después, acaba por humillar, cara a los demás, al hombre "más hombre", que actúa como una marioneta vanidosa y sin cerebro, movida por los hilos que acciona satanás*ⁿ.

Hemos de pedir al Señor que no permita el espíritu crítico en nuestra vida, que desarraigue todo asomo de esa actitud, de resultados tan amargos. Porque, de lo contrario, no aprenderemos a vivir el espíritu de la Obra, y nunca seremos eficaces. *Tú debes convencerte*, decía nuestro Padre, *de que si no sabes obedecer, no serás eficaz*¹².

LA CONDICIÓN primera de una obediencia inteligente y rendida es la confianza en los Directores. Confianza fundamentada en razones sobrenaturales, que tiene siempre manifestaciones humanas, de fraternidad, que hacen amable nuestra vida en el Opus Dei. *El gobierno de la Obra* —nos enseñó nuestro Fundador— *se basa en la libertad y en la confianza. Confianza del que manda, en la responsabilidad del que obedece. Por eso he dicho alguna vez que la Obra es como una organización desorganizada, en la que cada Región, cada casa, actúa con plena autonomía. Hijos míos, no vayáis nunca en manada, formando un grupo. Cada uno, con su libertad personal y su perso-*

(11) *Surco*, n. 703.

(12) De nuestro Padre, Meditación, 9-IIM962.

nal responsabilidad. Creo en la libertad como medio de formación; creo en la libertad como medio de eficacia; creo en la confianza como condición de unidad".

Todo contribuye en la Prelatura a facilitar ese amor y esa confianza en los Directores. Nos sabemos empeñados en el mismo fin, unidos por un mismo espíritu, formando parte de una familia sobrenatural. Esa íntima compenetración hace posible y fácil la obediencia según el espíritu del Opus Dei. Comienzan los Directores por mandar con delicadeza, como en una familia. *Un por favor, y vamos de cabeza repetía nuestro Padre. Es lo más fuerte que tenemos para mandar: por favor. Mandar con delicadeza, respetando la libertad, respetando la inteligencia y la voluntad del que obedece. De otra manera, es pretender una obediencia perinde ac cadáver, y, como os he dicho, yo con cadáveres no voy a ninguna parte. Somos seres vivos, hijos de Dios: a los muertos los sepultamos piadosamente*".

A esa confianza de los Directores en nosotros, hemos de responder con la misma actitud. Por eso solía repetir nuestro Fundador que el miedo a los que mandan es la peor de las tentaciones, la más diabólica. Ha de ser el amor lo que nos mueva: mandar y obedecer son, en definitiva, una cosa sola: servir.

En las personas que gobiernan, vemos al Padre, al mismo Cristo. Nunca habrá motivos entonces para desconfiar. Ante las indicaciones recibidas, nuestra

(13) De nuestro Padre, Crónica VII-66, p. 58.

(14) De nuestro Padre, Crónica XII-66, p. 12.

actitud es de agradecimiento; porque son una manifestación del amor que el Señor nos tiene, puesto que nos llevan derechamente a cumplir su Voluntad, y así a ser felices, eficaces, fecundos. Esa obediencia es el camino para alcanzar la santidad a la que Dios nos ha llamado, ya que si por la obediencia de Jesucristo fuimos justificados¹⁵, por la obediencia personal recibimos *el Espíritu Santo, que Dios otorga a los que le obedecen*¹⁶. Una obediencia así multiplicará abundantemente el fruto de nuestro apostolado, haciéndose prenda de la promesa del Señor: *si vosotros obedecéis los mandatos que Yo os prescribo, amando a Yavé, vuestro Dios, sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, Yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía; y cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite, y daré hierba a tus campos para tus ganados, y de ellos comerás y te saciarás*".

La Virgen nuestra Madre es Maestra de obediencia; de obediencia inteligente, confiada, que no duda en preguntar algo que no ha entendido: *quomodo fiet istud?*¹⁸, ¿cómo se hará esto? Y de obediencia rendida, incondicional: *fiat mihi secundum verbum tuum*¹⁹, hágase en mí según tu palabra. La fecundidad de su obediencia fue infinita: por Ella recibimos al Salvador.

(15) Cfr. Rom. V, 19.

(16) Hebr. V, 7-9.

(17) Deut. XI, 13-15.

(18) JLMC. I, 34.

(19) Ibid. 38.

360.

SÁBADO

—Necesidad de la prudencia sobrenatural.

—Manifestación de la prudencia en el desempeño de los cargos apostólicos es tener en cuenta la opinión de los demás.

—Ventajas de este modo de proceder.

*ENSÉÑAME la bondad, la prudencia y la ciencia, porque he creído tus mandamientos*¹. Es la oración que la Iglesia pone hoy en nuestros labios, eco del consejo que encontramos muchas veces en la Sagrada Escritura: *sed prudentes, y vigilad en oración*², pide San Pedro. Y en el libro de los Proverbios leemos: *dejaos de simplezas y andad por la senda de la prudencia*³.

Lo entendemos bien, porque sin prudencia, sin un estudio sereno y atento de los planes de trabajo y de apostolado, se malogran los mejores deseos, y la buena voluntad resulta estéril. *Todas las demás virtudes* —dice San Gregorio—, *si no realizan prudentemente todo lo que apetecen, no pueden ser virtudes*⁴. Son impulso ciego, esfuerzo inútil, e incluso perjudicial.

(1) Ps. R. (II) (Ps. CXVIII, 66).

(2) 1 Petr. IV, 7.

(3) Prov. IX, 6.

(4) San Gregorio Magno, *Moralia* 22, 1.

Nuestro Padre nos enseñó que *el Opus Dei no improvisa nada*⁵. Toda labor va precedida de un estudio profundo, y de mucha oración y mortificación. El apostolado y el proselitismo son también fruto de un trabajo hondo, muchas veces de años. Y lo mismo nuestra formación, que no acaba nunca. Por eso, cuando algunas personas decían que *el Opus Dei va demasiado deprisa*, nuestro Padre solía comentar que vamos deprisa y despacio, *al paso de Dios*, con sentido de urgencia pero sabiendo esperar, dando tiempo al tiempo, sin precipitación. *Las cosas urgentes pueden esperar* —nos decía—, *y las cosas muy urgentes deben esperar*⁶. Hay que estudiarlas, con serenidad y calma.

Nos hablaba también nuestro Fundador de ríos y de remansos. El río corre con fuerza, con abundancia de agua; pero a veces se detiene en recodos, donde el flujo se aquieta y se hace más sereno, para seguir otra vez río abajo y ser de nuevo torrente veloz. Nuestro papel en el conjunto de las labores debe ser la del *remanso de agua limpia donde el río sigue corriendo, y se detiene lo justo y preciso; pero no charca, pantano de ineficacia que mataría el cauce y secaría el terreno que hay delante; y haría difícil, y desde luego más largo, el curso del agua hasta el mar*⁷. Luchamos en nuestro trabajo por no *hacer charca*, por no

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 96.

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 65.

(7) De nuestro Padre, *Crónica* VIII-57, p. 7.

detener nunca lo que debería ir a otros remansos. Procuramos facilitar la labor de los demás, hacerla fecunda y enriquecerla con nuestra aportación personal.

Remansos. Serenidad. Estudio. Medida. De este modo, ponemos en práctica lo que nos dice el Apóstol: *vivir no como necios, sino como sabios, aprovechando el tiempo*⁸.

*SIERVO tuyo soy yo: dame entendimiento para que conozca tus mandatos*⁹. El Señor nos ayuda siempre. Es El quien arroja la semilla de la fecundidad y quien hace madurar los frutos. Porque, como afirma el salmo, *la declaración de tus palabras alumbró y da entendimiento a los pequeñuelos*¹⁰.

El Señor nos ayuda cuando ponemos las medidas de prudencia que en Casa hemos aprendido, para el buen gobierno y para el desarrollo de las labores apostólicas. Uno de esos criterios es tener en cuenta la opinión de los demás, consultar a nuestros hermanos. Por mucha formación que hayamos adquirido, siempre nos veremos en la necesidad de consultar con otras personas los asuntos de importancia que debamos resolver. Nuestra vida en la Obra no se reduce a la inmediata aplicación de unos

(8) Ephes. V, 16.

(9) Ps. R. (II) /Ps. CXVIII, 125).

(10) *Ibid.*, 130.

principios generales, de unas recetas previamente estudiadas. Sería demasiado simple pretender resolver así la complejidad de las cuestiones que se presentan en la vida. Las disyuntivas ante un determinado problema no son ecuaciones matemáticas con una solución única, capaz de ser hallada por una sola mente. Caben múltiples actitudes más o menos razonables, cada una con sus ventajas y sus inconvenientes.

De ahí que no pueda ser uno solo quien gobierne y decida. *Está dispuesto que en todas nuestras casas y Centros, en todas nuestras actividades, haya un gobierno colegial, porque ni vosotros ni yo nos podemos fiar exclusivamente de nuestro criterio personal. Y esto no está dispuesto sin una particular y especial gracia de Dios: por eso, sería un grave error no respetar ese mandato*¹¹. Incluso en decisiones que tienen poca trascendencia, es necesario *que intervengan los que tienen derecho, y más si se trata de resolver algo por escrito, aunque sea redactar un telegrama, aunque sean pequeneces. ¡Qué paz da hacer las cosas así!*¹².

*No te apoyes en tu prudencia*¹³, aconseja la Escritura. Y nuestro Fundador añade: *me da mucha alegría que améis el gobierno colegial y que tengáis horror a la tiranía. No tiene por qué conceder Nuestro Señor luces a una persona que no ha sabido formar a*

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 28.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 39.

(13) Prov. III, 5.

*sus colaboradores. El gobierno colegial es manifestación de humildad, porque significa que cada uno no se fía de su propio juicio*¹⁴.

Aunque tengamos muy metida en el corazón la necesidad de proceder de este modo, es preciso que no lo dejemos de vivir por las dificultades que lleva consigo. La falta de tiempo, la dificultad de comunicarnos con aquella persona que podría darnos su parecer, la dificultad de reunirse para estudiar un determinado asunto, pueden ser obstáculos que hagan inoperantes nuestros buenos deseos. Es necesario superar esos inconvenientes. Saber esperar, hasta que se haya encontrado la solución justa, ser ese remanso de serenidad y de decisiones ponderadas de que nos hablaba nuestro Padre, ser aquel *siervo fiel y prudente que un señor puso para atender a su familia y repartir a cada uno el alimento en el tiempo oportuno*¹⁵.

EL METAL precioso, para probar su valor, necesita de la piedra de toque: nosotros comprobamos si nuestro juicio es oro fino, escuchando el juicio de los demás y rectificando, si es preciso. No es una humillación rectificar: es un acto noble, que demuestra sentido común y ganas de servir a Dios.

Los hombres tenemos una manifiesta inclinación a

(14) De nuestro Padre, Carta. 29-IX-1957, n. 61.

(15) Matth. XXIV, 45.

obrar de modo dictatorial, a seguir nuestra razón, nuestro criterio, nuestras luces: llevamos dentro un tirano. Debéis manifestar vuestro buen espíritu, haciendo que no puedan surgir en el Opus Dei las tiranías. Pudiera ser que algunos intentasen refugiarse en el pretexto de que han recibido en la Obra misiones especiales, para impedir así que los corrijan. No olvidéis que, si existen esas misiones especiales, son siempre claramente conocidas.

Tened mucho cariño al gobierno colegial —no me canso de repetíroslo—, que no resta ímpetus a nadie y logra una eficacia maravillosa, porque así los asuntos son estudiados por expertos: no se discuten, se estudian, que es más y mejor que discutir; porque las obras, al no ser personales, no mueren con la persona: tienen continuidad; porque, si alguno cae enfermo o debe ausentarse, el gobierno no se interrumpe; porque todos tienen libertad para exponer —sin miedo— su opinión formada en conciencia, y esto crea un ambiente general de serenidad y de firmeza; porque cada uno, al atender los asuntos que le tocan por oficio, experimenta la fortaleza de los demás.

No es posible, hijas e hijos míos, que Dios Nuestro Señor, cuando una cuestión se ha estudiado y acordado de este modo —trabajando en humildad, por El—, deje sin luces a quienes componen la autoridad, que actúa colegialmente. Cuanta más cultura hay en todos vuestros hermanos, más fácil es hacer el gobierno colegial: cada uno sabe que los Directores tienen más da-

tos; y si alguno, a pesar de eso, está inquieto, habla con ellos y adquiere la paz, la paz de Dios. Pedid siempre al Señor esta luz, esta prudencia: servus tuus sum ego, da mihi intellectum (Ps. CXVIII, 125); soy tu siervo, Señor, dame, danos claridad de ideas¹⁶.

Y, junto con la opinión de los demás, tenemos que recoger también la experiencia de quienes nos han precedido. *Debéis pensar siempre en la continuidad y no hacer nunca charcos —aguas estancadas— en la labor; en todo caso, remansos que —por un tiempo— detienen el curso, para darle pronto salida. Sentimos la obligación de recoger la experiencia de los que nos han precedido, sin hacer una labor destructiva, revolucionaria, que sería locura; mejorarla con nuestras aportaciones; y transmitirla a otros, de modo que nuestro orgullo sea que haya muchos que sepan más que nosotros, que comiencen donde nosotros hemos terminado: y les serviremos de pedestal¹⁷.*

Hay que actuar de este modo, tener esta prudencia sobrenatural, vivir con este espíritu todas las actividades que realizamos; también las profesionales. Como esos grandes embalses, que almacenan las pequeñas corrientes de las fuentes y de los arroyos, para transformarlas después en energía y fuerza, necesitamos nosotros conseguir, con el muro de nuestra prudencia, que los problemas, dificultades y resolu-

(16) De nuestro Padre, *Carla*, 29-IX-1957, nn. 61-62.

(17) De nuestro Padre, *Cana*, 29-IX-1957, n. 52.

ciones se remansan; hacerlos pasar por los cauces establecidos; darles el curso apropiado, que no ha de ser necesariamente el más rápido, porque muchas veces necesitarán estudio; recoger la experiencia recibida y transmitir la que se adquiere.

Nuestra Madre, *Virgo prudentissima* y Asiento de la Sabiduría, nos ayudará a recibir y a transmitir el espíritu de la Obra, de modo que haya energía y eficacia en la labor de todos.

361.

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

—Estamos en la viña del Señor, y hemos de trabajar en ella con absoluta fidelidad.

—No admitir compensaciones ni medianías en la lucha interior ni en el trabajo apostólico.

—Hemos de dar frutos abundantes de santidad y apostolado.

EL SUEÑO de aquel hombre, padre de familia, se había realizado. Al cabo de muchos años, con sus ahorros, pudo plantar una viña, la cercó con una valla para protegerla de la voracidad de las alimañas, construyó un lagar para fabricar el vino, edificó una torre y, una vez acabados estos trabajos, *la arrendó a unos labradores y se marchó de allí*.

La parábola que hoy nos narra Jesucristo tiene una explicación clara. La viña es la Iglesia Santa —y, dentro de la Iglesia, también la Obra—, que el Señor ha adquirido al precio de su Sangre y ha dejado luego en nuestras manos, para que la cultivemos de sol a sol y le hagamos rendir frutos de almas. No es difícil la labor cuando no hay viento, ni nieves, ni tormentas que puedan estropear la cosecha. Pero pueden llegar tiempos menos diáfanos, más costosos. *Hijo mío, no te hablo para ahora..., te hablo por si alguna vez sientes que tu corazón vacila. Entonces yo te*

(1) Ev. (A) (Matth. XXI, 33).

*pido fidelidad; fidelidad, que se tiene que manifestar en el aprovechamiento del tiempo, en tu empeño por sujetar la imaginación y en dominar la soberbia, en tu decisión de obedecer ciegamente, para no salir nunca del terreno en que el Señor quiere que trabajes*².

A veces puede costar el trabajo en la viña: cuando el día amanece frío y la helada amenaza el fruto de tantos esfuerzos; cuando la uva tarda en despuntar o parece que quedará en agrazones; cuando en lo hondo del corazón asoma una pregunta que parece puesta por el sembrador de la cizaña: ¿sirvo yo como viñador? Sin embargo, ahí está la cerca, como una realidad que no es posible borrar; ahí está la torre, alta; más allá, el lagar, dispuesto a transformar los racimos en mosto oloroso. Ahí está la viña, y por eso hay que permanecer en ella.

Somos viñadores porque el Señor así lo ha querido, y nos ha guiado, y nos enseña, y nos dará los medios para que broten los frutos. *El Señor a mí me dio la vida, los sentidos, las potencias, gracias sin cuento: entre ellas la gracia divina, soberana, de la vocación, que me hace estar aquí con vosotros. Y no tengo derecho a olvidar que soy uno más en esta viña en la que El me llamó para trabajar. Aquí precisamente, en esta viña, dentro de esta cerca; y aquí, trabajar con El, corregir con El*³.

(2) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

Nuestra vida ha adquirido un sentido único y definitivo desde que respondimos a la llamada de Dios. Toda ilusión, afán o aspiración personal, ha quedado en dependencia de esa verdad radical: nuestra vocación divina. Todo adquiere sentido en torno a ella; cualquier cosa sería incomprensible, si de ella prescindimos. Por eso, en la oración, en la Comunión; y en tantos momentos a lo largo de la jornada nos dirigimos al Señor en acción de gracias, solicitando a la vez el don, también inmerecido, de la perseverancia. Ningún detalle es pequeño o poco importante, si se refiere a nuestra llamada. Todo en ella tiene sabor de eternidad y bullir de almas, porque nos proponemos entrar en el Cielo acompañados de aquellos que conocimos en nuestro caminar terreno.

Nuestra viña, la labor apostólica que llevamos entre manos, es pasión de nuestra vida, y exige una dedicación completa. Protegemos, si es preciso con la vida, todo lo que a esta viña se refiere. La hemos recibido en arriendo, hemos visto el transcurrir de muchas de jornadas de trabajo fiel y abnegado, y esperamos con confianza el momento de rendir cuentas al Dueño, a nuestro Padre Dios.

ERASE un padre de familias, que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavando, hizo allí un lagar, edificó una torre, la arrendó después a ciertos labradores, y se ausentó a un país lejano (Matth. XXI, 33).

Querría que meditáramos las enseñanzas de esta parábola, desde el punto de vista que nos interesa ahora. La tradición ha visto, en este relato, una imagen del destino del pueblo elegido por Dios; y nos ha señalado principalmente cómo, a tanto amor por parte del Señor, correspondemos los hombres con infidelidad, con falta de agradecimiento.

*Concretamente pretendo detenerme en ese se ausentó a un país lejano. Enseguida llego a la conclusión de que los cristianos no debemos abandonar esta viña, en la que nos ha metido el Señor. Hemos de emplear nuestras fuerzas en esa labor, dentro de la cerca, trabajando en el lagar y, acabada la faena diaria, descansando en la torre. Si nos dejáramos arrastrar por la comodidad, sería como contestar a Cristo: ¡eh!, que mis años son para mí, no para Ti. No deseo decidirme a cuidar tu viña *.*

Hemos de reaccionar, diciéndole al Señor que puede contar con nosotros, que no queremos abandonar el campo que nos ha confiado para que lo cultivemos. Para eso, recuerda nuestro Padre, *pidamos al Señor que seamos almas dispuestas a trabajar con heroísmo feraz. Porque no faltan en la tierra muchos, en los que, cuando se acercan las criaturas, descubren sólo hojas: grandes, relucientes, lustrosas. Sólo follaje, exclusivamente eso, y nada más. Y las almas nos miran con la esperanza de saciar su ham-*

(4) *Amigos de Dios*, n. 48.

*bre, que es hambre de Dios. No es posible olvidar que contamos con todos los medios: con la doctrina suficiente y con la gracia del Señor, a pesar de nuestras miserias*⁵.

Entregarnos del todo, sin reservarnos nada para nosotros mismos, resulta una condición imprescindible. Todos nuestros días han de quedar identificados con el trabajo apostólico que hemos de llevar a cabo. Nada debe quedar voluntariamente al margen de esa unidad de fin, porque, fuera lo que fuese, acabaría siendo descamino y fuente de amargura. Hay que trabajar con denuedo, sin concesiones a la tibieza. El Señor se alegra sabiendo que ha arrendado su viña a unos trabajadores que, a pesar de sus defectos y del cansancio de las jornadas siempre iguales, cuidan de los intereses del dueño, sin entretener sus mentes en ensueños que estarían fuera de lugar, desde el momento en que se entregaron en cuerpo y alma a trabajar por El.

Insiste nuestro Padre: *si no queremos malgastar el tiempo inútilmente —tampoco con las falsas excusas de las dificultades exteriores del ambiente, que nunca han faltado desde los inicios del cristianismo—, hemos de tener muy presente que Jesucristo ha vinculado, de manera ordinaria, a la vida interior la eficacia de nuestra acción (...). Parece increíble, pero Dios y los hombres necesitan, de nuestra parte, una fidelidad sin*

(5) *Amigos de Dios*, n. 51.

*paliativos, sin eufemismos, que llegue hasta sus últimas consecuencias, sin medianías ni componendas, en plenitud de vocación cristiana asumida y practicada con esmero*⁶.

*CUANDO se acercó el tiempo de los frutos, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos*⁷. El Señor nos pide frutos. No podemos contentarnos con dejar pasar el tiempo sin permitir que los enemigos se adueñen de la viña. Ni siquiera basta una labor realizada con mediocre afán, con escasa ilusión humana y sobrenatural. Es preciso empeñarse seriamente en la tarea que el Señor nos ha confiado. El fruto que se nos pide, ya ahora, es mucho, y no podemos ofrecer agradaciones cuando Dios espera de nosotros uvas dulces y sabrosas.

La lucha nuestra ha de ser esforzada, sacrificada, sin admitir las dilaciones de la pereza ni los engaños de la soberbia, que traerían como consecuencia unos frutos raquíuticos. Nuestro empuje ha de ser, al menos, igual al que pone cualquier persona en la tierra por sacar adelante un ideal noble: *el mundo está frío, hace efecto de dormido. —Muchas veces, desde tu observatorio, lo contemplas con mirada incendiaria. ¡Que despierte, Señor!*

(6) *Amigos de Dios*, n. 5.

(7) *Ev. (A) (Mallh. XXI. 34).*

—*Encauza tus impaciencias con la seguridad de que, si sabemos quemar bien nuestra vida, prendemos fuego en todos los rincones..., y cambiará el panorama*⁸.

No podemos contentarnos con lo que hacemos. La vida interior se manifiesta en el renovado esfuerzo por llegar a más, por caldear el frío ambiente de un mundo que desconoce a Cristo. Podemos y debemos concretar en nuestra oración qué más podemos hacer, qué nuevas metas está esperando el Señor de nosotros, pues sólo si quemamos en holocausto nuestras vidas podremos pedir a Dios las vocaciones que hacen falta para seguir extendiendo su reinado.

Preguntaba nuestro Padre: *¿y cómo cumpliremos ese apostolado? Antes que nada, con el ejemplo, viviendo de acuerdo con la Voluntad del Padre, como Jesucristo, con su vida y sus enseñanzas, nos ha revelado. Verdadera fe es aquella que no permite que las acciones contradigan lo que se afirma con las palabras. Examinando nuestra conducta personal, debemos medir la autenticidad de nuestra fe. No somos sinceramente creyentes, si no nos esforzamos por realizar con nuestras acciones lo que confesamos con los labios*⁹.

Este es el fruto de la oración de hoy: que nos persuadamos de que nuestro caminar en la tierra —en todas las circunstancias y en todas las temporadas— es

(8) Surco, n. 297.

(9) Amigos de Dios, n. 268.

*para Dios, de que es un tesoro de gloria, un trasunto celestial; de que es, en nuestras manos, una maravilla que hemos de administrar, con sentido de responsabilidad y de cara a los hombres y a Dios: sin que sea necesario cambiar de estado, en medio de la calle, santificando la propia profesión u oficio y la vida del hogar, las relaciones sociales, toda la actividad que parece sólo terrena*¹⁰.

Santa María contempla nuestro esfuerzo sereno y audaz por cumplir la Voluntad de su Hijo, y por su intercesión seguiremos recibiendo las gracias precisas para realizarla con acabamiento.

(10) Amigos de Dios, n. 54.

362.

LUNES

- La caridad alcanza, según un orden, a todos los hombres.
- Ver en los demás almas que se deben salvar.
- Frutos de esa caridad.

HABÍA apenas treinta kilómetros de Jerusalén a Jericó, pero a mitad de camino, más allá de las montañas, los salteadores encontraron el fácil botín de un hombre indefenso: *después de haberle despojado, le cubrieron de heridas y se marcharon, dejándolo medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote; y viéndolo pasó de largo* ¹.

Más tarde transitó un levita que, atraído por las quejas, se acercó. Aquel hombre estaba en trance de muerte. Sin embargo, también el levita *pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino llegó hasta él y al verlo se movió a compasión* ². No le bastaba, para tranquilizar su conciencia el pensamiento de que nada debía al herido; se sintió deudor de aquel hombre al que no conocía.

Yo al diablo no le puedo querer —decía nuestro Padre—, *pero a todos los que no son el diablo los quiero; a todos los hombres sin excepción. No me siento enemigo de nadie, y soy contrario sólo a las ideas*

(1) Ev. (Luc. X, 30-31).

(2) Ibid., 32-33.

que van contra la fe y la moral de Jesucristo. Pero se ha de comprender a las personas que tienen esas ideas y hemos de rezar por ellas ³.

Cristo nos ha dado esta lección: amar a los que nos hacen mal, querer a todos, comprender incluso a los que no nos comprenden. *¿De qué amor se trata? La Sagrada Escritura habla de dilectio, para que se entienda bien que no se refiere sólo al afecto sensible. Expresa más bien una determinación firme de la voluntad. Dilectio deriva de electio, de elegir. Yo añadiría que amar en cristiano significa querer querer, decirse en Cristo a buscar el bien de las almas sin discriminación de ningún género, logrando para ellas, antes que nada, lo mejor: que conozcan a Cristo, que se enamoren de El.*

El Señor nos urge: portaos bien con los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian (Matth. V, 44). Podemos no sentirnos humanamente atraídos hacia las personas que nos rechazarían, si nos acercásemos. Pero Jesús nos exige que no les devolvamos mal por mal; que no desaprovechemos las ocasiones de servirles con el corazón, aunque nos cueste; que no dejemos nunca de tenerlas presentes en nuestras oraciones ⁴.

Nuestra caridad ha de ser universal y abnegada, como la del samaritano. Aquel hombre hizo todo lo

(3) De nuestro Padre, Crónica VIII-64, p. 34.

(4) Amigos de Dios, n. 231.

que podía y más, sin importarle quién fuera aquél al que ayudaba. También nosotros hemos de querer así, sin discriminaciones ni diferencias que indicarían estrechez de corazón. Nuestro Padre nos dio continuo ejemplo de este modo de actuar: *recibo* —decía— *a todo el mundo: tengo el corazón y las puertas de nuestras casas abiertas siempre a toda la gente, porque no puedo hacer la injusticia de privar a nadie de la caridad de Jesucristo*⁵.

La caridad ensancha el corazón para que quepan en él todos los hombres: *dilatasti cor meum*⁶, canta un salmo. Es obra de Dios, caridad sobrenatural, que está por encima de cualquier diferencia humana. Per Iesum Christum Dominum nostrum. *Tú tienes que hacer las cosas por Jesucristo. Es bueno que tengas un corazón humano, pero si lo haces sólo porque es tal persona: ¡mal hecho! Aunque lo hagas también por él, hazlo sobre todo por Jesucristo*⁷.

CARIDAD siempre, con todos. No podemos colocar el error en el mismo plano que la verdad, pero —siempre guardando el orden de esta virtud cristiana: de la caridad— debemos acoger con especial comprensión a los que están en el error.

Violencia, nunca. No la comprendo, no me parece

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 82.

(6) Ps. CXVIII, 32.

(7) De nuestro Padre.

apta ni para convencer ni para vencer: un alma que recibe la fe se siente siempre victoriosa. El error se combate con la oración, con la gracia de Dios, con razonamientos desapasionados, ¡estudiando y haciendo estudiar!, y, repito, con la caridad.

*Por eso, cuando alguno intentara maltratar a los equivocados, estad seguros de que sentiré el impulso interior de ponerme junto a ellos, para seguir por amor de Dios la suerte que ellos sigan*⁸.

El samaritano actuó así: olvidó antiguos rencores y rivalidades de su pueblo. Supo ver en aquel hombre, no al enemigo de raza, sino al hermano necesitado. Decía nuestro Padre: *no hay nadie tan malo en el mundo —a mí no me gusta hablar de gente mala y de gente buena: no divido a los hombres en buenos y malos—, no hay gente de intención tan ruin y miserable, que no haya hecho algo virtuoso en su vida*⁹. Si no son mejores es, en parte, por culpa nuestra. *Muchas veces esos errores son fruto de una equivocada formación. En no pocos casos, esos pobrecillos no habrán tenido a nadie que les enseñara la verdad. Pienso, por eso, que el día del juicio serán muchas las almas que responderán a Dios, como respondió el paralítico de la piscina —hominem non habeo (Ioann. V, 7), no hubo nadie que me ayudara— o como contestaron aquellos obreros sin trabajo, a la pregunta del dueño*

(8) De nuestro Padre, n. 101.

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 35.

de la viña: nenio nos conduxit (Matth. XX, 1), no nos han llamado a trabajar.

*Aunque sus errores sean culpables y su perseverancia en el mal sea consciente, hay en el fondo de esas almas desgraciadas una ignorancia profunda, que sólo Dios podrá medir. Oíd el grito de Jesús en la cruz, excusando a los que le mataban: Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt (Luc. XXIII, 34); Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Sigamos el ejemplo de Jesucristo, no rechacemos a nadie: por salvar un alma, hemos de ir hasta las mismas puertas del infierno. Más allá no, porque más allá no se puede amar a Dios*¹⁰.

Comentando ese mismo pasaje —*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*—¹¹, dice San Gregorio: *hay una cosa decisiva que pone a prueba la caridad: amara aquel mismo que nos es contrario. Por eso la misma Verdad soportaba el patíbulo de la cruz, dispensando amor a sus perseguidores (...). El summum del amor se expresa cuando añade: "nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos" (Ioann. XV, 13). El Señor había venido a morir también por sus enemigos, y sin embargo, decía que El había de dar su vida por sus amigos. De este modo nos enseñaba que amándolos, podemos ganar a los enemigos, que los mismos perseguidores se hacen amigos*¹².

(10) De nuestro Padre, *Cana*, 16-VII-1933, n. 24.

(11) Luc. XXIII, 34.

(12) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 2, 7, 2.

Somos nosotros los que tenemos que adelantarnos en la comprensión, siguiendo el ejemplo de Cristo, como hizo nuestro Padre. *No puedo tratar con falta de caridad a nadie* —nos decía—, *porque si parece que no merece esa caridad, yo tampoco la merezco: no merezco ser cristiano, ni ser sacerdote, ni hijo de Dios en su Obra. ¿Lo comprendéis? Yo no puedo tratar duramente a nadie, he de ser humano con todos, siempre que con eso no haga un daño a las almas, a la Obra, a la Iglesia*¹³.

*ACERCÁNDOSE, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino*¹⁴. ¿Qué no puede lograr el aceite y el vino de la caridad? Aquel hombre estaba herido por los cuatro costados, cubierto de sangre. Casi daba repugnancia acercarse a él. Pero la caridad todo lo muda: transforma cualquier llaga en algo noble y limpio. *No pienso que sea malo ningún hombre* —insiste nuestro Padre—: *lo que pasa es que, por soberbia, por respeto humano, si se les habla delante de otra gente, reaccionan mal. Pero si se les toca el corazón, si se les trata con cariño y comprensión a solas, pueden cambiar*¹⁵.

No basta tratar con justicia a los que están equivocados, para atraerlos al buen camino. *Si se hace*

(13) De nuestro Padre, *Obras* VI-63, p. 12.

(14) Ev. (¿MC. X, 34).

(15) De nuestro Padre, *Crónica* VIII-64, p. 34.

justicia a secas, es posible que la gente se quede herida. Tiene que ir la caridad al lado, porque la caridad lo dulcifica todo: Deus caritas est (7 Ioann. IV, 8). Hemos de movernos siempre por el amor de Dios, que nos hace fácil el amor al prójimo, que purifica y hace limpio el amor terreno. Cuando está Dios por medio, todo se sobrenaturaliza ¹⁶.

En el apostolado de la doctrina, debemos enseñar con caridad; decir la verdad sin ofender al que se encuentra en el error. ¡Qué cariño muestra Jesús a los samaritanos! Y sin embargo les dice: *la salvación procede de los judíos* ". Del mismo modo vosotros —señalaba nuestro Fundador— debéis ayudar de tal manera que no humilléis: *que el que sea ayudado casi no se dé cuenta de esa ayuda, porque vosotros lo habéis de hacer en superabundancia de caridad* ^m. Es necesario evitar que *un celo mal entendido ponga en peligro la santidad de vuestra intransigencia. Habéis de ser como una maza de acero, poderosa y firme, pero envuelta en funda acolchada, para no herir*.

La caridad buena, el cariño que la prudencia os hará practicar, os llevará a decir las cosas con discernimiento, cuando convenga y del modo preciso; os hará sensibles a las necesidades y circunstancias del prójimo ¹⁹.

Nuestra vocación es de amor. *Por todos los caminos divinos de la tierra nos quiere el Señor, echando la*

*semilla de la comprensión, de la disculpa, del perdón, de la convivencia, de la caridad, de la paz: in hoc pulcherrimo caritatis bello!*²⁰. Este modo de comportarse no es, como escribe nuestro Fundador, *sólo algo bueno o aconsejable. Es mucho más, es un mandato imperativo de Cristo, el mandatum novum (cfr. Ioann. XIII, 34) de que tanto os hablo, que nos obliga a querer a todas las almas, a comprender las circunstancias de los demás, a perdonar, si algo nos hicieren que merezca perdón. Nuestra caridad ha de ser tal, que cubra todas las deficiencias de la flaqueza humana, veritatem facientes in caritate (Ephes. IV, 15), tratando con amor al que yerra, pero no admitiendo componendas en lo que es de fe* ²¹.

Serán y son ya maravillosos los frutos sobrenaturales y humanos de esta caridad nuestra, que no conoce acepción de personas, distinción de razas, que sabe olvidar, perdonar, abriendo el corazón a todos. *¿No os da alegría que el Señor haya querido para nuestra empresa sobrenatural ese espíritu, que palpita en el Evangelio, pero que tan olvidado parece estar en el mundo? Agradecédselo a Jesús, agradecédselo a Santa María; y renovad vuestras ansias de corredención y de apostolado. ¡Qué gran labor nos espera! Porque, el que comenzó en nosotros la Obra, la llevará a término (cfr. Philip. I, 6)* ²².

(16) De nuestro Padre, Crónica VIH-64, p. 35.

(17) Ioann. IV, 22.

(18) De nuestro Padre, Crónica VIII-64, p. 35.

(19) De nuestro Padre, Carta, 16-VII-1933, n. 9.

(20) De nuestro Padre, Obras XII-63, p. 9.

(21) De nuestro Padre, Carta, 16-VII-1933, n. 14.

(22) De nuestro Padre, Carta, 16-VII-1933, n. 26.

363.

MARTES

- La santidad es lo único que importa.
- La lucha por alcanzarla supone auténtico heroísmo,
- Buscar la santidad en las cosas pequeñas de cada día.

ÍBAMOS hace tantos años por una carretera de Castilla y vimos, allá lejos, en el campo, una escena que me removi6 y que me ha servido en muchas ocasiones para mi oraci6n: varios hombres clavaban con fuerza, en la tierra, las estacas que despu6s utilizaron para tener sujeta verticalmente una red, y formar el redil. M6s tarde, se acercaron a aquel lugar los pastores con las ovejas, con los corderos; los llamaban por su nombre, y uno a uno entraban en el aprisco, para estar todos juntos, seguros.

Y yo, mi Se6or, hoy me acuerdo de modo particular de esos pastores y de ese redil, porque todos los que aqu6 nos encontramos reunidos —y otros muchos en el mundo entero— para conversar Contigo, nos sabemos metidos en tu majada. T6 mismo lo has dicho: Yo soy el Buen Pastor y conozco mis ovejas, y las ovejas m6as me conocen a M6 (Ioann. X, 14). T6 nos conoces bien; te consta que queremos 6ir, escuchar siempre atentamente tus silbidos de Pastor Bueno, y secundarlos, porque la vida eterna consiste en conocerte a Ti, solo Dios

verdadero, y a Jesucristo, a quien T6 enviaste (Ioann. XVII, 3)>.

Es 6sta la ense6anza del Evangelio de la Misa de hoy. *Cuando iban de camino entr6 en cierta aldea, y una mujer llamada Marta le recib6 en su casa. Ten6a 6sta una hermana llamada Mar6a que, sentada tambi6n a los pies del Se6or, escuchaba su palabra*². Y al hacer hoy la oraci6n, seguiremos como de costumbre el consejo de nuestro Padre: *para acercarse al Se6or a trav6s de las p6ginas del Santo Evangelio, recomendando siempre que os esforc6is por meteros de tal modo en la escena, que particip6is como un personaje m6s. As6 (...), os ensimismar6is como Mar6a, pendiente de las palabras de Jes6s o, como Marta, os atrever6is a manifestarle sinceramente vuestras inquietudes, hasta las m6s peque6as* (cfr. Luc. X, 39-40)³.

Marta, hacendosa, no encuentra manos para disponer la casa tal como desear6a para su Se6or. Mar6a, ensimismada, no se pierde una palabra de Jes6s. Hasta que, por fin, Marta se impacienta y, con plena confianza, solicita la intervenci6n del Maestro: *Se6or, ¿nada te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo de la casa? Dile, pues, que me ayude*⁴. La respuesta del Se6or est6 llena de cari6o y claridad: *Marta, Marta, t6 te preocupas y te inquietas por muchas cosas. En verdad una sola cosa es necesaria*⁵.

(1) *Amigos de Dios*, n. 1.

(2) *Ev. (Luc. X, 38-40)*.

(3) *Amigos de Dios*, n. 222.

(4) *Ev. (Luc. X, 40)*.

(5) *Ibid.*, 41-42.

Porro unum est necessarium!, *ha dicho Nuestro Señor. Una sola cosa es necesaria: la santidad personal. Este es el secreto de la alegría que vamos dando al mundo, de la siembra de paz que estamos metiendo en todas las clases de la sociedad*⁶. El deseo de santidad, la búsqueda del Reino de Dios y su justicia ha de ser la primera de nuestras intenciones. *Todo eso, que te preocupa de momento, importa más o menos. —Lo que importa absolutamente es que seas feliz, que te salves*⁷.

LA SANTIDAD exige el heroísmo de las virtudes, tender siempre a crecer en caridad. Nunca podremos amar a Dios como se merece, porque El es infinitamente amable e infinitamente bueno: la medida del amor es amar sin medida.

No se va de mi memoria una ocasión —ha transcurrido ya mucho tiempo— en la que fui a rezar a la Catedral de Valencia, y pasé por delante de la sepultura del Venerable Ridauro. Me contaron entonces que a este sacerdote, cuando era ya muy viejo y le preguntaban: ¿cuántos años tiene usted?, él, muy convencido, respondía en valenciano: poquets, ¡poquitos!, los que llevo sirviendo a Dios. Para bastantes de vosotros, todavía se cuentan con los dedos de una mano los años, desde que os decidisteis a tratar a Nuestro Señor, a ser-

virle en medio del mundo, en vuestro propio ambiente y a través de la propia profesión u oficio. No importa excesivamente este detalle; sí interesa, en cambio, que grabemos a fuego en el alma la certeza de que la invitación a la santidad, dirigida por Jesucristo a todos los hombres sin excepción, requiere de cada uno que cultive la vida interior, que se ejercite diariamente en las virtudes cristianas; y no de cualquier manera, ni por encima de lo común, ni siquiera de un modo excelente: hemos de esforzarnos hasta el heroísmo, en el sentido más fuerte y tajante de la expresión.

La meta que os propongo —mejor, la que nos señala Dios a todos— no es un espejismo o un ideal inalcanzable: podría relataros tantos ejemplos concretos de mujeres y hombres de la calle, como vosotros y como yo, que han encontrado a Jesús que pasa quasi in occulto floann. VII, 10) por las encrucijadas aparentemente más vulgares, y se han decidido a seguirle, abrazados con amor a la cruz de cada día (cfr. Matth. XVI, 24). En esta época de desmoronamiento general, de cesiones y desánimos, o de libertinaje y anarquía, me parece todavía más actual aquella sencilla y profunda convicción que, en los comienzos de mi labor sacerdotal, y siempre, me ha consumido en deseos de comunicar a la humanidad entera: estas crisis mundiales son crisis de santos.

Vida interior: es una exigencia de la llamada que el Maestro ha puesto en el alma de todos. Hemos de ser santos —os lo diré con una frase castiza de mi tie-

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 9.

(7) *Camino*, n. 297.

rra— sin que nos falte un pelo: *cristianos de veras, auténticos, canonizables; y si no, habremos fracasado como discípulos del único Maestro*⁸.

Se nos exige heroísmo cada día. Y el modo de alcanzar esa santidad esforzada, sin componendas, lo encontramos en el Evangelio. El Señor, vuelto hacia la multitud que lo seguía, les dijo: *5¿ alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre y a la esposa y a los hijos y a los hermanos y a las hermanas, hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo*⁹. Jesucristo nos pide todo, hasta nuestra propia vida: *et animam suam*, dice. *No me explico* —comentaba nuestro Padre— *el concepto de cristiano que tú tienes. ¿Crees que es justo que Cristo haya dado, desde lo alto de una cruz, su vida por nosotros; y que tú te conformes con ese... ir tirando? No puedo comprender que ese ir tirando —comodidad y poltronería— sea el camino áspero y estrecho del que habla el Evangelio*¹⁰.

NUESTRO Padre nos indica el camino para ser santos de verdad, como quiere el Señor. Es una senda muy clara: *santidad en las cosas ordinarias, santidad en las cosas pequeñas, santidad en la labor profesional... Santidad para santificar*¹¹. Por eso, concluye nuestro Fundador, *te digo que, si deseas portarte co-*

(8) *Amigos de Dios*, nn. 3-5.

(9) *Luc. XIV*, 26.

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 20.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 9.

mo un cristiano consecuente —sé que estás dispuesto, aunque tantas veces te cueste vencer o tirar hacia arriba con este pobre cuerpo—, has de poner un cuidado extremo en los detalles más nimios, porque la santidad que Nuestro Señor te exige se alcanza cumpliendo con amor de Dios el trabajo, las obligaciones de cada día, que casi siempre se componen de realidades menudas.

Pensando en aquellos de vosotros que, a la vuelta de los años, todavía se dedican a soñar —con sueños vanos y pueriles, como Tartarín de Tarascón— en la caza de leones por los pasillos de su casa, allí donde si acaso no hay más que ratas y poco más; pensando en ellos, insisto, os recuerdo la grandeza de la andadura a lo divino en el cumplimiento fiel de las obligaciones habituales de la jornada, con esas luchas que llenan de gozo al Señor, y que sólo El y cada uno de nosotros conocemos.

*Convenços de que ordinariamente no encontraréis lugar para hazañas deslumbrantes, entre otras razones, porque no suelen presentarse. En cambio, no os faltan ocasiones de demostrar a través de lo pequeño, de lo normal, el amor que tenéis a Jesucristo*¹².

Es todo un programa de vida, que debemos asumir, para luego poder enseñarlo a otros. Nuestro Padre nos encarece este deber de enseñar, a los que nos rodean, a concluir las cosas con amor, a perfilar los detalles, a vivir el heroísmo de lo pequeño: *la inexperiencia unida a esas ambiciones de cosas gran-*

(12) *Amigos de Dios*, nn. 7-8.

des, lleva a la gente joven al mal camino de despreciar las cosas pequeñas: lo vulgar, lo de cada día, el detalle, el silencio..., el orden. Es preciso salir al paso de este error gravísimo, haciéndoles considerar aquella tan conocida frase del Eclesiástico (XIX, 1): qui spernit módica paulatim decidet, el que desprecia las cosas pequeñas poco a poco cae en las grandes. Y aquel versículo de San Lucas: quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho: y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho (XVI, 10)¹³.

Dios espera de nosotros el heroísmo de las cosas pequeñas para darnos en premio la santidad grande. Basta recordar la vida sencilla de nuestra Madre del Cielo, que pasó inadvertida entre las mujeres de su tierra. Salvo momentos excepcionales, que interrumpieron momentáneamente la vida oculta de la Sagrada Familia, nada hubo que hiciera sospechar a quienes la rodeaban su singular papel en la Redención. Ella nos enseña a vivir sólo para Dios, buscando exclusivamente la extensión de su Reino. *Si vivís así* —nos aseguraba nuestro Fundador— *haréis con vuestra vida un apostolado fecundo, y mereceréis al fin del camino el elogio de Jesús: quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam: intra in gaudium domini tui (Matth. XXV, 21); ya que has sido fiel en lo poco, en las cosas pequeñas, yo te entregaré lo mucho: entra en el gozo de tu Señor¹⁴.*

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, n. 219.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1930, n. 19.

364.

MIÉRCOLES

—El sentido de la filiación divina informa nuestra lucha diaria.

—Ese espíritu nos lleva a poner esfuerzo para hacer bien la oración y todas las Normas del plan de vida.

—La consideración frecuente de la filiación divina nos llena de alegría.

UN DÍA —nos dice San Lucas en el capítulo XI— *Jesús estaba orando. ¡Cómo sería la oración de Jesucristo! Los discípulos se encontraban cerca, quizá contemplándole, y cuando acabó le dijo uno de ellos: Domine, doce nos orare, sicut docuit et Ioannes discipulos suos (Luc. XI, 1). Señor, enséñanos a orar, como enseñó también Juan a sus discípulos. Y Jesús les respondió: cuando os pongáis a orar, habéis de decir: Padre, sea santificado tu nombre... (Luc. XI, 2).*

Hijos míos, notad la maravilla: los discípulos tratan a Jesucristo y, como fruto de sus conversaciones, el Señor les dice cómo han de orar, y les enseña el gran portento de la misericordia divina: que somos hijos de Dios, y que podemos dirigirnos a El, como un hijo habla a su Padre¹.

Esta realidad fundamental de nuestra vida —¡somos hijos de Dios!— cobra especial sentido a la hora

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 17.

de la lucha, en el momento de la dificultad o del cansancio. Cuando sentimos todo el peso de nuestros errores, cuando quizá en el alma empieza a insinuarse el desaliento, es el momento de acudir al Señor, siguiendo el camino que nos ha enseñado nuestro Fundador. *Hagamos presente a Jesús* —nos decía— *que somos niños. Y los niños, los niños chiquitines y sencillos, ¡cuánto sufren para subir un escalón! Están allí, al parecer, perdiendo el tiempo. Por fin, han subido. Ahora, otro escalón. Con las manos y los pies, y con el impulso de todo el cuerpo, logran un nuevo triunfo: otro escalón. Y vuelta a empezar. ¡Qué esfuerzos! Ya faltan pocos..., pero, entonces, un traspies... y ¡hala!... abajo. Lleno de golpes, inundado de lágrimas, el pobre niño comienza, recomienza el ascenso.*

Así, nosotros, Jesús, cuando estamos solos. Cógenos Tú en tus brazos amables, como un Amigo grande y bueno del niño sencillo; no nos dejes hasta que estemos arriba; y entonces —¡oh, entonces!—, sabremos corresponder a tu Amor Misericordioso, con audacias infantiles, diciéndote, dulce Señor, que, fuera de María y de José, no ha habido ni habrá mortal —eso que los ha habido muy locos— que te quiera como te quiero yo².

Viviendo así comprobaremos que *la alegría es consecuencia necesaria de la filiación divina, de saber-*

(2) Forja, n. 346.

nos queridos con predilección por nuestro Padre Dios, que nos acoge, nos ayuda y nos perdona³. Nada nos quitará el optimismo. Sabremos que nuestro Padre Dios sólo pide la colaboración de nuestra buena voluntad, demostrada en el esfuerzo de la lucha diaria.

DESCANSA en la filiación divina. Dios es un Padre —¡tu Padre!— lleno de ternura, de infinito amor.

—Llámale Padre muchas veces, y dile —a solas— que le quieres, ¡que le quieres muchísimo!: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo⁴.

Ese trato ininterrumpido con Dios se encauza a través de las Normas de nuestro plan de vida: hemos de cuidarlas con esmero, día tras día. En ellas encontramos a nuestro Padre Celestial, que nos mira con cariño, que nos acoge siempre con bondad.

En este clima de la misericordia de Dios, se desarrolla la existencia del cristiano. Ese es el ámbito de su esfuerzo, por comportarse como hijo del Padre (...).

Al principio costará; hay que esforzarse en dirigirse al Señor, en agradecer su piedad paterna y concreta con nosotros. Poco a poco el amor de Dios se palpa —aunque no es cosa de sentimientos—, como un zarpaço en el alma. Es Cristo, que nos persigue amorosamente: he aquí que estoy a tu puerta, y llamo (Apoc. III, 20). ¿Cómo va tu vida de oración? ¿No sientes a

(3) Forja, n. 332.

(4) Forja, n. 331.

veces, durante el día, deseos de charlar más despacio con El? ¿No le dices: luego te lo contaré, luego conversaré de esto contigo?

En los ratos dedicados expresamente a ese coloquio con el Señor, el corazón se explaya, la voluntad se fortalece, la inteligencia —ayudada por la gracia— penetra, de realidades sobrenaturales, las realidades humanas. Como fruto, saldrán siempre propósitos claros, prácticos, de mejorar tu conducta, de tratar finamente con caridad a todos los hombres, de emplearte a fondo —con el afán de los buenos deportistas— en esta lucha cristiana de amor y de paz.

La oración se hace continua, como el latir del corazón, como el pulso. Sin esa presencia de Dios no hay vida contemplativa; y sin vida contemplativa de poco vale trabajar por Cristo, porque en vano se esfuerzan los que construyen, si Dios no sostiene la casa (cfr. Ps. CXXXVI, 1)K

La consideración frecuente de nuestra filiación divina no es algo seco, rígido; es una necesidad del alma que desea que su Padre Dios esté presente en todos sus pensamientos, afectos y deseos. Y como los hijos de la tierra, que procuran —sin darse cuenta— actuar como sus padres, tener los puntos de vista de sus padres, los modos, las costumbres de sus padres, nosotros seremos como nuestro Padre

(5) £5 Cristo que pasa, n. 8.

del Cielo: veremos las cosas como El las ve, amaremos a los demás como El los ama.

Si buscamos a Jesús con esfuerzo a lo largo de la jornada, todo en nuestra vida adquiere un sentido nuevo, aunque realicemos siempre las mismas tareas. *Vuestra vida y la mía* —escribió nuestro Fundador— *tienen que ser así de vulgares: procuramos hacer bien —todos los días— las mismas cosas que tenemos obligación de vivir; realizamos en el mundo nuestra misión divina, cumpliendo el pequeño deber de cada instante. Mejor, esforzándonos por cumplirlo, porque a veces no lo conseguimos y, al llegar la noche, en el examen tendremos que decir al Señor: no te ofrezco virtudes; hoy sólo puedo ofrecerte defectos, pero, con tu gracia, llegaré a poder llamarme vencedor*⁶.

CON LA consideración frecuente de nuestra filiación divina —fruto de la gracia y del esfuerzo personal—, nuestra vida adquiere perspectivas nuevas. Así lo expresaba nuestro Fundador: *estás como el pobrete que de pronto se entera de que es ¡hijo del Rey! —Por eso, ya sólo te preocupa en la tierra la Gloria —toda la Gloria— de tu Padre Dios*⁷.

Las personas y los sucesos cobran su dimensión adecuada, y nada en la tierra es capaz de robarnos la

(6) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1930, n. 9.

(7) *Forja*, n. 334.

paz del alma; caminamos seguros por la vida; seguros y confiados, pues aunque seamos pequeños, tenemos por Padre al Dios del Universo, al Creador de todas las cosas. *¡Qué grandes eres, mi Señor, Yavé! —podemos decir con palabras de la Sagrada Escritura—. No hay nadie que se te asemeje (...). ¿Y hay acaso sobre la tierra un pueblo como tu pueblo, Israel, que haya rescatado Dios para hacerle pueblo suyo, dándole su nombre y haciendo con él tantas maravillas?*⁸.

Necesito prevenirte todavía —advertía nuestro Padre— contra el peligro de la rutina —verdadero sepulcro de la piedad—, que se presenta frecuentemente disfrazada con ambiciones de realizar o emprender gestas importantes, mientras se descuida cómodamente la debida ocupación cotidiana. Cuando percibas esas insinuaciones, ponte con sinceridad delante del Señor: piensa si no te habrás hastiado de luchar siempre en lo mismo, porque no buscabas a Dios; mira si ha decaído —por falta de generosidad, de espíritu de sacrificio— la perseverancia fiel en el trabajo. Entonces, tus normas de piedad, las pequeñas mortificaciones, la actividad apostólica que no recoge un fruto inmediato, aparecen como tremendamente estériles. Estamos vacíos, y quizá empezamos a soñar con nuevos planes, para acallar la voz de nuestro Padre del Cielo, que reclama una total lealtad. Y con una pesadilla de gran-

(8) II Reg. VII, 22-23.

*dezas en el alma, echamos en olvido la realidad más cierta, el camino que sin duda nos conduce derechos hacia la santidad: clara señal de que hemos perdido el punto de mira sobrenatural; el convencimiento de que somos niños pequeños; la persuasión de que nuestro Padre obrará en nosotros maravillas, si recomenzamos con humildad*⁹.

La consideración frecuente de nuestra filiación divina nos llenará de paz en los momentos malos, nos dará fortaleza cuando las circunstancias resulten más duras. Lo importante es recurrir a nuestro Padre Dios siempre, y especialmente cuando nuestras miserias amenazan la alegría de la entrega: es la orientación segura para no descaminarse por los senderos de la tierra.

Acudimos a Santa María, para poner en sus manos los propósitos, hoy renovados, de considerar frecuentemente nuestra filiación divina. Ella es *una madre que no se hace rogar, que incluso se adelanta a nuestras súplicas, porque conoce nuestras necesidades y viene prontamente en nuestra ayuda, demostrando con obras que se acuerda constantemente de sus hijos*¹⁰.

(9) *Amigos de Dios*, n. 150.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 140.

365.

JUEVES

—Los sacramentos nos confieren la gracia.

—Otros medios para progresar en la santidad: oración y mortificación.

—Luchar por vivir bien las Normas es el modo de alcanzar nuestro fin.

EN LA primera lectura de la Misa de hoy leemos la dura reprensión de San Pablo a los Gálatas: *¡Oh gálatas insensatos!, ¿quién os fascinó a vosotros, ante cuyos ojos ha sido presentado Jesucristo en la cruz? Sólo esto quiero saber de vosotros: ¿habéis recibido el Espíritu por las obras de la Ley o por la obediencia a la fe?* \

Las obras de la antigua ley han quedado infinitamente superadas por la ley de la caridad que Cristo trajo al mundo. Nuevos y amplísimos cauces abrió Jesús a la gracia de Dios para que llegara a los hombres. Entre estos medios, escribe nuestro Padre, *quisiera que considerásemos ahora ese manantial de gracia divina de los Sacramentos, maravillosa manifestación de la misericordia de Dios*². Son ayuda para la lucha interior de la vida cristiana.

La ascética del cristiano exige fortaleza; y esa for-

(1) L. I (II) (Galat. III, 1-2).

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 78.

*aleza la encuentra en el Creador. Somos la oscuridad, y El es clarísimo resplandor; somos la enfermedad, y El es salud robusta; somos la escasez, y El la infinita riqueza; somos la debilidad, y El nos sustenta, quia tu es, Deus, fortitudo mea (Ps. XLII, 2), porque siempre eres, oh Dios mío, nuestra fortaleza. Nada hay en esta tierra capaz de oponerse al brotar impaciente de la Sangre redentora de Cristo*³.

El camino querido por Dios para hacernos asequible la gracia que brota del costado abierto de Cristo son esos siete canales divinos, por medio de los cuales la Cabeza comunica la gracia al resto del Cuerpo Místico. *¿Tú quieres ser fuerte?*, nos pregunta nuestro Padre. *Primero, date cuenta de que eres débil; y luego confía en Cristo que es Padre y Hermano, y nos hace fuertes dándonos los medios para vencer: los sacramentos*⁴.

El que bebiere del agua de la vida que da el Salvador —escribe Santo Tomás, comentando unas palabras de Jesucristo—, *ya no deseará ninguna otra, sino que sólo anhelará recibirla en mayor abundancia*⁵. La gracia que recibimos en cada sacramento nos mueve a tender a ellos de nuevo, para encontrar allí nuestra fuerza y nuestra salud. Y en el Sacramento de la Eucaristía, al que se ordenan los demás, se nos da el mismo Jesucristo, con su Cuerpo, su

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 80.

(4) De nuestro Padre.

(5) Santo Tomás, *Super Evangelium Sancti Ioannis lectura* 4, 2, 3.

Sangre, su Alma y su Divinidad. *¿Cómo no recordar con agradecimiento particular el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, el Santo Sacrificio del Calvario y su constante renovación incruenta en nuestra Misa? Jesús que se nos entrega como alimento: porque Jesucristo viene a nosotros, todo ha cambiado, y en nuestro ser se manifiestan fuerzas —la ayuda del Espíritu Santo— que llenan el alma, que informan nuestras acciones, nuestro modo de pensar y de sentir*⁶.

De este modo nos divinizamos, nos endiosamos, vivimos vida sobrenatural, y crecen en nosotros las virtudes y los dones que recibimos en el Sacramento del Bautismo.

RECUERDA el Concilio Vaticano II que *para que la caridad crezca en el alma como una buena semilla y dé fruto, cada uno debe escuchar de buena gana la palabra de Dios y cumplir con sus obras la voluntad de Dios, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en otras funciones sagradas, y aplicarse de una manera constante a la oración y a la abnegación de sí mismo, a un servicio de solicitud y de caridad hacia los demás y al ejercicio de todas las virtudes*⁷.

Oración y mortificación son medios imprescindibles para disponer el alma a recibir la gracia de

Dios. Oración para identificar nuestra voluntad con la de Dios: una oración al Dios de mi vida (Ps. *XLI*, 9). *Si Dios es para nosotros vida, no debe extrañarnos que nuestra existencia de cristianos haya de estar entretrejida en oración. Pero no penséis que la oración es un acto que se cumple y luego se abandona. El justo encuentra en la ley de Yavé su complacencia y a acomodarse a esa ley tiende, durante el día y durante la noche* (Ps. *I*, 2). *Por la mañana pienso en ti* (cfr. Ps. *LXH*, 7); y, *por la tarde, se dirige hacia ti mi oración como el incienso* (cfr. Ps. *CXL*, 2). *Toda la jornada puede ser tiempo de oración: de la noche a la mañana y de la mañana a la noche*⁸.

A la oración vamos a encendernos, a buscar a Dios para que nos mueva, a disponernos a cumplir todo lo que El quiere de nosotros. Por eso, *la vida de oración ha de fundamentarse además en algunos ratos diarios, dedicados exclusivamente al trato con Dios; momentos de coloquio sin ruido de palabras, junto al Sagrario siempre que sea posible, para agradecer al Señor esa espera —¡tan solo!— desde hace veinte siglos. Oración mental es ese diálogo con Dios, de corazón a corazón, en el que interviene toda el alma: la inteligencia y la imaginación, la memoria y la voluntad. Una meditación que contribuye a dar valor sobrenatural a nuestra pobre vida humana, nuestra vida diaria corriente*⁹.

(6) *Es Cristo que pasa*, n. 169.

(7) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 42.

(8) *£5 Cristo que pasa*, n. 119.

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 119.

Junto a la oración ha de estar siempre presente la mortificación. *Tan metida está en nosotros la necesidad de la mortificación —conditio sine qua non de la eficacia— que ha quedado expresada en nuestro Derecho en multitud de detalles y normas concretas (...). Quiero que quede claro a mis hijos, a la vuelta de los siglos, que el fundamento de nuestra vida es la oración y la mortificación^m.*

Sabemos bien que *el que desea luchar, pone los medios. Y los medios no han cambiado en estos veinte siglos de cristianismo: oración, mortificación y frecuencia de Sacramentos. Como la mortificación es también oración —plegaria de los sentidos—, podemos describir esos medios con dos palabras sólo: oración y Sacramentos*". Y esa oración que ños identifica con Cristo, nos dispone también a revestirnos plenamente de su gracia.

HEMOS de estar vigilantes y oír el grito de la Escritura: custos, quid de nocte? Custos, quid de nocte? (Isai. XXI, 11); ¡centinela, alerta! (...). Vosotros diríais perfectamente a otras almas que están en el Opus Dei en qué consiste esta centinela, porque sabéis que estamos vigilantes con sólo cumplir nuestras Normas. Lo estoy repitiendo desde el principio: estoy seguro de la salvación —de la santidad— de quien cumple las Nor-

(10) De nuestro Padre, Meditación, 13-IV-1954.

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 78.

*mas de vida del Opus Dei*¹². En nuestro plan de vida se incluyen todos los medios necesarios para la lucha interior. El Señor, que nos llamó a su Obra, nos ha dado *los medios sobrenaturales y completos*¹³, para alcanzar la santidad.

Ciertamente en nuestras Normas hay unas prácticas de piedad, necesarias para facilitar la búsqueda de la perfección cristiana en el mundo. Todas estas prácticas pueden resumirse en una sola palabra: oración. Porque somos contemplativos, en medio de la calle: y los retiros anuales, los retiros mensuales, los Círculos, lo mismo que el trabajo de cada uno, todo es ocasión de un trato constante con Nuestro Señor, de una continua invocación a la Madre de Dios que es nuestra Madre, de una amistad con los Santos Angeles Custodios y con nuestros Santos Patronos^H.

Tratamos de vivir una vida de contemplación en medio del mundo. Y lo que permite esa vida, la fuerza que nos mueve, son las Normas. Allí están los sacramentos con la Misa como centro y raíz de nuestra vida interior; los ratos diarios de oración mental; la mortificación, Norma de siempre; el trabajo, que ha de convertirse en oración... En las Normas encontramos la fuerza y el impulso necesario para ejercitar todas las virtudes.

(12) De nuestro Padre, Meditación, 4-IM962.

(13) De nuestro Padre, Crónica 1-64, p. 6.

(14) De nuestro Padre, Instrucción, 8-XIM941, n. 29.

Por eso, ante la posible oscuridad, el decaimiento o el desánimo, tenemos un asidero firme en que apoyarnos. Nuestro Padre comparaba las Normas a los palos altos, pintados de rojo¹⁵, que se colocan al borde de los senderos de montaña. *En los momentos de nevada y de ventisca*, nos decía, *unas prácticas piadosas sólidas —nada sentimentales—, bien arraigadas y ajustadas a las circunstancias propias de cada uno, serán como esos palos pintados de rojo, que continúan marcándonos el rumbo, hasta que el Señor decida que brille de nuevo el sol, se derritan los hielos, y el corazón vuelva a vibrar, encendido con un fuego que en realidad no estuvo apagado nunca: fue sólo rescoldo oculto por la ceniza de una temporada de prueba, o de menos empeño, o de escaso sacrificio.*

*No os escondo que, a lo largo de estos años, se me han acercado algunos, y compungidos de dolor, me han dicho: Padre, no sé qué me pasa, me encuentro cansado y frío; mi piedad, antes tan segura y llana, me parece una comedia... Pues a los que atraviesan esa situación, y a todos vosotros, contesto: ¿una comedia? ¡Gran cosa! El Señor está jugando con nosotros como un padre con sus hijos*¹⁶.

Las Normas son para nosotros *unas señales maravillosas, que el Señor nos ha dado*", son garantía de santidad. Si se hace trabajoso su cumplimiento,

(15) De nuestro Padre, Tertulia, 25-XII-1958.

(16) *Amigos de Dios*, nn. 151-152.

(17) De nuestro Padre, Tertulia, 25-XII-1958.

nos asimos a ellas con más fuerza que nunca. *Eso es vida interior: la lucha por cumplir las Normas, por cumplirlas amorosamente, porque nuestro camino es de amor*¹⁸.

Pedimos a la Virgen que nos enseñe a amarlas mucho, porque nos las ha dado Dios. Queremos vivir las bien porque *bueno es el Señor para quienes confían en El, para quienes lo buscan*¹⁹.

(18) De nuestro Padre, Tertulia, 25XII-1958.

(19) AHf. *ad Com.* (Lam. III, 25).

366.

VIERNES

—La Obra es una *organización desorganizada*, firmemente unida.

—Vivir la unidad con el Padre es vivir la unidad con la Obra.

—Unidad con los Directores inmediatos.

SABÉIS muy bien, hijos míos, que no tiene nuestra labor apostólica una finalidad especializada: tiene todas las especializaciones, porque arraiga en la diversidad de especializaciones de la misma vida; porque enaltece y eleva al orden sobrenatural, y convierte en auténtica labor de almas, todos los servicios que unos hombres prestan a los otros, en el engranaje de la sociedad humana ¹. Por eso, en la Obra está presente toda la sociedad actual, y lo estará la de siempre: intelectuales y hombres de negocios; profesionales y artesanos; empresarios y obreros; gente de la diplomacia, del comercio, del campo, de las finanzas y de las letras; periodistas, hombres del teatro, del cine y del circo, deportistas. Jóvenes y ancianos. Sanos y enfermos. Una organización desorganizada, como la vida misma, maravillosa; especialización verdadera y auténtica del apostolado, porque todas las vocaciones huma-

ñas —limpias, dignas— se hacen apostólicas, divinas ².

La Obra es una maravillosa *organización desorganizada*, decía nuestro Padre, porque nos une un pequeñísimo común denominador —la fe cristiana, la fidelidad a nuestro espíritu y a nuestras Normas— y en lo demás somos totalmente libres. *No somos una institución cerrada, en la que todos parecen obligados a pensar lo mismo, a ir como en manada, sino una peculiar organización divina, que tiene la aparente desorganización de todas las cosas vitales, y que es bien propia de las instituciones seculares, en las que se potencia la personalidad de cada uno* ³.

Si importante es en la Obra la libertad personal, también lo es la unidad, en esas pocas cosas que constituyen nuestro *común denominador*. Con motivo de las ceremonias de consagración del oratorio de Pentecostés, en Villa Tevere, nuestro Fundador afirmaba: *nuestra Madre, el Opus Dei, está en un completo desarrollo, extendiéndose por todo el mundo, con una maravillosa pobreza. Y a Jesús le hemos preparado este tabernáculo, que es el más rico que hemos podido hacer. Y en él, hemos querido que constaran aquellas palabras suyas: consummati in unum floann. XVII, 23), de tal manera que los corazones de todos nosotros, como antes y ahora y luego, hasta siempre, sean un mismo corazón. Para que se hagan verdad las*

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 11.

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 12.

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 14.

palabras de la Escritura: multitudinis autem creditum erat cor unum et anima una (Act. IV, 32)⁴.

Esta unidad es causa de la eficacia de nuestro apostolado, de nuestra vida. *Por eso* —continuaba nuestro Fundador en aquella ocasión—, *allá arriba, encima de aquellas dos puertas, yo he hecho poner el sistema, el procedimiento, el método, la única manera de que tengamos esta vida abundante y fecunda en frutos sobrenaturales:* omnes perseverantes unanimiter in oratione (Act. I, 14)⁵.

*TODO reino dividido contra sí mismo quedará desolado y caerá casa contra casa*⁶. La unidad es causa de eficacia, de que las fuerzas libérrimas —que somos cada uno de nosotros— no se anulen mutuamente, sino que cooperen orgánicamente. Y el fundamento de esta unidad, la piedra angular sobre la que todo el edificio de la Obra se apoya, la raíz de su fecundidad apostólica, por voluntad divina, es el Prelado del Opus Dei. Vivir la unidad es vivir unidos al Padre, a su persona, a sus intenciones, a sus deseos.

El Padre es la cabeza que Dios ha puesto al frente de la Obra, para garantizar su rumbo y su seguridad en el camino. El Padre es la sombra benéfica de nuestro Fundador sobre la tierra, el instrumento que

(4) De nuestro Padre, Palabras en la consagración del altar del oratorio de Pentecostés, 4-III-1957.

(5) De nuestro Padre, Palabras en la consagración del altar del oratorio de Pentecostés, 4-III-1957.

(6) Ev. (Luc. Luc. XI, 17).

emplea para seguir gobernando el Opus Dei desde el Cielo.

Estar unido al Padre es rezar y mortificarse por él, tener siempre presentes sus intenciones. *Tienes obligación de pedir y sacrificar por la persona e intención de "quien hace Cabeza" en tu empresa de apostolado.* —*Si eres remiso en el cumplimiento de este deber, me haces pensar que te falta entusiasmo por tu camino* \ Oración insistente —*toda nuestra vida debe ser oración*—, bien unidos a lo que ocupa el pensamiento del Padre: a sus intenciones, como nos rogaba siempre nuestro Fundador: *que pidáis especialmente por las cosas que tengo esta temporada en mi corazón y en mi cabeza. Os pido, hijos, que en este momento, cuando yo me acerque al altar para hacer la ofrenda del pan y del vino, pidáis conmigo al Señor Sacramentado que nos preside que adelante estas cosas*⁸. Y unas palabras que repetimos miles de veces pueden ser hoy, de nuevo, motivo de nuestra oración: *Señor, te pido lo que te pida el Padre.*

En nuestro plan de vida figura cada día una mortificación por el Padre. ¿La vivimos con generosidad, con amplitud de corazón, sin regatear el ofrecimiento de lo que más nos cuesta? ¿La realizamos con alegría, sabiendo que, con el pequeño vencimiento de un momento, ayudamos realmente al Padre a

(7) Camino, n. 953.

(8) De nuestro Padre, Noticias 11-62, pp. 35-36.

llevar la carga grande que el Señor ha querido poner sobre sus hombros? Junto a la oración y a la mortificación, la unidad con el Padre exige hacer todas las cosas como sabemos que le gustaría que se hicieran, como nosotros mismos las haríamos si fuera el Padre en persona quien nos diera tal encargo.

Unidos al Padre, estaremos también unidos vitalmente a la Obra. Seremos sarmientos vivos llenos de frutos. *Si no pasáis por mi cabeza* —decía nuestro Fundador—, *si no pasáis por mi corazón, habéis equivocado el camino, no tenéis a Cristo*⁹. Estas palabras pronunciadas por nuestro Fundador hace muchos años, son y serán válidas siempre: en primer lugar, referidas a su persona; y también aplicadas al Padre, sea quien sea a lo largo de los siglos.

*HEMOS de cuidar celosamente la unidad, repetía nuestro Fundador, porque es un bien muy grande para la Obra. Personalmente no me enorgullece que estéis unidos a mí. Pensad más bien en la maravilla de que, en todo el mundo, se viva este mismo espíritu de servicio a Dios, a la Iglesia y a las almas. Daos cuenta de que se lo debemos al Señor, y de que es uno de los beneficios que hemos de agradecerle*¹⁰.

La unión con el Padre no puede limitarse a un deseo más o menos ardientemente sentido; necesita

(9) De nuestro Padre.

(10) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 1097.

traducirse en hechos determinados: seguir fidelísimamente las indicaciones de los Directores centrales, regionales y locales, haciendo de ellas tema de oración, poniéndolas en práctica; y dejar a un lado los problemas personales, para atender en primer lugar los intereses apostólicos de la Obra entera.

Estamos unidos al Padre cuando somos muy fieles a los Directores. Ellos representan al Padre y le prestan —de algún modo— su voz para decirnos lo que quiere de nosotros, sus oídos para escucharnos, su corazón para querernos, su amor para comprendernos siempre. Nuestro mayor deseo debe ser afinar más y más en ese cariño confiado y dócil a los que representan al Padre, poner por obra sus indicaciones, acudir gustosos a la Confidencia y a los medios de formación, porque *cualquiera que sea quien recibe la Confidencia, es el mismo Padre quien la recibe* ".

Queremos vivir siempre así la unidad con el Padre y con los Directores, no sólo por los beneficios que comporta, sino porque es una realidad querida por Dios: la Obra es familia. Comentaba nuestro Fundador en una ocasión: *cuando una persona no se siente sola, es una maravilla; pero yo, además, me dirijo a mi Señor así: ne respicias peccata mea, no mires mis pecados, pues soy un pobre hombre, sed fidem filiorum meorum. Señor, mira la fe de mis hijos. Veo mis sombras y vuestras luces, y me quedo tranquilo: son*

(11) De nuestro Padre, Crónica 111-57, p. 22.

mis credenciales. Jesús mostraba a sus discípulos sus manos y su costado, llagados, rotos. Yo le muestro a Jesús la fe, el amor y la fidelidad de mis hijos. No me dejéis mal, que éstas son mis cartas credenciales delante de Dios¹².

Hagamos el propósito de vivir más unidos a nuestros Directores: a los de nuestro Centro, a los de nuestra Región, a los centrales; al Padre, en definitiva. *Pasará el tiempo* —decía nuestro Padre un 14 de febrero—, y quizá serás tú el que tendrás que hablar en un Círculo o preparar los puntos de una meditación para un grupo de hermanos tuyos jóvenes, en un día como hoy. Y entonces sentirás, hijo mío, como nunca, qué bueno ha sido el Señor contigo que te ha traído aquí en estos comienzos¹³.

Pidamos a Jesucristo que nos infunda en la mente y en el corazón un amor grande a la unidad. Y al pedir esto al Señor, *haced que vuestra oración llegue a su presencia por la intercesión de la Santísima Virgen María, Reina del Opus Dei*¹⁴.

(12) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 1103.

(13) De nuestro Padre, Noticias 11-57, p. 14.

(14) De nuestro Padre, *Carla*, 28-IIIM955, n. 47.

367.

SÁBADO

—Dios se hace hombre para que podamos amarle más fácilmente.

—Para amar a Dios, el mejor camino es contemplar la Humanidad Santísima del Señor.

—Poner sin miedo el corazón en el trato con Jesús.

LAS PALABRAS del Señor entusiasman a las muchedumbres. Son muchos los que le siguen y, de vez en cuando, alguno del pueblo no puede reprimir sus sentimientos, y en voz alta los expresa. Es la escena que se recoge en el Evangelio de la Misa de hoy, que —si constituye una alabanza a la Virgen— es también y sobre todo un grito de admiración ante la Humanidad Santísima de Jesucristo.

A aquella mujer del pueblo, que un día prorrumpió en alabanzas a Jesús exclamando: bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron, el Señor responde: bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica (Luc. XI, 27-28). Era el elogio de su Madre, de su fiat (Luc. I, 38), del hágase sincero, entregado, cumplido hasta las últimas consecuencias, que no se manifestó en acciones aparatosas, sino en el sacrificio escondido y silencioso de cada jornada ¹.

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 172.

La Humanidad Santísima de Cristo ha de ser objeto de nuestro cariño, y muchas veces ese amor se expresará en gritos silenciosos de adoración, de reparación, de agradecimiento. Pero no puede quedarse sólo en palabras, aunque procedan muy sinceramente de nuestro corazón. Ese amor ha de llevarnos a fomentar el deseo de parecemos a Jesús, de identificarnos con El, de ser —como incansablemente nos repetía nuestro Padre— *alter Christus, ipse Christus*: el mismo Cristo.

*Pero para ser ipse Christus hay que mirarse en El. No basta con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de El detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, seriedad, paz*².

Este es el gran misterio que no nos cansaremos nunca de contemplar: el del Hijo de Dios que, movido por su amor a los hombres, ha venido a nosotros para que tengamos *la segura confianza de llegar a El, mediante la fe*³; un misterio maravilloso, insospechable para la pobre mente humana, porque *cada uno de esos gestos humanos es gesto de Dios*. En Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Col. //, 9). *Cristo es Dios hecho hombre, hombre perfecto, hombre entero. Y, en lo humano, nos da a conocer la divinidad* *.

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 107.

(3) *Ephes. III, 12*.

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 109.

Nuestro Padre nos enseñó a meditar frecuentemente la vida de Jesús, porque de ahí sacamos el impulso necesario para seguirle de cerca y hacer apostolado. *Si queremos llevar hasta el Señor a los demás hombres, es necesario ir al Evangelio y contemplar el amor de Cristo. Podríamos fijarnos en las escenas cumbres de la Pasión, porque, como El mismo dijo, nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos* (Joann. XV, 13). *Pero podemos considerar también el resto de su vida, su trato ordinario con quienes se cruzaron con El*.

Cristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, para hacer llegar a los hombres su doctrina de salvación y manifestarles el amor de Dios, procedió de modo humano y divino. Dios condesciende con el hombre, toma nuestra naturaleza sin reservas, con excepción del pecado.

*Me produce una honda alegría considerar que Cristo ha querido ser plenamente hombre, con carne como la nuestra. Me emociona contemplar la maravilla de un Dios que ama con corazón de hombre*⁵.

YO HE querido siempre que he hecho la meditación con mis hijos (...) —predicaba nuestro Padre hace muchos años—, ver a Cristo Señor Nuestro así: naciendo en un pesebre, siendo niño que crece como todos los niños, viviendo treinta años de oscuridad, mu-

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 107.

*riendo en la Cruz por todos los hombres. Lo he contemplado así, porque quiero aprender de El; y para aprender de El, lo mejor que puedo hacer es tratar de conocer su vida. Quiero reproducir la vida de Cristo en vosotros, los hijos de Dios en el Opus Dei, a fuerza de leer la Sagrada Escritura, de meditarla. A fuerza de rezar, la vida de Jesucristo está aquí, dentro de la cabeza, como una magnífica película a todo color que podemos reproducir cuando queramos*⁶.

El amor de Jesús exige nuestra correspondencia: amor con amor se paga. Y para amarle, debemos conocerle, contemplar su Humanidad Santísima, familiarizarnos con todos los detalles de su vida en la tierra. *Tratarlo con la palabra, con la oración, con ese diálogo constante, diciéndole palabras de cariño y de amor. Leyendo su vida, siguiendo de cerca sus pisadas, siendo un personaje más en las escenas que nos narra el Evangelio. El se ha hecho hombre para que tengamos más libertad para tratarlo. ¿A ti no te gusta tratar con los viejos amigos y decirles cosas íntimas? A mí me gusta mucho. Pues eso es lo que hace Cristo con los hombres. ¿Veis por qué quiero que améis la Humanidad Santísima del Señor? Para que vayáis con mayor confianza. Yo muchas veces al día cierro los ojos porque me gustaría contemplar —repito— como en una película la Humanidad de Cristo, porque le quiero con toda el alma*⁷.

Corresponderemos al amor de Jesucristo llevando

*muchas veces a la oración su Humanidad Santísima, su gesto amable, su dedicación sin tregua a los Apóstoles, su entrega continuada a la muchedumbre. Hemos de poner en juego la fantasía y la memoria, la inteligencia y la voluntad, para vivir junto a Jesús haciéndonos un personaje más de aquella época. Todo el secreto de la santidad es parecerse a El, que es el modelo. Por eso leemos el Evangelio diariamente: para que no nos falte nunca el combustible que hace arder el fuego del amor*⁸.

Entre todas las escenas de la vida de Cristo, nuestro Padre nos enseñó a meditar con frecuencia la Pasión, que tanto ayuda a seguir al Señor porque en ella se manifiesta la hondura del amor que Dios nos tiene. *¿Quieres acompañar de cerca, muy de cerca, a Jesús?... Abre el Santo Evangelio y lee la Pasión del Señor. Pero leer sólo, no: vivir. La diferencia es grande. Leer es recordar una cosa que pasó; vivir es hallarse presente en un acontecimiento que está sucediendo ahora mismo, ser uno más en aquellas escenas.*

*Entonces, deja que tu corazón se expanda, que se ponga junto al Señor. Y cuando notes que se escapa —que eres cobarde, como los otros—, pide perdón por tus cobardías y las mías*⁹.

*DAME, hijo mío, tu corazón y pon tus ojos en mis caminos*¹⁰. El Señor quiere que le amemos como

(6) De nuestro Padre, Meditación, 24-XII-1963.

(7) De nuestro Padre.

(8) De nuestro Padre.

(9) *Vía Crucis*, IX estación, punto 3.

(10) *Prov.* XXIII, 26.

El mismo nos ha amado: con todas las potencias y sentidos, con todas las fuerzas de nuestro ser, con toda la capacidad de nuestro pobre corazón. *Pide a Jesús*, nos animaba nuestro Padre, *que te conceda un Amor como hoguera de purificación, donde tu pobre carne —tu pobre corazón— se consuma, limpiándose de todas las miserias terrenas... Y, vacío de ti mismo, se colme de El*¹¹.

Hemos de amar a Jesucristo con el único corazón que tenemos —este corazón de carne, que ha nacido para amar—, sin miedo a darnos demasiado. *El Señor no nos quiere secos, tiesos, como una cosa sin vida. ¡Nos quiere impregnados de su cariño! No somos solterones, que muchas veces son unos desgraciados, que no han tenido la generosidad de amar alguna vez. Nosotros debemos obrar y vivir y morir como enamorados, si somos fieles*¹². No podemos hacer otra cosa: o amamos al Señor, poniendo en ese amor el corazón, o no le amamos realmente. *Yo no tengo un corazón para amar a Dios y otro para amar a las personas de la tierra*, nos repetía nuestro Padre. *Con el mismo corazón con el que he querido a mis padres y quiero a mis hijos, con el mismo corazón amo yo a Cristo, y al Padre, y al Espíritu Santo*¹³.

Pudiera ocurrir que, en ocasiones, nos encontráramos fríos y desganados, con el corazón seco. No

(11) *Surco*, n. 814.

(12) De nuestro Padre, Meditación, 17-11-1959.

(13) De nuestro Padre, Crónica 1-66, p. 9.

podemos entonces desanimarnos, seguir al Señor de mala gana, como quien cumple una obligación penosa: amar con el corazón no significa necesariamente advertir el sentimiento; lo importante es la decisión de la voluntad de querer amarle con todo nuestro ser, aunque no sintamos nada. Si alguna vez notáramos falta de amor, sería el momento de hacer reaccionar el corazón; y *si quieres que reaccione de modo seguro* —nos ha enseñado nuestro Fundador—, *yo te aconsejo meterte en una llaga del Señor (...). Hijos míos, reconociendo que somos poca cosa, hay que tratarle de cerca, pegarse a El, sentir palpar su Corazón*¹⁴.

El costado llagado de Jesús nos invita, insistente. *Penetremos en el Corazón humildísimo del excelso Jesús. La puerta es el costado abierto por la lanza. Aquí está escondido el tesoro inefable y deseable de la caridad; aquí se encuentra la devoción, se obtiene la gracia del arrepentimiento, se aprende la mansedumbre y la paciencia en las adversidades, la compasión con los afligidos, y, sobre todo, aquí se halla un corazón contrito, humillado*¹⁵. En el Corazón de Jesucristo encenderemos de amor nuestro corazón y encontraremos siempre la paz: *Cor Iesu Sacratissimum et misericors, dona nobis pacem!*

¡Verdaderamente es amable la Santa Humanidad de nuestro Dios! —Te "metiste" en la Llaga santísima

(14) De nuestro Padre, Crónica 1-66, p. 11.

(15) San Buenaventura, *Vilis mystica* 24, 3.

de la mano derecha de tu Señor, y me preguntaste: "si una Herida de Cristo limpia, sana, aquieta, fortalece y enciende y enamora, ¿qué no harán las cinco, abiertas en el madero?""¹⁶.

La Virgen Santísima —*Ancilla Domini*,— nos enseñará a querer a nuestro Dios con todo el corazón. *Ella te hará participar de los tesoros que guarda en su corazón* —escribe nuestro Padre—, pues "*jamás se oyó decir que ninguno de cuantos han acudido a su protección ha sido desoído*".

(16) *Camino*, n. 555.

(17) *Surco*, n. 768.

368.

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

—Debemos ser agradecidos con el Señor.

—Motivos de agradecimiento.

—Gratitud también con obras.

EL EVANGELIO de la Misa nos presenta a Jesús camino de Jerusalén, por los confines de Samaría y Galilea. *Cuando iba a entrar en un pueblo, le salieron al paso diez leprosos, que se detuvieron a distancia y le dijeron gritando: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros* ¹. Cristo se compadece de ellos, y realiza el gran milagro que conocemos. Pero hay algo que resalta particularmente en el relato evangélico. Jesús, que se había enternecido ante la miseria de los leprosos, sufre después por la ingratitud: *¿no son diez los que han quedado limpios? Los otros nueve ¿dónde están?* ².

Entre todos, sólo uno agradece el beneficio recibido. Al verse curado en el camino, siente la necesidad de regresar para postrarse a los pies de Jesucristo: *se volvió glorificando a Dios a gritos* ³. El alma agradecida necesita manifestar su reconocimiento. *Alabad a Yavé, porque es bueno, porque es eterna su*

(1) Ev. (C) (*Luc.* XVII, 12-13).

(2) *Ibid.*, 17.

(3) *Ibid.*, 16.

*misericordia. Diga la casa de Israel: es eterna su misericordia. Diga la casa de Aarón: es eterna su misericordia. Digan los que temen a Yavé: es eterna su misericordia*⁴.

Reconocer la infinita bondad del Señor, es lo único que podemos hacer los hombres para corresponder de algún modo a los favores divinos. *El pobre no se hace ingrato si realiza lo que está en su mano. Porque del mismo modo que lo principal, al hacer un regalo, es el afecto con que se realiza, también la gratitud consiste principalmente en el cariño (...). Por eso, para manifestar nuestra gratitud a un bienhechor al que nada falta, es tan conveniente mostrarle respeto y reverencia*⁵. Gratitud es reconocer nuestra indigencia y el poder inmenso del Señor.

Acostúmbrate a elevar tu corazón a Dios, en acción de gracias, muchas veces al día. —Porque te da esto y lo otro. —Porque te han despreciado. —Porque no tienes lo que necesitas o porque lo tienes.

Porque hizo tan hermosa a su Madre, que es también Madre tuya. —Porque creó el Sol y la Luna y aquel animal y aquella otra planta. —Porque hizo a aquel hombre elocuente y a ti te hizo premioso...

*Dale gracias por todo, porque todo es bueno*⁶.

La expresión habitual *gracias a Dios* ha de ser en nosotros una exclamación sincera: *¿qué cosa mejor*

(4) *Ad Laudes* (Ps. CXVII, 1-4).

(5) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 106, a. 3 ad 5.

(6) *Camino*, n. 268.

*podemos traer en el corazón, pronunciar con la boca, escribir con la pluma, que estas palabras: "gracias a Dios"? No hay nada que se pueda decir con mayor brevedad, ni oír con más alegría, ni sentirse con mayor elevación, ni hacer con mayor utilidad*⁷.

Para ser agradecidos, debemos comportarnos como aquel leproso: reconocer la mano de Dios en todo lo que nos sucede; alabarle, porque de nuestra parte sólo hay indigencia, la enfermedad de nuestras miserias; todo lo bueno que hay en el mundo viene de El. Y procurar corresponder, siendo fieles. *Hijo mío* —nos pregunta nuestro Fundador—, *¿has hecho hoy muchas acciones de gracias? Dile al Señor con frecuencia: gratias tibi, Deus, gratias tibi!*⁸.

EN LA Navidad de 1972, decía nuestro Padre: *este año especialmente es tiempo de acción de gracias, y así lo he señalado a mis hijas y a mis hijos, con unas palabras tomadas de la liturgia: ut in gratiarum semper actione maneamus! Que estemos siempre en una continua acción de gracias a Dios, por todo: por lo que parece bueno y por lo que parece malo, por lo dulce y por lo amargo, por lo blanco y por lo negro, por lo pequeño y por lo grande, por lo poco y por lo mucho, por lo que es temporal y por lo que tiene alcance eterno. Demos gracias a Nuestro Señor por cuanto ha suce-*

(7) San Agustín, *Epístola* 72.

(8) De nuestro Padre.

*dido este año, y también en cierto modo por nuestras infidelidades, porque las hemos reconocido y nos han llevado a pedirle perdón, y a concretar el propósito —que traerá mucho bien para nuestras almas— de no ser nunca más infieles*⁹.

*¿Quién te enaltece? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?*¹⁰. A medida que vamos profundizando en la vida interior, percibimos con mayor claridad nuestra absoluta dependencia de Dios. Y esta íntima persuasión es fuente del *gaudium cum pace*. Cuando nos acercamos al Hijo de Dios, nos convencemos de que somos unos pigmeos al lado de un gigante. Nos sentimos pequeñísimos, humillados, y a la vez repletos de amor a Dios Nuestro Señor que, siendo tan grande, tan inmenso e infinito, nos ha convertido en hijos suyos. Y nos movemos a darle gracias, ahora, este año, y durante la vida entera y la eternidad. ¡Qué hermosamente suenan con el canto gregoriano las estrofas del prefacio! Veré dignum et iustum est, aequum et salutare, nos tibi semper, et ubique gratias agere! (Ordo missae, Praef.) Nosotros somos pequeños, pequeños; y El es nuestro Padre omnipotente y eterno¹¹.

Nunca podremos pagar al Señor suficientemente todos los beneficios que nos concede. Por eso nuestra correspondencia, nuestro agradecimiento, siem-

pre se queda corto, en comparación con la infinita dignidad de Dios y con el inmenso amor que nos tiene. Por eso, la gratitud del amor es interminable, pues *cuanto más se ejercita más exigente es*¹².

Le agradecemos, sobre todo, habernos adoptado como hijos suyos, *hechos partícipes de la naturaleza divina* ¹³. Quizá hasta ahora no hemos sabido agradecerse bastante. Le manifestamos nuestra admiración, llena de reconocimiento filial, por la continua dádiva de su gracia a través de los sacramentos, especialmente de la Penitencia y la Eucaristía. Damos gracias por la vocación al Opus Dei: *porque nos ha pedido todo el amor, toda la vida, todo el corazón, toda la inteligencia* ¹⁴. Y porque bendice copiosamente nuestra labor.

*La acción de gracias, hijas e hijos míos, nace de un orgullo santo, que no destruye la humildad ni llena el alma de soberbia, porque se fundamenta sólo en el poder de Dios, y está hecho de amor, de seguridad en la lucha*¹⁵.

EL AGRADECIMIENTO verdadero se muestra con obras. El mismo Jesús lo pide en otra ocasión a un leproso, después de sanarle de su enfermedad: *anda, preséntate al sacerdote y ofrece por tu purifica-*

(9) De nuestro Padre, Meditación Tiempo de acción de gracias, 25-XII-1972.

(10) I Cor. IV, 7.

(11) De nuestro Padre, Meditación Tiempo de acción de gracias, 25-XII-1972.

(12) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 106, a. 6 ad 2.

(13) II Petr. I, 4.

(14) De nuestro Padre.

(15) De nuestro Padre, Meditación Tiempo de acción de gracias, 25-XII-1972.

*ción las cosas que ordenó Moisés*¹⁶. Es signo de verdadera gratitud mostrar con obras la buena disposición de correspondencia. Y el leproso que volvió a dar gracias al Señor cuando se vio curado, no se limitó a entregar la ofrenda marcada por la Ley, sino que se postró él mismo a los pies de Jesús: se puso a su disposición.

*Que ese agradecimiento se muestre por el cariño que ponéis en todas las cosas, por el empeño con que vivís vuestro trabajo, el servicio a los demás y todas las virtudes...: ungido todo por la caridad. Que tengáis buen humor y que hagáis las cosas bien, con santidad, en presencia de Dios, aunque os cuesten. Así daremos mucha gloria a Dios, así haremos mucho bien a las almas*ⁿ.

Esa es la mejor prueba de gratitud, de entrega, de generosidad, de correspondencia. Y cuando hemos cumplido con nuestro deber, y recogemos quizá los frutos, hemos de saber referir a Dios todas las cosas, sin admitir ningún pensamiento de soberbia. *Esta es la disposición mínima para quienes trabajan con almas. El instrumento no se queda nunca con los frutos. Si hay algo sabroso en la vida nuestra, si hay algo que agrada al Señor, si hay algo que logra que otras almas se salven y que nosotros recorramos un camino de amor, todo eso se lo debemos a Dios*¹⁸.

(16) Marc. II, 43.

(17) De nuestro Padre.

(18) De nuestro Padre, Meditación *Tiempo de acción de gracias*, 25-XII-1972.

Si nuestra acción de gracias es así, humilde, Jesús nos responderá, como al leproso agradecido: *tu fe te ha salvado*¹⁹.

Terminamos nuestra oración dando gracias también a nuestra Madre, Santa María, porque de su mano recibimos todos los beneficios del Señor. Nos dio a Jesús, *fruto bendito de su vientre*; nos consiguió de Dios la vocación y vela de continuo por nosotros. *¿No has tenido nunca ganas, ante un chaparrón de besos y juguetes, de decir a tu madre: ¡qué buena eres!? Pues eso... Dile a la Virgen: Madre mía, ¡qué buena eres!*²⁰.

(19) Év. (C) (Luc. XVII, 19).

(20) De nuestro Padre, Meditación, 2-XH-1951.

369.

LUNES

- Afán proselitista para acercar las almas a Cristo.
- Buscar almas con urgencia: las llama el Señor.
- Medios sobrenaturales y medios humanos en el proselitismo.

EN UNO de los Evangelios previstos para la Misa de ayer, se narraba la parábola de las bodas del hijo del Rey. Puede servirnos de guía para la oración de esta mañana, que vamos a hacer de la mano de nuestro Padre.

En el reino de los cielos acontece lo que a cierto Rey, que celebró las bodas de su hijo, y envió sus criados a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir (Matth. XXII, 2-3). *Ha venido aquel gran Rey y ha invitado a mucha gente al banquete. Aquí, en la tierra, todas las almas están llamadas a la boda del gran Rey, y las almas no quieren ir, rechazan la invitación, y la sala queda vacía.*

También entiendo yo de estas negativas, hijos. Más de una vez os he hablado de esos primeros tiempos de soledad, de aquellos años en los que prácticamente repetía las palabras del Señor: ecce prandium meum paravi, tauri mei et altilia occisa sunt, et omnia parata: venite ad nuptias (Matth. XXII, 4). Tengo dispuesto el banquete. He hecho matar mis terneros y demás ani-

males cebados, y todo está a punto: una plenitud de Amor, sin traiciones, sin cansancio, con toda la bondad y toda la hermosura, nos ha preparado el Señor.

Mas ellos no hicieron caso; antes bien, se marcharon, quién a su granja —*a sus egoísmos, a su comodidad*—, quién a sus negocios (Matth. XXII, 5): *a su profesión, de la que no saben hacer camino divino en la tierra*¹.

Como a nuestro Padre, han de dolemos las almas que se apartan de Dios o que temen entregarse a El. Y mientras nos proponemos intensificar el proselitismo, *pidamos al Señor que tenga piedad de todos los hombres, que vuelva una y otra vez a buscarlos, a enamorarlos, con el afán de este buen Rey.*

Pero las cosas de Dios van adelante siempre, aunque no queramos nosotros. Entonces, dijo a sus criados: las bodas están dispuestas, mas los convidados no eran dignos de asistir a ellas. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a todos cuantos encontréis, convidadlos a las bodas (Matth. XXII, 8-9). *¿No os conmueve, hijos?: a todos llama el Señor. De ese montón eres tú y soy yo, de éstos que ha querido buscar en las encrucijadas de todos los caminos. Y hemos venido como estos hombres de la parábola: cojos, ciegos, sordos*².

Los criados, saliendo a los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos; y se llenó

(1) De nuestro Padre, Meditación, 13-X-1963.

(2) De nuestro Padre, Meditación, 17-X-1965.

*de comensales la sala de bodas*³. También es obligación nuestra obrar como estos criados: para que no haya nadie que no vibre, que viva al margen de los caminos del Señor. *Donde haya almas capaces de servir a Dios, allí hemos de estar presentes para llevarlas a Cristo.*

*Hemos de hacer llegar a sus oídos esta invitación del Gran Rey: todo está a punto, venid al banquete. Es deber nuestro llamar muchas criaturas, para que se dediquen a trabajar en servicio de Dios*⁴.

DICIENDO al Señor que sí, que ponemos nuestra vida entera a su servicio, hemos encendido un fuego inagotable, una llama, avivada diariamente por el amor de Dios, que tiende a propagarse como el correr pregonero de esos criados de la parábola: *ite ad exitus viarum, et quoscumque inveneritis, vocate ad nuptias (Matth. XXII, 9): ¡id a todos los caminos! ¡Que vayáis! Os lo he repetido tantas veces porque no es lo nuestro quedarnos encerrados en casa, sino acudir a todos los caminos, buscando a las almas donde están, para traerlas luego al Señor, heridas de amor, de comprensión, de entrega, de deseos de entrega al menos.*

Alguna vez he pensado, hijos míos, que las almas son, cuando se comienza a trabajar con ellas, como las

(3) *Dom. praec. Ev. (A) (Matth. XXII, 10).*
(4) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 299.

cerezas. Se tira de una, y salen dos. Se toma otra, y salen cuatro o cinco más.

*Almas de toda condición, de cualesquiera circunstancias personales, profesionales, sociales, porque nos interesan todas. Ciertamente, las que el Señor manda a su Obra son una selección, pero no para encerrarse, sino para esparcirse, porque hemos de hacer el bien a la humanidad entera*⁵.

*Como fuego que hace arder el bosque: y como llama que enciende los montes*⁶. Con el mismo ímpetu de un fuego indomable, se ha de manifestar el proselitismo de cada uno, su deseo de traer muchas almas al Opus Dei. Ese afán arrollador nunca cesa cuando vivimos con fidelidad nuestra entrega, y sabe encontrar —en las situaciones ordinarias de cada jornada— ocasión para vivir la urgencia de un apostolado constante. Es el contrapunto lógico, la respuesta adecuada, a aquella premura que manifiesta el Señor en la parábola de las bodas.

Exi in vias et saepes —nos dice esta vez por San Lucas— et compelle intrare, ut impleatur domus mea (Luc. XIV, 23); sal a los caminos y cercados y empuja a los que halles, para que vengan y se llene mi casa. Obligadles a entrar, empujadles, traedles a mí, que todo esto quiere decir ese compelle intrare del Evangelio, perfectamente compatible con el más delicado respeto

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 300.
(6) *Ps. LXXXII, 15.*

a la libertad de las almas, y absolutamente contrario a la pasividad, a la pereza o al respeto humano.

Hijos míos, tenéis que acercaros a vuestros compañeros, a vuestros amigos, para llamarles en nombre de Dios: compelle intrare! Si a ti nadie te hubiera llamado, probablemente no estarías ahora aquí, sirviendo al Señor en la Obra.

A tantas personas habéis de decir que también a ellos los busca Cristo, como buscó a los primeros doce, como buscó a la mujer samaritana, y a Zaqueo, y al paralítico. Cada uno en su trabajo, allí donde está, que sienta la necesidad de llegar a mucha gente, para que se llene la sala del banquete.

Pido a todos mis hijos que en su oración personal hagan un examen muy íntimo, para ver lo que hasta ahora han hecho por traer almas al Opus Dei. Un examen que terminará con un propósito muy firme: hacer lo que esté en sus manos para lograr muchas vocaciones, porque las necesitamos. Gracias a Dios, no nos faltan vocaciones aun en medio de las circunstancias tan penosas que actualmente afectan a tantos cristianos y a tantos ambientes. Pero precisamente por eso necesitamos más brazos, los necesita la Iglesia, los quiere el Señor a su servicio.

Todos habéis de tener la preocupación de esta sementera. No podemos quedarnos encerrados. Dios no ha querido que su Obra fuera una Residencia, o una obra corporativa: la ha promovido para santificar a las almas. Necesariamente tenemos que salir a buscar-

las, sin esperar a que vengan, como hacen los criados de esta parábola⁷.

PARA mantener vivo ese afán proselitista y lograr que sea eficaz, hemos de poner los medios sobrenaturales y los medios humanos.

Hay que tratar a Jesucristo en el Pan y en la Pálida, en la Hostia y en la oración. Tenemos que estar enamorados —nos enseñó nuestro Padre—, y un poquito locos. Hace ya muchos años, de mí dijeron que estaba loco. Un sacerdote amigo me lo comentó: dicen que está usted loco. Tú, reza —le contesté—, para que lo esté aún más. Era verdad, hijos. Estaba loco, como lo estáis también vosotros, con la misma locura: loco de amor de Dios⁸.

Ese amor nos mantiene encendidos, con una preocupación constante por los demás, que nos impulsa a hablarles como amigos leales y hacerles saber que Cristo desea entrar también en sus vidas. Por eso, los medios sobrenaturales son inseparables de los medios humanos. *Es preciso moverse, romper esa costra de comodidad que a veces nos detiene. No se puede estar pasivo; es necesario meterse en la vida de los demás, como Cristo se ha metido en la vida tuya y en la mía.*

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 301.

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1971, pp. 301-302.

*Si Dios no hubiera obrado de este modo, ¿qué hubiese sido de mí? No me pidió permiso Jesucristo para que le sirviera de instrumento. Con señorío divino llegó y se plantó en el centro de mi alma: tú me haces esto y esto; y yo a obedecer como un borriquito. Es Rey de todas las criaturas y nosotros somos sus enviados*⁹.

*Flechas que rasgan el aire*¹⁰ son los deseos ineficaces, los amores a medias: una fuerza que se pierde, sin objeto. En cambio, ese clamor de almas presente en toda la vida de Cristo, en su ejemplo y en su palabra, nos pide obras: una correspondencia concreta, que dé generoso cumplimiento al *compelle intrare* del Evangelio.

La gente se asusta: se asombra del afán de llevar a Dios otras almas, para que le sirvan. Nosotros sabemos que es un deseo del Señor, y una manifestación coherente de nuestro amor.

Me viene a la memoria —y os lo repito a vosotros— lo que decía a los hijos míos, hace tantos años: que debían ser imprudentes en el apostolado, no cuidadosos y cautos. Sólo los viejos deben ser prudentes, y yo —aunque vuestros hermanos se enfaden cuando me oyen decir esto— soy el único viejo en el Opus Dei.

Debéis sentirnos muy proselitistas, y perder cualquier clase de temor. Debéis mataros por el proselitismo, porque allí está nuestra eficacia ".

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 302.

(10) Ps. XC, 6.

(11) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 302.

Hay muchas almas que esperan de nosotros un ejemplo de vida cristiana y la palabra que transmite la doctrina salvadora de Cristo. *Tenemos la lengua para hablar, también con imprudencia* —repetía nuestro Padre—. *Vamos por el mundo alegres e imprudentes. ¡Cuanto más imprudentes seáis, mejor! Yo siempre, y también ahora, pienso en los tiempos de San Pablo, y me acuerdo de aquella amonestación: argüe, obsecra, increpa...; opportune, importune (cfr. II Tim. IV, 2) (...). San Pablo, que sabe, que ha paladeado intensamente la alegría de ser de Dios, se lanza seguro a la predicación y lo hace en todo instante, también desde la prisión*¹².

La Virgen Santísima, *Regina apostolorum*, nos obtendrá de su Hijo esa *imprudencia* santa para atraer muchas almas a su Obra.

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 25-VIII-1968.

370.

MARTES

—Dios omnipotente nos ha hecho libres.

—El amor y defensa de la libertad, característica esencial de la Obra.

—La confianza en los demás y el respeto a su libertad.

CON AGRADECIMIENTO, porque percibimos la felicidad a que estamos llamados, hemos aprendido que las criaturas todas han sido sacadas de la nada por Dios y para Dios: las racionales, los hombres, aunque con tanta frecuencia perdamos la razón; y las irracionales, las que corretean por la superficie de la tierra, o habitan en las entrañas del mundo, o cruzan el azul del cielo, algunas hasta mirar de hito en hito al sol. Pero, en medio de esta maravillosa variedad, sólo nosotros, los hombres —no hablo aquí de los ángeles— nos unimos al Creador por el ejercicio de nuestra libertad: podemos rendir o negar al Señor la gloria que le corresponde como Autor de todo lo que existe.

Esa posibilidad compone el claroscuro de la libertad humana. El Señor nos invita; nos impulsa —¡porque nos ama entrañablemente!— a escoger el bien. Fíjate, hoy pongo ante ti la vida con el bien, la muerte con el mal. Si oyes el precepto de Yavé, tu Dios, que hoy te mando, de amar a Yavé, tu Dios, de seguir sus caminos y de guardar sus mandamientos, decretos y

preceptos, vivirás... Escoge la vida, para que vivas (Deut. XXX, 15-16. 19) \

Los planes divinos tienen siempre en cuenta y respetan esta libertad: *praedico vobis libertatem*². *El Señor nos ha dejado con libertad, que es un bien muy grande y el origen de muchos males, pero también es el origen de la santidad y del amor*³. Es el origen del amor, porque sólo los seres libres pueden amar y ser felices. No hay amor donde impera la coacción; no se habla de fidelidad sin la decisión voluntaria de permanecer adherido a unos compromisos determinados. Pero nuestra libertad, por ser limitada, lleva consigo también la posibilidad de rebelión contra Dios, de decir que no a sus requerimientos. Dios *ha querido* correr el riesgo de nuestra libertad⁴: aprecia en tanto ese don que, por conservárnoslo, se arriesga de continuo a que le ofendamos.

*Para esta libertad, Cristo nos ha liberado; manteneos, pues, firmes, y no os dejéis sujetar de nuevo bajo el yugo de la servidumbre*⁵. Jesucristo nos ha liberado de la esclavitud de la corrupción para participar de la libertad de la gloria de los hijos de Dios⁶.

¿Quieres tú pensar —yo también hago mi examen— si mantienes inmutable y firme tu elección de

(1) *Amigos de Dios*, n. 24.

(2) *Ierem.* XXXIV, 17.

(3) De nuestro Padre, *Obras* XII-63, p. 12.

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 113.

(5) *L. I (II) (Go/of. V, 1).*

(6) *Rom.* VIH, 21.

Vida? ¿Si al oír esa voz de Dios, amabilísima, que te estimula a la santidad, respondes libremente que sí? Volvamos la mirada a nuestro Jesús, cuando hablaba a las gentes por las ciudades y los campos de Palestina. No pretende imponerse. Si quieres ser perfecto... (Matth. XIX, 21), dice al joven rico. Aquel muchacho rechazó la insinuación, y cuenta el Evangelio que abió tristis (Matth. XIX, 22), que se retiró entristecido. Por eso alguna vez lo he llamado el ave triste: perdió la alegría porque se negó a entregar su libertad a Dios⁷.

DONDE está el espíritu del Señor, allí hay libertad⁸. Por eso, en la Obra la amamos tanto. Hijos míos, debemos ser muy amigos de la libertad: enamorados de la libertad, defensores de la libertad, propagadores de la libertad. De la libertad de todo el mundo: primero la de los demás; después, la nuestra. De la libertad personal. Pero, ¡siempre!, de la libertad con responsabilidad. Son dos cosas que deben ir siempre unidas⁹.

Lo hemos oído muchas veces, y lo hemos vivido personalmente desde que llegamos a la Obra: el amor a la libertad está impreso en la entraña misma del Opus Dei. Cuando, durante mis años de sacerdocio, no diré que predico, sino que grito mi amor a la

(7) *Amigos de Dios*, n. 24.

(8) II Cor. III, 17.

(9) De nuestro Padre, Obras 11-65, p. 13.

libertad personal, noto en algunos un gesto de desconfianza, como si sospechasen que la defensa de la libertad entrañara un peligro para la fe. Que se tranquilicen esos pusilánimes. Exclusivamente atenta contra la fe una equivocada interpretación de la libertad, una libertad sin fin alguno, sin norma objetiva, sin ley, sin responsabilidad. En una palabra: el libertinaje. Desgraciadamente, es eso lo que algunos propugnan; esta reivindicación sí que constituye un atentado a la fe¹⁰.

Es precisamente la libertad la razón de nuestra perseverancia. La libertad se hace plena, alcanza todo su sentido en la entrega amorosa a nuestro Padre Dios. Hijos míos, somos como una familia que crece y se desarrolla in libertatem gloriae filiorum Dei (Rom. VIII, 21), qua libértate Christus nos liberavit (Galat. IV, 31) —en la libertad y gloria de los hijos de Dios, con la libertad que Cristo nos ha adquirido. Pero, por amor a esa libertad, queremos tener buena atadura. Esa es, además, la mayor muestra de libertad; decirle al Señor: ponme manillas de hierro, átame a Ti, que yo sólo quiero servirte y amarte¹¹.

Somos libérrimos: nada ni nadie podrá arrebatarnos jamás esta corona, este gozo. Hijos míos, ¿no os alegra ver cómo en el Opus Dei, aparte de nuestra ascética peculiar, no tenemos ninguna doctrina propia, sino sólo la de la Iglesia? En la Obra todos tenemos

(10) *Amigos de Dios*, n. 32.

(11) De nuestro Padre, Tertulia, 19-111-1964.

nuestras ideas, variadas, cada uno con su pensamiento, su modo de ser: un numerador variadísimo. Como denominador, además de la fe y la moral de la Iglesia, tenemos esa dedicación a Dios. En lo demás, ¡libérrimos!, ¿no os da alegría? Yo sólo he encontrado esta libertad en Casa ¹².

El exquisito respeto a nuestra libertad, con que nos tratan en la Obra, hemos de usarlo también en el apostolado, incluso a la hora de empujar a los demás a un mayor acercamiento al Señor, respetando siempre la libertad de las conciencias. *¡Qué empeño el de algunos en masificar!: convierten la unidad en uniformidad amorfa, ahogando la libertad.*

Parece que ignoran la impresionante unidad del cuerpo humano, con tan divina diferenciación de miembros, que —cada uno con su propia función— contribuyen a la salud general.

—Dios no ha querido que todos sean iguales, ni que caminemos todos del mismo modo por el único camino ¹³.

LA CONFIANZA hace que amemos y respetemos la libertad de los demás. Dar esa libertad, confiar en la responsabilidad ajena, suscita siempre un deseo de corresponder, de hacerse dignos de la confianza

(12) De nuestro Padre, Obras XII-63, p. 47.

(13) Surco, n. 401.

recibida. Si no hay confianza mutua, disminuye el sentido de responsabilidad y se inhibe la libertad. *Debéis tener mucha confianza unos con otros: confianza mutua. Dejadme que insista, porque toda nuestra vida en Casa es a base de confianza, de no creer que nadie pueda hacer nada con mala voluntad. Yo creo a ojos cerrados lo que me dicen mis hijos. Así, creo: cum fide* ¹⁴.

Era tanto el amor de nuestro Padre a esta actitud del alma, que llegó a decirnos que tenía *más confianza, en la afirmación de uno de sus hijos, que en la de mil notarios juntos y unánimes* ¹⁵.

Sabernos libres, respetados y estimados de este modo, nos lleva a comportarnos con una total confianza con todos los de la Obra, y especialmente con los Directores ¹⁶, porque tienen una particular asistencia de Dios para procurar nuestro bien, para conducirnos al Señor y dirigir nuestra labor apostólica. Todo el gobierno y toda la dirección espiritual de la Obra deben basarse en la libertad, en la confianza ¹⁷. Por eso, *hay dos manifestaciones tremendas de mal espíritu: tener miedo a los que mandan en Casa, y tener vergüenza para hablar en la Confidencia* ¹⁸. Si alguna vez se insinúa en el alma de alguien esta tentación diabólica, habría que ayudarle con sobreabundancia

(14) De nuestro Padre, Crónica VIII-66, p. 9.

(15) De nuestro Padre, Instrucción, 9-I-1935, nota 23.

(16) De nuestro Padre, Crónica VIII-66, p. 9.

(17) De nuestro Padre, Obras II-65, p. 9.

(18) De nuestro Padre, Instrucción, 31-V-1936, nota 130.

de cariño leal y sincero, porque *ese temor es una tentación tremenda que desune, y que quita la posibilidad de defensa a las almas que lo admiten*¹⁹.

La confianza es una actitud fundamental en la vida de la Obra. *Un gobierno que se fundase en la desconfianza andaría mal. En cambio, el que confía trabaja contento, hace las cosas con gusto*²⁰, porque sabe que en Casa no hay *Directores-propietarios*: el gobierno es siempre colegial, y todos procuramos no tomar nunca una decisión importante sin pedir consejo. *Confiad en vuestros hermanos, confiad también en los talentos que Dios les ha dado, y en su amor a Dios y a la Obra. Y desconfiad un poquito de vuestro propio juicio: esto os llevará siempre a tener en cuenta la opinión de los demás, y a ser más eficaces*²¹.

Si se lo pedimos al Señor a través de su Madre, El nos dará gracia para hacer un uso santo de nuestra libertad. Y viviremos confiados filialmente en los Directores y en todos nuestros hermanos: *sólo así se puede ir adelante* —nos recuerda nuestro Padre—. *Nuestra labor se realiza a base de confianza: cum fide, con fe*²².

(19) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 92.

(20) De nuestro Padre, *Crónica VIII-éé*, p. 10.

(21) De nuestro Padre, n. 125.

(22) De nuestro Padre, *Crónica VIII-66*, p. 6.

371.

MIÉRCOLES

—La paz es consecuencia de la entrega sin condiciones.

—La posesión de la paz supone lucha.

—Nada puede inquietarnos si ponemos todas nuestras preocupaciones en las manos de Dios.

EN LA primera lectura de la Misa de hoy, San Pablo enumera los frutos del Espíritu Santo: *cari- dad, gozo, paz...* \ La alegría y la paz, nos enseña, marchan siempre unidas. Son el fruto de la caridad, que nos une a Dios y nos hace descansar en El, reposar en la alegría de haberle encontrado. Por eso, la alegría y la paz son consecuencia de nuestra entrega: de estar enamorados y de vivir como enamorados.

Nuestro Padre nos ha enseñado a pedir cada día en las Preces el *gaudium cum pace*. Es la alegría y la paz que Cristo nos ganó con su Encarnación redentora. *Vamos a mirar a este Señor que ha venido a dar paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (cfr. Luc. II, 4). *No sólo a los ricos, ni sólo a los pobres, que éste es un modo de pensar que causa mucho daño: ¡a los hermanos! Que hermanos de Dios somos, porque somos hermanos de Jesucristo, hijos de la Virgen Santísima. No hay más que una raza: la raza de los hijos*

(1) L I (II) (*Galat.* V, 22).

*de Dios. No hay más que un color: el color de los hijos de Dios. Y no hay más que una lengua: ésa que habla en el corazón y en la cabeza, la que habla en vosotros con Jesús en este momento: la lengua de las almas contemplativas. Una lengua que no tiene ruido de palabras, pero que tiene mil mociones de la voluntad, que tiene claridad en el entendimiento, que tiene afectos en el corazón, que tiene decisiones de vida recta: de bien, de luz, de paz*².

El *gaudium cum pace* es consecuencia de nuestra unión con Dios. *Dos cosas pido a Dios* —dice San Juan Crisóstomo—: *que seáis de El y para El. De El, porque nada hay firme y seguro que no venga de su gracia; para El, porque nada hay en el mundo que pueda aprovecharnos, si no lo dirigimos a Dios*³. De este modo, añade nuestro Padre, *por nuestra entrega completa, por nuestro voluntario holocausto, habremos de ser in gaudio semper et pace, siempre con paz y alegría y con la gracia de Dios, como el muro en el que se puedan apoyar —para su fortaleza— todas esas almas, que serán también hermanos vuestros en esta Familia unidísima, que es el Opus Dei*⁴.

Por el contrario, si faltara esa unión constante con Dios, si no nos dejáramos *conducir por el Espíritu*⁵, no hallaríamos paz ni alegría, pues viviríamos

(2) De nuestro Padre, *Meditación*, 24X11-1963.

(3) San Juan Crisóstomo, *In Epistolam I ad Corinthios homiliae* 1.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 6.

(5) *L. I (II) [Galat. V, 18]*.

anegados en las *obras de la carne*, que también enumera San Pablo⁶, y que son, en definitiva, *todo lo que proviene de un desordenado amor a sí mismo*⁷.

Pierdes la paz —¡y bien lo sabes!—, cuando concientes en puntos que entrañan descamino.

*—¡Decídetes a ser coherente y responsable!*⁸.

LA PAZ os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo⁹, dice el Señor. A la vez, nos recuerda que esa paz tenemos que conquistarla: *no penséis que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido a traer la paz sino la espada*¹⁰.

Guerra, en primer lugar, con nosotros mismos: contra nuestra soberbia, contra el amor propio desordenado, que son los que roban la paz; lucha para que se identifiquen perfectamente la fe, la moral y las obras de cada uno. Y tendréis, pase lo que pase, un *gaudium cum pace* —alegría y paz—, una serenidad, que os llevará al trabajo (...), al orden, a la obediencia, a la pobreza, a la castidad, a la lealtad y al necesario descanso, todo en la caridad de Cristo¹¹.

Sin un esfuerzo real por vivir esas virtudes, no habría paz interior: porque faltaría el *espíritu de pe-*

(6) Cfr. *Ibid.*, 19-21.

(7) San Agustín, *De civitate Dei* 14, 2.

(8) *Forja*, n. 166.

(9) *Ioann.* XIV, 27.

(10) *Mallh.* X, 34.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-VI-1936, n. 16.

nitencia, necesario para vivir cum gaudio et pace la perfección cristiana en los quehaceres de la tierra.

Si ponemos empeño en vivir estas virtudes humanas y hacemos esfuerzos para elevarlas al orden sobrenatural, estaremos siempre llenos de alegría; de esa alegría que es tan propia de nuestro espíritu, y tan agradable a Dios¹².

No podemos confundir la paz con la holgazanería, ni la alegría con la insensatez. Por sus frutos —dice el Señor— los conoceréis¹³. Y esos frutos son la difusión de lo que causa nuestra paz y nuestra alegría: el amor a Jesucristo. Por el contrario, el egoísmo que lleva a ocuparse sólo de sí mismos es el mayor enemigo de la paz. Tenemos que hacer proselitismo. Tenemos que hacer apostolado. *La caridad de Cristo bien vivida nos da el espíritu de conquista, en estas batallas de amor y de verdadera paz, porque el Señor ha dicho: omnia traham ad meipsum (Ioann. XII, 32), y nos ha llamado como corrededores, como instrumentos suyos, para que reine Cristo en todas las almas. No se trata de dominar, de conquistar con términos bélicos, sino de servir a todos —para servir, servir^, de ganar a todos para el Señor^*.

Sed fieles a vuestra vocación, todos los hijos de Dios en esta Obra de Dios. Vivid, con las virtudes sobrenaturales, las virtudes humanas. Llevad la cari-

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nn. 68-69.

(13) *Matth.* VII, 20.

(14) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 135.

*dad de Jesucristo a todas los caminos de la tierra, caminos divinos de la tierra. Y extended por todo el mundo el influjo —callado y fértil— de vuestro trabajo de apóstoles, quasi fluvium pacis, como río de paz (Isai. LXVI, 12)*¹⁵.

*FOMENTA, en tu alma y en tu corazón —en tu inteligencia y en tu querer—, el espíritu de confianza y de abandono en la amorosa Voluntad del Padre celestial... —De ahí nace la paz interior que ansias*¹⁶.

Los hijos de Dios en el Opus Dei conocemos y debemos vivir esa paz. Cuando hay una preocupación, un disgusto, corremos enseguida a nuestro Padre Dios y se lo confiamos. Lo ponemos todo en sus manos. Y se acaban todas las preocupaciones. Nuestro Padre nos ha dejado por escrito su experiencia personal: *Paradoja: desde que me decidí a seguir el consejo del Salmo: "arroja sobre el Señor tus preocupaciones, y El te sostendrá", cada día tengo menos preocupaciones en la cabeza... Y a la vez, con el trabajo oportuno, se resuelve todo, ¡con más claridad!*".

Llevar a Dios nuestras preocupaciones es también llevarlas a la Confidencia, ese abrir el corazón —porque el pobre corazón de las criaturas necesita un desaguadero—, para recibir el consejo oportuno.

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935 14-IX-1950, n. 175.

(16) *Surco*, n. 850.

(17) *Surco*, n. 873.

*Tenéis experiencia, como la tengo yo, de que después de una Confidencia bien hecha nos quedamos cum gaudio et pace, dispuestos para el trabajo fervoroso y sereno*¹⁸. Hacemos lo que nos indican, y ya no nos volvemos a preocupar más por aquel problema.

La paz vendrá como consecuencia de la entrega serena y alegre a la divina voluntad¹⁹, tras cumplir lo que nos dicen, con la seguridad de que eso es lo que Dios quiere de nosotros. *Hijos míos, adelante con alegría, con esfuerzo: ninguna cosa nos parará en el mundo, mientras sirvamos al Señor, porque todo es bueno para los que aman a Dios*²⁰. Si actuamos así, ante el dolor, ante la enfermedad, en medio de las dificultades, pase lo que pase, tendremos la paz y la alegría. Cuando Dios te visite —escribe también nuestro Padre— sentirás la verdad de aquellos saludos: *la paz os doy..., la paz os dejo..., la paz sea con vosotros..., y esto, en medio de la tribulación*²¹.

Pidamos ayuda a la Virgen, Reina de la paz, para que haga más efectiva en nuestra vida la petición que compuso nuestro Fundador: *Cor Iesu sacratissimum et misericors, dona nobis pacem!*

(18) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 20.

(19) De nuestro Padre.

(20) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 55.

(21) *Camino*, n. 258.



Cristo en la Cruz.
Cerámica en la Iglesia prelaticia
de Santa María de la Paz.

372.

JUEVES

—Debemos fomentar en el alma un gran deseo de ambiciones nobles.

—Poner todo el corazón en la búsqueda de nuestra santidad y de la santidad de los demás.

—Fomentar la esperanza, a pesar de nuestros defectos.

BENDITO sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los cielos, pues en Él nos eligió antes de la creación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha en su presencia, por amor; nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por Jesucristo conforme al beneplácito de su voluntad¹.

Las palabras de San Pablo, en este himno de alabanza a Dios por el plan de salvación, traslucen un amor apasionado. Vibra el Apóstol al considerar el reclamo divino a la santidad. Su ambición es vivir estrechamente unido a Jesucristo. También nosotros, movidos por el mismo Espíritu, guardamos en el corazón sinceros y operativos deseos de santidad. *Hijos míos: una preocupación hemos de tener los hijos de Dios en el Opus Dei, una preocupación exclusiva; y es ésta: ser santos².*

(1) *L. 1 (II) (Ephes. I, 3-5).*

(2) *De nuestro Padre*, n. 19.

Todo lo hemos de encaminar a este único fin, como nos encarece nuestro Padre: *deja que se consuma tu alma en deseos... Deseos de amor, de olvido, de santidad, de Cielo... No te detengas a pensar si llegarás alguna vez a verlos realizados —como te sugerirá algún sesudo consejero—: avívalos cada vez más, porque el Espíritu Santo dice que le agradan los "varones de deseos"*.

*Deseos operativos, que has de poner en práctica en la tarea cotidiana*³.

No somos personalmente mejores que los demás; pero una elección gratuita y desproporcionada nos ha convertido en apóstoles, en mensajeros del espíritu de la Obra: pobres vasos que contienen un tesoro de gracia, de luz, de doctrina. No faltará el Señor a su palabra, no dejará de poner el incremento en nuestra tarea, con tal de que permanezcamos unidos a El, con la decisión irrevocable de luchar por alcanzar la santidad, a pesar de nuestros defectos. Nos dice nuestro Padre: *me parece muy oportuno que con frecuencia manifiestes al Señor un deseo ardiente, grande, de ser santo, aunque te veas lleno de miserias...*

—*Hazlo, ¡precisamenteporesto!**.

También San Pablo, que se consideraba lejos de la santidad, prorrumpe en agradecimiento al consi-

derar las riquezas de salvación que nos ha traído Jesucristo: *mediante su sangre, nos es dada la redención, el perdón de los pecados, según las riquezas de su gracia, que derramó sobre nosotros de modo sobreabundante con toda sabiduría y prudencia*⁵.

Ese misterio de la gracia divina, esa continua asistencia a nuestra debilidad, esa íntima unión con Jesús, se realiza, si somos fieles, en el marco de nuestras tareas ordinarias, quizá sin brillo ni apariencia, pues *la santidad no consiste en hacer cosas cada día más difíciles, sino en hacerlas cada día con más amor*⁶. Los grandes deseos de santidad hemos de traducirlos en perseverancia en las cosas pequeñas. *Esta ha de ser vuestra ambición: seguir en el cumplimiento exacto de las obligaciones de ahora, porque ese trabajo —humilde, monótono, pequeño— es oración cuajada en obras, que nos dispondrá a recibir la gracia de la otra labor —grande, ancha y honda—, con que soñamos: poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas*⁷.

EL CAMINO que lleva a la santidad, que nos hará fecundos, divinamente eficaces, es camino de abnegación, de entrega. Hemos de darnos generosamente a los que nos rodean, quemar nuestra vida en

(3) Surco, n. 628.

(4) Forja, n. 419.

(5) L. 1 (II) (Ephes. I, 7-8).

(6) De nuestro Padre, n. 20.

(7) De nuestro Padre, Carta, 7-X-1950, n. 33.

servicio de las almas, olvidarnos de nuestros egoísmos, aunque en pago recibamos alguna incompreensión o desprecio: *no es el discípulo más que el maestro, ni el siervo más que su señor**.

Pero todo lo podremos superar si ponemos nuestro corazón por entero en el Señor, si amamos a Dios y a las almas con amor auténtico, con obras: *no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos*⁹. Amor puro y recto, ilimitado, porque *la causa para amar a Dios es Dios mismo y el modo es amarlo sin medida*¹⁰. Sólo el amor puede impulsarnos a las más altas metas, sólo el amor no se detiene ante ningún obstáculo. *El amor es fuerte como la muerte. Grandes lluvias no pueden extinguirlo, ni los ríos arrasarlo con sus inundaciones*¹¹.

Ninguno de estos trabajos, ninguna pena me ha hecho perder el gaudium cum pace —ha escrito nuestro Padre—, *porque Dios me ha enseñado a amar, y nullo enim modo sunt onerosi labores amantium* (San Agustín, De bono viduitatis, 21, 26); *para quien ama, el trabajo no es nunca carga pesada. Por eso, lo importante es aprender a amar, porque in eo quod amatur, aut non laboratur, aut et labor amatur* (San Agustín, Ibid.j: *donde hay amor, todo es felicidad. Y ésta*

(8) Math. X, 24.

(9) Math. VII, 21.

(10) San Bernardo, De diligendo Deo 1.

(11) Cant. VIII, 6-7.

—sigue diciendo nuestro Padre— *ha sido la gran misericordia de Dios: que me ha conducido como a un niño pequeño, enseñándome a amar. Cuando apenas era yo adolescente, arrojó el Señor en mi corazón una semilla encendida en amor, y esa semilla es hoy, hijas e hijos míos, un árbol frondoso, de esbelto tronco, que restaura con su sombra a una legión de almas.*

La virtud de la gracia dilató este pobre corazón mío —*dilatasti cor meum, Domine, dilatasti cor meum!* (cfr. Isai. LX, 5)—, *lo hizo grande para amarle, para amar a la Iglesia Santa, al Papa, a mis hijas e hijos, a todas las almas. Verdaderamente, el Señor dilató mi corazón, haciéndolo capaz de amar, de arrepentirse, de servir, aun a pesar de mis errores*¹².

Como nuestro Padre, hemos de poner todo el corazón en la búsqueda de nuestra santidad personal y de la santidad de los demás. Y el Señor lo dilatará, haciéndolo capaz de amar sin medida. *Haz presentes al Señor, con sinceridad y constantemente, tus deseos de santidad y de apostolado...*, y entonces *no se romperá el pobre vaso de tu alma; o, si se rompe, se recompondrá con nueva gracia, y seguirá sirviendo para tu propia santidad y para el apostolado*¹³.

EL SEÑOR alienta nuestros deseos de amor, de entrega, de servicio: *possumus!*¹⁴, podemos; porque

(12) De nuestro Padre, Carla, 25-1-1961, n. 3.

(13) Forja, n. 357.

(14) Math. XX, 22.

contamos con su ayuda, a pesar de haber caído muchas veces. El se vale de nuestros errores para que seamos humildes.

*¿Qué importa tropezar, si en el dolor de la caída hallamos la energía que nos endereza de nuevo y nos impulsa a proseguir con renovado aliento? No me olvidéis que santo no es el que no cae, sino el que siempre se levanta, con humildad y con santa tozudez. Si en el libro de los Proverbios se comenta que el justo cae siete veces al día (cfr. Prov. XXIV, 16), tú y yo —pobres criaturas— no debemos extrañarnos ni desalentarnos ante las propias miserias personales, ante nuestros tropezos, porque continuaremos hacia adelante, si buscamos la fortaleza en Aquel que nos ha prometido: venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré (Matth. XI, 28). Gracias, Señor, quia tu es, Deus, fortitudo mea (Ps. XLII, 2), porque has sido siempre Tú, y sólo Tú, Dios mío, mi fortaleza, mi refugio, mi apoyo*¹⁵.

Nuestra esperanza de ser santos se apoya en el deseo que Dios tiene de santificarnos. Por eso nos indica nuestro Padre: *si de veras deseas progresar en la vida interior, sé humilde. Acude con constancia, confiadamente, a la ayuda del Señor y de su Madre bendita, que es también Madre tuya. Con serenidad, tranquilo, por mucho que duela la herida aún no restañada de tu último resbalón, abraza de nuevo la cruz y*

(15) *Amigos de Dios*, n. 131.

*di: Señor, con tu auxilio, lucharé para no detenerme, responderé fielmente a tus invitaciones, sin temor a las cuestas empinadas, ni a la aparente monotonía del trabajo habitual, ni a los cardos y guijos del camino. Me consta que me asiste tu misericordia, y que al final hallaré la felicidad eterna, la alegría y el amor por los siglos infinitos*¹⁶.

Por eso, cuando con el corazón encendido le decimos al Señor que sí, que le seremos fieles, que estamos dispuestos a cualquier sacrificio, le diremos: Jesús, con tu gracia; Madre mía, con tu ayuda. ¡Soy tan frágil, cometo tantos errores, tantas pequeñas equivocaciones, que me veo capaz —si me dejas— de comerlas grandes!"

Es la hora de decidarnos a dar un paso más en el camino de la santidad, y de poner esas resoluciones, con renovada esperanza, en las manos de Jesús y de su Madre. Nos anima nuestro Fundador, cuando escribe: *hoy, en tu oración, te confirmaste en el propósito de hacerte santo. Te entiendo cuando añades, concretando: sé que lo lograré, no porque esté seguro de mí, Jesús, sino porque... estoy seguro de Ti*¹⁸.

(16) *Amigos de Dios*, n. 131.

(17) *De nuestro Padre, Carta*, 24-111-1931, n. 32.

(18) *Forja*, n. 320.

373.

VIERNES

- La inhabitación de la Trinidad en el alma en gracia.
- La entrega constante de Dios, especialmente en la Eucaristía, nos impulsa a ser almas contemplativas.
- Para ser contemplativos se requiere humildad.

POR CRISTO, nos recuerda hoy San Pablo, *también vosotros, una vez oída la palabra de la verdad —el Evangelio de nuestra salvación—, al haber creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo prometido, que es la prenda de nuestra herencia, para redención de su pueblo adquirido, para alabanza de su gloria*¹. El Apóstol quiere darnos a entender que, por medio del Bautismo, entramos en comunión con el misterio trinitario: nos unimos a Jesucristo, gozamos de la maravillosa realidad de la filiación divina, y nos convertimos en templos del Espíritu Santo. Hemos de dar continuamente gracias, porque *la Trinidad se ha enamorado del hombre*², y hemos de disponernos a descubrir y gozar de esa vida sobrenatural que la infinita bondad de Dios nos ofrece.

Hijas e hijos míos, me habéis oído decir muchas veces que Dios está en el centro de nuestra alma en gracia; y que, por lo tanto, todos tenemos un hilo directo con

(1) L. 1 (II) (Ephes. I, 13-14).

(2) £5 Cristo que pasa, n. 84.

Dios Nuestro Señor. ¿Qué valen todas las comparaciones humanas, con esa realidad divina, maravillosa? Al otro lado del hilo está, aguardándonos, no sólo el Gran Desconocido, sino la Trinidad entera, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, porque donde se encuentra una de las divinas Personas, allí están las otras dos.

*No estamos nunca solos. Es una pena que los cristianos olvidemos que somos trono de la Trinidad Santísima. Os aconsejo que desarrolléis la costumbre de buscar a Dios en lo más hondo de vuestro corazón. Eso es la vida interior*³.

Nuestro Fundador, que nos daba siempre este consejo, nos enseñó también a ponerlo por obra en todas las circunstancias de nuestra vida. *Quizá alguno pueda decirme: Padre, yo busco dentro de mí, en mi alma..., pero no encuentro nada.*

Yo, a ese hijo mío, le diría: es que quizá has tenido poca vida interior, o quizá has tenido mucha, pero ahora el Señor quiere probarte. ¿Tu alma parece como una cisterna vacía? ¡Pues busca el amor de Dios! Buscad al Señor y fortaleceos; buscad siempre su rostro (/ Par. XVI, 11); pero con el mismo empeño que se pone cuando se quiere conquistar un amor humano, bueno y limpio. Persigue tú también así el trato con Dios, y ten la seguridad de que todo aquél que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá (Matth. VII, 8).

(3) De nuestro Padre, Crónica, 1973, pp. 809-810.

Donde no hay agua, ¿qué se hace? Se construye una cisterna, y se lleva el agua en cántaros que se vacían allí, uno tras otro. Cuando no hay posibilidad de recogerse para la oración, hay que prepararse llevando agua a la cisterna: con actos de amor y de desagravio, con comuniones espirituales, con invocaciones al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, y a Santa María, a San José y a nuestros Santos Angeles Custodios. Todo eso es agua que llevamos a fuerza de brazos.

Puede suceder que debamos estar así mucho tiempo; pero, si perseveramos, llegará el momento en que no será necesario buscar el agua, porque se habrá formado un pozo. Quizá al principio el agua no suba mucho; pero es un pozo de aguas vivas (Cant. IV, 15). Allí está, en el fondo de tu alma. No sabes de dónde mana el agua, ni cómo se remansa, ni cuándo afluye..., pero puedes beber siempre. Y si insistes, el nivel de ese pozo sube y sube, hasta que se forma un manantial de agua clara, donde puedes beber a dos manos, con la boca abierta, cuando estás sediento.

¿Me entendéis, hijos? Agua hay siempre. Cada uno de vosotros, con la ayuda de Dios, Uno y Trino, escondido en vuestra alma, puede lograr no ser nunca una cisterna vacía, sino un pozo que suba y suba hasta que mane una fuente de agua clara, espléndida, agua de amor. Pero en esta tarea, hijas e hijos míos, habéis de poner todo el corazón⁴.

(4) De nuestro Padre, Crónica, 1973, pp. 810-811.

EL SEÑOR parece empeñado especialmente en hacernos comprender los exquisitos cuidados que la Trinidad Santísima dedica a cada uno de nosotros. ¿No se venden cinco pajarillos por dos ases? Pues bien, ni uno sólo de ellos queda olvidado ante Dios. Aún más, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis: vosotros valéis más que muchos pajarillos⁵. Nada de lo nuestro escapa al amor paternal de Dios Uno y Trino. Y llama de continuo a las puertas de nuestra alma, en busca de amor.

El camino para encontrar esa fuente divina, de la que nos hablaba nuestro Padre, está en nosotros mismos: a Dios le tenemos en el centro de nuestra alma en gracia. ¿Por qué, pues, quieres derramar fuera tus fuentes, el agua de tu río por las plazas?⁶. Sin hacer gazmoñerías, encontraréis facilidad para meteros en la oración mientras trabajáis, cuando vais por la calle, cuando no queráis mirar cosas que os apartan de Dios. Hay que buscar al Señor en la oración y en la Eucaristía, en el Pan y en la Palabra. Pero insisto en que hay que hacerlo con tozudez: os diría gráficamente que, si es preciso, hay que llevar lo que sea a hombros⁷.

Como anhela el ciervo las corrientes de las aguas, así te anhela mi alma, ¡oh Dios! Mi alma está sedienta

(5) Ev. (Luc. XII, 6-7).

(6) Prov. V, 5.

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 812.

de Dios, del Dios vivo: *¿cuándo iré y veré la faz del Señor?*⁸. La liturgia aplica estas palabras al afán del alma cristiana por unirse con Jesucristo en el Santo Sacramento del Altar. Es la Eucaristía la mayor dádiva divina, el colmo de la donación trinitaria y fuente inextinguible de vida interior: *el que beba del agua que Yo le daré, no tendrá sed nunca más, sino que el agua que Yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna*⁹.

Con esta disposición hemos de acercarnos al Señor en la Eucaristía, no sólo cuando está sobre el altar o en las manos del sacerdote, durante el Sacrificio de la Misa, sino también cuando se queda reservado en el Sagrario. Allí se halla realmente presente Jesucristo, con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma, y con su Divinidad (...). Me agrada remacharlo, una y otra vez, haciendo actos de fe.

Hijos, ¡tratádmelo bien! No me lo dejéis solo en el Sagrario. Hacedle toda la compañía que os sea posible; materialmente, y luego con el corazón, cuando estéis trabajando, id al Sagrario y decidle piropos: que os vea entregados, fieles, enamorados, con deseos sinceros de llenaros de Dios¹⁰.

JUNTO a una fe inquebrantable, hemos de fomentar la humildad. Decía el Señor, en el discurso

(8) Ps. XLI, 2-3.

(9) Ioann. IV, 14.

(10) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 812.

en que prometió la Eucaristía: *nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado*". Dios Padre atrae hacia Cristo por la acción del Espíritu Santo. Es un don gratuito que nadie puede merecer por sus propias fuerzas. De nuestra parte, se requiere una disposición receptiva, humilde.

Para tratar al Señor, hemos de pisarnos por la humildad como se pisa la uva en el lagar, cuando se dispone a producir el vino bueno. Si pisoteamos la miseria nuestra, que eso somos, entonces El viene, se aposenta en el alma, y nos habla y le hablamos, con esa conversación confiada de hijo a padre (...).

*Sed piadosos, rezad mucho. Reza como personas recias, con la seguridad del tesoro que tenemos, porque Dios está con nosotros; y rezad como niños, con la confianza de que nuestro Padre siempre nos escucha*¹².

Bien afianzados en la filiación divina, el trato humilde y constante con nuestro Padre Dios nos dispone a dejarnos llenar de su gracia, que nos diviniza. *Quizá me preguntaréis de nuevo: pero, ¿cómo puedo yo endiosarme, si soy nada? Y os volveré a responder: efectivamente, no somos nada, no valemos nada, no tenemos nada. Por eso, acércate a El, métete dentro de ti mismo, mejor: encima de ti mismo, humillándote. Y desde esa poquedad, verás todo el Amor de Dios que inhabita en tu alma, y que da eficacia a tus acciones.*

(11) Ioann. VI, 44.

(12) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 813.

Decídete a pisotearte, y entonces ya no serás tú el que vivas, sino que Cristo vivirá en ti (cfr. Galat. //, 20).

Hemos de procurar ser, de verdad, almas de oración, con un fuerte espíritu de desagravio, y luchar decididamente contra el diablo; ya que Satanás —descaradamente y dentro de la Iglesia— no descansa. Hemos de rezar más, comportarnos bien en cada instante, luchar con decisión cada día; y sólo así podremos ver y saber si somos de verdad amigos del Señor, o si no lo somos.

Para eso, hijos, cuidad la piedad y los actos de culto. El que no dé categoría a una genuflexión ante el Santísimo o a una inclinación de cabeza ante una imagen de la Virgen, no ya como manifestación de respeto, sino de amor, ése no merece ser cristiano (...).

Hijos míos, abramos de par en par las puertas de nuestra alma al Señor. Buscaos industrias humanas, jaculatorias, alguna palabra que os sirva de acicate y de recuerdo, para vivir en una conversación continua con el Huésped divino. Y servios de la intercesión de Nuestra Madre, de San José, Padre y Señor nuestro, y del Santo Ángel Custodio¹³.

Terminamos la oración con estas otras palabras de nuestro Fundador: ¿qué somos nosotros delante de Dios? ¡Nada! Y, sin embargo, está en nuestra alma, y somos sus hijos, e hijos de su misma Madre. Acudid a la intercesión de Santa María. Yo recuerdo las ense-

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1973, pp. 814-816.

ñanzas de mi madre, sus caricias, las oraciones que me hacía repetir, su preocupación constante por mí. Ese recuerdo me lleva a pensar en el papel de la Madre de Dios y Madre nuestra, que sabe dar a nuestra vida, como hizo con la suya, ese sentido divino que atrae la mirada de Dios y la gracia del Cielo¹⁴.

(14) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 813.

374.

SÁBADO

—En los momentos de oscuridad hemos de alimentar la esperanza.

—Valor sobrenatural de esa actitud.

—Dejarse llevar con humilde docilidad: hacer *una comedia humana con un espectador divino*.

LEEMOS en la primera lectura de la Misa de hoy que, *esperando contra toda esperanza* \ creyó Abraham en las promesas de Dios. Y nuestro Padre nos ha comentado que *para que el Señor actúe en nosotros y por nosotros, hemos de decirle que estamos dispuestos a luchar cada jornada, aunque nos veamos flojos e inútiles, aunque percibamos el peso inmenso de las miserias personales y de la pobre personal debilidad. Hemos de repetirle que confiamos en El, en su asistencia: si es preciso, como Abraham, contra toda esperanza (Rom. IV, 18)².*

Puede suceder alguna vez que el camino se oscurezca, que se pierda la perspectiva y el sentido del rumbo, que parezca que la niebla del desaliento oculta los mojones del camino. Más que nunca necesitamos entonces apoyarnos en la roca firme de la fe y de la esperanza.

(1) *L. I (I) (Rom. IV, 18).*

(2) *Amigos de Dios*, n. 210.

Nuestro Padre nos ha hablado de esa fidelidad constante que hemos de tener con Dios, especialmente cuando parece que la frialdad o el desánimo agarratan, la voluntad. En 1935, poco después de la primera romería de mayo, escribía: desde *Avila, veníamos contemplando el Santuario*, y —es natural— *al llegar a la falda del monte desapareció de nuestra vista la Casa de María. Comentamos: así hace Dios con nosotros muchas veces. Nos muestra claro el fin, y nos lo da a contemplar, para afirmarnos en el camino de su amabilísima Voluntad. Y, cuando ya estamos cerca de El, nos deja en tinieblas, abandonándonos aparentemente. Es la hora de la tentación: dudas, luchas, oscuridad, cansancio, deseos de tumbarse a lo largo... Pero, no: adelante. La hora de la tentación es también la hora de la Fe y del abandono filial en el Padre-Dios. ¡Fuera dudas, vacilaciones e indecisiones! He visto el camino, lo emprendí y lo sigo. Cuesta arriba, ¡hala, hala!, ahogándome por el esfuerzo: pero sin detenerme a recoger las flores que, a derecha e izquierda, me brindan un momento de descanso y el encanto de su aroma y de su color... y de su posesión: sé muy bien, por experiencias amargas, que es cosa de un instante tomarlas y agostarse: y no hay, en ellas para mí, ni colores, ni aromas, ni paz. ¡Arriba!, en plena oscuridad: ya me hizo el Señor ver la luz y tengo Maestros, lazarllos de mi ceguera momentánea —los Directores de la Obra—: obedecer, luego de abrirles mi corazón, con sencillez y sinceridad.*

*Ya llegamos. Ya vemos de nuevo el Santuario de María: así el alma, que persevera en su camino de apostolado. Pasa la noche, y ve con luz nueva, que no se extinguirá hasta la posesión de Dios-Amor*³.

Si vivimos así en los momentos de ceguera que puedan presentarse en el camino, el Señor obrará en nosotros maravillas: saldremos adelante purificados, más limpios, con visión clara, con alegría nueva. Jesucristo sólo pide confianza, como la que tuvo Abraham, para esperar *contra toda esperanza*⁴.

*PARA los creyentes, el mérito sería escaso y poco gloriosa la bienaventuranza, si el Señor se mostrase siempre a nuestros ojos con el cuerpo resucitado. Por eso el gran don que el Espíritu Santo da a los que deben creer es hacerles desear a Aquél que no pueden ver con los ojos de la carne (...). Indudablemente, por su divinidad, El está siempre con nosotros, pero si no hubiese desaparecido corporalmente de nuestra vida, nuestros ojos lo estarían siempre contemplando corporalmente y no creeríamos espiritualmente. Por esta je, que es el principio de nuestra justificación y de la glorificación, merecemos contemplar —una vez purificado el corazón— a Dios, el Verbo mismo, Dios en Dios *

(3) De nuestro Padre, mayo de 1935.

(4) *L. I* (I) (*Rom. IV*, 18).

(5) San Agustín, *Sermo* 143, 3.

Si el Señor quiere quitarnos los consuelos humanos, es para que crezcan nuestra fe y nuestra esperanza; para que nos apoyemos sólo en El. A veces, cuando todo nos sale al revés de como imaginábamos, nos viene espontáneamente a la boca: ¡Señor, que se me hunde todo, todo, todo...! Ha llegado la hora de rectificar: yo, contigo, avanzaré seguro, porque Tú eres la misma fortaleza: quia tu es, Deus, fortitudo mea (*Ps. XLII*, 2).

*Te he rogado que, en medio de las ocupaciones, procures alzar tus ojos al Cielo perseverantemente, porque la esperanza nos impulsa a agarrarnos a esa mano fuerte que Dios nos tiende sin cesar, con el fin de que no perdamos el punto de mira sobrenatural; también cuando las pasiones se levantan y nos acometen para aherrojar-nos en el reducto mezquino de nuestro yo, o cuando —con vanidad pueril— nos sentimos el centro del universo. Yo vivo persuadido de que, sin mirar hacia arriba, sin Jesús, jamás lograré nada; y sé que mi fortaleza, para vencerme y para vencer, nace de repetir aquel grito: todo lo puedo en Aquel que me conforta (*Philip. IV*, 13), que recoge la promesa segura de Dios de no abandonar a sus hijos, si sus hijos no le abandonan.*

Tanto se ha acercado el Señor a las criaturas, que todos guardamos en el corazón hambres de altura, ansias de subir muy alto, de hacer el bien. Si remuevo en ti ahora esas aspiraciones, es porque quiero que te convenzas de la seguridad que El ha puesto en tu alma: si le dejas obrar, servirás —donde estás— como instru-

mentó útil, con una eficacia insospechada. Para que no te apartes por cobardía de esa confianza que Dios deposita en ti, evita la presunción de menospreciar ingenuamente las dificultades que aparecerán en tu camino de cristiano.

No hemos de extrañarnos. Arrastramos en nosotros mismos —consecuencia de la naturaleza caída— un principio de oposición, de resistencia a la gracia: son las heridas del pecado de origen, enconadas por nuestros pecados personales. Por tanto, hemos de emprender esas ascensiones, esas tareas divinas y humanas —las de cada día—, que siempre desembocan en el Amor de Dios, con humildad, con corazón contrito, fiados en la asistencia divina, y dedicando nuestros mejores esfuerzos como si todo dependiera de uno mismo.

Mientras peleamos —una pelea que durará hasta la muerte—, no excluyas la posibilidad de que se alcen, violentos, los enemigos de fuera y de dentro. Y por si fuera poco ese lastre, en ocasiones se agolparán en tu mente los errores cometidos, quizá abundantes. Te lo digo en nombre de Dios: no desesperes. Cuando eso suceda —que no debe forzosamente suceder; ni será lo habitual—, convierte esa ocasión en un motivo de unírte más con el Señor; porque El, que te ha escogido como hijo, no te abandonará. Permite la prueba, para que ames más y descubras con más claridad su continua protección, su Amor⁶.

(6) Amigos de Dios, nn. 213-214.

A VECES un hijo mío me ha dicho: Padre, si yo me encuentro cansado y frío; si, cuando cumplo las Normas, me parece que estoy haciendo una comedia...

A ese hermano vuestro y a todos vosotros, os digo: ¿una comedia? ¡Gran cosa, hijo mío!⁷.

Somos niños pequeños, torpes y desmañados, ante la infinitud de la Verdad, de la Bondad, de la Belleza y del Poder de Dios. Se lee en la Escritura: *ludens in orbe terrarum* (Prov. VI, 31), que El juega en toda la redondez de la tierra. Pero Dios no nos abandona, porque inmediatamente añade: *deliciae meae esse cum filiis hominum flbidj*, son mis delicias estar con los hijos de los hombres. ¡El Señor juega con nosotros! Y cuando se nos ocurra que estamos interpretando una comedia, porque nos sentimos helados, apáticos; cuando estemos disgustados y sin voluntad; cuando nos resulte arduo cumplir nuestro deber y alcanzar las metas espirituales que nos hayamos propuesto, ha sonado la hora de pensar que Dios juega con nosotros, y espera que sepamos representar nuestra comedia con gallardía⁸.

A propósito de esa comedia divina que a veces tendremos que interpretar, nuestro Padre solía narrarnos una antigua leyenda medieval. Era un monasterio viejo, de hombres contemplativos. Como nosotros, que también tenemos vida contemplativa en medio de la calle (...).

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 25-XII-1958.

(8) Amigos de Dios, n. 152.

En aquel monasterio, entre tantos frailes doctos, había un lego muy ignorante. Había sido saltimbanqui y sólo sabía hacer unos juegos de manos muy elementales y unas cabriolas. Un día le entró la preocupación de que no quería bastante a la Virgen. Se fue a la iglesia de noche, cuando los demás descansaban; se puso delante del altar, y dijo a Santa María: Señora, Madre mía, el Padre Abad es un gran sabio, que ha escrito muchos libros, y además te quiere mucho; y el Prior, no digamos; y el Procurador, ¡cómo se las arregla para que no falte nunca lo necesario en esta casa, donde es preciso gastar tanto dinero en tu servicio!; y los otros, ¡cómo estudian!, que los veo yo. En cambio, yo casi no sé leer. ¿Qué haré para darte gusto?

Tuvo una idea genial. Se escapó corriendo a su celda, se quitó el hábito de fraile, se vistió sus ropas de tonto de circo, volvió delante de la imagen y se puso a hacer las cabriolas y aquellos juegos de manos elementales. Así le pescó el Prior, que no se atrevió a reñirle porque sorprendió —en la cara hierática de la Virgen— una sonrisa de Madre.

¡Hijos míos! Dios Nuestro Señor y su Madre bendita nos miran con cariño, nos sonríen a todas horas y en todos los momentos. ¡Están dándonos su ayuda! Vamos a vivir en la presencia de Dios. Así estaremos alegres. Y si algún día algo no va, ¡corriendo a contarlo! Os aconsejo que no os conforméis sólo con la Confesión, que vayáis también a la charla a decirlo todo: lo

que pesa, lo que duele, lo que araña, lo que muerde dentro del corazón.

Después, ¡qué paz!, ¡qué entrega más completa!, ¡qué seguridad! ¡Y cómo se extenderá la Obra —se está extendiendo de un modo prodigioso— gracias a cada uno de vosotros! Pero cada uno por la gracia de Dios, quia tibi sine te placeré non possumus; porque al Señor nuestro, a nuestro Amor del Cielo, no le podemos agradar si El no nos ayuda para que le agrademos⁹.

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 14-IV-1974.

375.

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

- La prudencia, virtud necesaria.
- Justicia: los derechos de Dios y de los hombres.
- Justicia en el cumplimiento de nuestras obligaciones.

EN EL pasaje del Evangelio de San Mateo, que trae la Misa de hoy, leemos: tune abeunt pharisaei, consilium inierunt ut caperent eum in sermone (Matth. XXII, 15); se reunieron los fariseos, con el fin de tratar entre ellos cómo podían sorprender a Jesús en lo que hablase. No olvidéis —escribió nuestro Padre— que ese sistema de los hipócritas es una táctica corriente también en estos tiempos; pienso que la mala hierba de los fariseos no se extinguirá jamás en el mundo: siempre ha tenido una fecundidad prodigiosa. Quizá el Señor tolera que crezca, para hacernos prudentes a nosotros, sus hijos; porque la virtud de la prudencia resulta imprescindible a cualquiera que se halle en situación de dar criterio, de fortalecer, de corregir, de encender, de alentar. Y precisamente así, como apóstol, tomando ocasión de las circunstancias de su quehacer ordinario, ha de actuar un cristiano con los que le rodean.

Alzo en este momento mi corazón a Dios y pido, por mediación de la Virgen Santísima —que está en la Iglesia, pero sobre la Iglesia: entre Cristo y la Iglesia,

para proteger, para reinar, para ser Madre de los hombres, como lo es de Jesús Señor Nuestro—; pido que nos conceda esa prudencia a todos, y especialmente a los que, metidos en el torrente circulatorio de la sociedad, deseamos trabajar por Dios: verdaderamente nos conviene aprender a ser prudentes.

Continúa la escena evangélica: y enviaron discípulos suyos —de los fariseos— con algunos herodianos que le dijeron: Maestro (Matth. XXII, 16). Mirad con qué retorcimiento le llaman Maestro; se fingen admiradores y amigos, le dispensan un tratamiento que se reserva a la autoridad de la que se espera recibir una enseñanza. Magister, scimus quia verax es (Ibidemj, sabemos que eres veraz..., ¡qué astucia tan infame! ¿Habéis visto doblez mayor? Andad por este mundo con cuidado. No seáis cautelosos, desconfiados; sin embargo, debéis sentir sobre vuestros hombros —recordando aquella imagen del Buen Pastor que aparece en las catacumbas— el peso de esa oveja, que no es un alma sola, sino la Iglesia entera, la humanidad entera.

Al aceptar con garbo esta responsabilidad, seréis audaces y seréis prudentes para defender y proclamar los derechos de Dios. Y entonces, por la entereza de vuestro comportamiento, muchos os considerarán y os llamarán maestros, sin pretenderlo vosotros: que no buscamos la gloria terrena. Pero no os extrañéis si, entre tantos que se os acerquen, se insinúan esos que únicamente pretenden adularos. Grabad en vuestras almas lo que me habéis oído repetidas veces: ni las calum-

*nias, ni las murmuraciones, ni los respetos humanos, ni el qué dirán, y mucho menos las alabanzas hipócritas, han de impedirnos jamás cumplir nuestro deber*¹.

LEED con atención la escena evangélica, para aprovechar esas estupendas lecciones de las virtudes que han de iluminar nuestro modo de proceder. Acabado el preámbulo hipócrita y adulator, los fariseos y herodianos plantean su problema: qué te parece esto: ¿es lícito o no pagar tributo al César? (Matth. XXII, 17). Notad ahora —escribe San Juan Crisóstomo— su astucia; porque no le dicen: explícanos qué es lo bueno, lo conveniente, lo lícito, sino dínos qué te parece. Estaban obsesionados en traicionarle y hacerle odioso al poder político (San Juan Crisóstomo, In Matthaeum homiliae 70, 1). Pero Jesús, conociendo su malicia, respondió: ¿por qué me tentáis, hipócritas? Enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Y ellos le mostraron un denario. Jesús les preguntó: ¿de quién es esta imagen y esta inscripción? Le respondieron: de César. Entonces les replicó: pues dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios (Matth. XXII, 18-21).

Ya veis que el dilema es antiguo, como clara e inequívoca es la respuesta del Maestro. No hay —no existe— una contraposición entre el servicio a Dios y el servicio a los hombres; entre el ejercicio de nuestros de-

beres y derechos cívicos, y los religiosos; entre el empeño por construir y mejorar la ciudad temporal, y el convencimiento de que pasamos por este mundo como camino que nos lleva a la patria celeste.

También aquí se manifiesta esa unidad de vida que —no me cansaré de repetirlo— es una condición esencial, para los que intentan santificarse en medio de las circunstancias ordinarias de su trabajo, de sus relaciones familiares y sociales. Jesús no admite esa división: ninguno puede servir a dos señores, porque o tendrá aversión al uno y amor al otro, o si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo (Matth. VI, 24). La elección exclusiva que de Dios hace un cristiano, cuando responde con plenitud a su llamada, le empuja a dirigir todo al Señor y, al mismo tiempo, a dar también al prójimo todo lo que en justicia le corresponde.

No cabe escudarse en razones aparentemente piadosas, para expoliar a los otros de aquello que les pertenece: si alguno dice: sí, yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso (I Ioann. IV, 20). Pero también se engaña el que regatea al Señor el amor y la reverencia —la adoración— que le son debidos como Creador y Padre Nuestro; y el que se niega a obedecer a sus mandamientos, con la falsa excusa de que alguno resulta incompatible con el servicio a los hombres, pues claramente advierte San Juan que en esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, si amamos a Dios y guardamos sus mandamientos. Porque el

(1) *Amigos de Dios*, nn. 155-156.

amor de Dios consiste en que observemos sus mandatos; y sus mandatos no son pesados (*I Ioann. V, 2-3*).

*Quizá oiréis a muchos —en nombre de la funcionalidad, cuando no de la caridad!— que peroran y se inventan teorías, con el fin de recortar las muestras de respeto y de homenaje a Dios. Todo lo que sea para honrar al Señor les parece excesivo. No les hagáis caso: vosotros continuad vuestro camino. Esas elucubraciones se limitan a controversias que a nada conducen, como no sea a escandalizar a las almas y a impedir que se cumpla el precepto de Jesucristo, de entregar a cada uno lo suyo, de practicar con delicada entereza la virtud santa de la justicia*².

CONTEMPEMOS cómo Jesús, que tantas veces ha perdonado, que lloró de compasión a la vista de Jerusalén, nos sigue hablando hoy de justicia. Una virtud —escribía nuestro Padre— que nos llevará, con alma sacerdotal y con mentalidad laical, a considerar nuestra dependencia del Señor en todas las cosas; a dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Excitará en nosotros, hijas e hijos míos, el espíritu de devoción, de oración y el de piedad, que es útil para todo (*I Tim. IV, 8*) y que nos hará tratar a Dios como procuro tratarle yo, con este pobre corazón mío de

(2) *Amigos de Dios*, nn. 165-166.

hombre —con el mismo con el que amé a mi madre y a mi padre, y con el que os quiero a vosotros—, haciéndonos almas contemplativas en medio de los afanes del mundo.

Por la virtud de la justicia seremos amigos de la libertad —primero de la legítima libertad de los demás, porque sólo así tendremos derecho a defender la nuestra—, la libertad que Jesucristo nos ha conseguido (*Galat. IV, 31*); *seremos defensores de la verdad, que nos hará siempre libres —veritas liberabit vos* (*Ioann. VIH, 32*); *seremos agradecidos, afables, generosos, trabajadores; seremos amigos sinceros, leales, fieles —vos autem dixi amicos!; dijo Jesús* (*Ioann. XV, 15*); *seremos obedientes a nuestros Directores, dentro de los límites definidos por nuestro derecho peculiar; y sabremos reparar gustosos los errores que cometamos, recordando lo que os he enseñado tantas veces: que una de mis mayores alegrías es rectificar, cuando la rectificación es de justicia.*

Hemos de trabajar: porque el Señor nos creó para el trabajo, aun antes del pecado original (*Genes. //, 15*). *Después del pecado original, el Creador mandó al hombre en castigo que trabajara, y estamos por tanto también obligados a trabajar por un deber de justicia*³.

La justicia llena nuestra vida, alcanza a nuestras relaciones con Dios y con los demás hombres. Bien

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nn. 57-59.

sabemos que con nuestra dedicación al servicio de Dios y de las almas no hacemos nada extraordinario: cumplimos simplemente nuestra obligación. Nunca podremos excedernos en la entrega: pobre moneda es la nuestra para pagar al Señor lo que en justicia le debemos. Esta consideración nos llevará a apartar de nosotros cualquier falsa compasión que podamos sentir por nosotros mismos cuando el cumplimiento de nuestras obligaciones exija algún sacrificio.

Acudamos a Santa María, la Virgen prudente y fiel, y a San José, su esposo, modelo acabado de hombre justo (cfr. Matth. 1, 19). Ellos, que vivieron en la presencia de Jesús, el Hijo de Dios, las virtudes que hemos contemplado, nos alcanzarán la gracia de que arraiguen firmemente en nuestra alma, para que nos decidamos a conducirnos en todo momento como discípulos buenos del Maestro: prudentes, justos, llenos de caridad.*

(4) Amigos de Dios, n. 174.

376.

LUNES

—Nuestro paso por la tierra es transitorio: un día hemos de morir.

—Viviendo desprendidos de todo, nos preparamos para el encuentro definitivo con el Señor.

—Si somos fieles, con la muerte alcanzaremos la felicidad plena; pero hemos de morir viejos, después de una larga vida de trabajo para Dios.

*NADA ven los hombres tan a diario como la muerte, y nada olvidan tanto como la muerte*¹. Es ésa una gran verdad en la vida de los hombres: todos hemos de morir. Llegará un día, más o menos lejano, en el que rendiremos cuentas a nuestro Padre Dios. El paso por la tierra es sólo un periodo de prueba que el Señor nos regala. Pero *no tenemos aquí ciudad permanente* —advierte la Sagrada Escritura—; *vamos en busca de la que está por venir*².

"Non habemus hic manenten civitatem" —no se halla en esta tierra nuestra morada definitiva. —Y, para que no lo olvidemos —nos recuerda nuestro Padre—, *aparece con crudeza, a veces, esta verdad a la hora de la muerte: incomprensión, persecución, desprecio...* —Y siempre la soledad, porque —aunque estemos rodeados de cariño— *cada uno muere solo.*

(1) San Euquerio, *Epístola paraenética de coníemptu mundi*.

(2) Hebr. XIII. 14.

—*¡Soltemos ya todas las amarras! Preparémonos de continuo para ese paso, que nos llevará a la presencia eterna de la Trinidad Santísima*³.

La vida es corta, bien limitada en el tiempo, y el tiempo es *nuestro tesoro, el "dinero" para comprar la eternidad*⁴. Nuestros días se acabarán, y seremos juzgados por las obras que hicimos a lo largo de nuestra carrera. Nada terreno tiene un valor permanente: *esto de aquí es un continuo acabarse: aún no empieza el placer y ya se termina*⁵. El Señor vendrá a llevarnos, y vendrá una sola vez. Nos debe encontrar dispuestos, para así llegar a la felicidad que no tiene fin. *Siempre. —¡Para siempre! —Palabras manoseadas por el afán humano de prolongar —de eternizar— lo que es gustoso.*

*Palabras mentirosas, en la tierra, donde todo se acaba*⁶.

Somos caminantes, y para andar hay que apoyar los pies en la tierra; pero sin olvidar que nuestra vista ha de estar fija en el final del trayecto: vivir cada minuto con la conciencia de ser caminantes hacia Dios.

La muerte, nos recordaba nuestro Padre, llegará inexorable. Por lo tanto, ¡qué hueca vanidad entrar la existencia en esta vida! Mira cómo padecen tantas y

tantos. A unos, porque se acaba, les duele dejarla; a otros, porque dura, les aburre... No cabe, en ningún caso, el errado sentido de justificar nuestro paso por la tierra como un fin.

*Hay que salirse de esa lógica, y anclarse en la otra: en la eterna. Se necesita un cambio total: un vaciarse de sí mismo, de los motivos egocéntricos, que son caducos, para renacer en Cristo, que es eterno*⁷.

HABLABA Jesucristo a la muchedumbre cuando, de repente, se vio interrumpido por *uno de entre la multitud*⁸. Aquel hombre quería plantearle un problema que le ocupaba por completo: *Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo*⁹. El Señor aprovecha para advertirnos que no pongamos el corazón en las cosas materiales: *estad alerta* —nos dice— *y guardaos de toda avaricia, porque si alguien tiene abundancia de bienes, su vida no depende de aquello que posee. Y les propuso una parábola diciendo: las tierras de cierto hombre rico dieron mucho fruto...*¹⁰.

Jesús describe con viveza la abundancia de bienes de aquel personaje, con los que tantas acciones buenas podía haber hecho; pero como era un hom-

(3) *Surco*, n. 881.

(4) *Surco*, n. 882.

(5) *Camino*, n. 753.

(6) *Camino*, n. 752.

(7) *Surco*, n. 879.

(8) *Ev. (Luc. XII, 13).*

(9) *Ibid.*

(10) *Ibid.*, 15-16.

bre necio, puso su corazón en las riquezas. *Descansa, se animaba a sí mismo, come, bebe, pásalo bien. Pero Dios le dijo: insensato, esta misma noche te reclaman el alma; lo que has preparado, ¿para quién será?*¹¹.

La enseñanza es clara: hemos de vivir desprendidos de los bienes materiales, prontos a dar razón a Dios en cuanto nos llame a cuentas. *El que considera cómo será en la muerte (...) nada transitorio apetece, ni se deja llevar por los deseos de la vida presente, sino que se considera a sí mismo casi muerto, porque no ignora que ha de morir*¹².

Nada de lo que aquí gozamos nos acompañará a la tumba. Por eso nos aconsejaba nuestro Fundador: *no pongas tus amores aquí abajo. —Son amores egoístas... Los que amas se apartarán de ti, con miedo y asco, a las pocas horas de llamarte Dios a su presencia. —Otros son los amores que perduran*¹³. Iremos sin nada ante la presencia de Dios; ¿para qué agarrarnos a las cosas? Son un peso muerto, un fardo en la marcha, que hace difícil el camino; y al final, irremisiblemente, tendremos que abandonarlas. Ante Dios, sólo tienen valor las buenas obras.

Desprendimiento absoluto de todo lo terreno. *Ninguna otra cosa debe anidar en vuestros corazones y en vuestros espíritus* —nos dice San Cipriano— *más que los preceptos divinos y los avisos del Cíe-*

*lo (...). No penséis en la muerte, sino en la inmortalidad; no en los dolores temporales, sino en la gloria eterna*¹⁴. Nuestro Fundador nos enseñaba cómo hemos de prepararnos para ese momento decisivo: *te has consolado con la idea de que la vida es un gastarse, un quemarla en el servicio de Dios. —Así, gastándonos íntegramente por El, vendrá la liberación de la muerte, que nos traerá la posesión de la Vida*¹⁵.

¿NO HAS oído con qué tono de tristeza se lamentan los mundanos de que "cada día que pasa es morir un poco í

*Pues, yo te digo: alégrate, alma de apóstol, porque cada día que pasa te aproxima a la Vida*¹⁶.

Para los hijos de Dios, para los que confían en la misericordia de su Padre del Cielo, la muerte es el encuentro definitivo —por largo tiempo esperado— con el Señor y con su Madre bendita. *¿Quién estando lejos, no se apresura a volver a su patria? ¿Quién, a punto de embarcarse para ir a los suyos, no desea viento favorable para poder abrazarlos cuanto antes? Nosotros tenemos por patria el paraíso, por padres a los patriarcas; ¿por qué, pues, no nos apresuramos y volvemos para ver nuestra patria, para poder saludar a nuestros padres?*

(11) *Ibid.*, 19-20.

(12) San Gregorio Magno, *Moralia* 13, 29, 33.

(13) *Camino*, n. 678.

(14) San Cipriano, *Epístola* 6, 2, 1.

(15) *Surco*, n. 883.

(16) *Camino*, n. 737.

Nos esperan allí muchas de nuestras personas queridas, nos echa de menos la numerosa turba de padres, de hermanos, de hijos, seguros de su salvación, pero preocupados todavía por la nuestra. ¡Qué alegría tan grande para ellos y para nosotros llegar a su presencia y abrazarlos, qué placer disfrutar allí del reino del cielo sin temor a la muerte, y qué dicha tan soberana y perpetua tener una vida sin fin!

Allí el coro glorioso de los apóstoles; allí el grupo de los profetas gozosos; allí la multitud de innumerables mártires, que están coronados por los méritos de su lucha y de sus sufrimientos; allí las vírgenes, que triunfaron de la concupiscencia de la carne con el vigor de la castidad; allí los galardonados por su misericordia, que hicieron obras buenas, socorriendo a los pobres con limosnas, que, por cumplir los preceptos del Señor, cambiaron su patrimonio terreno por los tesoros del Cielo. Corramos, hermanos amadísimos, con insaciable anhelo tras éstos, para estar enseguida con ellos; deseemos llegar pronto a Cristo ".

A los "otros", la muerte les para y sobrecoge. —A nosotros, la muerte —la Vida— nos anima y nos impulsa.

Para ellos es el fin; para nosotros, el principio¹⁸. Será un despertar lleno de luz, de hermosura, de

(17) San Cipriano, *De mortaliitate* 26.

(18) *Camino*, n. 738.

Amor, después de trabajar mucho en la tierra por las almas. Llegará cuando Dios quiera, pero no debemos deseársela. Cuando se habla de la muerte, nuestro Fundador exclama: morir: ¡qué comodidad! Alguna vez, comentando los conocidos versos: "Ven muerte, tan escondida, I que no te sienta venir, /porque el placer de morir I no me torne a dar la vida", nuestro Padre dice que comprende ese deseo de encontrarse con Dios, definitivamente y para siempre, en el Cielo, pero que no comparte ese deseo de morir, porque —repite— es una comodidad¹⁹.

Nuestra vocación nos lleva a desear morir viejos, después de muchos años de trabajo en bien de las almas. Por eso, el Padre suele decir que cuando Dios Nuestro Señor se lleva a algún miembro de la Obra siendo aún joven, su primera reacción es la de enrabiarse filialmente con Nuestro Padre Dios: va al sagrario, y exclama: ¡Señor!, ¿cómo te lo has llevado tan joven, si son tan pocos los que te quieren, y este hijo podía trabajar tanto por ti, todavía? Y a continuación, nuestro Padre recita el Fiat, adimpleatur..., aceptando plenamente la voluntad de Dios, aunque no la entienda²⁰.

A Santa María le pedimos que nos alcance esta gracia del Señor y que, cuando Jesús quiera, sepamos recibir alegremente la muerte: ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

(19) Instrucción, 8-XI-1941, nota 159.

(20) Instrucción, 31-V-1936, nota 17.

377.

MARTES

—Hemos venido a la Obra para servir.

—Ese afán de servicio se muestra en la obediencia efectiva a los Directores.

—Cumplir la voluntad de Dios es lo único importante.

AL LLAMARNOS a su Obra, Dios mismo ha sembrado en nuestro corazón *el buen espíritu del Opus Dei, que es universal, que ama a todas las almas sin excepción, que no es nacionalista, que lleva a la alegría en la entrega generosa, que es de servicio y no de triunfo, ¡que es espíritu de amor!*'. Hemos venido a la Obra para imitar a Jesucristo, que no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención por muchos²; y esta decisión de amor se ha convertido en el hilo conductor, en la clave de nuestra existencia.

Desde el principio, el afán de servir ocupó el corazón y la mente de nuestro Padre: *si la Obra no sirve a la Iglesia —afirmaba—, no sirve para nada: ¡para eso ha nacido, para eso la ha querido Dios!*³. Y nos inculcó la necesidad de hacernos siervos de los demás, por amor: para servir, servir, *os he repetido muchas veces, pues en esa frase se condensa una gran*

*parte de nuestro espíritu: servicio a Dios, repito, a su Santa Iglesia y al Romano Pontífice; servicio a todas las almas; especialmente a los que el Señor ha puesto junto a nosotros, dándoles la vocación al Opus Dei, o a aquellos otros que —no teniendo vocación— reciben el influjo del ejemplo y de la doctrina, que es también otro servicio apostólico **.

Siguiendo la doctrina del Señor, en la Obra hemos aprendido a servir. Escribió nuestro Fundador para cada uno de nosotros: *olvídate de ti mismo... Que tu ambición sea la de no vivir más que para tus hermanos, para las almas, para la Iglesia; en una palabra, para Dios*⁵. Servir, hacer fácil el camino a los demás: ésa es la aspiración de nuestra vida. *El celo apostólico nos lleva a servir generosamente, con alegría y con espíritu de sacrificio, a los que nos rodean; y hace que nos consideremos como siervos de los demás hombres: entendemos que no basta ser testimonio, sino que es preciso llevar a la cabeza, al corazón y a la conducta de toda la humanidad, la doctrina y el amor de Jesucristo, Señor Nuestro*⁶.

Con este servicio de amor, renunciemos a buscar fines personales, para conformarnos en todo a la voluntad de Dios. Esta renuncia tiene una insospechada eficacia liberadora: la sujeción divina, que libremente hemos buscado y aceptado, nos libra de la esclavitud

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VM960, n. 13.

(2) *Matth.* XX, 28.

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 6.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 9.

(5) *Surco*, n. 630.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 28-IIM955, n. 11.

del diablo y del señuelo de las cosas terrenas. Nos hemos hecho siervos de Dios y de las almas para ganar una libertad más alta, la libertad del amor *con la que Cristo nos ha liberado* \ Y, frente a las incertidumbres y al desasosiego en que se consumen muchas vidas, tenemos la dicha grande de saber que, si obedecemos, estamos haciendo siempre lo mejor.

*ES MENESTER que con la mayor diligencia atendamos a lo que hemos oído*⁸. Nuestro afán por servir se concreta en un cumplimiento eficaz y operativo de lo que Dios quiere. El Señor no se conforma con palabras: *obras son amores, y no buenas razones. ¿Cómo haré yo para que mi amor al Señor continúe, para que aumente?, me preguntas encendido.*

—*Hijo, ir dejando el hombre viejo, también con la entrega gustosa de aquellas cosas, buenas en sí mismas, pero que impiden el desprendimiento de tu yo...; decir al Señor, con obras y continuamente: "aquí me tienes, para lo que quieras"*⁹.

Jesucristo nos incita, en el Evangelio de la Misa de hoy, a no descuidar esta lucha: *tened ceñidas vuestras cinturas y las lámparas encendidas, y estad como quienes aguardan a su amo cuando vuelve de las nupcias, para abrirle al instante en cuanto venga*

(7) *Galat.* IV, 31.

(8) *Hebr.* II, 1.

(9) *Forja*, n. 117.

y *llame*¹⁰. Debemos estar siempre atentos al querer de Dios. Cuando correspondimos a la llamada, abrimos totalmente nuestra alma al Señor. Aquella primera decisión fue un acto de identificación con el querer de Dios que sometió a El toda nuestra existencia. Pero el compromiso de amor que hemos contraído ha de realizarse a lo largo de la vida porque *elección divina significa —¡y exige!— santidad personal*¹¹. No vamos a regatear, al cabo de los años, lo que generosamente ofrecimos en la juventud. *Por esto —exhorta el Apóstol Santiago—, deponiendo toda sordidez y resto de maldad, recibid con mansedumbre la palabra sembrada en vosotros, capaz de salvar vuestras almas. Ponedla en práctica y no os contentéis sólo con oírla, pues os engañaríais*¹².

Hemos de ser prontos en la docilidad. Uno es el camino recto, una la puerta que conduce al Reino, porque una es la forma de ser buenos y fieles: la lealtad a la propia vocación, la vigilante prontitud para responder siempre a las continuas invitaciones del Señor. *Sólo una cosa hay que buscar con todo empeño: que se cumpla lo que se dice y que la obediencia se muestre por las obras. Entonces, sí, entonces lo habremos conseguido todo*". Reconocemos esas llamadas divinas en los consejos que recibimos

(10) *Ev. (Luc. XII, 35-36).*

(11) *Forja*, n. 58.

(12) *Iacob.* I, 21-22.

(13) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 17, 7.

en la Confidencia y en la Confesión. Por eso insistía nuestro Padre: *recibe los consejos que te den en la dirección espiritual, como si viniesen del mismo Jesucristo*¹⁴. Y a propósito de un conocido pasaje del Éxodo, nuestro Fundador comentaba: si escuchas su voz y haces cuanto él te diga, yo seré enemigo de tus enemigos y afligiré a los que te aflijan (Exod. XXIII, 22): *oír y hacer; obras, no palabras; hacer, moverse en el servicio de Dios, con un movimiento que a veces no tiene ninguna manifestación externa, porque es lucha interior, y que otras veces se traduce en apostolado*¹⁵.

*OJALA pueda decirse que la característica que define tu vida es "amar la Voluntad de Dios"*¹⁶.

El Señor siente predilección por los que cumplen amorosamente su Voluntad: lo muestra a menudo en la Escritura: *he hallado a David, hijo de Jesé, varón según mi corazón, que cumplirá en todo mi voluntad*¹⁷. El cumplimiento de esta Voluntad es lo único importante en la vida. *Tres puntos importantísimos para arrastrar las almas al Señor*, indicaba nuestro Padre: *que te olvides de ti, y pienses sólo en la gloria de tu Padre Dios; que sometas filialmente tu voluntad a la Voluntad del Cielo, como te enseñó Jesucristo; que secundes dócilmente las luces del Espíritu Santo*¹⁸.

(14) Forja, n. 125.

(15) De nuestro Padre, Meditación, 2X4955.

(16) Forja, n. 48.

(17) Act. XIII, 22.

(18) Surco, n. 793.

Cumplir la Voluntad de Dios: he aquí el programa que ha de llenar nuestra vida. Nuestra oración ha de discurrir frecuentemente por esos derroteros: *"amo la Voluntad de mi Dios: por eso, en completo abandono, que El me lleve como y por donde quiera"*¹⁹. En vano trabajaríamos, en vano gastaríamos nuestros días en el apostolado si no nos sujetáramos en todo al querer divino. Si no viviéramos una obediencia efectiva, exacta, operativa, vana sería nuestra carrera: *corres bien, pero fuera de camino*²⁰, exclamaba San Agustín. ¿Y para qué sirve correr si no se llega a la meta? *Obedecer..., camino seguro. —Obedecer ciegamente al superior..., camino de santidad. —Obedecer en tu apostolado..., el único camino: porque, en una obra de Dios, el espíritu ha de ser obedecer o marcharse*²¹.

Muchas veces nos habló nuestro Fundador de la necesidad de la obediencia. En ocasiones utilizaba el símil del que, aislado, pretendía ganar una guerra. *"Era un guerrillero —escribe—, y me movía por el monte, disparando cuando me daba la real gana. Pero quise alistarme como soldado, porque comprendí que las guerras las ganan, más fácilmente, los ejércitos organizados y con disciplina. Un pobre guerrillero aislado no puede tomar ciudades enteras, ni ocupar el mundo. Colgué mi escopetan —¡resulta tan anticuado!—, y*

(19) Forja, n. 40.

(20) San Agustín, *Sermo* 141, 4.

(21) *Camino*, n. 941.

*ahora estoy mejor armado. A la vez, sé que no puedo ya tumbarme en el monte, a la sombra de un árbol, y soñar que yo sólo ganaré la guerra*²².

La Virgen María fue toda su vida *ancilla Domini*, esclava del Señor. Por su intercesión acudimos a Dios, con palabras que la Iglesia pone esta semana en la liturgia: *Dios todopoderoso y eterno, te pedimos entregarnos a ti con fidelidad y servirte con sincero corazón*²³.

(22) *Surco*, n. 409.

(23) *Orat.*

378.

MIÉRCOLES

—La obra de San Miguel es el cañamazo en que se apoya toda la labor.

—Necesitamos una continua formación.

—Aprovechar todos los medios de formación que nos proporciona la Obra.

¿QUIEN piensas, preguntó el Señor a Pedro, *que es el administrador fiel y prudente a quien el amo pondrá al frente de su casa, para dar a tiempo la ración adecuada?*¹. Y es Cristo mismo el que responde: *dichoso aquel siervo, al que encuentre obrando así su amo cuando vuelva*².

El Opus Dei es una familia de vínculo sobrenatural, en la que se cumplen también estas palabras de Cristo. Todos sus miembros se sienten llamados a servir a sus hermanos y a todas las almas, pero esta función compete de modo particular a los Numerarios y Agregados. Por eso escribió nuestro Padre que *la obra de San Miguel es el fundamento, la fuerza que sostiene toda nuestra familia, la fuerza que impulsa a vivir cristianamente a muchas otras personas: a esos jóvenes que procuramos acercar al Opus Dei, a nuestros parientes lejanos o cercanos, a*

(1) Ev. (*Luc.* XII, 42).

(2) *Ibid.*, 43.

los colegas, a los compañeros de oficio o profesión, a los amigos de cada uno.

En muchas ocasiones, al considerar esta gran responsabilidad que cae sobre nuestras espaldas, se te ocurrirá pensar, hijo mío, lo mismo que a veces pienso yo: ¿conmigo toda esa labor?, ¿conmigo, que soy tan poca cosa? Hemos de abrir entonces el Evangelio de San Juan, en el capítulo IX, y ver cómo Jesús cura los ojos del ciego de nacimiento: con barro hecho del polvo de la tierra y de saliva. ¡Y ése es el colirio que devuelve la luz a unos ojos ciegos!

Eso somos tú y yo; todos los Numerarios y los Agregados somos eso. Con el conocimiento propio de nuestra flaqueza, de nuestro ningún valer, pero con la gracia de Dios y nuestra buena voluntad, ¡somos colirio!: para dar luz, para prestar fortaleza a los demás y a nosotros mismos³.

Apreciamos bien este amor de Dios, que se sirve de nosotros para una obra tan admirable, y queremos agradecérselo aprovechando muy bien la formación que nos dispone a realizarla. Con gusto ponemos todo nuestro esfuerzo, nuestros talentos y nuestra iniciativa, para que esa virtud sobrenatural, fuerza de Cristo, no se esterilice, ni se apague por el barro nuestro, que El quiere emplear en su labor de almas.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 6-III-1963.

Nos dejaremos rehacer, para que se plasme más y más el espíritu de la Obra en nuestra vida, hasta ser del todo Opus Dei. Sólo así podremos transmitir a manos llenas ese buen espíritu, conscientes de que *la formación* —como nos ha enseñado nuestro Fundador— *está de modo especial en el ambiente que entre todos hacemos en una casa, en un Centro, en una obra; en el ambiente que todos hacemos en el lugar de trabajo, en nuestra actuación pública como ciudadanos. Luego no debéis perder este punto de mira sobre-natural, que necesitaremos siempre en la vida. No somos nada —somos de barro, que es peor—, y sin embargo somos colirio para curar esos órganos delicadísimos que son los ojos. Si queremos, el Señor pondrá el incremento de su gracia y realizaremos cosas maravillosas, porque habremos sabido contribuir a la formación de los demás⁴.*

NUESTRA formación, por su misma naturaleza, no se acaba nunca. *Un hombre se va haciendo poco a poco, y nunca llega a hacerse del todo, a realizar en sí mismo toda la perfección humana de que la naturaleza es capaz. En un aspecto determinado, puede incluso llegar a ser el mejor, en relación con todos los demás, y quizá a ser insuperable en esa actividad concreta natural. Sin embargo, como cristiano su cre-*

(4) De nuestro Padre, Meditación, 6-III-1963.

*cimiento no tiene límites*⁵. Por esta razón, jamás podremos pensar: ¡ya estoy formado!, porque aunque vivamos ochenta años —decía nuestro Fundador—, siempre hemos de recibir más formación, para mejorar la que tengamos⁶.

Necesitamos que se nos repitan las mismas ideas muchas veces, para asimilarlas mejor e incorporarlas más profundamente a nuestra vida, para que esa doctrina se transforme en obras, y haga muy de Dios las disposiciones más íntimas de nuestro corazón. Por eso, en los Círculos, en la Confidencia, en los Cursos anuales..., se nos insiste periódicamente en los mismos temas. Y no cansa esa repetición, porque de continuo experimentamos que nos hace falta; y la humildad arranca del Señor luces nuevas, hasta descubrir aspectos inéditos en temas aparentemente muy sabidos.

En las clases de San Rafael —se recuerda en las notas a una de las *Instrucciones* de nuestro Fundador—, cuando las daba el Padre directamente, al hacer la recapitulación de lo que había dicho en el día anterior, insistía siempre sobre los conceptos básicos de la Obra: y comentaba, sonriendo, que le perdonasen, que entendiesen los chicos que el Padre debía proceder de ese modo, y que se acordasen de la psicología del anuncio; a base de oír una y otra vez la misma cosa, a fuerza

*de leer día tras día siempre lo mismo, cuando llega el momento en el que se necesita algo determinado, se acuerda uno de aquello que oyó o que leyó frecuentemente, y hace uso de lo que se le recomendaba por escrito o de palabra. Pedagogía espiritual, que emplea el Padre, y que nosotros hemos de saber emplear también, siempre con don de lenguas*⁷.

*Hijos míos, nos aconseja nuestro Padre, medita muchas veces los mismos argumentos. No consideréis las cosas una sola vez, insistid hasta que descubráis un nuevo Mediterráneo. ¿Y cómo yo no he visto antes esto así de claro? Porque a veces somos durante mucho tiempo como las piedras que dejan resbalar el agua, sin absorber ni una gota (...). Por eso es necesario volver a discurrir sobre lo mismo, para empaparnos de esa bendición de Dios*⁸.

Todos los aspectos del espíritu de la Obra se entrelazan íntimamente, de modo que al comprender con más profundidad, o entregarnos más generosamente en alguna faceta de nuestra vocación, entendemos y mejoramos en todas las demás. *El espíritu del Opus Dei no es una fibra, es un tejido: virtudes, que se entrelazan unidas por la caridad. Cuando en el árbol hay un fruto maduro, hay otros muchos en el mismo árbol —si se podó a tiempo— que también están a punto*⁹.

(5) De nuestro Padre, *Carla*, 24-11-1931, n. 9.

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 160.

(7) *Instrucción*, 31-V-1936, nota 36.

(8) De nuestro Padre, *Meditación*, 26-11-1963.

(9) De nuestro Padre, *Crónica* 1-65, p. 9.

LA OBRA pone a disposición de todos sus hijos los medios necesarios para su santidad. De un modo continuo, con inmenso amor, vela por nuestra formación y buen espíritu —no es otra la misión de los Directores—, y pide al Señor la gracia que nos lleva a esculpir su divina imagen en nuestras almas. Este cariño de Madre buena exige de nuestra parte una total correspondencia. *Como los Numerarios y los Agregados hemos de ser ese colirio y esa fortaleza de la que antes os hablaba, de ahí que tengamos la obligación y el deber de una preparación oportuna. Toda esa preparación, toda esa organización familiar es para lograr aquel fin de santidad, que persigue la Obra entera y cada uno de mis hijos*¹⁰.

Es una empresa ardua, que sólo de la mano del Señor y de nuestra Madre la Obra podremos llevar a término. Esta seguridad de caminar tras los pasos del Señor hace además que, lejos de considerarnos alguna vez suficientemente formados, queramos siempre aprender, para amar más y mejor, para seguir con garbo el camino. Por eso, los miembros de la Obra *cada año asisten con la ilusión de la primera vez —y es un buen modo de vivir la humildad—, a los Cursos de formación: Semestres, Convivencias; y utilizan siempre, con constancia, todos los medios que para formarse les proporciona la Obra*".

(10) De nuestro Padre, Meditación, 6-III-1963.

(11) *Catecismo*, 5ª ed., n. 254.

Para hacer eficaces estos medios espirituales y apostólicos, es preciso vivirlos según el espíritu de la Obra. No basta conocerlos: hay que aprender a realizarlos con su pleno sentido, tal como el Señor los quiso para nosotros. *¿Veis cómo necesitamos formación* —nos advertía nuestro Padre—, *y una preparación específica, doctrinal y práctica; no sólo teórica? Lo hemos dicho muchas veces: para servir, servir. Porque ¿qué otra cosa hacemos nosotros sino servir? ¿Servir a Dios! Y este servicio nos supone la repetición con empeño, con cariño, de muchos actos iguales, nos exige una preparación. Es lógico que, para este servicio de Dios, la Obra nos exija y nos dé la preparación necesaria: una formación humana y espiritual, doctrinal-religiosa, apostólica y profesional —teórica y práctica—, basada en la doctrina clara y segura de la Iglesia*¹².

El Círculo Breve, la Confidencia, la Confesión, el retiro mensual y el curso de retiro..., todos los medios de formación que la Obra maternalmente nos proporciona, son una necesidad: con ellos penetramos mejor en la riqueza profunda del espíritu que Dios ha querido para nosotros; nuestro criterio se hace más sobrenatural y se somete gustosamente a corrección y a mejora.

En la Obra, como en una buena familia, todos nos desvivimos por los demás. Cada uno es ocasión

(12) De nuestro Padre, Meditación, 6-III-1963.

de estímulo, de ayuda y de apoyo para los otros. Con el buen ejemplo, con el cariño y la oración, con la corrección fraterna y la atención constante a cuantos nos rodean, nos comportamos como instrumentos queridos por Dios para la formación de los demás. *No olvides, hijo mío* —nos insistía nuestro Padre—, *que tú colaboras en la formación de tus hermanos y de tantas almas, en todo momento: cuando trabajas y cuando descansas; cuando se te ve alegre o preocupado; cuando en medio de la calle haces tu oración de hijo de Dios y trasciende al exterior la paz de tu alma; cuando se nota que has llorado, y sonríes*¹³.

El Arcángel San Miguel y el Apóstol San Pedro harán eficaces las tareas de formación que les encomendamos. Y la Virgen Santa María, *Spes riostra, Sedes Sapientiae*, intercederá continuamente para que seamos cada día más Opus Dei.

(13) *De nuestro Padre*, n. 116.

379.

JUEVES

—El fin de nuestra vocación es santificarnos santificando.

—Preocupación sincera por todas las almas.

—Fe al hacer proselitismo.

LAS PALABRAS de Jesucristo, que leemos hoy en el Evangelio, tienen para todos nosotros una resonancia especial. *He venido a traer fuego a la tierra* —exclama el Señor—, *¿y qué quiero sino que ya arda?* '. Y esto es así porque nuestro Fundador nos enseñó a hacerlas vida de nuestra vida, acicate perenne de nuestro afán apostólico.

Durante años —nos escribía en 1959—, *me encendía en amor de Dios la consideración del afán de Jesús por incendiar el mundo con su fuego. Y no podía contener dentro de mí aquel hervor que se abría impetuosamente en mi alma y que, expresándose en las palabras mismas del Maestro, salía a gritos de mi boca: ignem veni mittere in terram, et quid voló nisi ut accendatur?... Ecce ego quia vocasti me (Luc. XII, 49; I Reg. III, 9); he venido a poner fuego en la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?... Aquí estoy, porque me has llamado*².

En la Obra, lo tenemos bien experimentado, na-

(1) Ev. (Luc. XII, 49).

(2) *De nuestro Padre, Carta*, 9-1-1959, n. 9.

die puede santificarse si no es santificando a otras almas. Y esta necesidad se traduce inmediatamente en proselitismo: *el que tiene la palabra de la sabiduría* —enseña San Gregorio—, *pero no quiere emplearla en provecho del prójimo, es semejante al que pone dinero en una bolsa y la tiene siempre atada. De ahí que esté escrito: "¿para qué sirve la sabiduría escondida y el tesoro oculto?"* (Eccli. XX, 32)³.

Nuestra vocación contiene una promesa de felicidad inacabable, y su cumplimiento depende de nuestra fidelidad en la correspondencia a la gracia. Pero es imposible una fidelidad no proselitista. *El hijo mío que no es proselitista... hace mal. Algo en él no anda bien. Porque el que ama de verdad su camino, siente la ambición de traer otras criaturas a su felicidad, porque el bien es difusivo. ¡Pobre del hijo mío que no tuviera este afán de traer otras almas!... ** Y aún insiste nuestro Fundador: *hijos míos, cuando se tiene un bien, cuando un alma es feliz, cuando siente esta alegría interior, y posee esta dicha, procura dar ese bien y esa dicha a los demás. Por eso nosotros tenemos el deber imperativo de hacer proselitismo; el deber de transmitir este don divino, y de procurar que haya otras almas que sirvan al Señor en el Opus Dei*⁵.

Este afán, que debe hacernos vivir con una santa intranquilidad, se muestra de ordinario consiguien-

do vocaciones, porque la gracia de Dios no falta nunca. Hay que hablar frecuentemente en la Confidencia de este tema, examinarse cada noche y considerarlo muchas veces en la oración. *En el camino de nuestra vida, ¡cuántos corazones de compañeros vuestros podéis hacer arder!*

*¿No os da pena contemplar a esa juventud, que bu-
lle en medio del mundo, buscando inútilmente un ideal?
—Gritadles: ¡locos!, dejadesascos aspequeñas, que achi-
can el corazón... y muchas veces lo envilecen..., dejad
eso y venid con nosotros tras el Amor*⁶.

NUESTRO deseo de identificarnos con Cristo nos hace sentirnos responsables de la salvación de todas las almas. No podemos limitarnos a procurar la santidad de una persona solamente, o de unas pocas, con falsas excusas que ocultarían desamor. Si de verdad nos preocupa que todos se salven, encontraremos la manera de llegar con nuestro celo apostólico a muchas personas. Hemos de sentir dirigido a cada uno de nosotros el clamor de innumerables voces angustiadas, que gritan en la oscuridad de su vida, clamando por un ideal que valga la pena. ¡Cuántas gentes hay, a nuestro paso, que esperan el aliento de una palabra, de una mirada, de un ejemplo, para decidirse a amar a Dios sobre todas las co-

(3) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelio* 17, 5.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 179.

(5) De nuestro Padre, *Noticias* 111-60, p. 14.

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934, nn. 4-5.

sas y a servir a los demás por Dios! Por eso, insiste nuestro Padre, *ningún alma, ¡ninguna!, puede resultarte indiferente*⁷.

De la misma manera que una brasa es capaz de producir siempre un incendio, así también cada nueva vocación es garantía de que vendrán muchas más. La vocación a la Obra es una llama que ha de propagarse, convirtiendo nuestra vida y la de quienes nos rodean en una brasa inextinguible. Este es el *apostolado personal que cada uno de los miembros del Opus Dei se siente movido a hacer de continuo, como si oyera a todas horas aquellas palabras divinas: ignem veni mittere in terram, et quid voló nisi ut accendatur?; fuego he venido a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?* (Luc. XII, 49).

*Y el deseo de hacer arder en la tierra este fuego de Cristo convierte a mis hijos en propagadores, en misioneros de la perfección cristiana en medio de las tareas temporales; y, con su afán de proselitismo, atraen vocaciones a nuestra Obra; o, al menos, ayudan a otras almas a resurgir de la muerte del pecado, a despertarse del sueño de la tibieza, a elevarse sobre la mediocridad*⁸.

Todo en nuestra vida ha de responder a esa exigencia apostólica. No podemos permanecer inactivos ante un mundo que se aleja de Dios. La tarea es inmensa y urgente; de nosotros depende devolver el

(7) *Forja*, n. 951.

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 141.

sentido cristiano a tantas gentes que esperan impacientes la conversación, llena de sentido sobrenatural, de una persona amiga. Cuando llega el momento, que a todos acontece, de necesitar más vivamente una explicación divina a su quehacer humano, hemos de estar cerca de los demás para ofrecérsela.

Nuestra vida se resume en ser mediadores entre Dios y los hombres por nuestra identificación con Jesucristo. Si vivimos de este modo, devolveremos la alegría a infinidad de almas, y las pondremos en vías de salvación. Todo depende de nuestra capacidad de enamorarnos del Señor, de identificarnos con El. Llevar Cristo a las almas y las almas a Cristo, eso debe ser lo que dé sentido pleno a nuestra existencia de hijos de Dios en el Opus Dei. Lo demás es ganga que debemos quitar para no ocultar con esas impurezas los brillos del mensaje divino.

HAY QUE ser proselitistas porque *somos* Cristo que pasa, *por el camino común a los hombres del mundo* (cfr. Luc. XVIII, 37)⁹: en nuestra vida se hace presente Jesús, el Hijo de Dios, con su poder y su gracia. Como El, hemos de sentir la necesidad de multiplicarnos, para poder ayudar a tantas almas. Hacen falta vocaciones, muchas vocaciones. Él Señor no cesa de llamar a todos los hombres: *ecce sto ad ostium et pulso: si*

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 82.

quis audierit vocem meam et aperuerit mihi ianuam, intrabo ad illum et coenabo cum illo, et ipse mecum; *he aquí que estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz y me abriere la puerta, entraré y cenaré con él, y él conmigo* (Apoc. III, 20). *Poned estas palabras de San Juan a la consideración de las almas que trabajáis para la Obra. No sois vosotros quienes llamáis: es El, ¡Cristo!... —Jesús, que el día del juicio nos pedirá estrecha cuenta de su llamada...: en aquel día, habremos de responder no sólo del mal que hayamos hecho, sino del bien que dejemos de hacer*¹⁰.

Vendrán vocaciones si las pedimos, porque Dios está dispuesto a dar su gracia. *Ora, ofrece sacrificios y trabájalos con tu ejemplo y con tu palabra*¹¹. Estos son los medios que nuestro Padre nos señaló para cooperar en la tarea *de traer nuevas almas a la Obra de Dios. La intensidad en la petición por el proselitismo, el desvelo por no escatimar ningún sacrificio, la alegría inquebrantable y permanente, serán la medida del buen espíritu con el que vivimos nuestra entrega. Y si tenemos presente la necesidad de vocaciones que hay en todas partes, nos será más fácil mantener vibrante nuestra preocupación por el proselitismo. Nadie está dispensado de hacerlo, de una manera u otra, según sus circunstancias, porque siempre es posible: en la vejez, en la enfermedad, en las ocupaciones, por absorbentes que parezcan. En el

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934, n. 83.

(11) De nuestro Padre, *Crónica* VIII-59, p. 8.

proselitismo nunca podrá haber vacaciones. *Sería muy cómodo quedarnos aislados, en una casa de la Obra, dedicados a pensar solamente en las cosas de Dios: pero esto sería una traición a la Obra, y a lo que Dios quiere de nosotros. Porque, para nosotros, las cosas de Dios son las cosas del mundo, que hemos de elevar al plano sobrenatural; y porque el espíritu que Dios pide que tengamos es un espíritu apostólico, de hombres y de mujeres que —llenos de fortaleza— recorren los caminos de la tierra*¹².

Hemos de mirar en todas las direcciones: tenemos el mundo por heredad. Si en nuestro círculo más próximo hubiera pocas posibilidades de encontrar vocaciones, dirigiremos la mirada hacia un segundo círculo, hacia el tercero, o más allá si hiciera falta, pero siempre veremos campo para nuestro proselitismo.

Acabamos nuestra oración, con una súplica que habrá de concretarse en propósitos bien determinados: *¡vocaciones, Señor, más vocaciones! No me importa si la siembra fue mía o de otro —¡sembraste Tú, Jesús, con nuestras manos!—; sólo sé que nos has prometido la madurez del fruto: "et fructus vester maneat!" —que vuestro fruto será duradero*¹³. Y ponemos esta petición urgente en manos de la Virgen: *Sancta María, Regina apostolorum, ora pro nobis, ora pro eis!*

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 57.

(13) *Surco*, n. 217.

380.

VIERNES

—La lucha interior se encamina a revestirnos del hombre nuevo.

—La salud y el descanso, y su relación con la lucha ascética.

—Confiar en la ayuda de Dios y de la Virgen.

AL QUERER hacer el bien encuentro esta ley en mí: que el mal está junto a mí; pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi espíritu y me esclaviza a la ley del pecado, que está en mis miembros'.

La experiencia de esta lucha entre el bien y el mal, entre el pecado y la gracia, de que nos habla hoy San Pablo, es de carácter universal. Sabemos que esto es así, predicó innumerables veces nuestro Padre. Tenemos la experiencia de que algo nos tira para abajo. San Agustín decía que le tiraban de la ropa las pasiones malas: cosas que nos avergüenzan si consentimos, cosas viles, cosas que no son propias de un hijo de Dios. Y a la vez tenemos en el corazón muchos deseos de cosas grandes, de sacrificios inmensos; ambiciones limpias, nobles, estupendas, de hacer el bien. Porque la ayuda de Dios nos levanta, nos llena

*de ideales y de limpieza: es la actuación del Espíritu Santo en las almas*².

Esta pelea íntima durará tanto como nuestra vida en la tierra. *No es posible que no tengamos, en nuestra vida, algo que cambiar. Por eso, renovamini autem spiritu mentis vestrae, et induite novum hominem, qui secundum Deum creatus est in iustitia et sanctitate veritatis; renovaos en el interior de vuestra alma, y revestios del hombre nuevo, que ha sido creado conforme a la imagen de Dios en justicia y santidad verdadera* (Ephes. IV, 23-24)³.

El descubrimiento de las propias faltas y errores, la necesidad constante de luchar, tantas veces comprobada por cada uno en su vida personal, no debe desanimarnos. *Es evidente que todos nosotros tenemos defectos. Pero —no lo digo para consolaros—, todos los hombres tienen miserias. Los santos también las tuvieron, han tenido errores hasta última hora. Si no hubieran tenido conocimiento de sus faltas, hubieran sido unos soberbios*⁴.

El Señor nos da su gracia: sólo pide de nuestra parte confianza y esfuerzo personal, una y otra vez repetido, como hacen los deportistas. Nos lo hacía considerar nuestro Padre en cierta ocasión, hablándonos de las olimpiadas. *Contemplaba con gusto a aquella gente: miraban dónde tenían que saltar; se*

(2) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 706.

(3) De nuestro Padre, Instrucción, 8-XII-1941, n. 36.

(4) De nuestro Padre, Instrucción, 8-XII-1941, n. 18.

(1) L. I (1) (Rom. VII, 21-23).

acercaban con la pértiga; probaban, volvían de nuevo con empeño grande, grande. Era para ellos una cosa muy importante saltar dos centímetros más. Probaban otra vez, y ¡nada! Pero no perdían el humor. No se les veía tampoco muy alegres y, con la cabeza baja, dejaban que los músculos se repusieran algo, se metían dentro de sí mismos a considerar aquel fracaso, volvían a la carga para superarlo. Insistían y, a la tercera o a la cuarta vez, ¡podían, alcanzaban la meta!

Vosotros y yo, para saltar y vencer, tenemos la gracia de Dios y la protección de Santa María. De modo que ¡podemos!, possumus!, diremos con aquellos pobrecitos Apóstoles que fueron atrevidos, pero que aún no sabían que, para poder, había que pasar por la Cruz. Nosotros lo sabemos. Y con la gracia de Dios y la ayuda de Santa María, repito, possumus!, ¡podemos! Pero luchando. El que no lucha es un cobarde⁵.

EL AUMENTO de trabajo, la falta de salud, las contrariedades de la vida, pueden ser ocasión de que la lucha ascética se haga más pesada, menos llevadera. Si llegara a preocuparnos, sería la hora de escuchar y de poner en práctica el consejo de nuestro Padre: *decaimiento físico. —Estás... derrumbado. —Descansa. Para esa actividad exterior. —Consulta al médico. Obedece, y despreocúpate.*

(5) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 707.

*Pronto volverás a tu vida y mejorarás, si eres fiel, tus apostolados*¹.

Muchas veces insistió nuestro Fundador en la necesidad de descansar lo suficiente, para no llegar a esas situaciones. En una de las notas a las *Instrucciones* leemos: *suele comentar también que la primera vez que oyó el refrán italiano —"quando il corpo sta bene, l'anima baila"; cuando el cuerpo está bien, baila el alma—, se extrañó, y le molestó, porque le pareció demasiado naturalista, y porque en cuerpos enfermos hay almas llenas de gaudium cum pace, que sirven a Dios en la alegría del dolor; pero que luego ha rectificado, pensando que no es sino un modo gráfico de expresar esa conveniencia de estar sanos, para servir a Dios en el trabajo ordinario, que tan continuamente nos predica*⁷.

En el Evangelio vemos cómo Jesús se preocupa del reposo de los suyos. En una ocasión, toma consigo a los Apóstoles y les dice: *venid vosotros solos a un lugar apartado, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, y ni siquiera tenían tiempo para comer*⁸. Precisamente para rendir más en el trabajo apostólico, debemos cuidar el cuerpo, que precisa estar bien dispuesto, también físicamente, para secundar la acción de la gracia. Supondría falta de sencillez no decir que nos conviene descan-

té) *Camino*, n. 706.

(7) *Instrucción*, 31-V-1936, nota 129.

(8) *Marc.* VI, 31.

sar, cuando experimentamos esa necesidad, sabiendo que —como enseñó siempre nuestro Fundador— *el descanso no es no hacer nada: es distraernos en actividades que exigen menos esfuerzo*⁹.

Hay que tener presente la posibilidad de encontrarse, durante una temporada, especialmente cansados, para no confundir la tristeza —que responde a alguna mala disposición del alma— con lo que es simplemente manifestación de enfermedad o de agotamiento. A veces, nos advertía nuestro Fundador, *si os encontráis tristes, no es que hayáis perdido la alegría sobrenatural, que proviene de sabernos hijos de Dios: si acaso, habréis perdido la alegría fisiológica, de animal sano —porque estaréis cansados o enfermos—, y tendréis que abrir el corazón en la Confidencia; y distraeros, leyendo un libro o un montón de tebeos; o pidiendo permiso para cambiar de ciudad unos días, para no pensar en nada más que en estar muy ocupados viendo monumentos artísticos y rezando las Preces y las tres avemarias de la noche. Y no os apure decir al Director cualquier cosa que se os ocurra entonces, por brutal que os parezca*¹⁰.

SON SANTOS los que luchan hasta el final de su vida: los que se saben levantar siempre después de cada tropiezo, de cada caída, para proseguir valiente-

mente el camino con humildad, con amor, con esperanza ".

Tenemos la seguridad de que Dios no nos abandona, de que los Directores nos encaminan certeramente por la ruta debida. Aunque sintamos en el fondo del alma la rebeldía del cuerpo de muerte, *que clama por sus fueros perdidos*¹², no podemos perder nunca la paz. Escuchemos de nuevo a nuestro Padre: *hijo mío, estás en la Obra porque El te ha llamado; y el mismo que te llamó te da su gracia, para que llegues a ser buen instrumento; y te indica los medios, que son nuestras Normas y nuestras Costumbres. Cúmpleslas, y vendrá el momento en el que podrás decir, sintiendo esa verdad en lo más íntimo de tu alma: no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí (Galat. //, 20)* ".

Cuanto más defectos veamos en nuestra vida, cuanto más se rebele nuestro corazón, más y más debemos apoyarnos en los brazos de nuestro Padre Dios, en los consejos de la Confesión y de la Confidencia, y en nuestros hermanos. Resistiremos así a los ataques del hombre viejo. *No te avergüence descubrir que en el corazón tienes el "fomes peccati" —la inclinación al mal, que te acompañará mientras vivas, porque nadie está libre de esa carga.*

No te avergüences, porque el Señor, que es omnipotente y misericordioso, nos ha dado todos los medios

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 25.

(12) *Camino*, n. 707.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 84.

(9) *Camino*, n. 357.

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 129.

idóneos para superar esa inclinación: los Sacramentos, la vida de piedad, el trabajo santificado.

—*Empléallos con perseverancia, dispuesto a comenzar y recomenzar, sin desanimarte*¹⁴.

Si actuamos así, aunque muchas veces no nos demos cuenta, nuestra vida será hermosa, resplandeciente a los ojos de Dios. *Visité una vez una fábrica de tapices* —comentó nuestro Padre en una ocasión—, *donde copiaban uno, procedente de una casa real. Estaba ya terminada una gran parte del tapiz: se dibujaban con precisión y colorido caballeros, armaduras, y el cielo azul muy hermoso. Luego lo miré por detrás, y todo eran nudos, hilos sin apariencia...* Así es nuestra vida: *diariamente nos equivocamos una y otra vez, y hay que hacer un nudo y seguir adelante: a continuar trabajando, sin darnos cuenta de la belleza de la tarea. Si alguna vez pudiéramos contemplar el tapiz por delante, veríamos que el conjunto de aquellos hilos es magnífico, gracias a Dios y a nuestro pequeño esfuerzo de cada día*¹⁵.

Para luchar de este modo durante toda la vida, y confiando en la ayuda de Dios, acudimos hoy a la Virgen: que Ella presente este rato de oración ante su Hijo. *No me dejes, ¡Madre!: haz que busque a tu Hijo; haz que encuentre a tu Hijo; haz que ame a tu Hijo... ¡con todo mi ser!* —*Acuérdate, Señora, acuérdate*¹⁶.

(14) *Forja*, n. 119.

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 84.

(16) *Forja*, n. 157.

381.

SÁBADO

—La parábola de la higuera estéril nos recuerda el deber de dar frutos de apostolado y proselitismo.

—No hay excusas para la ineficacia apostólica.

—No engañarse con la abundancia de hojas. La humildad es garantía de la verdadera eficacia.

ABRE de nuevo Jesús sus labios divinos. Las gentes escuchan atentas las palabras del Señor cuando *les decía esta parábola: un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino a buscar en ella fruto y no encontró. Entonces dijo al viñador: mira que hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera sin encontrarlo; córtala, ¿para qué va a ocupar terreno en balde?* \

Aquella higuera infructuosa es símbolo del pueblo de Israel, que no rindió los frutos que Dios esperaba, a pesar de los cuidados con que le trató, pues no reconoció a Jesucristo como Mesías e Hijo de Dios. Pero también puede aplicarse esta parábola a los cristianos que se aíslan en su egoísmo, se desentenden de la misión apostólica que el Señor les ha confiado, y no hacen fructificar los dones sobrenaturales recibidos de Dios.

(1) *Ev. (Luc. XIII, 6-7).*

Para evitar que suceda esto en nuestra vida, nos ha dicho nuestro Padre: *reconoced vuestros fracasos, pero no hagáis alarde de indiferencia. ¡Cómo me duele que un sacerdote o un religioso no busque vocaciones para el seminario diocesano o para su noviciado! Casi siempre es señal de que ellos mismos no están contentos de su vocación, de que no son felices, o incluso de que se sienten unos desgraciados. En cambio, cuando se ama esa predilección de Dios, que nos invita a colaborar con El, a corredimir, entonces, sin tonterías humanas, sin cascabeles de la tierra, se tiene, no deseo, ¡hambre de pegar esa locura a otros! Es algo que viene solo, como el latir del corazón.*

Dice San Agustín que quien logra la conversión de un alma tiene la suya predestinada. ¡Pues pensad lo que será traer al camino de Dios, a la entrega, a otras almas! ¡Algo maravilloso! Es como asegurarse un trozo grande, grande, de Cielo. Hijos míos, no os durmáis. Además, conseguir vocaciones nos sirve de tuerca y de contratuerca para que nosotros no abandonemos nunca el camino.

Los que no son proselitistas me dan la impresión de que son unos fracasados. Porque el bien, de suyo, es difusivo. Si yo gozo de un beneficio, necesariamente tendré deseos eficaces de que otros vengan a participar de esa misma felicidad (...).

Cuando no metemos fuego o, al menos, calor en los que nos rodean, es que nos estamos apagando nosotros. El afán proselitista es señal clara de vida interior. Por eso, para nosotros, vivir el proselitismo en toda nuestra

conducta es una necesidad, una manifestación capital de amor a la vocación, y una sobreabundancia de vida interior².

El aislamiento físico, si alguna vez se presenta, ha de ser un acicate más para el proselitismo, porque se necesitan muchas vocaciones, y con más motivo en ese lugar adonde quizá no ha llegado aún el espíritu de la Obra. *Si alguno de mis hijos no tiene ese afán proselitista es que va mal: está moribundo, no le late el corazón. Fomentad la ilusión de multiplicaros por mucho: nos llaman, hijos, del mundo entero y necesitamos gente joven, bien formada, que vaya a trabajar a otros países³.*

EN LA parábola, no explica el Señor la razón de la esterilidad de la higuera, pero es evidente que no es defecto de la tierra. El árbol está plantado en medio de una viña fértil y extensa, y aun así no da fruto. Hay algo en él, más que su misma inutilidad, que mueve a triste compasión. Y es que si una planta no da flor, si no da fruto, tampoco habrá semilla; y el que podría haber visto crecer a su alrededor árboles nuevos y jóvenes, está destinado a quedarse solo, aisladamente solo en un campo donde no habrá quien ocupe su puesto cuando él falte.

La higuera estéril bien podría compararse a esas

(2) De nuestro Padre, Tertulia, 29-XIM959.

(3) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 1055.

personas que no han sabido amar, que se han encerrado en un egoísmo inútil, que no han tenido la generosidad de entregarse. Su porvenir es la soledad y la tristeza. Eso no puede ocurrirnos a nosotros, porque el Amor de Dios es la savia que da vigor a nuestra vida y frutos al apostolado y al proselitismo. Por eso, *no hay excusas para la ineficacia*, exhorta nuestro Padre. *Quizá dicen: no tengo conocimientos suficientes... ¡No hay excusa! O afirman: es que la enfermedad, es que mi talento no es grande, es que no son favorables las condiciones, es que el ambiente... ¡No valen tampoco esas excusas!*⁴. Y no las hay porque, en cualquier situación, Dios nos concede abundantemente su gracia.

Proselitismo podemos hacer siempre —insiste nuestro Fundador—: *cuando somos jóvenes, y cuando llegamos a la madurez e incluso a la vejez; cuando estamos sanos y cuando caigamos enfermos. A ningún hijo mío puedo dispensarle de hacer proselitismo, porque sería tanto como dispensarle de tener vida interior. Y si alguno se disculpara a sí mismo, es que ya ha perdido vibración, y quizá es ya un verdadero cadáver ambulante. Pero no olvidéis que los muertos pueden resucitar, con la gracia de Dios*⁵.

La vibración proselitista hace que, en el Opus Dei, a nadie pueda sucederle lo que a la higuera infructuosa: que llegó a encontrarse sola y vieja, sin retoños a los que transmitir su savia. Aunque nos ha-

(4) *Amigos de Dios*, n. 51.

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 29-XII-1959.

liemos materialmente aislados, lejos físicamente de otros miembros de la Obra, nunca nos sentiremos solos. El consejo de nuestro Padre ha sido siempre el mismo: *reunid un pequeño grupo de amigos —con ocasión de una obra concreta de caridad o de cultura— y, si vibráis, si tenéis espíritu, de ese núcleo de jóvenes virtuosos y cultos saldrán los nuevos apóstoles —con vuestro mismo ideal, con vuestro mismo sentir, con vuestra misma ansia y vibración—, que os sacarán del aislamiento*⁶.

Si en algún caso los frutos fueran escasos, sería el momento de buscar las causas de esa infecundidad, la ocasión para hacer examen y poner el remedio oportuno: ¿cómo va mi vibración apostólica?, ¿qué mortificaciones concretas ofrezco por el proselitismo?, ¿qué metas apostólicas me propongo cada día? Es lo que hizo el encargado de la viña, cuando propuso al dueño que no arrancara aún la higuera infructuosa: *señor, déjala también este año hasta que cave a su alrededor y eche estiércol, por si produce fruto; si no, ya la cortarás*⁷.

Oración humilde y mortificación generosa son las armas para atraer la bendición de Dios. Sólo así *el campo será arado y recibirá, con la semilla generosa, los cuidados que pone el campesino. Y después, con la bendición de Dios, vendrá la cosecha*⁸.

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934, n. 86.

(7) *Ev. (Luc. XIII, 8-9)*.

(8) De nuestro Padre, *Meditación*, 4-II-1962.

LA MISERICORDIA y los cuidados que Dios prodiga a las almas no tienen límite. Si alguna vez, a pesar de nuestros esfuerzos, vemos esterilidad en nuestra vida, hemos de dar lugar en nuestro corazón a la esperanza, y no al desánimo. Porque Jesús es comprensivo con nuestra flaqueza, y está siempre dispuesto a brindarnos su perdón y su gracia. De nuestra parte, ha de haber esos deseos de ahondar en la vida interior, de hundir sus raíces en el amor de Dios y, a la vez, abrírnos con humildad, dócilmente, a la acción de la gracia.

Hemos de imitar en nuestra vida el ejemplo de los primeros Doce. *Cuando el Señor los llamó, estaban junto a la barca vieja y junto a las redes rotas, remendándolas. El Señor les dijo que le siguieran; y ellos "statim" —inmediatamente, "relictis ómnibus" —abandonando todas las cosas, ¡todo!, le siguieron...*

Y sucede algunas veces que nosotros —que deseamos imitarles— no acabamos de abandonar todo, y nos queda un apego en el corazón, un error en nuestra vida, que no queremos cortar, para ofrecérselo al Señor.

—¿Harás el examen de tu corazón bien a fondo?
—No ha de quedar nada ahí, que no sea de El; si no, no le amamos bien, ni tú ni yo⁹.

En nuestro afán por corresponder a la gracia del Señor, debemos estar prevenidos contra un posible

engaño de la soberbia. La higuera de la parábola que estamos considerando, no tenía frutos; pero sus hojas le daban una apariencia de fuerza, de vida, de fertilidad. Un alma podría escudarse también en la pantalla del activismo, que es apariencia, caricatura, pero no auténtico apostolado si faltan los frutos. *¡Ay del que se adorna con la hojarasca de un falso apostolado, del que ostenta la frondosidad de una aparente vida fecunda, sin intentos sinceros de lograr fruto! Parece que aprovecha el tiempo, que se mueve, que organiza, que inventa un modo nuevo de resolver todo... Pero es improductivo. Nadie se alimentará con sus obras sin yugo sobrenatural¹⁰.*

No podemos dejarnos engañar; y así se lo pedimos al Señor: que nos grabe muy hondo aquellas palabras de nuestro Padre: *ninguno de mis hijos puede estar tranquilo, si no trae cada año cuatro o cinco vocaciones que sean fieles, que puedan llamar Padre —viviendo nuestro espíritu de filiación— al Padre nuestro que está en los cielos¹¹.*

Acudimos a la Virgen para que presente ante su Hijo nuestros propósitos, humildes y decididos; que, por su intercesión, nos lleguen esas vocaciones que pedimos porque deseamos difundir el Reino de Dios por toda la tierra.

(9) Forja, n. 356.

(10) Amigos de Dios, n. 51.

(11) De nuestro Padre, Noticias IV-60, p. 23.

382.

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

- La humildad es fundamento de toda la vida cristiana.
- Imitar el ejemplo de humildad que nos da Jesucristo.
- El conocimiento de las propias flaquezas ha de llevarnos a crecer en humildad.

LA IGLESIA pone hoy ante nuestros ojos aquella parábola del Señor que resume dos actitudes de la criatura ante su Creador. *Dos hombres subieron al Templo para orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, quedándose de pie, oraba para sus adentros: oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano* ¹.

Pagado de sí mismo, el fariseo, aunque da gracias a Dios por los beneficios recibidos, está cegado por la soberbia, que le hace considerarse con derecho a despreciar a los demás. *Pero el publicano, quedándose lejos, ni siquiera se atrevía a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: oh Dios, ten compasión de mí que soy un pecador* ². El comentario de Jesucristo es elocuente: *05 digo que éste bajó justificado a su casa, y aquél no. Porque*

(1) Év. (C) (Éuc. XVIII, 10-11).

(2) *Ibid.*, 13.

todo el que se ensalza será humillado, y todo el que se humilla será ensalzado ³.

Es malo el endiosamiento si ciega, si no deja ver con evidencia que tenemos los pies de barro, ya que la piedra de toque para distinguir el endiosamiento bueno del malo es la humildad. Por eso —escribió nuestro Fundador—, es bueno, mientras no se pierde la conciencia de que esa divinización es un don de Dios, gracia de Dios; es malo, cuando el alma se atribuye a sí misma —a sus obras, a sus méritos, a su excelencia— la grandeza espiritual que le ha sido dada.

*¡Humildes, humildes! Porque sabemos que en parte estamos hechos de barro, y conocemos un poquito de nuestra soberbia y de nuestras miserias... y no lo sabemos todo. ¡Que descubramos lo que estorba a nuestra fe y a nuestra esperanza y a nuestro amor! **

La humildad forma parte esencial de la vida cristiana, porque esta virtud es la morada de la caridad ⁵. Y en este sentido decía San Agustín: *si me preguntáis qué es lo más esencial en la religión y en la disciplina de Jesucristo, os responderé: lo primero es la humildad, lo segundo, la humildad, y lo tercero, la humildad* ⁶. Sin esta virtud, no puede haber vida interior. Sin humildad, los frutos de la entrega y del apostolado serían sólo aparentes, ilusión vana;

(3) *Ibid.*, 14.(4) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 6.(5) San Agustín, De *sánala virginitate* 51.(6) San Agustín, *Epístola* 118, 22.

por eso *ha dicho aquél, que es el primer literato de Castilla, que la humildad es la base y el fundamento de todas las virtudes, y sin ella no hay ninguna que lo sea* \

*¿Eres humilde de verdad?, pregunta nuestro Padre. ¿Eres capaz de mortificar tu amor propio, por caridad? ¿Eres capaz de pasar por esas humillaciones que te pide Dios, en cosas que no tienen importancia, que no oscurecen la verdad? Pídele a Nuestro Señor que te conceda la humildad, porque con los años la soberbia aumenta, si no se corrige a tiempo*⁸.

HEMOS de sacar una clara enseñanza al leer hoy este Evangelio: *no podemos creernos el centro, de modo que pensemos que todo debe girar alrededor de nosotros. Y lo peor —decía nuestro Padre— es que, si caes en este defecto, cuando te digan que eres soberbio, no te lo creerás; porque mientras el humilde se cree soberbio, el soberbio se cree humilde*⁹.

A lo largo de toda su vida, Jesucristo nos dio ejemplo de humildad. Siendo Todopoderoso, quiso aparecer como uno más, semejante en todo a los hombres, con excepción del pecado. *Esa debe ser también la aspiración de cada uno de vosotros, hijos míos: pasar inadvertidos, imitar a Cristo, que perma-*

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 34.

(8) De nuestro Padre, *Meditación*, 29-11M959.

(9) De nuestro Padre, *Meditación Vivir para la gloria de Dios*, 21X1-1954.

necio oculto treinta años siendo sencillamente el hijo del artesano (Matth. XIII, 55); imitar a María que, siendo Madre de Dios, gusta de llamarse su esclava: ecce ancilla Domini (Luc I, 38).

*El Señor nos quiere humildes: esa humildad no significa que no lleguéis a donde debéis llegar en el terreno profesional, en el trabajo ordinario, y, desde luego, en la vida espiritual. Es preciso llegar, pero sin buscaros a vosotros mismos, con rectitud de intención. No vivimos para la tierra, ni para nuestra honra, sino para la honra de Dios, para la gloria de Dios, para el servicio de Dios: sólo esto nos mueve*¹⁰.

Por eso *te aconsejo, repitió nuestro Padre en muchas ocasiones, que no busques la alabanza propia, ni siquiera la que merecerías: es mejor pasar oculto, y que lo más hermoso y noble de nuestra actividad, de nuestra vida, quede escondido... ¡Qué grande es este hacerse pequeños!: "Deo omnis gloria!" —toda la gloria, para Dios". Y la humildad que Jesucristo nos ha enseñado a vivir hará que estemos cada día más cerca de Dios. Mira al publicano cómo ora en el templo: se quedó lejos, y por eso Dios se le acercó más fácilmente. No atreviéndose a levantar los ojos al cielo, tenía ya consigo al que hizo los cielos... Que no esté lejos, o que lo esté, depende de ti. Ama, y se acercará; ama, y morará en ti (San Agustín, Sermo 21, 2)*¹¹.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, nn. 20-21.

(11) *Forja*, n. 1051.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 17.

El ejemplo del Señor nos moverá a olvidarnos de nosotros mismos para entregarnos sin reservas a los demás: *necesitas una entrega más plena, de tal manera que, desapareciendo tú por la humildad y por la mortificación, venga Cristo a vivir en ti: non ego, vivit vero in me Christus* (Galat //, 20)ⁿ.

Aprendamos a ser humildes, para ser eficaces. *Es el yo, es la soberbia la que lo estropea todo. Que os preocupéis de los demás, que os olvidéis de vosotros mismos. Es Jesucristo, es el bien de las almas, es la Iglesia, es la Obra quienes os lo exigen*^w.

¿PIENSAS que tus pecados son muchos, que el Señor no podrá oírte? No es así, porque tiene entrañas de misericordia. Si, a pesar de esta maravillosa verdad, percibes tu miseria, muéstrate como el publicano (cfr. Luc. XVIII, 13): *¡Señor, aquí estoy, tú verás!*¹⁵.

No podemos olvidarlo: nuestra condición es la de criaturas que nada tienen, que nada pueden sin su Creador. Pero con El, todo lo alcanzaremos. Debemos, por eso, apoyarnos firmemente en Dios. *No te turbe conocerte como eres: así, de barro. No te preocupe. Porque tú y yo somos hijos de Dios —y éste es endiosamiento bueno—, escogidos por llamada divina desde toda la eternidad: nos escogió el Padre, por Jesu-*

(13) De nuestro Padre, Meditación, 2-III-1952.

(14) De nuestro Padre, Noticias VI-59, p. 17.

(15) *Amigos de Dios*, n. 253.

cristo, antes de la creación del mundo, para que seamos santos en su presencia (Ephes. /, 4). *Nosotros, que somos especialmente de Dios, instrumentos suyos a pesar de nuestra pobre miseria, seremos eficaces si no perdemos la humildad, si no perdemos el conocimiento de nuestra flaqueza*¹⁶.

Ante el espectáculo, tantas veces repetido, de nuestras continuas faltas de humildad; ante esa tendencia casi innata —reliquia del pecado original— a sobrevalorar la propia excelencia y a despreciar a los demás, nuestra actitud sólo puede ser una: pedir al Señor que nos conceda una humildad profunda y serena, un conocimiento propio, cabal y verdadero, que nos haga vernos tal y como en realidad somos. Hoy podemos hacerlo con aquella oración compuesta por nuestro Padre: *Buen Jesús: si he de ser apóstol, es preciso que me hagas muy humilde.*

El sol envuelve de luz cuanto toca: Señor, lléname de tu claridad, endiósame: que yo me identifique con tu Voluntad adorable, para convertirme en el instrumento que deseas... Dame tu locura de humillación: la que te llevó a nacer pobre, al trabajo sin brillo, a la infamia de morir cosido con hierros a un leño, al anadamiento del Sagrario.

*—Que me conozca: que me conozca y que te conozca. Así jamás perderé de vista mi nada*ⁿ.

(16) De nuestro Padre, *Cana*, 24-111-1931, n. 20.

(17) *Surco*, n. 273.

Jesucristo espera que acudamos a El para colmarnos de su gracia y hacernos humildes. *Señor, te pido un regalo: Amor..., un Amor que me deje limpio. —Y otro regalo aún: conocimiento propio, para llenarme de humildad*¹⁸. Si acudimos a la intercesión de su Madre, que es también Madre nuestra, el Señor nos concederá esta virtud, imprescindible para crecer en santidad y llegar al Cielo.

(18) *Forja*, n. 185.

383.

LUNES

—El Señor está dispuesto a sanarnos, si acudimos a El con confianza.

—La filiación divina nos hace afrontar los obstáculos con optimismo.

—Serenidad y alegría: características propias de los hijos de Dios.

NARRA el Evangelio de la Misa de hoy que Jesús estaba enseñando en una sinagoga, pues era día de sábado. Muchos se habían congregado para escucharle. Entre la muchedumbre, en una postura incómoda, *había allí una mujer poseída por un espíritu, enferma desde hacía dieciocho años, y estaba encorvada sin poder enderezarse de ningún modo*¹.

Probablemente al saber de los prodigios y milagros que Jesús realizaba, surgió en aquella mujer la esperanza de ser curada. Por eso, llegó con tiempo a la sinagoga para situarse en un lugar desde donde ver al Señor, y desde donde pudiera ser vista por Cristo.

Hijos míos —comentaba nuestro Padre—, esta mujer conocía su enfermedad y pone el remedio. Si tú, mi hijo, tienes con frecuencia inquietudes, si con frecuencia las dificultades te quitan la paz, si has tenido

(1) Ev. (Luc. XIII, 11).

*alguna caída —algún error— reciente o pasado, más hondo de lo habitual, has de acudir al médico divino, has de hacer un repaso sincero, profundo, para descubrir el mal y sus raíces. Porque muy bien puede sucederte lo que a esta pobre mujer: habebat spiritum infirmitatis (Luc. XIII, 11) y ¡fijaos bien! erat inclinata!; y no podía mirar al cielo. No podía mirar a las estrellas; no veía el parpadeo de los luceros*².

La enfermedad física de aquella mujer, bien puede compararse a la imposibilidad del hombre, sin ayuda de la gracia, para despegar la mirada de lo terreno y contemplar lo divino. La permanencia en esa posición, si se cierra a la acción de Dios, inclina más y más hacia la tierra.

Yo sé, hijo mío, que es muy posible que no te pase nada de esto, aunque por alguna razón en particular te podría pasar. Pero si personalmente no te sirve, puede ayudarte al menos cuando la dificultad se presente para otros hermanos tuyos a los que has de iluminar con las luces de Cristo (...).

Yo no quiero tener hijos encorvados, porque no quieren enderezarse. Sé humilde. Reconoce tus yerros. Levanta la mirada al cielo. No te pongas a considerar las cosas sólo desde tu punto de vista personal, egoísta. Ten fe, ten esperanza, ten seguridad en el amor que Cristo tiene por ti. Y si alguna vez te parece que el horizonte se cierra y se junta la tierra con el cielo, mira

(2) De nuestro Padre, Meditación, 15-1-1959.

*al cielo. Que así harás mucho bien en la tierra: mirando al cielo*³.

Nada más entrar en la sinagoga, Jesús advierte la presencia de aquella mujer. Conoce su esperanza y sus deseos de recobrar la salud, y se enternece ante el esfuerzo que ha realizado para venir a escucharle. Quizá aquella mujer, a pesar de lo costoso que le resulta levantar la mirada, ha hecho presente su petición al Señor con un gesto suplicante.

*Y te sigo leyendo el Evangelio a la letra —proseguía nuestro Padre—: quam cum videret Iesus, vocavit eam ad se et ait illi: mulier, dimissa es ab infirmitate tua (Luc. XIII, 12); como la viese Jesús, llámola a sí, y le dijo: mujer, libre quedas de tu achaque*⁴. Y cuenta San Lucas que *le impuso las manos, y al instante se enderezó y glorificaba a Dios*⁵.

CADA uno de nosotros puede aplicarse las palabras de Jesús a aquella persona enferma. *Piensa que te lo dice a ti el Señor amorosamente. Hijo mío, desde ahora ya puedes mirar al cielo. Desde ahora volverás a tener el alma sana y tu vida llena de vibración sobrenatural.*

Si os lo he dicho tantas veces, es porque lo he comprobado en repetidas ocasiones: que da paz y alegría y

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*

(5) *Ev. (Luc. XIII, 13).*

*seguridad y victoria saber que, si hago mal —una tontería y grande—, hablaré, lo contaré rápidamente, pediré ayuda, y todo se arreglará. Pondré en práctica los medios que me digan, y seguiré adelante, porque tengo vocación*⁶.

Nuestra confianza en el Señor no puede ser defraudada, porque somos hijos suyos. Ocurra lo que ocurra en nuestra vida, esa verdad permanece inalterable: Dios nos quiere con predilección y cuenta con nuestras miserias, si luchamos, para hacernos santos. Así discurría tu oración: *"me pesan mis miserias, pero no me agobian porque soy hijo de Dios. Expiar. Amar... Y —añadías— deseo servirme de mi debilidad, como San Pablo, persuadido de que el Señor no abandona a los que en El confían"*.

*—Sigue así, te confirmé, porque —con la gracia de Dios— podrás, y superarás tus miserias y pequeneces*⁷.

Somos hijos de Dios: nada podrá darnos mayor seguridad para las horas buenas y para los momentos malos. *No temáis nunca a nada ni a nadie, repetía nuestro Fundador: ni a Dios que es nuestro Padre. Nolite timere eos qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere; no temáis a los que pueden matar el cuerpo —hacer daño en la tierra—, y no pueden matar el alma* (Matth. X, 28)⁸. La filiación divina da seguridad a nuestra vida, da sosiego completo a

(6) De nuestro Padre, Meditación, 15-I-1959.

(7) Forja, n. 294.

(8) De nuestro Padre, Instrucción, 8-XII-1941, n. 120.

nuestra existencia. Nada, ni siquiera los defectos que nos parezcan insalvables, pueden turbarnos.

Sed optimistas —continuaba nuestro Fundador—, *ved la mano de Dios detrás de cada persona y de cada suceso; vigilemus et sobrii simus, estemos en vela y vivamos con templanza* (I Thes. V, 6). *Acordaos que el Señor ha dicho: ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum. Estote ergo prudentes sicut serpentes et simplices sicut columbae. Mirad que os envío como ovejas en medio de lobos. Por tanto, habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas* (Matth. X, 16)⁹.

El optimismo —fruto de sentirnos protegidos por Dios— nos hace contemplar la realidad como es; nos sitúa ante los obstáculos que se levantan a nuestro paso. No se trata de cerrar los ojos, sino de considerar las cosas con la luz de Dios, porque la filiación divina nos mueve a poner los medios, a trabajar, a ejercitar la prudencia, a encontrar el modo más adecuado de superar la dificultad. Esa es la actitud de los hijos de Dios en la Obra: conscientes, responsables, con deseo de cumplir en todo la Voluntad del Señor; y al mismo tiempo, seguros, serenos, porque nos mueve el amor a la Voluntad de nuestro Padre Dios.

DESCANSAD, hijos, en la filiación divina. Dios es un Padre, lleno de ternura, de infinito amor. Lla-

(9) De nuestro Padre, Instrucción, 8-XII-1941, n. 121.

*madre Padre muchas veces, y decidle —a solas— que le queréis, que le queréis muchísimo: que sentís el orgullo y la fuerza de ser hijos suyos*¹⁰.

Nuestro Padre deseaba que considerásemos frecuentemente, cada día, la filiación divina, porque de esa forma podremos vivir bien el espíritu de la Obra, que es garantía de serenidad y de eficacia. Ha de ser una consideración que nos llene de paz, de tranquilidad, en medio de la lucha. Ha de ir penetrando la vida entera, en todas sus facetas, en cualquiera de sus manifestaciones, como el agua que empapa la tierra.

Necesitamos sentirnos hijos de Dios, hijos pequeños que buscan a su Padre en los momentos difíciles. Cuando el horizonte aparece despejado, cuando descubrimos en nuestro caminar un mediterráneo: ¡gracias, Señor! Y si a lo largo de nuestra vida tropezamos con la Cruz, ¡gracias también!, porque allí está Cristo, nuestro Hermano mayor, porque la Santa Cruz nos hace más hijos de nuestro Padre del Cielo.

Nuestro Fundador nos contó en algunas ocasiones el momento preciso en que Dios quiso que nos sintiéramos muy especialmente hijos suyos, precisamente en circunstancias en las que tenía encima graves dificultades. *Cuando el Señor me daba aquellos golpes, por el año treinta y uno, yo no lo entendía (...). Y de pronto, en medio de aquella amargura tan gran-*

(10) *De nuestro Padre*, n. 187.

de, esas palabras: Tú eres mi hijo (Ps. //, 7), *tú eres Cristo. Y yo sólo sabía repetir: Abba, Pater!; Abba, Pater!; Abba!, Abba!, Abba! Y ahora lo veo con una luz nueva, como un nuevo descubrimiento: como se ve, al pasar los años, la mano del Señor, de la Sabiduría divina, del Todopoderoso. Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios (...).*

*Señor, pido a tu Madre, a San José nuestro Patrono, a mi Arcángel ministerial, que pidan para mí y para mis hijos siempre este espíritu. Ne respicias peccata mea, sed fidem. ¡Esa fe, esa luz, ese amor a la Cruz, a la muerte! Esa luz divina, que nos hará siempre comprender con claridad que vale la pena clavarse en la Cruz, porque es entrar en la Vida, embriagarse en la Vida de Cristo. ¡La Cruz: allí está Cristo, y tú has de perderte en El! No habrá más dolores, no habrá más fatigas. No has de decir: Señor, que no puedo más, que soy un desgraciado... ¡No!, ¡no es verdad! En la Cruz serás Cristo, y te sentirás hijo de Dios, y excluirás: Abba, Pater!, ¡qué alegría encontrarte, Señor!*¹¹.

Serenidad, alegría. Porque tenemos por Padre al Omnipotente y por Madre a la Madre de Dios. *No existe corazón más humano que el de una criatura que*

(11) *De nuestro Padre*, Meditación, 28-IV-1963.

*rebosa sentido sobrenatural. Piensa en Santa María, la llena de gracia, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo: en su Corazón cabe la humanidad entera sin diferencias ni discriminaciones. —Cada uno es su hijo, su hija*¹².

(12) *Surco*, n. 801.

384.

MARTES

—Hemos de ser levadura para la muchedumbre.

—La Obra es ya árbol cuajado, pero debe crecer constantemente hasta el fin de los tiempos.

—Fidelidad responsable para ser eficaces en el proselitismo.

EL REINO de los cielos *es semejante a la levadura que tomó una mujer y mezcló con tres medidas de harina hasta que fermentó todo*¹.

Para una visión exclusivamente humana, es asombroso el contraste entre aquellos pocos Apóstoles de los comienzos y la universalidad de la Iglesia. Pero es el modo de obrar de Dios. Dice San Pablo a los de Corinto: *modicum fermentum totam massam corrumpit*², un poco de levadura hace fermentar toda la masa.

Algo similar ha sucedido con la Obra. Nació pequeña, muy pequeña, pero con una misión universal, que abarcaba todo el mundo, hasta el fin de los tiempos: ser levadura en medio de la masa. Y comentaba nuestro Padre: *el efecto de la levadura no se produce bruscamente. Decidlo a los hermanos vuestros de las Regiones donde se está comenzando, donde pasan penas y sufren porque todavía son pocos. No se produce*

(1) *Ev. (Luc. XIII, 21).*

(2) *I Cor. V, 6.*

ese efecto violentamente, ni parcialmente, sino que la levadura actúa calladamente, sin violencia, por una virtud intrínseca, y sobre toda la masa. El fermento vuelve la pasta ligera y tierna, la hincha, la hace propia para la alimentación. Sin levadura, la harina y el agua no darían más que una masa compacta, indigesta, malsana³.

A veces parecerá más lenta la acción del fermento, e incluso pasará casi inadvertida. La fe nos asegura entonces que, si ponemos los medios sobrenaturales y humanos propios de nuestro espíritu, el fruto se recoge siempre. En una meditación predicada en 1962, nuestro Fundador movía a un grupo de hermanos nuestros a considerar el desarrollo de la Obra desde los comienzos; y lo hacía recurriendo a antiguas notas de su predicación. *Consulto ahora un apunte del año 1935 —decía— que, si no puede aplicarse ya a la Obra en su conjunto, para muchas Regiones sigue siendo muy actual. Es una consideración que dejará alegría y paz a las hijas y a los hijos míos que están comenzando en diversos lugares del mundo. Nuestra misión es divina; nuestra misión es misión de eficacia y de victoria; pero —está escrito en esta ficha— somos pocos (...). Y después añadía: ¿queremos ser más? —parece una pregunta superflua...—, ¡pues seamos mejores!*

Hijos de mi alma, si vivimos con este sentido de

(3) De nuestro Padre, Meditación, 27-111-1962.

*responsabilidad, tratando de ser mejores cada día, obtendremos del Señor, cada día con mayor abundancia, la gracia de la vocación para tantas personas, para ser mejores y ser más, para dejar de ser pocos*⁴.

EL REINO de los Cielos es también semejante a un grano de mostaza, que tomó un hombre y lo echó en su huerto, y creció y llegó a ser un árbol, y las aves del cielo anidaron en sus ramas⁵.

Esta parábola simboliza y explica el desarrollo de la Iglesia de Cristo, y el crecimiento de esta rama viva de la Iglesia, que es el Opus Dei. El 2 de octubre de 1928, sólo había un deseo explícito del Señor de hacer germinar una semilla pequeña, apenas perceptible. Únicamente nuestro Fundador era consciente de esa labor, con la certeza de que había de realizar una labor universal, ancha, de polo a polo.

Carísimos, escribía en 1934, cuando la Obra era aún la pequeña semilla escondida en el surco: *En mis conversaciones con vosotros repetidas veces he puesto de manifiesto que la empresa, que estamos llevando a cabo, no es una empresa humana, sino una gran empresa sobrenatural, que comenzó cumpliéndose en ella a la letra cuanto se necesita para que se la pueda llamar sin jactancia la Obra de Dios; de la que formamos parte por elección divina —ego elegi vos*

(4) De nuestro Padre, Meditación, 27-111-1962.

(5) Ev. [Luc. XIII, 19].

iloann. XV, 16)—, *con el fin de que seamos en el mundo imitadores de Jesucristo Señor Nuestro, sicut filii carissimi, como hijos queridísimos* (Ephes. V, 1).

Tiene por base piedras desechadas por los que edificaron (Act. IV, 11). *No encontraréis aquí altos jerarcas de la Iglesia, ni hombres de prestigio nacional. Su labor apenas se ve sobre la tierra: está debajo, crece hacia dentro. ¡Ya llegará la hora de subir!*⁶.

La semilla fue creciendo, y la planta recién nacida superó los obstáculos que encontraba a su paso: las piedras, las espinas, los pisotones de los desaprensivos. El arbusto se ha hecho árbol grande, porque Jesucristo, el Jardinero divino, lo cuida con predilección, y sus ramas se han extendido por innumerables naciones. Y ahora, *como en una nueva Pentecostés, se oyen diversas lenguas, manifestación del Espíritu de Dios, de la catolicidad de nuestro espíritu*⁷. Gentes de todas partes, aves que acuden al cobijo de la sombra divina de sus ramas, porque es árbol para todos, y para todos tiene frutos de santidad. *Nuestra Obra es tan hermosa que llena las aspiraciones de todas las almas. Han pasado muchos años y el Señor nos ha confirmado en la fe, dándonos tanto y más de lo que veíamos entonces*⁸.

Ya no se precisa la fe en el crecimiento de aquella pequeña semilla, porque el Opus Dei es —por la

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, nn. 1-2.

(7) De nuestro Padre, *Meditación*, 29-11M959.

(8) De nuestro Padre, *Crónica* 1-64, p. 62.

bondad de Dios— un árbol con raíces profundas, sólidamente fundadas en la corriente de la gracia. Pero no hemos de poner límites humanos a las obras divinas: el Señor quiere que se dilate mucho más aún, que se desarrolle en extensión e intensidad por el mundo, entero. *El Opus Dei es un gran instrumento para hacer feliz a la humanidad y a nosotros mismos, si somos fieles. ¡Si sois fieles, qué siembra de paz!*⁹.

Entendemos bien la parábola del Señor, y le pedimos saber responder con fidelidad a las exigencias divinas en las batallas diarias de amor que hemos de pelear para extender su reinado en todos los corazones.

NUESTRA unión con Cristo es el verdadero fundamento de toda la eficacia de la labor. *Semejante al sol, escribe San Basilio, que deja más reluciente el cristal que toca y penetra con sus rayos, el Espíritu Santo abrasa las almas en que habita: por efecto de su presencia, son como otros tantos focos que esparcen a su alrededor la gracia de la caridad*¹⁰. La vida interior se refleja en el apostolado: para nada sirve la levadura si no hace fermentar la masa. Santidad y apostolado no pueden separarse, van siempre unidos, ya que tienen una misma raíz, proceden del mismo Amor y del mismo celo por la gloria de Dios.

(9) De nuestro Padre, *Crónica* 1-64, p. 63.

(10) San Basilio, *De Spiritu Sánelo* 4, 23.

Santidad y apostolado son dos caras de una misma moneda, dos aspectos inseparables de un mismo fin. No podríamos ser santos si no fuésemos apóstoles; y nuestro apostolado sería nulo, si no estuviese respaldado por una vigorosa lucha interior. *Con esta unidad de vida, con este afán de contemplación en medio del mundo —en medio de la calle: al aire, al sol, bajo la lluvia—, no sólo os dominará el deseo de permanecer en la tarea temporal, de no alejaros de las realidades terrenas, sino que os arrastrará el afán apostólico de penetrar valientemente en todas esas realidades seculares, para desentrañar las exigencias divinas que contienen; para enseñar que la fraternidad de los hijos de Dios —la fraternidad humana tiene sentido sobrenatural— es la gran solución que se ofrece a los problemas del mundo; para sacar a los hombres de su caparazón de egoísmo; para asegurar, a la vez, la necesaria personalidad y la verdadera libertad, qua libértate Christus nos liberavit (Galat IV, 31), a los que están como disueltos en la masa; para, en una palabra, abrir a los hombres los caminos divinos de la tierra".*

Nosotros deseamos buscar en todas las cosas solamente la gloria de Dios. Comenzamos por darle día a día nuestra vida por entero, y procuramos también que muchos otros de los que nos rodean le entreguen la suya, para servir también de levadura. Por-

(11) De nuestro Padre, *Carla*, 11-111-1940, n. 16.

que, como predicaba nuestro Padre, *se hace necesario un fermento, una levadura. Aun muchos de los que se llaman discípulos, aun los que se muestran oficialmente piadosos, tienen necesidad de fermento.*

Levadura: será necesaria siempre en el mundo. Para ser levadura, es preciso sujetar la concupiscencia de la carne, es preciso no ir detrás de los honores de la tierra, es preciso despreciar la riqueza. Aquella triple concupiscencia que señala San Juan, hay que ahogarla: omne quod est in mundo concupiscentia carnis est et concupiscentia oculorum et superbia vitae (7 Ioann. 11, 16), todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida. Mucha gente no quiere ser levadura porque, para ser eficaz, la levadura tiene que desaparecer en la masa, tiene que pasar inadvertida, sin aplausos, sin consideraciones humanas. Para ser levadura, se necesita mucha vida sobrenatural, mucho espíritu de sacrificio".

Acudimos, como siempre al acabar nuestra oración, a la Virgen Santísima, para que nos enseñe a tener una oración viva, penetrante, llena de eficacia apostólica y proselitista. *Llénate de seguridad, nos aconseja nuestro Fundador: nosotros tenemos por Madre a la Madre de Dios, la Santísima Virgen María, Reina del Cielo y del Mundo*¹³.

(12) De nuestro Padre, *Meditación*, 27-IIM962.

(13) *Forja*, n. 273.

385.

MIÉRCOLES

—La conciencia de nuestra filiación divina empapa todas nuestras actividades.

—La filiación nos lleva al abandono en las manos de Dios.

—El sentido de la filiación divina nos llena de seguridad y de alegría, haciendo eficaz nuestro trabajo en el mundo.

HEMOS recibido del Señor la llamada a santificarnos en el trabajo ordinario, santificando así todas las actividades nobles del mundo y a las personas que trabajan a nuestro lado. Es una tarea inmensa, una tarea divina que sobrepasa con mucho nuestra capacidad; pero el Señor nos ha dado la garantía de la victoria: somos hijos suyos. Nos lo recuerda hoy San Pablo: *los que conoció en su presencia, a éstos también predestinó para ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos*¹.

Es un espíritu, el de la Obra, que nos lleva a sentir muy hondamente la filiación divina: carissimi, nunc filii Dei sumus (I Ioann. III, 2); queridísimos, nosotros somos ya ahora hijos de Dios. Verdad gozosa que fundamenta toda nuestra vida espiritual, que llena de esperanza nuestra lucha interior y nuestras tareas apostólicas; que nos enseña a conocer, a tratar, a

(1) L. I (I) (Rom. VIII, 29).

amar a nuestro Padre Dios con confiada sencillez de hijos. Más aún, precisamente porque somos hijos de Dios, esta realidad nos lleva también a contemplar, con amor y con admiración, todas las cosas que salieron de las manos de Dios Padre Creador.

El mundo, hijos míos, las criaturas todas del Señor son buenas. Nos enseña la Sagrada Escritura que, concluida la obra maravillosa de la Creación, terminados el cielo y la tierra con su espléndido cortejo de seres (cfr. Genes. //, 1), contempló Dios todo lo que había hecho y vio que todo era muy bueno (Genes. I, 31).

Fue el pecado de Adán el que rompió esta divina armonía de la Creación. Pero Dios Padre, llegada la plenitud del tiempo, envió al mundo a su Hijo Unigénito para que restableciera esta paz: para que, redimiendo al hombre del pecado, adoptionem filiorum reciperemus (Galat IV, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar de la intimidad divina; y para que así fuera también posible a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios (cfr. Rom. VI, 4 y 5), liberar la creación entera del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Ephes. I, 9 y 10), que las ha reconciliado con Dios (cfr. Colos. I, 20)².

Al realizar nuestra tarea humana y sobrenatural, no hemos de olvidar nunca la gozosa realidad de nuestra filiación divina. *Quiero especialmente in-*

(2) De nuestro Padre, *Carta*. U-III-1940, n. 2.

*sistir en la necesidad (...) —nos decía nuestro Padre— de que vosotros y yo nos rehagamos, nos despertemos de ese sueño que fácilmente se coge y volvamos a recibir un sentido más hondo de nuestra condición de hijos de Dios*¹.

GRANDE es la empresa que Dios nos ha confiado; pero mayor es la gracia que nos da, el amor que nos tiene: *ved qué gran caridad ha tenido con nosotros el Padre, que ha hecho que nos llamemos hijos de Dios, y en realidad lo seamos*⁴. Confiados en Dios, podemos lanzarnos a todas las tareas humanas, con audacia, con señorío divino. Podemos ir tranquilos porque somos *hijos de Dios*. —*Portadores de la única llama capaz de iluminar los caminos terrenos de las almas, del único fulgor, en el que nunca podrán darse oscuridades, penumbras ni sombras.*

—*El Señor se sirve de nosotros como antorchas, para que esa luz ilumine... De nosotros depende que muchos no permanezcan en tinieblas, sino que anden por senderos que llevan hasta la vida eterna*⁵.

Porque somos hijos de Dios, tenemos plena confianza en su Providencia amorosa. *No vayáis diciendo acongojados: ¿dónde hallaremos qué comer y qué beber? ¿Dónde encontraremos con qué vestirnos?*

(3) De nuestro Padre, Noticias VII-55, p. 10.

(4) I Ioann. III, 1.

(5) Forja, n. 1.

*£50 les pasa a los paganos, que andan buscando esas cosas: bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis*⁶. *Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre del Cielo dará el buen espíritu a los que se lo piden?*⁷. Las necesidades de la vida interior, las exigencias del apostolado, todo lo ponemos en sus manos: *echad sobre El vuestras solicitudes* —nos dice San Pedro—, *pues El tiene cuidado de vosotros*⁸.

El abandono en las manos de Dios nos lleva a tratarle y a amarle como buenos hijos: *el Padre alimenta en nosotros la piedad por medio del Hijo en el Espíritu Santo*⁹. Nuestra conversación con Dios ha de tener ese matiz delicado y amable propio del trato filial. Y el trato con los hombres —el apostolado—, se alimenta de esa sincera vida de piedad. *Quiero que mis hijos sean piadosos, con piedad de niños. ¡Vida de piedad, hijos míos! Habéis de llevar la semilla de la doctrina con la semilla de la piedad. Vuestra labor de sembradores de doctrina podrá evitar los microbios que la hagan ineficaz, si sois piadosos. Hijos míos, éste es el espíritu de la Obra: sed fieles, con sinceridad, con piedad, con este sentido de la filiación divina, con esta devoción encantadora a nuestra Madre del Cielo; y entonces nacerá en nuestra vida,*

(6) Matth. VI, 31-32.

(7) Luc. XI, 13.

(8) I Pstr. V, 7.

(9) San Cirilo de Alejandría, In Ioannis Evangelium commentarium 10, 2.

*como un rumor constante que acompañe esos latidos íntimos de la piedad, el afán de proselitismo*¹⁰.

No podemos descuidar la vida de piedad. Si no procuramos vivir como hijos de Dios, perderemos la confianza en El, que es perder una buena parte del Amor, y nos resultará la vida dura y amarga. No olvidéis que no solamente somos hijos de Dios, sino hermanos de Jesucristo: *primogenitus in multis fratribus* (Rom. VIII, 29)¹¹.

LA CONFIANZA en nuestro Padre Dios, la seguridad de que El está pendiente siempre de sus hijos, llena nuestra vida de una alegría profunda. No se trata de que todo resulte fácil y sencillo. Dificultades habrá siempre, en la vida interior —cada uno es poca cosa, todos estamos llenos de miserias—, y en el apostolado. El cansancio físico o moral, la frialdad al cumplir las Normas, la desgana en la tarea apostólica... Antes esas circunstancias hemos de avivar en el alma esa verdad fundamental: somos hijos de Dios. Filiación divina: es la única seguridad profunda y verdadera. *Y el resultado es alegría, fortaleza, optimismo, victoria siempre*¹².

Nada nos puede desanimar, nada puede llevarnos a perder la paz, ni siquiera —y es el enemigo

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 70.

(11) De nuestro Padre, *Carla*, 9-M932, n. 19.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 28.

peor— la soberbia. Hemos de considerar frecuentemente nuestra filiación divina: y, siempre, en los momentos malos, sobre todo cuando uno se siente soberbio. Para estar de pie, y para levantarse, ésta es la consideración que nos hace más fuertes: soy hijo de Diosⁿ.

Profundamente arraigados en esa realidad, la alegría de nuestra vida atraerá a otros muchos a sentirse también hijos de Dios, y a vivir de esa manera, de acuerdo con lo único definitivo. Y frente al trabajo enorme que hemos de realizar —santificar todas las realidades humanas, todas las estructuras temporales—, el sentido de la filiación divina es sólido apoyo, única base firme. Dios es *nuestro amparo y nuestra fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por eso no hemos de temer aunque tiemble la tierra, aunque caigan los montes en el seno del mar*^m.

Filiación divina: para no perder la alegría, para no perder la serenidad, para sentirnos seguros; y para volver si es que nos hemos descaminado en alguna escaramuza de esta lucha diaria —o aun cuando hubiésemos sufrido una derrota grande—, porque nos podemos descaminar, y de hecho algunas veces nos descaminamos. El sentido de la filiación divina nos da una facilidad grande para volver con agradecimiento, seguros de ser recibidos por nuestro Padre. —Presencia de

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 28.

(14) Ps. XLV, 2-3.

Dios, filiación divina: lo demás es medio para conseguirla.

*Filiación divina, aunque se estén palpando las propias miserias. Todo en nosotros es buscar a Dios, tener presencia de Dios, que es nuestro Padre, para sentirnos seguros, para sentirnos serenos, para sentirnos amados y para amar: como un hijo de poca edad*¹⁵.

La Madre de Dios, que es nuestra Madre, nos ayudará a sentirnos hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, siempre seguros, serenos, ante las dificultades.

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 28.

386.

JUEVES

—Las virtudes humanas, fundamento de las sobrenaturales.

—Hemos de tener madurez humana y sobrenatural.

—Adquirir e incrementar esa madurez.

CIERTA mentalidad laicista y otras maneras de pensar que podríamos llamar pietistas, coinciden en no considerar al cristiano como hombre entero y pleno. Para los primeros, las exigencias del Evangelio sofocarían las cualidades humanas; para los otros, la naturaleza caída pondría en peligro la pureza de la fe. El resultado es el mismo: desconocer la hondura de la Encarnación de Cristo, ignorar que el Verbo se hizo carne, hombre, y habitó en medio de nosotros (Ioann. I, 14).

Mi experiencia de hombre, de cristiano y de sacerdote me enseña todo lo contrario: no existe corazón, por metido que esté en el pecado, que no esconda, como el rescoldo entre las cenizas, una lumbre de nobleza. Y cuando he golpeado en esos corazones, a solas y con la palabra de Cristo, han respondido siempre.

En este mundo, muchos no tratan a Dios; son criaturas que quizá no han tenido ocasión de escuchar la palabra divina o que la han olvidado. Pero sus disposiciones son humanamente sinceras, leales, compasivas, honradas. Y yo me atrevo a afirmar que quien reúne esas condiciones está a punto de ser generoso con Dios,

porque las virtudes humanas componen el fundamento de las sobrenaturales¹.

Las virtudes humanas son, pues, de capital importancia para seguir a Cristo, para alcanzar verdaderamente la santidad. Por eso, es *parte muy principal del espíritu del Opus Dei fomentar en la vida, en el carácter de mis hijos, las virtudes humanas: nuestra Madre la Obra nos quiere amigos de la libertad y de la responsabilidad personal, sinceros, leales, generosos, abnegados, optimistas, tenaces, decididos, con rectitud de intención y capacidad de trabajo*². De tal modo se exigen estas cualidades en la Obra, que es *necesario, al seleccionar las vocaciones, fijarse en las virtudes humanas de los candidatos y, en determinados casos, hay que cuidar especialmente su aspecto, su presentación externa, su comportamiento correcto*³.

Dentro del mensaje que el Opus Dei comunica a la humanidad entera ocupa un lugar destacado la verdad de que para ser cristianos cabales es preciso cultivar las virtudes humanas, porque esos hábitos, bien arraigados, forman parte del *bonus odor Christi* que arrastra suavemente las almas hasta Dios: *si somos mansos, humildes, misericordiosos, limpios de corazón y pacíficos; si, al ser injuriados, no devolvemos injuria por injuria, sino que nos alegramos, atraeremos —no menos que con los milagros— a los*

(1) *Amigos de Dios*, n. 74.

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 52.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 78.

que nos contemplen (...). Conduciremos a la vida celestial a los que están sentados en las tinieblas⁴.

Al adquirir y desarrollar este conjunto de virtudes no pretendemos alcanzar metas terrenas: queremos solamente servir mejor a Dios. *Estas virtudes humanas sobrenaturalizadas (...) nos llevan a ejercitar las virtudes teologales, a recibir con mayor docilidad los dones del Espíritu Santo; y hacen que los miembros del Opus Dei sean, en todos los sitios donde actúan, sembradores de paz y de alegría*⁵.

LEEMOS en la epístola de la Misa de hoy el consejo de San Pablo: *estad firmes, ceñida la cintura con la verdad, revestidos con la coraza de la justicia y calzados los pies, prontos para proclamar el Evangelio de la paz (-.)• Tomad también el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios*⁶. Para esta *hermosísima guerra de amor*, a la que tiende nuestra dedicación apostólica, necesitamos una armadura completa: todas y cada una de las virtudes humanas y sobrenaturales, suficientemente desarrolladas. *Es preciso que os sintáis mayores de edad* \ nos urgía nuestro Padre. Y esa mayoría de edad, *el estado de varón perfecto, a la me-*

(4) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 15, 8-9.

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 70.

(6) *L I (II) (Ephes. VI, 14-17)*.

(7) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 20.

didada de la edad perfecta según Cristo depende en gran parte del grado de madurez humana que tengamos. Todos en Casa —aun los más jóvenes— la necesitamos, porque, de lo contrario, difícilmente llegaríamos a conseguir la madurez sobrenatural que la santificación exige.

*La madurez humana se manifiesta, sobre todo, en cierta estabilidad de ánimo, en la capacidad de tomar decisiones ponderadas y en el modo recto de juzgar los acontecimientos y los hombres*⁹. En primer término, madurez de juicio; una persona humanamente madura se juzga a sí misma con realismo y objetividad, admite sus limitaciones, sabe lo que quiere y lo que realmente puede. De ahí nace un equilibrio en la personalidad, que permite actuar siempre de modo coherente y responsable.

Muy diversa es la actitud de la persona inmadura, que no ha conseguido esa plenitud humana y que se engaña a sí misma ocultando su timidez bajo un comportamiento altanero, disfrazado incluso de modestia y humildad. Esa persona vive en la inseguridad, rehuye los compromisos, el trato abierto. La persona inmadura se teme sobre todo a sí misma: *te empeñas en ser mundano, frívolo y atolondrado porque eres cobarde. ¿Qué es, sino cobardía, ese no querer enfrentarte contigo mismo?*¹⁰.

(8) *Ephes.* IV, 13.

(9) Concilio Vaticano II, de cr. *Optatam totius*, n. 11.

(10) *Camino*, n. 18.

En el aspecto social, en la convivencia, una persona madura sabe encontrar su lugar; es comprensiva, paciente con los demás. Es tal como el Señor nos quiere: *prudentes, ponderados, con medida en todas las cosas, con docilidad para aprender, y para llevar a cabo solícitamente cuanto se nos encomienda; prontos a evitar cualquier peligro con equilibrado espíritu de iniciativa; dispuestos a juzgar —si hay el deber de hacerlo—, cuando tengamos todos los elementos necesarios; y a huir habitualmente de la excesiva preocupación por las cosas temporales*".

Por el contrario, una persona sin la debida madurez, frente a los demás no encuentra su punto justo: o es débil y condescendiente, o se refugia en una rigidez autoritaria y estéril. *Una manifestación clara de (...) falta de madurez* —escribió nuestro Padre— *(...) es querer reformarlo todo y enseñar. Los que hacen eso, piensan que cuantos les han precedido y sus Directores Mayores han sido tontos*¹¹. Una persona inmadura es testaruda y petulante, incapaz de escuchar a los demás, de rectificar claramente los propios errores. Contra este peligro nos prevenía nuestro Padre: *habéis de tener la mesura, la serenidad, la fortaleza, el sentido de responsabilidad que adquieren muchos a la vuelta de los arios*".

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 54.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 32.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 30.

*HABÉIS de ser fieles, habéis de ser fuertes, habéis de ser dóciles, necesitáis virtudes humanas, corazón grande, lealtad*¹⁴. Necesitamos, en una palabra, ser personas maduras. Esta madurez encuentra su principal obstáculo en las heridas causadas por el pecado original y por los pecados personales en la propia naturaleza. *El pecado* —enseña el Concilio Vaticano II— *es, en definitiva, una disminución del hombre mismo, que le impide alcanzar la propia plenitud*¹⁵. Para encauzar de nuevo todas esas fuerzas desordenadas por la caída original y por los pecados personales, para adquirir y cimentar las virtudes humanas, se precisa una esforzada labor de formación, pues *ninguna virtud se alcanza sin trabajo*¹⁶.

Parte importante de esta formación humana la adquirimos ya antes de llegar a la Obra mediante el desempeño de un trabajo profesional, que nos dio *sentido de responsabilidad, madurez humana y todo un conjunto de virtudes naturales*¹⁷; y la seguimos perfeccionando, *principalmente, por medio de la corrección fraterna y del esfuerzo personal de cada uno*¹⁸. Desde que vinimos al Opus Dei no estamos ya solos en esta tarea de formación: nuestros Directores y nuestros hermanos nos ayudan. Pero el esfuerzo personal es indispensable.

Contamos también con una ayuda poderosa para adquirir pronto esa madurez: la vida de piedad. *Por*

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. «.

(15) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 13.

(16) Casiano, *Collationes* 7, 7.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 15X-1948, n. 9.

(18) *Catecismo*, 5ª ed., n. 256.

el cumplimiento de las Normas —escribió nuestro Padre—, *mis hijos aprenderán a vivir las virtudes que corresponden a su entrega. Y junto a estas virtudes, adquirirán toda esa gama de valores espirituales, que parecen pequeños y son grandes: piedras preciosas que brillan, que hemos de coger por el camino, para llevarlas a los pies del trono de Dios: la sencillez, la alegría, la paz, las menudas mortificaciones, el fiel cumplimiento del deber...*¹⁹.

Hemos de ser personas humanamente maduras, como el espíritu de la Obra nos exige. *Pero, en algún caso concreto, me diréis: Padre, yo soy muy joven. Y os contestaré: el aspecto juvenil no importa, cuando se suple con el tiempo que se lleva entregado a Dios, con la formación espiritual, con la formación cultural religiosa, con la formación de ciencia profana; y, sobre todo, con las virtudes que —por nuestra entrega al Señor— se han de procurar vivir, porque entonces viene como anillo al dedo aquello del salmo: super genes intellexi, quia mandata tua quaesivi; comprendo las cosas mejor que los ancianos, porque sólo busco, Dios mío, cumplir tus mandamientos (CXVIII, 100)*²⁰.

El amor encendido y filial a nuestra Madre Santa María, nos ayudará a crecer, a tener esa madurez humana imprescindible para dar frutos de santidad y apostolado.

(19) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 84.

(20) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 20.

387.

VIERNES

—Santa desverguenza y naturalidad al vivir nuestra vocación cristiana en el mundo.

—También por un motivo apostólico.

—Hemos de cumplir —contra viento y marea, si hace falta— todos nuestros deberes.

*AL ENTRAR Jesús un sábado a comer en casa de uno de los principales, ellos le estaban observando*¹. Nuestra vida, como la de Jesucristo, se desarrolla entre los hombres, en medio de la sociedad. Y en ocasiones nos sucederá lo que ahora contemplamos en el Evangelio: las personas que rodean a Cristo le acechan con intención de sorprenderle en alguna acción reprochable. No creen en su misión divina, ni comprenden sus palabras ni su doctrina sobrenatural. Y muchos le envidian porque aumenta el número de sus discípulos.

Jesús es blanco de las miradas en el banquete. *Y he aquí que se encontraba delante de El un hombre hidrópico. Y tomando la palabra dijo Jesús a los doctores de la Ley y a los fariseos: ¿es lícito curar en sábado o no? Pero ellos callaron*².

Jesucristo actúa con claridad, sin hacer caso de

(1) Év. [Luc. XIV, 1].

(2) *Ibid.*, 24.

falsos escándalos. Y después, da una explicación de su conducta. Tal ha de ser nuestra actitud al vivir la fe cristiana. A veces, el ambiente podrá no ser propicio, podrá ser incluso adverso: personas que no entienden nuestra labor, que critican aspectos de nuestro trabajo o buscan intenciones torcidas en nuestra tarea apostólica o profesional. Pero nunca podemos ceder en lo esencial, ni dejar de ser luz al tratar de adaptarnos al ambiente.

*Quizá, en ocasiones, entre gentes alejadas de Dios, nuestra conducta cristiana pueda chocar: habréis de tener la valentía, apoyados en la omnipotencia divina, de ser fieles. Pido para mis hijos la fortaleza de espíritu que les haga capaces de llevar consigo su propio ambiente*³, porque sería lamentable que alguno concluyera, al ver desenvolverse a los católicos en la vida social, que se mueven con encogimiento y capituladismo.

*No cabe olvidar que nuestro Maestro era —¡es!— "perfectas Homo" —perfecto Hombre*⁴.

Firmeza, decisión, entereza de carácter necesitamos para llevar una vida cristiana con todas sus consecuencias. *Por eso, a veces, hijas e hijos míos, no tendremos más remedio que pasar un mal rato nosotros y hacérselo pasar a otros, para ayudarles a ser mejores. No seríamos apóstoles si no estuviésemos dispuestos a*

(3) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1930, n. 11.

(4) *Surco*, n. 421.

que interpreten mal nuestra actuación y reaccionen de un modo desagradable.

Hemos de convencernos de que los santos —nosotros no nos creemos unos santos, pero queremos serlo— resultan necesariamente unas personas incómodas, hombres o mujeres —¡mi santa Catalina de Siena!— que con su ejemplo y con su palabra son un continuo motivo de desasosiego, para las conciencias comprometidas con el pecado⁵.

Por eso, concluye nuestro Padre, *tienes que aprender a disentir —cuando sea preciso— de los demás, con caridad, sin hacerte antipático*⁶.

SEGUIMOS leyendo el Evangelio: Jesucristo, después de curar a aquel hombre, habla de humildad y de generosidad a los convidados al banquete. El Señor tiene siempre una finalidad apostólica, la intención de salvarnos, de ser luz para las inteligencias y vida del mundo.

También nosotros, con la firmeza de conducta que nuestro Fundador siempre nos pidió, hemos de buscar el bien de las almas, tratar de dar ejemplo y doctrina, para que se acerquen al Señor. Por eso escribía nuestro Padre: *el santo es incómodo, os decía. Pero eso no significa que haya de ser insoportable. Su celo nunca debe ser un celo amargo; su corrección*

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 73.

(6) *Surco*, n. 429.

nunca debe ser hiriente; su ejemplo nunca debe ser una bofetada moral, dada en la cara de sus amigos. La caridad de Cristo —esa santa transigencia con las personas, de la que os hablaba— debe suavizarlo todo, de modo que nunca se aplique a ningún hijo mío eso que se puede decir —a veces, desgraciadamente, con razón— de ciertas buenas personas: que para aguantar a un santo, se necesitan dos santos.

*Nuestra actitud ha de ser todo lo contrario: no queremos que nadie se aparte de nosotros, porque no hayamos sabido comprenderle o tratarle con cariño. Nunca hemos de ser personas que van buscando pelea. Sigamos el consejo de San Pablo: vivid en paz, si puede ser y en cuanto esté de vuestra parte, con todos los hombres (Rom. XII, 18) *

No debe ocurrir jamás que, por una mal entendida desvergüenza, las personas que se nos acerquen no encuentren un camino para llegar al Señor. La caridad es la guía segura. Siempre ha de haber delicadeza —cariño— en nuestro trato. Escuchar, preocuparnos de las inquietudes de los demás, de sus luchas y dificultades. Por eso es preciso actuar con *cortesía siempre, con todos. Pero, especialmente, con los que se presentan como adversarios —tú no tengas enemigos—, cuando trates de sacarles de su error*⁸.

Así, junto a la suavidad que atrae, que hace amable la senda de la santidad, sabremos vivir con natu-

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 74.

(8) *Surco*, n. 431.

ralidad la vida cristiana. Al participar con todos de los mismos problemas, al hablar el mismo lenguaje, no habrá necesidad de adaptaciones. *Habéis de vivir, en todo momento, entre las gentes de vuestro tiempo, de acuerdo con su mentalidad y sus costumbres, pero siempre prontos a dar razón de vuestra esperanza (I Petr. III, 15) en Jesucristo, no vaya a ser que, porque no tenéis que adaptaros —ya que os encontráis en medio de vuestros iguales—, no se pueda distinguir que sois discípulos del Señor. ¡Cuánto sentimentalismo, miedo, cobardía hay en ciertos afanes de adaptación!*⁹.

EL AMBIENTE normal en que desarrollamos nuestras actividades, el ámbito en que nos relacionamos, la atmósfera en que buscamos la santidad es el trabajo profesional. Allí, entre nuestros colegas, encontramos la ocasión de hacer apostolado. Por eso hemos de poner todo el empeño en cumplir fielmente los deberes que impone la profesión.

También con motivo del trabajo pueden surgir obstáculos, críticas injustas, maledicencias, enredos. Hemos de estar preparados, y emplear la prudencia y la agudeza que sean precisas. En cualquier caso, esas críticas, esas incomprensiones, no han de constituir un motivo para que disminuya el afán

(9) De nuestro Padre, *Caria*, 9-1-1959, n. 25.

apostólico, ni para que nos desalentemos. No os apenéis —predica San Juan Crisóstomo—, ni os lle-
néis de abatimiento. También los Apóstoles eran pa-
ra unos olor de muerte, y para otros olor de vida. No demos nosotros motivo alguno a la maledicencia, y estaremos libres de toda culpa, o, para decirlo me-
jor, mayor aún será nuestro gozo ante esas falsas acusaciones.

Brille, pues, el ejemplo de nuestra vida, y no ha-
gamos ningún caso de las críticas. No es posible que el hombre que de verdad se empeña por ser santo de-
je de tener muchos que no le quieran. Pero eso no le importa, pues hasta con tal motivo aumenta la cor-
ona de su gloria. Por eso, a una sola cosa hemos de atender: a ordenar con perfección nuestra propia con-
ducta. Si hacemos esto, conduciremos a una vida cristiana a los que andan en tinieblas. Porque la fuer-
za de esta luz no consiste en brillar, sino en elevar a los que la siguen. Porque, si ven que no buscamos las cosas de aquí abajo, sino que edificamos para la eter-
nidad, mejor que a cualquier discurso, crearán a nuestras obras¹⁰.

Serenos siempre. Nada es definitivo, ninguna si-
tuación es irremovible. El paso del tiempo acaba por dar la razón al que trabaja con honradez, al que no busca su ventaja. Y con esa paz seremos una llama-
da para compañeros y amigos, luz viva que los im-

(10) San Juan Crisóstomo, *in Matthaeum homiliae* 15, 9.

pulsará a buscar a Dios, a servir, a desear la santidad, a amar nuestra vocación.

Con esta perseverancia en el trabajo, en el cumplimiento de todos los deberes sociales, los frutos serán seguros. Ganaremos primero la amistad y la confianza de los que nos rodean; y podremos hacer una profunda labor apostólica, con un trato confidencial, dando la doctrina con don de lenguas, con audacia, sin acobardarnos nunca ante el ambiente. *La propaganda cristiana no necesita provocar antagonismos, ni maltratar a los que no conocen nuestra doctrina. Si se procede con caridad —"caritas omnia suffert!" —el amor lo soporta todo—, quien era contrario, defraudado de su error, sincera y delicadamente puede acabar comprometiéndose. —Sin embargo, no caben cesiones en el dogma, en nombre de una ingenua "amplitud de criterio", porque, quien así actuara, se expondría a quedarse fuera de la Iglesia: y, en lugar de lograr el bien para otros, se haría daño a sí mismo".*

Nuestra Madre la Virgen, Reina de los Apóstoles, nos ayudará a crecernos siempre ante las normales dificultades externas, y a buscar la santidad y ejercer el apostolado en nuestro trabajo.

(11) *Surco*, n. 939.

388.

SÁBADO

—Nuestra única ambición es servir.

—Todos los puestos, en la Obra, son ocasiones de servicio.

—En cualquier lugar podemos amar a Dios y hacer mucho bien.

CONTEMPLAMOS hoy, en el Evangelio de la Misa, la escena que narra San Lucas: Jesucristo ha sido invitado a comer en casa de un personaje importante, y observa que los convidados eligen los primeros puestos en la mesa. Entonces les propone la parábola del invitado que, tras haber ocupado el primer asiento, hubo de trasladarse al último lugar, ante la llegada inesperada de un invitado de mayor rango. El Señor concluye la parábola con una enseñanza: *cuando seas invitado, ve a sentarte en el último lugar (...). Porque todo el que se ensalza será humillado; y el que se humilla será ensalzado*¹.

El mayor afán de un alma que quiere seguir al Señor ha de ser éste: servir. Y ésa ha sido la aspiración de la Obra desde el principio. *¡Si la Obra no fuese para servir a la Iglesia —afirmó siempre nuestro Padre—, yo no la querría para nada!*². Esa es también nuestra única ambición, *tan grande que que-*

(1) Ev. (*Luc.* XIV, 10-11).

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 260.

*remos decir con San Pablo, haciendo de la doctrina del Apóstol alma de nuestra alma y carne de nuestra carne: mihi enim vivere Christus est, et mori lucrum; nuestro vivir es servicio de Cristo y unión con El, y morir para nosotros es una ganancia (Philip. 1, 21)*³.

No es fácil vivir así. La soberbia empuja a buscar sobresalir, a ser admirados, a ocupar los primeros puestos. Se desprecia incluso la misma idea de servicio. Ante esa visión, muy poco cristiana, ponía en guardia nuestro Fundador: *no posees ni pizca de visión sobrenatural y, en los demás, ves sólo personas de mejor o peor posición social. De las almas, ni te acuerdas para nada, ni las sirves. Por eso no eres generoso..., y vives muy lejos de Dios con tu falsa piedad, aunque mucho reces.*

*Bien claro ha hablado el Maestro: "apartaos de mí, e id al fuego eterno, porque tuve hambre..., tuve sed..., estaba en la cárcel..., y no me atendisteis" **.

Sin embargo, en ese mismo ambiente debemos dar nuestro testimonio cristiano, de servicio gustoso y alegre, porque *sin alegría no se puede servir: ¿os imagináis vosotros que alguien os sirviera entre penas y llantos? He hecho escribir en los edificios de nuestra Casa Central en Roma, estas palabras: servite Domino in laetitia, servid al Señor con alegría (Ps. XCIX, 2)*.*

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 122.

(4) *Surco*, n. 744.

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 69.

Jesucristo nos anima a considerarnos siempre servidores de nuestros hermanos, a buscar el último puesto. *Por mucho que te humilles —comenta San Juan Crisóstomo—, jamás podrás llegar tan bajo como llegó tu Señor. Sin embargo, este abajamiento fue la exaltación de todos, al mismo tiempo que hizo brillar la gloria del Señor. En efecto, antes de hacerse hombre sólo era conocido de los ángeles; mas después que se hizo hombre, no sólo no disminuyó aquella gloria, sino que añadió otra, la que le vino del conocimiento de toda la tierra.*

*No temas, pues, como si al humillarte se te quitara la honra, pues con ello no haces sino acrecentarla (...). ¿Por qué ambicionas los primeros puestos? ¿Para estar por encima de los demás? Pues escoge el último lugar, y entonces obtendrás el primero. Si quieres ser grande, no busques ser grande, y entonces, serás grande. Porque lo otro es ser pequeño*⁶.

EN CASA no hay diversas clases de miembros ni diferentes categorías de personas, pues todos tenemos la misma vocación, idéntico fin apostólico e iguales medios ascéticos. *En la Obra no hay diferencias. Un hermano vuestro puede ser barrendero y ser muy santo delante de Dios, y tener una eficacia extraordinaria. Otro puede tener una cátedra o ser*

(6) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 65, 4.

*ministro o presidente de una República y, si es tan santo como el barrendero, tendrá el mismo mérito, ni más ni menos: si es menos perfecto, desde luego valdrá menos*⁷.

La santidad, y por tanto la eficacia, de un hijo de Dios en el Opus Dei, no depende del oficio, sino del modo en que realiza su trabajo, del amor que pone al ejecutarlo. Por eso, *en el servicio de Dios no hay oficios de poca categoría. Todos son de mucha categoría. La categoría del oficio depende del que lo ejercita*^B. No hay en la Obra primeros ni últimos puestos. El que obedece sirve a Dios, a la Iglesia y a la Obra; y sirve lo mismo el que gobierna. Por esta razón, nuestro Padre nos decía: *os he enseñado desde el principio a considerar los cargos internos, no como un puesto de honor o de privilegio, que no lo son, sino como una oportunidad más de servir. Así se explica —lo contrario iría contra nuestro espíritu— que no acostumbremos a felicitar a los que reciben el nombramiento para un cargo dentro de la Obra, porque no pensamos en el cargo, sino en la carga —gustosamente llevada— que supone servir a nuestros hermanos*⁹.

Tanto el que gobierna como el que obedece están unidos por la fuerza de un mismo amor: *congregavit nos in unum Christi amor*¹⁰; el amor de Cristo

(7) De nuestro Padre, Crónica VII-64, p. 58.

(8) De nuestro Padre, n. 48.

(9) De nuestro Padre, Instrucción, 31-V-1936 • n. 11.

(10) H_{imno} *Ubi cantas*.

nos congregó en unidad. Por eso, nuestro Padre aconsejaba a los que en un momento determinado ocupen un cargo de gobierno: *me parece muy bien que, a diario, procures aumentar esa honda preocupación por tus subditos: porque sentirse rodeado y protegido por la comprensión afectuosa del superior, puede ser el remedio eficaz que necesitan las personas a las que has de servir con tu gobierno* ".

Y, en cualquier sitio en el que nos encontremos, nuestro deseo es siempre el mismo: *queremos servir, ser útiles a nuestra Madre la Obra, en bien de las almas, pero no hemos de olvidar que el lugar, en el que somos más eficaces, es aquel en el que nos han puesto los Directores Mayores: ésa es la voluntad de Dios. Y en ese lugar —y no en otro, que acaso nos parezca más apropiado por nuestras disposiciones, o por nuestras aptitudes, o quizá por nuestro capricho—, en ese lugar, es donde la gracia de Dios nos ayudará con mayor eficacia* ".

QUE HAGÁIS todo por amor, nos pedía nuestro Padre. *No nos cansemos de amar a nuestro Dios: tenemos necesidad de aprovechar todos los segundos de nuestra pobre vida para servir a todas las criaturas*¹³, desde el lugar que cada uno ocupa. En Casa no hay

(11) Surco, n. 395.

(12) De nuestro Padre, Instrucción, 31-V-1936, n. 10.

(13) De nuestro Padre, Carta, 24-II-1930, n. 19.

últimos asientos, porque los que parecen postreros, pueden ser los primeros en el amor al Señor, en la entrega a los demás. Por eso no nos sentimos menospreciados, aunque la tarea que realicemos tenga poco brillo humano. *La santidad en la Obra no consiste en ser grandes o pequeños. Consiste en saber hacer que nuestra vida no se apague en el terreno sobrenatural, en que nos dejemos quemar hasta la última brizna, sirviendo a Dios en el último asiento, o en el primero: donde nos llame el Señor. Y al final, todos seremos iguales, porque nos habremos quemado del todo, con el mismo espíritu, cum odore suavitatis. Los que eran grandes, dando lo que tenían; y los pequeños, lo mismo. El que tiene mucho da mucho, porque se le exige mucho; y el que tiene poco, da poco, porque se le exige menos. Pero a uno y a otro se le pide todo*^M.

Resuena de nuevo la voz de Cristo: *todo el que se ensalza será humillado; y el que se humilla será ensalzado*". ¿Veis cómo el que quiere exaltarse cae y se arrastra por tierra? (...), comenta San Juan Crisóstomo. ¿Por qué corres entonces tras el que no es nada? ¿Por qué buscas honor de él? ¿Por qué andas rodeado de tanta muchedumbre de gentes? ¿Veis cómo el soberbio es bajo y está en lo bajo?

Examinemos, en cambio, al humilde, al que es de verdad alto (...). No es presa de pasión alguna: ni la

(14) De nuestro Padre, Crónica VII-64, p. 59.

(15) *Ev. (Luc. XIV, 11)*.

*ira, ni la vanagloria, ni la envidia, ni los celos podrán molestarle. ¿Y qué puede haber más elevado que un alma exenta de estas pasiones? El soberbio, en cambio, por todas ellas se ve dominado como un gusano vil que se revuelve entre el barro: en efecto, los celos, la envidia, la ira, están constantemente atormentando su alma. ¿Quién está pues más alto: el que está por encima de sus pasiones o el que es esclavo de ellas?, ¿el que teme y tiembla ante ellas, o el que por ellas es inatacable y jamás puede ser dominado?*¹⁶.

No nos puede extrañar, por tanto, si los "ambiciosos" —de pequeñas personales ambiciones miserables— no entienden que los amigos de Dios busquen "algo", por servicio, y sin "ambición"¹⁷.

La Virgen Santísima, *Ancilla Domini*, Esclava del Señor, nos dio un ejemplo luminoso de servicio humilde y sencillo. Eso es lo que nosotros debemos hacer, por su intercesión, en el sitio en que Dios nos coloque.

(16) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 65, 5.

(17) *Surco*, n. 625.

389.

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

- La vida del Señor es un continuo diálogo con los hombres.
- El diálogo con Jesús coloca a cada uno frente a sus deberes.
- No basta el ejemplo: es preciso hacer también apostolado con la palabra.

CONTEMPLAD las escenas de la vida de Nuestro Señor, nos invita nuestro Padre. Recordaréis que dijo a los Apóstoles: cuntes, docete omnes gentes (cfr. Matth. XXVIII, 19), id y enseñad a todas las gentes; y El mismo enseñaba como quien tiene autoridad (cfr. Marc. I, 22). Toda la vida de Jesús no es más que un maravilloso diálogo, hijos míos, una estupenda conversación con los hombres¹.

Entre todos esos diálogos, nos gusta recordar de modo especial los que el Señor tuvo con los primeros Doce y con las Santas Mujeres, esas *conversaciones primeras que tienen el encanto de lo que nunca se olvida*², como no podemos olvidar nosotros aquellas conversaciones con el Señor, en el principio de nuestra vocación, que decidieron el rumbo de nuestra vida. *Después —a lo largo de tres años— en otras innumerables ocasiones, Jesús habla con ellos, responde a*

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 7.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 24X1965, n. 8.

sus preguntas, resuelve sus dudas, les va manifestando la verdad divina, por medio de parábolas, sine parabola autem non loquebatur eis (Marc. IV, 34), porque sin parábolas no les hablaba (...).

En verdad todos y cada uno de los doce, rememorando esos años de trato familiar con Jesús, podrían hacer suya la frase que pronunciara Pedro: Señor..., Tú tienes palabras de vida eterna (Ioann. VI, 69)³.

Sin embargo, no limita el Señor su diálogo a un grupo pequeño, restringido: habla con todos. Con las santas mujeres, con muchedumbres enteras; con representantes de las clases altas de Israel como Nicodemo, y con publicanos como Zaqueo; con personas tenidas por piadosas, y con pecadores como la samaritana; con enfermos y con sanos; con los pobres, a quienes amaba de todo corazón; con doctores de la ley y con paganos, cuya fe alaba por encima de la de Israel; con ancianos y con niños⁴.

Toda la vida de Cristo, en resumen, ha sido un continuo diálogo, en busca de las almas; y todos, los que se han encontrado con El, han sentido el influjo de su palabra. Su palabra, que entra hasta el fondo del alma, que transforma, que rejuvenece y que lleva a Dios, porque la palabra del Señor es viva y eficaz, y más penetrante que espada de dos filos (Hebr. IV, 12) K

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 24X1965, n. 9.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 10.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 24X1965, n. 13.

EL EVANGELIO de la Misa de hoy nos presenta uno de los diálogos apostólicos de Jesucristo. *Entró en Jericó y atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos y rico. Intentaba ver a Jesús para conocerle, pero no podía a causa de la muchedumbre, porque era pequeño de estatura. Y, adelantándose corriendo, subió a un sicómoro, para verle, porque iba a pasar por allí*".

Como todos los publicanos, Zaqueo era despreciado por sus connacionales, considerado público pecador. Pero Cristo ha venido a llevar las almas a Dios, a decir a los hombres que pueden ser santos. Por eso, *acoge a todos, acepta las invitaciones que le hacen y —cuando no le invitan— a veces es El quien se convida: Zachaeae, festinans descende, quia hodie in domo tua oportet me manere* (Luc. XIX, 5); *Zaqueo, baja deprisa, porque conviene que hoy me hospede en tu casa*⁷.

El ejemplo de Jesús debe movernos a tratar así a todas las almas, a dialogar con ellas, a comprenderlas y disculparlas. *Recordad su charla con la samaritana. ¡Qué maravilla es el hablar de Cristo! Sabe decir las cosas de tal manera que aquella mujer pasa, de pecadora, a pregonera de la Verdad. Venid y veréis a un hombre que me ha dicho todo cuanto yo he hecho: ¿será, quizá, éste el Cristo? Con eso salie-*

(6) Ev. (C) {Luc. XIX, 1-4}.

(7) De nuestro Padre, *Carla*, 16-VII-1933, n. 2.

ron de la ciudad y vinieron a encontrarle (Ioann. IV, 29 y 30). *Sí, hijas e hijos míos, el diálogo de Cristo no es un juego de fuegos fatuos, ni es un vano ejercicio mental; es palabra de verdad que enciende y quema en el fuego divino*⁸.

El Señor desea ardientemente salvar lo que parece perdido. Esta fue la razón que le movió a detenerse debajo de la higuera a la que había subido Zaqueo, y hacerle saber que quería almorzar en su casa. No conocemos la conversación que se desarrolló en el curso del banquete, cuando *todos murmuraban diciendo que había entrado a hospedarse en casa de un pecador*⁹; pero podemos presumir que, junto al cariño inmenso que le mostraba, el Señor hablaría a Zaqueo con claridad, y removería su corazón para que se decidiera a mejorar de vida. Porque Jesús —afirmaba nuestro Padre— *sabe también exigir, colocar a los hombres frente a sus deberes, corriendo el riesgo de no ser oído. Ved cómo se manifiesta el corazón de Cristo con el joven rico, que se acercó en cierta ocasión a El: Jesús le mira con amor, al mismo tiempo que le pide que se desprenda de las riquezas. Qui contristatus in verbo abiit moerens* (Marc. X, 22), *aquel adolescente se fue triste, porque la palabra de Dios —cuando no es acogida— se vuelve amarga como la hiél*.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24X1965, n. 10.

(9) Ev. (C) {Luc. XIX, 7}.

No basta hablar, por tanto; hay que actuar, hay que poner en práctica la enseñanza recibida; si no, el diálogo —incluso el diálogo con Dios— no es fecundo: porque no todo aquel que me dice: ¡oh Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial; ése es el que entrará en el reino de los cielos (Matth. VII, 21).

*No le mueven a Jesús consideraciones de falsa prudencia, ni la delicadeza mentirosa, que llevan a cortar las aristas de la verdad*¹⁰. Y, cuando llega el momento oportuno, *habla sin eufemismos, crudamente incluso, a veces obra hasta con dureza: y, habiendo formado como un azote de cuerdas, los echó a todos del templo floann. //, 15)*¹¹. Pero si actúa así en algunas ocasiones, lo hace para atajar el mal, que tan profundamente arraiga a veces en los corazones humanos, mientras abre sus brazos de par en par invitando al arrepentimiento.

LOS FRUTOS del diálogo de Cristo con Zaqueo no se hacen esperar: *Zaqueo, de pie, dijo al Señor: Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres y si he defraudado en algo a alguien le devuelvo cuatro veces más. Jesús le dijo: hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abraham; por-*

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 11.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 12.

*que el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido*¹².

Ante el ejemplo de Jesús, vemos con nueva claridad la obligación de hacer apostolado también con la palabra, no sólo con el buen ejemplo. Hemos de meternos audazmente en las vidas de los demás. Fue esa palabra la que se introdujo en el corazón de los Apóstoles, de los discípulos, de las santas mujeres; la que los empujó a continuar y a extender ese diálogo divino, que han promovido siempre los que han amado a Jesucristo.

Los primeros Doce —para predicar el Evangelio— tuvieron una conversación maravillosa con todas las personas a las que encontraron, a las que buscaron, en sus viajes y peregrinaciones. No habría Iglesia, si los Apóstoles no hubieran mantenido ese diálogo sobrenatural con todas aquellas almas. Porque el apostolado cristiano no es más que eso: ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi (Rom. X, 17); ya que la fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Jesucristo.

¡Qué bien lo entendieron las primeras generaciones cristianas, de las que tanto me gusta hablar, porque son como un modelo de nuestra vocación! No vivieron más que pensando en Cristo, dando sus vidas para extender la buena nueva. No sin orgullo cuenta Orígenes cómo el pagano Celso reprochaba a los cristianos su

(12) Ev. (C) (Luc. XIX, 8-10).

celo: ¡hasta los artesanos desarrollan una gran actividad para difundir el Evangelio! (cfr. Contra Celsum I, III, c. 55). Pero deben tener buena preparación doctrinal, además del celo y de la lengua, si han de ser eficaces.

Hace ya muchos años, más de treinta —escribía nuestro Padre en 1965—, para expresar esa misma realidad empleé una frase que algunos, faltos de visión sobrenatural y sobrados de visión humana, no fueron capaces de entender. Escribí que todo cristiano debe sentirse caudillo, llamado por Dios para llevar a las almas hacia la santidad.

Todos: los grandes y los pequeños, los poderosos y los débiles, los sabios y los sencillos. Cada uno en su sitio, debe tener la humildad y la grandeza de ser instrumento de Dios, para anunciar su reino. Porque el Señor envió así a los suyos: id y predicad, diciendo: se acerca el reino de los cielos (Matth. X, 7)".

Santa María, Reina de los Apóstoles, intercede por nosotros para que sepamos transmitir a todas las gentes, el mensaje divino que tu Hijo nos ha entregado. De esa forma, lograremos que el mundo alcance la paz que busca y no encuentra, porque desconoce la eficacia del diálogo de salvación que Cristo ha instaurado en la tierra.

390.

LUNES

—Humildad, para darnos cuenta de lo que puede desagradar a los demás en nuestra conducta, y tratar de desarraigarlo.

—Hay que olvidarse de sí mismo, para hacer grata la convivencia a los que están a nuestro lado.

—Si tenemos cariño sincero a los demás, sabremos superar cualquier roce, cualquier diferencia de carácter.

HERMANOS —escribe San Pablo a los de Filipos— (^_)t, haced cumplido mi gozo, sintiendo una misma cosa, teniendo una misma caridad, un mismo ánimo, unos mismos pensamientos. Nada hagáis por porfía, ni por vanagloria, sino con humildad, teniendo cada uno por superiores a los otros, no atendiendo uno a los cosas que son tuyas propias, sino a las de los otros¹. Así es la fraternidad que vivimos en Casa, que tiene a la humildad como fundamento del trato con los demás.

Desde el comienzo mismo de nuestra vocación, hemos sentido la alegría de pertenecer a esta gran familia sobrenatural; alegría que constituye buena parte de ese ciento por uno que el Señor ha prometido a los que, por seguirle, dejaron casa o hermanos, o hermanas, o padre o madre. Sin embargo, en alguna ocasión podría surgir alguna pequeña dificultad.

Nuestro Padre nos lo advertía: *chocas con el carácter de aquél o del otro... Necesariamente ha de ser así: no eres moneda de cinco duros que a todos gusta.*

Además, *sin esos choques que se producen al tratar al prójimo, ¿cómo irías perdiendo las puntas, aristas y salientes —imperfecciones, defectos— de tu genio para adquirir la forma reglada, bruñida y reciamente suave de la caridad, de la perfección? Si tu carácter y los caracteres de quienes contigo conviven fueran dulzones y tiernos como merengues, no te santificarías*².

Si somos humildes, si reconocemos nuestros propios defectos y luchamos por desarraigarlos, contribuiremos a lograr ese clima que nuestro Padre desea para nuestros Centros: un clima edificado sobre la caridad, *apto para practicar las virtudes cristianas, para estar en condiciones de trabajar y para que se desarrolle con dignidad y sin estridencias la personalidad humana. Nuestras casas tienen la sencillez del hogar de Nazaret, que fue testigo de la vida oculta de Jesús, y el calor —humano y divino— del hogar de Betania, que el Señor santificó, buscando en él la amistad verdadera, la intimidad y la comprensión* (cfr. Luc. X, 38-42; Ioann. XI, 5; XII, 1 y 2)³.

Hemos de ser *siempre muy humanos, hijos míos. Para ser muy espirituales, muy sobrenaturales, hay que ser muy humanos, esforzarse por tener un sentido*

*entrañablemente humano de la vida. Dios Nuestro Señor no edifica sobre el desorden de una vida deshumana. Hemos de comprender, hemos de convivir, hemos de disculpar sin escandalizarnos nunca de nada ni de nadie: porque esto alentará a vuestros hermanos y les animará a buscar vuestra ayuda*⁴.

Para lograrlo, aconseja nuestro Padre, *pedid con osadía al Señor este tesoro, esta virtud sobrenatural de la caridad, para ejercitarla hasta en el último detalle*⁵.

EL QUE es humilde —afirma San Juan Crisóstomo— *es útil a sí y a los demás*⁶, les sirve y les ayuda; sabe olvidarse de sí mismo, para llevar a los demás descanso y alegría, para hablar e interesarse por sus cosas.

Hay muchas ocasiones a lo largo del día para procurar que los que viven a nuestro lado encuentren amable el camino de la santidad. *Las delicadezas que brotan de un amor profundamente sentido hacen de la vida en familia un anticipo del Cielo. Cada pequeño detalle de arreglo personal, del adorno de la casa, de la preparación de la mesa, de la diversión —vivido con naturalidad— sabemos que tiene sentido*⁷. E incluso descendiendo a detalles muy concretos, nuestro Padre afirmaba en 1956: *en Casa hay*

(4) De nuestro Padre, *Carla*, 29-IX-1957, n. 34.

(5) *Amigos de Dios*, n. 229.

(6) San Juan Crisóstomo, *In Actum hominiae* 6.

(7) De nuestro Padre, *Obras* IV-62, pp. 9-10.

(2) *Camino*, n. 20.

(3) De nuestro Padre, *Carla*, 6-V-1945, n. 22.

*una tradición en estos veintiocho años, que no se ha roto jamás: que por alegrar la vida a nuestros hermanos se canta, se baila y se hace lo que sea. Nunca se ha dicho que no se sabe o que no se puede*⁸.

Para vivir de este modo la entrega a los demás hace falta humildad. Porque esa virtud nos mueve a no sentirnos nunca rebajados a los ojos de nuestros hermanos; elimina de raíz cualquier deseo de sobresalir, de que los demás nos admiren, deseo que podría lesionar el cariño humano y sobrenatural que debemos tenernos como hijos de Dios en la Obra. *¿Qué es lo que temes?, parece decirte el Señor. ¿Quedar rebajado por la humildad? Mírame a mí. Considera el ejemplo que Yo os he dado y entonces verás con evidencia la grandeza de la humildad*⁹.

El que es humilde se contenta con poco, no se considera digno de grandes atenciones. No se siente postergado. *No me seas tan... susceptible*, aconsejaba nuestro Padre. —*Te hieres por cualquier cosa.* —*Se hace necesario medir las palabras para hablar contigo del asunto más insignificante.*

No te molestes si te digo que eres... insoportable.
—*Mientras no te corrijas, nunca podrás ser útil*¹⁰.

Siendo humildes, sabremos tener la delicadeza precisa para no herir a nadie, porque no pensaremos en nuestros *derechos*, y estaremos más pendientes de

los *deberes* que tenemos con nuestros hermanos. Vivir así nos quitará muchas preocupaciones inútiles, y sobre todo nos llevará a descubrir la verdadera alegría de una entrega generosa. *Te ha costado mucho*, escribía nuestro Fundador, *ir apartando y olvidando las preocupacioncillas tuyas, tus ilusiones personales: pobres y pocas, pero arraigadas.* —*A cambio, ahora estás bien seguro de que tu ilusión y tu ocupación son tus hermanos, y sólo ellos, porque en el prójimo has aprendido a descubrir a Jesucristo*".

SOLO el cariño sincero engendra comprensión auténtica y profunda con los defectos de los demás. Sólo el auténtico amor sabe estar por encima de cualquier diferencia de carácter, suavizar cualquier roce, dulcificar lo que pueda ser áspero. Nuestra comprensión ha de ser grande, para no juzgar de manera indebida a nuestros hermanos. Hemos de querer a cada uno como es, aunque sus opiniones o sus puntos de vista sean contrarios a los nuestros. Hemos de respetarlos y quererlos, y para eso necesitamos tener amplitud de miras: no empequeñecer nuestra capacidad de cariño. *Tengamos el corazón grande, para querer a todas las criaturas de la tierra con sus defectos, con sus maneras de ser. No olvidemos que, a veces, hay que ayudar a las almas, para que ca-*

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 495.

(9) San Juan Crisóstomo, *In Matthaicum homiliae* 38, 3.

(10) *Camino*, n. 43.

(11) *Surco*, n. 765.

*minen poco a poco; hemos de animarles con paciencia a avanzar*¹².

En ocasiones este esfuerzo puede hacerse un poco cuesta arriba; por eso, para que tuviéramos más fácil el camino, *el Señor tomó la iniciativa, viniendo a nuestro encuentro (...) para que acudamos con El a servir a los demás, para que —me gusta repetirlo— pongamos generosamente nuestro corazón en el suelo, de modo que los otros pisen en blando, y les resulte más amable su lucha. Debemos comportarnos así, porque hemos sido hechos hijos del mismo Padre, de ese Padre que no dudó en entregarnos a su Hijo muy amado*¹³.

Amar a nuestros hermanos con su manera de ser, con sus defectos, requiere humildad. Conoceremos, sí, sus defectos, y procuraremos quererlos, si no son ofensa de Dios. Y nos fijaremos también en sus virtudes, por las que daremos gracias al Señor, que de tan distintas maneras quiere ser imitado. Esa diversidad, lejos de ser obstáculo, ha de ser motivo de alegría, como una muestra más de la grandeza de nuestro Dios.

Es preciso, insiste nuestro Fundador, que, *haciendo examen y abriendo el corazón, conociendo toda la belleza de Dios y nuestra fealdad —según aquellas palabras de San Agustín: noverim te, nove-*

(12) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 352.

(13) Amigos de Dios, n. 228.

rim me: que te conozca, Señor, y que me conozca—, conociendo la Hermosura divina y los errores y los inconvenientes que ponemos, os fijéis en lo bueno que tienen los demás.

*A comprender: tenemos obligación. A disculpar: tenemos obligación. A convivir con todas las almas y, sobre todo, con las que tenemos cerca*¹⁴.

De este modo la vida en familia tendrá sabor de caridad y calor de hogar. Hace muchos años, escribía nuestro Padre en Roma: *no sé por qué puse una vez más, pero con más detenimiento, la mirada sobre un mueble de la habitación donde estoy escribiendo: hay allí cuatro borriquitos que los Reyes me trajeron de España, trotando... Yo me divierto a ratos, haciéndoles ir para aquí o para allí cambiándolos de dirección, pero nunca se me ocurre separarlos: van junticos los cuatro, fraternales, con su carga abundante, inalterables, firmes*¹⁵. ¡Cuatro borricos, símbolo de humildad, de fraternidad, de unión!

Podemos terminar nuestra oración hablando con la Virgen. Ella, que mereció tanto en premio a su humildad, que se llamó a sí misma esclava del Señor, nos enseñará a servir cada vez mejor a nuestros hermanos.

(14) De nuestro Padre, Tertulia, 8-XII-1963.

(15) De nuestro Padre, Carta, 18-III-1948.

391.

MARTES

—Hemos recibido la vocación para continuar la obra redentora.

—Cristo hace la labor: nosotros somos instrumentos en sus manos.

—El Señor nos premia, si somos fieles a nuestra misión apostólica, llenando de felicidad nuestra vida.

VUELVE Jesús a hablarnos en parábolas, que siempre nos ofrecen luces nuevas para nuestro camino de hijos de Dios en el Opus Dei. *Un hombre daba una gran cena, e invitó a muchos. Envió a su criado a la hora de la cena para decir a los invitados: venid, pues ya está todo preparado*¹.

Siempre el Señor ha querido la colaboración de servidores abnegados, ha buscado el apoyo fiel de hombres y de mujeres que —con sacrificio y entrega— preparen la Redención y contribuyan, una vez realizada, a extender sus efectos a las almas. De ese número, por explícita vocación divina, formamos parte todos los hijos de Dios en el Opus Dei. Por medio de la Obra, Jesús quiere salir de nuevo al encuentro de los hombres. Sin embargo, frecuentemente, la respuesta a su invitación es la misma que se lee en la parábola: *todos comenzaron a excusarse. El*

(1) Ev. (Luc. XIV, 16-17).

*primero le dijo: he comprado un campo y tengo necesidad de ir a verlo; te ruego que me des por excusado. Y otro dijo: compré cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego que me des por excusado. Otro dijo: acabo de casarme y por eso no puedo ir*².

Al pronunciar estas palabras, Jesús tendría ante los ojos del alma a todos aquellos que, a lo largo de los siglos, rechazarían la divina invitación a participar en el banquete celestial. Pero el Señor se sentiría consolado al contemplar también el número grande de apóstoles que, en el transcurso de la historia, continuarían la misión encomendada a los Doce primeros. Entonces como ahora, se siguen cumpliendo las palabras de la Escritura: *"Aure audietis, et non intelletis; et videntes videbitis, et non perspicietis". Palabras claras del Espíritu Santo: oyen con sus propios oídos, y no entienden; miran con sus ojos, pero no perciben.*

*¿Por qué te inquietas —pregunta nuestro Padre— si algunos, "viendo" el apostolado y conociendo su grandeza, no se entregan? Reza tranquilo, y persevera en tu camino: si éstos no se lanzan, ¡otros vendrán!*³.

Al elegirnos, dándonos la vocación a su Obra, el Señor espera de nosotros un servicio apostólico que no se desanima ante ninguna dificultad, que sabe caminar por la senda de la entrega y de la renuncia a

(2) Ibid., 18-20.

(3) Surco, n. 31.

toda satisfacción personal. *No pienses* —previene nuestro Padre— *que es fácil hacer de la vida un servicio. Se necesita traducir en realidades tan buen deseo, porque "el reino de Dios no consiste en palabras, sino en virtud", enseña el Apóstol; y porque la práctica de una constante ayuda a los demás no es posible sin sacrificio*⁴.

Un sacrificio gustoso, de amor, y completo, es la condición para llevar a término la labor corredentora que se nos ha confiado. *Hay que darse del todo, hay que negarse del todo: es preciso que el sacrificio sea holocausto*⁵.

QUERRÍA grabar a fuego en vuestras almas estas tres consideraciones:

1) La Obra de Dios viene a cumplir la Voluntad de Dios. *Por tanto, tened una profunda convicción de que el cielo está empeñado en que se realice.*

2) Cuando Dios Nuestro Señor proyecta alguna obra en favor de los hombres, piensa primeramente en las personas que ha de utilizar como instrumentos... y les comunica las gracias convenientes.

3) *Esa convicción sobrenatural de la divinidad de la empresa acabará por daros un entusiasmo y amor tan intenso por la Obra, que os sentiréis dichosísimos sacrificándoos para que se realice*⁶.

(4) *Forja*, n. 839.

(5) *Camino*, n. 186.

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, nn. 46-49.

El Señor espera de nosotros que invitemos a su Reino a todos los que encontremos: *sal a los caminos y a los cercados y obliga a entrar a la gente, para que se llene mi casa* \ nos dice. Y no podemos ser remisos en el cumplimiento de este encargo. Nuestra fe en la promesa de fecundidad sobrenatural, que late en estas palabras de Cristo, se hace fe en la Obra, fe en nuestra vocación. Todo ha sido querido por Dios. Esa convicción sobrenatural volverá gustoso el sacrificio, y nos hará sentir el humilde orgullo de ser instrumentos —de barro o de plata, ¡qué más da!—, pero instrumentos de Cristo.

No podía ser más sencilla la manera de llamar Jesús a los primeros doce: "ven y sígueme".

Para ti, que buscas tantas excusas con el fin de no continuar esa tarea, se acomoda como el guante a la mano la consideración de que muy pobre era la ciencia humana de aquellos primeros; y, sin embargo, ¡cómo removieron a quienes les escuchaban!

—No me lo olvides: la labor la sigue haciendo El, a través de cada uno de nosotros⁸.

Hemos de llevar la luz de Dios a todas las latitudes de la tierra, conscientes de que *no creamos nosotros esa luz: únicamente la reflejamos. No somos nosotros los que salvamos las almas, empujándolas a obrar el bien: somos tan sólo un instrumento, más o menos digno, para los designios salvadores de Dios. Si alguna*

(7) *Ev. (Luc. XIV, 23)*.

(8) *Surco*, n. 189.

vez pensásemos que el bien que hacemos es obra nuestra, volvería la soberbia, aún más retorcida; la sal perdería el sabor, la levadura se pudriría, la luz se convertiría en tinieblas⁹.

Nuestra respuesta a la vocación ha de ser plena y rendida. Y luego, hijas e hijos míos, cuando os parezca que habéis trabajado mucho en el servicio del Señor, repetid las palabras que El mismo nos ha enseñado: servi inútiles sumus; quod debuimus faceré, fecimus (Luc. XVII, 10); somos siervos inútiles: no hemos hecho más que lo que teníamos obligación de hacer¹⁰.

UN DÍA —no quiero generalizar, abre tu corazón al Señor y cuéntale tu historia—, quizá un amigo, un cristiano corriente igual a ti, te descubrió un panorama profundo y nuevo, siendo al mismo tiempo viejo como el Evangelio. Te sugirió la posibilidad de empeñarte seriamente en seguir a Cristo, en ser apóstol de apóstoles. Tal vez perdiste entonces la tranquilidad y no la recuperaste, convertida en paz, hasta que libremente, porque te dio la gana —que es la razón más sobrenatural—, respondiste que sí a Dios. Y vino la alegría, recia, constante, que sólo desaparece cuando te apartas de El¹¹.

Muchas veces, al hablar con el Señor en íntima oración, brotarán de nuestra alma palabras de agra-

(9) Amigos de Dios, n. 250.

(10) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932, n. 90.

(11) Es Cristo que pasa, n. 1.

decimiento por la elección de que hemos sido objeto. Recordar esos primeros tiempos de la entrega puede y debe ser un impulso para nuestra vida de ahora, para el servicio concreto y exigente, ¡fiel!, que Dios espera de nosotros.

Esa mirada atrás en el tiempo recorrido desde que dijimos al Señor que contara con nosotros, como respuesta a sus requerimientos, también nos ha de llevar a rectificar siempre que sea necesario: *vuelve de nuevo la mirada sobre tu vida, y pide perdón por ese detalle y por aquel otro que saltan enseguida a los ojos de tu conciencia; por el mal uso que haces de la lengua; por esos pensamientos que giran continuamente alrededor de ti mismo; por ese juicio crítico consentido que te preocupa tontamente, causándote una perenne inquietud y zozobra... ¡Que podéis ser muy felices! ¡Que el Señor nos quiere contentos, borrachos de alegría, marchando por los mismos caminos de ventura que El recorrió! Sólo nos sentimos desgraciados cuando nos empeñamos en descaminarnos*¹².

Pedimos al Señor que nos libre de todo egoísmo y de toda pereza, de todo aquello que nos aparta de su querer, para servirle sacrificadamente y con alegría todos los días de nuestra vida. No a medias, ni más o menos en unos momentos, sino dándonos de lleno, sin miedo a gastarnos, en todas nuestras ocupaciones, con entera rectitud de intención porque

(12) Amigos de Dios, n. 141.

ayudar a otros hombres, si no se hace por Dios, no es sacrificio ¹³.

¿Quieres que te diga todo lo que pienso de "tu camino"? —Pues, mira: que si correspondest a la llamada, trabajarás por Cristo como el que más: que si te haces hombre de oración, tendrás la correspondencia de que hablo antes y buscarás, con hambre de sacrificio, los trabajos más duros...

Y serás feliz aquí y felicísimo luego, en la Vida ".

Como siempre al terminar la oración, acudimos a la Virgen, porque *Jesús no puede negar nada a María, ni tampoco a nosotros, hijos de su misma Madre* ¹⁵. Ella nos obtendrá las gracias precisas para llevar a cumplimiento el servicio que hemos de prestar en esta tierra a su Hijo, para luego gozar para siempre con El en el Cielo.



Dormición de la Virgen.
Cerámica en la Iglesia prelatia
de Santa María de la Paz.

(13) San Agustín, *De civitate Dei* 10, 6.

(14) *Camino*, n. 255.

(15) *Amigos de Dios*, n. 288.

392.

MIÉRCOLES

—La perseverancia es una gracia del Señor, que exige nuestra correspondencia.

—Enemigos de la perseverancia.

—Medios para ser fieles.

HOY LEEMOS un pasaje del evangelio de San Lucas, en el que el Señor nos dice: *¿quién de vosotros, al querer edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos a ver si tiene dinero para acabarla? No sea que, después de poner los cimientos y no poder acabar, todos los que lo vean empiecen a burlarse de él, diciendo: este hombre comenzó a edificar, y no pudo terminar^x.*

Nuestro Padre solía comentarlo así: *parece que están todos los personajes del Evangelio señalando a este desgraciado y riéndose de él: coepit aedificare et non potuit consummare!*

¡Nosotros podemos! ¡Tenemos los medios! El que se nos queda por ahí, agarrado a las zarzas del camino, se queda porque quiere, porque desea ser desgraciado, porque no quiere amar a Cristo.

¿Quién es el que no piensa siquiera en los medios

(1) Ev. (Luc. XIV, 28-30).

*para poder cubrir aguas, para no dejar el edificio sin hacer? *

La perseverancia es un don especial de Dios, que hemos de esperar de su misericordia; pero, como todas las gracias, exige también el ejercicio de la propia libertad, nuestra plena correspondencia —hoy y ahora— a los planes divinos. Nuestro Padre nos enseñó a procurarla con todas nuestras fuerzas, al tiempo que nos ponía en guardia para reaccionar *cuando venga la tentación* contra la perseverancia, *diciendo, engañadora: ¿no ves que se necesita gente de más virtud que tú, de más talento, de más dinero?...*

Que sepan contestar: Jesús no me escogió por eso: me escogió... porque sí, porque quiso. —Muchas viudas había en Israel, en los días de Elías...; mas a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda de Sarepta de Sidonia. —Y muchos leprosos había en Israel, en tiempo de Elíseo profeta; mas ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán de Siria (Luc. IV, 25-27). —*Tenía el Señor, en su pueblo, otros más cerca de El, pero se acordó de mí y debo cumplir su Voluntad sin inquirir el porqué.* —*Spiritus ubi vult spirat, el Espíritu de Dios sopla donde quiere* (Ioann. III, 8): *ésa es la razón: porque quiere: ya lo dije antes.*

Y, por otro lado, es indudable que todos nosotros hemos venido a Cristo, y El ha dicho: nemo potest venire ad me, nisi fuerit ei datum a Patre meo; nadie

(2) De nuestro Padre, Meditación, 4-III-1960.

puede venir a mí, si no le fuere dado por mi Padre (Ioann. VI, 66). *¡Nos ha traído a la Obra nuestro Padre-Dios!*³.

Dios, que nos llamó, nos dará los medios para responder fielmente a sus ulteriores llamadas, hasta el último instante. Mucho podemos aprender de la confianza de los primeros cristianos: *es el secreto de su perseverancia, en medio de las persecuciones exteriores más crueles y continuas, y de las interiores tribulaciones permitidas, enviadas, por el Santificador: Dominus illuminatio mea et salus mea: quem timebo?; el Señor es mi luz y mi salud: ¿a quién temeré? Dominus protector vitae meae: a quo trepidabo?; el Señor es el defensor de mi vida: ¿qué me amedrentará?* (Ps. XXVI, 1) *.

A LO largo del camino —del vuestro y del mío— solamente veo una dificultad, que tiene diversas manifestaciones, contra la cual hemos de luchar constantemente (...).

Esa dificultad es el peligro del aburguesamiento, en la vida profesional o en la vida espiritual; el peligro de sentirse solterones, egoístas, hombres sin amor (...).

Si alguno cayera en el lazo de esta tentación, acudid en su ayuda prontamente; porque —si no desecha ese pensamiento— saldrá fuera de la barca, se marcha-

(3) De nuestro Padre, Instrucción, 1-IV-1934, nn. 91-93.

(4) De nuestro Padre, Instrucción, 9-I-1935, n. 299.

rá fuera del camino, fuera de nuestro hogar: perderá la vocación.

Esa dificultad y ese peligro, de que hablamos, suele tener dos claras manifestaciones: la tibieza y la inconstancia en la tarea apostólica. Por eso decidle al oído con caridad fraterna, para remover su conciencia: scio opera tua, quia ñeque frigidus es ñeque calidus: utinam frigidus esses aut calidus! Sed, quia tepidus es et nec frigidus nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo. Conozco bien tus obras, que ni eres frío ni caliente: ¡ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, y no eres frío ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca (Apoc. III, 15 y 16) K

En el origen de una tentación contra la perseverancia puede haber diversos motivos. Nuestro Padre nos señaló algunos: *unas veces es que el gran amigo que tuvimos en el mundo, luego hermano en la Obra, o el hermano que fue instrumento de Dios para traernos a su apostolado, flaquea, no corresponde a la gracia... y se queda en el mundo como mundano.*

No, vacilaciones: raíces profundísimas de humildad, que fortalezcan nuestra vocación, hemos de sacar ante casos tan lamentables. Ellos... quizá fueron mejores que nosotros: si in viridi ligno haec faciunt, in árido quid fiet?; si eso pasa con el leño verde, ¿qué se hará con el seco? (Luc. XXIII, 31) (...).

Otras veces, la concupiscencia, vistiendo con colori-

dos de delicadeza, de poesía, y hasta de espiritualidad —conozco y lloré, no hace mucho, una espiritualidad de éstas: ¡pobre alma!—, se empeña en hacernos creer que nuestra entrega a Dios es un estado de ánimo, una situación de paso, que es demasiado alta para nosotros...⁶. En esas ocasiones nos aconsejaba: te diré, con palabras de un viejo refrán español: aunque la carne se vista de seda, carne se queda⁷.

Otras veces la tentación es la cobardía: soy flaco. Me conozco: es verdad que, por la misericordia del Señor, no le ofendo ordinariamente. Pero... ¡estas luchas de cada día!: siempre al borde del precipicio. Me da miedo entregarme... y caer. Yo no valgo, para darme a Dios del todo.

Tu humildad, hijo, no tiene de humildad más que las apariencias. Te crees un hombre excepcional: sólo tú tienes luchas o, por lo menos, las luchas de los demás no son como las luchas tuyas.

¿Acaso has llegado a creer que los santos no tuvieron —no tienen— que vencer en peleas tan grandes, y más, que tus peleas diarias? Entonces, los santos son anormales: casos clínicos, para estudiarlos un doctor modernista o un psicólogo hambriento de deformidades.

Te pasa lo que pasa a todo el mundo. Y seguirás así hasta acabar tu vida mortal, para que no te enva-

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XIM941, nn. 84-85.

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nn. 285-286, 288.

(7) *Camino*, n. 134.

nezcas: para eso —lo dice San Pablo— datus est mihi stimulus carnis meae, ángelus satanae, qui me colaphizet,¹ se me ha puesto el estímulo de la carne, que es como un ángel de satanás que me da de bofetadas (II Cor. XII, 7).

Decías —y decías bien— que, por la misericordia del Señor, no le ofendes. ¿Y no ves que, si desechas tu cobardía, y te das a El del todo, El tendrá contigo toda la misericordia que necesites? ¿No oyes que te dice Cristo, como al Apóstol, sufficit tibi gratia mea, te basta mi gracia? (II Cor. XII, 9)⁸.

HIJOS míos: qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit (Philip. IV, 13), se salvará el que perseverare hasta el fin. Padre, ¿y si no puedo? Nosotros podemos. ¡Tenemos los medios! Omnia possum in eo qui me confortat! (Philip. IV, 13). Los imposibles se han superado en el Opus Dei, no hay imposibles. Nosotros podemos cubrir aguas, hijos míos. Todo lo puedo en Aquel que me conforta⁹. Y añadía nuestro Padre: comenzar es de muchos, acabar es de pocos. ¡Acabar! ¡Acabar!¹⁰.

El Señor nos da su gracia para perseverar; de nosotros pide solamente que pongamos los medios. En primer lugar, ser almas de oración. *No podemos perseverar en nuestra vocación si no somos contem-*

plativos, si no convertimos nuestra vida en Amor¹¹.

Esta contemplación se alcanza y se expresa por medio de las Normas de piedad, que el Señor ha querido para nuestro plan de vida. Por eso afirmaba nuestro Padre: *puedo decir que el que cumple las Normas, el que lucha por cumplirlas, en tiempo de salud y en tiempo de enfermedad, en la juventud, en la madurez y en la vejez, cuando hay sol y cuando hay tormenta, cuando tiene gusto y cuando le cuesta, ése está predestinado, si persevera hasta el fin. Porque dentro de esas Normas está la oración, la presencia de Dios, el trato con la Trinidad Beatísima —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo—, y con la Madre de Dios, Hija de Dios y Esposa de Dios, con San José —que me viene dulcemente al pensamiento, a quien he hecho llamar nuestro Padre y Señor—, y con nuestro Ángel Custodio¹².*

Y las Normas se cumplen —añadía siempre nuestro Fundador— cuando llueve y cuando hace sol, con frío y con calor, con salud y con enfermedad. Si estáis enfermos, siempre podéis pedir a un hermano vuestro que os ayude a hacer la oración o la lectura, a rezar el rosario. Cumplidme las Normas siempre, y cumplidlas todas¹³.

Junto a la vida de piedad, es preciso huir de las ocasiones de descamino, guardar el corazón, no dar

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nn. 292-296.

(9) De nuestro Padre, *Meditación*, 17-11-1959.

(10) De nuestro Padre, *Meditación*, 17-11-1959.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XH-1941, n. 130.

(12) De nuestro Padre, *Meditación*, 4-III-1960.

(13) De nuestro Padre, *Noticias IX-61*, pp. 29-30.

cabida al *demonio mudo*, rechazar el desaliento: *no te desalientes, ¡adelante!, adelante con una tozudez que es santa y que se llama, en lo espiritual, perseverancia*^M.

La devoción a la Virgen nos ayudará a ser muy fieles a nuestra vocación. Hagamos como los primeros cristianos, que —reunidos junto a Ella en Jerusalén— *perseveraban asiduamente en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones*¹⁵. Son palabras de la Sagrada Escritura, que nuestro Fundador comentaba así: In doctrina apostolorum: *la fe*. In communicatione fractionis panis: *el Pan*. Et orationibus: *la Palabra*. ¡*Fe, Pan, Palabra!* ¡*Y perseveraremos, y nos llamarán victoriosos, y tendremos todo el amor que nos aguarda en el Cielo, después de haber sido felices en la tierra!*¹⁶.

(14) *Forja*, n. 220.

(15) *Act.* II, 42.

(16) De nuestro Padre, Meditación, 4-IIIM960.

393.

JUEVES

—Todas las ocupaciones humanas honradas son camino de santidad.

—Hay que recordar a los cristianos esta realidad.

—Rectitud de intención, para que el trabajo sea en verdad santificante.

AL MEDITAR las diversas escenas del Evangelio, vemos que Jesucristo se hace el encontradizo con toda clase de gentes, sin mirar a la calidad de las personas. Nos enseña que todas las ocupaciones honradas pueden ser santificantes y santificadas. Y ha suscitado el *Opus Dei* precisamente para recordar a todos, hasta el fin de los tiempos, que cualquier trabajo noble —las artes, la industria y el comercio, la economía y la política, los oficios manuales y las ocupaciones intelectuales—, todas las profesiones humanas pueden ser ocasión y medio para lograr la santidad.

Nuestro Señor ha invitado a los hombres a seguirle de cerca y, al llamarnos a su Obra, ha querido que cumpliéramos este mandato viviendo en la sociedad civil y enseñando a todas las almas que su santificación está también en el recto uso de los bienes de la tierra. *Hijas e hijos míos* —escribe nuestro Padre—, *el espíritu del Opus Dei recoge la realidad hermosísima de que cualquier trabajo digno y noble en lo*

humano, puede convertirse en un quehacer divino. No hay incompatibilidad entre la moral cristiana, y cualquier profesión lícita, intelectual o manual, de esas que la gente califica como importantes o de esas que considera humildes.

Pensad que, en el servicio de Dios, no hay oficios de poca categoría: todos son de mucha importancia. La categoría del oficio depende de las condiciones personales del que lo ejercita, de la seriedad humana con que lo desempeña, del amor de Dios que ponga en él. Es noble el oficio del campesino, que se santifica cultivando la tierra; y el del profesor universitario, que une la cultura a la fe; y el del artesano, que trabaja en el propio hogar familiar; y el del banquero, que hace fructificar los medios económicos en beneficio de la colectividad; y el del político, que ve en su tarea un servicio al bien de todos; y el del obrero, que ofrece al Señor el esfuerzo de sus manos.

Sabéis bien que no se prohíbe el ejercicio de ninguna profesión honesta a los miembros del Opus Dei, que deben —por el contrario— elevar y santificar todas las profesiones, convirtiéndolas en instrumento de santidad propia y ajena, en ocasión de apostolado¹.

Somos portadores de una embajada que hay que vivir en plenitud para poder transmitirla con eficacia divina. Cualquiera que sea nuestro trabajo concreto, allí hemos de encarnar este espíritu que nos

ha legado nuestro Fundador. En esa tarea que ocupa la mayor parte de las horas de nuestra jornada, hemos de esforzarnos por descubrir el mensaje que Dios tiene reservado para nosotros. En ese afán por desvelar el sentido divino de lo que hacemos, se armonizan trabajo y oración, contemplación y acción. Hasta el punto que se unirán sin fisuras, si luchamos fielmente. Esa es la vocación con la que hemos sido llamados. Esa es la verdad radical de nuestra existencia, la que se desarrolla día a día en la pelea por acabar con perfección y por amor de Dios lo que llevamos entre manos.

ES MISIÓN nuestra *recordar a los hombres que nuestra fe católica proclama bien alta la dignidad del trabajo, la grandeza humana y divina de la vocación de trabajadores².*

Al desarrollar nuestra actividad profesional, buscamos que sólo al Señor *sea dada la gloria y el imperio por los siglos de los siglos³*, y para ello hemos de mostrar a quienes trabajan con nosotros, el valor y el destino sobrenatural que deben alcanzar las actividades humanas. Muchas veces los que nos rodean no tienen conciencia del tesoro divino que llevan en las manos: *uno piensa en los honores*

(1) De nuestro Padre, *Carla*, 15-X-1948, n. 5.

(2) De nuestro Padre, *Carla*, 15-X-1948, n. 4.

(3) 1 Petr. X, 11.

—afirma San Gregorio—, *otro en el dinero, otro en posesiones; cosas ínfimas todas ellas, que apartan de la rectitud del propio estado cuando se las considera como fin*⁴, pero que, con la gracia de Dios, pueden orientarse a la salvación de las almas y cobran entonces un valor inmenso.

Hay un paréntesis de siglos, inexplicable y muy largo —escribía nuestro Padre en 1932—, en el que sonaba y suena esta doctrina a cosa nueva: buscar la perfección cristiana, por la santificación del trabajo ordinario, cada uno a través de su profesión y en su propio estado. Durante muchos siglos, se había tenido el trabajo como una cosa vil; se le había considerado, incluso por personas de gran capacidad teológica, como un estorbo para la santidad de los hombres.

Yo os digo, hijas e hijos míos, que a cualquiera que excluya un trabajo humano honesto —importante o humilde—, afirmando que no puede ser santificador y santificante, podéis decirle con seguridad que Dios no le ha llamado a su Obra.

Habrà que rezar, tendremos que rezar, tendremos que sufrir, para quitar de la mente de las personas buenas ese error. Pero llegará el momento, en el cual, a base del trabajo humano en todas las categorías tanto intelectuales como manuales, se alzará en una sola voz el clamor de los cristianos diciendo: cántate Domino canticum novum: cántate Domino omnis terra fPs.

(4) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 31, 6.

*XCV, 1); cantad al Señor un cantar nuevo: que alabe al Señor toda la tierra*⁵.

Ese es el mensaje específico que todos los fieles de la Prelatura hemos de comunicar a nuestros compañeros de trabajo, en cualquier circunstancia en que nos encontremos. Nuestra misión es transmitir este mensaje divino: que esa tarea profesional común, ordinaria, quizá humanamente monótona, es camino cierto de santidad, si se realiza cara a Dios. *Santificar el propio trabajo no es una quimera, sino misión de todo cristiano...: tuya y mía.*

—Así lo descubrió aquel ajustador, que comentaba: "me vuelve loco de contento esa certeza de que yo, manejando el torno y cantando, cantando mucho —por dentro y por fuera—, puedo hacerme santo...: ¡qué bondad la de nuestro Dios!"⁶.

UNA recomendación os hago: no perdáis jamás la rectitud de intención. Hace años visitaba con frecuencia, acompañado por vuestros hermanos, la catedral de Burgos; subiendo hasta lo alto de una de las torres, contemplábamos toda la crestería del noble edificio, que —como es corriente en las iglesias góticas— está adornada con multitud de relieves y estatuas, como con un encaje de piedra. Son labores no ya esbozadas, sino acabadas hasta en el último detalle, a pesar de

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 3.

(6) *Surco*, n. 517.

*que desde abajo apenas se ven. Después de hacerlo notar a los que me acompañaban, comentaba siempre: los que hicieron esto, si vivieran hoy, podrían ser del Opus Dei, porque trabajaban cara a Dios y no cara a los hombres*⁷.

El Señor nos da ejemplo, una vez más, en el pasaje del Evangelio de la Misa de hoy. Jesús se acercaba a todos para anunciarles el Reino de Dios, también a aquellas personas rechazadas por los demás como indignas a causa de su profesión, y les proponía que rectificaran su vida para que el fin de todas sus ocupaciones fuese la gloria de Dios. También nosotros hemos de estar vigilantes, porque podrían deslizarse en nuestro trabajo, más o menos veladamente, motivos poco rectos, ambiciones menos nobles.

Os puedo contar otra anécdota real, porque han transcurrido ya tantos años, tantísimos años desde que sucedió; y porque os ayudará a pensar, por el contraste y la crudeza de las expresiones. Me hallaba dirigiendo un curso de retiro para sacerdotes de diversas diócesis (...). Empecé a charlar con uno, algo brutote, pero muy noble y sincero; le tiraba de la lengua un poco, con delicadeza y con claridad, para restañar cualquier herida que hubiera allá dentro, en su corazón. En un determinado momento, me interrumpió, más o menos con estas palabras: yo tengo una envidia muy grande

de mi burra; ha estado prestando servicios parroquiales en siete curatos, y no hay nada que decir de ella. ¡Ay si yo hubiera hecho lo mismo!

Quizá —¡examináte a fondo!— tampoco merezcamos nosotros la alabanza que ese curita de pueblo cantaba de su burra. Hemos trabajado tanto, hemos ocupado tales puestos de responsabilidad, has triunfado en esta y en aquella tarea humana..., pero, en la presencia de Dios, ¿no encuentras nada de lo que no debas lamentarte? ¿Has intentado de verdad servir a Dios y a tus hermanos los hombres, o has fomentado tu egoísmo, tu gloria personal, tus ambiciones, tu éxito exclusivamente terreno y penosamente caduco?

*Si os hablo un poco descarnadamente, es porque yo quiero hacer una vez más un acto de contrición muy sincero, y porque quisiera que cada uno de vosotros también pidiera perdón. A la vista de nuestras infidelidades, a la vista de tantas equivocaciones, de flaquezas, de cobardías —cada uno las suyas—, repitamos de corazón al Señor aquellas contritas exclamaciones de Pedro: Domine, tu omnia nosti, tu seis quia amo te! (Ioann. XXI, 17); ¡Señor!, ¡Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo, a pesar de mis miserias! Y me atrevo a añadir: Tú conoces que te amo, precisamente por esas miserias mías, pues me llevan a apoyarme en Ti, que eres la fortaleza: quia Tu es, Deus, fortitudo mea (Ps. XLH, 2). Y desde ahí, recomencemos*⁸.

(7) De nuestro Padre, *Carla*, 15-X-1948, n. 18.

(8) *Amigos de Dios*, nn. 16-17.

Así ha de ser nuestra vida, sin temor a equivocarnos, si mantenemos viva la disposición de rectificar siempre que sea preciso. De este modo seremos motivo de alegría para el Señor y para su Madre la Virgen. *Fieles en lo pequeño, muy fieles en lo pequeño. Si procuramos esforzarnos así, aprenderemos también a acudir con confianza a los brazos de Santa María, como hijos suyos*⁹.

(9) *Amigos de Dios*, n. 16.

394.

VIERNES

—El Señor pide nuestro amor.

—El uso de industrias humanas es una ayuda para la vida de piedad.

—Podemos imitar a nuestro Padre, dedicando cada día de la semana a fomentar una devoción concreta.

*HABÍA un hombre rico que tenía un administrador, al que acusaron ante el amo de malbaratar la hacienda*¹. Jesús narra a sus discípulos una historia corriente. Con el lenguaje sencillo de la parábola, les habla de un poderoso de la tierra y de su administrador. Durante muchos años, aquel señor había puesto en manos de un hombre que nada tenía, sus tierras fértiles, la mesada de los labriegos, el fruto de la cosecha. Y un día el rumor llegó a los oídos del amo: aquél en quien confiabas, te engaña; no se preocupa de la hacienda, despilfarra tus bienes. Entonces le llamó y le preguntó: *¿qué es esto que oigo de ti? Dame cuentas de tu administración*².

También nosotros hemos recibido del Señor todo lo que tenemos. Nos ha dado la existencia, y nos ha rescatado del pecado, para hacernos hijos suyos y herederos de su gloria. Debemos examinar cuál es

(1) *Ev. (Luc. XVI, 1).*

(2) *Ibid.*, 2.

nuestra respuesta a esos dones que Dios nos ha confiado. Porque, además, el Señor no quiere algo de nosotros, lo quiere todo y, principalmente, espera que le entreguemos el corazón: *amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente* ³.

El Señor con los brazos abiertos, nos pide una limosna de amor ⁴. Nos pide correspondencia. Dios tiene derecho a decirnos: *¿piensas en mí? ¿Tienes presencia mía? ¿Me tienes presente? ¿Me buscas como apoyo tuyo? ¿Me buscas como luz de tu vida, como fortaleza, como coraza, como todo? En las horas que la gente de la tierra dice buenas: ¡Señor! En las horas que llama malas: ¡Señor!* ⁵.

A veces podemos encontrarnos fríos y desgana-dos, con el corazón adormecido; y seguimos al Señor como a disgusto. Quizá dejamos de poner empeño en el cumplimiento de las Normas, y se abre paso en el alma la rutina.

Las palabras de Jesús: *¿qué es esto que oigo de ti?* ⁶, han de sacarnos de la inactividad, porque no es posible ser fieles al Señor sin una sólida vida interior, porque *el fundamento de toda nuestra actividad como ciudadanos —como ciudadanos católicos— está en una intensa vida interior: en ser, eficaz y realmente,*

hombres y mujeres que hacen de su jornada un diálogo ininterrumpido con Dios ⁷. Nuestra existencia ha de estar basada en ese trato de contemplativos. Nunca debe interrumpirse ese flujo y reflujo de amor, de coloquio, que lleva el corazón y la mente a Dios. Es indispensable porque, sin cultivar el trato con Dios, no podríamos llegar a ser contemplativos; y *sin ser contemplativo, no se puede perseverar en la Obra* ⁸.

EL FUEGO tiende hacia arriba —dice San Agustín—, la piedra hacia abajo. Cada uno es movido por su peso y tiende a su lugar. El aceite, puesto bajo el agua, se sitúa sobre ella; el agua, derramada encima del aceite, se sumerge debajo. Las dos obran según su peso, y cada cual tiende a su lugar. Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas: y cuando se ordenan, descansan. Mi peso es mi amor: él me mueve doquiera soy llevado. Tu don nos enciende y nos lleva hacia arriba: prende tu fuego en nosotros y subiremos ⁹.

A veces nos damos cuenta de que Dios nos atrae hacia Sí con fuerza, y se apodera del pensamiento y del corazón moviéndolos como con una atracción irresistible. El Señor sale a nuestro encuentro —sin que lo busquemos— con motivo de las situaciones

(3) *Matth.* XXII, 37.

(4) De nuestro Padre, *Crónica* VIII-58, p. 7.

(5) De nuestro Padre, *Meditación*, 8-IM959.

(6) *Ev. (Luc.* XVI, 2).

(7) *Forja*, n. 572.

(8) De nuestro Padre, n. 60.

(9) San Agustín, *Confessiones* 13, 9, 10.

más ordinarias. Es El quien nos busca siempre. Pero otras veces no lo notamos así, y entonces hay que poner más esfuerzo personal.

Es una enseñanza que podemos sacar del Evangelio de la Misa de hoy. Al saber que su amo iba a despedirle, el mayordomo de la parábola, con sagacidad, ideó un modo para que otros señores le recibieran en sus casas, cuando quedase sin trabajo.

También nosotros hemos de poner esfuerzo humano para mejorar nuestra vida interior. Es un hecho que muchas veces, a pesar de los buenos deseos, nos olvidamos del Señor a causa del trajín de la jornada. Y una ayuda eficaz es la búsqueda de industrias humanas que, unidas a la expresión de un acto de amor, faciliten rectificar la intención, levantar el corazón a Dios en medio del trabajo, ofrecerle una vez y otra la tarea que llevamos entre manos. *No se puede llegar a tener vida interior si no se pasan varios años con la preocupación de hacer muchos actos de amor de Dios, y tantas mortificaciones, y jaculatorias. Y, para esto, como yo decía a los primeros hermanos vuestros, es un buen medio consagrar cada día de la semana a una devoción sólida*¹⁰.

Usamos por temporadas —sobre todo en los comienzos— de industrias humanas para hacer más activo el trato con Dios, pero no olvidéis que no es necesario llevar siempre las muletas. Cuando no se está cojo,

(10) De nuestro Padre, Crónica VIII-58, pp. 7-8.

no hace falta esa ayuda, que sería más bien impedimento.

¿Qué propósitos hacía mi madre, para quererme? Me quería y bastaba. En la Obra, somos muy amigos de la libertad, y también lo somos en la vida interior: no nos atamos a esquemas ni métodos".

El diálogo contemplativo con nuestro Padre Dios a lo largo del día, con actos de fe, esperanza y amor, no puede reducirse a una técnica, ni cabe en los moldes de una fórmula. El amor se expresa de mil modos, y arde con fuego siempre nuevo.

Las industrias humanas, tan propias de la infancia espiritual, son delicadeza de amor, expresión de almas enamoradas que buscan la unión con Dios. *Despertadores*, las llamaba nuestro Padre, porque el amor hay que cultivarlo, alimentarlo, cuidarlo; si no, se apaga y muere. Tenemos que buscar al Señor: *muéstrame tu semblante, hazme oír tu voz, pues tu voz es dulce, amable tu rostro*¹¹.

NUESTRO Padre aconsejaba que cada día de la semana se dedicara a una devoción sólida, bien fundada, que fuese cauce para la presencia de Dios. *El domingo, por ejemplo* —nos decía—, *va bien alabar a la Trinidad: gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al*

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 70.

(12) *Cant.* II, 14.

Espíritu Santo. Yo suelo añadir: y gloria a Santa María. Y... una cosa pueril, pero no me importa nada: también a San José (...).

Los lunes podemos encomendar a las almas del Purgatorio. Allí tenemos almas tan queridas (...). Además, nos sentimos amigos y hermanos de todas ellas, porque ya están casi coronándose con el laurel del Cielo, casi gozando del Amor de Dios: les falta la purificación última. Son buenas intermediarias, para que nos ayuden a vencer en las pequeñas cosas que componen la labor de la jornada (...).

¿El martes? Yo lo dedico a los Angeles Custodios. Podéis decir lo que os dé la gana, porque no habláis al dictado. Basta que repitáis las palabras de las Preces: Sancti Angeli Custodes nostri, defendite nos... O lo que queráis. ¡Sin palabras! Un latido del corazón vuestro, que va derecho... No hay que hablar más.

¿Y el miércoles? Es la fiesta de San José, otra vez.

El jueves, muchos actos en honor de la Eucaristía: Comuniones espirituales, actos de desagravio... Ofenden ahora más que nunca a Nuestro Señor, en ese Sacramento del Amor (...).

Los viernes, ave crux, spes única! y remuerde la conciencia de habernos quejado de tener un dolor o una pena. ¿Qué es eso junto a lo que padeció el Señor? Ave crux! Saludadle en la Cruz; decidle piropos de cariño: no te huiré, te abrazaré. Y en cuanto uno se abraza a la Cruz, y la quiere, ya no hay contradicción, ni deshonra, ni calumnia, ni murmuración, ni enfer-

medad, ni nada. Todo es suave, todo es agradable, todo deja de ser carga. Porque la Cruz es, no la tuya o la mía, sino la de Cristo. Os he escrito hace muchísimos años mi pobre experiencia de sacerdote, que es abundante: que entonces la Cruz la lleva El, Cristo, y a nosotros no nos pesa. ¡Buena cosa es recordar, los viernes, la Cruz de Cristo!

¿Y el sábado? ¡A Nuestra Madre del Cielo, a Nuestra Señora!¹³.

Nuestro Padre dejó claro que no hay ninguna obligación de seguir este camino concreto, pero añadía: lo que ninguno debe hacer es despreocuparse de la presencia de Dios. Si no tiene presencia de Dios, no andrà bien: no será mortificado, no será espiritual, no será celoso, no tendrá ganas de trabajar^M. En cambio, después de este esfuerzo, se llega a tener, en todos los momentos del día, trato y conversación con el Señor: vivimos como almas contemplativas¹⁵.

Acabamos nuestra oración con otro consejo de nuestro Padre: pon en tu mesa de trabajo, en la habitación, en tu cartera..., una imagen de Nuestra Señora, y dirígele la mirada al comenzar tu tarea, mientras la realizas y al terminarla. Ella te alcanzará —¡te lo aseguro!— la fuerza para hacer, de tu ocupación, un diálogo amoroso con Dios¹⁶.

(13) De nuestro Padre, Tertulia, 29-V-1974.

(14) De nuestro Padre, Tertulia, 29-V-1974.

(15) De nuestro Padre, Crónica VIII-58, p. 8.

(16) Surco, n. 531.

395.

SÁBADO

- Iniciativa en la lucha ascética.
- Sentido de responsabilidad en el apostolado.
- Responsabilidad en las tareas concretas que nos encomienden.

*QUIEN ES fiel en lo poco también es fiel en lo mucho; y quien es injusto en lo poco también es injusto en lo mucho*¹. Estas palabras del Señor, que recoge el Evangelio de la Misa de hoy, nos recuerdan que Dios nos ha creado libres, y espera de nosotros que pongamos interés y esfuerzo por responder con lealtad a sus solicitudes. No podemos permanecer pasivos. Todos nuestros pasos han de moverse dentro de los planes del Padre del Cielo, que nos ha llamado a la Obra en señal de predilección. El Señor nos pide un abandono total y confiado en sus manos, a la vez que quiere que cooperemos con la gracia, poniendo en juego nuestras facultades, todas las capacidades con las que nos ha dotado, ejercitándonos en una lucha sin tregua.

Oigamos al Señor, que nos dice: quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho, y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho (Luc. XVI, 10).

(1) Év. (Luc. XVI, 10).

Que es como si nos recordara: lucha cada instante en esos detalles en apariencia menudos, pero grandes a mis ojos; vive con puntualidad el cumplimiento del deber; sonríe a quien lo necesite, aunque tú tengas el alma dolorida; dedica, sin regateo, el tiempo necesario a la oración; acude en ayuda de quien te busca; practica la justicia, ampliándola con la gracia de la caridad.

*Son éstas, y otras semejantes, las mociones que cada día sentiremos dentro de nosotros, como un aviso silencioso que nos lleva a entrenarnos en este deporte sobrenatural del propio vencimiento. Que la luz de Dios nos ilumine, para percibir sus advertencias; que nos ayude a pelear, que esté a nuestro lado en la victoria; que no nos abandone en la hora de la caída, porque así nos encontraremos siempre en condiciones de levantarnos y de seguir combatiendo*².

Desde que fuimos llamados a la Obra conocemos bien qué es lo que de nosotros espera Dios en cada instante y, si en alguna ocasión surge la duda, tenemos el oportuno consejo. Pero no podemos confundir el abandono confiado en manos de los Directores con una cómoda pasividad, con la falta de iniciativa y responsabilidad. Nosotros debemos vivir prudentemente nuestra lucha diaria por la santidad. En la Confidencia, al hablar de nuestra vida interior, debe haber iniciativa, fruto de la oración,

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 77.

de la profundidad en el examen. Después tratamos de poner en práctica lo que nos aconsejen, seguros de cumplir así la Voluntad de Dios; pero aun entonces tendremos que ejercitar la prudencia sobrenatural, poniendo también la inteligencia al servicio de lo que nos indiquen. Nuestra cooperación activa no puede faltar, porque nosotros somos los primeros interesados y los primeros responsables de nuestra propia santidad.

RECORDAD muchas veces, para que os sirva de acicate, la queja del Señor: filii huius saeculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt (Luc. XVI, 8); los hijos de las tinieblas son más prudentes que los hijos de la luz. Palabras duras pero muy exactas, porque, por desgracia, se cumplen cada día.

Entretanto, los enemigos de Dios y de su Iglesia se mueven y se organizan. Con una constancia ejemplar, se preparan sus cuadros, mantienen escuelas donde forman directivos y agitadores y con una acción disimulada —pero eficaz— propagan sus ideas y llevan, a los hogares y a los lugares de trabajo, su semilla destructora de toda ideología religiosa³.

Si los enemigos de la Iglesia se organizan y derrochan ingenio para llevar a cabo propósitos torcidos, ¿qué debemos hacer los cristianos por servir a

nuestro Dios? El amor sabe encontrar recursos, despierta las fuerzas dormidas de la inteligencia para servir al que ama. Si de verdad queremos trabajar por el Señor, encontraremos el modo de ser eficaces. Así no se podrán aplicar a nosotros aquellas palabras: *si lo que hacen por bien parecer al mundo lo hicieran rectificando la intención, por Dios... ¡qué santos serían algunos y algunas!*⁴.

Tenemos que hacernos presentes, con iniciativa y responsabilidad, en las encrucijadas todas del mundo. Es *muy propio de vuestra vocación la intervención prudente —y cuando digo prudente, no digo tímida—, activa y discreta, a la manera de como actúan los ángeles, que tienen una acción invisible pero efficacísima, en las diversas asociaciones y corporaciones —públicas o no— de ámbito local, nacional o de extensión internacional⁵*. En nuestro afán apostólico hemos de poner audacia y valentía, que son la naturalidad propia de los enamorados. Y de esa manera todas las actividades que los hombres realizan, serán en nuestras manos medios para extender el Reino de Dios. *Estad presentes sin miedo en todas las actividades y organizaciones de los hombres para que Cristo esté presente en ellas. Yo he aplicado a nuestro modo de trabajar aquellas palabras de la Escritura: ubicumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilae*

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 23.

(4) *Camino*, n. 215.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 20.

(Matth. XXIV, 28), *porque Dios Nuestro Señor nos pediría cuenta estrecha, si, por dejadez o comodidad, cada uno de vosotros, libremente, no procurara intervenir en las obras y en las decisiones humanas, de las que dependen el presente y el futuro de la sociedad*⁶.

Hemos de estar bien convencidos de la repercusión que una vida santa tiene sobre el mundo entero. Si respondes a la llamada que te ha hecho el Señor, tu vida —¡tu pobre vida!— dejará en la historia de la humanidad un surco hondo y ancho, luminoso y fecundo, eterno y divino⁷.

MUY ESPECIALMENTE debemos poner en juego todos los recursos naturales para llevar a cabo las tareas grandes o pequeñas que la Obra nos encomienda. Urge por eso adquirir responsabilidad y madurez, porque hemos de tener la *mesura, la serenidad, la fortaleza, el sentido de responsabilidad que adquieren muchos a la vuelta de los años*⁸.

Lo exige la vocación, la buena marcha de la labor y la eficacia toda de la Obra. A medida que llevamos más tiempo en Casa, debe aumentar también la capacidad para llevar una carga abundante sobre nuestros hombros. Debe crecer la responsabilidad en tomar decisiones, la perfección en terminar el

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 9-M959, n. 20.

(7) *Forja*, n. 59.

(8) De nuestro Padre, *Meditación*, 17-11-1959.

trabajo, la madurez en los juicios para atender a todas las circunstancias de nuestra actuación, recordando nuestra experiencia y la de los otros, para saber decidir en cada momento, con sensatez, inteligencia y sentido sobrenatural. *Tanto más conviene tener razón y prudencia cuanto más se participa del régimen y del gobierno*⁹.

Así pues —advierte San Pablo—, *mirad con cuidado cómo vivís; no sea como necios, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo presente, pues los días son malos. Por eso, no os volváis insensatos, sino entended cuál es la voluntad del Señor*¹⁰.

Responsabilidad para que no se nos tenga que urgir o recordar el cumplimiento del deber, para que las iniciativas sean siempre savia nueva de nuestro trabajo. Responsabilidad porque *en estos momentos —¡y siempre!—, cuando el Señor quiere que se esparza su semilla, en una divina dispersión por los distintos ambientes, quiere también que la extensión no haga perder la intensidad...*

Y tú tienes la misión, clara y sobrenatural, de contribuir a que esa intensidad no se pierda."

Responsabilidad para que se pueda confiar en nosotros, y los Directores queden tranquilos después

(9) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 47, a. 12 c.

(10) *Ephes.* V, 15-17.

(11) *Forja*, n. 896.

de encargarnos algo, sabiendo que lo llevaremos hasta el fin, renovando cuantas veces sea preciso la ilusión primera. Responsabilidad para sentir las necesidades de la Obra.

Te exhorto, por la gracia de que estás revestido, a que aceleres el paso de tu carrera, y a que exhortes tú, por tu parte, a todos para que se salven. Desempeña el lugar que ocupas con toda diligencia, de cuerpo y espíritu. Preocúpate de la unidad, mejor que la cual nada existe. Llévalos a todos sobre ti, como a ti te lleva el Señor. Sopórtalos a todos con espíritu de caridad, como ya lo haces. Dedícate sin interrupción a la oración. Pide mayor inteligencia. Está alerta, despierto de espíritu, desconociendo el sueño. Carga sobre ti, como perfecto atleta, las enfermedades de todos. Donde mayor es el trabajo, allí es más rica la ganancia¹².

Tendrás todo esto, siendo joven, prometía nuestro Padre, si no me pierdes el sentido sobrenatural de hijo de Dios, porque El te dará más que a los viejos, esas condiciones convenientes para hacer tu labor de apóstol¹³.

Lograremos este sentido de responsabilidad, la prudencia de la persona madura, humana y sobrenaturalmente, si acudimos a la Virgen, como niños pequeños, siempre necesitados de su auxilio.

(12) San Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Polycarpum* 1, 2-3.

(13) De nuestro Padre, Meditación, 17-IM959.

396.

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

—La vida es breve; hay que aprovecharla para amar.

—El aprovechamiento del tiempo, manifestación de prudencia sobrenatural.

—Docilidad y piedad: medios para mantener vibrante el amor de Dios.

CUANDO me dirijo a vosotros, cuando conversamos todos juntos con Dios Nuestro Señor, sigo en alta voz mi oración personal: me gusta recordarlo muy a menudo. Y vosotros habéis de esforzaros también en alimentar vuestra oración dentro de vuestras almas, aun cuando por cualquier circunstancia, como la de hoy por ejemplo, nos veamos precisados a tratar de un tema que no parece, a primera vista, muy a propósito para un diálogo de amor, que eso es nuestro coloquio con el Señor. Digo a primera vista, porque todo lo que nos ocurre, todo lo que sucede a nuestro lado puede y debe ser tema de nuestra meditación.

Tengo que hablaros del tiempo, de este tiempo que se marcha. No voy a repetir la conocida afirmación de que un año más es un año menos... Tampoco os sugiero que preguntéis por ahí qué piensan del transcurrir de los días, ya que probablemente —si lo hicierais— escucharíais alguna respuesta de este estilo: juventud, divino tesoro, que te vas para no volver... Aunque no

excluyo que oyeráis otra consideración con más sentido sobrenatural.

*Tampoco quiero detenerme en el punto concreto de la brevedad de la vida, con acentos de nostalgia. A los cristianos, la fugacidad del caminar terreno debería incitarnos a aprovechar mejor el tiempo, de ninguna manera a temer a Nuestro Señor, y mucho menos a mirar la muerte como un final desastroso. Un año que termina —se ha dicho de mil modos, más o menos poéticos—, con la gracia y la misericordia de Dios, es un paso más que nos acerca al Cielo, nuestra definitiva Patria *

La liturgia de hoy nos invita a considerar aquellas palabras con las que San Pablo infundía esperanza a los Tesalonicenses: *no queremos, hermanos, que ignoréis lo tocante a la suerte de los muertos, para que no os aflijáis como los demás que carecen de esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios por Jesús tomará consigo a los que se durmieron en El*². A la vez, se nos advierte con palabras de Jesús mismo: *velad y estad preparados, porque a la hora que no sabéis vendrá el Hijo del hombre*³.

Hemos de vivir en una vigilante espera del abrazo definitivo de Dios en el Cielo, pero sabiendo que la bienaventuranza esperada será proporcionada al

(1) *Amigos de Dios*, n. 39.

(2) *L. I (A) (I Thess. IV, 13-14)*.

(3) *Miel. (A) (Matth. XXIV, 42, 44)*.

amor que hayamos puesto en la vida presente. Y la vida es breve; hay que aprovecharla, pues, para amar a Dios, correspondiendo al amor que El nos tiene.

En la vida hay que amar, hijas e hijos míos. El que no sabe o no quiere hacerlo es un pobre desgraciado, que se encierra en su egoísmo, y no encuentra más que motivos de amargura, susceptibilidades, preocupaciones, tristezas. Muchas veces, cuando tropezamos con obstáculos de este tipo en nuestro camino personal, la explicación se encuentra en que hemos empequeñecido el corazón. No se lo damos enteramente al Señor o nos ponemos a perder el tiempo, con ataduras de aquí abajo.

*Para perseverar fielmente, delicadamente, hay que amar. Amar, dando; amar, guardándonos para El, con la mortificación, con la guarda de los sentidos, huyendo de las ocasiones; amar, venciendo el egoísmo, con una disponibilidad y una entrega incondicionadas a la tarea que nos pide la Obra, que nos exigen las almas *.*

ABRAMOS el Evangelio de San Mateo, en el capítulo veinticinco: el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa. De estas vírgenes, cinco eran necias y cinco prudentes (Matth. XXV, 1-2). El evangelista cuenta que las prudentes han aprovechado

(4) *De nuestro Padre*, Crónica, 1973, p. 904.

el tiempo. Discretamente se aprovisionan del aceite necesario, y están listas, cuando les avisan: jeh, que es la hora!, mirad que viene el esposo, salidle al encuentro (Matth. XXV, 6): avivan sus lámparas y acuden con gozo a recibirlo.

Llegará aquel día, que será el último y que no nos causa miedo: confiando firmemente en la gracia de Dios, estamos dispuestos desde este momento, con generosidad, con reciedumbre, con amor en los detalles, a acudir a esa cita con el Señor llevando las lámparas encendidas. Porque nos espera la gran fiesta del Cielo. Somos nosotros, hermanos queridísimos, los que intervenimos en las bodas del Verbo. Nosotros, que tenemos ya fe en la Iglesia, que nos alimentamos con la Sagrada Escritura, que gozamos porque la Iglesia está unida a Dios. Pensad ahora, os ruego, si habéis venido a estas bodas con el traje nupcial: examinad atentamente vuestros pensamientos (San Gregorio Magno, Homiliae in Evangelia 38, 11). Yo os aseguro a vosotros —y me aseguro a mí mismo— que ese traje de bodas estará tejido con el amor de Dios, que habremos sabido recoger hasta en las más pequeñas tareas. Porque es de enamorados cuidar los detalles, incluso en las acciones aparentemente sin importancia.

Pero sigamos el hilo de la parábola. Y las fatuas, ¿qué hacen? A partir de entonces, ya dedican su empeño a disponerse a esperar al esposo: van a comprar el aceite. Pero se han decidido tarde y, mientras iban, vino el esposo y las que estaban preparadas entraron

con él a las bodas, y se cerró la puerta. Al cabo llegaron también las otras vírgenes, clamando: ¡Señor, Señor, ábrenos! (Matth. XXV, 10-11). No es que hayan permanecido inactivas: han intentado algo... Pero escucharon la voz que les responde con dureza: no os conozco (Matth. XXV, 12). No supieron o no quisieron prepararse con la solicitud debida, y se olvidaron de tomar la razonable precaución de adquirir a su hora el aceite. Les faltó generosidad para cumplir acabadamente lo poco que tenían encomendado. Quedaban en efecto muchas horas, pero las desaprovecharon⁵.

Ingenua imprudencia sería, al considerar aún lejos el final de nuestro paso por la tierra, plantear la lucha interior y el apostolado *a largo plazo*, como si tuviéramos tiempo indefinido para llevarlo a cabo. Terminaríamos por aflojar en la pelea, por entibiar nuestro amor. Y si Dios viniera a buscarnos entonces, nos ocurriría como a las vírgenes necias: nos faltaría tiempo para volver a la antigua vibración. *Hijos míos, a veces tampoco se tiene tiempo, porque se descuida la oración, porque no se prepara bien... Tienes tú que ir pensando: ¿por qué no preparo bien mis clases?, ¿por qué llego tarde a veces a las reuniones de familia?, ¿por qué a veces me acuesto y me levanto fuera de hora?, ¿por qué atropello el trabajo que me encomiendan?, ¿por qué lo abandono después de haberlo recibido con entusiasmo?, ¿por qué tanta omi-*

(5) *Amigos de Dios. nn. 40-41.*

sión?, ¿por qué tanto desorden?... Son pequeneces, pero todo eso es el aceite⁶.

YA ES hora de que despertéis del sueño —escribía San Pablo—, pues ahora nuestra salvación está más cerca que cuando creímos. La noche está avanzada, el día se ha acercado⁷. Pongamos, pues, de nuestra parte, todos los medios aptos para llenar de amor los días y los meses y los años de nuestra vida. Nos pueden ayudar unas palabras de nuestro Padre: *sed dóciles, dejaos llevar por la gracia, en los modos para tratar más finamente al Señor. Os aseguro que a mí me llena de paz esa obediencia, porque así estoy más seguro, y sé que hago, no lo que yo quiero, sino lo que Dios desea.*

Si os cuesta obedecer en la dirección espiritual, obedeced enseguida. Cuando veo a un hermano vuestro que se comporta así, me llevo una gran alegría. El comportamiento de los hijos míos que obedecen prontamente, sin rechistar, por amor de Dios, me sirve para tener más presencia de Dios.

De cada uno de vosotros, y más especialmente de los mayores, dependen tantas cosas. La gente se fija en lo que hacéis y os juzga. El juicio que hagan será bueno, si en todo momento procuráis trabajar y obrar con

(6) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.
(7) Rom. XIII, 11-12.

sentido sobrenatural, con serenidad y con templanza. Esforzaos en moveros con rectitud de intención, con el corazón limpio, enteramente dedicado al Señor. En nuestra vida, el corazón tiene que estar brillante, limpio; por eso, es muy importante que dejemos que nos pasen el paño, para desprendernos de todo, hasta de aquellas motas de polvo que a nosotros nos resultan quizá invisibles⁸.

Vivir desprendidos de todo, con el corazón puesto en el Señor, dóciles y obedientes a las indicaciones de los Directores, lleva a encontrar siempre tiempo para todo. Cualquier problema o dificultad en este sentido se resuelve con prontitud, porque si no hallamos nosotros mismos la solución, pero permitimos de verdad que quien tiene esa misión de Dios nos pueda exigir lo que conviene, enseguida tendremos luz y criterio para reaccionar, *redimiendo el tiempo⁹.*

Y junto a la docilidad, buscar sinceramente en todo momento el trato con Nuestro Señor. *El amor a Dios se aumenta a la manera humana, que es divina: con el trato. Id a buscar con ansiedad y con impaciencia a Jesucristo, como enamorados, procurando que, a través de la Virgen —Madre de Dios y Madre nuestra— os llegue ese desbordarse de la gracia de Dios, que es agua que salta hasta la vida eterna.*

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 905.

(9) Cotos. IV, 5.

De nuestro quehacer ordinario, del de cada momento, hemos de exprimir todo el sentido divino: Cristo que trabaja por nosotros, Cristo que se apoya en nosotros, Cristo que no sólo pasa continuamente a nuestro lado, haciéndonos el bien y dándonos ocasión —también en las contradicciones— de amarle más y de darle a conocer, sino que se queda con nosotros de asiento, por la acción del Espíritu Santo. Nos debé consumir el celo por aprovechar todo nuestro tiempo, de que no se nos escapen los segundos, para renovar nuestra entrega, y para decirle con la boca, con el corazón y con las obras: ¡Jesús, te quiero de veras!

Dad el valor que tiene a cada minuto de vuestra vida. Querría meteros en la cabeza que, a pesar de nuestra poquedad personal, si somos fieles, no se pierde ni un suspiro; todo da su fruto, aunque nosotros no lo merezcamos, ni lo veamos a veces.

*Luchad, procurad vencer, sed desprendidos, alegres. No dejéis solo a Jesucristo en la Eucaristía. Y acogeos a la protección de Santa María y de nuestro Padre y Señor San José, para que todos sepamos gastar hasta el último instante de nuestra vida en alabanza, honor y gloria de la Trinidad Santísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo*¹⁰.

(10) De nuestro Padre, Crónica, 1973, pp. 906-907.

397.

LUNES

—La formación que nos da la Obra crea en nosotros un común denominador.

—La formación no tiende a uniformarnos: tenemos un numerador personalísimo y variado.

—Responsabilidad de transmitir integro el espíritu de la Obra.

DESDE el día en que el Señor nos llamó a su Obra, ha ido creciendo nuestro amor a esta Madre Guapa; y una de sus características más bellas es la unidad y la variedad, la unidad de espíritu y la variedad en sus hijos, cada uno con sus caracteres personales, propios. *Unidad y variedad. —Habéis de ser tan varios, como variados son los santos del cielo, que cada uno tiene sus notas personales especialísimas. —Y, también, tan conformes unos con otros como los santos, que no serían santos si cada uno de ellos no se hubiera identificado con Cristo*¹.

Cada uno de nosotros es distinto de los demás y, a pesar de los defectos personales, todos los hijos de la Obra somos *como luceros en medio del mundo al poner en alto la palabra de vida*². Esto es posible porque nuestro común denominador brilla en la

(1) Camino, n. 947.

(2) Allel. (Philip. II, 1516).

multiplicidad de circunstancias humanas gracias a la variedad de nuestro numerador.

Como a Nuestro Señor —escribió nuestro Padre—, a mí también me gusta emplear parábolas, acudiendo sobre todo a esas imágenes de la pesca —barcas y redes—, que tienen un sabor tan evangélico. Nosotros somos como peces cogidos en una red. Nos ha pescado el Señor con la red de su amor, entre las olas de este mundo nuestro revuelto; pero no para sacarnos del mundo —de nuestro ambiente, de nuestro trabajo ordinario—, sino para que, siendo del mundo, seamos a la vez totalmente suyos. Non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos a malo floann. XVII, 15); no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal.

Además, esta red, que nos une a Cristo y nos mantiene unidos entre nosotros mismos, es una red amplísima, que nos deja libres, con responsabilidad personal. Porque la red es nuestro común denominador —pequeñísimo— de cristianos que quieren servir a Dios en su Obra; es la formación católica, que nos lleva a acatar con la máxima fidelidad el Magisterio de la Iglesia³.

El vínculo que nos une es sólo espiritual. Estáis vinculados unos a otros, y cada uno con la Obra entera, sólo en el ámbito de la búsqueda de vuestra propia santificación, y en el campo —también exclusivamente

espiritual— de llevar la luz de Cristo a vuestros amigos, a vuestras familias, a los que os rodean.

Sois, por tanto, ciudadanos que cumplen sus deberes y ejercitan sus derechos, y que están (...) en el Opus Dei sólo para ayudarse espiritualmente a buscar la santidad y a ejercer el apostolado, con unos medios ascéticos y unos modos apostólicos peculiares. El fin espiritual de la Obra no distingue entre razas o pueblos —únicamente ve almas—, por lo que se excluye toda idea de partido o de mira política.

Y así, en todo: en lo que se refiere al espíritu y al apostolado de la Obra, no estáis unidos más que por un empeño de fe, de moral y de doctrina social, que es el espíritu de la Iglesia Católica y, por tanto, el de todos los fieles.*

EN LA Misa de hoy leemos la recomendación de San Pablo a Tito⁵. El Apóstol enumera una serie de virtudes, un espíritu que Tito debe vivir en el desempeño de las funciones que le ha confiado, y deja a su buen criterio el modo práctico de manifestarlo.

El espíritu de la Obra nos lleva a identificarnos con Cristo; pero esa identificación no es uniformidad, es comunión en una misma fe y en un mismo espíritu. Cada día —escribió nuestro Fundador— *habéis de tener más respeto a la personalidad de cada*

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 47.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 44.

(5) Cfr. *L. I (II) Vil. I, 1-9*.

uno de vuestros hermanos; desde el primer momento ha querido el Señor —como parte principal de nuestra vocación— que tengamos el numerador distinto, bien distinto. Una gran libertad en todo lo que no es denominador común. Cuanto más varios seamos, mejor serviremos a Dios, mejor Opus Dei seremos en el mundo: en nuestra familia la diversidad, en todas las cosas temporales y en las teológicas legítimamente opinables, es clara manifestación de buen espíritu.

Para hacernos presentes en todas las actividades de los hombres, para ejercer —como nos pide el Señor— labor apostólica especialmente en la vida secular, tenemos necesidad de ver, de respetar —esto es poco—, de cultivar, la personalidad propia de cada uno de vuestros hermanos.

No olvidéis lo que hay en la base de toda nuestra labor: la exigencia de un trabajo —el que sea—, realizado por cada uno con la mayor perfección, con sentido sobrenatural y, siempre y en todo, con libertad y responsabilidad personal.

Es cierto que llevamos un camino común, porque única es —os lo diré de nuevo— la vocación que todos hemos recibido al Opus Dei. Pero se puede andar por el camino de muchas maneras. Se puede andar por la derecha, por la izquierda, en zig-zag, caminando con los pies, a caballo. Hay cien mil maneras de ir por el camino divino: según las circunstancias, será obligatorio para cada uno, porque así se lo impone su conciencia.

da, seguir uno u otro de estos procedimientos. Lo único necesario es no descaminarse⁶.

Esta unidad y esta variedad de la Obra son reflejo fiel de la unidad y de la variedad de la Iglesia de Jesucristo: es única la Iglesia —escribía San Cipriano—, que se extiende sobre muchos por el crecimiento de su fecundidad, como son muchos los rayos del sol, pero una sola es la luz; y muchas son las ramas del árbol, pero uno solo es el tronco clavado en tierra con fuerte raíz; y cuando de un solo manantial derivan muchos arroyos, aunque aparecen muchas corrientes desparramadas por la abundancia del agua, con todo una sola es la fuente en su origen (...), uno solo es el principio y la fuente y una sola la madre exuberante de fecundidad. De su seno nacemos, de su leche nos alimentamos, de su espíritu vivimos⁷.

ESCUCHA, hijo mío, las amonestaciones de tu padre y no desdeñes las enseñanzas de tu madre; porque serán corona de gloria en tu cabeza y collar en tu cuello⁸.

Con la vocación a la Obra hemos recibido del Señor un espíritu y la responsabilidad grande de transmitirlo —con el ejemplo y con la palabra— fielmente. Y consecuencia importante de nuestra vocación

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, nn. 18-19.

(7) San Cipriano, *De catholicae Ecclesiae unitate* 5.

(8) Prov. I, 8.

es la unidad y también la variedad que vivimos en el Opus Dei.

Amor a la unidad. Y para eso, docilidad, en primer lugar, al Magisterio eclesiástico. *Defender la unidad de la Iglesia se traduce en vivir muy unidos a Jesucristo, que es nuestra vid. ¿Cómo? Aumentando nuestra fidelidad al Magisterio perenne de la Iglesia*⁹. Responsabilidad, pues, en nuestra preparación doctrinal religiosa, en los estudios que la Obra nos pide. *Así conservaremos la unidad: venerando a esta Madre nuestra sin mancha; amando al Romano Pontífice*¹⁰.

Hemos de ser también plenamente dóciles a las directrices espirituales y apostólicas de nuestro Prelado y de los Directores, vivir fuertemente unidos con la cabeza, sintiendo sobre nuestros hombros las tareas universales de la Obra; tener hambre de dar a conocer todos los matices de nuestro espíritu y vivirlos; velar siempre por su pureza —¡nuestra bendita corrección fraterna!—; saber trabajar con alegría, fundamentando la labor externa en la oración y en la mortificación; tener ansias de gastarse, de ser cada uno Opus Dei.

Amor a la unidad y amor a la variedad: respeto, amor a la libertad de todos en las cuestiones opinables. Cuidado exquisito para que nunca se presente como espíritu de la Obra algo que es opinión perso-

(9) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(10) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

nal. Eso sería atentar a la unidad de la Obra y a la libertad personal de sus hijos. *No en vano, vos enim —os repetiré con el Apóstol— in libertatem vocati estis* (Galat V, 13), *habéis sido llamados, a la Obra de Dios, para vivir y hacer vivir a los hombres esta misma libertad, qua libértate Christus nos liberavit* (Galat. IV, 31), *que consiguió para nosotros, a precio de sangre —con su vida, por su muerte— Cristo Jesús*¹¹.

Nuestra Madre Santa María, que ha velado siempre por la Obra, nos ayudará a ser responsables, a vivir íntegramente el espíritu que nuestro Padre nos ha dado.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 1.

398.

MARTES

- Nuestra vida debe ser un servicio gustoso y libre.
- Responsabilidad de personas maduras.
- La radical importancia de dar buen ejemplo.

UN DÍA cualquiera, tiempo atrás, sentimos la atracción de Jesús, que pasaba a nuestro lado. Estábamos ocupados en nuestra tarea habitual, cuando Cristo nos llamó. Librementemente, con la libertad del amor, respondimos que sí, que queríamos corresponder a aquella llamada, que agradecíamos su amor y deseábamos ser fieles. No ignorábamos que se trataba de una invitación a una entrega generosa, completa, por amor. Eramos conscientes de que *la legítima libertad de los hombres, si son verdaderamente honrados, con la ayuda divina, les lleva al deseo de servir a Dios y a sus criaturas*. Servite Domino in veritate (Tob. XIV, 10), *servid al Señor en verdad, aconsejaba Tobías a sus hijos. Y éste es el consejo que también os doy* —escribió nuestro Fundador—, *porque hemos recibido la llamada de Dios, para hacer un peculiar servicio a su Iglesia y a todas las almas. La única ambición, el único deseo del Opus Dei y de cada uno de sus hijos es servir a la Iglesia, como Ella quiere ser servida, dentro de la específica vocación que el Señor nos ha dado*.

Nos sumus servi Dei caeli et terrae (/ Esdr. V, 11), *somos siervos del Dios de los cielos y de la tierra. Y toda nuestra vida es eso, hijas e hijos míos*¹.

Nuestra vida en el Opus Dei es un servicio gustoso y ubérrimamente aceptado. *Sus miembros viven libres como pájaros, en medio de todas las actividades humanas, sin haber podido sentir coacción alguna de parte de los que gobiernan. Y vienen a darse, a entregarse, a servir*². Servicio que se concreta en los apostolados que nos indican los Directores, en sacar adelante una tarea grande o pequeña. De ese modo, nuestro afán de ser útiles no se diluye en la generalidad. Tenemos una parcela que cuidar, responsabilidades concretas que llevar a cabo.

El Evangelio de la Misa de hoy nos habla de ese servicio, por el que no tenemos derecho a reclamar ninguna otra cosa que no sea seguir sirviendo. *Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: somos unos siervos inútiles; no hemos hecho más que lo que teníamos que hacer*³. Nuestra vida —es bueno que con frecuencia lo consideremos en la oración— sólo adquiere sentido en esa entrega abnegada y continua. Los *derechos* se han convertido, con la llamada, en *deberes* de mayor generosidad, de entrega más plena, de definitiva renuncia a nuestro yo.

(1) De nuestro Padre, *Carla*, 31-V-1943, n. 1.

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8XII1941, n. 99.

(3) *Ev. (Luc. XVII, 10)*.

Servir con libertad: ahí se condensa la grandeza de un hijo de Dios. *Libremente* —como hijos, insisto, no como esclavos—, seguimos el sendero que el Señor ha señalado para cada uno de nosotros. Saboreamos esta soltura de movimientos como un regalo de Dios.

*Libremente, sin coacción alguna, porque me da la gana, me decido por Dios. Y me comprometo a servir, a convertir mi existencia en una entrega a los demás, por amor a mi Señor Jesús. Esta libertad me anima a clamar que nada, en la tierra, me separará de la caridad de Cristo (cfr. Rom. VIII, 39) *

TODAVÍA no os hacéis cargo del amor que Dios ha derrochado en cada uno de nosotros, llamándonos de los primeros. Cuando pasen treinta años —afirmaba nuestro Padre en 1955—, echaréis la mirada atrás y os pasmaréis. Y no tendréis más que acabar la vida agradeciendo, agradeciendo...⁵. Esas palabras llenan hoy nuestra alma, porque contemplamos la generosidad de Dios, que ha querido volcarse con magnificencia. Y suponen además una nueva llamada a la responsabilidad.

Hijos e hijos queridísimos —escribió nuestro Fundador—, daos cuenta de tantas cosas como el Señor, la Iglesia, la humanidad entera esperan del Opus Dei, que es todavía casi como una semilla escondida en el surco;

(4) *Amigos de Dios*, n. 35.

(5) De nuestro Padre, Crónica VII-55, p. 28.

percataos de toda la grandeza de vuestra vocación y amadla cada día más, decididos a ser el instrumento que el Señor necesita, con optimismo, con alegría, con sentido sobrenatural.

Adelante, hijos míos, que Jesús y la Iglesia esperan mucho de vosotros⁶.

Opus grande ego faciô⁷, estoy haciendo una obra importante. El Señor, al querer el Opus Dei, se fijó en nosotros, para que fuésemos de las primeras generaciones: eslabones iniciales de una cadena que habrá de perpetuarse mientras haya hombres sobre la tierra. Es un motivo más que debe impulsarnos a la responsabilidad propia de personas maduras, independientemente de la edad de cada uno. Una responsabilidad —escribe nuestro Fundador— (...), que es —os voy a dar la medida— la de un padre de familia numerosa y pobre. No tenéis vosotros derecho a ser, a sentirlos, a vivir como hijos de familia: sois padres de familia⁸.

Nuestra paternidad espiritual, si somos fieles, es semejante a aquella que hacía exclamar a San Pablo: *hermanos míos queridos y añorados, mi gozo y mi corona* ». Necesitamos desarrollar un gran sentido de responsabilidad, porque es una gran paternidad espiritual la que vais a tener sobre vuestros hermanos, y porque será luego una gran corona en el Cielo, si sois fieles¹⁰.

(6) De nuestro Padre, Carta. 31-V-1943, n. 62.

(7) *Nehem.* VI, 3.

(8) De nuestro Padre, Instrucción, 31-V-1936, n. 23.

(9) *Philip.* IV, 1.

(10) De nuestro Padre, Crónica XI-59, p. 9.

En la Obra no hay, no puede haberlos, menores de edad. Cuando el Opus Dei estaba recién nacido, y sólo un puñado de personas jóvenes se apiñaban a su alrededor, nuestro Fundador escribía: *suplid con vuestra gravedad —que no es ñoñería, ni tiesura: es exterior muestra del orden y de la pureza de vuestra vida interior— la falta de años. Tened por dirigidas a vosotros las palabras del salmo: super senes intellexi, quia mandata tua quaesivi; entendí más que los ancianos: porque busqué y estudié y practiqué tus mandamientos (CXVIII, 100)»*.

El consejo de nuestro Padre adquiere validez universal en el tiempo y en el espacio: *que se os meta bien en la cabeza y en el corazón que no haremos nada, si no somos santos*¹².

SI VOSOTROS sabéis servir, ¡cómo aprenderán los demás a servir! ¡Cómo afinaréis vosotros y haréis afinar a los demás! Porque enseñaréis con el ejemplo, que es como hay que enseñar. Después, cuando hayáis dado el testimonio, podréis dar la doctrina, la teoría. Cada uno, hemos de ser alter Christus, ipse Christus: y Jesucristo coepit faceré et docere (cfr. Act. I, 1).

*En las viejas guerras, en los momentos de peligro, era el general quien llevaba la bandera y los demás le seguían. ¡Ejemplo!*¹³.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, n. 48.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 62.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 18.

Hay que ayudar a los demás: no estamos solos. Hay que animarles a darse gustosamente. *No puedes destrozar las almas de tus hermanos. Tienes —a pesar de tus pasiones— la responsabilidad de la santidad de los demás, de la eficacia de todos*¹⁴.

Seremos responsables, si aspiramos a estar en primera línea, en la brecha. Hemos de realizar nuestra tarea pensando en el conjunto, trabajar procurando la eficacia de los demás. En primer lugar, no retrasando los asuntos que han de pasar por nuestras manos; realizar nuestra tarea acabadamente, para facilitar la labor de los que la continuarán; dejar escrita nuestra experiencia, de modo que quien nos sustituya pueda empezar donde nosotros terminamos; alegrarnos de ver a otros que harán ese trabajo mejor que nosotros; formar a quienes nos ayudan..., y otros mil detalles que una persona responsable descubre con facilidad.

*Hermanos, sed imitadores míos —dice San Pablo— y fijaos en los que caminan según el modelo que tenéis en nosotros*¹⁵. El que procura vivir bien el espíritu de la Obra es modelo para todos los demás, aunque no se lo proponga. El buen o el mal ejemplo aparece necesariamente, porque *no puede ocultarse una ciudad situada en lo alto de un monte*¹⁶. Y la palabra, respaldada por la vida del

(14) De nuestro Padre, *Meditación*, 19VI-1955.

(15) *Philip.* III, 17.

(16) *Matth.* V, 14.

que habla, penetra agradablemente en el corazón de quien escuchaⁿ.

*El cristiano es sal y luz del mundo no porque venza o triunfe, sino porque da testimonio del amor de Dios; y no será sal, si no sirve para salar; no será luz si, con su ejemplo y con su doctrina, no ofrece un testimonio de Jesús, si pierde lo que constituye la razón de ser de su vida*¹⁸.

Acabamos nuestra oración, haciendo examen para ver si nuestro ejemplo de vida entregada arrastra a los que con nosotros conviven. Y, porque sabemos que esa ayuda depende muy directamente de la coherencia de nuestra vida entera, *hemos de rogar al Señor —a través de su Madre y Madre nuestra— que nos aumente su amor, que nos conceda probar la dulzura de su presencia; porque sólo cuando se ama se llega a la libertad más plena: la de no querer abandonar nunca, por toda la eternidad, el objeto de nuestros amores*¹⁹.

(17) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* 2, 3.

(18) *Es Cristo que pasa*, n. 100.

(19) *Amigos de Dios*, n. 38.

399.

MIÉRCOLES

—La castidad, manifestación de amor a Dios, es virtud para todos.

—La santa pureza es siempre posible, con la ayuda del Señor.

—Medios para vivir la castidad.

LA ENTREGA que nos ha pedido el Señor es una donación de amor, porque *el Señor —Maestro de Amor— es un amante celoso que pide todo lo nuestro, todo nuestro querer. Espera que le ofrezcamos lo que tenemos, siguiendo el camino que a cada uno nos ha marcado*¹. Jesús nos llama en las circunstancias donde la vida nos ha colocado y desea que le entreguemos el corazón. En el celibato apostólico o en el matrimonio, todos los miembros de la Obra hemos de buscar a Dios con sinceridad de corazón y limpieza de vida.

El Señor espera de todos una respuesta generosa: *praebe, fili mi, cor tuum mihi*², dame, hijo mío, tu corazón, nos dice. Nadie queda excluido de esta petición divina: es deber de todos, cualquiera que sea la condición de vida de cada uno. Ciertamente es distinto el modo de vivir la castidad propio de una persona casada y de una persona soltera; *pero, en*

(1) *Forja*, n. 45.

(2) *Prov. XXIII, 26*.

cualquier caso, cada uno en su sitio, con la vocación que Dios le ha infundido en el alma —soltero, casado, viudo, sacerdote— ha de esforzarse en vivir delicadamente la castidad, que es virtud para todos y de todos exige lucha, delicadeza, primor, reciedumbre, esa finura que sólo se entiende cuando nos colocamos junto al Corazón enamorado de Cristo en la Cruz³.

Ningún afecto de nuestro corazón puede quedar en rebeldía, como un contrapeso a nuestra aventura sobrenatural de hijos de Dios. El nos quiere enteros, llenos de vida: *amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente*⁴. Y comenta San Agustín: *¿qué resta de tu corazón para amarte a ti mismo? ¿Qué resta de tu alma? ¿Qué de tu mente? "Ex toto", con todo, dice. Todo lo exige quien te ha hecho*⁵.

Dios da a todos su ayuda para ser fieles al Amor Hermoso y tener en orden el corazón. Si la carne tira a veces para abajo, también la gracia empuja hacia arriba, y poderosa es para cauterizar la herida que dejó el pecado y arrastrar nuestros corazones de carne hasta el Amor de Dios. *Dadle generosamente al Señor —clamaba nuestro Padre— ese corazón joven que tenéis, esa vida hermosa, espléndida: dadle esa vida vuestra. Haced el sacrificio de Abel, no el de Caín. Abel le daba lo más espléndido de su rebaño. Yo os*

(3) *Amigos de Dios*, n. 184.

(4) *Matth.* XXII, 37.

(5) San Agustín, *Sermo* 34, 4.

*quiero como vuestras madres, con alma y con cuerpo. Y así deseo llevaros al Señor, enteros, completos, alma y cuerpo; vuestra inteligencia, vuestros sentidos, todo se lo quiero entregar a Dios*⁶.

EN NUESTRO camino de amor pueden darse momentos de abatimiento o de cansancio físico, ligados muchas veces a un fracaso humano, a una sensación de mediocridad que parece insuperable. En esas ocasiones, puede ocurrir que el alma sienta la tentación de añorar aquellas realizaciones con las que soñó, o aquellas otras que se presentan como apetecibles y a las que renunció por amor de Cristo y —en el caso de las personas casadas— por amor también de una criatura. Hay que recordar entonces que no puede plantearse la cuestión en los mismos términos que la primera vez, porque lo que se podía dar ya se dio; ahora se trata de conservar una cosa ajena, y entran en juego las exigencias de otras virtudes: lealtad, fidelidad... En esos momentos, sin perder la paz, habrá que dirigirse humildemente al Señor.

Todos arrastramos pasiones —escribía nuestro Padre—; *todos nos encontramos con las mismas dificultades, a cualquier edad. Por eso, hemos de luchar. Acordaos de lo que escribía San Pablo: datus est mihi stimulus carnis meae, ángelus Satanae, qui me colaphizet (II*

(6) De nuestro Padre.

Cor. XII, 7), *se rebela el estímulo de la carne, que es como un ángel de Satanás, que le abofetea, porque si no, sería soberbio.*

No se puede llevar una vida limpia sin la asistencia divina. Dios quiere que seamos humildes y pidamos su socorro. Debes suplicar confiadamente a la Virgen, ahora mismo, en la soledad acompañada de tu corazón, sin ruido de palabras: Madre mía, este pobre corazón mío se subleva tontamente... Si tú no me proteges... Y te amparará para que lo guardes puro y recorras el camino al que Dios te ha llamado.

Hijos: humildad, humildad; aprendamos a ser humildes. Para custodiar el Amor se precisa la prudencia, vigilar con cuidado y no dejarse dominar por el miedo. Entre los autores clásicos de espiritualidad, muchos comparan al demonio con un perro rabioso, sujeto por una cadena: si no nos acercamos, no nos morderá, aunque ladre continuamente. Si fomentáis en vuestras almas la humildad, es seguro que evitaréis las ocasiones, reaccionaréis con la valentía de huir; y acudiréis diariamente al auxilio del Cielo, para avanzar con garbo por este sendero de enamorados.

Mirad que el que está podrido por la concupiscencia de la carne, espiritualmente no logra andar, es incapaz de una obra buena, es un lisiado que permanece tirado como un trapo. ¿No habéis visto a esos pacientes con parálisis progresiva, que no consiguen valerse, ni ponerse de pie? A veces, ni siquiera mueven la cabeza. Eso ocurre en lo sobrenatural a los que no son humildes y se

han entregado cobardemente a la lujuria. No ven, ni oyen, ni entienden nada. Están parálíticos y como locos. Cada uno de nosotros debe invocar al Señor, a la Madre de Dios, y rogar que nos conceda la humildad y la decisión de aprovechar con piedad el divino remedio de la confesión. No permitáis que en vuestra alma anide un foco de podredumbre, aunque sea muy pequeño. Hablad. Cuando el agua corre, es limpia; cuando se estanca, forma un charco lleno de porquería repugnante, y de agua potable pasa a ser un caldo de bichos.

Que la castidad es posible y que constituye una fuente de alegría, lo sabéis igual que yo; también os consta que exige de cuando en cuando un poquito de lucha. Escuchemos de nuevo a San Pablo: me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero al mismo tiempo echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste a la ley de mi espíritu y me sojuzga a la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo. ¡Oh qué hombre tan infeliz soy! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 22-24). Grita tú más, si te hace falta, pero no exageremos: suficit tibi gratia mea (II Cor. XII, 9), te basta mi gracia, nos contesta Nuestro Señor⁷.

SI ALGUNA vez en nuestra vida nos costase más vivir la virtud de la santa pureza, deberemos poner

(7) *Amigos de Dios*, nn. 180-181.

más medios sobrenaturales y humanos, y afirmarnos de nuevo en la entrega, con la cabeza clara. *Hay que saber decir que no, por el gran Amor, con mayúscula. No lo olvidéis en la vida. Yo me moriré, por ley natural, antes que vosotros. Así que no lo olvidéis en la vida, hijos de mi alma, no lo olvidéis*⁸.

Ante todo, debemos prevenir este momento. En el terreno sobrenatural ocurre lo mismo que en el terreno humano: no basta con dar la vida a los hijos, sino que hay que formarlos, sin ligarlos a uno mismo, sabiendo engendrarlos con sacrificio y renunciar después a recibir nada a cambio. Y por eso es esencial para nosotros el proselitismo, que colma sobradamente esta exigencia de la vida humana. ¿Quién no ha sentido, haciendo proselitismo, ese gozo humano y sobrenatural de un nacimiento a la vida de la gracia, a la santidad y al apostolado, la alegría del nacimiento de un hijo de su espíritu? Y también inmensa dicha si, como puede suceder en el caso de los Supernumerios, el que se decide a una vida de entrega es un hijo de la carne.

De todos modos, aun en el caso de una vida entregada, puede permitir el Señor que se hagan presentes situaciones que exijan mayor lucha por nuestra parte. Sería el momento de acudir de nuevo al Señor, como hicieron los diez leprosos de que nos habla hoy el Evangelio de la Misa: le salieron al en-

(8) De nuestro Padre.

cuentro, *se detuvieron a distancia y le dijeron gritando: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros*⁹.

Si alguna vez nos sentimos llenos de lepra, debemos imitar este ejemplo del Evangelio: *tenemos que ser humildes, y acudir a la Santísima Virgen, y ser sinceros. El día que tuvierais un rincón de vuestra alma, una cosa que no sabe el que lleva vuestra Confidencia, tendríais un secreto con el diablo. Sería triste que, para servir a Dios, tuvierais una vergüenza que no tienen los demás para ofenderle*¹⁰.

A la petición humilde de los diez leprosos, el Señor contestó: *id y presentaos a los sacerdotes*¹¹. Les manda que vayan a los que están constituidos en autoridad. Y su obediencia fiel limpió su carne para siempre. *¿Lo ves? Piensa en cambio en la esterilidad de aquellos que no quieren obedecer, que dicen que no pueden obedecer. Y quizá en esos momentos tienen razones, pero lo que en el fondo les sucede es que no quieren ser limpios, que no quieren poner los medios para recibir la gracia*¹².

Hagamos el propósito, ante Santa María, *Mater Pulchrae Dilectionis*, de acudir a su Corazón Inmaculado siempre que nuestro pobre corazón sienta el zarpazo de una pasión desordenada. Iremos así adelante, convencidos hasta el fondo de que *estamos*

(9) Ev. (Luc. XVII, 12-13).

(10) De nuestro Padre.

(11) Ev. (Luc. XVII, 14).

(12) De nuestro Padre, Meditación, 9-IIM962.

*bien pagados por esta castidad: sentiréis —si sois fieles— esta paternidad como yo la siento ahora con vosotros. Hijos míos: a mí se me cae la baba cuando os veo firmes, seguros, haciendo todos los días lo mismo, pero cada día con un sentido sobrenatural mayor. Nuestra castidad es para nosotros una afirmación gozosa, un triunfo*¹³.

(13) De nuestro Padre.

400.

JUEVES

—Nuestra alma es como un vaso que el Espíritu Santo quiere llenar con su gracia.

—Evitar todo lo que pueda romper ese vaso.

—Docilidad a la acción del Espíritu Santo.

LAS LECTURAS litúrgicas de esta semana, tomadas del Libro de la Sabiduría, nos invitan a meditar unas palabras que nuestro Fundador dirigía a todos sus hijos, hace ya muchos años.

Me gusta comparar nuestra alma a un vaso que ha hecho Dios Nuestro Señor, para que se pueda poner en él un licor, el licor de la Sabiduría, que es un don (...) que el Espíritu Santo vierte generosamente en nuestros corazones con su gracia. Tan maravilloso es este don, que Dios a nadie ama sino al que mora con la Sabiduría CSap. VII, 28).

Os recordaré lo que dice la Sagrada Escritura: que con la Sabiduría vienen todos los bienes (...). De otro modo podemos decir que, con el espíritu del Opus Dei, vienen también todos los bienes a un alma, porque es Sabiduría este modo nuestro de vivir cara a Dios, sin buscar el anonimato, sin importarnos que nos vean o que nos oigan, procurando actuar en conciencia, con rectitud de intención.

Si somos leales a la vocación, hijas e hijos míos, sobre todos nosotros reposará este espíritu de Sabidu-

ría, que el Señor reparte a manos llenas entre quienes le buscan con corazón recto. Para ser verdaderamente sabios —os lo he dicho muchas veces—, no es preciso tener una cultura amplia. Si la tenéis, bien; y si no, igualmente estupendo, si sois fieles, porque recibiréis siempre la ayuda del Espíritu Santo. Además, si asistís a los medios de formación que os proporciona la Obra, si aprovecháis las Convivencias y Cursos anuales, y los retiros, alcanzaréis una formación teológica tan honda como la que puede tener un buen sacerdote.

Pero no es necesario poseer una gran ciencia. Hay un saber al que sólo se llega con santidad: y hay almas oscuras, ignoradas, profundamente humildes, sacrificadas, santas, con un sentido sobrenatural maravilloso: Yo te glorifico, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeñuelos (Matth. XI, 25) (...).

Santidad personal: esto es lo importante, hijas e hijos míos, lo único necesario (cfr. Luc. X, 42). La Sabiduría está en conocer a Dios y en amarle. Y os recordaré con San Pablo, para que nunca os coja de sorpresa, que llevamos este tesoro en vasos de barro: habemus autem thesaurum istum in vasis fictilibus (// Cor. IV, 7). Un recipiente tan débil, que con facilidad puede romperse, ut sublimitas sit virtutis Dei et non ex nobis (IbidJ, para que se reconozca que toda esa hermosura y ese poder es de Dios, y no nuestra. Dice también la Escritura Santa que el corazón del necio es co-

mo un vaso quebrado, que no retiene la Sabiduría (Eccli. XXI, 17). Con esto, el Espíritu Santo nos enseña que no podemos ser como niños o como locos. Hemos de ser fuertes, hijos de Dios; estaremos en nuestro trabajo y en la labor profesional, con una presencia de Dios continua que nos haga vivir en la perfección de las cosas pequeñas. Hemos de mantener el vaso íntegro, para que no se derrame ese licor divino ¹.

EL VASO no se rompe si todo lo dirigimos hacia Dios, incluso nuestras pasiones. Las pasiones, en sí mismas, no son ni buenas ni malas: depende de cada persona sujetarlas, y entonces son buenas, aunque sólo sea por ese motivo negativo: quia virtus in infirmitate perficitur (// Cor. XII, 9). Porque al sentir esta enfermedad moral, si vencemos y logramos la salud, adquirimos más trato con Dios, más santidad (...).

Haced vuestra oración con estas palabras que os estoy diciendo. Adentraos en vuestro corazón, con la luz que os da el Espíritu Santo, para quitar todo aquello que pueda romper el vaso, todo lo que pueda robaros la unidad de vida. Debéis ser personas —os lo recuerdo siempre— que no se maravillen cuando sientan que llevan dentro de sí una bestia.

A mí, que me ha tocado vivir tantas cosas, me parece un sueño cuando contemplo la realidad esplendí-

(1) De nuestro Padre, Meditación *El licor de la sabiduría*, junio 1972.

da de nuestro *Opus Dei* y compruebo la lealtad de los hijos míos a Dios, a la Iglesia, a la Obra. Es lógico que alguna vez se quede alguien en el camino. A todos damos el alimento apropiado, pero aun tomando un alimento muy bien escogido dietéticamente, no todo se asimila. No quiere decir que sean gente mala. Esos pobrecitos vienen luego con lágrimas como puños, pero ya no tiene remedio.

Esta desgracia nos puede suceder a todos, hijas e hijos míos; a mí también. Mientras me halle en la tierra, también yo soy capaz de cometer una tontería grande. Con la gracia de Dios y vuestras oraciones, con el poco de esfuerzo que haga, no me ocurrirá jamás.

No hay nadie que esté exento de este peligro. Pero si hablamos, no pasa nada. No dejéis de hablar, cuando os suceda algo que no quisierais que se supiese. Decidlo enseguida. Mejor antes y, si no, después; pero hablad. No olvidéis que el pecado más grande es el de soberbia. Ciega muchísimo. Hay un viejo refrán ascético que reza así: lujuria oculta, soberbia manifiesta.

Nunca me cansaré de insistiros en la importancia de la humildad, porque el enemigo del amor es siempre la soberbia: es la pasión más mala, es aquel espíritu de raciocinio sin razón, que late en lo íntimo de nuestra alma y que nos dice que nosotros estamos en lo cierto, y los demás equivocados. Cosa que sólo por excepción es verdad.

Sed humildes, hijos míos. No con una humildad de garabato, como algunos que solían andar encogidos

por la calle. Cabe una actitud marcial del cuerpo, siendo bien humildes. Tendréis así una voluntad entera, sin quiebra; un carácter completo, no débil; esculpido, no dibujado. Y no se romperá el vaso.

¡Sed fieles, sed leales! Tendréis muchas ocasiones en la vida de no ser fieles y de no ser leales, porque nosotros no somos plantas de invernadero. Estamos expuestos al frío y al calor, a la nieve y a la tormenta. Somos árboles, que a veces se llenan de polvo, porque están a todos los vientos, pero que se quedan limpios, preciosos, en cuanto viene la gracia de Dios, como la lluvia. No os asustéis por nada. Si no sois soberbios —repito—, iréis adelante ¡siempre!².

¿Y COMO haréis las cosas bien, para corresponder al amor de esta Madre guapa que es la Obra, para ser leales? Es muy fácil, muy fácil. En primer lugar, tenéis que dejar hacer en vosotros, sin protesta, porque no os conocéis. Yo he cumplido ya setenta años, y no acabo de conocerme bien, de modo que vosotros ¡dónde andaréis con vuestro propio conocimiento! (...).

Después, hacer. Os he dicho innumerables veces que nadie pierde su personalidad al venir a la Obra; que la diversidad, el sano pluralismo, es manifestación de buen espíritu. Pues haced por vuestra cuenta, que nadie os lo impedirá. El *Opus Dei* respeta totalmente

(2) De nuestro Padre, Meditación *El licor de la sabiduría*, junio 1972.

el modo de ser de cada uno de sus hijos. Nosotros perdemos relativamente la libertad, sin perderla, porque nos da la gana. Es la razón más sobrenatural: porque nos da la gana, por amor.

Que seáis personas rectas porque lucháis, procurando conciliar a esos dos hermanos que todos tenemos dentro: la inteligencia, con la gracia de Dios, y la sensualidad. Dos hermanos que están con nosotros desde que nacemos, y que nos acompañarán durante todo el curso de nuestra vida. Hay que lograr que convivan juntos, aunque se oponga el uno al otro, procurando que el hermano superior, el entendimiento, arrastre consigo al inferior, a los sentidos. Nuestra alma, por el dictado de la fe y de la inteligencia y con la ayuda de la gracia de Dios, aspira a los dones mejores, al Paraíso, a la felicidad eterna. Y allí hemos de conducir también a nuestro hermano pequeño, la sensualidad, para que goce de Dios en el Cielo.

Que esta unidad de vida sea el resultado de la bondad del Señor con cada uno y con la Obra entera, y efecto también de vuestra lucha personal. Nunca mejor que ahora se puede recordar que la paz es consecuencia de la guerra: de esa guerra maravillosa contra nosotros mismos, contra nuestras malas inclinaciones. Una guerra que es guerra de paz, porque busca la paz.

Perdemos la serenidad cuando no es la inteligencia con la gracia divina, quien dirige nuestra vida, sino las fuerzas inferiores. ¡No os asustéis de encontraros monstruosos, inclinados a cometer todas las atrocida-

des.' Con la ayuda del Señor iremos hasta el final, seguros, con esa paz —repito— que es consecuencia de la victoria. Un triunfo que no es nuestro, porque es Dios quien vence en nosotros si no ponemos dificultades, si hacemos el esfuerzo de tender nuestra mano a la mano que desde el Cielo se nos ofrece.

Hijos míos, unidad de vida. Lucha. Que aquel vaso, del que os hablaba antes, no se rompa. Que el corazón esté entero y sea para Dios. Que no nos detengamos en miserias de orgullo personal. Que nos entreguemos de verdad, que sigamos adelante. Como el que camina para ir a una ciudad procura insistir, y un paso detrás de otro logra andar todo el camino. La ayuda de nuestro Padre Dios no nos faltará³.

Antes de terminar la oración de hoy, acudamos a la Virgen Santísima, Esposa del Paráclito, para que —como pedía nuestro Padre— nos alcance una gran devoción al Espíritu Santo, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad..., espíritu de temor de Dios (Isai. XI, 2-3). Y, con esa devoción, el convencimiento de que —si somos dóciles— seremos instrumentos suyos *. Y así, nuestro corazón no será nunca un vaso quebrado, y el licor divino de la Sabiduría nos embriagará siempre en nuestra vida: porque a la luz sucede la noche, pero la maldad no triunfa de la Sabiduría (Sap. VII, 30)⁵.

(3) De nuestro Padre, Meditación *El licor de la sabiduría*, junio 1972.

(4) De nuestro Padre, Meditación *El licor de la sabiduría*, junio 1972.

(5) De nuestro Padre, Meditación *El licor de la sabiduría*, junio 1972.

401.

VIERNES

—Con la lucha por cumplir bien las Normas se llega a tener una continua presencia de Dios.

—Hemos de ser contemplativos en medio del mundo.

—Las Normas de siempre constituyen una ayuda imprescindible.

*VANOS son todos los hombres que no conocen a Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es fuente de ellos, y por la consideración de las obras no conocieron a su artífice*¹. Dios es el Creador del universo, y ha dejado su huella en sus obras. Todas las criaturas hablan de Dios. Cualquier ser, mineral, vegetal o animal, lleva impresa una marca divina. Por eso, a través de las cosas creadas, el hombre puede y debe llegar hasta el Creador. Todas ellas, y especialmente las actividades humanas, pueden ser *medio de santidad personal, de unión con Dios, de vida contemplativa: porque* como a través de los efectos divinos podemos llegar a la contemplación del mismo Dios, según la enseñanza de San Pablo: *lo invisible de Dios puede ser conocido por medio de las cosas creadas*, también como elemento secundario per-

tenece a la vida contemplativa la contemplación de los efectos divinos, en cuanto su conocimiento empuja al conocimiento de Dios (*Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 180, a. 4 c*)².

La realización del trabajo profesional debe ser el cauce ordinario por el que nuestro entendimiento y nuestra voluntad sean llevados a las cosas de Dios. *Mis hijos, por la formación verdaderamente contemplativa de nuestro espíritu, han de sentir dentro de su alma la necesidad de buscar a Dios, de encontrarle y de tratarle siempre, admirándolo con amor en medio de las fatigas de su trabajo ordinario, que son cuidados terrenos, pero purificados y elevados al orden sobrenatural*³.

La gran ilusión de nuestra vida, la seguridad de nuestro caminar nos viene de la vida contemplativa, de la confianza filial en nuestro Padre Dios. Todo nuestro esfuerzo ha de tener como fin la búsqueda de Dios en todas las cosas, para mantener un ininterrumpido diálogo con El. *¿Medios?*, preguntaba nuestro Padre. Y respondía: *las Normas. El cumplimiento de las Normas. Cuando un hijo mío lucha por cumplir las Normas tiene vida interior; tiene presencia de Dios, más o menos; va camino de ser alma contemplativa, si no ha llegado ya a serlo* *.

(1)1. / (I) (Sap. XIII, 1).

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 2X1939, n. 13.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 13.

(4) De nuestro Padre, *Meditación*, 8-II-1959.

*NUESTRA celda es la calle. Por eso, en la calle —en la oficina, en el estudio, en la cátedra, en el laboratorio, en la fábrica, en las labores del campo...— debemos vivir constantemente nuestra unión con Dios*⁵. Las actividades que realizamos han de ser la ocasión para nuestro coloquio contemplativo; no sólo no nos impiden el trato continuo con nuestro Dios, sino que han de ser acicate para nuestra vida interior. Descubrir el mensaje divino que se oculta en nuestro quehacer ordinario: es ahí donde debemos dirigir nuestro interés, *porque el trabajo es, para nosotros, medio específico de santidad*⁶. Y concretaba nuestro Padre: *lo que quiero deciros es que hemos de convertir el trabajo en oración y tener alma contemplativa.*

Todo nuestro plan de vida, nuestras Normas y nuestras Costumbres, están acomodadas y dispuestas para hombres y mujeres que trabajan en medio del mundo, desempeñando una actividad profesional. No son medios rígidos, que presupongan una vida aparte, sino un método flexible, que se adapta de maravilla a cualquier vida de trabajo profesional intenso, como el guante de goma se adapta con perfección a la mano que lo usa. Más aún, nuestra vida interior —contemplativa, en mitad de la calle— toma ocasión y aliento de la misma vida externa, del trabajo de cada uno.

(5) De nuestro Padre, n. 59.

(6) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948, n. 22.

Debéis mantener —a lo largo de vuestro día— un diálogo constante con el Señor, que se alimente de las mismas incidencias de vuestra tarea profesional. Id con el pensamiento al Sagrario, y ofreced al Señor la labor que tengáis entre manos; acudid a nuestra Madre del cielo y a Nuestro Padre y Señor San José, para que os ayuden a superar las pequeñas contradicciones que puedan presentarse; encomendad vuestros compañeros y colegas a sus Angeles Custodios; reavivad la intención apostólica, aprovechando las pausas en la labor; pedid luz al Espíritu Santo, para resolver de manera adecuada los problemas con que os enfrentéis.

*No hacemos separación entre nuestra vida interior y el trabajo apostólico: es todo una misma cosa. La labor externa no ha de causar interrupción alguna en la oración, como el latir del corazón no interrumpe la atención a nuestras actividades, de cualquier tipo que sean*⁷.

Con nuestro trabajo hecho cara a Dios —en su presencia—, oramos sin interrupción, porque, al trabajar como nuestro espíritu lo pide, ponemos en ejercicio las virtudes teologales en las que está la cumbre del vivir cristiano (...).

*Nuestra vida interior infunde así, en nuestro trabajo, fuerzas nuevas: lo hace más perfecto, más noble, más digno, más amable. No nos aleja de nuestras ocupaciones temporales, sino que nos lleva a vivirlas mejor*⁸.

(7) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948, n. 22.

(8) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948, nn. 24-25.

PARA nosotros, la contemplación no es un ideal maravilloso pero inalcanzable: es la culminación de una vida entregada a Dios, el fruto seguro de años de lucha procurando cumplir cabalmente el consejo del Apóstol: *todo cuanto hagáis de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de El*⁹. No se nos pide el abandono del trabajo, sino que dirijamos todo a la gloria de Dios, actuando siempre en presencia de las tres Personas divinas que habitan en el alma en gracia. En efecto, *se llaman contemplativos no a los que simplemente contemplan, sino a los que ordenan toda su vida a la contemplación*^w, a los que enderezan a Dios todas sus acciones.

Se nos han dado los medios: las Normas y Costumbres que *son lo primero*, precisamente porque aseguran el trato con Dios, la vida contemplativa. Entre éstas hay algunas que hemos de vivir siempre: *tan a menudo y tan frecuente ha de ser acordarnos de Dios; más aun que el respirar*¹¹. Las Normas de siempre constituyen una manifestación de ese *continuo coloquio, con palabricas de cariño para el Señor y para su Madre, con una invocación constante allá, a las alturas*¹², que todos los miembros de la Obra hemos de fomentar.

(9) *Colos.* III, 17.

(10) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 81, a. 1 ad 5.

(11) San Gregorio Nacianceno, *Oratio* 27.

(12) De nuestro Padre, Crónica IX-63, p. 7.

Jaculatorias. Muchas serán muy personales, pero otras veces nos serviremos de las que nos enseñó nuestro Padre: *Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum!*; y ahora, también, *Cor Mariae Dulcissimum, iter serva tutum!*; *Cor Iesum Sacratissimum et misericors, dona nobis pacem!*... Y ante las dificultades, aquella otra jaculatoria que también nos enseñó nuestro Fundador: *omnia in bonum!*, todo es para el bien de los que aman a Dios, porque El nos protege.

Las mortificaciones pequeñas, ofrecidas por intenciones concretas, nos mantienen también encendidos y nos ayudan a mantener viva la presencia de Dios, a incrementar el afán apostólico. Los actos de desagravio, con motivo de las incidencias de la jornada, cuando vemos que le ofenden, cuando nosotros mismos no hemos sido generosos: *Domine, tu omnia nosti, tu seis quia amo te!*ⁿ; Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo. Y tantos otros modos de mantenerse en presencia de Dios.

Las Normas de siempre son, al mismo tiempo, consecuencia del amor que tenemos al Señor y un medio eficaz para crecer en ese amor. No podemos permanecer pasivos en la lucha interior, hemos de poner en práctica industrias humanas, para alcanzar una presencia de Dios continua. El amor es ingenioso para buscar la forma de aumentar el trato con quien ama. Esos *despertadores* de la vida interior

(13) *Ioann.* XXI, 17 (Vg).

pueden ayudarnos algunas temporadas. Los buscaremos entre las cosas habituales, y recordaremos también aquéllos que empleaba nuestro Fundador, que nos sirven de guía, aunque no es necesario que los utilicemos todos ni tampoco de manera habitual.

En esa vida de trabajo, nos contempla la Virgen. Hemos de invocarla muchas veces, pedir su auxilio con confianza porque la llevamos siempre en el corazón. *Monstra te esse Matrem*¹⁴; no te olvides, Madre nuestra, de hacer patente tu presencia junto a nosotros, siempre que sea preciso.

(14) Himno Ave, *Maris sullen*.

402.

SÁBADO

—Jesucristo preparó a sus discípulos para el apostolado.

—El Señor ha querido que esa formación se nos dé a través de los Directores. Docilidad.

—Formación apostólica y profesional para nuestro apostolado en el mundo.

TE PORTAS con fidelidad en todo lo que haces con los hermanos y particularmente con los peregrinos, los cuales han dado testimonio de tu caridad en presencia de la Iglesia; a los que, si atendieres en sus viajes como conviene según Dios, harás bien ¹.

Así escribe San Juan en la tercera de sus Epístolas. No se limita a señalar la necesidad de atender a los demás, de ayudarles, de hacer apostolado; sino que ofrece también indicaciones concretas de cómo ha de llevarse a cabo esa labor que tienen entre manos. San Juan no hace más que seguir el ejemplo que el Señor le había dado: tres años de continua formación, en los que Jesús fue remodelando a quienes iban a ser las piedras basales de la Iglesia.

No necesito muchas palabras —escribía nuestro Padre— *para evocaros el detalle con que Jesús desnudaba a los Doce el sentido más profundo de sus parábolas* (cfr. Matth. XIII, 9-23; 36-43), *el cuidado con*

(1) L. I (II) (III loann. 5-7).

que rectificaba la reacción demasiado humana con que acogían las primicias de su siembra apostólica (cfr. Luc. XVII, 20), la constancia con que repetía las mismas enseñanzas (cfr. Matth. VI, 9-13; VII, 7-11; Luc XI, 1-13), la fortaleza con que corregía sus ambiciones y su visión chata del Reino de Dios (cfr. Matth. XVI, 21-23; XX, 20-28; Luc. XXII, 24-28), la delicadeza con que —para animarles— solicitaba su pequeña colaboración a la hora de realizar los grandes milagros (cfr. Ioann. VI, 5-10) o la ternura con que se preocupaba de su descanso (cfr. Marc. VI, 31). Vosotros, conmi-go, lo habéis contemplado, mientras despertaba la conciencia de los Apóstoles, para que supiesen apreciar la grandeza de su vocación, que muchos reyes y profetas hubiesen ambicionado (cfr. Luc. X, 34) y cuando paulatinamente —su flaqueza no hubiese consentido otra cosa— los iniciaba en el misterio de la Santa Cruz (cfr. Matth. XVI, 21-28; XVII, 21-27; XX, 17-34) \

Son escenas de la vida del Señor y, por tanto, siempre actuales. También ahora Jesús tiene discípulos que predicán en su nombre: nosotros, que seguimos al Señor como aquellos primeros, tenemos también una precisa misión apostólica. Y, como ellos, necesitamos una formación. Nos lo repitió muchas veces nuestro Padre: *urge difundir la doctrina de Cristo*.

*Atesora formación, llénate de claridad de ideas, de plenitud del mensaje cristiano, para poder después transmitirlo a los demás*³.

EL FUNDAMENTO de nuestra formación apostólica es Dios, Padre nuestro, que cuida de cada uno de nosotros, nos ofrece lo que necesitamos, nos enseña lo que tenemos que saber. Desde el principio, El está a nuestra vera, para mostrarnos el camino del apostolado. *Tú ¡oh Dios! —canta el Salmo— me adoctrinaste desde mi juventud, y hasta ahora he pregonado tus grandezas*⁴.

El Señor mismo es la raíz de esa formación; pero ha querido confiarla en la tierra a instrumentos humanos, para que ellos nos enseñen, en nombre suyo, el camino apostólico que hemos de recorrer. Desde el principio de nuestra vocación, los Directores nos han ayudado a adquirir esas virtudes necesarias para nuestra misión: medida, serenidad, fortaleza, sentido de responsabilidad..., y todos los rasgos que configuran nuestro espíritu. Aprender a vivirlo con integridad será labor nuestra, durante toda la vida.

No se trata sólo de escuchar, de conocer la teoría: esto es necesario, pero es sólo una parte. Hay que ejercitarse, día a día, siguiendo precisamente el

(3) *Forja*, n. 841.

(4) *Ps. LXX*, 17.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 3.

camino marcado, rápidamente si se puede, más espacio a veces, pero sin detenerse o descaminarse, porque —como dice San Agustín— *mejor va el cojo por el camino que el corredor fuera de él*⁵. Lo importante es asimilar cada vez mejor la formación que se nos da. Y para eso, se nos pide docilidad: *manteneos siempre mansos y humildes a los caminos que os enseña el Señor*⁶.

Se nos pide que estemos atentos, que no desaprovechemos ninguna ocasión para aprender y poner por obra el criterio apostólico que se nos enseña. Debemos estar siempre dispuestos a prescindir de nuestros puntos de vista particulares, porque *al apostolado vas a someterte, a anonadarte: no a imponer tu criterio personal*⁷. Sumisión, docilidad, obediencia; porque estamos haciendo la Obra de Dios, y *El guía a los humildes por la justicia, y adoctrina a los mansos en sus sendas*⁸.

Cuando era joven —contaba una vez nuestro Padre— *y predicaba muchas tandas de ejercicios a sacerdotes y religiosos, me encaraba con algunos poco obedientes a su Ordinario, y les decía: tú, ¿cómo vas a ser eficaz, si eres apóstol de pata libre? ¿Cómo va a dar fruto el sarmiento, si se separa de la cepa? No produce ni siquiera hojas: ¡cuánto menos el racimo jugoso y dulce!*

(5) San Agustín, *Sermo* 169, 18.

(6) San Agustín, *Sermo* 157, 2.

(7) *Camino*, n. 936.

(8) *Ps.* XXIV, 9.

*El sarmiento da fruto, si está unido a la vid. Un sarmiento que no está unido a la vid, en lugar de ser cosa viva, es palo seco que sólo sirve para el fuego, o para arrear a las bestias, cuando más, y para que lo pisotee todo el mundo. Hijos míos, ¡muy unidos a la cepa!, pegadicos a nuestra cepa, que es Jesucristo, por la obediencia rendida a los Directores*⁹.

Si nos dejamos guiar, si somos dóciles a la formación, podremos estar seguros de que nuestra vida dará mucho fruto, para gloria de Dios y servicio de la Iglesia Santa.

*HIJO mío, tú eres sal, luz y levadura, y no puedes dejar de llevar esa luz hasta el último rincón de la sociedad. Pero, para que la llama de la doctrina brille con eficacia, es preciso en primer lugar que te formes bien profesionalmente, que estudies para ser docto. Docto entre los de tu clase y categoría: labriego, obreiro, médico, diplomático*¹⁰.

Estamos en el mundo —somos del mundo— y nuestro apostolado se amolda a todas las circunstancias de nuestros iguales; no es algo externo, desarraigado de la sociedad, sino que brota de su misma entraña. De ahí que toda la formación que recibimos sea, en cierto sentido, formación para el apostolado.

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 1-1-1959.

(10) De nuestro Padre, Crónica XII-64, p. 61.

Cuando nos preparamos a conciencia, con profundidad, para ejercer una profesión, nos disponemos también para ser más eficaces apostólicamente. Al luchar por ser santos, al procurar identificarnos con el espíritu de la Obra, estamos alimentando una vida interior que se manifestará necesariamente en frutos de apostolado. Y cuando profundizamos en el estudio de las verdades de la fe, y cuando mejoramos la formación humana, estamos preparándonos para facilitar el camino de la gracia en las almas de los que nos rodean. *Esta formación* —escribía nuestro Padre— *es, por lo tanto, el medio que necesitamos para cumplir nuestro fin peculiar en todos los ambientes de la sociedad* ".

Así describía nuestro Padre esa labor de formación, en 1939: es necesario *formar cristianos llenos de optimismo y de empuje capaces de vivir en el mundo su aventura divina* —composseñores mundi, non erroris (Tertuliano, *De Idolol.* 14); *poseedores del mundo, con los otros hombres, pero no del error*—; *cristianos decididos a fomentar, defender y amparar los intereses —los amores— de Cristo en la sociedad; que sepan distinguir la doctrina católica de lo simplemente opinable, y que en lo esencial procuren estar unidos y compactos; que amen la libertad y el consiguiente sentido de responsabilidad personal*¹².

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 14-IM950, n. 21.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 2-X-1939, n. 6.

Formación apostólica. La necesitaremos siempre. Hemos de buscarla, pedírsela al Señor: *muéstrame, Señor, tus caminos; adiéstrame en tus sendas. Guíame en tu verdad y enséñame, porque tú eres mi Dios, mi Salvador, y en ti espero siempre*¹³. El nos dará, a través de los Directores, la formación que necesitamos para que nuestro apostolado sea labor de Cristo, con el fruto que El ha querido para la Obra.

La Virgen María, *Regina Operis Dei, Regina Apostolorum*, nos ayudará a recibir siempre la formación con humilde docilidad.

(13) Ps. XXIV, 4-5.

403.

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

- Hacer rendir los talentos que Dios nos da.
- La pereza es el primer enemigo en nuestra lucha.
- El Señor nos pedirá cuenta del fruto que hemos dado.

EL REINO de los Cielos es semejante a *un hombre que al marcharse de su tierra llamó a sus servidores y les entregó sus bienes*¹. El divino Maestro vuelve a explicar en parábolas cuál es el sentido de nuestro paso por la tierra. Dios mismo concede a cada persona unos dones, unos *talentos* con los que ha de negociar para alcanzar el Cielo mediante su esfuerzo personal y la ayuda de Dios, que no faltará nunca.

El hombre de la parábola entrega a cada siervo una parte de sus bienes, para que la administre durante su ausencia: a uno cinco talentos, a otro dos, y uno solo al tercero.

El que recibió cinco talentos se plantea con sentido de responsabilidad, con lealtad hacia su señor, un plan para hacer rendir ese dinero que le ha sido confiado. Piensa, reflexiona, calcula, y luego actúa. No se deja ganar por el activismo, pero tampoco se refugia en la pasividad. Sus esfuerzos no son vanos, y con sus cinco talentos duplicó su riqueza: ganó

otros cinco. *Del mismo modo el que había recibido dos ganó otros dos*².

Como contraste —nos invita a considerar nuestro Padre—, *ya habéis visto lo que hace el que recibió un talento; algo que en mi tierra se llama cuquería. Piensa, discurre con aquel cerebro de poca altura, y dice: mi señor es un hombre de recia condición, que siega donde no ha sembrado y recoge donde no ha esparcido... Y fue e hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero que había recibido de su señor (Matth. XXV, 18)*³.

¿Qué ocupación escogerá después este hombre, si ha abandonado el instrumento de trabajo? Ha decidido irresponsablemente optar por la comodidad de devolver sólo lo que le entregaron. Se dedicará a matar los minutos, las horas, las jornadas, los meses, los años, ¡la vida! Los demás se afanan, negocian, se preocupan noblemente por restituir más de lo que han recibido: el legítimo fruto, porque la recomendación ha sido muy concreta: negotiamini dum venio (Luc. XIX, 13); encargaos de esta labor para obtener ganancia, hasta que el dueño vuelva. Este no; éste inutiliza su existencia.

¡Qué pena vivir, practicando como ocupación la de matar el tiempo, que es un tesoro de Dios! No caben las excusas, para justificar esa actuación. Ninguno di-

(2) *Ibid.*, 17.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

(1) Ev. (A) (Matth. XXV, 14).

ga: dispongo sólo de un talento, no puedo lograr nada. También con un solo talento puedes obrar de modo meritorio (*San Juan Crisóstomo*, In *Matthaeum homiliae* 78, 3). *¡Qué tristeza no sacar partido, auténtico rendimiento de todas las facultades, pocas o muchas, que Dios concede al hombre para que se dedique a servir a las almas y a la sociedad!*⁴.

Es un buen momento para preguntarnos, en la presencia de Dios, si aprovechamos el tiempo y los talentos recibidos, para hacerlos rendir en su servicio. *Dios nos concede quizá un año más para servirle. No pienses en cinco, ni en dos. Fíjate sólo en éste: en uno, en el que hemos comenzado: ¡a entregarlo, a no enterrarlo! Esta ha de ser nuestra determinación*⁵.

MUCHOS debieron de ser los razonamientos del siervo que recibió un talento. Pensaría alguna vez, sin duda, que podría seguir el ejemplo de los otros dos. Y tal vez se propuso incluso ir al mercado a negociar con su talento; pero se dejó vencer antes por las dificultades, aún inexistentes, con las que podría tropezar en su trabajo.

¿Obstáculos?..., preguntaba nuestro Padre. —*A veces, los hay. —Pero, en ocasiones, te los inventas por comodidad o por cobardía. —¡Con qué habilidad for-*

*muía el diablo la apariencia de esos pretextos para no trabajar...!, porque bien conoce que la pereza es la madre de todos los vicios*⁶.

También en nuestra vida se presenta la tentación de la pasividad, de la pereza. En lugar de buscar el modo de hacer más, resolviendo las dificultades objetivas que se presenten, nos dejamos quizá llevar por excusas que paralizan el esfuerzo y agigantan los obstáculos: el ambiente adverso, la falta de medios, la inoportunidad... Si alguna vez la pereza, en cualquiera de sus manifestaciones, se hiciera presente en nuestra vida, sería el momento de recordar el claro consejo de nuestro Padre: *luchad contra esa excesiva comprensión que cada uno tiene consigo mismo: ¡exigíos! A veces, pensamos demasiado en la salud; en el descanso, que no debe faltar, precisamente porque se necesita para volver al trabajo con renovadas fuerzas. Pero ese descanso —lo escribí hace ya tantos años— no es no hacer nada: es distraernos en actividades que exigen menos esfuerzo.*

En otras ocasiones, con falsas excusas, somos demasiado cómodos, nos olvidamos de la bendita responsabilidad que pesa sobre nuestros hombros, nos conformamos con lo que basta para salir del paso, nos dejamos arrastrar por razonadas sinrazones para estar mano sobre mano, mientras Satanás y sus aliados no se toman vacaciones. Escucha con aten-

(4) *Amigos de Dios*, nn. 45-46.

(5) *Amigos de Dios*, n. 47.

(6) *Surco*, n. 505.

ción, y medita, lo que escribía San Pablo a los cristianos que eran por oficio siervos: les urgía para que obedecieran a sus amos, no sirviéndoles solamente cuando tienen los ojos puestos sobre vosotros, como si no pensaseis más que en complacer a los hombres, sino como siervos de Cristo, que hacen de corazón la voluntad de Dios; y servidlos con amor, haciéndoos cargo de que servís al Señor y no a hombres (Ephes. VI, 6-7). ¡Qué buen consejo para que lo sigamos tú y yo! (...).

Puesto que hemos de comportarnos siempre como enviados de Dios, debemos tener muy presente que no le servimos con lealtad cuando abandonamos nuestra tarea; cuando no compartimos con los demás el empeño y la abnegación en el cumplimiento de los compromisos profesionales; cuando nos puedan señalar como vagos, informales, frívolos, desordenados, perezosos, inútiles... Porque quien descuida esas obligaciones, en apariencia menos importantes, difícilmente vencerá en las otras de la vida interior, que ciertamente son más costosas⁷.

Por eso, considerando la responsabilidad que recae sobre nuestros hombros, debemos renovar *cada mañana, con un serviam! decidido —¡te serviré, Señor!—, el propósito de no ceder, de no caer en la pereza o en la desidia, de afrontar los quehaceres con más esperanza, con más optimismo, bien persuadidos de que si*

en alguna escaramuza salimos vencidos podremos superar ese bache con un acto de amor sincero⁸.

LOS DOS siervos diligentes ocuparon sus días con trabajo y dedicación, por lealtad a su dueño; y mientras, el haragán dejó pasar los días vacíos de contenido, sin sentido ni relieve. *Después de mucho tiempo* —sigue Jesús narrando la parábola—, *regresó el amo de dichos servidores e hizo cuentas con ellos⁹.*

Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Le respondió su amo: muy bien, siervo bueno y fiel; puesto que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu señor¹⁰. También el que recibió dos talentos, y logró otros dos, recibe de su señor la alabanza y el premio de su lealtad.

Podemos imaginar que el perezoso contemplaría la escena con cierta prevención. Muchas veces había desterrado de su mente el pensamiento de aquel momento, en el que debería responder del trabajo realizado. Pero ahora, en la hora definitiva, le faltan argumentos para explicar su holgazanería. Esboza, sin embargo, una justificación: *señor, sé que eres hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges*

(8) *Amigos de Dios*, n. 217.

(9) *Ev. (A) [Malth. XXV, 19]*.

(10) *Ibid.*, 20-21.

(7) *Amigos de Dios*, n. 62.

donde no esparciste; por eso tuve miedo, fui y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo tuyo ¹¹. Pero no sirven las palabras para justificar su desidia. La respuesta del amo es clara, sin paliativos: *siervo malo y perezoso, sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo de donde no he esparcido; por eso mismo debías haber dado mi dinero a los banqueros, y así, al venir yo, hubiera recibido lo mío junto con los intereses. Por tanto, quitadle el talento y dádsele al que tiene diez* ¹².

Hijo mío, concluye nuestro Padre, éste es el fruto de la oración de hoy: que te convenzas de que tu tiempo es para Dios; de que es un tesoro de Dios, de que es una cosa divina, de que es, en tus manos, una maravilla que tienes que administrar para Dios, con sentido de responsabilidad (...).

Vamos a terminar dirigiéndonos a la Madre del Cielo. Madre nuestra, que has visto crecer a Jesús, que le has visto aprovechar el tiempo, enséñame a aprovechar el tiempo en servicio de las almas y de la Iglesia ¹³.

(11) *Ibid.*, 24-25.

(12) *Ibid.*, 26-28.

(13) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

404.

LUNES

—La vida de oración lleva a cumplir en todo la Voluntad de Dios.

—El diálogo con el Señor ha de ser constante.

—Cumplir bien las Normas, es nuestro camino para tener vida de unión con Dios.

MARCHABA Jesús camino de Jerusalén, y le seguían los Apóstoles y numeroso gentío. *Ocurrió —narra el Evangelio de la Misa de hoy— que al llegar a Jericó había un ciego sentado junto al camino mendigando. Y al oír que pasaba mucha gente, preguntó qué era aquello. Le contestaron: es Jesús Nazareno que pasa* \ La voz de Bartimeo brotó del alma: *Hijo de David, ten piedad de mí* ². Los que pasaban por allí le increparon para hacerlo callar, *pero él gritaba mucho más fuerte* ³. El Señor le había oído desde el primer momento y, sin embargo, le dejó perseverar en su oración. Luego, mandó que lo llamasen. *E inmediatamente comienza un diálogo divino, un diálogo de maravilla, que conmueve, que enciende, porque tú y yo somos ahora Bartimeo* ⁴.

Muchas veces hemos meditado esta escena del

(1) Ev. (Luc. XVIII, 35-37).

(2) *Ibid.*, 38.

(3) *Ibid.*, 39.

(4) *Amigos de Dios*, n. 197.

Santo Evangelio, que tanto enamoraba a nuestro Padre, y nos hemos quedado removidos ante ese *pasar* de Cristo que arranca de aquel pobre ciego una petición llena de fe. Siguiendo su ejemplo, también nosotros procuramos detener a Cristo que pasa junto a nosotros, en la vida ordinaria; detenerlo no sólo llamándole con palabras, sino sobre todo con obras. *¿Qué es, hermanos, gritar a Cristo —predicaba San Agustín—, sino adecuarse a la gracia del Señor con las buenas obras? Digo esto, hermanos —añadía—, porque no sea que levantemos mucho la voz, mientras enmudecen nuestras costumbres (...). ¿Quién es el que grita a Cristo? Quien desprecia el mundo, llama a Cristo. Quien desdeña los placeres del siglo, clama a Cristo. Quien dice, no con la lengua, sino con la vida, "el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo" (Galat. VI, 14), ése es el que grita a Cristo*⁵.

Obras, no sólo palabras, espera Jesús de nosotros, para detenerse a nuestra vera, aunque para llevarlas a cabo también acudimos a su ayuda. *Rezad conmigo al Señor: doce me faceré voluntatem tuam, quia Deus meus es tu (Ps. CXLII, 10), enséñame a cumplir tu Voluntad, porque Tú eres mi Dios. En una palabra, que brote de nuestros labios el afán sincero de corresponder, con deseo eficaz, a las invitaciones de nuestro Creador, procurando seguir sus designios con*

(5) San Agustín, *Sermo* 88, 13.

una fe inquebrantable, con el convencimiento de que El no puede fallar.

Amada de este modo la Voluntad divina, entenderemos que el valor de la fe no está sólo en la claridad con que se expone, sino en la resolución para defenderla con las obras: y actuaremos en consecuencia.

*Pero volvamos a la escena que se desarrolla a la salida de Jericó. Ahora es a ti, a quien habla Cristo. Te dice: ¿qué quieres de Mí? ¡Que vea, Señor, que vea! Y Jesús: anda, que tu fe te ha salvado. E inmediatamente vio y le iba siguiendo por el camino (Marc. X, 52). Seguirle en el camino. Tú has conocido lo que el Señor te proponía, y has decidido acompañarle en el camino. Tú intentas pisar sobre sus pisadas, vestirte de la vestidura de Cristo, ser el mismo Cristo: pues tu fe, fe en esa luz que el Señor te va dando, ha de ser operativa y sacrificada. No te hagas ilusiones, no pienses en descubrir modos nuevos. La fe que El nos reclama es así: hemos de andar a su ritmo con obras llenas de generosidad, arrancando y soltando lo que estorba*⁶.

BARTIMEO detuvo el caminar de Jesús con» su oración y nosotros, afirma San Gregorio, *cuando insistimos fervorosamente en nuestra oración, detene-*

(6) *Amigos de Dios*, nn. 197-198.

mos a Jesús que va de paso. Por eso se dice allí: "parándose entonces Jesús, mandó traerle a su presencia" (Luc. XVIII, 40) (...). Y debe notarse lo que dice al ciego cuando llega: "¿qué quieres que te haga?" (ibid 41). ¿Acaso el que podía dar la vista, ignoraba lo que el ciego quería? No; pero quiere que se le pida (...). Pregunta para esto, para que se le pida; pregunta para incitar al corazón a que ore⁷.

También nosotros buscamos en todas las cosas ese diálogo, el encuentro con Jesucristo. Esa es nuestra vida: *tratar a Dios, tocar a Dios*⁸. Para ello hemos de mantener ininterrumpidamente la conversación con nuestro Dios. Hagamos lo que hagamos, trabajo o apostolado, oración o descanso, todo debe estar dirigido al Señor, porque con El y para El lo realizamos. Todo nuestro día ha de llegar a ser una oración cuajada en obras.

Nuestro afán de trato y unión con Jesucristo, la necesidad de saberle cerca, no se sacia con el tiempo que dedicamos diariamente a la oración. La unidad de vida, tan propia de nuestro espíritu, nos impulsa a buscar a Dios en todo. Y si la materia de nuestra santificación se encuentra en las cosas ordinarias de cada jornada; si *en las cosas pequeñas está nuestra lucha, de ellas hemos de tomar ocasión para nuestro diálogo con Dios. Es posible que haya quienes, como*

hombres fuertes, a los que basta hacer sólo una gran comida al día, mantengan la tensión interior gracias a un largo rato de oración; nosotros somos niños que necesitan, para mantenerse, de muchas pequeñas comidas: tenemos siempre necesidad de nuevo alimento.

Cada día debe haber algún rato dedicado especialmente al trato con Dios, pero sin olvidar que nuestra oración ha de ser constante, como el latir del corazón: *jaculatorias, actos de amor, acciones de gracias, actos de desagravio, comuniones espirituales. Al caminar por la calle, al cerrar o abrir una puerta, al divisar en la lejanía el campanario de una iglesia, al comenzar nuestros quehaceres, al hacerlos y al terminarlos, todo lo referimos al Señor. Estamos obligados a hacer de nuestra vida ordinaria una continuada oración, porque somos almas contemplativas en medio de todos los caminos del mundo*⁹.

A veces pasaremos por circunstancias más difíciles; para entonces es, de modo especial, el consejo de nuestro Padre: *levantad el corazón a Dios, cuando llegue el momento duro de la jornada, cuando quiera meterse en nuestra alma la tristeza, cuando sintamos el peso de este laborar de la vida, diciendo: miserere mei Domine, quoniam ád te clamavi tota die: laetifica animam servi tui, quoniam ad te Domine animam meam levavi* (Ps. LXXXV, 3 y 4); *Señor, ten misericordia de*

(7) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelio* 2. 5.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 61.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 24-IIIM930, n. 17.

*mí, porque te he invocado todo el día: alegre a tu siervo, porque a ti, Señor, he levantado mi alma*¹⁰.

VAMOS adelante —escribe San Agustín— *si nuestra esperanza se nutre de Dios y de Dios toma bríos, ayudándonos El a que frenemos toda concupiscencia. Luchemos: nuestro combate se libra en la presencia de quien nos mira y ayuda* ". Necesitamos tener a Jesús cerca de nosotros, en nuestro esfuerzo diario. *Esta vida es pelea, guerra, una guerra de paz, que hay que pelear siempre in gaudio et pace. Tendremos esa paz y esa alegría si somos hombres —o mujeres— del Opus Dei, que quiere decir: sinceramente piadosos, cultos —cada uno en su labor—, trabajadores, deportistas en la vida espiritual: ¿no sabéis que los que corren en el estadio, aunque corran todos, uno sólo se lleva el premio? Corred, de tal manera que lo ganéis. Todos los que han de luchar en la palestra, guardan en todo una exacta continencia; y no es sino para alcanzar una corona perecedera, mientras que nosotros esperamos una corona eterna (I Cor. IX, 24 y 25).*

Por eso somos almas contemplativas, con un diálogo constante, tratando al Señor a todas horas: desde el primer pensamiento del día al último pensamiento de

*la noche*¹². Cuando le llamamos, como Bartimeo, el Señor se deja ver, se deja oír: nos sonríe y nos da fuerzas.

El camino que hemos de seguir para encontrar a Jesús a lo largo de la jornada, en todas las demás actividades, es el cumplimiento fiel de nuestro plan de vida. Luchando por hacer bien las Normas y Costumbres, tenemos al alcance de la mano todo lo necesario para ser contemplativos, para alcanzar la santidad. Con las Normas estamos todo el día junto a Jesucristo; conocemos su vida y nos disponemos fácilmente a pisar sus mismas huellas. Y por medio de las Normas de siempre, le tratamos mientras cumplimos nuestras obligaciones ordinarias.

Nuestros deseos de unión con Dios, de santidad, de contemplación, han de traducirse en un mayor empeño y delicadeza a la hora de cumplir las Normas. Ese es el camino, y no hay otro. Si queremos ser santos, hemos de esforzarnos por ser muy fieles al plan de vida; cuanto más crezcamos en el deseo de santidad, mayor ha de ser el empeño y la delicadeza para hacer bien las Normas. *Hemos de encontrar nuestro alimento en la Misa, que es el centro de nuestra vida interior, en el encuentro con Cristo en el Evangelio y en la Sagrada Eucaristía, en la confianza amorosa con María Santísima, en la docilidad a las*

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 15.

(11) San Agustín, *Sermo* 33, 1.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24-11-1931, n. 59.

inspiraciones del Espíritu Santo, en el trato filial con nuestro Padre Dios. En una palabra: en el cumplimiento de nuestras Normas de vida, con el espíritu peculiar de la Obra^w.

Renovemos ahora el propósito de vivir con afán las Normas hoy, de cumplirlas cada día con vibración nueva: así vivimos de Amor, traemos puesto de continuo nuestro corazón en Jesucristo Señor Nuestro, llegando a El por su Madre Santa María¹⁴.



*Coronación de Nuestra Señora.
Cerámica en la Iglesia prelaticia
de Santa María de la Paz.*

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 21.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 24-11-1931, n. 59.

405.

MARTES

—Deseamos hacer el bien a todas las almas.

—Los medios sobrenaturales son el fundamento de todo apostolado.

—Gastarse por entero en la labor apostólica, sin miedo al ambiente.

DURANTE su último viaje a Jerusalén, Jesús *entró en Jericó y atravesaba la ciudad*¹. Muchos se agolpaban para verle, pero el Señor no mira sólo a la muchedumbre: busca a las almas una a una, especialmente a las que más necesidad tienen de El. Por eso, enseguida descubre a un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, que no pudiendo ver a Jesús por ser de baja estatura, se había subido *a un sicómoro, para verle, porque iba a pasar por allí*².

San Lucas narra con todo detalle el encuentro de Zaqueo con el Señor: cómo Jesús entabla un diálogo con él, se invita a comer a su casa, y logra la conversión de aquel hombre³.

El afán de almas que consume al Señor ha de revivir en los cristianos, y especialmente en quienes —como cada uno de nosotros— ha recibido una lla-

(1) *Ev. (Luc. XIX, 1).*

(2) *Ibid., 4.*

(3) *Cfr. Ibid., 5-10.*

mada específica de Dios al apostolado. Tenemos, tan próximo, el ejemplo de nuestro Padre, que encarnó perfectamente este celo por la salvación de las almas. Hoy hacemos la oración con unas palabras de los últimos años de su vida en la tierra, que son un estímulo de nuestro afán apostólico.

Hijos míos, me duele la Iglesia, me duelen las almas. En estos tiempos no quiero hacer otra cosa más que rezar, y eso lo intento continuamente con la oración, con el trabajo, con la mortificación, con el descanso. Es tiempo de rezar; es tiempo de desagraviar, porque tratan muy mal a Dios Nuestro Señor. Y es también tiempo de acción de gracias, porque Jesús ha querido apoyarse en nosotros.

Necesitamos estar muy vigilantes, con el alma en vela, con fe viva, con obras, dando doctrina, sin miedo y con audacia. Es obligación de cada uno procurar que circule en nuestras venas la sangre de los hijos de Dios, para poder dar luego esa vida de Cristo a los demás.

En estos tiempos de confusión, ¡y siempre!, pero especialmente ahora, no hay más remedio que hacer apostolado, proselitismo; porque, si no, es que estáis apagados, que no tenéis vida. Cuando una brasa no prende fuego, es señal de que se está enfriando, de que ya casi todo es ceniza. Y eso puede ocurrir aun cuando sean varios los años que se hayan quemado sirviendo al Señor. Porque el proselitismo nos hace jóvenes, como ascuas recién encendidas.

*Hijos, no tenéis más remedio que atraer a los que están alrededor vuestro, amigos, colegas, vecinos; si no, el Señor no está contento, y es señal de aburguesamiento por vuestra parte*⁴.

Hemos de estar siempre vibrantes, y ofrecer a los que nos rodean el mensaje que Cristo nos ha entregado junto con la vocación. No tenemos derecho a entretener el pensamiento en planes o trabajos que dejen de lado, que releguen a un segundo plano lo que es ocupación principal nuestra: la salvación de todas las almas.

PARA hacer apostolado, el primer medio es siempre la perseverancia en la oración, con la tozudez del que desea de verdad conseguir algo. Hemos de acordarnos de las personas que, como nos cuenta el Evangelio, acuden con sinceridad al Señor, insisten, continúan pidiendo, y Jesucristo no sabe negarse.

Además, vamos a ser tozudos en la oración, todos a una, con la persuasión de que, si rezamos así, se cumplirá —¡no puede fallar!— la promesa del Señor: si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos (Matth. XVIII, 19). En verdad, en verdad os digo, que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá floann. XVI, 23). Hijos,

(4) De nuestro Padre, Crónica, 1973, pp. 640-641.

que no se pueda pensar en nuestra falta de colaboración personal, que ha de ser completa.

Yo rezo e invoco todos los días a los Angeles y acudo a la intercesión de los Custodios de mis hijos, para que todos sepamos hacer la corte a nuestro Dios. Así seremos celosos, almas decididas a llevar el consuelo de la doctrina de Dios a las criaturas. No podemos dormirnos, ni pararnos, ni tomarnos vacaciones —esto, en nada—, porque el diablo no tiene vacaciones nunca, y ahora —no hace falta ser muy avisado para verlo— está bien activo.

Hijas e hijos míos, el aburguesamiento, la falta de celo en nuestra vida, es una deslealtad con Dios. Todavía más: los burgueses o los aburguesados nos hacen daño, son un obstáculo para la eficacia de toda la labor⁵.

*Quien no vibra con el espíritu del Señor —fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que ya arda? *— desoye una exhortación bien precisa que Cristo dirigía a sus discípulos, y se convierte en barrera para la propagación de ese incendio que El desea.*

Vamos a procurar ser buenos hijos de Dios y buenos amigos suyos, con todas las consecuencias del cumplimiento de nuestro deber con las almas, y llenos de deseos de reparar y de pedir perdón, con un afán sin-

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1973, pp. 642-643.

(6) *Luc.* XII, 49.

cero de hacer el papel del hijo pródigo, en cuanto nos demos cuenta de que nos hemos apartado de El.

Hijos míos, hace falta mucha gente —y nosotros estamos entre éstos que el Señor ha llamado— que sepan amar de verdad, porque el mundo está muy pagano, sin querer saber de Dios. Hay que rezar mucho, poniendo amor y celo por la salvación de las almas. Hay que pedir con fe al Señor que ponga fin a este tiempo de prueba, y acudir también a la Virgen.

Sed piadosos. Ahogad el desamor que domina en muchas personas con un amor sincero. Que vean en nuestras genuflexiones, en nuestras inclinaciones de cabeza, que no somos unos cómicos; que vean, hasta en esas manifestaciones externas, que tenemos certeza, ¡certeza!, en medio de la oscuridad bendita de la

Con la oración, con el ejemplo, con los medios de siempre, con nuestro amor a Dios, removeremos a los demás. Iremos por el mundo, mensajeros de noticias divinas que han de seguir renovando la faz de la tierra. Sin desanimarnos cuando parezcan no entendernos, siempre conscientes de lo sobrenatural de nuestra embajada.

NO OS dejéis arrastrar por el ambiente. Llevad vosotros el ambiente de Cristo a todos los lugares.

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 643.

*Preocupaos de dejar la huella de Dios, arreglando las cosas con caridad, con cariño y con claridad*⁸.

Es posible que, con el tiempo, parezca que se agotan las posibilidades apostólicas de alguno de los círculos donde normalmente se desenvuelven nuestras ocupaciones; o que la particular frialdad de un ambiente determinado, o de algunas personas que tratamos, requieran una tarea apostólica en apariencia lenta, aunque siempre deba ir *al paso de Dios*. Pero hay que evitar que esas situaciones acaben como *justificando* una falta de vibración apostólica.

Es cierto que, en ocasiones, las circunstancias son especialmente difíciles; pero también entonces sobreabunda la gracia de Dios. En cualquier caso, hay que huir del peligro de falsas *adaptaciones*: el mal no se puede aprovechar; lo que hay que hacer es sembrar el bien, con amor y fortaleza, a manos llenas. Y aunque no recojamos enseguida el fruto, sabemos que nada se pierde: ya llegará la hora de meter el buen grano en los graneros.

Con don de lenguas, dad la doctrina de siempre, la de Dios, que es la verdadera, que no es vieja, que es eternamente joven y actual, con la perennidad de Cristo, que nunca queda anticuado: Iesus Christus, herí et hodie, ipse et in saecula.' (Hebr. XIII, 8). *Hijos míos, no permitáis que el espejismo de lo que parece nuevo arranque de vuestras vidas la piedad.*

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 644.

No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros, y destinado para que vayáis y tengáis fruto, y vuestro fruto sea duradero (Ioann. XV, 16). *Nosotros no podemos ser pesimistas. Trabajamos con optimismo, y con serenidad, con alegría, porque vivimos con Dios, y El —me lo habéis oído tantas veces— ni pierde batallas, ni pasa. Durante estos años de trabajo, no han faltado las dificultades, que en ocasiones parecían insuperables; sin embargo, nos hemos sentido con plena seguridad, lo mismo cuando éramos poquísimos y no teníamos medios humanos, que cuando el Señor nos bendecía con muchas vocaciones. Y la explicación de todo está en el Señor: cuando se quiere de verdad, sólo se piensa en cumplir su Voluntad.*

Da alegría darse y morir por que esta Obra de Dios salga adelante. El amor, que el Señor nos concede, nos compensa de tanta trapisonda, de tanta calumnia, de tanto ruido como arman algunos. Electi mei non laborabunt frustra flsai. LXV, 23); mis elegidos no trabajarán en vano. Gastaos con generosidad, día a día, en un servicio constante, haciendo de vuestra vida un holocausto. Yo he visto morir con alegría a mis hijas y a mis hijos, ofreciéndose al Señor hasta el último momento: les he visto morir con alegría, repito. Pero el Opus Dei fundamentalmente es para vivir, para vivir con alegría y sirviendo a las almas; y así, es también para morir con gozo. En la Obra, si alguno tiene disgusto o vive con tristeza, es por culpa suya: porque los

medios para servir in laetitia están al alcance de todos.

Hijas e hijos míos, amad al Señor, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo: a la Trinidad Beatísima, Dios único. Y también a esta trinidad de la tierra: Jesús, María y José, bien unidos todos. Ellos nos ayudarán a mantenernos fuertes —también en estos momentos—, ¡luchando!, y a sostener a tantas almas, llevándolas al amor de Dios⁹.

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1973, pp. 644-645.

406.

MIÉRCOLES

—Para hacer el Opus Dei en la tierra, hemos de evitar todo interés al margen de la entrega.

—Nuestra obediencia ha de ser libre y voluntaria.

—La obediencia llena el alma de paz.

CONTINUA el Señor su marcha hacia Jerusalén, en compañía de los Apóstoles y de muchas otras gentes que también atienden sus enseñanzas. Todos, comenta el evangelista, *pensaban que el Reino de Dios se manifestaría enseguida*¹. Pero Jesús, queriendo apartar de sus mentes el equivocado convencimiento de un triunfo temporal inminente, les propone una parábola: *un hombre noble marchó a una tierra lejana a recibir la investidura real y volverse. Llamó a diez siervos suyos, les dio diez minas y les dijo: negociad hasta mi vuelta*².

Con esta parábola, Jesús quiere grabar en nuestra alma que ha de pasar mucho tiempo hasta que el Mesías vuelva a juzgar a todos los hombres. Mientras tanto, sus discípulos debemos esforzarnos por hacer que cada vez sea mayor el número de amigos de Dios en la tierra.

(1) Ev. (Luc. XIX, 11).

(2) *Ibid.*, 12-13.

Las palabras de Cristo miran a los hombres de todos los tiempos. También nosotros *tenemos una gran tarea por delante. No cabe la actitud de permanecer pasivos, porque el Señor nos declaró expresamente: negociad, mientras vengo* (Luc. XIX, 13). *Mientras esperamos el retorno del Señor, que volverá a tomar posesión plena de su Reino, no podemos estar cruzados de brazos*³. Desde el momento en que respondimos afirmativamente a la llamada de Dios, *no vivimos para la tierra, ni para nuestra honra, sino para la honra de Dios, para la gloria de Dios, para el servicio de Dios. ¡Esto es lo que nos mueve!*⁴.

No podemos por eso tener intereses egoístas, al margen de la entrega. Lo personal nuestro ha de ser también Obra de Dios, apostolado, servicio a la Iglesia. En el trabajo profesional, en la vida de relación y de amistad, en el trato con nuestros iguales, buscamos edificar el Cuerpo de Cristo. Hemos entregado al Señor la vida entera, las ilusiones nobles, todo lo nuestro. Entendemos muy bien el consejo de nuestro Padre: *si quieres tener vida, y vida eterna, y honor eterno; si quieres la felicidad eterna (...) debes prescindir en muchos casos de tu fin personal. Yo no tengo otro fin que el corporativo: la obediencia*⁵.

Aspiramos a cumplir la Voluntad de Dios en cada momento de nuestro día. Ser instrumentos en las

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 121.

(4) De nuestro Padre, *Meditación Vivir para la gloria de Dios*, 21-XI-1954.

(5) De nuestro Padre, *Meditación Vivir para la gloria de Dios*, 21-XI-1954.

manos de Dios, procurar descubrir en cada instante lo que el Señor está esperando de nosotros, para hacerlo, pues todo lo nuestro ha pasado a ser del Señor, y no podemos regateárselo. *Para quien quiere vivir de Amor con mayúscula, el término medio es muy poco, es cicatería, cálculo ruin*⁶.

*SIN NINGÚN cuidado nos hemos de confiar a quienes recibieron del Señor la misión de guiarnos hacia la santidad*⁷. La obediencia así vivida, nace del amor, del deseo de unirnos a Dios mismo, de cumplir su Voluntad, y nos lleva al amor, a querer lo que Dios quiere. Por eso procuramos identificar nuestra voluntad con las indicaciones de los Directores, poner toda la inteligencia para entender lo que mandan y para hacerlo del mejor modo posible. Y comprendemos con claridad que *no hay nada que pueda dañar tanto y deshacer a la Iglesia de Dios, nada que pueda perjudicarla tan fácilmente, como el que los discípulos no estén unidos con gran empeño a sus maestros*⁸.

Libremente respondimos, por amor, a la vocación divina. Y libremente obedecemos a lo largo de nuestra vida. La obediencia, que es manifestación de fe, no despersonaliza, ni debilita la voluntad. Al con-

tó) *Forja*, n. 54.

(7) San Juan Climaco, *Scala paradisi* 4.

(8) San Juan Crisóstomo, *In Epistolam ad Romanos homiliae* 16, 3.

trario, cuando obedecemos —con esa obediencia inteligente pero rendida que nos ha enseñado nuestro Padre—, ponemos en juego las virtudes teologales: vamos derechamente al fin, porque *la ley no restringe la libertad, sino que la perfecciona, impulsa la actividad y desarrolla de algún modo la personalidad; la desobediencia, en cambio, disipa las energías y hace al hombre esclavo de sus deseos desordenados*⁹.

Al obedecer ponemos en práctica, además, otra virtud humana estupenda: la lealtad. *Como el soldado que está haciendo guardia delante del palacio del Presidente. Vay viene y podría irse lejos: podría incluso dejar la guardia y abandonar el puesto y el país; pero no lo hace, porque entonces ya no estaría actuando con lealtad*¹⁰. Por la vocación divina, por la confianza que ha sido depositada en nosotros, si no obedeciéramos seríamos desleales con Dios y con la Obra, traicionaríamos a nuestros hermanos y a los millones de almas que esperan mucho de nuestra entrega.

Todos *queremos servir, ser útiles a nuestra Madre la Obra, en bien de las almas, pero no hemos de olvidar* —escribió nuestro Padre— *que el lugar, en el que somos más eficaces, es aquél en el que nos han puesto los Directores Mayores: ésa es la voluntad de Dios* ". Y concluye nuestro Fundador: *obedeciendo*

*pasaremos la vida haciendo el bien a todas las almas, ayudándoles a pesar de nuestras miserias. Porque esto es lo que deseamos: llevar la felicidad del cielo a todas las almas sin excepción. Dios ha traído el Opus Dei a la tierra para que todo el mundo, de todas las razas, de todos los colores, de todos los países, de todas las lenguas, puedan ser santos, felices*¹¹.

ENTRE los frutos de la obediencia, uno es particularmente necesario para llevar a cabo la misión que tenemos encomendada: la paz, la serenidad interior de quien sabe que obedeciendo no se equivoca nunca. Porque Dios no pierde batallas, y es el *Padre de las luces, en quien no se da mudanza ni sombra de alteración*¹².

Sin embargo, a veces permite el Señor que nuestra alma pierda la paz, para enseñarnos que existen todavía en ella muchas raíces de soberbia, que hemos de cortar con su gracia. En ese caso, no sería tanto cuestión de lamentarse cuanto de aprovechar esa nueva luz. Por otra parte, no tendría nada de extraño que, a medida que Dios se apodera de nuestra intimidad, a medida que el alma le busca con más intensidad, se desencadenara con mayor fuerza la necesidad de luchar contra las inclinaciones torcidas.

(9) Pablo VI, *alloc.* 20-XI-1965.

(10) De nuestro Padre, *Crónica XII-66*, p. 12.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 10.

(12) De nuestro Padre, *Crónica X-65*, p. 57.

(13) *Iacob.* I, 17.

A ese vivo anhelo de Dios y de la santidad, correspondería lo que San Pablo llama lucha de la carne contra el espíritu, *pues uno y otro se oponen de manera que no hagáis lo que queréis*¹⁴.

Esa contradicción se podría manifestar también en una mayor dificultad para obedecer. Sería el momento, guiados por el Espíritu Santo, de profundizar en la entrega, que debe incluir hasta el último rincón de nuestra voluntad. *Es entonces también* —nos asegura nuestro Padre— *cuando vienen al alma esa paz y esa libertad que Cristo nos ha ganado* (cfr. Galat. IV, 31), *que se nos comunican con la gracia del Espíritu Santo*. Los frutos del Espíritu son caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad (Galat V, 22-23): y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (II Cor. III, 17)¹⁵.

Para lograr ese fruto sabroso de la obediencia, que es la paz, debemos examinar con frecuencia si nuestra obediencia es fruto del amor, si en ella encontramos la libertad y la unión con Dios. Si obedecemos según el espíritu del Opus Dei, con diligencia, con prontitud, o si retrasamos las tareas que nos encomiendan, olvidando la trascendencia de nuestro trabajo. Porque el amor a la obediencia se manifiesta en todas las actividades que llevamos a cabo; no

sólo en las indicaciones concretas y precisas que recibimos y de las que debemos dar cuenta al Director, sino también en el modo de santificar el trabajo, de cumplir las Normas, de llevar a cabo la labor apostólica: porque en cualquier momento del día buscamos el cumplimiento de la Voluntad de Dios.

Hijos míos, nos pedía nuestro Fundador, *que no nos gane nadie en saber obedecer. Lo mismo si hace frío o calor, si se es joven o menos joven. Uno que no sabe obedecer, no aprenderá nunca a mandar*¹⁶. Que la Virgen nuestra Madre nos enseñe a vivir así la obediencia, con la delicadeza, el amor y la prontitud con que Ella la vivió.

(14) Galat. V, 17.

(15) *Es Cristo que pasa*, n. 137.

(16) De nuestro Padre, Tertulia, 18-1-1965.

407.

JUEVES

—Hemos de comprender, convivir y disculpar a todos los hombres: la *santa transigencia*.

—Jesucristo nos dio también ejemplo de *santa intransigencia* en las cosas de Dios.

—Hemos de llegar a todos los ambientes, pues en todos hay almas que salvar.

JESÚS vuelve a Jerusalén, y *cuando se acercó, al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡si conocieras también, tú en este día lo que te lleva a la paz!; sin embargo, ahora está oculto a tus ojos* '. El amor de Cristo por las almas le hace derramar lágrimas sobre aquella ciudad que no quiso recibir su paz.

Ese llanto de Jesús es para nosotros un ejemplo de amor que nos ha de mover en la labor apostólica. El Señor nos envía también a todas las gentes. Y esta misión universal exige en nosotros un corazón grande, afectuoso, capaz de amar a todos, sabiendo que ni a uno solo deja de llamar el Señor, cualquiera que sea la situación en la que se encuentre.

La humildad nos lleva como de la mano a esa forma de tratar al prójimo, que es la mejor: la de comprender a todos, convivir con todos, disculpar a todos; no

crear divisiones ni barreras; comportarse —¡siempre!— como instrumentos de unidad. No en vano existe en el fondo del hombre una aspiración fuerte hacia la paz, hacia la unión con sus semejantes, hacia el mutuo respeto de los derechos de la persona, de manera que ese miramiento se transforme en fraternidad ².

En las páginas del Evangelio tenemos bien claro el ejemplo que hemos de seguir en el trato con las demás personas. El modelo es Jesucristo, y *no tuvo límites el anonadamiento de Nuestro Señor. Hasta la muerte más ignominiosa llegó su santa transigencia: humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis* (Philip. //, 8); *se anonadó a sí mismo, siendo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Y lo hizo por amor a los hombres, a los que llama amigos suyos, aunque no quieran serlo. Vos autem dixi amicos floann. XV, 15), dice a los discípulos que le van a dejar solo en el momento de la prueba. Amice, ad quid venisti? (Matth. XXVI, 50), ¿a qué has venido, amigo?, dice al mismo Judas, que viene a entregarlo* ³.

Y si Cristo llegó a estos extremos de amor, nosotros hemos de esforzarnos para afirmar *la verdad serenamente, de forma positiva, sin polémica, sin humillar, dejando siempre al otro una salida honrosa, para que reconozca sin dificultad que estaba equivocado,*

(1) Év. (Luc. XIX, 41-42).

(2) *Amigos de Dios*, n. 233.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 71.

*que le faltaba formación o información. A veces, la caridad más fina será hacer que el otro quede con la convicción de que ha llegado, por su cuenta, a descubrir alguna verdad nueva*⁴.

*PERO Jesucristo no nos ha dado sólo el ejemplo de la santa transigencia; nos ha dado también el ejemplo clarísimo de la santa intransigencia, en las cosas de Dios*⁵. El Señor, siempre dispuesto a comprender a quien se le acerca con un corazón contrito, no cede cuando está en juego la honra de su Padre Celestial o el bien de las almas. Tampoco nosotros podemos ceder —falsa caridad sería— ante las ideas contrarias a la doctrina que enseña la Iglesia. Y debemos rechazar cualquier respeto humano, cuando se trata de defender los intereses de Dios.

Hemos de ser buenos maestros, dispuestos a exponer valientemente la verdad en todas las situaciones, porque *a los falsos maestros* —afirmaba nuestro Padre— *les domina el miedo de apurar la verdad; les desasosiega la sola idea —la obligación— de recurrir al antídoto doloroso en determinadas circunstancias. En una actitud semejante —convenços— no hay prudencia, ni piedad, ni cordura; esa postura refleja apocamiento, falta de responsabilidad, insensatez, nece-*

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 70.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 72.

dad. Son los mismos que después, presas del pánico por el desastre, pretenden atajar el mal cuando ya es tarde. No se acuerdan de que la virtud de la prudencia exige recoger y transmitir a tiempo el consejo reposado de la madurez, de la experiencia antigua, de la vista limpia, de la lengua sin ataduras".

Por todo el mundo hemos de llevar el mensaje de nuestro buen ejemplo, junto con la verdad de nuestra palabra. Y eso aunque haya quienes, tal vez por comodidad, no lo acepten. Ante una situación de este tipo, decía nuestro Padre que *a veces, hijas e hijos míos, no tendremos más remedio que pasar un mal rato nosotros y hacérselo pasar a otros, para ayudarles a ser mejores. No seríamos apóstoles si no estuviésemos dispuestos a que interpreten mal nuestra actuación y reaccionen de un modo desagradable*.

*Hemos de convencernos de que los santos —nosotros no nos creemos unos santos, pero queremos serlo— resultan necesariamente unas personas incómodas, hombres o mujeres —¡mi santa Catalina de Siena!— que con su ejemplo y con su palabra son un continuo motivo de desasosiego para las conciencias comprometidas con el pecado*⁷.

Hemos de profundizar en esta doctrina que nos dio nuestro Fundador: nunca puede convertirse esa *santa intransigencia* con el error, en celo amargo o

(6) *Amigos de Dios*, n. 158.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 73.

descarnado. La doctrina que transmitimos ha de ser siempre luminosa y alegre, también en la forma, porque *el primer paso para acercar a otros a los caminos de Cristo es que te vean contento, feliz, seguro en tu andar hacia Dios*⁸.

LA SANTA transigencia y la santa intransigencia nacen del amor: por amor a Dios y a las almas cedemos en todo lo personal que no oscurece la verdad; por amor a Dios y a las almas, no transigimos en que la verdad salvadora sea maltratada. Son dos manifestaciones de un único amor, que nos lleva al apostolado de la doctrina, con la amistad y con el ejemplo.

Habéis de atraer sobre todo —escribía nuestro Padre— con el ejemplo de la integridad de vuestras vidas, con la afirmación —humilde y audaz a un tiempo— de vivir cristianamente entre vuestros iguales, con una manera ordinaria, pero coherente; manifestando, en nuestras obras, nuestra fe: ésa será, con la ayuda de Dios, la razón de nuestra eficacia.

No tengáis miedo al mundo: somos del mundo y, unidos a Dios, si vivimos nuestro espíritu, nada puede dañarnos. Quizá, en ocasiones, entre gentes alejadas de Dios, nuestra conducta cristiana pueda chocar: habréis

(8) Forja, n. 858.

*de tener la valentía, apoyados en la omnipotencia divina, de ser fieles*⁹.

Es verdad que para los que no quieren tener una vida limpia, nuestra delicadeza en la guarda del corazón ha de ser necesariamente como un reproche, como un estímulo, que no permite a las almas abandonarse o adormecerse. Es bueno que sea así; el hijo mío que no quiera provocar estas reacciones en las almas de los que le rodean, el que desee siempre hacerse el simpático, no podrá evitar él mismo la ofensa a Dios, porque se hará cómplice de los desórdenes de los demás. Vivid de modo que podáis decir: *inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt: zelus domus tuae comedit me* (Ps. LXII, 21; LXVIII, 10); *mi corazón se inflama y se conmueven mis entrañas: porque el celo de tu casa me devora*¹⁰.

Pido para mis hijos la fortaleza de espíritu que les haga capaces de llevar consigo su propio ambiente; porque un hijo de Dios, en su Obra, debe ser como una brasa encendida, que pega fuego dondequiera que esté, o por lo menos eleva la temperatura espiritual de los que le rodean, arrastrándolos a vivir una intensa vida cristiana."

Con esa fortaleza, con ese ejemplo lleno de vibración, anunciaremos a todas las gentes las maravillas del Señor. Querremos bien a todos, para acer-

(9) De nuestro Padre, Carta, 24-II-1930, n. 11.

(10) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1932, n. 73.

(11) De nuestro Padre, Carta, 24-II-1930, n. 11.

caries más a Dios. Seguiremos entonces el consejo de San Juan Crisóstomo: *cuando veas a un enemigo de la verdad, procura curarlo, cuídale, trata de volverle a la salud, dale ejemplo con tu vida intachable, y preséntale un razonamiento irrefutable, procúrale protección y ayuda, no dejes piedra por mover para su corrección*¹².

Esa es la sabiduría divina que necesitamos. Y se la pedimos, con renovada confianza, a nuestra Madre: *Sancta Maria, Sedes Sapientiae, ora pro nobis!*

(12) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 29, 3.

408.

VIERNES

- Deportividad en la lucha ascética.
- La lucha ascética hace fuerte nuestro amor.
- Sacar nuevo impulso de los propios errores y derrotas.

EN AQUELLOS días, leemos en el primer libro de los Macabeos, *Judas y sus hermanos dijeron: ved que han sido derrotados nuestros enemigos, vamos ahora a purificar, y renovar el santuario. Y se congregó todo el ejército y subieron al monte de Sión*¹. Muchos años de guerra habían transcurrido hasta ese momento. Judas y sus hermanos, fieles a los mandatos del Señor, pueden ahora denominarse vencedores. Pero no lo han sido sino después de haber mantenido duras batallas.

La lucha interior es también una guerra con muchas batallas, que se suceden ininterrumpidamente. Y ha de ser tenaz, alegre, con las características propias del buen deporte. Así nos lo enseñaba nuestro Padre: *hijo mío, procura mantenerte fiel a lo largo de tu vida, y cuando sientas que no lo eres, pide ayuda a Dios, aplícate con afán, alegría y espíritu deportivo a esa lucha sobrenatural, y vencerás. Todas tus miserias, esos obstáculos que surgen en tu carrera, ponías a los*

(1) L. I (I) (I Mac. IV, 36-37).

*pies de Jesucristo, para que El quede bien alto, para que triunfe: y tú, con El. No te preocupes nunca, rectificas, vuelve a empezar, prueba una y otra vez, que al final, si tú no puedes, el Señor te ayudará a saltar el parapeto; el parapeto de la santidad*².

Con ese espíritu deportivo hemos de plantear la lucha ascética, con el afán y la disposición de comenzar y recomenzar siempre que haga falta, con alegre y sobrenatural tozudez, porque *no es lo grave que quien lucha, caiga, sino que permanezca en la caída. No es lo grave que uno sea herido en la guerra, sino desesperarse después de recibir el golpe y no cuidar la herida*³. Los fracasos no desaniman al verdadero deportista; sabe que tiene que insistir muchas veces antes de alcanzar la meta, y está siempre dispuesto a continuar su entrenamiento: porque sólo si se abandona la lucha la derrota es segura, ya que *la vida espiritual es —lo repito machaconamente, de intento— un continuo comenzar y recomenzar*⁴.

El atleta sólo cuenta con sus fuerzas, con un entrenador quizá, y con un público que lo estimula. A nosotros, es Dios mismo quien nos ayuda y anima eficazmente. *¿No sabes tú, no has aprendido que Yave es Dios eterno, que creó los confines de la tierra, que ni se fatiga ni se cansa y que no hay quien alcance su sabiduría? El da vigor al fatigado y multiplica las fuerzas*

(2) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1959.

(3) San Juan Crisóstomo, *Exhortado II ad Theodorum* 1.

(4) *Forja*, n. 384.

*del débil; se cansan los jóvenes, se fatigan, y los guerreros llegan a flaquear; pero los que confían en Yavé renuevan sus fuerzas, y echan alas como de águila, y vuelan velozmente sin cansarse, y corren sin fatigarse*⁵.

*EN ALGUNOS momentos —decía nuestro Padre— me he fijado cómo relucían los ojos de un deportista, ante los obstáculos que debía superar. ¡Qué victoria! ¡Observad cómo domina esas dificultades! Así nos contempla Dios Nuestro Señor, que ama nuestra lucha: siempre seremos vencedores, porque no nos negajamás la omnipotencia de su gracia. Y no importa entonces que haya contienda, porque El no nos abandona*⁶.

Como los atletas fortalecen con el entrenamiento sus músculos y los mantienen a punto y ágiles, la lucha ascética hace cada día más poderosas nuestras almas contra los obstáculos, y nos afirma y enreca en el amor al Señor. *Esta es la diferencia —escribía San Cipriano— entre nosotros y los que no conocen a Dios: éstos en la adversidad se quejan y murmuran; a nosotros las cosas adversas no nos apartan de la virtud, sino que nos afianzan en ella*⁷.

Un deportista sabe que el diario entrenamiento es imprescindible, que el descuidar la preparación física, la alimentación o los ejercicios propios de su

(5) *Isai.* XL, 28-31.

(6) *Amigos de Dios*, n. 182.

(7) San Cipriano, *De mortalitate* 12.

especialidad puede resultar fatal. Hace todos los sacrificios, y el cansancio no disminuye su entusiasmo. *En estos tiempos de tanto deporte, ahora que casi se hace culto del deporte..., todos los deportistas se entrenan para estar en forma. Nosotros estamos en forma, si luchamos en las cosas pequeñas. Si no, es imposible. ¡Y hay que estar en forma! Que la vida tiene toda la belleza y toda la alegría del deporte*⁸.

Nuestro Fundador nos ha enseñado el sistema preciso, la táctica oportuna para alcanzar la victoria en esta olimpiada sobrenatural: luchar en las cosas pequeñas. Son detalles mínimos los que debe cuidar el buen deportista. Basta recordar la exactitud de movimientos del gimnasta, el ritmo preciso del corredor, la estudiada cadencia del jinete... Y, al final, los mejores suelen ser los que se han preparado con más empeño, los que cuidaron todos los detalles.

Nosotros, además, no peleamos por una corona perecedera, por un triunfo efímero: peleamos por la victoria de Cristo, para identificarnos con El. *Carísimos* —escribía San Pedro—, *cuando Dios os prueba con el fuego de la tribulación, no lo extrañéis, como si os aconteciera una cosa muy extraordinaria*⁹. Los seguidores de Jesucristo han practicado siempre este espíritu. *Los árboles que crecen en lugares sombreados* —dice San Juan Crisóstomo— *y libres de vientos, mientras externamente se desarrollan con as-*

(8) De nuestro Padre, Crónica XI-60, p. 10.

(9) I Petr. IV, 12.

*pecto próspero, se hacen blandos y fangosos, y fácilmente los hiere cualquier cosa; al contrario, los que viven en las cumbres de los montes más altos, agitados por muchos y fuertes vientos, siempre expuestos a la intemperie y a las inclemencias, golpeados de fuertes tempestades y cubiertos de frecuentes nieves, se hacen más robustos que el hierro*¹⁰.

*¡Amad! —nos decía nuestro Padre—. Sufrid con alegría. Enredad el alma. Virilizad la voluntad. Asegurad la entrega y, con esto, la eficacia*¹¹.

EN OCASIONES, también en la vida interior, *como en el deporte, hay que saber perder una jugada para ganar después la siguiente. El que se desfonda porque no ha ganado un tanto, no ha entendido su labor. Ya se sabe que hay que perder alguna vez: perdemos los hombres, pero Dios no pierde batallas*¹².

Es otra virtud de los buenos deportistas: saber perder. Así es nuestra vida. Es inevitable que muchas veces fracasemos en alguna escaramuza de la lucha diaria; pero nuestro Padre nos enseñó a sacar *de las caídas, impulso; de la muerte, vida*¹³. Esos errores diarios, esos propósitos no cumplidos, las faltas de delicadeza, de amor al Señor... si luchamos, si tenemos espíritu de examen y procuramos arrepentimos, no

(10) San Juan Crisóstomo, *Homilía de gloria in tribulatione*.

(11) De nuestro Padre, Meditación, 15-IV-1954.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 14.

(13) *Camino*, n. 211.

nos perjudican. *Con sumo gusto me gloriaré más todavía en mis flaquezas* —clamaba San Pablo—, *para que habite en mí la fuerza de Cristo*¹⁴.

Dios cuenta con nuestros defectos y nos da su gracia para luchar contra ellos; y si no conseguimos superarlos totalmente, hemos de pensar que esa pelea humilde contra nuestras faltas constituye un medio estupendo de santificación: el Señor dispone las cosas con estrategia divina, para que de todo saquemos el mayor beneficio. *Todo contribuye para mayor bien de los que aman a Dios*, repite San Agustín parafraseando a San Pablo: *Dios endereza absolutamente todas las cosas para su provecho, de suerte que aun a los que se desvían y extralimitan, les hace progresar en la virtud, porque se vuelven más humildes y experimentados. Aprenden que, aunque están en el camino justo de la vida, deben alborozarse con temblor, sin atribuirse presuntuosamente a sí mismos la seguridad con que caminan, ni decirse en tiempo de prosperidad: "Ya nunca caeremos"*¹⁵.

El primer fruto que podemos sacar de nuestros errores es una mayor humildad. Y también dolor de amor, que se opone al conformismo, a la desgana y a la tibieza. Los defectos se convierten en ocasión de lucha, sin claudicaciones: *no tengáis en poco vuestros pecados leves y menudos, no formen montón y os aplasten. Mira cómo el agua del mar se filtra por*

(14) II Cor. Xn, 9.

(15) San Agustín, *De correptione et grana* 24.

*las rendijas del casco; y poco a poco, es verdad, llena las bodegas, y si no se saca se hunde la nave (...). Las culpas leves, sin las que no puede pasarse la vida del hombre, van entrando insensiblemente por las rendijas de la flaqueza humana y llenan las bodegas. Imidad a los navegantes; sus manos no cesan hasta sacar la última gota del barco; no cesen tampoco las vuesttras de obrar el bien. Sin embargo, a pesar de todo, volverá otra vez a entrar el agua, porque persisten las rendijas de nuestra debilidad; y de nuevo será necesario achicar el agua*¹⁶.

*Hijo mío, la gracia de Dios es abundante y, si a veces no has sabido ser fiel, el Señor sí que ha estado pendiente de ti, con amor. Lo mismo que la madre, que no tiene en cuenta las pruebas de desafecto de sus hijos, en cuanto el hijo se acerca a ella con cariño, tampoco Jesús se acuerda de las cosas que no hemos hecho bien, cuando al fin, con cariño, vamos a El". Las pequeñas derrotas cotidianas han de servirnos para confiar más en Dios y menos en nosotros mismos: nos ayudan a ser humildes. Y arriba, por encima de las nubes tempestuosas, tenemos el sol de la gracia divina y la sonrisa de nuestra Madre, Estrella de la mañana. Y todo se supera: lo del mar y lo del aire. Serenos. Contentos*¹⁸.

(16) San Agustín, *Sermo* 16, 7.

(17) De nuestro Padre, *Crónica* XII-64, p. 10.

(18) De nuestro Padre, *Crónica* XII-64, p. 11.

409.

SÁBADO

—Necesidad de acudir al consejo de otros para actuar acertadamente.

—Tener quien nos oriente permite que desarrollemos la propia capacidad.

—Adquirir el hábito de pedir consejo.

EN EL Evangelio de la Misa de hoy leemos que algunos saduceos se acercan a Jesús para proponerle un caso de conciencia y escuchar su consejo. Aunque la intención de ellos no era recta, el Señor les atiende y responde a su pregunta ¹.

Muchas veces en nuestra vida nos encontraremos en una situación similar: no sabremos cómo resolver algunas de las innumerables cuestiones que pueden presentarse en nuestro caminar terreno. En lugar de permanecer en una situación de culpable ignorancia o de orgullosa presunción, hemos de preguntar, para aprender a actuar acertadamente. Porque es preciso *discernir lo que es útil para Dios, de lo que nos puede alejar de El*².

Nuestro Fundador repitió muchas veces las palabras de la Escritura: *discite benefacere* \ aprended

(1) Cfr. Ev. (Luc. XX, 27-40).

(2) San Agustín, *De monibus Ecclesiae catholicae* 1, 15, 25.

(3) *Isai.* I, 17.

a hacer el bien. Y solía comentar: *no basta con querer ser médico, hay que estudiar la medicina; no basta con querer ser ingeniero, sino que es necesario estudiar seriamente* *. Y lo mismo ocurre con todas las virtudes que hemos de practicar en la Obra: no basta querer vivirlas, sino que es preciso aprender a vivirlas.

Hemos de adquirir el hábito de razonar sobrenaturalmente —con la luz de la gracia y con sentido común—, para afrontar en cada caso el mejor modo de servir a Dios y a las almas. Tenemos que ser almas de criterio, de decisiones seguras: *mayores de edad*⁵, quería nuestro Padre a todos sus hijos.

Para adquirir esa madurez necesitamos acudir al consejo de los demás, porque para ser almas de criterio no basta la buena voluntad, ni el simple deseo de agradar a Dios, y ni siquiera la ciencia teológica. Es necesario conocer también la realidad de los hechos concretos, las personas que nos rodean, las circunstancias particulares de cada caso. Sólo de ese modo se está en condiciones de acertar, para dar cumplimiento a lo que Dios pide de nosotros, aquí y ahora, en cada irrepetible momento de la vida.

Por todo esto hemos de acudir a los demás porque, por mucha ciencia que tengamos, la complejidad de tantos sucesos *exige tener en cuenta muchos factores, difícilmente observables por uno solo, que*

(4) De nuestro Padre, *instrucción*, 31-V-1936, nota 20.

(5) De nuestro Padre, *instrucción*, 31-V-1936, nota 35.

pueden ser en cambio percibidos con más seguridad por varios, porque lo que uno no advierte, se le ocurre a otro⁶.

EN MATERIA de prudencia el hombre necesita aprender de otros⁷, porque no se basta a sí mismo; por eso, el primer acto de la prudencia es aconsejarse⁸, acudir a la experiencia de los demás, solicitar su consejo. El primer paso de la prudencia es el reconocimiento de la propia limitación: la virtud de la humildad. Admitir, en determinadas cuestiones, que no llegamos a todo, que no podemos abarcar, en tantos casos, circunstancias que es preciso no perder de vista a la hora de enjuiciar. Por eso acudimos a un consejero⁹. De este modo, no nos dejaremos engañar por falsas razones, ni el apasionamiento podrá impedirnos ver los asuntos en su justa perspectiva. Nuestra existencia se asegura, de ese modo, la paz: habremos puesto todos los medios a nuestro alcance para que nada nos desvíe del camino divino.

Se precisa ser humildes para pedir consejo. La lepra de la propia voluntad y del propio juicio son más perniciosas cuanto están más disfrazadas, dice San Bernardo. Propia voluntad llamo a la que no es

(6) Santo Tomás, S. Th. II, q. 14, a. 3 c.

(7) *Ibid.*, q. 49, a. 3 c.

(8) *Ibid.*, q. 47, a. 8.

(9) *Amigos de Dios*, n. 86.

conforme a Dios (...), cuando nuestros deseos son contrarios a la gloria de Dios y al bien de los hombres (...), y sólo satisfacen los propios afectos del corazón (...). Pero aún más perniciosa es la lepra del propio consejo, porque es más oculta, y cuanto mayor es, más sano se cree el que la padece. Esta lepra es la de los que tienen celo de Dios, pero no ajustado a sabiduría, sino según su criterio equivocado, tan obstinado que no quiere consejos (...). Son enemigos de la unidad, que no viven la concordia y faltan a la caridad, están hinchados de vanidad, enamorados de sí mismos y se consideran grandes a sus ojos; ignoran la justicia de Dios, y quieren imponer la suya¹⁰.

Escuchar las opiniones de los demás permite desarrollar la propia personalidad, superando las limitaciones que todos tenemos. Sentir la necesidad de pedir consejo a otras personas es precisamente una señal de tener criterio, iniciativa, madurez de juicio. Incluso es una nota de excelencia contar con otras personas dispuestas a ayudarnos¹¹, capaces de proporcionarnos un consejo cuando se lo pedimos o lo consideran oportuno. Por eso la vida de los santos es prudente, de modo que no es tan independiente que resulte soberbia —porque muchas veces la soberbia disfraza las palabras y quiere ver ahí una "santa libertad"—, ni es en vez de humilde, timorata, porque

(10) San Bernardo, *Sermones in Pascha* 3, 3-4.

(11) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 129, a. 6 ad 1.

esa actitud deprime el ánimo, impidiendo decir lo que es justo, y aparentando humildad en la jaita de decisión ¹².

Hay que atender a estos dos aspectos: consultar, oír la opinión de los demás; y, por otro lado, ser decididos, actuar libre y responsablemente; nunca el consejo recibido puede ser excusa para rehuir la responsabilidad de los propios actos. Ser almas de criterio supone la capacidad de actuar por cuenta propia, después de haber tomado las medidas de prudencia oportunas.

TV, *HIJO mío*, dice la Sagrada Escritura, *no hagas cosa alguna sin consejo; y no tendrás que arrepentirte de lo hecho* ⁿ. El Señor —escribió nuestro Padre— *nos quiere prudentes, ponderados, con medida en todas las cosas, con docilidad para aprender, y para llevar a cabo solícitamente cuanto se nos encomienda; prontos a evitar cualquier peligro con equilibrio espíritu de iniciativa; dispuestos a juzgar —si hay el deber de hacerlo—, cuando tengamos todos los elementos necesarios; y a huir habitualmente de la excesiva preocupación por las cosas temporales* ¹⁴.

Para vivir así, hemos de acudir con frecuencia a las personas que pueden y deben aconsejarnos. De esa

(12) San Gregorio Magno, *Homiliae in Ezechielem* 1, 7, 2.

(13) *Eccli.* XXXII, 24.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 54.

manera, alcanzaremos la sabiduría de corazón que orienta y rige otras muchas virtudes. Por la prudencia el hombre es audaz, sin insensatez; no excusa, por ocultas razones de comodidad, el esfuerzo necesario para vivir plenamente según los designios de Dios ¹⁵.

En nuestra vida de hijos de Dios en su Obra, el Señor ha dispuesto con amorosa providencia que podamos contar con esta ayuda de modo habitual. No acudimos, en efecto, a cualquier consejero, *sino a uno capacitado y animado por nuestros mismos deseos sinceros de amar a Dios, de seguirle fielmente. No basta solicitar un parecer; hemos de dirigirnos a quien pueda darnoslo desinteresado y recto* ¹⁶.

En la *Confidencia* el Señor nos da *luces para saber —para aprender— lo que hay que hacer para portarse bien, con perfección cristiana, en un caso determinado* ⁿ. Vivimos así la recomendación de la Escritura: *no te apoyes en el consejo de cualquiera. Trata, sí, con un varón piadoso que sabes que guarda los preceptos de Dios, cuyo corazón es semejante al tuyo. Y permanece en lo que resuelvas, porque ninguno será para ti más fiel que él. El alma de ese hombre piadoso ve mejor las cosas que siete centinelas en lo alto de una atalaya. Y en todas ellas ora por ti al Altísimo, para que te dirija por la senda de la verdad* ¹⁸. Espe-

(15) *Amigos de Dios*, n. 87.

(16) *Amigos de Dios*, n. 86.

(17) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 20.

(18) *Eccli.* XXXVII, 14-19.

cialmente *cuando veáis un problema, una dificultad, aconsejaba nuestro Padre, tended a la objetividad, a la serenidad y, para eso, acudid a vuestros hermanos. Muchas veces no vemos, porque tenemos los ojos demasiado cerca del obstáculo*¹⁹.

Pidamos a la Virgen, *Mater Boni Consilii*, que nos dé un conocimiento tal de nuestras limitaciones, que nos haga sentir la necesidad de acudir a los demás para ser eficaces. Seremos así hombres de criterio recto, sereno, maduro. Porque *la edad* —afirma San Agustín— *no son los años, sino la prudencia y la sabiduría*²⁰.

(19) De nuestro Padre.

(20) San Agustín, *De moribus Ecclesiae catholicae* 1, 10, 17.

410.

SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO (I)

—El Señor desea reinar en nuestra vida entera.

—Hemos de servirle abnegadamente.

—Jesucristo reina en nosotros, a pesar de nuestros errores, si luchamos humildemente por repararlos.

EN ESTE último domingo del año litúrgico, la Iglesia celebra la solemnidad de Jesucristo, Rey del universo. Una fiesta que llena de alegría a los fieles del Opus Dei, como hacía considerar nuestro Fundador en una ocasión semejante, en 1963, a unos hijos suyos.

Me ha venido enseguida al pensamiento que vuestra presencia aquí, ante el Señor, esta presencia activa, este Opus Dei que cada uno de vosotros hace con su vida entera, es una respuesta colosal, llena de amor, a aquel nolumus hunc regnare super nos! (Luc XIX, 14) que pronunciaron los judíos y después de ellos tantas otras almas rechazando a Cristo Señor Nuestro, como Rey y como Amor.

Representáis a muchos otros hijos míos repartidos por toda la tierra. Y he de deciros que hace años, cuando aún no os conocía, ya rezaba por todos vosotros. Os esperaba tal como habéis venido a la Obra: llenos de rectitud, encendidos en el amor de Dios

—más con la inteligencia y con la voluntad que con el sentimiento—, fuertes y leales. Ya entonces, cuando os estaba esperando y rezaba por vosotros sin conoceros, al percibir en los distintos ambientes de la sociedad ese clamor de rebeldía, procuraba repetir miles de veces mi respuesta, y aun sentía la necesidad de apuntarla por escrito, mientras trabajaba. Cada página o cada media página, anotaba esa misma respuesta amorosa, fuerte, inmensa, que estamos dando en este momento: oportet illum regnare! (I Cor. XV, 25): ¡queremos que El reine! Lo encontraréis escrito en muchos papeles míos; lo recuerdo como si fuese ahora.

Pero nos debemos preguntar: ¿dónde debe reinar Cristo Jesús? Se lo decimos en esa consagración que hoy renovamos en todos nuestros Centros. Debe reinar, primero, en nuestras almas. Debe reinar en nuestra vida, porque toda ella tiene que ser testimonio de amor. ¡Con errores! No os preocupe tener errores, yo también los tengo. ¡Con flaquezas! Siempre que luchemos, no importan. ¿Acaso no han tenido errores los santos que hay en los altares? Pero errores que están dentro de nuestro camino de hombres; de esos errores Nuestro Señor se debe de sonreír: ludens coram eo omni tempore, luden» in orbe terrarum (Prov. VIII, 30-31); jugando ante El en todo momento, jugando en el orbe de la tierra, dice la Escritura; así me veo yo muchas veces ante el Señor.

Tú eres el que das, Señor Rey nuestro, a nuestra vida, el sentido sobrenatural y la eficacia divina. Tú haces que, por el amor de tu Hijo, con todas las fuerzas

de nuestra vida, con el alma y con el cuerpo a un tiempo, podamos decir: ¡queremos que El reine!, mientras resuena el contrapunto de nuestra debilidad, porque Tú sabes que somos criaturas, criaturas hechas de barro: de barro no sólo los pies, también el corazón y el cerebro. A lo divino vibraremos sólo por Ti, y con tu gracia te serviremos dando nuestra vida entera en servicio abnegado, leal¹.

HOY VEMOS con tristeza, hijos míos, que hay también en el mundo muchos millones de criaturas que se encaran con Jesucristo, mejor dicho, con la sombra de Jesucristo, porque a Cristo no lo conocen, no han visto la belleza de su rostro, no conocen la maravilla de su doctrina, y dicen lo mismo que los judíos hace dos mil años: no queremos que éste reine sobre nosotros (Luc. XIX, 14). Por eso nuestro serviam!, por eso nuestra fidelidad a la vocación, por eso nuestro trabajo con naturalidad, sin aparato, sin ruido, tratando de hacer una labor de tres mil y el rumor de tres. Así, trabajando sin llamar la atención, pasando ocultos, sacando a los demás, con cariño, las castañas del fuego —como dicen en mi tierra—, cada uno de nosotros clama: oportet illum regnare! (I Cor. XV, 25).

Demos gracias al Señor que nos ha querido en sus filas. Hacemos nuestra oración de hijos y de subditos;

(1) De nuestro Padre, Meditación, 27-X-1963.

y se nos llena la lengua y el paladar de leche y de miel, al hablar del Reino de Dios, del Reino de justicia y de verdad, como se canta en el Prefacio de la Misa de hoy.

No sé tú, hijo mío, pero yo presiento, como algo que me dice el Señor, una pregunta precisa: tú, ¿cómo me dejas reinar en ti? Yo le diría al Señor que, para que reine bien El en mí, de manera que hasta el último latido, hasta la última respiración, hasta la mirada menos intensa, hasta la palabra más terrena, hasta la sensación más elemental, sean el Hosanna! a Cristo Rey mío..., le diría al Señor que para eso necesito su gracia, que para eso necesito también algo humano, porque hombre soy y tengo que reaccionar humanamente, para que Tú, Dios mío, sobre esa reacción humana, pongas el sentido sobrenatural de mi vida dedicada a tu servicio en el mundo.

Servicio. ¡Cómo me gusta esta palabra! Servir a mi Rey, Cristo Jesús. Servir, y servir siempre. Danos, Madre nuestra, este sentido de servicio. Tú, que ante la maravilla del Dios que se iba a hacer hombre, dijiste: ecce ancilla! (Luc. 1, 38), enséñame a servir así.

Si nosotros supiéramos servir, Madre mía...; si cada uno de tus hijos del Opus Dei supiera servir, ¿cómo aprenderían los demás!, ¿cómo afinaríamos nosotros y cómo haríamos afinar a los demás! ¿No es éste el momento, hijo mío, para que tú, allá, dentro de tu corazón y de tu cabeza, le digas lo que le digo yo en mi cabeza y en mi corazón? Dile que queremos aprender.

Porque tú y yo enseñamos con el ejemplo, que es como hay que enseñar; que yo sea el testimonio de este servicio a Jesucristo en el mundo, porque El es Rey de todas las actividades de mi vida; porque es la última y única razón de mi existencia. Y después, cuando haya dado el testimonio de mi ejemplo, podré dar la doctrina, la teoría. Como Jesucristo, que empezó a hacer y a enseñar (Act. 1, 1).

Luego te esforzarás por tener un sentido humano de la vida. No podemos ser deshumanos. Si nuestra vida se deshumaniza, Dios no edificará nada encima. ¿Cómo va a edificar sobre ese desorden? Hemos de comprender, hemos de convivir, hemos de disculpar, hemos de perdonar... Pero perdonar no quiere decir que vayamos a cometer injusticias, causando un perjuicio a otros hijos de Dios; eso sería un desorden, quizá mucho peor.

Convivir, disculpar, perdonar. Todo con la mayor rectitud, y con el orden que la inteligencia humana puede alcanzar. Y encima de eso, el Señor edifica nuestra santidad de servidores suyos fidelísimos. Se sirve de tu vida y de la mía: nuestro Rey nos hace suyos y nos emplea para hacer su Obra en la tierra².

HIJOS míos, éstas son luces de Dios, que nos llevan a considerar que debemos estar a la cabeza, en

(2) De nuestro Padre, Meditación, 27X-1963.

vanguardia; que hemos de ser los más atrevidos, los más audaces, los que no tienen miedo a nada ni a nadie, los que procuran correr con más empeño.

No os importen vuestros errores: sed fieles al Señor, acudid siempre a El, pedidle ayuda. Potestas eius potestas aeterna, quae non auferetur: et regnum eius, quod non corrumpetur (Dan. VII, 14), su poder es eterno y no le será arrebatado, y su reino no se deshará.

¿Qué reacción tienes tú ante un error? ¿De desaliento? No eres entonces buen hijo de Dios ni buen soldado de Cristo Rey, porque esa reacción no es de humildad, sino de soberbia. Tú ¿qué te crees? Yo me veo, y lo repito muchas veces al día, como pauper servus et humilis. El nos ha buscado así.

Hace pocos días contemplaba en el noticiario de la televisión algunas imágenes de esos pueblos que están en guerra. Acudían a tomar las armas gentes de toda edad, jóvenes y viejos, incluso algunos con aspecto de enfermos. Daba mucha pena, pero me sirvió para pensar que algo así sucede en la vida interior. Cuando el Señor nos llama a formar parte de sus filas, nos recluta como somos; con todas nuestras miserias, y también de ellas se sirve. Porque le hacemos falta, aunque El sea Omnipotente.

¿Habéis visto los soldaditos que vienen a filas con su maleta de cartón?: aquel que llega del último rincón de su país, mirando con ojos asustados la ciudad grande, el cuartel inmenso... Allí les dan un uniforme,

y un gorro cuartelero que se colocan como pueden y... su aspecto no es muy marcial.

Tú, hijo mío, ¿cómo te ves? Yo, de ordinario, me veo como un quinto, que así llaman en mi tierra a los soldaditos que acaban de llegar al cuartel, a quienes acaban de vestir y ni siquiera saben poner las manos. Si llega el día de fiesta, se enfilarán en los dedos un par de guantes blancos, y se irán a retratar para enviar a sus padres la fotografía del hijo que tienen en la ciudad.

¡Así somos también los soldaditos de Cristo en la tierra...! ¡Hijos míos, que ya no podemos ser quintos! Ya no podemos ir a hacernos ese retrato, dándonos importancia de nuestra pobre miseria y de nuestra inelegancia. Retratos ya nos los harán, sin buscarlos, mientras trabajamos: sin que nos demos cuenta, mientras somos testimonio, mientras predicamos con el ejemplo de nuestra fidelidad, de nuestra vida entregada, de la realidad de nuestra dedicación a Dios, de nuestro servicio a este Rey, que quiere gobernar en nuestros pobres corazones.

Señor, que me deje de tonterías. Pero si al llegar la noche, compruebas una vez más tu condición humana, no te desanimes. Hombre eres, soldado de Cristo, y quieres que El reine: oportet illum regnare! Vuelve entonces a proclamar aquella decisión tuya: queremos que El haga su reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz (Praef.j).

Justamente porque tú y yo conocemos la flaqueza de la condición humana; porque se siente el clamor

que no cesa, un clamor que más que de voces, está hecho de ejemplos vergonzosos en todos los terrenos; un clamor que dice de nuevo y continuamente: nolumus hunc regnare super nos. Justamente por eso, hijos míos, ¡qué necesaria es esta Obra de Dios, que lleva todos los quehaceres humanos al Reino de Cristo!

Cuando un día, en la quietud de una iglesia madrileña, yo me sentía ¡nada! —no poca cosa, poca cosa hubiera sido aún algo—, pensaba: ¿Tú quieres, Señor, que haga toda esta maravilla? Y alzaba el cáliz, sin distracción, a lo divino... Y allá, en el fondo del alma, entendí con un sentido nuevo, pleno, aquellas palabras de la Escritura: et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum (I Cor. XII, 32). Lo entendí perfectamente. El Señor nos decía: ¡si vosotros me ponéis en la entraña de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño..., entonces, omnia traham ad meipsum! ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!

Hijos míos, demos gracias a Santa María. Y le pedimos también que sepamos dar la vida al Señor, Rey nuestro, que nos enroló en su servicio; que podamos servirle por intercesión de su Madre Inmaculada. Que Ella nos obtenga la gracia para ser soldados de Dios, de Cristo, porque oportet illum regnare!: conviene que El reine en todos los corazones³.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 27-X-1963.

411.

SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO (II)

—Hoy renovamos la consagración de la Obra al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús.

—Hemos de ser, en medio del mundo, sembradores de paz y de alegría.

—Debemos repetir con frecuencia la jaculatoria *Cor Iesu Sacratissimum et Misericors, dona nobis pacem!*

OH DULCÍSIMO Jesús, divino propiciatorio por el cual prometió el eterno Padre que oiría siempre nuestras oraciones: acoge benigne la consagración del Opus Dei que ahora hacemos a tu Sagrado Corazón¹.

Hoy renovamos una vez más la consagración de la Obra al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús, que nuestro Fundador realizó por primera vez el día 26 de octubre de 1952, solemnidad de Cristo Rey, en el oratorio biblioteca del Padre, en Villa Tevere, un año después de la que hizo al Corazón Dulcísimo de María, cuando arreciaban las contradicciones en nuestro camino. Yo pedía la paz, comentaba nuestro Padre años después. La paz del mundo, porque nos interesa la concordia de todos los hombres; la paz interior de cada uno de mis hijos, en medio de su

(1) De nuestro Padre, Consagración al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús.

*personal lucha ascética; y la paz de la Obra, para que ciertas personas, que durante años nos han calumniado de modo sistemático, se dedicasen a servir a Dios y nos dejaran realizar tranquilamente nuestra labor apostólica*².

Tiempo más tarde, ante los ataques del demonio a la Iglesia, cuando innumerables almas caminaban por sendas de perdición, nuestro Padre acudió con particular insistencia a la Misericordia divina, y enriqueció con un nuevo título —que estaba implícito desde el principio— la jaculatoria con la que invocamos al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús.

*Al consagrarte nuestra Obra, con todas sus labores apostólicas —diremos una vez más al Señor—, te consagramos también nuestras almas con todas sus facultades; nuestros sentidos; nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones; nuestros trabajos y nuestras alegrías. Especialmente te consagramos nuestros pobres corazones, para que no tengamos otra libertad que la de amarte a Ti, Señor*³.

Es un ofrecimiento que cada uno, personalmente, quiere hacer al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús: lo ponemos todo en sus manos, y le rogamos de modo especial que tome nuestros corazones y los haga suyos. Queremos que nuestra liber-

(2) De nuestro Padre, Tertulia, 9-XM959.

(3) De nuestro Padre, Consagración al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús.

tad sea para Dios, sin reservarnos otro derecho que el de amarle toda la vida. Cuando nuestro corazón descansa en el de Cristo, cuando no busca nada fuera, porque todo lo encuentra en Dios, cuando ha aprendido que Jesús sacia las nobles aspiraciones del corazón y de la inteligencia, el alma encuentra finalmente la paz, la paz del buen Amor.

Ahora, muchos años después de esta consagración, el mundo, la Iglesia y las almas siguen necesitados de la paz que Jesucristo vino a traer a la tierra. También la Obra, parte viva del Cuerpo Místico de Cristo, necesitará siempre de este don divino. Por eso renovamos hoy esta consagración, pidiendo: *oh Dios, que te has dignado darnos en el Corazón de tu Hijo, herido por nuestros pecados, infinitos tesoros de amor, atiende las súplicas que con filial piedad te dirigimos* *.

*HAZ QUE amemos cada día más y más a tu Hijo Jesús y a su Madre bendita; danos un amor grande a la Iglesia y al Papa, que se traduzca en obras de servicio; móntenos siempre unidos, por el amor, a la Obra, a nuestro Padre, al Padre y a nuestros hermanos; infunde en nuestros corazones celo ardiente por las almas*⁵.

(4) De nuestro Padre, Consagración al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús.

(5) De nuestro Padre, Consagración al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús.

El afán de almas es connatural con nuestra misión de corredentores. Quiere el Señor servirse de nosotros para acercarse a todos, para llevarles, con su amor, la paz y la alegría, *porque en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo* —recuerda San Pablo—, *sin imputarles sus delitos, y puso en nosotros la palabra de la reconciliación*⁶. Quiere que le ayudemos a reconciliar el mundo y las situaciones humanas con El; y, del mismo modo, las almas todas entre sí.

Han pasado los años, y el Señor ha derramado abundantemente su paz en nuestras almas y en las labores apostólicas, como fruto de esa constante oración de nuestro Padre y de todo el Opus Dei. Y como *Dios nos ha llamado a la paz*⁷, también en torno nuestro —*sembradores de paz y de alegría*— florece ese don divino. *No lo decimos a voz en grito, pero procuramos llevar con nosotros la paz, dondequiera que estemos. De modo que cuando las olas se encrespan, echamos encima de las pasiones nuestras y de las de los demás un poquito de comprensión, un poquito de convivencia; un poquito de amor, en una palabra. Llevamos la paz y dejamos la paz.*

Pax vobis! ¿Os acordáis? Clausis ianuis, *estaban cerradas las puertas, y El se mete. Y les dice: la paz sea con vosotros (Ioann. XX, 19). Es eso: también en la*

(6) II Cor. V, 19.
(7) I Cor. VII, 15.

tierra a veces nos encontramos todas las puertas cerradas. Pero no sólo no hemos de perder la paz, sino que hemos de darla a los demás: pax vobis!

*Ante las incomprensiones, ante las calumnias organizadas, ante las mentiras y las difamaciones..., conservad siempre una paz inalterable. Querría que os lo enseñara Jesucristo. Yo tuve por Maestros, primero, el calor cristiano del hogar de mis padres; y después —no me da vergüenza decirlo, porque esto no es soberbia—, al Espíritu Santo*⁸.

Nuestros modos apostólicos y las virtudes cristianas de la convivencia alcanzarán del Señor un adelanto en ese reinado de paz que vino a traer a la tierra. *Veo a la Obra proyectada en los siglos* —escribió nuestro Fundador—, *siempre joven, garbosa, guapa y fecunda, defendiendo la paz de Cristo, para que todo el mundo la posea. Contribuiremos a que en la sociedad se reconozcan los derechos de la persona humana, de la familia, de la Iglesia. Nuestra labor hará que disminuyan los odios fraticidas y las suspicacias entre los pueblos, y mis hijas y mis hijos —fortes in fide (I Petr. V, 9), firmes en la fe— sabrán ungir todas las heridas con la Caridad de Cristo, que es bálsamo suavísimo*⁹.

CONCÉDENOS la gracia de encontrar en el divino Corazón de Jesús nuestra morada; y establece

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 1-1-1971.
(9) De nuestro Padre, Carta, 16-VII-1933, n. 26.

*en nuestros corazones el lugar de tu reposo, para permanecer así íntimamente unidos: a fin de que un día te podamos alabar, amar y poseer por toda la eternidad en el Cielo, en unión con tu Hijo y con el Espíritu Santo*¹⁰.

Finaliza así la oración con la que renovamos la ofrenda de la Obra entera y de cada uno de nosotros al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús; y rezamos la jaculatoria que recuerda aquella consagración hecha por nuestro Padre: *Cor Iesu Sacratissimum et Misericors, dona nobis pacem!* Nuestro Fundador nos enseñó a repetirla con frecuencia, porque esa jaculatoria, como la que compuso con ocasión de la consagración al Corazón Dulcísimo de María, es *una continua oración corporativa de toda nuestra familia espiritual*".

Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús, danos la paz. Le pedimos la paz del mundo, una paz firme y justa, hecha de amor y bendecida por Cristo; una paz que convierta el mundo entero en buena tierra para recibir la semilla de la doctrina cristiana.

Pedimos que haya paz en nuestros corazones, que nada nos perturbe; que nada agite y remueva malamente la quietud del alma, que en nuestra vida haya siempre amor, y entrega completa y serena. Paz interior, que nos permita darnos a los demás, olvi-

(10) De nuestro Padre, *Consagración al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús*.

(11) De nuestro Padre.

dándonos de nosotros mismos, seguros de que el Señor nos protege. Paz para todos los que le seguimos en este camino de la Obra, paz que el Espíritu Santo concede a quienes sólo buscan la Voluntad de Dios en todo momento; paz para que estemos *consummati in unum*¹², consumados en la unidad.

Pedimos también paz para la Iglesia, redil de Cristo, Arca de Salvación, Casa de Dios. Paz entre los católicos para que, unidos al Romano Pontífice, vivamos el recto orden de la caridad.

Finalmente, le suplicamos que haya paz a nuestro alrededor, para que podamos trabajar apostólicamente. No somos *antinada*. *No nos sentiremos jamás enemigos de nadie*¹³, para todos tenemos sentimientos de caridad, de comprensión. Por eso pedimos al Señor que la paz externa sea también el ambiente de nuestro trabajo apostólico.

Son intenciones concretas que debemos tener en cuenta al invocar al Corazón de Jesús con esa jaculatoria. Buenos deseos para cuyo cumplimiento estamos dispuestos a dar la vida, si fuera preciso. Quereamos proclamar en la tierra el reinado de nuestro Señor Jesucristo, *Reino de justicia, de amor y de paz*¹⁴.

Se hará realidad de este modo, en los corazones de muchos, aquel afán apostólico que nuestro Padre nos invitaba a tener, hace muchos años: *llevad la ca-*

(12) *Ioann.* XXVII, 23.

(13) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1932, n. 67.

(14) *Proel*

ridad de Jesucristo a todos los caminos de la tierra, caminos divinos de la tierra.

Y extended por todo el mundo el influjo —callado y fértil— de vuestro trabajo de apóstoles, quasi fluvium pacis, como río de paz (Isai. LXVI, 12)¹⁵.

Cor Iesu Sacratissimum et Misericors, dona nobis pacem! ¿Cómo no va a escuchar también nuestra Madre, *Regina pacis*, este clamor constante de sus hijos?

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 175.

412.

SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO (III)

—Para reinar con Cristo hemos de morir a nosotros mismos.

—Dolor de amor, cuando no hayamos sabido seguir a Cristo en la Cruz.

—*Complejo de superioridad*: unidos a Jesús lo podemos todo.

LA LITURGIA del día nos recuerda que hay un reino del cielo en la tierra, que todo lo de la tierra tiene que estar sujeto al Rey de ese reino: porque a El, a Jesucristo, ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra (Matth. XXVIII, 18); El ha sido constituido Rey de Reyes y Señor de señores (Apoc. XIX, 16); en El se cumplen aquellas palabras del salmo: pídemelo y te daré las naciones por herencia y en posesión hasta los confines de la tierra (Ps. 113, 8).

Me parece muy conveniente, hijos míos, que hoy comencemos nuestra oración por donde a veces se termina, repitiendo las palabras que la Iglesia nos hace recitar a los sacerdotes: demos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los santos iluminándonos con la luz; que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas y trasladado al reino de su Hijo muy amado (Colos. 1, 12-13). Es el grito de amor que se canta definitivamente en el reino de los cielos, pero que podemos incoar ya en la tierra, si nos

sometemos al reinado de Cristo: reino —leemos en el prefacio— de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz fPraef.J¹.

Este reino universal del Señor *no es un modo de decir, ni una imagen retórica. Cristo vive, también como hombre, con aquel mismo cuerpo que asumió en la Encarnación, que resucitó después de la Cruz y subsiste glorificado en la Persona del Verbo juntamente con su alma humana. Cristo, Dios y Hombre verdadero, vive y reina y es el Señor del mundo. Sólo por El se mantiene en vida todo lo que vive.*

*¿Por qué, entonces, no se aparece ahora en toda su gloria? Porque su reino no es de este mundo floann. XVIII, 36), aunque está en el mundo*².

Precisamente por no ser de este mundo, el reino de Cristo sufre violencias en la tierra. Así lo recordaba nuestro Padre, aludiendo a la lucha que hemos de mantener contra nosotros mismos para instaurarlo, y también a las dificultades externas que de un modo u otro están siempre presentes, porque la Iglesia siempre sufre persecución —incluso cruenta— en alguna parte del mundo.

Justamente en estos días —decía con dolor nuestro Fundador en 1967—, me han llegado noticias de que en el Este de Europa se ha recrudecido la persecución contra los católicos hermanos nuestros. Nadie pro-

testa. Razones políticas les llevan a callar. Es prudencia de la carne (Rom. VIII, 6). Yo no callo, no puedo dejar de pedir: Señor, ¡que allí también está tu reino! Señor, que sacaste de las tinieblas la luz, ¡saca del error la verdad! Señor, ¡tapa la boca de los maldicientes! Señor, ¡deten la espada de los que están asesinando, con martirio cruel, a los hijos tuyos fieles, que forman parte del reino tuyo de la tierra!

Pero el Señor nos puede responder con aquellas palabras del Apocalipsis, que también hoy se proclaman en la liturgia: digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder y la divinidad y la sabiduría y la fortaleza y el honor fApoc. V, 12). *Sí, hijos, hay que morir, para reinar con Cristo; pero la muerte que nos pide Jesús no es muerte de violencia, de sangre. A vosotros y a mí nos pide la muerte de la mortificación, de la penitencia, que se hace suave y dulce y querida por el trato con Dios; por el Pan y la Palabra; por el hecho de tratar a este Cordero que se inmoló en la Cruz y se inmola cada día en el sacramento del altar*³.

¿COMO reinará Cristo en el mundo? Reinando primero en cada uno de nosotros. ¿Y cómo reinará en cada uno de nosotros? Reinando en cada una de nuestras acciones, de nuestros deseos, de nuestros pensa-

(1) De nuestro Padre, Meditación, 29-X-1967.

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 180.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 29-X-1967.

mientos⁴. Para eso es imprescindible tomar la Cruz de Jesús y morir a nosotros mismos. *Muerte como la de aquel grano de trigo, que se pudre bajo la tierra* (cfr. Ioann. XII, 24): *con su desaparición viene el fruto, la fecundidad, la victoria, la resurrección. Y, mientras tanto, si no perdemos el sentido sobrenatural, también la alegría y la paz.*

*Os puedo decir que, en los años que llevo trabajando por Jesucristo, apenas recuerdo algún día en que no haya tenido que sufrir por Jesucristo y por su Obra. La mortificación hay que vivirla con amor, hijos míos. Dignus est Agnus, qui occisus est... (Apoc. V, 12): Señor, por tu muerte, que sepamos morir cada día un poco*⁵.

Nuestra flaqueza, sin embargo, es bien manifiesta. ¡Cuántas veces no hemos dado a Jesús la acogida que El esperaba! ¡Cuántas veces hemos rehuido la Cruz, que El nos ofrecía! Y, sin embargo, el Señor no se ha cansado de nosotros, no nos ha dejado de su mano. Hoy, además de darle gracias, le pedimos perdón.

Gratias agimus Deo **Patri...**, *demos gracias a Dios, que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas y trasladado al reino de su Hijo muy amado* (Colos. I, 12-13). *Gracias por esa luz que nos ha dado. Al mismo tiempo, hijos míos, convenceos de que la mejor devoción es hacer muchos actos de contrición, ¡ahora!, para remisión de nuestros pecados, que han costado la San-*

(4) De nuestro Padre, Meditación, 29-X-1967.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 29-X-1967.

gre del Cordero divino. ¡Se nos presentan ante los ojos tantas y tantas equivocaciones, errores, miserias pasadas y futuras, presentes!...

Pero Dios Nuestro Señor nos encierra otra vez dentro de este Corazón de Cristo, para recibir el cariño, la comprensión y el perdón. Domine, tu omnia nosti, tu seis quia amo te! (Ioann. XXI, 17). Señor, conoces mis fatigas; Señor, conoces mis oscuridades; Señor, conoces mis vacilaciones; Señor, conoces mi sensualidad; Señor, conoces mi simplicidad. A pesar de todo, me has elegido ante mundi constitutionem (Ephes. I, 4): antes de que fueran los cielos y la tierra, ya pensaba en ti y en mí, en todos nosotros, en cada uno, con amor de predilección.

*Señor, Corazón Dulcísimo de mi Jesús: gracias porque eres Padre, porque eres Hermano, porque el Espíritu Santo está en mi espíritu residiendo, y dándole la posibilidad de realizar obras humanas que sean al mismo tiempo obras divinas. Y prosigue San Pablo: por su sangre (de Cristo) hemos sido rescatados, y conseguido la remisión de los pecados. El es imagen del Dios invisible, Primogénito de toda criatura (Colos. I, 14-15). Aquel que es nuestro Rey, Primogénito de toda criatura, Aquel que es nuestro Dios es también nuestro perdón*⁶.

A PESAR de nuestra flaqueza, Jesucristo quiere que le ayudemos a instaurar su reino. Es el

(6) De nuestro Padre, Meditación, 29-X-1967.

mismo Hijo quien, con el Padre y el Espíritu Santo, nos ha buscado para que le ayudemos a corregir. Eripuit nos de potestate tenebrarum (Colos. I, 13), nos ha librado del poder de las tinieblas, per sanguinem crucis eius flbid., 20), por medio de la Sangre que derramó en su Cruz, et vocavit nos vocatione sua sancta (II Tim. I, 9), y nos ha llamado con su vocación santa.

¿No os he hablado tantas veces de que hay que tener complejo de superioridad? Padre, ¿pero esto no sería una manifestación de soberbia? ¡No, hijos! Es una consecuencia de la humildad: de una humildad que me hace decir: Señor, Tú eres el que eres. Yo soy la negación. Tú tienes todas las perfecciones: el poder, la fortaleza, el amor, la gloria, la sabiduría, el imperio, la dignidad. Si yo me uno a Ti, como un hijo cuando se pone en los brazos fuertes de su padre o en el regazo maravilloso de su madre, sentiré el calor de tu divinidad, sentiré las luces de tu Sabiduría, sentiré correr por mi sangre la fortaleza.

Repitamos de nuevo las palabras del Apóstol de las gentes: demos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los santos iluminándonos con la luz (Colos. I, 12). ¡Luces santas, luces de Dios! Ese es el sentido de la expresión del Apóstol. Para ti, hijo mío, la luz de tu mentalidad laical y de tu alma sacerdotal. ¡Cuántos no entienden el camino de la Obra, porque carecen de esa luz! No comprenden, Jesús, ¡no entienden! No saben lo que es servir, lo

que es trabajar por la Iglesia sin ser gravosos, sin comprometerla en banderías humanas (...).

Viene a mi mente, de nuevo, el complejo de superioridad, porque estoy en las manos de Dios, y El es mi Padre, y domina de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra (Ps. LXXI, 8). ¡Todo!, ¡todo le está sometido! Et adorabunt eum omnes reges terrae; omnes gentes servient ei (Ibid., 11); le adorarán todos los reyes, todas las naciones le servirán.

Le está sirviendo hasta Satanás. Hasta las criaturas condenadas por toda la eternidad están haciendo un servicio a Dios. Complejo de superioridad, porque potestas eius, potestas aeterna, quae non auferetur: et regnum eius, quod non corrumpetur (Dan. VII, 14); su poder es poder eterno, que no le será arrebatado: y su reino un reino que no se deshará.

Luego hay que tomar conciencia de que Tú, Señor, lo puedes todo. Y rectificar la intención. Rectificar la intención como se rectifica el rumbo del barco en alta mar. Mirando a la estrella, mirando a María. Y tendré la seguridad de llegar a puerto siempre. Y señalaré los escollos. Tendré una santa desvergüenza para hacerlos ver: que a veces son pequeñas insidias; otras, descaradas ignorancias; otras, odiosas razones; y algunas, manifestación de la impotencia que tienen los hombres, que no pueden tolerar la fecundidad que Tú das a otros.

Tú eres mi Padre, mi Dios, el refugio de mi salvación (Ps. LXXXVIII, 27), decimos al Señor. Haré sub-

sistir por siempre su descendencia, *dice el salmo flbid., 30). Y nosotros, hijos míos, somos de esa descendencia, de esa semilla de Dios, porque queremos pisar todos los caminos de la tierra, que guardan en sí la traza de las pisadas de Cristo. ¡Qué alegría ser de Dios!, hijos de todo ese amor y de todo ese poder que tiene la majestad de Dios. ¡Qué alegría poder ofrecerle nuestro corazón bien entero!*¹.

Se lo pedimos a la Virgen Santísima: Madre nuestra, introdúcenos en tu Corazón Inmaculado, y allí purifícanos, limpíanos, enciédenos, para que tu Hijo implante su reino en nosotros y, con nuestra cooperación, en muchas otras almas.

(7) De nuestro Padre, Meditación, 29-X-1967.

413.

LUNES

—Todos los hombres hemos de morir.

—La meditación sobre la muerte nos ayuda a rectificar el rumbo de nuestra vida.

—Alegría y serenidad en el momento de la muerte.

SIGUIENDO la liturgia de la Iglesia, hemos revivido a lo largo del año la historia de la salvación. Esta última semana del ciclo litúrgico prefigura el fin de los tiempos, cuando Nuestro Señor Jesucristo vendrá *sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria* ' para entregar el reino a su Padre e instaurar *los cielos nuevos y la tierra nueva, donde tendrá su morada la justicia*². Se habrá cumplido entonces la recapitulación de todas las cosas en Cristo, y los elegidos reinarán con el Señor eternamente.

Pero antes de que llegue la resurrección de los hombres y el juicio universal de Dios sobre el mundo, vendrá el fin de la vida en la tierra para cada ser humano. La ley de la muerte no admite excepciones: todos hemos de morir, porque todos nacimos manchados con el pecado original: *así como por medio de un solo hombre entró el pecado en el mundo, y a través del pecado la muerte, de*

(1) *Matth.* XXIV, 30.

(2) *II Peir.* III, 23.

esta forma la muerte llegó a todos los hombres, porque todos pecaron³.

Pensad también —nos invitaba nuestro Padre— que *statutum est hominibus semel mori* (Hebr. IX, 27), que una sola vez se muere. Unos, en la infancia; otros, jóvenes, como vosotros; otros, en plena madurez; otros, cuando han llegado a envejecer*. Un día nos tocará a cada uno de nosotros. Lo mismo muere el justo y el impío —comenta San Jerónimo—, el bueno y el malo, el limpio y el sucio, el que ofrece sacrificios y el que no los ofrece. La misma suerte corre por el bueno que por el que peca. El que jura lo mismo que el que teme el juramento. De igual modo se reducen a pavesas y a cenizas hombres y animales⁵.

La Sagrada Escritura nos invita a meditar estas verdades eternas: *acuérdate* —nos dice— *de que en el sepulcro ya no hay goces, de que la muerte no tarda y no sabes cuándo vendrá*". Para que no obremos con negligencia, escribe San Atanasio, conviene meditar aquellas palabras del Apóstol: "*quotidie morior*" (I Cor. XV, 31), cada día muero. Pues si viviéramos como muriendo cada día, no pecaríamos. Si así pensáramos, al levantarnos cada día por la mañana no consideraríamos que hemos de llegar vivos a la noche, y al acostarnos, no tendríamos por seguro que

vamos a levantarnos por la mañana; así es de incierta durante la vida nuestra naturaleza¹.

Así pues, también nosotros hemos de meditar de antemano, profundamente, lo que un día tendremos que ser, y que —queramos o no— no puede estar muy lejos⁸.

NUESTRO Padre nos aconsejaba llevar con frecuencia a la oración el tema de la muerte. Guiados por unas palabras suyas, queremos considerar en la meditación de hoy nuestra propia muerte.

Han venido a decirnos que es la hora, y llega un sacerdote de Casa para atendernos. ¡Qué consuelo abrir una vez más el alma a un hermano tuyo —yo a un hijo mío— con quien has sido siempre sincero! Hacemos una confesión clara, entrecortada y breve. Con caridad sacerdotal nos van ayudando, para prepararnos mejor al abrazo de Dios: ¿y esto?, ¿y esto?, ¿y esto? —Sí, sí, también. Luego nos imponen una pequeña penitencia: di conmigo: Ave María Purísima, sin pecado concebida. A continuación, nos imparten la indulgencia plenaria in articulo mortis.

El médico dice que nos vamos, y sale a buscar una inyección... Tus hermanos vienen desde el oratorio, donde están rezando, con velas. Han llegado desde el Centro donde se guardan los Santos Óleos, para que

(3) Rom. V, 12.

(4) De nuestro Padre, Carta, 24-111-1931, n. 43.

(5) San Jerónimo, Epístola 108, 27.

(6) Eccli. XIV, 12.

(7) San Atanasio, Vita Sancti Antonii 19.

(8) San Jerónimo, Epístola 60, 14.

nos administren la Extremaunción. Y recibimos también el Viático. ¡Qué alegría!

Es el final. Pasa precipitadamente ante nuestros ojos la película de nuestra vida; en medio de una paz, que no nos abandonará, porque el Señor es nuestro Padre y nos acompaña, los pecados e infidelidades pasadas se ponen de pie, porque el demonio los agiganta para intentar llevarnos a la desesperación. ¡No lo conseguirá! Y con dolor compungido, para amar más, pensarás: ¿cómo he vivido la caridad, y la pobreza, y el trabajo, y la castidad? ¿Y con la lengua —¡la dichosa lengua!—, y el orden, y la obediencia? ¿Y tu soberbia? ¿Y tu propio juicio? ¿Y la preocupación por tus cosas?... Uno de tus hermanos te ayuda: ¡ánimo!, Jesús y la Virgen te esperan: da gracias por tu vocación; di a Jesús que le amas con toda tu alma, por la predilección que ha tenido contigo. Piensa en Dios Padre, que te quiere con locura; dirígete al Espíritu Santo para que te llene de gozo.

Recuerdo que cuando todavía no teníamos ninguna aprobación canónica, gritaba a los de Casa en los cursos de retiro que teníamos en Ferraz: ¡aseguro la salvación, la gloria del Cielo, a los que perseveren en su vocación hasta el final! Y añadía: aquel que sea fiel a este espíritu, tiene asegurada la salvación eterna.

Junto a la seguridad de sabernos cerca de Dios, hijos míos, duro debe de ser el esfuerzo del alma por dejar el cuerpo: esta alma que ha sido creada para vivir en este cuerpo, se va... Señor, creo que resucitaré; creo

que mi cuerpo volverá a unirse con mi alma, para reinar eternamente contigo: por tus méritos infinitos, por la intercesión de tu Madre, por la predilección que has tenido conmigo. Yo pienso que después de esta congoja, que parece inevitable, nos quedaremos todavía más tranquilos, con la seguridad de estar con Dios. La muerte nos llenará de alegría y de paz.

Ya has muerto. Al sacerdote le vestirán con los ornamentos sacerdotales, para envolverle después en un lienzo. Al laico le amortajarán con una sábana. Algunos, hace muchos años, me decían: ¿por qué quiere que se les envuelva en un lienzo? Y les contesté que no hay cosa más grotesca que un cadáver coloreado y vestido con un traje civil o de etiqueta; en cambio, les expliqué, la sábana tiene tradición evangélica. Se emocionaron con esta razón y convinieron conmigo en la prudencia de esta medida.

Así te envolverán: sin miedo, con inmenso cariño, deseando intervenir todos, sin asco, aunque tu cuerpo esté comenzando a descomponerse. No faltarán manos piadosas, que llenas de caridad —¡cariño sobrenatural y humano!—, te presten este último servicio. Uno de tus hermanos —quizá aquél que pensabas que no te tenía mucha simpatía— se sorbe las lágrimas con grandísima pena; otro reza; otro no se atreve a entrar, porque sabe que va a estallar su emoción. Y esto, ¡que pasará!, sucederá a la hora en que humanamente nada esperan de ti. ¿Aprenderás a querer de verdad a tus hermanos? ¡Bendita caridad nuestra! No cerréis el co-

razón al cariño. Sabed perdonar, que no estáis solos.

La muerte, hijos míos, es una realidad que llegará inexorablemente: no veamos muy en frío, por lo tanto, estas cosas. Yo no deseo que muera ninguno de vosotros. ¡Déjalos, Señor, no te los lleves todavía!, ¡que son jóvenes, y aquí abajo tienes pocos instrumentos! Espero que el Señor me escuchará... Pero puede venir en cualquier momento.

¡Qué conciencia tan objetiva da la consideración de la muerte! ¡Qué buen remedio, para dominar las rebeldías de la voluntad y la soberbia de la inteligencia! Amala, y dile al Señor con confianza: como Tú quieres, cuando Tú quieras, donde Tú quieras⁹.

IGNORAS —repiten continuamente los Padres de la Iglesia— *a qué hora ha de venir la muerte; si durante el sueño o por la mañana. Estáte, pues, preparado, para que, cuando venga, salgas a recibirla como las vírgenes prudentes, teniendo aceite en tu lámpara, esto es, tus buenas obras. Acuérdate en cada momento de tu salida; ten cada día la muerte ante los ojos¹⁰. Y nuestro Fundador nos decía: la santidad consiste precisamente en eso: en luchar, por ser fieles durante la vida, y en aceptar gozosamente la Voluntad de Dios a la hora de la muerte¹¹.*

No tememos la muerte, y su recuerdo encierra para nosotros una promesa de gloria e inmortalidad: *vita mutatur non tollitur*¹², la vida se cambia, no se pierde. *Estad siempre alegres*, nos recomendaba nuestro Padre. *También a la hora de la muerte. Alegría para vivir y alegría para morir. Con la gracia de Dios, no tenemos miedo a la vida, ni miedo a la muerte¹³.* La muerte es el paso a la unión definitiva —si hemos sido fieles en la vida— con Jesucristo, Nuestro Señor, y con la Virgen nuestra Madre. Por eso, nuestro Padre expresó muchas veces el deseo de *morir cantando*¹⁴. Incluso quería que en esos momentos le cantásemos una melodía que habla de un sol nuevo, de una nueva primavera, de una felicidad definitiva. No fue posible cumplir aquel deseo, pero ¡cómo entendemos ese gozo del alma fiel, al marchar como una flecha al encuentro del Amor! *¡Qué contento se debe morir, cuando se han vivido heroicamente todos los minutos de la vida! —Te lo puedo asegurar porque he presenciado la alegría de quienes, con serena impaciencia, durante muchos años, se han preparado para ese encuentro¹⁵.*

Hemos de disponernos también nosotros para esas circunstancias. *En cuanto a mí*, escribía San Pablo a Timoteo poco antes de morir, *ya estoy a punto de ser inmolado, y se acerca el tiempo de mi muerte.*

(12) *Ordo Missae, Praef. defunct. I*

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-1X1950, n. 69.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XIM941, nota 124.

(15) *Surco*, n. 893.

(9) De nuestro Padre, *Meditación*, 13-XIM948.

(10) San Atanasio, *De virginitate* 23.

(11) De nuestro Padre, *Crónica* XII-55, p. 73.

He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la je^{li}. ¡Qué tranquilidad la del Apóstol! Pueden temer la muerte —escribe San Cipriano— los que, no habiendo renacido por el Espíritu, están destinados al fuego del infierno (...). Tema la muerte quien va a ser atormentado por penas y llamas eternas al salir de este mundo. Tema morir aquél al que se le alarga el tiempo para diferirle algo sus suplicios y dolores (...). Mas para los servidores de Dios, es salvadora partida para la eternidad".

Terminamos nuestra oración con un acto de aceptación rendida, alegre, de la Voluntad de Dios. *Jesús, muerto por mí, concédeme la gracia de morir en un acto de perfecta caridad hacia Ti. Santa María, Madre de Dios, ruega por mí ahora y en lo hora de mi muerte. San José, mi Padre y Señor, alcánzame que muera con la muerte de los justos¹⁸.*

(16) II Tim. IV, 6-7.

(17) San Cipriano, *De mortalitate* 14-15.

(18) *Preces finales del Vía Crucis*.

414.

MARTES

—Aceptar con serenidad y alegría la muerte de los seres queridos.

—Los sufragios y las oraciones son la mejor manera de mostrar nuestro cariño a los difuntos.

—Debemos pedir por nuestros hermanos, por nuestros padres, por los parientes y bienhechores difuntos.

CONTINUAMOS meditando las realidades últimas o novísimas. Y entre ellas, la más inmediata es la muerte: ¡tan a diario la vemos a nuestro alrededor!

Somos humanos, y es natural que nos duela la muerte de los seres queridos: alguien de nuestra familia sobrenatural, personas a las que estamos unidos por los lazos de la sangre o de la amistad... No es falta de fe; es señal de que tenemos corazón. Pero no podemos entristecernos como si nouviésemos la esperanza de la resurrección en Jesucristo. *Un hijo de Dios, escribió nuestro Padre, no tiene ni miedo a la vida, ni miedo a la muerte, porque el fundamento de su vida espiritual es el sentido de la filiación divina: Dios es mi Padre, piensa, y es el Autor de todo bien, es toda la Bondad*.*

(1) *Forja*, n. 987.

Para el que mira con ojos de fe, la muerte de las personas queridas es sólo una separación pasajera. *¡Cuántas veces me fue revelado —escribe San Cipriano a sus fieles—, cuántas y más claras veces se me ordenó por la bondad de Dios que clamase sin cesar, que predicara en público que no debemos llorar por nuestros hermanos llamados por el Señor y libres de este mundo, sabiendo que no se pierden, sino que nos preceden; que, como viajeros, como navegantes, van delante de los que quedamos atrás; que podemos echarles de menos, pero no llorarlos ni cubrirnos de luto, puesto que ellos ya se han vestido con vestidos blancos! (...).*

Además, el Apóstol reprueba y recrimina a los que se contristan demasiado por la pérdida de los suyos. *"En orden a los que duermen, dice, no queremos, hermanos, que os olvidéis de que no debéis lamentaros como los demás que no tienen esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, también Dios llevará con El a los que han muerto con Jesús" (I Thes. IV, 12-13). Dice que los que no tienen esperanza se entristecen en demasía de los suyos. Pero los que vivimos con esperanza, los que creemos en Dios y en Cristo, que padeció por nosotros y resucitó, confiamos en permanecer con Cristo y resucitar en El y por El.*

¿Por qué rehusamos salir de este mundo o lloramos y nos dolemos de los nuestros que parten, como ya perdidos, cuando el mismo Cristo y Señor y Dios nuestro nos avisa y dice: "Yo soy la resurrección y la

vida; quien cree en Mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en Mí no morirá nunca" (Ioann. XI, 25-26)? Si creemos en Cristo, tengamos fe en sus palabras y promesas, de modo que, no habiendo de morir nunca, vayamos alegres y tranquilos a Cristo, con el cual hemos de triunfar y reinar para siempre².

La confianza cierta en la vida futura nos llevará a no perder la paz y la alegría cuando el Señor llame a su presencia a los seres queridos. Hacemos nuestras desde ahora, para cuando lleguen esos momentos, las palabras de nuestro Padre: *cara a la muerte, ¡sereno! —Así te quiero. —No con el estoicismo frío del pagano; sino con el fervor del hijo de Dios, que sabe que la vida se muda, no se quila. —¿Morir?... ¡Vivir!**

SI MORIMOS —afirma San Cipriano—, cuando nos toque, pasaremos por la muerte a la inmortalidad. No puede empezar la vida eterna hasta que salgamos de ésta. No es ciertamente una salida, sino un paso, un traslado a la eternidad, después de correr esta carrera temporal*. Pero ese salto al Cielo exige una purificación total. Por esa razón, el amor de Dios ha creado el Purgatorio, donde el alma se limpia de todos los pecados veniales, de las reliquias de los pecados perdonados durante la vida, y se dispone

(2) San Cipriano, *De mortalitate* 20-21.

(3) *Surco*, n. 876.

(4) San Cipriano, *De mortalitate* 22.

a la unión definitiva con Dios. Mas el Señor —dice la Escritura— *es benigno y misericordioso, paciente y de gran bondad, y le da pena de los castigos*⁵; por eso, permite que los que aún vivimos en la tierra podamos merecer el perdón de las almas retenidas en el Purgatorio. Así lo han vivido todos los hombres que han procurado ser fieles a Dios.

Nos recuerda la Iglesia en la liturgia de difuntos que Judas Macabeo, *habiendo hecho una colecta, envió doce mil dracmas de plata a Jerusalén, para que se ofreciese un sacrificio por los pecados de los difuntos (...); porque consideraba que a los que han muerto después de una vida piadosa les estaba reservada una gracia grande. Es, pues, muy santo y saludable rogar por los difuntos, para que se vean libres de sus pecados*⁶.

¡Con que amor ofrece la Iglesia sufragios por sus hijos difuntos! Las almas que se encuentran en el Purgatorio *son ayudadas por los sufragios de los fieles y particularmente por el aceptable sacrificio del altar*⁷. El Sacrificio de Cristo —de valor infinito— *será de muy grande ayuda para aquellas almas por las que se ofrece la oración, mientras yace presente la Víctima santa*⁸.

También las indulgencias que ganamos en la tierra pueden ser ofrecidas por los difuntos a modo

(5) *Isaías* II, 13.

(6) *II Mach.* XII, 43-46.

(7) Concilio de Trento, *decr. De Purgatorio*.

(8) San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses* 23, 9.

de sufragio, pues *entre los fieles que ya gozan de la Patria celestial y los que expían sus delitos en el Purgatorio y los que todavía peregrinan en la tierra, existe un vínculo de perenne caridad y un copioso intercambio de bienes, gracias a los cuales es aplacada la justicia divina, una vez expiados los pecados (...); y la misericordia de Dios es movida al perdón, para que los pecadores arrepentidos sean conducidos cuanto antes al pleno disfrute de los bienes de la familia de Dios*⁹.

Los sufragios por los difuntos son la mejor manera de manifestar nuestro amor a las personas queridas. Es bueno fomentar la costumbre, que nuestro Padre nos aconsejó tantas veces, de rezar por quienes están purificándose antes de entrar en el Cielo: *las ánimas benditas del purgatorio. —Por caridad, por justicia, y por un egoísmo disculpable —¡pueden tanto delante de Dios!— tenías muy en cuenta en tus sacrificios y en tu oración. Ojalá, cuando las nombres, puedas decir: "Mis buenas amigas las almas del purgatorio..."*¹⁰.

HEMOS de pedir por los difuntos, y especialmente por nuestros hermanos. Sabemos que *Dios no actúa como un cazador, que espera el menor descuido*

(9) Pablo VI, *Const. apost. Indulgentiarum doctrina*, 1-1-1967, n. 5.

(10) *Camino*, n. 571.

de la pieza para asestarle un tiro. Dios es como un jardinero, que cuida las flores, las riega, las protege; y sólo las corta cuando están más bellas, llenas de lozanía. Dios se lleva a las almas cuando están maduras.

Por eso, seguía afirmando nuestro Padre, yo no tengo razón cuando me quejo, cuando voy a decirle que no, por haberse llevado un alma que podría trabajar, que... Se la ha llevado porque estaba madura para la boca de Dios, como una fruta bellísima, y la conduce al Paraísoⁿ.

Es lógico pensar que, antes de entrar en el Cielo, muchas almas, incluso las que lucharon por vivir pendientes de Dios, cumpliendo su Voluntad, habrán de completar en el Purgatorio la purificación de todo lo que no es grato al Señor. Por eso rezamos por nuestros hermanos difuntos. En primer lugar, porque somos hijos de una misma Madre, la Obra: es la caridad cristiana exigida por la solidaridad en la misma vocación. Pero hay también una razón de justicia: la Obra se ha comprometido a darnos los medios para llegar al Cielo. Y nosotros somos también Opus Dei. Participamos, por tanto, de ese compromiso: contribuir con nuestra oración y nuestra mortificación a la santidad de todos. Tenemos el deber de pedir por nuestros hermanos difuntos.

El cariño de la Obra por nosotros se manifiesta también en los abundantes sufragios que nuestro

(11) De nuestro Padre, Crónica, 1975, pp. 766-767.

Fundador dispuso en favor de sus hijos, de nuestro padres y bienhechores. Ahora tenemos de nuevo ocasión —en este rato de charla con el Señor— de dirigir el pensamiento a los difuntos *de una y otra Sección que descansan en todas las regiones del orbe, mientras aguardan la resurrecciónⁿ*. Pedimos por ellos a Nuestra Señora, para que presente nuestras peticiones a Jesús, *f fuente de piedad¹³*, rogándole que un día podamos reunimos en su gloria.

Omnipotente y misericordioso Dios —rezamos en las Misas de difuntos— : *haz, te rogamos, que las almas de nuestros hermanos, parientes y bienhechores, por quienes hemos ofrecido este sacrificio de alabanza, purificadas de todos sus pecados por la virtud de este sacramento, reciban de tu misericordia la felicidad eterna¹⁴*. Se lo pedimos por intercesión de Santa María y de San José. *A todos los que descansan en Cristo, te rogamos les concedas el lugar del refrigerio, de la luz y de la pazⁿ*.

(12) De una lápida en la Cripta de la Iglesia prelatia.

(13) Secuencia *Dies irae*.

(14) *Missa quotidiana defunctorum. Orat. posí Com.*

(15) *Ordo Missae*, Canon Romano.

415.

MIÉRCOLES

- Al fin de los tiempos, Jesucristo ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.
- El juicio particular en el momento de la muerte.
- Confianza en nuestro Juez, Jesucristo.

AL FINAL de los tiempos llegará el juicio universal, en el que Jesucristo juzgará a todos los hombres de todos los tiempos. En el Evangelio, el Señor dice que *de la misma manera que el relámpago sale de oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre*¹.

*Aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre*², es decir, la Santa Cruz, según la interpretación tradicional. Esa Cruz que había sido despreciada —*escándalo para los judíos, necedad para los gentiles*³—, que había sido considerada como algo sin sentido, que había que evitar a toda costa; esa Cruz aparecerá ante la mirada asombrada de los hombres. Ya no habrá tiempo de merecer ni de rectificar. El Señor *enviará a sus ángeles que, con trompeta clamorosa, reunirán a sus elegidos desde los cuatro vientos,*

(1) *Matth.* XXIV, 27.
 (2) *Ibid.*, 30.
 (3) *I Cor.* I, 23.

*de un extremo a otro de los cielos*⁴. Se reunirán todos los hombres que desde Adán han habitado la tierra. *Y verán al Hijo del hombre que viene sobre las nubes del cielo con gran poder*⁵; y, *acompañado de todos los ángeles, se sentará entonces en el trono de su gloria*⁶.

Cristo viene con gloria para que todos le reconozcan como Hijo de Dios, como Redentor del mundo, como Rey y Señor de todo el Universo. Y se mostrará ante aquellos que —en El o en su Iglesia— le negaron, ante los que le persiguieron; ante los que vivieron ignorándole; también ante aquellos que quisieron amarle con obras. La humanidad entera, cada uno de los hombres, deberá reconocer su Realeza, y todos verán con claridad —con alegría unos, con remordimiento otros— que Dios Padre *lo exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre; para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese: ¡Jesucristo es el Señor!, para gloria de Dios Padre* \

Momento terrible será aquél en que nos encontremos delante de Cristo, *constituido por Dios en juez de vivos y muertos*⁸, para dar cuenta de nuestras propias obras, y aparezca a los ojos de Jesucris-

to *Matth.* XXIV, 31.
 (5) *Ibid.*, 30.
 (6) *Matth.* XXV, 31.
 (7) *Philip.* II, 9-11.
 (8) *Act.* X, 42.

to y de la humanidad el verdadero valor de nuestra vida. *Desearía ir por todos los lugares* —escribe nuestro Padre, al considerar esos momentos—, *recordando confidencialmente a muchos que Dios es Misericordioso, ¡y que también es muy justo! Por eso ha manifestado claramente: "tampoco Yo reconoceré a los que no me han reconocido ante los hombres"*⁹.

Si hemos sido fieles, daremos por bien empleados nuestros esfuerzos diarios por alcanzar la santidad. Y sentiremos gran alegría al ver esa Cruz, que ahora queremos poner en la cumbre de las actividades humanas, y que entonces triunfará sobre todas las gentes sin excepción. Y tendremos el gozo de haber sido siervos que sólo se ocuparon de extender el reinado de aquel Rey, Cristo, que aparece majestuoso en su gloria.

PARA los que murieron antes del juicio universal, habrá tenido lugar un juicio particular, en el momento mismo de la muerte. Es algo que hemos de considerar con frecuencia. *Me hizo meditar aquella noticia*, escribió nuestro Padre: *cincuenta y un millones de personas fallecen al año; noventa y siete al minuto. El pescador —ya lo dijo el Maestro— echa sus redes al mar, el reino del Cielo es semejante a una red barredera..., y de ahí serán escogidos los buenos; los*

*malos, los que no reúnen condiciones, ¡desechados para siempre! Cincuenta y un millones mueren al año, noventa y siete al minuto: díselo también a otros*¹⁰.

En el juicio particular todo se manifiesta de modo patente, nada puede ocultarse ante el tribunal de Cristo, ni aun lo más mínimo: pensamientos, palabras y acciones.

Ahí estarán todos los pensamientos, los despropósitos no rechazados...; todas esas debilidades internas que quizá ahora cuesta trabajo reconocer, aparecerán entonces con claridad, pues *El iluminará lo oculto de las tinieblas y pondrá de manifiesto las intenciones de los corazones*¹¹. También las palabras; a veces, al servicio de la vanidad; otras, instrumentos de mentira; en ocasiones, quizá, faltas de caridad o de justicia. Todo esto pasará ante su tribunal, ya que El mismo nos recordó *que de toda palabra vana que hablen los hombres darán cuenta en el día del juicio*¹².

Pero también tendrá el Señor en cuenta las palabras que pronunciamos para su gloria, tratando de acercarle almas. *Hijos míos*, nos decía nuestro Padre, *tengo la obligación de hablaros claramente, porque un día —quizá mañana, quizá dentro de veinte años: cuando Dios quiera— tendré que responder ante el Señor, que me pedirá cuentas: redde rationem vil-*

(10) *Surco*, n. 897.

(11) I Cor. IV, 5.

(12) *Matth.* XII, 36.

(9) *Surco*, n. 369.

licationis tuae. *¿Has hablado con claridad a tus hijos?, me preguntará. Vosotros veis que os digo las cosas como son, con mucho amor a todas las almas, con un amor especialísimo al Papa y a la Jerarquía eclesial*¹³.

También nos juzgará el Señor por nuestras obras exteriores: *porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me acogisteis...*¹⁴. Mirará Cristo nuestra vida, buscando las obras realizadas por El o por sus criaturas. Y la mirada del Señor exigirá acciones llenas de amor. Aparecerán también de modo claro todas aquellas ocasiones que tuvimos de vivir la entrega a los demás, de hacer el bien, de exigirnos, y que tal vez por negligencia, por comodidad, por falta de amor, dejamos pasar por alto.

Ante Cristo Juez, ¿qué podremos decir? Sentimos en el alma el peso de tantas omisiones, de tantos defectos, de tantas negligencias. Y acudimos ahora a Jesús, que es infinitamente justo, pero también infinitamente misericordioso, que es el Amigo y el Amor de nuestra vida, para que cambie nuestro corazón, y lo haga muy suyo. De este modo, la consideración del juicio particular que sigue inmediatamente a la muerte, y del juicio universal, será para nosotros fuente de contrición, incentivo para cumplir en todo momento

su Voluntad amabilísima y, a la vez, causa de alegría, como vimos en la vida de nuestro Padre.

Los que se quieren —nos decía—, *procuran verse. Los enamorados sólo tienen ojos para su amor. ¿No es lógico que sea así? El corazón humano siente esos imperativos. Mentiría si negase que me mueve tanto el afán de contemplar la faz de Jesucristo. Vultum tuum, Domine, requiram (Ps. XXVI, 8), buscaré, Señor, tu rostro. Me ilusiona cerrar los ojos, y pensar que llegará el momento, cuando Dios quiera, en que podré verle, no como en un espejo, y bajo imágenes oscuras... sino cara a cara (I Cor. XIII, 12). Sí, hijos, mi corazón está sediento de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo vendré y veré la faz de Dios? (Ps. XLI, 3)*¹⁵.

NO NOS trae nuestra Madre la Iglesia el recuerdo del juicio para inquietarnos al considerar nuestra miseria, y lo que Cristo exigirá de nosotros, sino para que nos sirva de estímulo en la lucha diaria, para que veamos la necesidad de vivir cada día mejor nuestra vocación; no para que nos asuste nuestra suerte —*yo tengo sobre vosotros designios de paz y no de aflicción*¹⁶—, sino para que, con serenidad, veamos claro el fin, y esto nos lleve a superarnos cada día.

Además, Jesucristo no será para nosotros un juez desconocido. Tenemos la suerte inmensa de ser

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1975, p. 761.

(14) *Matth.* XXV, 35.

(15) De nuestro Padre, Meditación *La alegría de servir a Dios*, 25-XII-1973.

(16) *Ierem.* XIX, 11.

amigos predilectos —más aún, elegidos personalmente— del que ha de juzgarnos; y cada día que pasa se hace más fuerte esa amistad: de tal modo que, con el cumplimiento de nuestras Normas, con las pequeñas mortificaciones, con los actos de amor, con nuestro apostolado constante, vamos identificándonos con El. Así escribía nuestro Fundador en *Camino*: "me hizo gracia que hable usted de la «cuenta» que le pedirá nuestro Señor. No, para ustedes no será juez —en el sentido austero de la palabra— sino simplemente Jesús." —Esta frase, escrita por un Obispo santo, que ha consolado más de un corazón atribulado, bien puede consolar el tuyo¹⁷.

Le hemos querido dar a Jesús —con nuestra entrega en la Obra— todo lo que somos y todo lo que podríamos llegar a ser, para dedicarnos por entero a su servicio. Es verdad que, a veces, hay poca delicadeza en el amor; que podríamos hacer mejor nuestro trabajo profesional, nuestros encargos; recibir con más fruto los medios de formación; que podríamos realizar un apostolado más continuo. Es cierto, incluso, que le hemos ofendido. A pesar de todo, nuestro corazón está cada día más enamorado del Señor, y nuestra voluntad cada vez más firme en esa total dedicación. Además, sabemos que, aunque esas faltas nuestras le hayan ofendido, un detalle de amor ha vuelto a susci-

tar su mirada benévola; y que muchas veces nos ha sonreído al ver cómo intentábamos mejorar en nuestra vida interior y en el apostolado.

Además, *el Ángel Custodio nos acompaña siempre como testigo de mayor excepción. El será quien, en tu juicio particular, recordará las delicadezas que hayas tenido con Nuestro Señor, a lo largo de tu vida. Más: cuando te sientas perdido por las terribles acusaciones del enemigo, tu Ángel presentará aquellas corazonadas íntimas —quizá olvidadas por ti mismo—, aquellas muestras de amor que hayas dedicado a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo.*

Por eso —recomienda nuestro Fundador—, no olvides nunca a tu Custodio, y ese Príncipe del Cielo no te abandonará ahora, ni en el momento decisivo¹⁸.

Miramos, por tanto, con gran esperanza ese momento del juicio; confianza que procede de que nuestra vida no tiene otro fin que agradar a Dios. ¡Cómo vamos a tener miedo, intranquilidad, si vivir nuestra vocación lleva consigo el deseo de tener contento a Jesús! Además, allí estará nuestra Madre, bajo cuya protección y amparo hemos permanecido siempre. Y estará ocupada en lo que le pedimos todos los días: *ut loquaris pro nobis bona*¹⁹, en hablar con cariño maternal de nosotros.

(17) *Camino*, n. 168.

(18) *Surco*, n. 693.

(19) Preces de la Obra.

416.

JUEVES

- La humildad, fundamento del *endiosamiento bueno*.
- El *endiosamiento bueno* nos hace estar serenos en cualquier ambiente.
- El *buen endiosamiento* comporta la confianza en Dios.

*DESPIERTA en tus fieles, Señor, la voluntad de producir el fruto de las buenas obras, para que reciban con más abundancia la ayuda de tu bondad*¹. Así reza la colecta de la Misa, en esta última semana del año litúrgico. El reconocimiento humilde y sincero de que todo lo bueno que hay en nosotros es don de Dios, abre las puertas del alma a mayores dones.

Hace años, nuestro Padre nos hacía considerar el *endiosamiento bueno*, que hemos de cultivar en nuestra vida, y nos enseñaba a distinguirlo del *endiosamiento malo*, que hemos de evitar.

Expecta Dominum (Ps. XXVI, 14), *espera en el Señor; vive de esperanza, nos dice la Iglesia, con amor y con fe. Viriliter agite (Ibid), portaos varonilmente. ¿Qué importa que seamos criaturas hechas de barro, si tenemos la esperanza puesta en Dios? Vamos, pues, a comportarnos varonilmente, poniendo en juego las virtudes humanas, que Dios nos dará su gracia. Y si un*

(1) Oral.

día alguien tuviese una caída —no es necesario que suceda—, se le aplica el remedio, como se hace tantas veces en la vida ordinaria. ¿No os habéis fijado en las familias, cuando tienen un objeto decorativo de valor y frágil —un jarrón, por ejemplo—, cómo lo cuidan para que no se rompa? Hasta que un día el niño, jugando, lo tira al suelo, y aquel objeto precioso se rompe en varios pedazos. El disgusto es grande, pero enseñada viene el arreglo: se recompone, se pega y, al final, queda tan hermoso como antes.

En la vida de las almas se arreglan todas las cosas cuando hay humildad, quia tu es, Deus, fortitudo mea (Ps. XLII, 2), porque entonces tenemos el poder de Dios, tenemos el endiosamiento bueno. ¡Señor, en mi humildad, en mi pobreza, en este barro mío de vasija rota, Señor, ponme unas lañas y seré más bonito! ¿Ves qué hermosa oración para que tú la repitas cuando se rompa ese pobre barro tuyo?

*Hijos míos, que no os llame la atención si somos frágiles, que no os choque ver que nuestro barro se rompe por menos de nada; confiad en el Señor y en esta Madre Guapa, la Obra, que siempre tienen preparado el remedio. Dominus illuminatio mea et salus mea: quem timebo? (Ps. XXVI, 1), el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? A nadie, que no tengamos miedo a nadie ni a nada*².

(2) De nuestro Padre, Meditación, 6-IV-1965.

Con la fortaleza de Cristo, seremos siempre vencedores en las batallas de la vida interior y del trabajo apostólico, aunque alguna vez las hayamos perdido, si de esas derrotas sacamos humildad y compunción. Ninguna dificultad será capaz de doblegarnos. Más aún, los obstáculos del camino nos impulsarán a alzar nuestros ojos al Dios nuestro, para encontrar en El el *buen endiosamiento* y la fortaleza: *mirad y levantad vuestras cabezas* —nos dice entonces Jesús—, *porque vuestra redención está cerca*³.

AL LEER la epístola de hoy, veía a Daniel metido con aquellos leones hambrientos (cfr. Dan. XIV, 28-42) y, sin pesimismo —no puedo decir que cualquier tiempo pasado fue mejor; todos los tiempos han sido buenos y malos—, consideraba que en el tiempo actual hay muchos leones sueltos, y nosotros tenemos que vivir en medio de ellos; leones que buscan a quien devorar: tamquam leo rugiens circuit quaerens quem devoret (I Petr. V, 8) (...).

*Pero también os querría decir, como he repetido siempre a mis hijos desde aquel mil novecientos veintiocho, que queremos llevar y que llevamos siempre el remedio contra cualquier peligro: nuestro espíritu, el espíritu del Opus Dei. Si sabéis llevar vuestro **ambien-***

³ii) *Allel. (Luc. XXI, 28).*

te, tomando las debidas precauciones, podréis vivir en medio de todos los leones.

Yo no soy milagrero, pero amo esa grandiosidad de Dios, y veo que le hubiera sido más fácil regular el metabolismo de Daniel, o ponerle delante un alimento; y no lo hizo. Dispuso, en cambio, que desde Judea se trasladara milagrosamente otro profeta, Habacuc, a llevarle la comida. No le importó hacer un milagro grande, porque Daniel no estaba en aquel pozo porque sí, sino por una injusticia, por ser servidor de Dios y destructor de ídolos. Y nosotros, con nuestra siembra de paz y de alegría, ¡hemos de destruir tantos ídolos!

Hijos míos, no os importe vivir en medio de leones. Las manos de Dios son igualmente poderosas y, si fuera necesario, haría milagros. ¡Fieles! Que el tiempo de ahora no es peor que el de otros siglos, y el Señor es el de siempre. Si fuera necesario haría milagros en abundancia (...). ¡Que seáis fieles! Mientras queramos corresponder, la gracia de Dios no nos ha de faltar. Tranquilos, serenos, con mucha paz.

Conocí una vez a un anciano sacerdote, que le gustaba decir de sí mismo: yo estoy siempre tranquilo, tranquilo. Y así hemos de estar siempre nosotros, metidos en el mundo, en ese mundo que es muy nuestro, rodeados de leones hambrientos, pero sin perder la paz: tranquilos. Con amor, con fe, con esperanza. Sabiendo que, si fuera necesario, el Señor multiplicaría los milagros. Yo os digo que si sois sinceros, si os mostráis como sois, si os endiosáis, a base de humildad, no

*de soberbia, vosotros y yo estaremos seguros en cualquier ambiente, y podremos hablar siempre de victorias, y nos llamaremos vencedores *.*

DISCERNE causam meam, Domine: ab homine iniquo et doloso eripe me (Ps. XLH, 1). *Librame de todo lo malo y perverso que hay en el hombre. De nuevo el texto de la Misa nos habla del buen endiosamiento; reconoce la mala pasta de que estamos hechos, con todas las malas inclinaciones; y, después: emitte lucem tuam... (Ps. XLH, 3), envía tu luz y tu verdad; ellas me han guiado y traído a tu monte santo. No os puedo negar que me he emocionado al leer esto.*

¿Qué hemos de hacer, para tener ese endiosamiento bueno? En el Evangelio leemos que Jesús no quería ir a Judea, porque los judíos le buscaban para matarle (Ioann. VII, 1). El, que con un deseo de su voluntad podía eliminar a sus enemigos, ponía también los medios humanos. El, que era Dios y le bastaba querer, nos ha dejado una lección encantadora: no fue a Judea. Sus parientes le dijeron: deja este país y ve a Judea, para que tus discípulos vean también las obras que haces; ya que haces tales cosas, date a conocer al mundo, floann. VII, 3). Querían que hiciese espectáculo. ¿Lo veis? ¿Lo veis? ¿Veis qué es una lección de endiosamiento bueno y endiosamiento malo?

(4) De nuestro Padre, Meditación, 6-IV-1965.

Endiosamiento bueno: sperent in te omnes qui noverunt nomen tuum, Domine: quoniam non derelinquis quaerentes te (Ps. IX, 11-12), *esperen en Ti —canta el ofertorio— todos los que conocen tu nombre, Señor, porque nunca abandonas a los que te buscan. Y ahora, el regocijo de este barro lleno de lágrimas: quoniam non est oblitus orationes pauperum (Ps. IX, 13), porque no se ha olvidado de las oraciones de los pobres, de los humildes*⁵.

Al acabar nuestra oración ponemos los ojos en la Virgen María. *Jamás criatura alguna se ha entregado con más humildad a los designios de Dios. La humildad de la ancilla Domini (Luc. I, 38), de la esclava del Señor, es el motivo de que la invoquemos como causa nostrae laetitiae, causa de nuestra alegría. Eva, después de pecar queriendo en su locura igualarse a Dios, se escondía del Señor y se avergonzaba: estaba triste. María, al confesarse esclava del Señor, es hecha Madre del Verbo divino, y se llena de gozo. Que este júbilo suyo, de Madre buena, se nos pegue a todos nosotros: que salgamos en esto a Ella —a Santa María—, y así nos pareceremos más a Cristo*⁶.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 6-IV-1965.

(6) *Amigos de Dios*, n. 109.

417.

VIERNES

- Existencia del infierno y posibilidad de condenarse.
- Las penas del infierno.
- El purgatorio, lugar de purificación antes de entrar en el Cielo.

*YO, JUAN, vi descender del cielo un ángel que tenía la llave del abismo y una gran cadena en su mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años. Y lo metió en el abismo y lo encerró *

Así se expresa San Juan en el Apocalipsis, en una de las lecturas de la Misa de hoy, hablando del castigo eterno que el Señor tiene reservado a los espíritus malignos y a los hombres que mueren privados de la gracia de Dios. Porque *hay infierno*. —Una afirmación que, para ti —escribe nuestro Padre—, tiene visos de perogrullada. —Te la voy a repetir: ¡hay infierno!

*Hazme tú eco, oportunamente, al oído de aquel compañero... y de aquel otro*².

Conviene que meditemos esta verdad de fe: según la común ordenación de Dios, las almas que salen del mundo con pecado mortal actual, inmediata-

*mente después de su muerte bajan al infierno, donde son atormentadas con penas infernales*³. Jesucristo, que no ha venido al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por El⁴, no duda en revelar con toda su crudeza cómo envía El mismo al infierno a quienes han merecido ese castigo: *apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles*⁵. Realidad difícil de aceptar, pero certísima como la Palabra de Dios que la ha revelado. Nos lo recuerda el Evangelio de la Misa de hoy: *el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*.

No podemos olvidar que es posible condenarse. Aunque vivamos inundados en la gracia divina, llevamos siempre en nosotros el *fomes peccati*, y se da también en nosotros la *inexplicable maldad de la criatura que se alza, por soberbia, contra Dios*⁷. Precisamente a sus discípulos más cercanos, a aquellos que eran objeto de un amor de predilección, dirige el Señor esta llamada a la vigilancia: *entrad por la puerta angosta, porque amplia es la puerta y ancho el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce a la Vida, y qué pocos los*

(3) Benedicto XII, Const. dogm. *Benedictus Deus*, 29-1-1336; cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 48.

(4) *Ioann.* III, 17.

(5) *Matth.* XXV, 41.

(6) *Ev. (Luc. XXI, 33).*

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 95.

(1) *L I (II) (Apoc. XX, 1-3).*

(2) *Camino*, n. 749.

*que la encuentran*⁸. El infierno es una realidad enseñada por Jesucristo, tan tristemente objetiva que le lleva a aconsejarnos: *si tu ojo derecho te escandaliza, arráncatelo y tíralo; porque más te vale que se pierda uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Y si tu mano derecha te escandaliza, córtala y arrójala de ti; porque más te vale que se pierda uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno*⁹.

*El Señor nos pide un batallar cada vez más rápido, cada vez más profundo, cada vez más amplio. Estamos obligados a superarnos, porque en esta competición la única meta es la llegada a la gloria del cielo. Y si no llegásemos al cielo, nada habría valido la pena*¹⁰.

LA MAYOR pena del infierno es la que los teólogos llaman *de daño*, que consiste en la privación de la visión beatífica: *estar alejados totalmente de la vista de Dios y sin esperanza alguna de poder gozar algún día de tan inmenso bien*¹¹. El alejamiento total del Amor de Dios es la peor desgracia que puede sobrevenir a una criatura destinada a participar en la gozosa intimidad de la vida divina. No hay palabras

(8) *Matth.* VII, 13-14.

(9) *Matth.* V, 29-30.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 77.

(11) *Catecismo Romano*, parte I, cap. VIII, n. 9.

para expresar el tormento que padecen los condenados. En esta vida, el estado de nuestra naturaleza nos impide darnos cuenta cabal de hasta qué punto Dios, nuestro último y verdadero fin, es el único Bien capaz de apagar nuestras ansias de felicidad. En el infierno, el alma lo comprende perfectamente, pero ya no hay remedio: está fijada para siempre en el apartamento voluntario de Dios.

Junto a la *pena de daño*, la *pena de sentido* viene a subrayar la tristísima condición de los condenados. Esta pena es presentada por la Sagrada Escritura de muy diversas maneras, comparando el infierno a una prisión tenebrosa en la que los reprobos están encadenados¹²; a un lugar de tormento, donde hay un continuo llanto y rechinar de dientes¹³; a un lago de fuego y azufre, que arde sin interrupción¹⁴... Especialmente se menciona el fuego inextinguible: un fuego real, no metafórico, del que se habla veintitrés veces en el Nuevo Testamento. El fuego del infierno es instrumento de la justicia divina, y en cuanto tal tiene poder de obrar sobre los condenados, también sobre sus almas. Santo Tomás ofrece una posible explicación de este misterio: el fuego del infierno recibe de Dios el poder de establecer un vínculo *que retiene al espíritu, de tal manera que se le vuelva penal*,

(12) *Cfr.* II *Petr.* II, 4-6.

(13) *Cfr.* *Matth.* XXII, 13.

(14) *Cfr.* *Apoc.* XX, 14.

al impedirle que haga su propia voluntad, y así no puede obrar donde quiere y como quiere¹⁵. Esta explicación concuerda estrechamente con las palabras de la Sagrada Escritura, que describen el infierno como una cárcel en la que los reprobos están encerrados contra su voluntad¹⁶.

La consideración de las penas del infierno suscita un saludable temor del pecado mortal, única causa por la que los hombres pueden condenarse eternamente. Y aunque se trata de un temor servil e imperfecto, no es ajeno a la inspiración del Espíritu Santo. De él afirma la Sagrada Escritura que *expulsa el pecado*¹⁷ y es *el comienzo del amor*¹⁸. Sin ser el móvil más elevado de la conducta cristiana, no hay que olvidar que muchas veces constituye una fuerte defensa frente a los atractivos de la tentación.

Ciertamente, hay que hacer considerar, a todos, las verdades eternas —muerte, juicio, infierno, gloria—, y nosotros las hacemos considerar. Pero un alma en el Opus Dei no tiene ni miedo a la vida ni miedo a la muerte, porque el fundamento de su vida espiritual es el sentido de su filiación divina: Dios es mi Padre, y es el Autor de todo bien y es toda la Bondad.

Y este sentido de nuestra filiación divina nos da fortaleza para luchar, y, con la gracia de Dios, para vencer al menos nuestra soberbia; no nos induce nunca

*a la laxitud, a la presunción, al abandono, sino al contrario: a la delicadeza de conciencia y a la contrición más profunda, al dolor de amor. Y el mea culpa de cada noche —¡personal!— no es una ofensa a Dios y a la Iglesia: es más amor, más confianza, más humildad, más serenidad*¹⁹.

Este es el temor que nos inculcaba nuestro Padre: el *santo temor de Dios, que permanece eternamente*²⁰ y huye del pecado por miedo a contristar a su Padre del Cielo. Un temor que es fruto del Amor. Si amo, para mí no habrá infierno²¹.

*LA DIVINA revelación nos enseña que las penas de los pecados, infligidas por la justicia y la santidad divina, han de cumplirse bien en este mundo, por medio de los dolores, miserias y amargas de la vida presente, sobre todo la muerte, o bien en el mundo futuro, mediante el fuego y los tormentos o penas purificadoras*²².

Es el purgatorio una realidad bien distinta del infierno. Más que un castigo, es una purificación, porque en el Cielo *no puede entrar nada sucio*²³. Es aquel lugar, donde las almas que aún no están perfectamente preparadas para gozar de la visión de

(15) Santo Tomás, *Suppl.* q. 70, a. 3.
(16) Cfr. *Iudae* 6; II *Pétri*. II, 4; *Apoc.* XX, 2.
(17) *Eccli.* I, 27.
(18) *Eccli.* XXV, 16.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1954, n. 19.
(20) *Ps.* XVIII, 10.
(21) *Forja*, n. 1047.
(22) Pablo VI, Const. apost. *Indulgentiarum doctrina*, 1-1-1967, n. 2.
(23) *Apoc.* XXI, 27.

Dios, se purifican —después de la muerte— de las manchas de sus pecados.

El purgatorio es una misericordia de Dios, para limpiar los defectos de los que desean identificarse con El^M, escribió nuestro Padre. Y nos enseñó a considerarlo como *una muestra del amor paternal que Dios nos tiene*²⁵. Le gustaba comparar el motivo de su existencia al cariño de *una madre que coge al niño, y lo mete en agua y lo enjabona y lo perfuma y lo arregla, ¡y al fin el crío está hecho un cielo!*²⁶.

La Iglesia enseña que las almas del purgatorio sufren temporalmente, y que les alienta la absoluta certeza de que aquellos padecimientos han de acabar en la posesión plena de Dios. El mismo purgatorio tendrá una duración limitada, pues dejará de ser necesario después del Juicio final.

En el purgatorio hay dolor y gozo al mismo tiempo. Dolor, porque las almas allí detenidas anhelan la visión de Dios y se ven impedidas de alcanzarla. No ponen ya su interés en los bienes creados sino sólo en el Creador, y su deseo de poseerle es intensísimo. En cada alma allí detenida resuenan las voces de aquellos salmos: *¡oh Dios!, Tú eres mi Dios, yo te busco desde el amanecer; mi alma tiene sed de Ti, mi carne languidece junto a Ti, como tierra árida y seca*

*sin agua*²⁷. *Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo iré y compareceré ante la faz de Dios?*²⁸.

Un propósito de este rato de oración puede ser el de rezar por las ánimas benditas del purgatorio, para aliviar sus penas y acelerar el momento de su entrada en el Cielo. Pueden encontrarse allí hermanos nuestros, parientes y amigos, y tantas otras personas que tal vez no tuvieron en esta vida los auxilios espirituales con que nosotros contamos. Es un deber cristiano ayudar a esas almas a superar cuanto antes la dolorosa espera. Por ellas hemos de ofrecer, con el orden de la caridad, los sufragios que nos sean posibles; en especial el Santo Sacrificio de la Misa.

Además, al recibir las penas de la vida como expiación por nuestras culpas, vivimos en cierto modo el purgatorio en la tierra y nos preparamos para entrar prontamente en el Cielo. *Esta ha sido la gran revolución cristiana: convertir el dolor en sufrimiento fecundo; hacer, de un mal, un bien. Hemos despojado al diablo de esa arma...; y, con ella, conquistamos la eternidad*^M.

Pidamos a la Santísima Virgen que fomente en nosotros un saludable temor filial de Dios, y nos haga fuertes para expiar en la tierra, con generosidad, todos nuestros pecados.

(24) *Surco*, n. 889.

(25) De nuestro Padre, *Carta*, 19-II-1967, n. 98.

(26) De nuestro Padre, *Obras*, 1974, p. 9.

(27) *Ps. LXII. 1.*

(28) *Ps. XLI. 3.*

(29) *Surco*, n. 887.

418.

SÁBADO

—El premio de nuestra lucha por santificarnos en la tierra es la gloria del Cielo.

—El pensamiento del Cielo renueva nuestras energías para trabajar aquí por el reino de Dios.

—Aumenta también nuestra esperanza y nuestra vida sobrenatural.

VAMOS a pensar lo que será el cielo, nos invitaba nuestro Padre. Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para los que le aman (I Cor. //, 9). *¿Os imagináis qué será llegar allí, y encontrarnos con Dios, y ver aquella hermosura, aquel amor que se vuelca en nuestros corazones, que sacia sin saciar?* Y añadía en otra ocasión: *yo me pregunto muchas veces al día: ¿qué será cuando toda la belleza, toda la bondad, toda la maravilla infinita de Dios se vuelque en este pobre vaso de barro que soy yo, que somos todos nosotros? Y entonces me explico bien aquello del Apóstol: ni ojo vio, ni oído oyó... Vale la pena, hijos míos, vale la pena*².

El Cielo es el gran premio a nuestra lucha por ser santos en la tierra. Una recompensa eterna que no so-

mos capaces de comprender, pero que entrevemos en la Revelación que el mismo Dios nos ha hecho: *ved aquí—dice el Apocalipsis—el tabernáculo de Dios entre los hombres; y el Señor morará en ellos, y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios, en medio de ellos, será su Dios. Y enjugará todas las lágrimas de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni llanto ni alarido, ni habrá más dolor, porque las cosas de antes habrán pasado*³. *Y verán su cara y tendrán el nombre de El sobre sus frentes. Y allí no habrá jamás noche, ni necesitarán luz de antorcha, ni luz de sol, pues el Señor Dios los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos*⁴.

Estas figuras son llamadas de Dios a nuestro corazón, que nos animan a buscarle, a ser santos, a mover a otras almas para que se acerquen a El. Si respondemos a esas peticiones del Señor, seremos felices, y haremos partícipes a otros muchos de esa felicidad que nos llena el alma, hasta desbordarse en ímpetus de apostolado. Viviremos así en la tierra sabedores de que, suceda lo que suceda, si somos fieles, *un gran Amor nos espera en el Cielo: sin traiciones, sin engaños: todo el amor, toda la belleza, toda la grandeza, toda la ciencia... Y sin empalago: nos saciará sin saciar*⁵.

Toda nuestra vida ha de ser una preparación ininterrumpida para esa Vida definitiva en la que ya

(1) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 127.

(2) De nuestro Padre, *Obras* XII-66, pp. 8-9.

(3) *Apoc.* XXI, 3-4.

(4) *Ibid.* XXII, 4-5.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 55.

no habrá penas. Llegar allí exige nuestra lucha, que será amable si vivimos como hijos de Dios. Por eso, nuestro Padre afirmaba con una seguridad que hemos experimentado nosotros también: *cada vez estoy más persuadido: la felicidad del Cielo es para los que saben ser felices en la tierra*⁶.

*LOS QUE temen al Señor esperen en El: es su auxilio y su protector*⁷. El tiempo ordinario de la liturgia de la Iglesia, que ahora llega a su fin, es tiempo de esperanza. Simboliza el lento caminar de los siglos y de la humanidad redimida hacia su destino final, por su incorporación progresiva a Cristo. También en la vida personal de cada uno ha de darse ese crecimiento; también en nuestra alma ha de encenderse cada día más la luz que brillará eternamente en el Cielo, si somos fieles.

El pensamiento de la vida eterna nos ha de impulsar a una lucha constante por ser santos, santificándonos en el trabajo ordinario. Por tanto, meditar en el Cielo no significa olvidar las obligaciones que tenemos como ciudadanos de la tierra. Al contrario, nos impulsa a santificar todas las actividades terrenas, convirtiéndolas en medio de apostolado, para llevar almas a la gloria. *Os he enseñado a meditar, es-*

(6) *Forja*, n. 1005.

(7) *Ps. CXIII*, 11.

*cribía nuestro Padre, y he hecho esculpir en piedra estas palabras de la Escritura: ut eatis (Ioann. XV, 16), que vayáis. Porque no es lo nuestro quedarnos encerrados en casa, sino abrírnos en abanico, acudiendo a todos los caminos, buscando a las almas donde están: en ese mundo, que es también nuestro, porque en los quehaceres de la tierra nos ha llamado Dios y en medio de esos trabajos temporales quiere que permanezcamos*⁸.

En efecto, *ha querido el Señor que, con nuestra vocación, manifestemos aquella visión optimista de la creación, aquel amor al mundo que late en el cristianismo. No debe faltar nunca la ilusión, ni en vuestro trabajo ni en vuestro empeño por construir la ciudad temporal*⁹. Con la perspectiva del Cielo se redobra nuestra ilusión por el mejoramiento de esta tierra, a la que amamos. Porque, cuando vivimos con la cabeza en el Cielo, somos plenamente conscientes de que *hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir*¹⁰. Y, para hacerlo, nos empeñamos en acabar cumplidamente el deber de cada instante.

Los bienes como la dignidad del hombre, la fraternidad, la libertad, en una palabra, todos los estupendos frutos de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Es-

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 48.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959, n. 19.

(10) *Conversaciones*, n. 114.

píritu del Señor y según su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre "el reino eterno y universal; reino de verdad y de vida; reino de santidad y de gracia; reino de justicia, de amor y de paz" (In fest. Chr. Regis. Praef.). El reino está misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección". Nada de lo que aquí hacemos se perderá. Debemos por tanto examinar con qué espíritu trabajamos: si diariamente sabemos entregarnos con generosidad en una tarea esforzada, agradeciendo así al Señor que nos haya dado la posibilidad de ser corredentores, de contribuir a la edificación del reino de Dios.

MUCHOS son los frutos que la meditación sobre el Cielo trae a nuestra vida: el primero, más visión sobrenatural: *nostra autem conversatio in caelis est*¹², nuestra conversación está en el Cielo, es cosa del Cielo. *No tenemos aquí ciudad permanente; vamos en busca de la que está por venir*¹³. No podemos poner los ojos aquí abajo buscando afanosamente consuelos que se acaban: *quae sursum sunt sapite, non quae super terram*¹⁴, gustad las cosas de arriba, no las de la tierra. *Pues habéis muerto, y vuestra vi-*

(11) Concilio Vaticano II, Const. past. *Caudium el spes*, n. 39.

(12) *Philip.* III, 20 (Vg).

(13) *Hebr.* XIII, 14.

(14) *Cotos.* III, 2.

*da está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con El*¹⁵. Y si pensamos despacio esta verdad, nos parecerá absurdo buscar una gloria terrena, vivir pendientes de nuestro egoísmo, andar mendigando, las satisfacciones de la sensualidad o de la soberbia. ¿Para qué buscar todo eso, que se desvanece como el viento?

Da serenidad pensar en el Cielo. Nada aquí es irreparable; mientras continuamos nuestro caminar terreno, todo es pasajero. Por eso, si vivimos cara a Dios, podremos afirmar con nuestro Padre que nosotros *somos lo permanente*¹⁶. Y ante unas circunstancias difíciles, ante la aparente infecundidad en la labor apostólica, ante fracasos en el trabajo profesional, el Cielo es como un faro que alumbra el camino, como un paisaje sereno donde descansar nuestra mirada. Abrazaremos con paz el sacrificio, por Amor de Dios y también porque nada quedará sin recompensa: una recompensa que es Dios mismo. *Anhela mi alma los atrios de Yavé, y los desea ardientemente; mi corazón y mi carne saltan de júbilo por el Dios vivo (...). Aún de paso por el árido valle de lágrimas, todo se le hace fuentes, como cubierto de bendiciones de la lluvia temprana. Y siguen cada vez más animosos para ver al Dios de los dioses en Sión*¹⁷.

(15) *Cotos.* III, 3-4.

(16) De nuestro Padre, Meditación *Vivir para la gloria de Dios*, 21-XI-1954.

(17) *Ps.* LXXXIII, 3, 7-8.

De este modo, al contemplar el premio que nos espera, somos felices también en la tierra, y nos enamoramos cada vez más del Señor. *Me podrá quizá decir alguno: ¿no es un poco de egoísmo eso de pensar en el cielo? —No: la esperanza es una gran virtud, que exige una fe recia. Y la fe y la esperanza, requieren un amor grande al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Ved cómo así estamos viviendo las tres virtudes teológicas. Este es el proceso espiritual que, si sois fieles, hacéis cada día casi sin daros cuenta, como no os dais cuenta de que respiráis*¹⁸.

Nos llenamos de esperanza, de fe, de amor desinteresado, al pensar en el Cielo. *Porque, como tu gran premio será el mismo Dios —afirma San Agustín—, al que amas desinteresadamente, debes amarlo de modo que no dejes de desearlo como el premio que únicamente puede saciarte*^w. Y recomienda nuestro Padre: *hazlo todo con desinterés, por puro Amor, como si no hubiera premio ni castigo. —Pero fomenta en tu corazón la gloriosa esperanza del cielo*²⁰.

Acudimos, como siempre, a la Virgen. *En cuerpo y alma ha subido a los Cielos nuestra Madre. Repítele que, como hijos, no queremos separarnos de Ella... ¡Te escuchará!*²¹.

(18) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 72.

(19) San Agustín, *Enarraciones in Psalmos* 134, 11.

(20) *Camino*, n. 668.

(21) *Surco*, n. 898.

ÍNDICE

Nº	PÁG.
TIEMPO ORDINARIO (Semanas XXI a XXXIV)	
319	<i>Domingo XXI del Tiempo ordinario</i>7
320	Lunes13
321	Martes20
322	Miércoles27
323	Jueves34
324	Viernes41
325	Sábado48
326	<i>Domingo XXII del Tiempo ordinario</i>55
327	Lunes63
328	Martes70
329	Miércoles77
330	Jueves84
331	Viernes91
332	Sábado99
333	<i>Domingo XXIII del Tiempo ordinario</i>106
334	Lunes114
335	Martes122
336	Miércoles130
337	Jueves137

Nº	PÁG.
338	Viernes.....144
339	Sábado.....150
340	<i>Domingo XXIV del Tiempo ordinario</i>158
341	Lunes.....166
342	Martes.....174
343	Miércoles.....182
344	Jueves.....190
345	Viernes.....198
346	Sábado.....205
347	<i>Domingo XXV del Tiempo ordinario</i>212
348	Lunes.....219
349	Martes.....226
350	Miércoles.....233
351	Jueves.....241
352	Viernes.....248
353	Sábado.....255
354	<i>Domingo XXVI del Tiempo ordinario</i>262
355	Lunes.....269
356	Martes.....276
357	Miércoles.....283
358	Jueves.....290
359	Viernes.....297
360	Sábado.....304
361	<i>Domingo XXVII del Tiempo ordinario</i>312
362	Lunes.....320

Nº	PÁG.
363	Martes.....328
364	Miércoles.....335
365	Jueves.....342
366	Viernes.....350
367	Sábado.....357
368	<i>Domingo XXVIII del Tiempo ordinario</i>365
369	Lunes.....372
370	Martes.....380
371	Miércoles.....387
372	Jueves.....393
373	Viernes.....400
374	Sábado.....408
375	<i>Domingo XXIX del Tiempo ordinario</i>416
376	Lunes.....423
377	Martes.....430
378	Miércoles.....437
379	Jueves.....445
380	Viernes.....452
381	Sábado.....459
382	<i>Domingo XXX del Tiempo ordinario</i>466
383	Lunes.....473
384	Martes.....481
385	Miércoles.....488
386	Jueves.....495
387	Viernes.....502
388	Sábado.....509

Nº	PÁG.
389	<i>Domingo XXXI del Tiempo ordinario</i>516
390	Lunes.....523
391	Martes.....530
392	Miércoles.....537
393	Jueves.....545
394	Viernes.....553
395	Sábado.....560
396	<i>Domingo XXXII del Tiempo ordinario</i>567
397	Lunes.....575
398	Martes.....582
399	Miércoles.....589
400	Jueves.....597
401	Viernes.....604
402	Sábado.....611
403	<i>Domingo XXXIII del Tiempo ordinario</i>618
404	Lunes.....625
405	Martes.....633
406	Miércoles.....641
407	Jueves.....648
408	Viernes.....655
409	Sábado.....662
410	<i>Solemnidad de Jesucristo Rey del universo (I)</i>669
411	<i>Solemnidad de Jesucristo Rey del universo (II)</i>677
412	<i>Solemnidad de Jesucristo Rey del universo (III)</i>685

Nº	PÁG.
413	<i>Lunes XXXIV del Tiempo ordinario</i>693
414	Martes.....701
415	Miércoles.....708
416	Jueves.....716
417	Viernes.....722
418	Sábado.....730
